This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

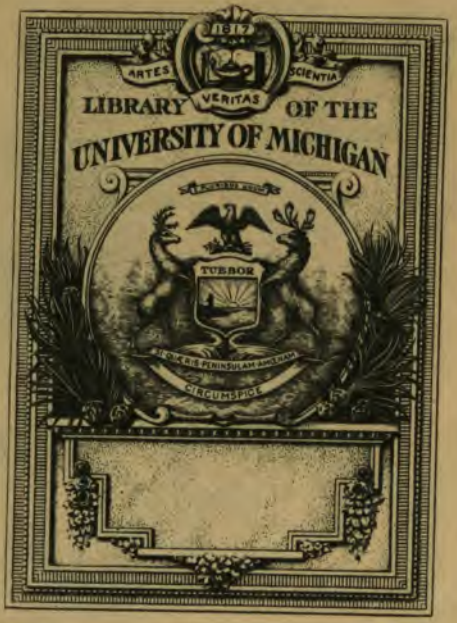
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



THE GIFT OF
Sociedad Española

Teatro español
860
726

ESTAR AL QUITE.

JUGUETE EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

José A. G.ª de Segovia.

LIBRERIA
DE
RUFINO ESTÉBAN
Calle del Caballero de Gracia, 8
Hay un abundante surtido de comedias modernas, usadas, á la mitad de su precio.

MÁLAGA
Tipografía de «Las Noticias,» Cister, 9.
1878.

Dipt
Sociedad Española
L 26339
8-3-33

AL LECTOR, SI LO HUBIERE

Y que bien merece que yo le diga el por qué una comedia que no se ha representado y que desde luego afirmo que no es ningun prodigio, se halla ante sus ojos, impresa, mediante una peseta, que supongo habrá pagado para proporcionarse ese gusto.

La cosa ha pasado así:

Mi respetable amigo D. Manuel Orozco, Presidente del Liceo, deseoso de animar, mas aun de lo que está, la sociedad citada, pensó en reorganizar la seccion de declamacion, haciendo que entrasen á formar parte de ella nuevos elementos que elevasen dicha seccion desde el primer dia á la altura de las otras del Liceo.

Para conseguir esto creyó el mejor medio, que se hiciese una comedia *nueva* en un acto y con pocos personajes y yo, el menos autorizado de los literatos malagueños, merecí la honra de traducir en hecho el pensamiento del Sr. Orozco.

No creo haber correspondido á tal honra y el lector se convencerá, pues este juguete es el hijo de aquel mandato, pero afortunadamente para mí, si bien con desgracia para la buena sociedad malagueña, el proyecto del Sr. Orozco no pudo realizarse, mas que nada por lo adelantado de la estacion.

Es decir que este juguete nació, para no vivir; pero los amigos del padre y entre ellos y muy en particular uno cuyo nombre puede verse volviendo la hoja, se empeñaron en lanzarlo al mundo y ahí va.

Yo me lavo las manos y que el padrino responda.

El Autor.

Málaga, Julio del 78.

Es propiedad del Autor.

Al Sr. D. Jorge Boring y Heredia.

Ese padrino á que me refiero en la página anterior es usted.

Para usted, pido toda la responsabilidad del hecho, ya que para mí son los productos.

Pero en justa reciprocidad con el que da un nombre al que no lo tiene, ¿qué menos puedo hacer que reiterarle aquí una vez mas la sincera espresion de mi invariable amistad?

El Autor.

Málaga, Julio del 78.

PERSONAJES.

Victoria MERCEDES.
Enriquita CLARA.

PACO.
RAMON.

ACTO ÚNICO

Gabinete elegante en casa de Mercedes, puertas á derecha é izquierda. Al foro puerta de entrada.

ESCENA I.

PACO y RAMON (entran por el foro.)

PACO. (Burlon.)
Hétenos dentro del nido
donde tu tórtola arrulla.

RAMON. (Ofendido.)
¿Eso de tórtola es pulla?

PACO. Hombre ¿en qué lo has conocido?

RAMON. Pues de tus bromas me ofendo.

PACO. Ay! pues de poco te ofendes!

RAMON. Si tú el amor no comprendes.....

PACO. Pues vaya si lo comprendo.
La mujer, primo querido
es como un toro de Miura,
que empieza con gran bravura,
pero acaba siempre huido.
Ama el hombre, y la mujer
que busca en la boda un pleno,
le va ganando el terreno
para poderle coger.

Si él conoce la intencion
y á tiempo enseña el engaño,
ella lleva el desengaño
y él no lleva el revolcon.
Pero si á los medios va
buscando de diestro el nombre,
entonces, el pobre hombre
victima de ella será.
Porque sin defensa allí,
sin capote, sin barrera,
en él se ensaña la fiera
con creciente frenesí.
Frenesí, que acaba el dia
en que el diestro malparado
va contrito y resignado
con ella á la vicaria.
Primo, créelo, es el diablo
quien ayuda á la mujer
que se propone oir leer.
la epístola de San Pablo.

RAMON. A tí te falta un sentido.

PACO. Eso es decir que estoy loco.....
ya verás dentro de poco
cuando te veas cogido,
cual es el que está mas sano.

RAMON. Pues eres un majadero.

PACO. Lo que soy yo es muy torero,
muy largo y muy sevillano;
y tú eres un primavera
con ínfulas de tunante.

RAMON. Pues no estás poco cargante
con tanta ciencia torera.

PACO. Ciencia, sí señor, bien dicho,
así la debes llamar,
¿crees que no hay que estudiar
para matar bien un bicho?
Sabes tú?.....

RAMON. Ni sé, ni quiero,
y te pido que repares

PACO. Sabes quién fué Costillares
y quién fué Pedro Romero?
Oiste hablar de Leon,
de Chiclanero y Paquiro?

RAMON. No Paco, pero me admiro...
PACO. Admírate que hay razon.
Ellos crearon el toreo
haciéndo de él una ciencia.
RAMON. Yo solo he visto en Valencia
torear á Cirineo,
y si aquello es torear
que vaya tu ciencia al cuerno.
PACO. Es un torero de invierno,
mas por él vas á tirar
tanta gloria por el suelo?
RAMON. Iguales serán de fijo.
PACO. Pero has visto á Lagartijo
á Cara-Ancha ó á Frascuelo?
RAMON. No los he visto ni gana,
acabemos la cuestion.
PACO. Dejémosla, si, Ramon.
¿Saldrá en toda la mañana
tu interesante futura?
RAMON. Quizás se estará peinando.
PACO. O quizá esté retocando
su ya averiada hermosura.
RAMON. Paco, eso es ya demasiado
y si prosigues reñimos.
PACO. Cosa muy fea entre primos,
así es que estaré callado.
RAMON. Oh! si fuéramos estraños!
PACO. Harias cualquier tontada.
Qué edad tiene tu adorada?
RAMON. Lo sabes, veintiseis años.
PACO. Veintiseis? une á la cuenta
los que tardó en coquetear,
y te vendrá á resultar
que tiene casi cuarenta.
RAMON. Pero Paco...
PACO. No te asombres,
si todas hacen lo mismo.
La fecha de su bautismo
es aquella en que los hombres
á seguirlas empezaron,
la fecha de los amores;
en cuanto á otras anteriores
hasta olvidan que pasaron.

RAMON. Pues Mercedes es preciosa,
ya verás tú qué trigueña.
PACO. Lo creo, si es malagueña
cómo no ha de ser hermosa?
RAMON. Y es mio todo su amor.
PACO. Tu dicha fuera completa
á tener una muleta
como la de Angel Pastor.
Pero te veo encunado,
te ha cortado la salida
y esto es ya cosa perdida.
¡Que Dios te haga buen casado!
Mas nunca olvides Ramon,
que si es dócil la muger
mientras se hace pretender,
se cambia su condicion
despues que al hombre se ha unido,
su poder sobre él estiende,
y ¿sabes lo que pretende?
enchiquerar al marido.
RAMON. ¿Porqué siempre has de aplicar
á las cosas de la vida
esa *ciencia* maldecida?
PACO. Se prohibe blasfemar.
La aplico, ¿sabes por qué?
porque en el pueblo y la córte
el que dá á tiempo un recorte
ó larga un buen volapié,
es el dueño del cotarro,
y la consecuencia saco...
RAMON. Que desbarras, primo Paco.
PACO. No lo creas, no desbarro,
mi lábio te lo repite,
quien no sepa torear,
debe en el mundo buscar
alguno que le esté al quite.
Que es lo que yo haré contigo
RAMON. Pues mira, no lo deseo.
PACO. Así servirá el toreo
para salvar á un amigo.

ESCENA II.

DICHOS Y MERCEDES.

MERCS. Ustedes perdonarán.
RAMON. El perdon está otorgado.
PACO. (aparte.)
¡Caramba! y qué real hembra,
y que no hay mano de gato.
RAMON. Mercedes, uso el permiso
que me tiene usté otorgado
y hago la presentacion
de mi amado primo Paco.
De oidas ya le conoce,
éste es todo un sevillano,
muy aficionado á toros,
inteligente en caballos,
huérfano, con gran fortuna
y tenaz celibatario.
PACO. Me ha querido hacer favor
y lo mejor ha olvidado.
MERCS. Y qué es?
PACO. Que aunque es muy cierto
que los toros y caballos
constituyen para mí
una pasion, sin embargo,
no absorven tanto mi ser
que no me dejen espacio
para admirar mas que nada
á las mugeres de garbo;
permítame usted la frase
es propia de un sevillano,
á esos seres que si son
como la que estoy mirando
demuestran ser esa bella
mitad del género humano
que nos pintan los poetas
y que cantaron los bardos.
RAMON. (aparte.)
En mis barbas la requiebra,
bien por primo me ha tomado.

MERCS. Mil gracias por la lisonja:
(aparte)
es muy galante y muy guapo.
(alto)
aunque su pais natal
nos hubiera usté ocultado
le hubiéramos conocido,
pues todos mis paisanos,
es decir los andaluces,
tienen al hablar un algo
que les hace conocer.

RAMON. (aparte.)
Pues señor estoy cargado,
este primo del demonio
me está hace un rato emprimando.
(alto.)
Y Clara ¿cómo no sale?

MERCS. Está tocando el piano.

RAMON. Aquí viene ya.

ESCENA III.

DICHOS Y CLARA.

CLARA. (Saliendo puerta derecha.)
Mercedes.
¡Ay! creí que sola estabas.

MERCS. No importa querida mia,
por tí Ramon preguntaba
en el momento que entraste.
(á Paco.)
Esta es mi sobrina Clara
á Clara.)
Don Francisco de Alcalá
primo de Ramon.

CLARA. Ay ¡calla!
este es el primo torero
de que tanto nos hablaba?

PACO. (riéndose.)
Señorita, aficionado
nada mas.

RAMON. Sí, pero tanta

es su aficion, que no dudo
verle algun dia en la plaza
dirigiendo una cuadrilla.

PACO. Mi aficion, primo, no es tanta;
me gusta, si, esa funcion
porque es ibera de raza,
y yo que ante todas cosas
tengo gran amor á España,
patrocino las corridas
en vez de fiestas extrañas
que no son mas divertidas
y de fijo son mas bárbaras.

RAMON. Un discurso de dos horas
temo que nos amenaza.

PACO. No lo creas, que renuncio
al uso de la palabra
y tan sólo te diré
que en tanto España sea España
habrá corridas de toros
pésele á quien le pesára.

MERCS. Y yo firmo con usted,
pues soy muy aficionada.

RAMON. (resentido.)
Hasta este mismo momento
esa aficion ignoraba.

MERCS. Qué? le habia de dar cuenta?

RAMON. No señora; mas me extraña
que la guste un espectáculo
en el que la sangre humana
puede correr fácilmente.

MERCS. Paco lo ha dicho, es la raza.

RAMON. Pues aunque lo diga Paco
á mí esa funcion me carga.

CLARA. Y á mì tampoco me gusta;
Ramon, yo soy su aliada
y así con fuerzas iguales
podemos dar la batalla.

PACO. No la acepto, yo no lucho
teniendo enfrente una dama;
ustedes ódian los toros,
y á nosotros nos encantan,
pues nada, nosotros vamos
y ustedes quedan en casa.

RAMON. (aparte.)
Caramba con el primito.
PACO. (á Ramon)
La transaccion no te agrada?
RAMON. Mercedes, nos retiramos,
tememos importunarla.
MERCS. Retirarse? qué locura!
no les dejo que se vayan;
hoy serán mis prisioneros,
ya puedes avisar Clara
porque estos dos caballeros
á comer nos acompañan.
(Váse Clara puerta derecha.)
PACO. Acepto con mucho gusto,
mas permìtame que vaya
á despachar un asunto
que es urgente.
MERCS. Otorgada
la licencia, mas no tarde.
PACO, La ausencia no será larga
(aparte á Ramon al irse.)
Ya ves como estoy al quite,
eché á la fiera la capa
y corre tras el engaño;
de buen revolcon te salvas.
RAMON. Así te cogiera un toro
para que aquí no tornaras.

ESCENA IV.

MERCEDES—RAMON.

MERCS. Ja, ja, ja. Dime Ramon
¿porqué estás tan enfadado?
RAMON. Lo que estoy es, muy cargado
y creo que con razon.
¿Te parece á tì decente,
que ese andaluz hablador
ante mí te haga el amor?
MERCS. Pero hombre si es tu pariente,
RAMON. Soy pariente, mas no primo,
y me parece, Mercedes
que se han conducido ustedes

de una manera que...

MERCS. Estimo
lo que dices en muy poco.

RAMON. Claro, yo no tengo gracia.

MERCS. Pero tienes la desgracia
de estar muy loco.

RAMON. Yo loco?

MERCS. Si no estás loco, peor
será el calificativo
ó al menos mas expresivo,

RAMON. Mercedes hazme el favor
de no ensañarte conmigo,
no estoy loco, estoy celoso
y no quiero hacer el oso,
¿entiendes bien lo que digo?

MERCS. Sí lo entiendo, por demás,
conozco ya tu intencion
y te aseguro Ramon
que no lo repetirás.

ESCENA V.

RAMON.

Maldito sea mi primo
y maldito sea yo
que le escribí que viniera.
Cuidado si soy melon.
Tengo una novia guapísima,
es mio todo su amor,
se estaban dando los pasos
para la próxima union
y cuando todo es ventura,
cuando brilla mas el sol
y está sin nubes el cielo
y todo toma el color
de la dicha que me espera,
cuando toda la creacion
viene á entonar en mi oido
un himno de tierno amor,
á mí que no sé en la solfa
cual es la llave de sol,
se me ocurre tocar algo,

y claro, toco el violon.
El cielo azul de mi dicha
ya por siempre se nubló;
en ese cielo sereno
hay una constelacion
que podrá no ser la osa
mas es, el oso mayor
y esa ha causado un eclipse
entre Mercedes y yó.
Y me está bien empleado!
para qué he sido melon?
para qué traje á ese primo
y lo puse entre los dos?
Pero es terrible ¡caramba!
es terrible, sí señor,
pensar que ese mameluco,
ese diestro de aficion,
tan solo con presentarse
se convierta en vencedor.
Pues yo no cedo sin lucha,
veremos cual de los dos
demuestra mas entereza,
mas osadia y valor.
Para asegurar el éxito
voy á pedir mi perdon
á la reina del torneo,
pues si ella está á mi favor
he de conseguir la gloria
que ese andaluz me quitó.
(Vase izquierda.)

ESCENA VI.

CLARA.

Mi tia por lo que veo
ha reñido con Ramon,
ésta, pues, es la ocasion
de realizar mi deseo.
Mi deseo, que es casarme
con el novio de Mercedes,
(al público.)
lo digo en secreto á ustedes

no vayan á delatarme.
Mas para disculpa mia
les haré otra confesion
y es, que mi amor por Ramon
fué anterior al de mi tia;
pero ella con esperiencia,
yo en cambio que nada sé,
claro está que me quedé
á la luna de Valencia.
La culpa es del majadero
de Ramon ¡qué tonto ha sido!
¿porqué no me ha dicho: envido;
para contestarle: quiero?
Yo creo que no soy fea,
digo, me parece á mí
que puedo afirmarlo así
sin que inmodestia se crea,
y aunque mi tia es muy bella,
que yo no lo niego, no,
es mucho mayor que yo.
Ramon se ha fijado en ella
porque ella le ha hecho fijar,
hoy parece que han reñido
y áprovechando el descuido
yo la debo desbancar.
Aun no se qué voy á hacer,
porque soy bien poco ducha,
pero emprendida la lucha
tengo fé y he de vencer.
Luchemos, que aquí está ya;
(sale Ramon.)
viene de peor humor...
pues mejor, mucho mejor
si compara, me amará.

ESCENA VII.

CLARA, RAMON.

RAMON. (sin fijarse en Clara.)
No me quiere recibir;
estará muy ofendida.....
he perdido la partida

como no me quiera oir.
¿Y qué hacer?

CLARA. Adios Ramon,
¿qué tienes que estás tan triste?
Decias.....

RAMON. Pues si me oiste
á que mas explicacion
te he de dar de mis pesares?
Mercedes ya no me quiere

CLARA. (con burla.)
Y el pobre Ramon se muere,
¡hombres mas particulares!
¿porqué os llamais sexo fuerte
si no teneis fortaleza?
El que no tiene entereza
merece su mala suerte.

RAMON. Pues no lo comprendo Clara

CLARA. Es muy fácil de entender,
te desdeña una muger
que fué de tu amor avara,
y tú lleno de humildad
quieres pedir su perdon.
Ese es mal medio Ramon,
pues tu orgullosa beldad
cuando te vea humillado,
desdeñosa y altanera
te tratará de manera
que quedes escarmentado.

RAMON. Pues dime qué debo hacer.

CLARA. Te desprecian, despreciar
y para eso enamorar
á cualquier otra muger.

RAMON. Tú me aconsejas.....?

CLARA. Que olvides
y te prevengo además
que nada conseguirás
si pronto no te decides.

RAMON. Al punto voy á empezar
haciéndote á tí el amor.

CLARA. Y yo con mucho dolor
te tendré que deshauciar
y el deshauciarte me pesa
Ramon, lo puedes creer;

pero aún no he llegado á ser
plato de segunda mesa.

RAMON. Ni yo pretendo tal cosa,
mas no habrás dado al olvido
que si tú hubieras querido
hubieras sido mi esposa,
porque á tí fué á quien amé,
pero tú me despreciastes.

CLARA. Pues mucho disimulastes
porque yo no lo noté.

RAMON. Pues yo te quise y te quiero

CLARA. Quizás con toda tu alma?
vamos tómalo con calma.

RAMON. Tu fuiste mi amor primero
y el último debes ser.

CLARA. Veremos, Ramon, veremos
en sério de ello hablaremos.

RAMON. (aparte.)
¡Qué linda es esta muger!

CLARA. (aparte.)
Esto marcha mas de prisa
que lo que yo pretendí.

RAMON. (alto.)
Clara, me dirás que sí?

CLARA. Pero esto es cosa de risa.

RAMON. Clara, te puedo jurar...

CLARA. En ti sólo habla el despecho.

RAMON. El amor que hay en mi pecho
por tí, es el que me hace hablar.
Ya verás si soy constante.

CLARA. Ya veremos, ya veremos,
(Paco asoma á la puerta del foro
y queda parado.)

CLARA. (Aparte á Ramon.)
adios Ramon, hablaremos (vase.)

RAMON. (al ver á Paco que se adelanta.)
Otra vez este cargante.

ESCENA VIII.

RAMON—PACO.

PACO. Hola Tenorio en agraz.

RAMON. Adios torero de invierno
caballista sempiterno
y charlador contumaz.

PACO. Conque estamos de bromita?
Pues así te quiero yo.
Y dime quién te cambió
¿fué Mercedes ó Clarita?

RAMON. Vas á lograr que me irrite,
cuidado si estás pelmazo.

PACO. Estoy con capote al brazo
siempre preparado al quite

RAMON. Imposible es que resista
el santo de mas paciencia,
me voy, no quiero mas ciencia.
(vase foro.)

PACO. Adios primo hasta la vista,

ESCENA IX.

PACO.

Dirán luego que el toreo
es solo una ciencia vana;
yo he llegado esta mañana
y mediante mi trasteo
he parado, segun veo,
à esa muger hechicera;
ella es muy fácil que quiera
al matrimonio arrancarme,
pero yo sabré cuartearme
y que siga su carrera.

—

Porque dejarme coger
no lo haré por vida mia,
pues poco se reiria
toda la gente, al saber
que consiguió una muger
lo que no pudo un berrendo;
nada, nada, me defiendo,
no quiero perder mi fama
y que me llamen camama
torero de punta siendo.

—

Y cuidado si es bonita
la tal Mercedes, señores,
hay mugeres que son flores,
y esa es una flor que incita;
yo recibia una grita
despues de un vil golletazo,
y recibia un puntazo
sólo por poder lograr
una sola vez llevar
tan linda muger del brazo.

—

Pero ¿y mi resolucion?
Nada, me estoy descubriendo
y á fé que no lo comprendo
porque no existe razon.
Si ahora me oyera Ramon
seguro es que me silbaba
y la razon le sobraba
si lo hacia, ¡pesia á mí!
quien pensaria que aquí
una muger me agarraba!

—

Pero aún cogido no estoy,
puedo tomar el olivo,
si, mientras esté vivo
lucharé á fé de quien soy;
ahora á la fiera me voy,
la doy un pase de pecho,
la cito luego derecho,
ella se viene al engaño
y la doy el desengaño;
estoy de mí satisfecho.

ESCENA X.

MERCEDES—PACO.

—

MERCS. Le encuentro á uste muy contento.
PACO. Pues no soy afortunado.
MERCS. Conque es usted desgraciado?
No sabe cuanto lo siento.
PACO. Desgraciado? tal vez no.
¡Quizá la dicha me espera!

Al menos si usté quisiera...
MERCS. Qué es lo que puedo hacer yo?
PACO. Usted, usted puede hacer
que yo que nunca he creido
contrito y arrepentido
idolatre á una muger,
y si ella me ama tambien
con un amor como el mio,
si en las mugeres confio,
mi vida será un edem.
Mercedes en usted veo
tantas bellezas reunidas,
que diera mil y mil vidas
por decir á sus piés: creo.
MERCS. Bien se burla el sevillano.
PACO. No se burla el corazon.
MERCS. Pues no sabe que á Ramon
tengo ofrecida mi mano?
PACO. Y qué? mi primo merece
ser dueño de esa hermosura?
MERCS. Pero esto es una locura,
ó á lo menos lo parece.
PACO. Locura? es algo peor.
Lo que yó por usted siento
es un agudo tormento
que han dado en llamar amor,
tormento que crece y crece
cuando el ser á quien se adora,
desprecia como V. ahora
el amor que se la ofrece,
MERCS. Pero Paco yo no sé
si ni aun escucharle debo.
PACO. Conste que á todo me atrevo
y que la amo y la amaré.
MERCS. Bueno, pues doy por supuesto
que me dice la verdad,
que obra V. con lealtad
y que me adora ¿nó es ésto?
PACO. Si lo es? juro y perjuro...
MERCS. Suprima V. el juramento,
puede llevárselo el viento
y encontrarse en un apuro.
El caso es que con pasion

ustéd me adora?

PACO. Eso, sí.

MERCS. Pues lo mismo que á ustéd oí
mil veces oí á Ramon.

PACO. Pero, ustéd se está burlando
y es muy mal hecho Mercedes

MERCS. He aquí lo que son ustedes;
pasan la vida engañando
á la muger desgraciada
que por su mal les da oidos
y en cuanto no son creidos,
con entonacion airada
nos dicen como ustéd ahora,
el burlarse es muy mal hecho,
y por què, con qué derecho
se quejan?

PACO. Pero señora
está ustéd siendo cruel
y yo no he dado motivo.....

RAMON. Estoy en lo positivo,
usted tiene su papel
perfectamente estudiado
y lo dice con pasion,
con más quizá que Ramon,
que es bien poco apasionado,
pero yo que por mi edad
tengo ya alguna esperiencia,
tengo tambien la creencia
de que falta á la verdad,
y que ese amor que me jura
es tan solo una ficcion.

PACO. La quiero de corazon,
la adoro á usted con locura,
usted es la sola muger
que adoro, de tal manera
que hará de mí lo que quiera
si mi esposa llega á ser.

MERCS. Pero aunque no haya mentido
aunque me ame con pasion.
¿no comprende que Ramon
tiene un derecho adquirido
pues mi palabra le dí?

PACO. Como no la tiene escrita

usted la dió, usted la quita

MERCS. Y qué va á pensar de mí?

PACO. Puede pensar lo que quiera
Mercedes, mas por favor
concédame usted su amor
si no quiere que yo muera.

MERCS. (aparte.)
Estoy casi convencida
porque lo dice de un modo.
(Ramon asoma por el foro y queda oculto hasta el final de la escena.)

PACO. Sin usted me estorba todo
y lo primero la vida.
Desde que la he visto á usted,
no sé si por bien ó mal,
que era usted el bello ideal,
que yo en mi mente forjé
comprendí, mi corazon
por usted empezó á latir
y me sentí revivir
á impulsos de la pasion.
Que antes de eso no vivia
porque el amor me faltaba
y mi vida se pasaba
en una lenta agonía.
Hoy vivo ya porque amo,
hoy ya no quiero morir,
tengo derecho á vivir
y ese derecho reclamo,
á usted que lo ha de otorgar.
Si usted no quiere que viva
tan solo su negativa
á mi amor, me ha de matar.
Haga usted pues lo que quiera,
yo ya doblo la rodilla
(se arrodilla.)
como el reo que en capilla
su postrer momento espera.

MERCS. (con cariño.)
Paco levántese usted.
(levantándose.)

PACO. Luego me otorga la vida?

MERCS. Y esa palabra ofrecida?

PACO. Retirarla puede usted.

ESCENA XI.

DICHOS Y RAMON.

RAMON. (Adelantándose hasta ponerse entre los dos.)
Tienes razon, caro primo.
Mercedes, esa palabra
que en otro tiempo me dió
déla usted por retirada.
MERCS. Pero Ramon, yo no he dicho.....
RAMON. Hace tiempo que escuchaba
y el que escucha su mal oye.
PACO. Si escuchó.....
RAMON. La cosa es clara,
debo de haber escuchado
que Mercedes no me ama;
lo sé, como sé tambien
que engañarme no pensaba,
y que al jurarme su amor
se creia enamorada.
Esto siempre es un consuelo
y doy al cielo las gracias
porque llegó el desengaño
antes de esposa llamarla.
Mercedes, yo como usted
diciéndola que la amaba,
creia decir verdad,
creia que toda el alma
estaba llena de usted
y tambien me equivocaba.
Tambien hoy abrí los ojos,
por coincidencia extraña,
y he visto que no era usted
la muger por mí soñada,
y no le causen ofensa
ninguna de mis palabras,
pues en belleza y virtud
ninguna muger la iguala,
pero ví que usted no era
lo que «mi media naranja»
el vulgo apellidar suele

y por eso doy las gracias,
de que usted ciega tambien,
ya la vista recobrada,
sea la que se apresure
á retirar su palabra.
Seremos buenos amigos,
ó primos segun las trazas,
y aun seremos algo mas
si usted accede á mi demanda,
que es la de unir mi existencia
á la de la bella Clara.

MERCS. Mi sobrina?

PACO. Sabes primo,
que tienes muchas camándulas?
Tenias en jaque dos
por si alguna te faltaba?

RAMON. Eso es una broma tuya,
yo nunca le dije á Clara
ni una palabra de amor,
pero en esta misma sala
sin saber de qué manera
chocaron hoy nuestras almas.....

PACO. Valiente par de angelitos.

MERCS. Aquí se acerca ya Clara.

ESCENA XII.

DICHOS Y CLARA.

MERCS. Clara, Clara, ven aquí
y dinos en conclusion
si me caso con Ramon
ó si queda para tí.

CLARA. Y yo voy á contestar
á esa pregunta Mercedes?
Señores digan ustedes
si lo mejor no es callar.
Algo pasa que no sé
pero que ustedes sabrán...

MERCS. Pero no te lo dirán
y yo si te lo diré.
Mira, Clarita, Ramon
ha dado á mi boda un quiebro,

(bajo á Clara.)
y ese quiebro lo celebro
con todo mi corazon.
(alto.)
Con un volcan en el pecho
Paco pretende casarse.

RAMON. (Con burla.)
Eso se llama arrancarse.

PACO. Mas me arranco por derecho,
que en la lidia de la fiera
como en la lidia de amor,
si no se tiene valor
y mucha sangre torera
y al prepararse á matar,
teniendo miedo á la muerte,
se sale uno de la suerte
al momento de liar,
en vez de quedar oculto
casi á cubierto de daño,
la fiera no ve el engaño
y se va á buscar el bulto.
Y al hombre que al matrimonio
va con miedo ó con escama,
como al torero camama
tambien le lleva el demonio.

RAMON. Tapa, tapa.

PACO. Pues no tapo
que al toro y á la mujer,
para poderles vencer
es preciso mucho trapo;
poco de mover los pies,
mucho valor y entereza
é irse recto á la cabeza...

MERCS. (riyendo.)
Para dar los volapiés.

PACO. Mercedes no está usté fuerte,
así se consigue herir,
pero es mejor recibir
para acabar bien la suerte,
suerte que usté ha practicado
hoy mismo sin darse cuenta.

RAMON. Ya puede usté estar contenta,
la alternativa la han dado.

PACO. Y con justicia, Ramon.
¡Qué estocada! hasta la cruz!
pues de sus ojos la luz
me ha herido en el corazon,
y por eso estoy penando
y hasta que la llame mía
no recobro la alegría...

RAMON. (á Clara.)
Clara te vas enterando?

PACO. Y creo que ya Mercedes
se debe usted decidir;
yo por mí voy á decir
aquí delante de ustedes,
que Francisco de Alcalá,
huérfano é independiente,
soltero, contribuyente,
sabiendo de pe á pa
que el matrimonio es un yugo
del que el hombre sufre el peso,
sabiendo que él es el preso
y ella siempre es el verdugo,
sabiendo que están perdidos
casi todos los casados,
pues son mucho los llamados
y pocos los elegidos.
sabiendo y teniendo fé
en esas y en otras cosas
mas horribles y espantosas,
(á Mercedes.)
pide su mano de usté.
Si el mundo es una grillera,
segun los hombres de seso,
ya que tengo que estar preso
sea usted mi carcelera.

RAMON. Y yo Ramon de Alcalá,
huérfano é independiente,
soltero, contribuyente,
sabiendo de pe á pá,
que gloria es el matrimonio
que no se puede acabar,
pues no ha conseguido entrar
nunca en el cielo el demonio,
sabiendo que hay que tener

fé en la virtud y el amor,
sabiendo que es lo mejor
de este mundo la muger,
y sabiendo que me espera
la dicha uniéndome á tí,
(á Clara.)
te pido que digas: sí.....

PACO. Pudiendo de esa manera
realizarse dos uniones
á un tiempo y en un altar,
dónde vamos á parear
nuestros cuatro corazones.

MERCS. (aparte.)
Por qué no contestas Clara?

CLARA. Y tú qué dices Mercedes?

MERCS. Que yo creo que tú accedes.

CLARA. Y yo conozco en tu cara
que estás dispuesto á otorgar.

MERCS. Pues bien, habla, dí que sí.

PACO. (Alto.)
No nos quieren contestar?

MERCS. Pues bien, yo por mí... consiento,

PACO. ¡Oh dicha!

RAMON. Y tú Clara mia?

CLARA. Que puede hacerse en un dia
ese doble casamiento.

PACO. Mi ciencia tan decantada
no me ha servido de nada,
yo me tenia por diestro
y como siempre, al maestro
le han dado la cuchillada.
Me ha vencido una muger,
pero mi lábio repite,
que el que felíz quiera ser
debe en el mundo tener
alguno que le esté al quite.

RAMON. Pues por si acaso es así
puedes buscar por ahí
(señalando al público.)
unos cuantos conocidos,
porque si no, los silbidos
van á oirse en Chamberí.

PACO. Eso es cosa de Mercedes,

MERCS. Mia, porqué?
PACO. Si no accedes
Nos van á dar una grita.
MERCS. Vaya un valor, quita quita...
(al público.)
Señores ya ven ustedes,
estos hombres de valor
me dejan [illegible] menester
que ningú[illegible] les imite,
aplaudan, porque es muger
la que sale á *estar al quite.*

FIN

Este cuarto
no se alquila

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países en que haya ó se celebren en adelante convenios internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la galería dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Habiendo examinado este juguete, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 24 de Abril de 1863.

El Censor de teatros

Antonio Ferrer del Rio.

PERSONAJES.	ACTORES.
VICTORINA.	D.ª JOSEFA HIJOSA.
DON RUFINO.	D. EMILIO MARIO.
CÁRLOS.	D. RICARDO MORALES.

La escena en Madrid y en nuestros dias.

ACTO ÚNICO.

Sala elegantemente amueblada: balcon al foro, con papeles á un lado que indican ser casa de huéspedes: dos puertas á la derecha y otras dos á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

VICTORINA aparece bordando junto al velador. CARLOS por la segunda puerta de la izquierda.

CARLOS. (*Saliendo.*) Buenos dias, Victorina: mucho me extraña ver á usted tan temprano dedicada ya á los negocios domésticos!... eso será sin duda para olvidar el mal humor de anoche: no es verdad?

VICTORIN. Es usted un ingrato, un malvado á quien no debia volver á hablar en toda mi vida!

CARLOS. Por qué razon?

VICTORIN. Le parece á usted justo irse anoche al teatro y no decirme siquiera una palabra? no lo digo porque yo hubiera ido con usted, pues una jóven como yo sabe guardar muy bien su propia dignidad; pero siquiera por atencion...

CARLOS. Y quién le ha dicho á usted que yo estuve anoche en el teatro?

VICTORIN. Aún será usted capaz de negarlo!

CARLOS. Como usted no me dejó hablar, creí mas prudente

retirarme á mi gabinete y esperar á que la atmósfera no estuviese tan cargada.

VICTORIN. Ya entiendo: y usted, por no molestarme, ha preferido... dejar correr mis lágrimas toda la noche.

CARLOS. Eran ya las doce, hora bastante respetable para que yo la detuviera á usted por mas tiempo: además, usted me dijo que estaba ya cansada de esperarme y que deseaba recogerse.

VICTORIN. Es cierto: pero cuando una mujer lleva la duda en su corazon, ni deben escucharse sus palabras ni mucho ménos dejarla así... sola... á las altas horas de la noche.

CARLOS. Yo no hice mas que obedecer.

VICTORIN. Obedecer!... sí!... tendria usted sueño ó estaria cansado y creyó tomar el partido mas conveniente.

CARLOS. Pero Victorina...

VICTORIN. En fin, usted es libre y dueño de hacer lo que más le convenga; tiene usted razon: yo soy una insensata en pensar otra cosa y en dar pábulo al verdadero afecto que ha sabido usted despertar en mi alma!... (*Llorando.*) Qué mas podia esperar una pobre jóven, huérfana, sin mas amparo en el mundo que el de las almas caritativas que vienen á hospedarse en su casa!... Jesus!... por cuántas pruebas tiene que pasar el corazon de una jóven que se ve reducida á alquilar su propia habitacion!

CARLOS. (*Consolándola.*) Vamos, Victorina; enjugue usted esas lágrimas, que no hay motivo para tanto.

VICTORIN. Me ha clavado usted un puñal!

CARLOS. Yo, Victorina!

VICTORIN. Sí señor: un puñal que ha atravesado mi pecho de parte á parte!

CARLOS. Qué haria yo por consolar á usted?

VICTORIN. Consolarme!... cree usted que es tan fácil consolar el corazon de una jóven impresionable!...

CARLOS. Victorina!...

VICTORIN. Déjeme usted.

CARLOS. (*Sacando una pastilla.*) Quiere usted una pastillita de café?

VICTORIN. Es decir... que yo he de ceder siempre!

CARLOS. Si es una pastillita...

VICTORIN. (*Cogiéndola.*) Traiga usted, hombre, traiga usted: quiero probar á usted que no sé guardar rencor.

CARLOS. Son de la Mahonesa; y como yo sé que le gustan á usted tanto... (*Al sacar varias pastillas que pone sobre el velador, deja caer del bolsillo una carta que recóge con prontitud.*)

VICTORIN. Qué carta es esa?

CARLOS. (*Procurando ocultarla.*) Esta carta?... ah, sí!... pero antes debo decir á usted que anoche vine algo tarde porque estuve á ver á mi tio, el diputado por Toledo.

VICTORIN. (*Con impaciencia.*) Bien sí; pero esa carta...

CARLOS. Ah, sí!... pues bien, esta carta... es una carta.

VICTORIN. Eso me ha parecido á mí tambien.

CARLOS. Que me escribe...

VICTORIN. Quién?

CARLOS. Mi padre.

VICTORIN. Hombre!... y para eso tanta conversacion!...

CARLOS. Es que... la verdad, no quisiera...

VICTORIN. Razon más para que yo quiera.

CARLOS. Bueno, bueno, la leeré; pero conste que yo no estoy conforme...

VICTORIN. Yo sí, adelante.

CARLOS. (*Leyendo.*) «Querido hijo:» lo ve usted? de mi padre.

VICTORIN. Sí, hombre, sí; ya me figuro lo que es un padre.

CARLOS. «Acabo de llegar á Toledo y mañana á las ocho »saldré en el tren que llegará á esa á las once.»

(*Mirando el reloj de la consola.*) Cáspita!... pues si son mas de las diez y media!...

VICTORIN. (*Deteniéndole.*) En un coche se llega en cuatro minutos á la estacion.

CARLOS. Pero...

VICTORIN. Sepamos lo que sucede despues de las once.

CARLOS. «Dirás á tu tio...»

VICTORIN. (*Mirando la carta y señalando.*) No, no; si no dice eso: se ha pasado usted un párrafo.

CARLOS. Es verdad. «Como voy á verte muy pronto no me »cansaré mucho en decirte las noticias que han lle»gado á mi oido...» Pero Victorina, repare usted que es muy tarde!

VICTORIN. (*Señalando la carta.*) «A mi oido...

CARLOS. «Sobre ciertos amoríos con una...» No, Victorina; yo no cargo con la responsabilidad de estas líneas: además, mi padre no la conoce á usted y nada tiene de extraño que esté mal informado.

VICTORIN. Nada ciertamente, pero.... continúe usted leyendo.

CARLOS. «Con una de esas muchas que hay por esa Babel »á caza de gangas. Ya sabes que todos hemos con»venido en... en...»

VICTORIN. (*Leyendo.*) «En casarte con tu prima Nicolasa.»

CARLOS. Repito que...

VICTORIN. Siga usted, hombre, siga usted: si eso es de cajon entre las familias!

CARLOS. Es que yo no accederé nunca!

VICTORIN. Soy de la misma opinion. (*Señalando la carta.*) «Con tu prima Nicolasa...»

CARLOS. «Que además de sus buenas prendas es inmensa»mente rica.» Pero esto es un suplicio!

VICTORIN. Ya ve usted!... un partido tan ventajoso!...

CARLOS. Casarme yo con una lugareña!... Victorina, usted abusa de mi posicion! usted, á quien hace tanto tiempo he consagrado...

VICTORIN. (*Interrumpiéndole.*) No dice más la carta?

CARLOS. (*Dándosela.*) Tome usted; puede usted enterarse de todo, ya que sabe lo principal de su contenido.

VICTORIN. (*Cogiéndola.*) Ahora... no diga usted que yo le detengo: el tren debe llegar de un momento á otro, si es que ya no ha llegado, y no es justo que su padre de usted venga solo.

CARLOS. Voy corriendo; pero ántes, Victorina, me prometo usted olvidar...

VICTORIN. Vaya usted con Dios, hombre, vaya usted con Dios, y no tome usted las cosas tan á pecho.

CARLOS. De veras? olvidaria usted...

VICTORIN. Que van á dar las once.

CARLOS. Si usted me permitiera...

VICTORIN. Qué?

CARLOS. Hacer las paces como siempre.

VICTORIN. Usted abusa, Cárlos!

CARLOS. Esta vez nada más!

VICTORIN. Si señor; usted abusa!

CARLOS. Victorina!...

VICTORIN. (*Con entonacion exagerada, extendiendo el brazo.*) Sea usted feliz!

CARLOS. (*Besándola la mano.*) Ah! (*Váse Cárlos por la segunda puerta derecha.*)

ESCENA II.

VICTORINA.

Qué amable jóven!... Estoy segura que me ama; sí, me ama con todo el amor de un estudiante de sexto año de medicina! (*Fijándose en la carta.*) Pero esta carta!... Oh!... es preciso impedir este enlace: afortunadamente el padre llega hoy mismo

y pedremos luchar frente á frente. (*Acercándose á la primera puerta de la derecha y dirigiéndose al interior.*) Rosa, prepare usted el gabinetito para un nuevo huésped. (*Volviendo á la escena.*) Casarse con su prima!... eso seria un absurdo! porque al fin yo... digo, me parece que no debo compararme á una lugareña. Es verdad que ella, segun dice el padre, tiene muchos cuartos... y yo... yo no tengo más que el alquiler de uno que tengo que alquilar! la diferencia es notable, pero no importa; yo amo á Cárlos, él me ama y eso vale más que todo. (*Suena dentro una campanilla.*) Han llamado: quién será? Es demasiado pronto para que vuelva Cárlos. (*Mirando por la segunda puerta de la derecha.*) Un forastero! El corazon me dice que acabo de reconocer á mi suegro!

ESCENA III.

VICTORINA. — DON RUFINO en traje de camino.

RUFINO. (*Desde la puerta.*) Se puede entrar?

VICTORIN. Adelante, caballero.

RUFINO. Sabrá usted decirme si vive aquí mi hijo?

VICTORIN. Su hijo de usted?

RUFINO. Si señora.

VICTORIN. Y quién es su hijo de usted?

RUFINO. (*Volviéndose.*) Entonces no vive aquí: perdone usted, señora; siento haberme equivocado.

VICTORIN. Tal vez no, pero si usted no precisa un poco más la pregunta!... quiero decir, que si usted no me dice el nombre de su hijo no podré complacer á usted.

RUFINO. Pues si no es mas que eso!... mi hijo se llama Cárlos María Sandoval de Rojas y Portillo hijo de

doña María Escolástica Portillo de Santibañez y de don Rufino Sandoval de Rojas, servidor de usted, hacendado en Ajofrin, pueblo muy rico de la provincia de Toledo, para servir á Dios y á usted: poseo además varias haciendas en Burguillos, Nambroca, Sonseca...

VICTORIN. Lo celebro mucho.

RUFINO. Tambien he comprado por cinco años los pastos de la dehesa de Aliman, que tengo el gusto de ofrecer á usted.

VICTORIN. Muchas gracias.

RUFINO. Tengo además cinco olivares...

VICTORIN. (*Interrumpiéndole.*) Pues sí; su hijo de usted vive aquí.

RUFINO. Ya decia yo!

VICTORIN. Pero no está.

RUFINO. Que no está? pues entonces cómo vive aquí?

VICTORIN. Hombre!... porque ha salido.

RUFINO. Ya!

VICTORIN. Ha ido á esperar á usted á la estacion.

RUFINO. A esperarme!... pues ó mucho me engaño ó lo que es allí dificilillo es ya que me encuentre.

VICTORIN. (*Ofreciéndole una silla.*) No quiere usted descansar un momento? así podrá esperar á su hijo con mas comodidad.

RUFINO. (*Sentándose.*) Muchas gracias, señora: es usted muy fina.

VICTORIN. Desea usted tomar alguna cosa?

RUFINO. No quisiera abusar con mi ruda franqueza de su buena atencion!

VICTORIN. Usted puede mandar aquí como en su propia casa.

RUFINO. Repito que es usted muy amable! peró... la verdad, señora, yo no sé cómo decir á usted que quisiera un vaso de agua! (*Viendo á Victorina que va por la bandeja que estará sobre un velador.*)

(Cuando digo que es muy servicial esta jóven! no se parece á las de por allá!)

VICTORIN. Aquí tiene usted, señor don...

RUFINO. Rufino, para servir á Dios y á usted. (*Bebe y despues se la queda mirando.*) Muchas gracias, jóven; (caramba!... y que es como una perla!)

VICTORIN. Quiere usted alguna cosa mas?

RUFINO. Si no tiene usted inconveniente... quisiera entrar mi equipaje en mi habitacion.

VICTORIN. No se moleste usted por eso: yo haré que le pasen á su gabinete.

RUFINO. Estoy á los piés de usted.

VICTORIN. Beso á usted la mano.

RUFINO. Servidor de usted. (*Vase Victorina por la segunda puerta derecha.*)

ESCENA IV.

DON RUFINO.

Lo dicho!.. es muy amable... y muy linda esta jóven! (*Mirando la habitacion.*) Y lo que es la casa está más que decente! es claro; como ahora todas las señoras principales de Madrid tienen que tener algun huésped para pagar los alquileres de los cuartos, no es extraño encontrar casas como esta. Si será alguna marquesa! Procuremos ser finos no digan que en el pueblo no tenemos educacion.

ESCENA V.

DON RUFINO.—VICTORINA por la primera puerta derecha.

VICTORIN. Dentro de un momento tendrá usted ya preparado su gabinete; sin embargo, ya he dicho á usted que puede disponer de toda la casa.

RUFINO. Estoy á los piés de usted. Si usted me permite esperar aquí entre tanto á mi hijo...

VICTORIN. Con mucho gusto.

RUFINO. Yo soy muy franco, señora, usted me inspira confianza y quisiera antes de ver á ese calavera echar un párrafo con usted.

VICTORIN. En qué puedo complacerle?

RUFINO. Si usted quisiera sentarse... (*Se sientan.*)

VICTORIN. Ya escucho.

RUFINO. Decia que mi hijo... porque ya he dicho á usted que yo soy el padre...

VICTORIN. De su hijo; si señor, ya hemos convenido en eso.

RUFINO. Pues bien; mi hijo es un mala cabeza, un tronera á quien me veo en el caso de sujetar, llevándomele hoy mismo al pueblo.

VICTORIN. Está usted seguro de eso?

RUFINO. Que si estoy seguro!... como que lo he sabido por un escribano, amigo mio, á quien dejé aquí encargado á mi hijo.

VICTORIN. Y no puede el escribano haberse engañado?

RUFINO. Un escribano no se engaña nunca: podrá engañar á los demás, pero... En fin, Cárlos es mi hijo único y aunque poseo muchas haciendas, como ya he dicho á usted, yo quisiera que fuese el rey del pueblo.

VICTORIN. Eso es muy natural.

RUFINO. Mi primo Leoncio... porque yo tengo un primo.

VICTORIN. Tambien eso es muy natural.

RUFINO. Tiene una hija que se llama Nicolasa, y como en el pueblo hay tanto bárbaro...

VICTORIN. Sigue siendo todo eso muy natural.

RUFINO. Mi hijo Cárlos está llamado á ser, por votacion de la familia, el marido de su prima; ¿no le parece á usted tambien muy natural?

VICTORIN. Diré á usted; eso... puede ya ofrecer algunos inconvenientes.

RUFINO. Cuando le digo á usted que mi primo Leoncio y yo lo tenemos ya casi arreglado! solo falta que él consienta en dejar á los chicos el ganado vacuno y ya está todo; y yo creo que, aunque es muy testarudo, al fin consentirá.

VICTORIN. Todo eso está muy bien; pero si ellos no se aman!...

RUFINO. Anda, anda, anda!... si apenas se conocen ¿cómo quiere usted que estén ya indispuestos? Además ella es muy rica y...

VICTORIN. Y cree usted, señor don Rufino, que eso basta para labrar la felicidad de un matrimonio?

RUFINO. Pues es claro; por dinero baila el perro, como dice el refran; y por aquello de que los duelos con pan son menos, se casarán los chicos y serán los príncipes de toda la comarca. Vaya, vaya!... tambien sabemos ya por allá que hoy el dinero es todo!... qué... si nos vamos haciendo ya en el pueblo más matemáticos!... que ni el que descubrió la imprenta! progresamos, progresamos, no lo dude usted! (*Breve pausa.*)

VICTORIN. (*Volviéndose hácia don Rufino y con afectada entonacion.*) Escuche usted, señor don Rufino, y crea usted que mi interés... es el interés de su propio hijo.

RUFINO. Muchas gracias, señora.

VICTORIN. Nadie mejor que usted puede conocer lo que vale el cariño conyugal; usted es casado y...

RUFINO. No, señora; dejé de serlo hace veinte años.

VICTORIN. Ah!... es usted viudo!...

RUFINO. Solo estuve casado un año, y en un año ya puede usted suponer...

VICTORIN. Entonces no es usted voto en la materia! pero es lo mismo. (*Con énfasis*). Usted ha leido los amantes de Teruel?

RUFINO. No, señora; yo no leo esas cosas.

VICTORIN. (*Con entonacion aún más afectada*). Imagínese usted, por un momento, dos séres creados el uno para el otro... por sus propias madres: ambos estrechan desde la infancia sus tiernos corazones; su cariño va creciendo con los años; viven dentro de un solo sentimiento... se aman! todo cuanto les rodea les sonrie; las flores, el espacio, la luz, todo les envuelve en un éxtasis de amoroso encanto y hallan la felicidad do quier que dirigen sus miradas!... (*Don Rufino la escucha con admiracion.*) Ah!... señor don Rufino; no crea usted que los cuartos son la única felicidad de la tierra! Case usted, en buen hora, á su hijo con su prima Nicolasa, pero ántes... ántes procure usted que se despierte en ellos ese bello sentimiento del corazon que hace brotar la alegría por todos los poros de nuestro cuerpo.

RUFINO. Cree usted, señora...

VICTORIN. Ah!... sí!... dónde buscar la dicha mejor que en el seno de una familia cariñosa? usted mismo, por ejemplo, cuando se retira de las faenas del campo, cuando vuelve cansado de recorrer sus posesiones, ¿no encuentra un vacío al verse solo, sin una dulce compañera que enjugue el sudor de su frente, que le acaricie, que le despoje del frío vestido que la lluvia ó la nieve ha humedecido, que despues de encender dos gruesos troncos que den calor á su yerto cuerpo, ponga delante de usted la limpia mesa, cubierta del blanco mantel que sirve de lecho á las ricas viandas que con tanto esmero ha preparado durante su ausencia?... Y bien, señor don Rufino, puede hacer todo eso una mujer que no sienta hácia usted todo el amor que merece una persona querida!... Creáme usted, señor don Ru-

fino; sin el amor la vida es un paréntesis, una frase sin concluir, un período que acaba con puntos suspensivos!

RUFINO. Es verdad: confieso á usted que aunque no he comprendido ni una palabra de lo que me ha dicho, me ha convencido por completo: más aún, me ha enternecido. En veinte años, ménos tres ó cuatro dias despues de *la muerte de mi difunta*, no he sentido tanto su falta como en este momento.

VICTORIN. Lo creo, señor don Rufino.

RUFINO. Usted tiene mucho talento y mira las cosas por el lado que deben verse! sí, señora!... si viviera mi pobre Escolástica yo haria que usted la enseñase todas esas cosas.

VICTORIN. Eso es ya imposible y creo que he hecho mal en recordar tiempos pasados; pero usted aún es jóven y...

RUFINO. Señora...

VICTORIN. Quiero decir, que áun puede reponer algun tanto tan sensible pérdida.

RUFINO. Usted cree...

VICTORIN. Y por qué no?... usted podrá tener...

RUFINO. Cuarenta y ocho años.

VICTORIN. La edad del hombre! esa misma tenía mi difunto papá, el coronel de caballería,—porque yo soy hija de un coronel de caballería,—cuando se casó con mamá que apenas contaba veinte años!...

RUFINO. Y dice usted...

VICTORIN. Que fueron muy felices! cuántas veces le oí decir al autor de mis dias—porque ya he dicho á usted que yo soy hija de un coronel de caballería.

RUFINO. No lo habia olvidado.

VICTORIN. Pues bien; decia que el hombre debe casarse á esa edad, porque ya la experiencia de la vida le abre el gran libro de la razon para dirigir y educar á su

esposa y á sus hijos, si los tiene, por el estrecho camino de la felicidad.

RUFINO. Su padre de usted debia tener mucho talento!

VICTORIN. Ay! sí señor!... su sabiduría le llevó á la tumba.

RUFINO. Cómo!

VICTORIN. En un carro fúnebre!

RUFINO. Ah!

VICTORIN. Conocia bastante la medicina y por curar á sus soldados, á quienes queria como á hijos, murió del cólera en el hospital de Sevilla. Mi mamá murió tambien de pesar al poco tiempo y yo quedé huérfana, sola en el mundo sin más escudo que mi propia honradez y sin más medios que el trabajo de mis manos... y el de mis huéspedes!

RUFINO. (*Acercando la silla.*) Quién sabe si algun dia encontrará usted quien sepa apreciar tantas cosas buenas como usted tiene!

VICTORIN. Ah! sí señor, don Rufino!... espero en Dios que algun dia seré recompensada por mis servicios.

RUFINO. Pues ya lo creo! (*mirándola con inquietud*) tan jóven... y con esos sentimientos tan... tan caritativos... Ha sido usted casada alguna vez?

VICTORIN. (*Ruborizándose.*) Ay!... no señor!... soy doncella!...

RUFINO. Doncella!... pues sí señora; usted encontrará lo que le falta, no lo dude usted.

VICTORIN. Y quién ha de hacer caso de una pobre huérfana?

RUFINO. Que quién? cualquiera que tenga ojos para mirar á usted.

VICTORIN. Usted cree...

RUFINO. Que si lo creo!... (*Levantándose.*) (Rufino, Rufino! no pierdas los estribos!...)

VICTORIN. Va usted á su gabinete?

RUFINO. Si señora; allí esperaré á mi hijo, si tiene usted la bondad de decirle que he llegado.

VICTORIN. Ya sabe usted que solo deseo complacerle.

RUFINO. Estoy á los piés de usted.

VICTORIN. Beso á usted la mano.

RUFINO. Servidor de usted. (*Se dirige hácia el gabinete.*)

VICTORIN. Ah!

RUFINO. (*Volviéndose.*) Qué?

VICTORIN. (*Llamándole con misteriosa importancia.*) Señor don Rufino: si á usted le incomodan los vestidos que están en la alcoba, diré á Rosa que los saque.

RUFINO. Los vestidos!...

VICTORIN. Sí señor: he tenido el gusto de ceder á usted mi habitacion.

RUFINO. Ah!... con que usted... (*Señalando el gabinete.*)

VICTORIN. Sí.

RUFINO. Pues no... no señora; no me incomodan; todo lo contrario; si usted quiere... dejar alguna otra cosa. (Cuando digo que es muy fina esta jóven!) Estoy á los piés de usted.

VICTORIN. Beso á usted la mano.

RUFINO. Servidor de usted. (*Entra en el gabinete.*)

ESCENA VI.

VICTORINA, despues CARLOS por la segunda puerta derecha.

VICTORIN. Perfectamente: la honradez de mi suegro merece que se lleve este asunto con toda formalidad: establezcamos nuestro código matrimonial!... «Artículo primero: don Rufino concluirá por enamorarse paternalmente de la futura de su hijo—esa soy yo—para lo cual concede la ley vigente que se le maree un poco, con cualquiera de los medios que posee la mujer.» (*Con seguridad.*) Se le mareará. «Artículo segundo: don Rufino se casará con su sobrina Nicolasa, con el santo fin de

»aumentar sus haciendas... etc., etc.,» Se intentará. «Artículo tercero: don Rafino no podrá »llevarse al pueblo á su hijo sin llevarse tambien á »su prometida.» — Se la llevará. Basta por ahora: se continuará en caso necesario. Oh, porvenir!... cuántos sinsabores cuestas á las tímidas doncellas!... (*Suena dentro una campanilla.*) Ah!... será Carlos. (*Mirando adentro.*) Sí, él es!... es preciso que convenga conmigo en todo. (*Como recordando una nueva idea.*) Ah! «Artículo cuarto: si hay necesi»dad, se le mareará tambien al hijo un poco más »de lo que está.»

CARLOS. (*Entrando.*) Victorina...

VICTORIN. Silencio!... no vaya usted á empezar ya con sus imprudencias.

CARLOS. Mi padre tal vez...

VICTORIN. Está ahí. (*Señalando el gabinete.*)

CARLOS. (*Sobresaltado.*) En su gabinete de usted?

VICTORIN. Y qué mal hay en eso?

CARLOS. Pero sabe que es su habitacion de usted?

VICTORIN. Si señor.

CARLOS. Y usted misma se lo ha dicho!

VICTORIN. Ay Carlos!... ya sospecho... usted me compromete! ha dejado usted sin duda olvidada alguna cosa.

CARLOS. Como usted me permite escribir ahí por las noches...

VICTORIN. Acabe usted.

CARLOS. Encima del velador deben estar mis libros y mis papeles, y además...

VICTORIN. Su levita de usted! que he tenido la imprudencia de colgar con mis vestidos para que no se apolillara.

CARLOS. Si señora; y las babuchas que me mandó mi prima Nicolasa.

VICTORIN. Las babuchas!... basta, Cárlos: ahora reconozco que he sido demasiado bondadosa con sus exigencias.

CARLOS. Y qué hacemos si mi padre descubre...

VICTORIN. Nuestra propia inocencia nos salvará: no tema usted, jóven aturdido.

CARLOS. Ah, Victorina! cuánto tengo que agradecer á usted!

VICTORIN. Cárlos!... refrénese usted.

CARLOS. La amo á usted tanto que creo que ni delante de mi padre sabré disimularlo.

VICTORIN. Y áun se atreve usted á murmurar frases candentes en mi oido!... áun se atreve á recordar sus juramentos... cuando va á casarse con su prima Nicolasa!...

CARLOS. Nunca, Victorina; primero renunciaria á todo en el mundo que separarme de su lado.

VICTORIN. Seria usted capaz...

CARLOS. De todo!

VICTORIN. Oh!... retire usted esa mirada, Cárlos!... no abuse usted de la exquisita sensibilidad de mi corazon!

CARLOS. Victorina!

VICTORIN. Silencio!... si su padre de usted llegara á sospechar...

CARLOS. No tema usted; mi padre no entiende ya mucho de estas cosas.

VICTORIN. Sin embargo; el amor es como los miriñaques, que siempre dejan un lado visible.

CARLOS. (*Mirando al interior del gabinete.*) Mi padre sale.

VICTORIN. Entréguese usted por algunos instantes al cariño filial!

CARLOS. Y qué digo si me pregunta por las babuchas?

VICTORIN. (*Con gravedad.*) Que vuelvo al momento. (*Vase por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA VII.

CARLOS despues DON RUFINO.

CARLOS. Casarme con mi prima Nicolasa!... con una lugareña!... primero me dejo llevar á San Bernardino!...

RUFINO. (*Saliendo.*) Dónde está ese tunante?

CARLOS. Padre! (*Se abrazan.*)

RUFINO. Te has dado tanta prisa en irme á esperar que has llegado tarde!... no es eso?

CARLOS. El cochero ha tenido la culpa; yo, porque usted viniera con mas comodidad, fuí á buscar un carruaje y al llegar á la esquina del Prado... zás!... rómpese una rueda...

RUFINO. Y qué, te has lastimado?

CARLOS. No señor: afortunadamente el penco no iba muy de prisa y el golpe no ha sido gran cosa.

RUFINO. Más vale así; pero en fin, lo principal es que estemos ya aquí.

CARLOS. (Aún no ha visto las babuchas!... respiro.)

RUFINO. (*Sentándose.*) Conque señorito, excuso repetir á usted el objeto de mi venida: esta tarde á las seis saldremos en el tren de Toledo y mañana, si Dios quiere, estaremos en el pueblo.

CARLOS. Tanta precipitacion...

RUFINO. Es indispensable.

CARLOS. Tengo que preparar mi equipaje y...

RUFINO. El equipaje de un estudiante se arregla en cinco minutos.

CARLOS. Sin embargo...

RUFINO. Qué? no te has examinado ya hace ocho dias? qué es entónces lo que tienes que hacer en Madrid?

Será preciso que hablemos entónces de cosas que yo quisiera olvidar! no es eso, señorito?

CARLOS. Y qué culpa tengo yo de que usted dé crédito á ciertas habladurías?

RUFINO. Habladurías... eh!

CARLOS. Si señor: chismes sin fundamento alguno.

RUFINO. Entónces por qué quieres detenerte más dias en esta Babel? qué negocios ni qué calabazas tienes tú que sembrar aquí?

CARLOS. Y bien ¿qué es lo que quiere usted que yo haga tanto tiempo en el pueblo?... aburrirme, fastidiarme!...

RUFINO. Pues me gusta!... aburrirte, fastidiarte cuando te vamos á casar!

CARLOS. Casarme!... conque aún persiste usted...

RUFINO. Más que nunca: tu tio cederá al fin en dejaros el ganado vacuno y...

CARLOS. Pero padre, es posible que aún piense usted en eso? entónces, para que me ha dado usted una carrera? para enterrarme allí entre ciruelos y naranjos?

RUFINO. Tú si que eres un ciruelo...

CARLOS. Además yo no amo á mi prima y seria un absurdo en que yo...

RUFINO. Pues te casarás... te casarás... y te casarás, mal que le pese á Poncio Pilato. A mí con bravatas! cuidado no coja una silla y te santigüe!... Vaya usted ahora mismo por los billetes: la administracion de la calle de Alcalá está á dos pasos. (*Breve pausa.*) No ha oido usted?

CARLOS. No tengo un cuarto.

RUFINO. Ahí en mi habitacion encontrará usted dinero encima de la mesa.

CARLOS. (Bueno; así recogeré mis babuchas!) (*Vase por la primera puerta derecha.*)

ESCENA VIII.

DON RUFINO, despues VICTORINA por la izquierda.

Pues estamos bien! yo le prometo que si otra vez me levanta el gallo!... bonito genio tengo yo para eso!

VICTORIN. (*Desde la puerta.*) Llamaba usted, don Rufino?

RUFINO. Ah! es usted, señora?... no, no llamaba; pero...

VICTORIN. Entonces no quiero molestar á usted.

RUFINO. Molestarme usted!.. quiá! no señora; es que mi hijo me ha incomodado y... por lo demás yo siempre estoy á los piés de usted.

VICTORIN. Beso á usted la mano.

RUFINO. Servidor de usted.

VICTORIN. Es usted demasiado amable! (Pongamos en juego el artículo primero! (*Se sientan.*)

RUFINO. Caramba!... no habia reparado: sabe usted que ese traje le sienta á usted muy bien.

VICTORIN. Favor que usted quiere dispensarme!

RUFINO. No, que... que le sienta á usted muy bien. (*Breve pausa.*)

VICTORIN. Con que decia usted que su hijo...

RUFINO. Me ha dado un mal rato porque no quiere venirse esta tarde conmigo.

VICTORIN. Ah!... se marcha usted tan pronto!

RUFINO. Acaso lo siente usted?

VICTORIN. Yo!... cuando hay simpatías! siempre causa un pesar... quedarse sola.

RUFINO. Sola?

VICTORIN. Si señor; ya he dicho á usted que soy huérfana... y es tan triste la soledad...

RUFINO. Opino como usted, señora.

VICTORIN. Que despues que uno encuentra una persona amable, cariñosa...

RUFINO. Cariñosa... eh?

VICTORIN. Siempre es sensible la separacion.

RUFINO. La separacion!... (*Queda pensativo.*)

VICTORIN. Porque crea usted que... (*Breve pausa.*) Decia usted, don Rufino?

RUFINO. Eh! no, no decia nada; estaba pensando...

VICTORIN. Pensaba usted?

RUFINO. Si señora.

VICTORIN. Tal vez en lo que hemos estado hablando?

RUFINO. Precisamente.

VICTORIN. Y piensa usted con razon: á su edad es ya una necesidad imperiosa en buscar...

RUFINO. Lo que muchas veces no se encuentra.

VICTORIN. Un hombre nunca se detiene ante los obstáculos.

RUFINO. Nunca?

VICTORIN. Nunca.

RUFINO. Es usted siempre de la misma opinion?

VICTORIN. Siempre.

RUFINO. Señora... usted tiene mucho talento; y es usted muy bonita, y...

VICTORIN. Señor don Rufino...

ESCENA IX.

DICHOS.—CARLOS por la derecha.

CARLOS. (*Interponiéndose entre los dos.*) Qué queria usted?

RUFINO. (*Levantándose sobresaltado.*) Eh!... (Qué oportunidad de angelito!) Quién demonios te ha llamado?

CARLOS. Me habia parecido; porque como no he encontrado dinero alguno sobre el velador.

RUFINO. Estará en mi chaleco.

CARLOS. Bien, bien. (Se me figura que á mi padre no le parece tampoco saco de arroz mi patroncita.) Ya, ya voy. (Observemos.) (*Entra.*)

ESCENA X.

VICTORINA.—DON RUFINO, despues CARLOS.

VICTORIN. Continúe usted, señor dón Rufino.

RUFINO. (*Acercándose á Victorina, viendo que Cárlos se ha marchado.*) Decia que... que no sé por qué... siento tambien tenerme que marchar.

VICTORIN. Lo siente usted?

RUFINO. Si señora, mucho.

VICTORIN. Entonces por qué precipita usted su viaje? tal vez por la boda de su hijo...

RUFINO. (*Sentándose á su lado.*) De mi hijo!... es verdad; él se casa y yo... yo estoy viudo, señora.

VICTORIN. Posicion bastante... desapacible.

RUFINO. Vaya si lo es.

CARLOS. (*Asomándose á la puerta de la derecha.*) (Ola! cuando digo que mi padre se entusiasma!)

RUFINO. (*Notando que la arruga el vestido con la silla.*) Dispense usted; la he roto á usted el vestido?

VICTORIN. No señor.

RUFINO. Pues casi me alegraria.

VICTORIN. Por qué?

RUFINO. Porque así le podria comprar á usted otro.

VICTORIN. Es verdad; como es usted tan rico!...

CARLOS. (La seduce el interés!... infame!)

RUFINO. Y qué valen todas mis haciendas comparadas con...

VICTORIN. Con qué, señor don Rufino?

CARLOS. (*Saliendo.*) (Esto es por demás; yo me vengaré.)

RUFINO. (*Con decision.*) Pues sí, señora; usted merece...

CARLOS. (*Interponiéndose.*) Cuando le digo á usted que no encuentro ni un cuarto!

RUFINO. (*Levantándose.*) (Yo sí que voy á encontrarte á tí el bulto!)

CARLOS. (*A Victorina.*) Infame! perjura!

RUFINO. (*Sacando una moneda del bolsillo.*) Toma y no vuelvas hasta que traigas los billetes.

VICTORIN. (*Levantándose.*) Con que al fin decide usted marcharse, señor don Rufino?

RUFINO. (*Dudando.*) Yo!... (Es verdad; soy un majadero!) Oye, Cárlos.

CARLOS. Si voy por los billetes.

RUFINO. Escucha.

CARLOS. En un momento estoy de vuelta.

RUFINO. Bien; pero...

CARLOS. Los traeré de primera clase.

RUFINO. No es eso.

CARLOS. Bueno; los traeré de segunda.

RUFINO. Cuando te digo que esperes.

CARLOS. La administracion está á dos pasos y...

RUFINO. Hombre!... cuando te digo que hay tiempo de tomar los billetes!... Arregla entre tanto tus libros y papeles que he visto revueltos...

CARLOS. (*Con marcada intencion.*) Ah! sí!... en el gabinete de esta señorita. (Vuelve por otra!)

RUFINO. En el gabinete...

CARLOS. Sí señor: ahí guardo yo todas mis cosas!... mis babuchas... mis...

VICTORIN. (Este imbécil va á perderme con sus ridículos celos.)

RUFINO. Eso es cierto?

VICTORIN. Sí señor; la habitacion que tiene es tan reducida...

CARLOS. Que no caben mis babuchas; las que me mandó mi encantadora prima Nicolasa!

VICTORIN. Las tenia en tanto aprecio que me suplicó se las guardase para no estropearlas.

RUFINO. Eso es otra cosa.

VICTORIN. Y como en su alcoba no hay luces...

RUFINO. Usted que es tan amable...

VICTORIN. Le permito que estudie en mi gabinete algunas horas del dia en que estoy ocupada en los negocios de la casa.

RUFINO. (Ya decia yo!... cómo se habia de permitir!...)

VICTORIN. (*Bajo á Cárlos con mucha rapidez.*) (Calle usted ó nos perdemos.)

CARLOS. Con que voy por los billetes?

RUFINO. Dale con los billetes!... Ya te he dicho que entres á arreglar tus libros y tus papeles.

CARLOS. Voy entonces por mi saco de noche. (*Volviendo.*) Pero...

RUFINO. Nada de réplicas: ya sabes que no me gusta repetir dos veces las cosas.

CARLOS. Bien, bien; no se incomode usted. (Oh! si me hiciera traicion!) (*Vase por la segunda puerta izquierda.*)

ESCENA XI.

VICTORINA.—DON RUFINO.

VICTORIN. Yo tambien me retiro, con permiso de usted, á mis domésticos quehaceres.

RUFINO. Se va usted?

VICTORIN. Si usted no manda otra cosa.

RUFINO. Yo mandar!... pues sí señora, quiero que se quede usted aquí.

VICTORIN. En qué puedo serle útil?

RUFINO. En muchas cosas, pero ahora... (Pues señor, esta jóven me ha quitado veinte años de encima.)

VICTORIN. (Se ha quedado pensativo!)

RUFINO. (Pero qué dirá mi hijo!... daré que murmurar en el pueblo!... y qué me importa á mí para esto, ni mi hijo ni todos los pueblos del mundo!)

ESCENA XII.

DICHOS.—CARLOS por la segunda puerta de la izquierda con un saco de noche en la mano: le deja sobre una silla, y queda despues en segundo término.

RUFINO. Señora, yo soy un labriego, es verdad...

VICTORIN. Yo no he dicho...

RUFINO. Lo digo yo, es lo mismo; pero soy honrado como el primero: poseo algunos bienes y mi edad... usted ha dicho que no soy tan viejo que...

VICTORIN. Y me afirmo en ello.

RUFINO. Pues bien, señora; usted me ha hecho conocer una necesidad que yo estaba muy léjos de sentir.

VICTORIN. No comprendo...

CARLOS. (En qué parará todo esto!)

RUFINO. Usted me ha dicho tambien que para ser feliz necesito una mujer amable, cariñosa...

VICTORIN. Sí, pero...

RUFINO. Quiere usted casarse conmigo? (La solté!)

CARLOS. (Canastos!)

VICTORIN. Señor don Rufino!

RUFINO. Conozco que he dicho una barbaridad, pero ya no tiene remedio: usted es huérfana, pobre,—no, no lo digo por ofenderla,—pues bien, yo soy rico, honrado, y...

VICTORIN. Pero y su hijo de usted?

RUFINO. Mi hijo se casará con su prima, y en paz y en gracia de Dios.

VICTORIN. Y si son desgraciados?

RUFINO. Eso será cuenta suya.

VICTORIN. Y de usted, señor don Rufino.

RUFINO. Pero qué tiene eso que ver...

VICTORIN. Mucho, señor don Rufino.

CARLOS. (Esto parece que varía de especie.)

RUFINO. Señora, lo principal de este asunto es saber su opinion de usted sobre lo que la he dicho.

VICTORIN. Yo!...

RUFINO. Acabe usted por Dios!

VICTORIN. Soy pobre... y quizá en el pueblo encontraria usted...

RUFINO. Una lugareña... una mujer de maneras bruscas.

VICTORIN. Es usted muy injusto, señor don Rufino, y eso le hace á usted perder mucho á mis ojos.

RUFINO. No comprendo...

VICTORIN. Usted no quiere casarse con una lugareña?...

RUFINO. No, señora; por eso soy viudo hace veinte años.

VICTORIN. ¿Y quiere usted que su hijo, á quien ha educado usted en la corte, á quien ha dado una carrera, se case con su prima Nicolasa?

RUFINO. Bien; si ese es el inconveniente...

CARLOS. (Oh mujer adorable!)

RUFINO. Que haga su santísima voluntad.

VICTORIN. En ese caso...

RUFINO. Consiente usted.

VICTORIN. Señor don Rufino, voy á abrir á usted mi corazon: usted me cree digna de pertenecer á su honrada familia, de estar siempre á su lado, de...

RUFINO. Si señora, la creo á usted digna de eso y de mucho más, ya me entiende usted!

VICTORIN. Pues bien, señor don Rufino, yo no debo engañar á usted: aunque pobre y huérfana hace tiempo que mi corazon no me pertenece.

RUFINO. Qué dice usted?

(*Cárlos que se habrá ido acercando lentamente á don Rufino queda á su lado en una aptitud algo estúpida.*)

VICTORIN. (*Con mucha ternura.*) Pero eso no impide para que encuentre usted en mí una persona que con infatigable cariño reciba á usted con los brazos abiertos cuando vuelva cansado de recorrer sus posesiones; que enjugue el sudor de su frente cuando la fatiga y el cansancio se refleje en su rostro.

RUFINO. Todo eso es muy bueno, pero no me explico...

VICTORIN. Si usted me considera digna de esto!...

RUFINO. Mucho que sí, pero...

VICTORIN. Hará usted de una pobre huérfana la mujer más feliz de la tierra.

RUFINO. Es decir que... (*Viendo á Cárlos que permanece inmóvil á su lado y comprendiéndolo todo por las miradas de Victorina.*) Eh!... conque... (Bonito papel he estado haciendo!) (*A Cárlos que sigue inmóvil.*) Qué se le ha perdido á usted aquí, caballerito? (*Breve pausa.*) Se han vuelto ustedes mudos? (*Pausa.*) Bien, muy bien; en ese caso ya nada tenemos que hacer aquí. Señora, si puedo complacer á usted en alguna cosa... ya sabe usted... que en mi pueblo... (*Cárlos permanece en la misma actitud: Victorina, al otro extremo, enjuga sus lágrimas.* (Está llorando!... pobre jóven!... qué culpa tiene ella de que yo haya sido un majadero!) (*Acercándose á Victorina, despues de un momento de vacilacion.*) Hija mia!

VICTORIN. Ah!

RUFINO. Sí!... ya que no pueda dar á usted otro nombre—que lo siento mucho—me envaneceré de tener á mi lado una jóven que ha sabido hacer saltar una lágrima de ternura á este pobre patan. (*Dando un empujon á Cárlos que permanece inmóvil.*) Y tú, mastuerzo, no vienes á abrazar á tu padre?

CARLOS. Conque usted consiente!... mi buen padre!

RUFINO. Sí; bueno porque hace lo que quereis. Pues mira,

si no hubieras sido mi hijo, de muy buena gana te hubiera retorcido el pescuezo.

VICTORIN. Nosotros pagaremos tanta ternura con un cariño eterno.

RUFINO. Pero ahora que me acuerdo, qué dirán á todo esto tu tio Leoncio y tu prima Nicolasa?

VICTORIN. Como se negaba á ceder á su hija el ganado vacuno...

CARLOS. Ya ve usted!... él ha tenido la culpa!

RUFINO. Teneis razon; nada, nada, hoy mismo partiremos al pueblo y en seguida...

CARLOS. Voy por los billetes?

VICTORIN. Sí, pero...

RUFINO. Qué?

VICTORIN. (*Señalando al público.*) Si nos vamos sin despedirnos...

RUFINO. Es verdad; pero yo temo cometer otra necedad y no me atrevo...

CARLOS. Ni yo.

VICTORIN. Conque es decir que lo he de hacer yo todo!... (*Volviéndose repentinamente.*) Ah!

RUFINO. }
CARLOS. } Qué?

VICTORIN. Se me olvidaba quitar los papeles del balcon. (*Los desata y despues vuelve al público con ellos en la mano.*)

Yo lo siento!... sí señor!...
mas no lo puedo llorar;
que al fin voy á realizar
todos mis sueños de amor!
Ya ven ustedes!... me caso!
realizo mi ilusion bella,
que aunque tímida doncella
quiero salir de este paso!

Por lo tanto no vacila
mi amoroso pensamiento!...
Huéspedes!... llegó el momento!...
(*Rompiendo los papeles con gravedad cómica.*)
«*Este cuarto no se alquila!*»

FIN.

ESTHER.

DRAMA BIBLICO Y LIRICO

EN CINCO ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

ILDEFONSO VALDIVIA Y RUIZ-BEJARANO.

SEVILLA.

Establecimiento Tipográfico del Círculo Liberal,
calle del Rosario número 21.
1882.

PERSONAGES.

ESTHER.
ASUERO, Rey de Persia.
AMAN.
MARDOCHEO.
ATHACH.
EGEO.
MAMUCHAN.
THARES.
BAGATHAN.
HARBONA.

Príncipes y Sábios persas y medos, Ennuchos, Hebreos y esclavos de ambos sexos.

Mardocheo, Mamuchan y ennuchos, se leerán: *Mardoqueo*, *Mamucan* y *ennucos*.

Pasa la accion en la ciudad de Susan del reino de Persia, 510 años antes de Nuestro Señor Jesucristo.

Esta obra es propiedad de su autor, y no se podrá representar ni reimprimir sin su expreso permiso.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un magnífico pátio, con un átric al foro. El arco de la derecha forillo de un caprichoso jardín, el de la izquierda de suntuoso palacio, y el del centro, cubierto con una cortina persiana. Pabellones de color celeste, blanco y jacinto, sostenidos por cordones blancos y de púrpura. En el centro de la escena, una mesa lujosamente cubierta de riquísima vajilla con elegantes jarros, copas, vasos y platos, de remotas épocas, de oro, plata y marfil.

ESCENA I.

El Rey, Aman, Athach, Mamuchan, *príncipes y sabios persas y medos ennuchos y esclavos. El Rey, Aman y los príncipes y sabios son los únicos que estarán sentados. Al levantarse el rey lo harán los demas.*

CANTADO

Coro. Viva, viva el rey Asuero,
de la Pérsia gran señor,
que provincias en su reino
ciento veinte y siete son.
De la India á la Ethiopia
altiva manda su voz,
desde Susan la famosa,
corte que él mismo eligió,
por ser la mejor ciudad

en belleza y situacion.
Ha cumplido ya tres años
que en el sólio se sentó
de este imperio tan estenso...
y quiso con esplendor,
dar un suntuoso banquete,
con la mayor profusion,
á los príncipes... á sábios
y oficiales de valor
Persas y Medos, que fueran
dignos de su distincion.
Ciento ochenta dias cabales
al convite señalò.
Cada cual lo que le plazca,
tomará á satisfaccion,
sin que nadie se dé cuenta,
si comió mucho ó bebió. (Toman copas.)

———

Brindemos, hrindemos
con rico licor,
por el rey Asuero
nuestro gran señor. (Beben y vuelven á beber.)

———

CORO DENTRO DE DAMAS Y ESCLAVAS DETRAS DE LA CORTINA PERSIANA.

Viva Vasthi nuestra reina,
hermosa cual lo es el sol,
bella, sobre las bellezas
de encanto deslumbradór.
Goce, pues, del rey Asuero,
que la adora con pasion,
como la tórtola goza,
del cariño arrullador,
del amante, destinado
á vivir siempre en su union.

Brindemos, brindemos
con rico licor,
por la reina Vasthi
y nuestro señor.

Á LA VEZ.

CORO DE HOMBRES EN LA ESCENA.

Brindemos, brindemos (Tomando las copas.)
con rico licor,
por el rey Asuero
nuestro gran señor.

CORO DENTRO DE SEÑORAS.

Brindemos, brindemos
con rico licor,
por la reina Vasthi
y nuestro señor

REY. Príncipes el vino (Se levanta.)
nos causa emocion,
la sed lo reclama,
y luego el traidor,
hace en la cabeza
grande operacion,
Los pies inseguros, (Figura un movimiento.)
beber quiéro yó;
que si ellos blandean...
nunca el corazon.
Tengo ahora un deseo...

AMAN. ¿Qué deseas señor?

REY. Son cosas del néctar.

AMAN. Dígalo por Dios.

ATHACH. ¿Quieres una copa
de vino, mejor?

REY Otra cosa quiero.
¡Mi luz y mi sol!
Quiero mis ennuchos, que en este momento
la reina aquí venga: corona real
su cabeza ciña, y mi gran contento
su belleza admire y encanto ideal.
Esclavos, al punto hasta mi presencia
Vasthi llegue aquí, beldad sin igual,
y todos contemplen, que la omnipotencia
concedió á mi esposa, rostro celestial.

SIETE ENNUCHOS Al punto marchamos.
REY Vé tambien, Aman,
que quiero que admiren
su rara beldad. (Se vá Aman y los siete cnnuchos.)

ESCENA II.

Los mismos ménos AMAN *y los siete ennuchos.*

CANTADO

REY Mi corazon fuerte
lo siento latir,
espera á la reina,
que lo hace feliz.
No hay dicha ni gloria
mayor para mí,
que admirar su rostro
de rosa y jazmin,
ojos de azabache,
dientes de marfil,
el pelo onduloso,
lábios de carmin,
su cuello de jaspe...

ESCENA III.

DICHOS Y AMAN *y los siete ennuchos.*

CANTADO.

REY. ¡Solos!
AMAN. Señor, permitid...
REY. Hablad, hablad al momento. (Enfurecido.)
AMAN. Fuera estás, señor, de tí.
REY. El silencio me asesina
y con él me harás morir. (A Aman.)
AMAN. Nuestra reina, gran señor....
REY. Responde, responde, dí. (Con furor.)
CORO. ¡Cielos!
AMAN. Aquí á tu presencia
se ha negado á concurrir.
REY. ¿Es posible?
AMAN. Sí, es muy cierto.
REY. ¿Será verdad lo que oí? (Quédase pensativo.)
CORO. Rey Asuero poderoso
que este gran reino regís,
sed piadoso y sed clemente
con quien lo hace tan felíz.
AMAN. ¡Nunca! porque si la reina
ha desconocido al fin
el poder del rey esposo,
mañana podrá ocurrir
la imiten nuestras mujeres.
REY. Mi consejo luego aquí. (Se le aproximan los sábios y príncipes.)
CORO. Rey Asuero poderoso,
que este gran reino regís,
sed piadoso y sed clemente
con quien lo hace tan felíz.

REY. Al punto mis siete sábios
vengan á reunirse á mí
á tratar tan grave asunto;
todos los demas, salid.

(Forman los siete sabios un semicírculo, quedando Mamuchan el primero de la embocadura).

AMAN. (El rey no puede jamas
tal ofensa dimitir;
si repudiara á la reina
los dos mandáramos, sí.)

(Se marchan todos menos el rey y los siete principes sabios.)

ESCENA IV.

EL REY *y los siete Principes sabios entre ellos*
MAMUCHAN.

HABLADO.

REY. Sábios de todos mis reinos
y Príncipes ilustrados:
ya sabeis lo que ha ocurrido
al màs grande soberano,
que se conoce en el mundo.
Si por mi corage guiado,
pude hacer un escarmiento
con quien me ha ofendido tanto,
que hubiera asombrado á todos ..
he querido, moderado,
tomar prudente consejo
de hombres de conciencia y sábios.
Adornado de ambas cosas,
príncipes estais, y es vano,
os refiera aquesa historia
que habeis todos presenciado,
¿A qué pena está sujeta
una reina, que faltando
al respeto que se debe

al esposo, se ha negado
á acudir al llamamiento?
Pensadlo mucho, pensadlo;
mas decidid en justicia.

MAMUCHAN. A tí solo no ha faltado;
al saber nuestras mujeres
tan estraño y raro caso,
es muy posible ¡gran rey!
nos viéramos desairados.
Tú, señor, cual el sol eres,
que nada puede empañarlo.
Los príncipes Persas, Medos,
los nobles, pueblos y esclavos,
son estrellas pasajeras
que se ven en el espacio,
segun tienen de importancia
en el órden planetario;
y si á tí que eres el sol,
se han apocado los rayos,
con la conducta de Vasthi,
es preciso no negarlo;
nosotros, pobres estrellas,
si al ejemplar imitando
nos faltaran las esposas,
quedara el cielo enlutado,
pues tan vaga frágil luz,
que perezca no es estraño.
Y por ello, me parece,
debes publicar un bando,
para que la reina Vasthi
salga luego de palacio,
sin que jamás se presente
á su esposo y soberano...
recibiendo en este reino
otra mejor.

REY. Me complazco.
¿Y vosotros, que decis? (A los otros.

LOS DEMAS. Igual. Lo mismo opinamos.

REY. (Sofoca, rey, tu pasion.)

Sea el edicto publicado (Conmovido; pero queriendo tener firmeza.)
en las diferentes lenguas,
y en los caracteres varios
que conocen mis provincias;
con el fin, de que el mandato
llegue á noticias de todos,
en este mi imperio vasto,
del repudio de la reina,
causa que lo ha motivado.
y que los maridos son
de sus esposas los amos,
y como señores, mandan
en ellas, como en esclavos.

MAMUCHAN. Al punto, señor.

REY. Que se haga (Mamuchan
como lo tengo ordenado. y los otros se van.)

ESCENA V.

REY SOLO.

HABLADO.

REY. ¿Estoy soñando ó deliro,
ó es del sentido quimera?
Ella, mi pasion primera,
de mi lado la retiro.
Temo que salga un suspiro,
que muestre mi sentimiento,
pues cuando el abatimiento,
debía condensar mi pena,
parece que me condena
á presentarme contento.
Sal de aqui, del corazon, (Tocándose al pecho.)
imagen deslumbradora,

que quiso en tan mala hora,
que alentaras mi pasion.
¿Por qué lleno de ilusion,
te ordené que á mi presencia
vinieras? ¿Por que tu ausencia,
¡Oh Vasthi! no respeté?
¿Por que el lábio no sellé
á tu candor é inocencia?
El vino me había alegrado,
y queriendo en mis antojos,
mirar los hermosos ojos
de mi encanto idolatrado...
al festin la hube llamado,
por beldad fascinadora
que todo el bien lo atesora.
en su rostro peregrino...
mas, se ha torcido el camino,
y pierdo á la que me adora.
¿Y por qué? ¡Viven los cielos!
¿Por qué tengo que perderla?
¿Cómo he de vivir sin verla?
Si aquesos pechos de hielos
no conocen los desvelos,
que sufre mi corazon;
es, que ignoran la pasion
que le tiene el rey Asuero...
sin ver, que de pena muero,
al dar, tal resolucion.

ESCENA VI.

DICHO Y AMAN.

HABLADO.

AMAN. Si me dás, señor, licencia...
REY. Entra luego en él momento,
y mitiga el sentimiento
de mi abrumada conciencia.
A Vasthi rudo y tirano,
ha un instante repudié...
su amor, un punto olvidé;
pero juzgo que es en vano.
Mi cariño es verdadero,
puro, entrañable y constante...
no lo olvido ni un instante,
porque es del todo sincero.
Su imagen encantadora,
vive siempre fija en mí...
arráncamela de aquí, (Señalándose al corazon.)
del corazon donde mora.
AMAN. Señor, te hago advertir,
que el edicto publicado,
ese tu amor, ha matado,
y lo debes reprimir.
¿Qué digera el reino todo,
despues de tan grave ofensa...
si tomaras la defensa
de quien obró de aquel modo?
REY. Ni el embravecido mar,
ni el màs voraz elemento.
pueden causarme el tormento
que haciéndome estás pasar.
¡Conque á Vasthi, he de perder...

á Vasthi, que tanto quiero!...
¿Pues entonces, rey Asuero, (Reconviniéndose.)
donde existe tu poder?

AMAN. Prueba grande es de valor.

REY. ¿De valor? No puede ser
contra una débil mujer.

AMAN. Asi es más, grande señor.
En esa dura batalla,
dó el enemigo no existe
el pecho que la resiste
es como fuerte muralla.
Porque brioso separar,
pasion que nos enloquece,
es valor, que bien merece
que se le deba admirar,
Del paso dado por tí
retroceder no es posible.

REY. ¿Con que he de ser insensible?

AMAN. Lo ha dispuesto Dios así.
Imágen suya en la tierra,
acata su voluntad.

REY, ¡Ay! Esa fiera verdad,
hasta el corazon me aterra!

AMAN. Manda un edicto al momento;
que busquen mujeres bellas,
candorosas y doncellas...
las lleven á un aposento,
custodiadas por Egeo;
quien, como ennucho mayor,
las cuidará con rigor
en sus vestidos y aseo.
Y cercano estará el dia
que de esas vírgenes puras,
halles, quien tus desventuras,
las trueque en suma alegría.
Acepta este parecer
de un vasallo fiel y justo...
y piensa, que de un disgusto,
suelen las dichas nacer.

La que te agrade, señor,
tócale el cetro en la frente;
será reina prontamente
con gran pompa y explendor.

REY. Me fascinan tus palabras.

AMAN. Es que no encuentro más medio.

REY. Si no existe otro remedio,
tú, mi bien, ò mi mal labras.
Dispon con tu buen criterio
que al punto marchen personas
que recorran bien las zonas
de mi vastísimo imperio.
Lo demás en tí lo fio. (Váse.)

AMAN. Puedes, señor, descansar. (Mientras se oculta el Rey.)
(Ya por fin pude lograr
ser dueño de su alvedrío.) (Váse.)

ESCENA VII.

ESTHER (sola.)

CANTADO.

ESTHER. ¿Dónde mísera...
Donde mis piés,
dirige ávidos,
esta mujer?
Ya de la reina
su suerte sé.
¡Reina infelice
y fallo cruel,
que la separa
de tanto bien!
Ella, á su esposo,
adora fiel,
y le dá en pago

fiero desden.
Fortuna adversa,
tocóle, pues,
quieran los cielos
cese esta vez,
pues la desgracia,
si dá en correr,
jamas se para...
dígalo aquel,
que me educára
con ciega fé,
y está privado
aun de poder
decir que es hijo...
¡Ay Dios! de Israel.

ESCENA VIII.

DICHOS Y MARDOCHEO.

HABLADO.

MAR. ¡Hija! ¡Mi querida hija!
ESTH. ¡Padre de mi corazon!
MAR. ¿Tan pronto por aquí sola?
ESTH. Oye, lo que aconteció.
A la reina llamó el rey,
y creyendo en su pudor,
que no debiera asistir,
á tan lúbrica reunion,
se negó resueltamente...
diciéndole á Aman, que nó.
Entonces á sábios y príncipes
un concejo les pidió
sobre la clase de pena
que mereciera en rigor;
y Mamuchan cruelísimo
muy terrible se lo dió.

En fin nuestro rey Asuero,
olvidando su pasion,
y belleza de la reina,
á la misma repudiò
y aquel se encuentra ya libre.

MAR. ¿Que me dices, corazon? (Agarrándose el sitio fuertemente,)
¿Por que lates fuertemente
sin contento ni temor?
¿Que desgracia ¡Dios! me espera?
¿Por que estraña turbacion
padeciendo mi alma está
un tormento tan atroz?

CANTADO.

A nadie digas, hija,
cual fuera tu nacion,
callalo por tu vida.
Si alguien lo receló
nunca digan tus lábios,
nunca digan, por Dios,
vieras la luz primera
en la hermosa Sion.
Alza luego la frente
tan pura como el sol,
y esos divinos ojos,
radien con su esplendor,
por si fascinar pueden
al astro semi-dios.

ESTH. ¿Qué quieres decir, padre?

MAR. Se embarga hasta mi voz.
Nada puedo decirte.

ESTH. ¿Por qué?

MAR. ¡Pluguiera á Dios!
Vámonos de este sitio,
hija del corazon;
y este nombre sagrado
orgulloso te doy,
porque hija de mi hermano,
te adoro con pasion;

pues ademas de criarte,
digna eres de mi amor.

ESTH. Vámonos de este sitio,
padre del corazon;
y ese nombre sagrado
orgullosa te doy,
pues, de mi padre hermano,
te adoro con pasion,
porque ademas de criarme
digno eres de mi amor.

DUO.

MAR. Vámonos de este sitio,
hija del corazon:
y este nombre sagrado
orgulloso te doy,
porque, hija de mi hermano,
te adoro con pasion,
pues además de criarte,
digna eres de mi amor.

ESTHER. Vámonos de este sitio,
padre del corazon;
y ese nombre sagrado
orgullosa te doy,
pues, de mi padre hermano,
te adoro con pasion,
porque además de criarme,
digno eres de mi amor. (Se ván.)

ESCENA IX.

REY, AMAN.

CANTADO

REY. Aman, ¿qué beldad es esa? (Viendo á Esther que se retira.)
Dímelo pronto.

AMAN. Lo ignoro.
REY Es de belleza un tesoro,
jamás viera otra mayor.
AMAN. En tu imperio sin segundo
se admira tanta hermosura,
que muy pronto la tristura
se convertirá en amor.
Los encantos del querube
se encuentran en muchas bellas
fascinadoras doncellas,
de deslumbrante candor.
REY Si en mi imperio sin segundo
debo hallar la donosura
que pueda darme ventura
con su virginal amor,
quiero ver á ese querube
que mitigue mi querella,
y cual refulgente estrella
me admire con su candor.

DUO.

AMAN. En tu imperio sin segundo, etc.
REY. Si en mi imperio sin segundo, etc.

ESCENA X.

DICHOS *y coros de ámbos sexos.*

CANTADO

CORO. Rey Asuero, rey Asuero
á la reina perdonad.
REY. Imposible, es imposible
el mandato revocar.
AMAN. Ya la reina repudiada
por el mismo rey está.
CORO. Merece ser perdonada,
por su extremada beldad,

y tambien por su recato
debe el perdon alcanzar.

AMAN. No puede ser perdonada
por su extremada beldad,
ni razon es su recato
para á su esposo faltar.

REY. No puede ser perdonada,
por su extremada beldad,
ni es bastante su recato
para su falta escudar.

A LA VEZ

CONCERTADO EN LO POSIBLE.

REY. No puede ser perdonada
por su extremada beldad,
ni es bastante su recato
para su falta escudar.

AMAN. No puede ser perdonada
por su extremada beldad,
ni razon es su recato
para á su esposo faltar.

CORO. Merece ser perdonada,
por su extremada beldad,
y tambien por su recato
debe el perdon alcanzar.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon de paso del palacio; en el foro un átrio ó rompimiento, por cuyos arcos se verán suntuosas galerias formadas pór columnas, y entre algunas de estas colgaduras persianas. A la izquierda puertas de estremado lujo y grandeza, y á la derecha tambien puertas pero modestas. Preludio de dos ó tres minutos antes de levantar el telon.

ESCENA I.

THARES Y BAGATAN.

HABLADO.

THARES. Por fin hízose la boda.
BAGATH. ¡Y que boda tan menguada!
Ver repudiada una reina
de estirpe régia y preclara,
para elevar hasta el trono
á una miserable esclava...
tan solo porque es muy bella
y hechiza con sus palabras;
es un desdoro inaudito
que á todos nos avasalla,
y que tolerar no puedo,
y pienso en tomar venganza.
THARES. Y yo te juro solemne,
clavar mi punzante daga

en el corazon infame
del rey que asi nos degrada. (Sale Mardocheo. Al oir las últimas frases se detiene)

BAGATH. Pues si á tí querido amigo,
el aliento no te falta,
á mi me sobra el furor.

MAR. (¿Qué dicen?)

THARES. De tu plan habla.

BAGATH. El rey vá á salir, pues quiere
los hechizos de su dama
lucir, y entonces iremos
los dos á su régia estancia,
con el corage en el pecho,
y afiladas bien las armas.
Ocultos detrás del tàlamo,
nos daremos allí trazas
de estinguir su infame vida
aunque la nuestra costara;
que bien merece morir,
el que tanto nos rebaja.

THARES. Pues vamonos al momento
á preparar la celada

BAGATH. ¡Rey Asuero, en este dia,
tu magestad será vana!

FSCENA II.

MARDOCHEO SOLO.

HABLADO.

Mentís, traidores malvados;
que al oiros Mardocheo,
ya me parece que os veo
en una cuerda colgados.
Aunque mil vidas perdiera,
he de avisar á mi Esther,
ignoro como ha de ser;
pero ha de ser, aunque muera,

Los reyes en su demencia
se colocaron tan altos;
que siempre se encuentran faltos
de escuchar á la esperiencia.
En este mismo momento,
pienso su vida salvar,
y tal vez, vaya á buscar,
ó la muerte, ó el tormento;
pues si aplazáran su plan,
y aun cierta la traicion fuera,
de seguro pereciera,
por Thares y Bagathan.
Si no peligrara Esther,
á quien ciego y loco adoro,
no diera por un tesoro,
tal perfidia á conocer.
Muríeras, si, rey Asuero,
apesar de mi lealtad,
porque diciendo verdad,
debo probarla primero...
y siempre la duda empieza
por el pobre desdichado...
si no lo diera probado,
me costara la cabeza;
¿pero que me importa á mí,
siendo el esposo de Esther?
Si acaso he de perecer,
perezca, mi bien, por tí.

ESCENA III.

DICHO Y EGEO.

HABLADO.

EGEO. El Rey muy pronto saldrá.
MARDOCH. ¿Qué me dices, buen Egeo?
EGEO. Que no puedes Mardocheo

en este sitio estar ya.

MARDOCH. Tengo á la reina que hablar.

EGEO. No es posible en este instante.

MARDOCH. Es motivo interesante.

EGEO. Aquí no puedes quedar.

MARDOCH. Tengo un secreto de Estado
y de él, pende su existencia.

EGEO. Por ahora, ten prudencia.

MARDOCH. ¡Oh! ¡Si, estoy desesperado!

EGEO. Advierte que es imposible.
No abuses de mi bondad.

MARDOCH. Miro, al fin, la realidad
del hado fiero y terrible.
Yo, que á salvarle he venido,
recibo por galardon,
me arrojen de esta mansion
como se arroja á un infido.
¡Torres, que en vuestra grandeza
al cielo quereis tocar...
mirad que podeis bajar,
si seguis en tal torpeza!
Pero ¿qué digo, ni espero,
cuando piensa mi deseo
salvarle la vida, Egeo,
á nuestro gran rey Asuero?

EGEO. No puede ser.

MARDOCH. Es verdad.

EGEO. Sin duda alguna estás loco.

MARDOCH. (Mi presunsion ya la toco;
mas tendré serenidad.)
Que hable permíteme luego,
á la reina un solo instante.

EGEO. Vuelvete mas adelante;
pero que salgas te ruego.

MARDOCH. Dime, ¿cuando he de volver?

EGEO. Antes que Asuero regrese.

MARDOCH. Quiera el cielo no le pese.
¡Adios, mi querida Esther!

ESCENA IV.

EGEO SOLO.

HABLADO.

EGEO. Que pensar me ha dado el viejo;
pero cuando vuelva el rey,
segun es costumbre y ley,
podrá escucharle en consejo.

ESCENA V.

DICHO, *el* REY, *la* REINA, AMAN, PRÍNCIPES *y* SÁBIOS, *personajes de la Córte, (segun el criterio de la direccion) esclavos, esclavas, servidumbre y ennuchos.*

HABLADO.

REY. Hoy, Susan, ciudad famosa,
verá de entusiasmo llena,
á una reina tan hermosa,
que envidia causa á la rosa,
y celos á la azucena.
Verá su tierna mirada;
de su talle la esbeltez,
su blancura nacarada,
el rosado de su tez,
y su ligera pisada.

ESTHER. Y á su rey tambien verá,
arrogante en galanura,
dando á su pueblo ventura,
pues venturoso será,
por su bondad y cordura.
Y esas virtudes que encierra
su corazon generoso,

harán su reino dichoso,
y á cuanto existe en la tierra
de su reinado glorioso.

REY. Lleno estoy de frenesí
por tu sin par hermosura.

ESTHER. Ten señor, piedad de mí,
que vá rayando en locura
el placer que siento aquí. (Señálase al corazon)
Tanto me elevó tu amor,
y á tan sin igual altura,
que estoy temiendo en rigor,
que sea tal mi desventura,
cual mi ventura es mayor.
Tú, señor de un vasto imperio,
de la India á la Ethiopía,
miro con melancolía
que el rey de aquese hemisferio,
forme la esperanza mia.
Mi exelcitud es fundada
sobre tan débil cimiento...
que veo con gran descontento
esta posicion soñada...
y doy mis ayes al viento.
Pero tú tendrás piedad
de aquesta dèbil mujer;
si de tu amor, la verdad
pudiera desparecer,
me mirarás con bondad.
En tal caso, me contento,
con una simple mirada,
que alivie mi sentimiento.
¡Si me viera despreciada...
me matára el sufrimiento!

REY. Nó, mi bien, hechizo mio.
Eterno amor te aseguro.
Por su pureza lo juro.

ESTHER. Tan sólo esa dicha ansío.

REY. Y nunca el rey fué perjuro.
Y para una prueba dar,

de mi excesiva alegría,
quiero hacer en este dia
una gracia singular.
Aman, con grande porfía
mi felicidad labró,
desde ahora, lo ensalzo yó
á la primer dignidad;
despues de mi autoridad,
no ha de existir otra, nó,
Antes que todas, su silla
en mi consejo estará:
y en mi pueblo nadie habrá
que no doble su rodilla
cuando pase. Así será.
Admite mi real anillo, (Se lo dá)
y al punto puedes sellar
un bando, lo más sencillo,
ordenando, se han de hincar
todos ante tí.

AMAN. Me humillo
á tu escelsa majestad,
y acepto tan alto honor;
màs no soy merecedor,
de la pródiga bondad
que me dispensas, señor.

REY, En marcha, querido Aman,
que estoy curioso por ver,
como los de mi Susan,
reciben la reina Esther.

AMAN. Muy bien la recibirán.

ESCENA VI.

MARDOCHEO *solo.*

CANTADO. (Breve preludio.)

Pronto volví.
Fiero dolor
siente mi espíritu

y el corazon.
Hace un momento
el rey salió,
y en el instante...
sin dilacion,
vengo á decirle:
señor, señor,
hay dos traidores,
que vuestra union
pareció mal,
no les gustó;
y ese motivo
les dá ocasion
para teneros
grande rencor,
é ir á mataros
con vil accion;
mas esta vez,
yo creo que no,
pues este viejo
dará su voz,
que en este caso
por vos veló.

ESCENA VII.

Dichos THARES *y* BAGATHAN.

HABLADO.

THARES. Anciano, ¿que haces aquí?
MARDOH. Me parece, lo estas viendo.
THARES. ¿Te burlas?
BAGATH. En ese caso,
lancemos al majadero,
MARDOCH. Esperad un solo instante,
y si despues de oir lo cierto,
quieren que el sitio abandone

lo ejecutaré al momento.
Ha llegado á mi noticia
que la reina y rey Asuero,
han ido por la ciudad,
su lujo y pompa luciendo;
y como aqui han de volver,
despertóse mi deseo,
pues si pierdo la ocasion,
como ya soy pobre viejo,
jamas podré hallarme en otra.
Aqui tienen el objeto
de encontrarme en este sitio.
Si me echan, me marcho luego.

BAGATH. Puedes seguir en la estancia.

THARES. Que te diviertas celebro. (Burlándose)

MARDOCH. Siempre ha de ser muy curioso,
aquese acontecimiento.

THARES. ¿Vas su crónica á formar?

MARDOCH. Para tanto, mi talento,
es escaso en demasía.

BAGATHAN Pues yo, buen hombre, te advierto,
mires bien la comitiva
que ha de formar el cortejo,
y no olvides cosa alguna. (Marchándose.)

MARDOCH. La advertencia le agradezco.

ESCENA VIII.

MARDOCHEO SOLO.

HABLADO

A reconocer el campo,
sin duda alguna, vinieron,
¿Es posible que haya séres
tan infames y perversos,
que ese atroz crímen proyecten,
y se encuentren tan serenos?

Señor, gran Dios de Israel, (Dirigiéndose al cielo.)
si alguna vez el veneno
ponzoñoso de la envidia
me hiciera ser un soberbio,
y discurriera atentar
contra un semejante nuestro,
cortadme luego la vida;
que morir ántes prefiero.

ESCENA IX.

Dicho, Egeo.

HABLADO

Egeo. Ya los reyes vendrán pronto.
Mardoch. Muy corto será el paseo.
Egeo. Los súbditos, á sus reyes,
deben desde léjos verlos,
y mientras menos lo hagan,
entonces hay más deseos.
Si el rey familiarizara
con sus vasallos y pueblo,
al punto se convencieran
que era un hombre como ellos;
más rodéanse de un aura,
y se les quema un incienso...
que imágen de Dios parecen,
y es conveniente creerlo.
Mardoch. Asombrado estoy de oirte.
Egeo. Oculta aquese secreto
en lo profundo del alma.
Mardoch. Jamás saldrá de mi pecho. (Suenan ciertos golpes raros de redoblante.)
Egeo. Ya el atabal nos anuncia,
de los reyes el regreso.

ESCENA X.

Dichos, el REY, ESTHER, AMAN *y todos los demás que salieron en la escena V.*

HABLADO

REY. Estoy, Aman, satisfecho
del amor, de la lealtad,
y del jùbilo indecible
del pueblo, al vernos pasar.

AMAN. Tambien me encuentro contento,
porque al ir de tí detrás,
tuve mejor ocasion
del entusiasmo admirar.

MARDOCH. Pongo, Esther, en tu noticia;
que Tharés y Bagathan,
conspiran contra tu esposo
y lo ván á asesinar.
Para lograr tal objeto
en la real cámara están
ocultos detrás del tálamo.

ESTHER. ¡Oh! ¡Qué perversa maldad!
Al momento diré al rey
esa accion tan criminal,
y que tú me la has contado,
y al punto te premiará.
¿Señor? (Al rey.)

REY. ¿Qué quieres?

ESTHER. Permiso
para que te pueda hablar.

REY. La que es dueña de mi vida,
no ha de pedirlo jamás.

ESTHER. Señor, señor, una trama,
una traicion infernal
este anciano ha descubierto.

REY. ¿Dó los traidores están?

ESTHER. Ocultos ahora se encuentran
en tu cámara nupcial.
REY. ¿Quiénes los perversos son?
Dí.
ESTHER. Tharés y Bagathan.
REY. ¡Los dos súbditos más fieles,
á mi persona real!
Es impostura inaudita.
ESTHER. Digo, señor, la verdad.
Todo Mardocheo lo ha oido.
MARDOCH. Del tálamo están detrás.
REY. ¡Ay de tí si me mintieres! (A Mardocheo.)
Sígueme al instante, Aman,
y ven tu tambien, Egeo,
que me quiero cerciorar
de esa funesta calumnia,
contra tal fidelidad.

ESCENA XI.

Dichos, menos el REY, AMAN *y* EGEO.

CANTADO.

MARDOCH. Es desgraciada suerte,
ser infelice,
cuando hacer bien se piensa,
se teme triste,
Porque es lo cierto
que mi muerte es segura
si hay desacuerdo.
ESTHER. Envidiada es la muerte,
cuando se vive,
con contínuos pesares
sin que se alivien.
Y está probado
que quien nació en desgracia
vive espirando.

CORO. La reina es la más bella
de las mujeres,
y un corazon hermoso,
porque padece.
¡Quieran los cielos
siempre tenga el cariño
del rey Asuero!

A LA VEZ

MARDOCH. Es desgraciada suerte
ser infelice;
cuando hacer bien se piensa,
se teme triste.
Porque es lo cierto
que mi muerte es segura
si hay desacuerdo-

ESTHER. Envidiada es la muerte,
cuando se vive,
con contínuos pesares
sin que se alivien.
Y está probado
que quien nace en desgracia
vive espirando.

CORO. La reina es la más bella
de las mujeres,
y un corazon hermoso,
porque padece.
¡Quieran los cielos
siempre tenga el cariño
del rey Asuero!

ESCENA XII.

Dichos el REY, AMAN *y* EGEO.

HABLADO.

REY. Con sus vidas, han pagado
tan infame y vil traicion.
ESTHER. ¿No merece un galardon,
quien la muerte te ha evitado?
REY. En el punto, en el instante
harás inscribir Egeo,
lo que ha hecho Mardocheo.
Que este servicio importante,
quede en crónica sentado,
para tenerlo presente
y sepa yo eternamente
lo que debe mi reinado.
EGEO. Muy luégo todo se hará.
AMAN. Mientras exista un judio, (Aparte al rey)
siempre tu gran poderio
á su merced estará,
REY. ¿Y que es lo que puedo hacer?
AMAN, Señala tan solo un dia,
y muere la juderia,
REY. ¿Y eso, Aman, como ha de ser?
AMAN. El anillo existe en mí,
de tu extremada grandeza,
mándalo, y ni una cabeza
ha de quedar por aquí,
REY. A todo resuelto estoy,
AMAN Pues descuida ya en mi celo,
que yo estenderé mi vuelo
y sabrán pronto quien soy.
REY. Ambos estamos contentos.

AMAN. Lo estoy, señor, en verdad,
y en prueba de ello, aceptad
por cuenta diez mil talentos.

REY. Todo, Aman, sea para tí
de los bienes confiscados...
pues de esos hombres malvados,
nada quiero para mí.
La reina mirando está. (Esta parte de escena ha sido entre los dos.)
Ya que benigno hoy el hado
de la muerte me ha librado
todo entusiasmo será.

ESTHER. Mi corazon de alborozo
siento en el pecho latir

AMAN. (Ya empezaras á sentir, (Por Esther)
poco durará tu gozo.)

REY. Pues que ya pasó el temor,
respiremos alegria,
que este ha sido un bello dia.

AMAN. De mi vida es el mejor,
Por si acaso á tu elemencia (Aparte al rey.)
pudieran luego apelar...
que nadie pueda llegar,
á mostrarse á tu presencia,
y que no exista escepcion,
por su clase ni fortuna,
ni haya persona alguna,
que tenga tal distincion.

REY. Ya lo puedes ordenar,
publícalo en el momento. (Todo esto entre Aman y el Rey.)

AMAN. Que nadie en el aposento
del rey pueda penetrar,
sin obtener su licencia.

REY. Eso tan sólo ha de ser.

AMAN. Ya lo sabeis, reina Esther.

ESTHER. Me someto á la obediencia.

AMAN. Y si alguno penetrare,
que en equel momento muera;
á no ser, que el rey no quiera,
y su real cetro inclinare.

CANTADO.

REY. Todo cuanto me has pedido,
te lo he concedido, Aman.
AMAN. Por ello obligado estoy
á servirte con lealtad.
ESTHER. Inquieto mi corazon
muy fuertes latidos dá.
MARDOCHEO. Siento una pena terrible,
sin la causa adivinar.
CORO. Parece ya que al contento
tristeza sucederá.
REY. No puedes estar quejoso (A Aman.)
de mi magnanimidad.
AMAN. Daré la vida por tí,
y mil, si pudiera dar.
ESTHER. El pecho tengo oprimido
por un augurio fatal.
MARDOCH. Quiera Dios que me equivoque:
pero me espera un pesar.
CORO, Están tristes los semblantes,
pesarosos por demás.
REY. Todo cuanto me has pedido (A Aman.)
te lo he concedido, Aman;
no puedes estar quejoso
de mi magnanimidad.
AMAN. Por ello obligado estoy
á servirte con lealtad...
daré la vida por tí,
y mil, si pudiera dar.
ESTHER. Inquieto mi corazon
muy fuertes latidos dá,
el pecho tengo oprimido
por un augurio fatal.
MARDOCH. Siento una pena terrible,
sin la causa adivinar...

quiera Dios que me equivoque;
pero me espera un pesar.

CORO. Parece ya que al contento
tristeza sucederá.
Están tristes los semblantes,
pesarosos, por demás.

CONCERTANTE

REY. Todo cuanto me has pedido etc.
AMAN. Por ello obligado estoy etc.
ESTHER. Inquieto mi corazon etc.
MARDOCH. Siento una pena terrible etc.
CORO. Parece ya que al contento etc.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un pátio exterior del palacio del rey Asuero, por lo que, el foro y el lado izquierdo, serán entradas y salidas del interior, y el derecho para la calle, por cuya razon este lado parece debe ser de sillares, y los otros dos, de alguna suntuosidad en el órden de arquitectura.

ESCENA PRIMERA.

MARDOCHEO, HEBREOS Y SERVIDORES DEL PALACIO.

CANTADO.

CORO. Dinos, Mardocheo,
porque al gran Aman,
no hincas la rodilla,
cual mandado está?
Contempla que al rey
plúgole ordenar.
que cuando pasara
esa dignidad,
como al soberano,
debieran doblar

la rodilla en tierra;
pues hazlo y en paz.

MARDOCHEO. No puedo, no, amigos
así mancillar
al nombre de Dios,
mi bello ideal.
Si ante el rey la doblo,
sé bien por demàs
que á Dios representa
en lo terrenal,
pues su imágen es.
No decidme más...
antes que humillarme
en manera tal,
prefiero la muerte.

CORO. ¡Es muy singular!
Oye los consejos
que amigos te dan,
mira no te pese
tal temeridad,
que tú no conoces,
de lo que es capaz.

MARDOCHEO. Haga lo que quiera
de este anciano ya;
pero no es posible
me pueda inclinar
ante aquesa fiera,
para mí fatal.

CORO. Bien sabes, amigo,
que, dias atrás
por desobediente
te quiso pegar
tirándote al suelo.

MARDOCHEO. Por Dios, por piedad
no me recordeis,
accion tan brutal;
que presente tengo
su mucha maldad,

y el corazon quiere
del pecho saltar.

CORO. Por Dios, Mardocheo,
oye nuestro afan.
Tu altivez rebaja,
ó te perderás.

MARDOCHEO. Aunque me perdiere,
decidido está;
quiero antes morir,
que eso toterar.

Á UN TIEMPO.

CORO. Por Dios, Mardocheo,
oye nuestro afan,
tu altivez rebaja
ó te perderás.

MARDOCHEO. Aunque me perdiere,
decidido está;
quiero antes morir,
que eso tolerar.

ESCENA II.

DICHOS, ATHACH Y ESCLAVAS

CANTADO.

ATHACH. No me persigais.

CORO DE ESC. Déjanos entrar,
á ver á la reina.

ATHACH. Soy su guardian.
Aquella hermosura,
pura y celestial,
que á todos encanta
su dulce mirar;

sólo puede verla,
quien quisiere Athach.

CORO DE ESC. Nosotras queremos

ATHACH. ¡No faltaba más!
Si aqueso pedís,
os mando encerrar,
y entónces vereis
mi gran facultad.
Mardocheo, di, ¿que tienes?

MARDOCHEO. ¿Yo? Nada.

CORO DE HOM. ¡Es particular!
Nada dice y su cabeza,
en grave peligro está.

CORO DE ESC. ¿Què le pasa, que le pasa?

CORO DE HOM. ¿Qué le tiene de pasar?
que se obstina en no cumplir,
la disposicion real,
y en no doblar la rodilla
al favorecido Aman.

ATHACH. ¿Qué dicen? ¡Es imposible!

CORO DE HOM. Es cierto

MARDOCHEO. Es realidad.

ATHACH. ¿Estás loco? Vamos todos
al anciano á suplicar:
que desista de un intento,
que á nada conducirá.

ATHACH Y COR. Mardocheo, Mardocheo,
tén por Dios, de tí clemencia,
que parece una demencia
no escuchar á la verdad.
Y aunque sientas en el pecho.
el ódio y horror más fiero,
la órden del rey Asuero,
respetala por piedad.
Los que aquí te suplicamos
somos al asunto agenos;
pero como somos buenos,
te pedimos con afan,
que le dobles la rodilla,

y advertirás cuán ufano,
se figura el soberano
en la famosa Susan.

MARDOCHEO. No puedo Athach ¡Oh! no puedo,
disponed de mi persona;
más sin que tenga corona,
eso no lo ha de alcanzar.

ATHACH Es tenacidad terrible,
porque no tenga corona,
que no pueda tu persona
los mandatos respetar.

CORO. No es posible comprender
que le mande á tu persona,
uno que tenga corona,
y no lo quiera acatar.

Á LA VEZ.

MARDOCHEO. No puedo, Athach ¡Oh! no puedo,
disponed de mi persona;
más sin que tenga corona,
eso no lo ha de alcanzar.

ALHACH. Es tenacidad terrible,
porque no tenga corona,
que no pueda tu persona
los mandatos respetar.

CORO. No es posible comprender,
que le mande á tu persona,
uno que tenga corona,
y no lo quiera acatar.

ESCENA III.

Dichos y AMAN. *Al salir doblan todos la rodilla excepto* MARDOCHEO, *y se retiran segundo término izquierda.* AMAN *se coloca en un tercio á la derecha en el primer término ó embocadura.*

CANTADO.

AMAN. Ya mi venganza,
ya se cumplió,
estoy contento
de mi valor.

Á LA VEZ.

AMAN. Hoy el decreto
terrible atroz,
que á los hebreos
causará horror,
ha de ser público
en la nacion.

ATHACH y COR. ¿Qué está pensando
el gran bribon?
Miedo dá verlo,
causa pavor,
tanta falsía
tanta traicion.

DUO.

AMAN. Por las provincias
corre veloz,
cual corre el viento
desolador.

MARDOCHEO. La Providencia
siempre veló
por el que espera
todo de Dios.

A LA VEZ.

AMAN. Pronto esa sangre
La veré yo
teñir las calles
para expiacion
de esos malditos
hijos de Sion.

ATHACH y COR. Duro semblante
cara feroz,
muchos visages,
violenta accion
todo predice
suceso atroz.

DUO.

AMAN. Al rey llegar
no pueden, no,
y de sus ayes
y su dolor,
me dará risa...
no compasion.

MARDOCHEO. Mi mano trémula
por el dolor.
bulle en mi pecho
mi corazon.
¿Porqué Dios mio?
¿Porqué Señor?

ATHACH y COR. Porque cumpliendo su fatal deseo,
cierta la muerte es de Mardocheo,

A LA VEZ.

AMAN. Y al oirle plañir su desventura,
orgulloso estaré de mi ventura,

supuesto que jamás feliz me creo
mientras aliente aquese infame hebreo.

ATHACH y COR. El malvado se goza en su locura,
contento con causar pena y tristura.
porque cumpliendo su fatal deseo
cierta la muerte es de Mardocheo.

HABLADO.

AMAN. Despejad en el momento

ATHACH. Al punto vamos, señor. (Temeroso.)

AMAN. Deponed todo temor (A Athach y á los otros.)
Tú quedate. (A Mardocheo.)

MARDOC. ¡Oh tormento! (Se van Athach y los demás.(

ESCENA IV.

AMAN Y MARDOCHEO.

HABLADO.

MARDOC. ¿Me humillarás orgulloso?

AMAN. Te quiero más que humillar...
quiero mirarte temblar,
cual un reptil asqueroso.
Quiero no ignores, que à Aman
nadie pudo impunemente,
levantarle altiva frente
sin que perezca en Susan.
Quiero, infeliz é insensato,
mostrarte, que tu delirio,
te conducirá al martirio
por necio y por mentecato.
Pronto verás un decreto.
que á los hebreos condena

á sufrir la última pena;
que está dictado en secreto...
y sus bienes confiscados,
para mí sólo serán...
todos, todos morirán,
por infames y malvados.
Para tí, hay un madero,
que está frente á mi palacio,
donde morirás despacio,
sufriendo el dolor más fiero...
en tanto, que yo contento
contemplaré á sangre fria,
cómo sufres la agonía,
de aquese mortal tormento.
En el cuello los cordeles,
mecerán tu cuerpo al viento,
gozando en el sufrimiento
de tus fatigas crueles.
Muy larga será tu muerte...
larga, cual mi padecer:
¡Cuánto he de gozar, al ver
tu cadáver allí inerte!
Pero despues de sufrir
mucho tiempo la torturas,
puesto que las ligaduras,
sin peso alguno han de ir,
Contigo tan solamente,
quedarás extrangulado...
¡Ya ves, lo que has alcanzado;
que goce muy luengamente!

MARDOC. Sin piedad ni compasion,
abusas de tu poder,
sin llegar á comprender;
que es grande mi corazon.
Tranquilo al madero iré,
presentando el cuello altivo,
y al ver tú, que no lo esquivo,
feliz, feliz moriré;
pues creyendo en mi agonía,

te dá pena mi entereza,
al mirarme la cabeza;
mi boca, tal vez se ría.
Dispuesto à partir estoy
y á morir en el momento.

AMAN. Quiero más ensañamiento;
quiero que sepas quien soy.

MARDOC. Eres el génio del mal,
eres el fuego y el viento
y eres azote cruento,
de lo bello y lo ideal.
Donde tú posas las plantas,
sécase lo florecido;
para el mal sólo has nacido,
y en el mal, sólo te encantas;
pero yo tranquilamente,
pido á mi gran Patriarca,
no me cause horror la parca,
haciendo abatir mi frente,

AMAN. ¿Tú morir? No ¡Qué alegría!
(Viendo salir á los esclavos con un pergamino que lo fijarán en la puerta del palacio, y se practicará segun lo manden los versos.)
¡Gozar en tu mal prefiero!
Vé, que dice el rey Asuero,
(Indicándole el sitio donde están colocando el edicto.)
y en tu gran Patriarca fía.
Ya el edicto se vá á unir,
ya ves, que activos lo ponen;
pronto verás se disponen
á verte ahorcado morir.
(Se marchan los esclavos y Mardocheo acude á leer el edicto y despues de hacerlo para sí, exclamará como enagenado mentalmente.)

MARDOC. ¡Cielos! ¿La vista no miente?
¡Esto no es posible, nó!
¡Comprendo que muera yo;
pero no tanto inocente! (Leyendo.)
«Qué maten y extermiten todos los judios,
desde el muchacho, hasta el viejo, niños y mu-

»jeres, el dia trece del mes de Adar y que sean
»saqueados sus bienes.»
¡Ah señor! Piedad! ¡Perdon!
(Al leer el edicto, cruzará las manos, y desde allí hará la pri l exclamacion, siempre marchando en direccion á Aman y a-decir perdon, estará junto á él y caerá de rodillas.)
Aquí á tus plantas rendido,
vés al anciano atrevido
pidiéndote compasion.
¡Y la tendrás!.. ¿No es verdad?
¡Mi pecho late de gozo!
Ya en tu rostro, el alborozo,
dá muestras de tu piedad.
Eso nunca ser pudiera...
Solo el pensarlo, es locura.
¡Perecer tánta criatura!..
¡Bah! Dios no lo consintiera.

AMAN. Te veo, al fin, arrodillado.

MARDOC. ¡Perdon!

AMAN. Nunca para tí.

MARDOC. ¿Para ellos?

AMAN. Lo mismo.

MARDOC. ¡Ah sí!

AMAN. ¡Jamás!

MARDOC. ¿Jamás?

AMAN. Sí.

MARDOC. ¡Malvado! (Se levanta.)
¡Recibe la maldicion
de quien te ruega inocente!

AMAN. Para tí siempre inclemente.

MARDOC. ¿Y á mis hermanos, perdon?

AMAN. Nó.

MARDOC. Sobrehumanos son mis bríos,
yo para mi nada quiero,
llevame pronto al madero;
más... piedad para los mios!
Piedad, piedad te demando.
No me causes desconsuelo.
¡Te lo pido por el cielo!

AMAN. Calla, que estás delirando. (Se vá.)

ESCENA V.

MARDOCHEO, *solo*

HABLADO.

¿Es cierto lo que leyera?
Pero no, no puede ser...
padecí engaño al leer. .
fué del sentido quimera.
La vista se me turbó,
y enardecida mi frente,
ilusion forjó mi mente,
que á mís ojos fascinó.
Voy denodado á mirar
lo que dice el pergamino...
¡Oh!.. ¡qué largo es el camino
que tengo que atravesar!
Todo en mi alredor me aterra.
Convulso muevo la planta,
y cuanto observo, me espanta...
¡Trepidar siento la tierra!
En frente me encuentro yá
del edicto maldecido...
Siempre valor has tenido,
¡Mardocheo, Mardocheo!.. ¡Ah! (Al leer parte del edicto para sí, esclama el ¡Ah! Se cubre la cara con las manos y despues de una ligera pausa, hace un esfuerzo y lee.)
«Que maten y esterminen todos los judíos,
»desde el muchacho hásta el viejo, niños y mu-
»jeres, el dia trece del mes de Adar, y que sean
»saqueados sus bienes.»
¿Qué delito cometieron?
Van á morir, ¡desgraciados!
por ser hijos engendrados
por padres que no escogieron.

ESCENA VI

DICHO Y ATHACH

HABLADO

ATHACH. ¡Horror, horror! ¡cuánto horror!
MARDOCH. ¿Qué dices?
ATHACH. ¡Oh!
MARDOCH. Dí.
ATHACH. ¡Execrable!
MARDOCH. Habla por piedad, amigo,
ATHACH. ¡Si tengo helada la sangre!
¡Maldito edicto!
MARDOCH. ¡Maldito!
ATHACH. ¡Acto inaudito, acto infame!
MARDOCH. Tú tan sólo en este mundo,
de ese mal puedes librarme.
ATHACH. ¿De qué modo?
MARDOCH. Creo digistes
que á la reina no habla nadie;
más que aquel que tú quisieres;
pues permíteme que hable;
con ella algunos minutos,
y presumo que al instante,
ese edicto se revoca,
ó se cumple mucho ántes.
ATHACH. Imposible.
MARDOCH. No lo digas.
ATHACH. Lo repito.
MARDOCH. ¿Sí?.. Pues ábreme
este pecho destrozado
por las angustias y afanes,
ántes que negarme, Athach,
aquese favor tan grande.

ATHACH. Puede costarme la vida,
MARDOC. Dios, amparo formidable
de los que obran piadosos,
se encargará de salvarte.
Dios único y verdadero,
en esta ocasion te ampare,
y no dudes ni un momento
que su proteccion te falte.
Hazlo, Athach, por ese Dios,
ya que por mí no lo haces.
ATHACH. No puedo hacerlo por nada.
MARDOC. ¿Al traidor vas á igualarte?
ATHACH. Es que perderé la vida,
si el caso luego probasen.
Yo, guardador de la reina,
si á las consignas faltare,
de seguro, en un cordel
mi candidez expiase.
Y así, yo siento muchísimo,
por ahora, no ayudarte;
pero de hacerlo mi amigo,
la vida puede costarme.
MARDOC. Nuestra vida, que está llena
de martirios y pesares,
cuando se ejercita un bien,
suelen luego aminorarse,
por recibir, una dicha,
aliviando agenos males.
¡Cuanto sentirás, Athach,
vernos en el triste trance,
habiendo podido hacer
que la suerte se trocase!
ATHACH. Mi corazon está blando
y admite tus justas frases;
mas lo cabeza lo niega,
por tener hechas las paces
con el cuerpo, y suponerse
que luego ha de separarse
tan pronto como consienta.

Ya ves que esas amistades
nunca podré permitir
que por nadie se quebranten.
Hasta aquí han vivido juntos...
y que por tí diera al traste,
con tan estrecha amistad,
viniendo un hacha tajante
á cortarla por el cuello...
¡Se me estremecen las carnes!
No puede ser Mardocheo;
deja que mi vida guarde.

MARDOC. Son egoistas despiadados,
que el corazon no les late,
y por hablar, hablan mucho,
sin en el mundo importarle,
lo que le pasa al hermano
de terrible ó espantable.
Que sus ojos se humedecen,
porque ven penas fatales;
pero que no las alivian,
si un sueldo pueden costarles.
Que lloran mucho y se afligen,
y dan al viento sus ayes;
que temen y se accidentan
por los estraños pesares...
¡Hipócritas son tan sólo,
pues se retraen cobardes,
y no exponen un cabello,
si por él pueden salvarle.

ATHACH. No es un cabello, es la vida.

MARDOC. Dios será tu baluarte.

ATHACH. ¿Y si me abandona Dios?

MARDOC. Es inmenso.

ATHACH. ¡Ah, si, es muy grande!

MARDOC. Y con esos atributos,
¿cómo podrá abandonarte?

ATHACH. Siempre la cuerda se rompe...

MARDOC. Pero...

ATHACH. Cesa en tus afanes.

MARDOC. Medita lo que me pasa,
y muéstrate más afable,
accediendo á que converse
con la reina lo más ántes,
y todos se han de salvar.

ATHACH. Si de ello me penetrase,
mi vida, y mil que tuviera
no temiera peligrasen.

MARDOC. Te lo juro por Abraham,
por Jacob, y por mis padres;
que, ó perece hasta la reina,
ó todos han de salvarse. (Queda Athach pensativo.)

ATHACH. (Despues de un momento de pausa.)
Espérala en este sitio;
porque aquí mismo has de hablarle.

MARDOC. Adios, y que Él te bendiga.

ATHAHC. Pídele que en bien me saque.

MARDOC. No dudes de su bondad.

ATHACH. Temo que me desampare. (Se vá.)

ESCENA VII.

MARDOCHEO, *solo.*

HABLADO.

Tán solo Tú, gran Dios, Rey Poderoso,
que creastè los cielos y la tierra
y las cosas visibles é invisibles,
y libraste á tu pueblo, que yaciera
bajo la esclavitud que le agobiaba;
salvarnos puedes, con tu gran clemencia,
impidiendo, perezcan inocentes
por una trama cruel como perversa.
Nada, para mi sólo señor, pido;

sí es preciso morir, que al punto muera,
Yo podré ser culpable; más no ellos,
que ni la causa adivinar pudieran
de su trágico fin. Obra piadoso
y tu poder inmenso, los proteja.
Y si deben morir como corderos,
permíteles ¡Oh Dios! gocen y vean
el celestial Paraiso, donde moran,
Abraham, Isaac, Jacob y los profetas.

ESCENA VIII.

DICHOS Y HEBREOS, *de ámbos sexos.*

CANTADO.

CORO. ¡Justo Mardocheo.!
¡Qué miedo! Qué horror!
¡Qué pena tan grande,
terrible y atroz!
¡Morir en un dia,
no puede ser, nó!
Pidamos al cielo
con grande fervor
que Dios nos ampare
en esta ocasion,
y libre á su pueblo
que á nadie faltó.
Inocentes somos,
Tú lo sabes, Dios
enjuga las lágrimas
de los de Sion.
Nuestro acerbo llanto
cese por tu amor,
pues tan sólo tú,

Supremo Hacedor,
puedes conseguir
nuestra salvacion

MARDOCHEO. Pidamos, pidamos
en nuestro dolor,
que de nos se apiade
en tal afliccion. (Todos se arrodillan.)

MARDOCHEO Y CORO. Dios único y verdadero,
en tí confía su esperanza
aqueste pueblo, que entero
vá á sufrir atroz venganza,
de un hombre infame y artero.
Míranos con compasion,
pues sino, se hacen pedazos,
los planes de su ambicion,
rompiendo sus crueles lazos,
es cierta la perdicion.
¡Señor! ¡Señor!
¡Piedad! ¡Piedad!
¡Perdon! ¡Perdon!

HABLADO.

MARDOCHEO. A la reina espero aquí.

UNO. Dí, qué quieres.

MARDOCHEO. Les ordeno
se retiren al instante.

OTRO. Nada advertirte queremos

MARDOCHEO. Hermanos mios, encargo
no se retiren muy léjos;
que lo que hable con la reina
deciros es mi deseo. (Se ván.)

ESCENA IX.

MARDOCHEO *solo.*

CANTADO

¿Por qué mis músculos
siento temblar?
¿Será corage,
ó qué será?
¿Por qué, Dios mio,
te plugo dar
valor á unos,
á otros maldad?
Es imposible
así pensar,
pues sólo dones
dá tu bondad
por ser inmensa
y sin igual.

ESCENA X.

DICHOS ESTHER.

HABLADO

ESTHER. ¿Qué he sabido, padre mio?
¡Oh, qué terrible maldad!
El rey tiene prohibido
nadie á él pueda llegar;

pero aunque la vida pierda,
á su esposa escuchará.
Me vestiré muy prendida,
con oro, perla y coral,
y entre mis blondos cabellos,
los diamantes brillarán,
como lucen las estrellas
en noche de oscuridad.
Tambien, tambien mi cabeza
la corona ceñirá,
para recordar al rey
que mi persona es real,
y que debe estar exenta,
por su alta dignidad
de ese terrible mandato,
de ese mandato fatal;
pero si por no cumplirlo,
me debieran de matar,
por entrar sin ser llamada
por mi esposo y majestad;
no dudes, padre querido,
que orgullosa por demás,
sabré morir, como mueren,
la inocencia y la bondad;
que mueren en este mundo,
para del otro gozar.

MARDOC. ¡Hija del alma! ¡Eres buena!
Haces mi felicidad;
ahora mismo los pesares
de mi corazon se van.
A tu linaje respondes
Abrázame por piedad. (Se abrazan, y con el brazo izquierdo en el cuello, y el derecho en actitud elevada, dirá.)
De Jémini descendiente,
Edissa fuiste en Judá,
eres hoy reina de Persia...
despues de Adar... ¿Qué serás? (Con profundísimo sentimiento)

ESTHER Corre y avisa al momento
á los hebreos de Susan,

y que por tres dias ayunen,
orando con humildad
por mí, que yo y mis esclavas
nos vamos tambien á orar.

MARDOC. Bien cerca se hallan de aquí.
Si quieres, pronto vendrán.

ESTHER. Sí, y que de Dios se cumpla
la suprema voluntad. (Se va Mardocheo.)

ESCENA XI.

ESTHER *sola.*

CANTADO.

Mísera y triste,
desque nací,
fúlgida llama
me hizo feliz.
Rápido vuelo
fuè pàra mí,
segun el hado
tan infeliz
pues veo y toco
mi fiero fin,
por tener todos
que ir á morir,
cual los corderos
en el redil,
sin màs consuelo
que el de plañir,
Pero Tú, inmenso Dios, es imposible
que permitas un acto tan terrible,
dejando perecer á la inocencia
que fía en tu justicia y tu clemencia.

ESCENA ULTIMA.

Dicha, MARDOCHEO *y* HEBREOS

HABLADO.

MARDOC. Aquí están nuestros hermanos.
ESTHER. Hermanos, venid, acá.
Ya sabeis que el rey mi esposo
tuvo por bien ordenar,
que nadie en su regia estancia,
sin su mandato real,
penetrar pueda. Por ello
pena de muerte les dá,
sin distincion de personas,
que es absurdo por demás,
al tratarse de su esposa.
pues bien, me resuelvo á entrar,
aunque con ella contente,
al pérfido infame Aman.
Para tener esperanzas,
voy tres dias á ayunar,
y á ponerme en oracion.
Tambien por la reina orad.
Pedid que Dios la ilumine,
y el triunfo pueda alcanzar,
encontrando al rey clemente,
lleno de amor y piedad.
MARDOC. Bella reina generosa,
hija digna de Judá,
tú sola estás destinada
para este pueblo salvar.
Reflexiona que eres reina
por tu virtud sin igual,
y que Dios al elevarte,
nos quiso así señalar,
la áncora de salvacion.
ESTHER. ¡Cúmplase su voluntad! (Señalando al cielo.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

El Teatro representa la cámara real del rey Asuero; á la izquierda un trono tan suntuoso como la fantasía más poética lo pueda crear, y en toda la estancia, un escesivo lujo indescriptible. Puerta á la derecha El rey estará en el trono con sus investiduras reales.

ESCENA I.

El Rey, Egeo, Athach *esclavos, esclavas y ennuchos. Las esclavas vestiran con voluptuosidad.*

CANTADO.

Rey. Alegres canciones
quiero oir cantar.
Athach. ¿Que quiere se cante?
Tus siervos están,
esperando solo
la dignes mandar.
Rey. Canten lo que quieran.
Mi espíritu está
muy desfallecido,
¡Sufro por demás!

Insonnios pasé esta noche,
sin poder cerrar los ojos,
porque sufro los enojos

de no mirar á mi Esther,
Seguir así no es posible,
pues lejos del bien que adoro,
padezco, pena, y áun lloro,
y es terrible el padecer.

ATHACH. ¿Quieres que la cancion canten,
del esclavo enamorado?

REY. Sí, por si pudiere el hado
dar alivio á mi afliccion,

ATHACH. Tus òrdenes sólo esperan.

REY. Que empiecen en el instante,
Me interesa ya ese amante.

ATHACH. Den principio á la cancion.

CORO. Un esclavo de una bella
se enamoró del Haren;
la amaba el dueño tambien
y de hierros lo cargó.
La beldad fascinadora
que ocasionaba sus penas,
una noche, las cadenas
sutìlmante desató.
El esclavo agradecido
sus plantas quiso besar;
pero no pudo llegar,
pues ella se lo impidió.
Y se enlazaron sus brazos,
y en aquel dulce embeleso,
se oyó de repente un beso,
que á los dos extremeció.
¿Quién aquel ósculo amante
en tales momentos diera?
Eso lo advierte cualquiera....
El beso fué de los dos.
Todo estaba preparado
por la amada encantadora,
y en aquella mismo hora,
y á la ventura de Dios,
del palacio se salieron,
su paradero ignorado....

por lo que estarán gozando
del puro é intenso amor
en que sus almas ardian;
y el dueño de rabia y pena
pensando en la dicha agena,
murióse al fin de dolor.

HABLADO.

REY. Nada tiene esa cancion,
de chistosa ni parlera.
¿Es la historia verdadera?
ATHACH. Presumo, señor, que si.
REY. Pues más bien causóme enfado.
ATHACH. ¿Es porque de amor trataba?
REY. No, porque me recordaba,
la belleza de un rubí.
Rubí que sin él no vivo,
ni puedo tener ventura,
los rayos de su hermosura,
aliento dan á mi ser.
Y pues que todo lo puedo,
no ha de pasar de este dia;
que vuelva en mí la alegría
teniendo á mi lado á Esther.
Que se marchen los esclavos,
que entretenerme deseo. (A una señal de Athach se van los esclavos.)
Quiero que me leas, Egeo,
pasajes de actualidad.
Y así los anales coge,
y por el final empieza,
que no tengo la cabeza
para hablar de antigüedad.

ESCENA II.

DICHOS *ménos los esclavos.*

HABLADO.

EGEO. Cumpliendo con tu mandato
por el final doy comienzo.
«Mardocheo dió noticias (Leyendo.)
»á nuestro gran rey Asuero.
»que Thares y Bagathan,
»discurrido habian el medio,
»de asesinar á su rey.
»Por fortuna llegó á tiempo,
»y pagaron con sus vidas,
»tan infame atrevimiento.
»Y por órden soberana,
»para perpetuar el hecho,
»puse esta honrosa mencion
»en los anales del reino.

REY. ¿Qué se le ha dado á ese hombre?

EGEO. Nada, señor, segun pienso.

REY. ¿Quién se halla en la antecámara? (A Athach.)

ATHACH. Aman.

REY. Dí que entre al mometo. (Se va Athach y vuelve con Aman.

ESCENA III.

Dichos, AMAN Y ATHACH.

HABLADO

AMAN. Gran señor.... (Desde la puerta.)
REY. Pasa adelante.
AMAN. (Buena ocasion he encontrado: (Entrando.)
pronto me verè vengado.)
REY. Quiero saber al instante,
cómo puede el rey premiar,
al que gran servicio presta.
Deseo luego la respuesta.
AMAN. Lo vas al punto á escuchar.
Aquel bridon más famoso,
en que hubieres cabalgado
debe ser el destinado,
para un hecho tan honroso.
Con tus vestiduras reales,
se adornará su persona,
ostentando tu corona,
sobre sus sienes leales;
y el más grande de Susan,
llevará del diestro al bruto,
pagando justo tributo
al que sirvió con afan.
Y por la plaza altanero,
con grandes voces dirá
«El que le honre, honrará,
á la vez al rey Asuero»
y de este modo, señor,
su servicio proclamado,
será de todos honrado...
siendo la tuya mayor.

REY. Eres, Aman, fiel vasallo.
AMAN. Ese honor, es infinito.
REY. Desde luego necesito,
tomes mi mejor caballo,
mis vestidos y corona,
y busques, unido á Egeo,
al anciano Mardocheo, (Se sorprende Aman.)
y ataviando su persona,
como tú mismo has narrado,
cual un héroe vencedor,
en caballo piafador
por tí mismo sea guiado.
Que se cumpla en el momento
lo que acabo de ordenar. (Rumores por donde salga la Reina.)
AMAN. ¡Què rumor! Debeis matar
á quien pise el aposento. (Preséntase la reina en la puerta de la real cámara.)
ATHACH. Es la reina.
AMAN. Sea quien fuere.
REY. ¿Mi cetro no indica nada?
¿No vés la punta inclinada?

ESCENA IV.

Dichos y ESTHER *lujosamente vestida con corona y joyas, esclavas y eunuchos.*

HABLADO

ESTHER. Si tu gracia mereciere...
AMAN. ¡Perdon! (Al rey arrodillándose.)
REY. Estás perdonado. (A Aman que se levanta.)
Pídeme, Esther, con largueza,
verás con cuanta presteza,
todo te será otorgado;
pues tengo tal alegría,
sólo al mirarte, amor mio,

que hasta mi mismo albedrio.
creo, mi bien, que te daría.
Dime, luego, tu deseo.

ESTHER. Al punto lo vas á oir.

REY. El gozo me hace sufrir.

AMAN. (¡Mi desgracia cerca veo!)

CANTADO

ESTHER. Una reina despreciada,
por su esposo idolatrado,
sentia su triste estádo,
y su grave padecer.
Mas al verse desgraciada
en pesaroso abandono,
olvidando, vida y trono
á su amado quiso ver.
Para el rey, era primero
que la esposa su privado,
y á su corazon turbado,
la pena le hacía sufrir.
Y para que estés placentero (Al rey.)
y se cumpla nuestro afan,
mañana tú con Aman
á mi mesa han de asistir.
Convidados estais los dos.
Y que no falteis espero.

REY. No faltará el rey Asuero.

AMAN. Tampoco yo faltaré.
(¡Temores tengo, por Dios!)

REY. Cumple como leal vasallo,
y que mi mejor caballo
adornen.

AMAN. Así lo harè.

REY. Y que lo lleves del diestro,
segun te tengo ordenado
de esa suerte, el más honrado,
sin duda alguna serás.

AMAN. Serviréle de maestro.

REY. Dame, Esther, dulces abrazos.
ESTHER. ¡Eternos sean estos lazos!
REY Y ESTHER. ¡Que se estrechen más y más!
ESTHER. Mi amor, mi alma,
todo mi ser;
querido esposo
te consagrè.
REY. Mi amor sincero,
querida Esther;
te he consagrado,
y hasta mi fé.
AMAN. Mientras que gozan
de dicha y bien,
yo como esclavo
le serviré.
CORO. ¡Que lindo cuadro,
donde el pincel
pinta el amor
y el mal tambien.

Á LA VEZ.

ESTHER. Mi amor, mi alma, etc.
REY. Mi amor sincero, etc.
AMAN. Mientras que gozan, etc.
CORO. Que lindo cuadro, etc.

ESCENA V.

Todos menos AMAN *y* EGEO.

HABLADO

REY. Bella Esther del alma mia,
cuanto he sufrido en tu ausencia,
huyó de mí la alegría...
y al mirarte en mi presencia,
ilusion me parecía;

pero en mis brazos te estrecho,
miro el brillo de tus ojos,
te oprimo sobre mi pecho...
y dan fin á mis enojos...
porque es verdad... es un hecho.
El fantasma que forjaba
mi corazon abatido;
y que el amor lo trazaba,
ya es humo desvanecido,
que al contemplarte, se acaba.
Porque el fiero padecer
que me causara tormento,
por grande que quiso ser...
mayor era el sufrimiento,
viendo en mientes á mi Esther,
llena de su lozanía
y su sin par gentileza,
esperando ver el dia,
que admirara su belleza,
su encanto y su donosía.

ESTHER. Pues si se hallaba en tu mano
llamarme á la régia estancia,
y no lo hicistes, es vano
que afecte amor y constancia,
quien fué para él tan tirano.
Mas si hubieras tú sufrido
una mortal afliccion...
sentir el fuerte latido,
del llagado corazon...
otra cosa hubiera sido.
Lo triste del padecer,
es esperar solo un hora,
aquesta infeliz muger,
á que el hombre á quien adora
la quiera un momento ver.
Y pase un dia y otro dia,
con él en el pensamiento,
llena de melancolía,
al aire dando el lamento

que exhalaba el alma mia.
Hasta el estremo, señor,
de llegar á discurrir....
que es morir mucho mejor,
que de esa suerte vivir,
lejos, así, de tu amor.
Y con ese pensamiento,
y de angustia el alma llena,
me dirijí á tu aposento,
la muerte esperando en pena,
para acabar mi tormento;
pero tú, mi amante esposo,
me recibistes clemente,
y ese cetro poderoso,
inclinaste hacia mi frente.

REY. Soy ya feliz, soy dichoso.

ESTHER. ¡Nadie tanto, cual lo soy,
esposo y señor amado!

REY. Te juro que desde hoy
estaré siempre á tu lado.

ESTHER. Cuando mirándote estoy,
olvido el pasado encono,
que me causó tu desvío,
y hasta al privado perdono
que ocasionó el dolor mio,
llegando á los piés del trono.

REY. Olvida esa iniquidad
y pide sin humildad.

ESTHER. Mañana te pediré.

REY. Cuanto quieras. La mitad
de mi reino te daré.

CANTADO

ESTHER. Mi dicha ha sido completa,
pues me encuentro con mi esposo
muy gozoso,
lleno de amor y ternura,

cual tortola arrulladora
que atesora,
en su amante la ventura.

REY. Embriagado de placer,
por tu beldad peregrina
que fascina,
me encuentro tan estasiado,
que olvido con tu persona
la corona,
y hasta su brillo encantado.

CORO. De gozo se ven henchidos;
sus corazones ardientes,
y vehementes
muestran su pasion sincera,
¡quiera el cielo siempre unidos
y queridos
lo gozen su vida entera!

A LA VEZ.

ESTHER. Mi dicha ha sido completa, etc.
REY. Embriagado de placer, etc.
CORO. De gozo se ven henchidos, etc.
REY. Todo placer,
todo fruicion,
todo sea dicha
todo sea amor.
Canten esclavos
grata cancion
que haga olvidar
recuerdo atroz.

REY Y ESTHER. Todo placer,
todo fruicion,
todo sea dicha,
todo sea amor.
Cantad esclavos
grata cancion,
que haga olvidar
recuerdo atroz.

CORO. De una beldad hechicera
ciertorey se enamoró,
y como era tan hermosa
su encanto le entusiasmó.
Apesar de su belleza
el gran rey se retiró,
y ella á la buena ventura
á su cámara llegó.
Encontrólo clementísimo,
pues el cetro le inclinó,
y entonces muy complaciente,
gracias á su rey le dió.
Aman con rabia insensata,
que la mataran mandó,
olvidando la presteza
con que el rey la perdonó.

HABLADO.

REY. La cancion es verdadera,
y conozco bien la historia.
ESTHER. Olvídela tu memoria,
que es muy terrible, muy fiera.
REY. Mucho me dá que pensar.
ESTHER. Que la olvides sólo quiero.
REY. ¿Qué te pasa, rey Asuero? (Reconviniéndose.)
ESTHER. No lo quieras recordar.

ESCENA VI.

Dichos y EGEO.

HABLADO.

REY. ¿Qué me anuncias, buen Egeo?
EGEO. Cual te dignastes mandar,
se acaba al punto de honrar
el anciano Mardocheo,

ESTHER. (¿Qué oigo?)
REY. Ve, y al momento
que ese hombre sea buscado,
EGEO. ¿Y despues?...
REY. Acompañado
condúcelo á este aposento.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos menos EGEO.

HABLADO.

ESTHER. (Será prudente callar.)
REY. Pues que todo es alegría,
otra vez en este dia,
quiero escucharos cantar.
(A las esclavas y eunuchos.)
Ya recibí una leccion
de la letra bien urdida,
y mi alma agradecida,
quiere oir otra cancion;
que es justo que claro vea,
quien fué por su gusto ciego...
cántenla ya desde luego,
tan claro que en ella lea, (El rey y la reina súbense al trono, el primero ocupa el régio y suntuoso sillon, y la segunda toma una interesante actitud á juicio de la direccion.)

CANTADO.

CORO. El rey tenia un privado,
de quien cumplió los antojos
sin mirar aquellos ojos
llenos de espanto y terror.
Y el pueblo lo murmuraba,
sin que su rey lo supiera,
porque desacato era
el hablarle sin temor.

Y apesar de ser benigno;
solo en la lealtad fiaba
del hombre que le engañaba,
con sin igual falsedad.
Creialo muy prudente,
y perfecto hombre de estado;
pero solo era inclinado
á la impostura y maldad. (Bájanse los reyes del trono.)

HABLADO.

REY. Bien me habeis mortificado
con vuestro canto infernal.

ESTHER. Te aconsejo, rey y señor,
que debes acreditar
el fausto de aqueste dia
con un acto de bondad,
perdonando á ese malvado,
que de tí pudo abusar.

REY. Jamás ese miserable
mi perdon alcanzará.
La muerte será su fin,
y con ella, ha de expiar
el crímen tan espantoso
que intentaba su crueldad.

FIN DEL CUARTO ACTO.

ACTO QUINTO.

El teatro representa la cámara de la reina, con dos puertas al foro: la de la derecha con forillo de salon régio, y la de la izquierda con forillo de jardin. Puertas laterales, para que el director haga de ellas los usos convenientes, y en medio de la escena una mesa lujosa, pero sin luces, pues la accion pasa de dia, por lo que, los forillos deberán estar muy alumbrados.

ESCENA I.

ESCLAVOS *de ambos sexos y* EUNUCHOS.

CANTADO.

UNOS. Ya la mesa preparada
para la comida está.
OTROS. Acerquemos los asientos.
OTROS. Tres los cubiertos serán.
OTROS. La reina no lo ha mandado.
OTROS. No lo tiene que mandar.
OTROS. ¿Y si asiste Mardocheo?
OTROS. Se pone un cubierto más.

CORO. Muy callandito
vamos á hablar

de esta comida..
¿Qué ocurrirá?
Sin duda alguna
le irá á alguien mal.
Fuerte es la reina,
bella y sagaz
y de su esposo
querida está.
Si sus encantos
pueden lograr,
que sepa el rey
lo que es Aman;
en el momento
lo manda ahorcar.
Ayer la reina
con gran afan,
pedíale al rey
para él piedad;
mas no la alcanza
y morirá.

Ya los reyes se aproximan.

ESCENA II.

Dicho REY *y* ESTHER.

CANTADO.

REY. Al punto todos marchad. (Saludan respetuosamente y se van.)
Tus propósitos no acierto.
ESTHER Pronto los acertarás.
REY. ¿Mardocheo?
ESTHER. Vendrá luego,
si lo quieres ordenar.
REY. No me ocultes bella esposa,

de tu intento la verdad,
que en mi reino la justicia
desde hoy ha de imperar.

ESTHER. No te oculto esposo mio,
de mi intento la verdad;
mas la hora no ha sonado
de la justicia triunfar.

DUO.

REY. No me ocultes bella esposa
de tu intento la verdad,
que en mi reino la justicia
desde hoy ha de imperar.

ESTHER. No te oculto esposo mio
de mi intento la verdad;
mas la hora no ha sonado
de la justicia triunfar.

HABLADO.

REY. Un sueño me parece amada esposa,
la realidad pasada... y cuando pienso
haber sido juguete despreciable,
de un hombre tan feroz como perverso,
el coraje colora mis megillas,
y quiere el corazon saltar del pecho
de vergüenza y rubor, imaginando,
que sirviera de pérfido instrumento,
para cumplir venganzas inauditas,
de las que estaba por demás ageno.

ESTHER. Sosiegate, mi bien, te lo suplico,
por el cariño que me juras tierno,
y pronto, muy en breve en este sitio
podrás dar cumplimiento á tu deseo.

REY. Cada momento un siglo me parece,
y que estalle mi furia mucho temo,
pues la ponzoña que mi pecho encierra,
es más terrible que mortal veneno.

ESTHER. Olvida por piedad esos enconos.
REY. ¿Olvidarlos? ¡Jamás! Eso no puedo.
ESTHER. Muéstrale placentero tu semblante.
REY. No puede mi semblante estar sereno,
ante el hombre que fué tan vengativo,
que queriendo adquirir unos talentos,
confiscar quiso todos los tesoros
que en sus arcas encierran los hebreos ..
y por cumplir una cruel venganza,
hacer muriera, degollado un pueblo;
pero su trama ha sido conocida,
y ha de expiar su infamia en un madero.
ESTHER. Lo mandó preparar junto á su casa,
para que le sirviera á Mardocheo.
REY. Pues en el mismo perderá la vida,
para que á todos sirva de escarmiento.
ESTHER. ¿Pero qué causa fué la de tu engaño?
REY. De un goce, en otro goce, iba corriendo
cual vez corre el temible torbellino
que le impele y conmueve el fuerte viento,
embriagado en placer, no discurria,
ni meditaba por ningun suceso.
Los vinos esquisitos, las bellezas,
los manjares sin fin y los excesos,
conque el vil impostor me entretenia...
no me daban lugar á conocerlo.
Todo en bien de mi reino, diz lo hacía;
y estaba por demás, Esther, tan ciego;
que si tú no me inspiras elocuente,
de pena y de dolor me hubiera muerto.
ESTHER. Pues por su vida, tu piedad imploro.
REY. La palabra piedad, oirla no quiero.
Pídeme cualquier cosa, mi adorada,
aunque sea la mitad de aqueste reino.

ESCENA III.

Dichos y ATHACH.

HABLADO.

ATHACH. ¿Señor?...
REY. ¿Qué quieres?
ATHACH. ¿Si permites?...
REY. Habla.
ATHACH. Junto á la puerta aguarda Mardocheo.
REY. Que llegue luego al punto á mi presencia.
ATHACH. A conducirlo aquí marcho al momento. (Se vá.)
REY. No temas, no, mi Esther, no temas nada,
ni te opongas al acto que prevengo;
que si sangriento Aman, quiso vengarse,
yo la justicia cumpliré sangriento.

ESCENA IV.

Dichos, ATHACH *y* MARDOCHEO.

HABLADO.

ATHACH. ¿Me dás licencia, señor? (Desde la puerta.)
REY. Puedes al punto pasar. (Entran ambos.)
ATHACH. Tus órdenes he cumplido.
Aquí Mardocheo está.
REY. Despacha pronto un correo
que conduzca luego á Aman.
ATHACH. Voy señor, en el instante.
REY. Que no nos haga esperar.

ESCENA V.

Dichos ménos ATHACH.

HABLADO

MARDOCH. Si honra alguna mereció,
el hombre, en aquesta vida,
ninguna se le igualó
á la por mí recibida,
pues de honor se me colmó;
pero tuve sufrimientos
y latió mi corazon
por no ver merecimientos;
sino sólo obligacion
del que tiene sentimientos.
Ningun servicio he prestado:
cumplí solo con mi rey.
ESTHER. De la muerte le has librado.
MARDOCH. Es natural esa ley.
ESTHER. Más como bueno has obrado.
MARDOCH. Si yo pudiera esplicar
lo que mi cabeza encierra,
fuera preciso trocar
el ancho mar en la tierra
y la escasa tierra en mar.
Desde que á la sociedad,
le fué necesario un freno,
y que el hombre en su maldad,
respetara el malo al bueno...
faltó una necesidad;
faltó que el que diligente
un hecho participara,
se callara eternamente,
y que jamás figurara

su nombre. Precisamente
tuve mucho que temer,
al suponer ser falsía
lo que logré oir y ver;
que si por desgracia mia
lo dejan para otro dia...
pierdo la vida al momento.

REY. No lo quiero recordar.

ESTHER. Desecha ese pensamiento.

REY. Retírate á ese aposento. (A Mardocheo señalando una puerta.)
hasta que te oigas llamar. (Se vá.)

ESCENA VI.

REY *y* ESTHER.

CANTADO

REY. A mí los esclavos.
Ennuchos, á mí.

ESCENA VII.

DICHOS: *Ennuchos y esclavos de ámbos sexos.*

CANTADO

CORO. ¿Qué mandar nos quieres?

REY. Lo que vais á oir:
Hoy esta comida,
no es ningun festin:
quiero diligentes

la puedan servir
y que muy en breve
le llegue su fin.

CORO — Tardará bien poco
verla concluir.

ESCENA VIII.

DICHOS: ATHACH *y* AMAN.

CANTADO

ATHACH. — Señor, Aman ha llegado (Desde la puerta.)
y para aquí penetrar
pide licencia.

REY. — Que pase. (Athach indica á Aman que entre.)

AMAN. — Tanto honor... tanta bondad... (Entrando.)

REY. — Rato hace te esperábamos.

ESTHER. — La mesa dispuesta está.

REY. — Tomar este asiento puedes. (El de la izquierda.)

AMAN. — Gracias. (Se sienta cuando lo hacen los reyes.)

REY. — A Esther las darás;
que la reina es quien convida.

ESTHER. — Yo no puedo convidar,
por que la esposa del rey,
es esclava nada más.
Si la cita pude hacer,
fué solo para gozar;
teniendo mi esposo al lado,
y éste, á su valido Aman.

REY. — Comamos y bebamos.
Esclavos á escanciar.

CORO. Ya la tormenta
tronando está,
muy pronto el rayo
y el huracan
juntos á un tiempo
van á estallar,
formando todo
gran tempestad.

REY. Brindo contento (Con una copa en la mano.)
con grato afan,
porque mi esposa
pueda lograr,
lo que le plazca
con libertad,
pues desde hoy
dueña será,
de cuanto quiera
su voluntad.
Pídeme, Esther.

ESTHER. No bebas mas.

REY. Pedir no es eso.

AMAN. Lo es en verdad. (El rey le dirige una mirada.)

CORO. La mirada del rey
dá mucho que pensar.

REY, Pide, que te daré (A Esther.)
del reino la mitad.

CORO. Mitad del reino
le quiere dar.
eso presiente
mala señal.

HABLADO.

ESTHER Pues ya, mi rey y señor,
que tan complaciente estás,

te pido para mi pueblo
y para mí, tu piedad.
todo ha sido condenado,
á morir el mes de Adar,
y eso, es terrible... horroroso...
inaudito por demás.

REY. ¿Y quien en estos dominios
pudo ordenar tal maldad?

ESTHER. Lo mandó tu favorito.

REY. Dame aquese anillo real, (A Aman que se lo dá corriendo tembloroso.)
y pues de él mal uso hicistes,
con la vida pagarás.
(Se vá por donde lo hizo Mardoçheo.)

ESCENA IX.

DICHOS *menos el* REY.

HABLADO

AMAN. Reina pura y bondadosa
y de beldad que enagena,
sé conmigo generosa;
que eres, Esther, tan hermosa
como estás de virtud llena.
Y olvida intentos pasados
de abominables errores;
y mis hijos adorados,
bendecirán tus favores,
si evitas sean deshonrados.

ESCENA X.

DICHOS *y* MARDOCHEO

HABLADO.

MARDOCH. ¡Ya puedo, señor morir! (Mirando al cielo.)
Así te queria yo ver. (A Aman hincado.)
AMAN. No lo quieras, reina oir.
MARDOCH. Quien oye tu padecer,
debe gozar, no sentir.
ESTHER. Levanta, Aman, al momento,
que así no te mire Asuero.
AMAN. Duélete de mi tormento,
Tu perdon, tu perdon quiero.
ESTHER. No puede ser; y lo siento.

ESCENA XI.

Dichos y el REY.

HABLADO

REY. ¿Qué haces, dime, hombre perverso?
¿A ofender la reina vás? (Hace una señal á los ennuchos y Harbona le cubre la cabeza á Aman.)
HARBONA Señor, frente á su palacio
un madero puesto está,
que tiene cincuenta codos.
REY. Pues que en él vaya á espirar.
(Se van Harbona y ennuchos con Aman.)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS *menos* AMAN *y* ENNUCHOS.

HABLADO.

REY. Tén, Mardocheo, mi anillo,
y luego publicarás,
otro edicto que revoque,
aquel edicto fatal.
Al punto salgan correos;
y en el mismo añadirás,
que en el dicho dia trece,
del mes duodécimo Adar,
perezcan los enemigos,
de los hijos de Judá.

MARDOCH. De rodillas te doy gracias (Vá á hincarse y el Rey se lo impide.)
por tu escesiva bondad.

ESTHER. Gracias, á Dios Poderoso,
que nos quiso auxiliar
con su poder infinito,
destruyendo la maldad.

FIN DEL DRAMA.

ESTRATÉGIA CONYUGAL,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE G. BEDMAR.

Estrenada en el Teatro de Lope de Rueda el 2 de Mayo de 1873.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873.

ESTRATÉGIA CONYUGAL,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE G. BEDMAR.

Estrenada en el Teatro de Lope de Rueda el 2 de Mayo de 1873.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	STA. LLORENTE.
ENRIQUETA	VALLARINO.
JULIO	SRES. CRUZ.
PANTALEON	HERNANDEZ.
FELIPE, criado	PUGA.

Esta obra es propiedad de D. Alonso Gullon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa un despacho de abogado. Estantes con libros, mesa bufetè con legajos, etc. Chimenea, y junto á ella una mesita velador y un bastidoreito de bordar: puerta al fondo y dos laterales á la derecha. Á la izquierda una ventana que se supone dar al jardin de la casa, y otra puerta.

ESCENA PRIMERA.

FELIPE, solo. Aparece cepillando un gaban.

Pues señor, siga el trabajo;
hoy hace un frio que ya...
y soltar no quiere el polvo
este maldito gaban.
¡Vaya una prenda ridícula,
si se parece á un costal!
Y esta debe ser la moda,
que mi señorito está
muy metido en modas, ¡vaya!
Él la culta sociedad
frecuenta, va á Capellanes,
y á los bailes del Real.
Para un abogado jóven,
que se quiere acreditar
y que está recien casado,

no encuentro muy bueno el plan.
Si su esposa lo supiera!...
Pero en fin, ello dirá...

ESCENA II.

FELIPE y D. PANTALEON. Este viene vestido de negro, trayendo un gaban claro, igual en hechura y color al que limpia Felipe.

PANT. Está tu amo?...
FELIPE. El señor?
No, caballero, no está.
PANT. Avísale...
FELIPE. Pero...
PANT. ¡Listo!
FELIPE. Y cómo voy?...
PANT. Ganapan!
No te he dicho que le avises?...
¡Uf! qué humo tan infernal!
(Se dirige á la ventana y la abre.)
FELIPE. (¡Calla!... y se va á la ventana
y la abre de par en par.)
Eh! caballero...
PANT. Diantre!
me asfixiaba...
FELIPE. (Quién será?)
PANT. Conque avísale á tu amo.
(Se quita el sombrero y lo pone encima de una silla.)
FELIPE. (Con franqueza, voto á San.)
PANT. Ea, vamos, media vuelta,
paso redoblado, ¡ar!
FELIPE. (Si creerá que soy un quinto?)
Á la órden, mi capitan...
(Cuadrándose y saludando militarmente.)
PANT. (Hablándole con mucha amabilidad.)
Largo cazas... ¿Quién te ha dicho
que yo fuese militar?
FELIPE. Eso se conoce á legua.
Tiene usté un aire marcial,
y unos bigotes, y un brio,
y un... vamos, sin vacilar,

tambien lo pregona á voces
su gran amabilidad.

PANT. (Es listo el mozo...) Y podré
ver á tu amo? (Suena la campanilla.)

FELIPE. Quizás
no se tarde ni una hora.

PANT. Bien, volveré. Me es igual.
(Suena otra vez la campanilla.)

ESCENA III.

DICHOS y MARÍA, entrando por la puerta lateral derecha sin ver á PANTALEON.

MARIA. Pero estás sordo, Felipe?
cómo es que no oyes llamar?

FELIPE. Dispense usted, señorita. (Sale.)

ESCENA IV.

PANTALEON, MARÍA.

PANT. Señora... á los piés de...

MARIA. ¡Ah!
Perdone usted, caballero,
si he venido á molestar;
pero estos criados...

PANT. Cómo?
molestar usted? jamás.
Nada, usted está en su casa.
Tome usted asiento... (¡Ay!
si es una mujer divina.)

ESCENA V.

DICHOS y FELIPE.

FELIPE. De parte de don Fabian
que aquí tiene usté...
(Le da una cajita, que ella abre.)

MARIA. (El retrato
de mi esposo: le he de dar

una sorpresa, que es hoy
su cumpleaños, y habrá
de ver así, que ni un punto
le olvido... Que yo pintar
supiese, nunca le he dicho.)
(Felipe, despues de haber dado el retrato á María, y durante el aparte de la misma, fingirá hablar con D. Pantaleon.)

PANT. (Á María.)
Usted me dispensará,
si la distraigo. ¿Es usted
la esposa de don Julian,
digo, de don Julio Enriquez?

MARIA. Servidora.

PANT. Pues si á mal
no lo toma usted, quisiera
hablarle para arreglar
cierto asunto...

MARIA. En este instante
no es posible... Si esperar
no le fuese á usted molesto.

PANT. Volveré...

MARIA. Á su voluntad.
(¡Oh! qué idea!)—Caballero,
un momento nada más.
¿De este retrato, conoce
usted al original?

PANT. Oh! tal es la semejanza
que sólo le falta hablar.

MARIA. No era mi orgullo de artista.
Desconfiaba...—¿Es verdad
que está muy bien?

PANT. Oh! sí, mucho.
Es el mismo Sandoval
en cuerpo y alma...

MARIA. Qué dice?...

PANT. Pariente es de usted quizás?
Primo tal vez?

MARIA. No.

PANT. Su hermano?

MARIA. No!

PANT. Pues su amigo será.

MARIA. Tampoco.
PANT. Cómo tampoco?...
Ah!... vamos, es que copiar
ha querido un tipo raro.
MARIA. Cómo raro?
PANT. Por demás.
Yo nunca llegué á tratarle.
Como á otros mil, frecuentar
lo he visto, bailes, tertulias,
ya asistiendo á un *te dansant*,
ya yendo á unos andaluces
ó siguiendo á una vestal
de Capellanes... se precia
de conquistador andar
y le apenderá por esto...
MARIA. Cómo...
PANT. El *seguido un Mar.*
FELIPE. (Pues no va á mover mal cisco
el diablo del militar!)
PANT. Anoche le vi yo en casa
de la Irene de Mont-blanc:
una ilustre baronesa
que ahora sin baron está,
pues enviudó hace dos años...
Y allí...
MARIA. Basta, saber más
no pretendo: es mi marido
el del retrato, y... será
un quid pro quo...
PANT. Sí... Corriente.
Será que ese Sandoval
se le parece... Hasta luego.
Vuelvo en breve por acá.

ESCENA VI.

MARÍA Y FELIPE.

MARIA. El recelo me devora
y de mi asombro no salgo.
Has oido?
FELIPE. Escuché algo.

MARIA. Dí lo que sepas.
FELIPE. Señora,
yo!... qué se yo?...
MARIA. Sé veraz.
Deberé de dar asenso
á lo que dijo?...
FELIPE. Yo pienso,
señora, que no es capaz
el señorito de... ¡vaya!
Pues si sólo en su ejercicio
él piensa...
MARIA. Pero este indicio?...
FELIPE. Nada importa que lo haya.
MARIA. Es que esos datos son graves.
FELIPE. Quiá! Señora!... Habladurías
que se oyen todos los dias?...
(Se oye desde dentro la voz de Julio que dice:)
JULIO. Ya te he dicho que no sabes.

ESCENA VII.

DICHOS y JULIO. Al entrar este solo Felipe.

MARIA. Con quién era esa querella
y esa riña?...
JULIO. Qué dislate.
No riño; es que el chocolate
lo hace muy mal la doncella.
De cocinera hace alarde
y cual razon de gran peso,
me dice que sale espeso
porque me levanto tarde.
Me incomodo, lo confieso,
y en que está espeso reparo,
y ella me dice, —¡está claro»...
y yo la digo:—«Está espeso.»
En fin...
MARIA. Pero lo has tomado?...
JULIO. Aunque de maldita gana.
MARIA, Ya cuidaré yo mañana
que salga más de tu agrado.
JULIO. Bien; dejemos esto ahora,

pues no merece la pena...
Conque hoy el traje se estrena?...
Sabes que estás seductora?...

MARIA. De veras?...

JULIO. Como te digo.
Mucho realza ese traje
tu belleza...

MARIA. Ese lenguaje
extraño que usas conmigo
JULIO. No comprendo tu sorpresa,
pues nada de extraño tiene.

MARIA. Si eso fuera con la Irene,
con la ilustre baronesa...

JULIO. (¡Diantre! Sabrá?)

MARIA. Niegas así
No está á su lado ufano,
y galante y cortesano?

JULIO. (Se lo han dicho. Me duele.)
Me sorprendes...

MARIA. ¿Te sorprendo
porque la verdad sé á fondo?
qué respondes?...

JULIO. Qué respondo?
Respondo, que no te entiendo.
Que no creo que formal
lo digas...

MARIA: ¡Vamos anda!
Si ademas en Capellanes
te han visto y en el Real...

JULIO. ¿Á mí?

MARIA. Sí señor.

JULIO. Á mí?...
Es un quid pro quo notorio.

MARIA. Y echándole de Tenorio,
y echándole de dandy...

JULIO. Pensar así, á troche y moche,
es punible suspicacia.

MARIA. Tengo datos... por desgracia.
¿En dónde estuviste anoche?

JULIO. Anoche?... Pues buena es esa!
Ya lo sabes...

MARIA. ¡Gran discurso!

JULIO. Te lo dije.

MARIA. Con la bella baronesa?

JULIO. Cómo?

MARIA. Te vieron hablar.

JULIO. Á mí? con quién?

MARIA. Con Irene.

JULIO. ¡Ah!... Ya dí en ello. No tiene
nada de particular.

MARIA. ¿Cómo que no? (Si me aburrez
de mi furia en cuanto sepa
no sé qué haré.)

JULIO. Seguro es
tú no sabes lo que ocurre?
Pues oye un caso especial.
Hay en Madrid un sujeto
que es otro yo, y tal completo
que no puede hallarse igual.
Mi misma fisonomía,
mi estatura, mi edad propia,
mis maneras, mi copia,
en fin, mi fotografía.

MARIA. Hombre! cosa más chocante!

JULIO Es natural que te asombre.

MARIA. Y dónde viste á ese hombre?

JULIO. En el café de Levante.
Llegué yo allí á tomar té,
bien distraido en verdad,
cuando por casualidad
hácia un espejo miré.
Mi asombro aún no se disipa;
miro, veo y me extremezco,
yo, que el tabaco aborrezco,
¡estaba fumando en pipa!

MARIA. Era ponerte en un potro. (Con sarcrohesta.)
¿Y cómo es que tal miraba
si en realidad no fumabas?

JULIO. Bien, pero fumaba el otro.

MARIA. Es extraño...

JULIO. Yo en derecho
estuve de que se fuera
para informarme...

MARIA. Y quién era?

JULIO. (Se la trago! Buen provecho!)
Un calavera elegante
que acá y allá sale y entra
y en todas partes se encuentra...
más ya que tan semejante
es á mí, que da ocasiones
á estos *quid pro quos* y á estas
sustituciones molestas,
causa de mil disensiones,
le voy á exigir...

MARIA. ¿El qué?

JULIO. Que se deje numerar,
pues nos van á equivocar
á cada paso.

MARIA. No á fe.

JULIO. Es que me pone en un potro
su semejanza fatal.

MARIA. (Sin duda es el Sandoval
de que há poco hablaba el otro.)

JULIO. Qué dices, pues?...

MARIA. Que te absuelvo,
y que hablemos de otro asunto.
Qué hora es?

JULIO. Las diez en punto.

MARIA. Pues voy allá adentro y vuelvo.

ESCENA VIII.

JULIO solo.

¿Quién habrá venido á darla
tales noticias? Fortuna
que mi invencion oportuna
ha logrado al fin calmarla.

ESCENA IX.

DICHOS y FELIPE, entrando.

FELIPE. Señorito, una señora
quiere verle...

JULIO. ¡Que diantre!
Cómo voy á recibirla

hallándome en este traje?

ESCENA X.

DICHOS y MARIA.

JULIO. Oportunamente llegas...
Dí á esa señora que pase. (A Felipe.)
Entretenla mientras yo (A María.)
me visto... Una litigante
será...

FELIPE. (Desde la puerta.) Por aquí, señora.

MARIA. (Anda ligero y no tardes.)

FELIPE. (Quizás sea jóven y guapa.)
No me detengo un instante.
(Váse puerta lateral derecha. Entra Enriqueta por la del fondo, y tal que entra váse Felipe.)

ESCENA XI.

MARÍA, ENRIQUETA.

ENRIQ. Señora... ¿El señor don Julio,
está en casa?... ¡Pero calle!
¡María!!...

MARIA. ¡Enriqueta!!... ¡Oh!
que encuentro tan agradable!
Ven á mis brazos...

ENRIQ. Lo ansiaba...

MARIA. ¿Y cómo aquí? ¿Averiguaste
que yo aquí vivia?

ENRIQ. No.
La casualidad me trae
y viéndote en esta casa
ya adivino lo restante.
Tú sin duda eres la esposa
de don Julio Enriquez?...

MARIA. Hace
un año próximamente...
Y tú tambien te casaste,
pues qué sola vienes?...

ENRIQ. Sí,

se verificó mi enlace
á poco de haber salido
tú del colegio. Bastante
lo deploro...

MARIA. Amiga mia,
¿no eres feliz?... ¡Qué contraste
entre nosotras!... mi esposo,
ser muy dichosa me hace.
¿Y quién es el tuyo? acaso
le conozco?...

ENRIQ. No es probable.
Don Pantaleon García
se llama.

MARIA. Pues no me trae
ningun recuerdo ese nombre.
Pero dime al fin, en cuáles
motivos fundas tus quejas...

ENRIQ. Vengo á qué el divorcio entable
tu marido...

MARIA. ¡Pero hija!
¿Es el asunto tan grave?

ENRIQ. Tanto, que estoy separada
ya de él... Es intratable.
Le ha dado por la milicia,
y el diablo que lo aguante.

MARIA. Pero es militar?...

ENRIQ. No, nada;
pertenece al paisanaje;
sólo que fué en el bienio
capitan de nacionales,
y enloqueció desde entónces
con las cosas militares.
Él, arresta á los criados
por un poco que se tarden
en el servicio, él, los arma
con fusiles y con sables,
cuya esgrima les enseña
á reclutas comparándoles.
Él, ha de tocar diana
ántes de que el alba raye,
y de noche la *retreta*
no haya miedo de que falte.

Cantinera, á la doncella
me la nombra, y da en llamarle
rancho á todas las comidas;
has visto igual disparate?...

MARIA. Eso es vivir en campaña
perpétua...

ENRIQ. Sólo Dios sabe
la paciencia que he tenido
que desplegar... La otra tarde
en ensayar se empeñó
conmigo el paso de ataque,
y porque atrás me quedaba,
tuvimos una... y bien grande.
De él vivo, en fin, separada
unas dos semanas hace.

MARIA. Y en dónde estás?...

ENRIQ. Con mi prima
la de Perez... Ocultarme
he querido, más anoche
tanto insistió en que alternase
en su reunion, que no pude
dejar de asistir: en valde
fué que de luto vistiera,
cual viuda presentándome...
Porque á un galan muy expuesto
le dió por enamorarme,
y toda la noche estuvo
pintándome sus afanes,
á pesar de mis desvíos,
y mis repulsas, no obstante.
Y esto no fué lo más malo,
sino que el jóven amable,
mi sortija de esmeraldas,
que tiene mis iniciales,
y tú sabes llevo siempre
en recuerdo de mi madre,
me pidió con el pretexto
de ver no sé qué detalle,
y no quiso devolvérmela
diciendo que dispensase
hasta la noche siguiente.

MARIA. Si esa sortija ve alguien

que te conozca, dirá
que es prenda de amor...

ENRIQ. El lance
puede tener trascendencia.
Á esto y á cosas más graves
me expone de mi marido
la conducta, y para hablarle
de ello á tu esposo, he venido...

MARIA. Voy á avisarle al instante.
Él se acerca: así tendrá
el gusto de presentarte.

ESCENA XII.

DICHAS, JULIO de negro con levita. María va á salir, y en la puerta de la habitacion se encuentra á Julio, y allí sin pasar más adelante le dice.

MARIA. Más que el deber oficial,
tierno cariño me obliga
á presentarte á una amiga...

JULIO. (¡La viuda!)

ENRIQ. (¡Sandoval!)

MARIA. Á Enriqueta de Constancia,
mi amiga de privilegio,
no solo desde el colegio,
desde antes, desde la infancia.

JULIO. (Saludando.) Me congratulo...

MARIA. El consorcio
que contrajo, se ha deshecho,
y á entablar viene en derecho
su demanda de divorcio.

ENRIQ. Tal paso doy con dolor,
más mi adverso fatalismo!...

JULIO. El abogado es lo mismo
á veces, que el confesor.

MARIA. Sin reparo le has de hablar,
y pues yo enterada estoy,
en el entretanto voy
á entretenerme en bordar...
(Coge un bastidor que habrá á un lado y se pone junto á la chimenea. Julio entretanto invita á Enri-

queta á que pase á un sofá que habrá al lado del sillon de su bufete, y así colocados continúa el diálogo: antes dicen estos apartes.)

JULIO. (La situacion tiene gracia...)
ENRIQ. (¡Pobre amiga!... te han vendido!)
JULIO. (Ella me ha reconocido...
¡válgame la diplomacia!)
(Alto.) Puede hacerme la merced
de explicar el fundamento...
yo estoy desde este momento,
señora, á los pies de usted.
Para que bien me dirija
traerá sus papeles...
ENRIQ. Claro...
estos son... (¡ay! qué descaro!...
¡pues no lleva mi sortija!)
(Ha reparado en ella al tomar Julio los papeles.)
JULIO. He de hacerle una pregunta
que importante considero.

ESCENA XIII.

DICHOS y FELIPE, entrando.

FELIPE. Señorito, el compañero
que espera á usted en la junta.
Este recado han traido...
JULIO. ¡Ay! es verdad! ¡y es urgente!
MARIA. Eres lo más negligente...
JULIO. Lo habia dado al olvido...
Pero esta señora,
MARIA. Anda,
que de confianza es...
ENRIQ. Sí, vaya usted, que despues
se hablará de mi demanda.
JULIO. Siento infinito...
MARIA. Descuida...
¡Si hay intimidad!...
JULIO. (Me alarma!...
Si ahora le cuenta... se arma...)
FELIPE. Qué digo?...
MARIA. Que va en seguida. (Váse Felipe.)

JULIO. (No hay escape!) Vaya, adios...
(Él me libre del fracaso
que me temo; en otro caso
sálveme el número dos.) (Váse.)

ESCENA XIV.

MARÍA y ENRIQUETA.

ENRIQ. ¡Jesús qué hombres! ¡Jesús!
MARIA. Pero, chica! ¡qué te dá?...
ENRIQ. Nada!... nada, una friolera...
MARIA. Pero en fin; ¿qué es lo qué hay?
ENRIQ. Que tu marido es un monstruo,
un cocodrilo, un caiman.
MARIA. ¡Qué me cuentas?...
ENRIQ. Lo que oyes.
Aquel jóven tan audaz
que anoche me enamoraba,
era tu marido...
MARIA ¡Bah!
Imposible, estuvo anoche
en un concurso...
ENRIQ. ¿Y serás
tan cándida que lo creas?...
MARIA. Ocurre un caso especial.
ENRIQ. Qué caso, dí?...
MARIA. Mi marido
tiene semejanza tan
perfecta con otro jóven
que se llama Sandoval,
que le habrás equivocado...
ENRIQ. ¡Miren qué casualidad!
¿Y quién te contó tal bola?...
¿él mismo será quizás?...
MARIA. Tambien me lo ha dicho otro...
ENRIQ. Dime, y el tal Sandoval
lleva tambien mi sortija?...
La acabo de contemplar
en la mano de tu esposo...
MARIA. ¡Cómo!!

ENRIQ. Así, sin más ni más...
MARIA. ¡Ah! Conque me engaña el pérfido?...
¡Bien!... ¡muy bien!.... Pues él verá
cómo me vengo...
ENRIQ. ¡Vengarte?...
MARIA. Vengarme como leal
y honrada... Mas ven conmigo.
Voy mi venganza á fraguar.
¿Felipe?... (Llamando.)
FELIPE. (Desde fuera.) Ya voy señora. (Entrando.)
MARIA. Cuando vuelva por acá
el señorito, me avisas...
FELIPE. Al momento iré á avisar.

ESCENA XV.

FELIPE, y en seguida D. PANTALEON.

FELIPE. Que algo extraño por mi fe
aquí se fragua imagino...
PANT. (Entrando.) ¿Y tú señorito, vino?...
FELIPE. Sí señor, pero se fué.
PANT. ¿Cómo!...
FELIPE. Yéndose...
PANT. Presumo
que lo tratas de ocultar...
yo acudo á lo militar: (Mira el reloj.)
las once en punto... ¡Uf, qué humo!...
(Va á la ventana y la abre poniéndose á pasear. Felipe aprovecha los momentos en que se vuelve y cierra en seguida.)
FELIPE. (¡Pues su conducta es resuelta!
¡costumbres más opresoras!...)
Dentro de dos ó tres horas
dar puede usted otra vuelta.
PANT. ¡Cómo vuelta! ve á buscar
á tu amo en el instante.
FELIPE. Pero si salió...
PANT. No obstante
Ahora mismo le he de hablar.
FELIPE. (¡Voto al caballo de oros!
¡todo lo mete á barato!)

PANT. ¡Mi matrimonial contrato!
(Habrá llegado á la mesa y cogido los papeles que Enriqueta entregó á Julio.)
¡Conque ciertos son los toros?
¡Este abogado ladino
es quien la va á dirigir
en el divorcio... es decir,
¡un solemne libertino!...
Bien me lo dijeron!... bien
me lo daba el corazon!
á fe de Pantaleon
que he de mover tal belen!...
Yo cortaré este desórden;
sigue, Enriqueta, adelante...
¡y tú qué haces, vergante?
(Súbita transicion.)
FELIPE. Mi capitan, á la órden (Id. cuadrándose.)
ya estoy en servicio activo,
usté mande... no reclamo.
PANT. Vas á traerme á tu amo
ahora mismo, muerto ó vivo.
FELIPE. (Qué barbaridad!...)
PANT. ¿Qué dices?...
¡Uf! qué ambiente! ¡me consumo!
(Va y abre otra vez la ventana.)
FELIPE. (Vaya, ¡otra vez la del humo!
se le puso en las narices!...)
Está muy bien... digo.... en fin,
ya lo que dijo no sé.
PANT. Díselo así...
FELIPE. Lo diré.
PANT. ¡Es de esta casa el jardin?
FELIPE. Sí señor. Es de los amos.
PANT. Pues más que asfixiarme aquí
prefiero esperarle allí.
Guíame á él...
FELIPE. Vamos?
PANT. Vamos.
(Vánse izquierda del foro.)

ESCENA XVI.

JULIO, por la puerta derecha del foro, y á poco MARÍA, por una de las laterales.

JULIO. Me hallaba tan intranquilo
que suspendí la sesion...
¿Le habrá dicho á mi mujer?...
(Pero ella viene... ¡valor!
y sálveme en todo caso
mi proverbial *sans façons*.)
Ya estoy de vuelta, querida,
venga un abrazo...
(María, que habrá entrado distraida, exclama aparentando gran sorpresa.)

MARIA. ¡Gran Dios!
¿Qué intenta usted? ¡caballero!
¡márchese usted por favor!...

JULIO. Caballero?... ¡Pero chica!
¿No me conoces? Soy yo!
(¿Si se le habrá vuelto el juicio!)

MARIA. Aparte usted, seductor!
Por su fatal semejanza
con mi esposo, usted pensó
abusar villanamente
de mi virtud y mi honor?

JULIO. Pero mujer!...

MARIA. ¡Basta! basta!
Lo sé todo. Este complot
tan sólo á fraguar se atreve
un miserable, un traidor.

JULIO. (Jamás pensé que tal crédito
fuese á darle á mi ficcion.)

MARIA. Sí, señor de Sandoval,
lo sé todo...

JULIO. (Me vendió
cual recelé...)

MARIA. De Enriqueta
siendo usted adorador,
¿cómo es que hasta mí se atreve?...

JULIO. ¡Qué funesta aberracion!
¿Pero no ves que soy Julio,
no ves que tu esposo soy?

MARIA. ¡Mi esposo usted! ¡Imposible!
Mi esposo hacerme traicion
hasta el punto de llevar
cual prenda de impuro amor
esa sortija?...

JULIO. (En mis redes
me ha cogido...)

MARIA. Una de dos;
ó Sandoval es usted
que atenta contra mi honor,
ó es mi esposo, y en tal caso
su conducta ha sido atroz.

JULIO. (Pues opto por Sandoval,
porque así escapo mejor.)

MARIA. Qué dice usted?...

JULIO. Yo, señora...
no acierto en mi turbacion,
descubierta ya la intriga,
á excusarme...

MARIA. ¡Bien, por Dios!
¡Salga usted de aquí!... ¡Felipe? (Llamando.)

JULIO. ¡Qué vas á hacer?

FELIPE. (Foro derecha.) Aquí estoy. (Presentándose.)

MARIA. Al punto, á este caballero
ponlo en la calle!...

FELIPE. ¿Al señor?...
Pero... señorita!... ¿quiénes
han perdido la razon?...
¿ustedes ó yo?...

MARIA. Sin réplicas,
obedece!...

FELIPE. Bueno... voy...
(Si él quiere dejarse echar...)
Fuera! ¡á la calle el bribon!...
Es decir... usted dispense...

JULIO. No hay de qué... yo no soy yo. (Vánse.)

ESCENA XVII.

MARÍA sola.

MARIA. Que estoy juzga en un error
y en él dejarme prefiere.
Está claro, él ántes quiere
ser mártir que confesor.
Si aquí á mis plantas postrado
y con ánimo contrito
me confiesa su delito,
yo le hubiera perdonado.
Mas no quiso; bien está,
le aplicaré, y con razon,
la pena del Talion,
él en breve volverá.
No haya miedo que me aflija,
no estoy en la lucha inerme.

ESCENA XVIII.

MARÍA y JULIO, entrando por la segunda puerta de la derecha.

JULIO. (Ahora habrá de conocerme,
ya no traigo la sortija...)
Hola, querida...
MARIA. Tan pronto
vuelves, Julio, por aquí?
Me alegro...
JULIO. Te alegras?
MARIA. Sí.
JULIO. (Sigamos haciendo el tonto.)
MARIA. Ay! tú no sabes, por Dios,
el gran susto que he llevado,
ahora mismo se ha marchado
de aquí tu número dos.
Si vieras!...
JULIO. (Pues tiene gracia,
mi venida va á contarme.)
MARIA. Sabes qué intentó? abrazarme.

JULIO. ¡Qué temeridad! ¡qué audacia!
(Con tono de zumba.)
Pero tú...

MARIA. Yo...

JULIO. Tengo fe:
protestas no necesitas.

MARIA. Yo, al momento, de patitas
en la calle le planté.

JULIO. Ya le diré yo!...

MARIA. En mi vida
miré semejanzas tales;
pero hijo, si sois iguales;
sois como un haba partida.

JULIO. Ya lo creo! Es otro yo.
No te lo dige? (Mitiga,
buen Dios, mi risa.) ¿Y tu amiga?

MARIA. Detrás de tí se marchó;
pero en volver ha quedado.
Á no tener por seguro
que no eras tú, te lo juro,
no sé qué hubiera pasado.

JULIO. Y cómo fué que pudiste
distinguir?

MARIA. Está resuelto
el problema... habiendo vuelto
en seguida que saliste,
porque cierta apuntacion
olvidada habeis dejado,
y habiendo conmigo estado
de broma y de diversion;
no era posible que al irte
tan de súbito volvieras,
ni que en ir y venir, fueras
néciamente á divertirte.

JULIO. Qué es lo que me cuentas, hija?...
(Me está poniendo en un potro!)

MARIA. Ademas, que como el otro
llevaba cierta sortija,
que era imposible que tú
tuvieses, si bien reparo,
que era el otro ví bien claro...

JULIO. ¡Voto al mismo Belcebú!

MARIA. No votes, que me estremeces,
y aborrezco esos deslices.
JULIO. Conque, segun lo que dices.
Yo he estado aquí... ¿cuántas veces?...
MARIA. Ahora y ántes... más por Dios,
no lo sabes tú?
JULIO. Es verdad...
(Cielos! ¡Será realidad
lo de mi número dos?)
¿Cuándo ántes vine?...
MARIA. De extraños
antojos lleno te viste;
y muy amante estuviste...
como es hoy tu cumpleaños!...
JULIO. Bien... qué más?...
MARIA. Nada!...
JULIO. Adelante.
MARIA. ¡Qué cosas tienes!...
JULIO. Por Cristo...
MARIA. Nunca, cual hoy te habia visto,
qué cariñoso y qué amante.
JULIO. (Se burlará?...)
MARIA. ¡Picaron!
Por qué no me lo avisaste,
y tu retrato dejaste
debajo de mi almohadon?...
(Mostrándole un retrato.)
JULIO. Vive Dios! á ver. ¡Qué es esto?...
(¡Yo nunca me he retratado!)
(Canario!... y está clavado!)
Conque... allí lo dejé puesto?
MARIA. Ya te lo he dicho que sí...
¡qué sorpresa! caro esposo,
lo ansiaba tanto!... es precioso...
JULIO. Muy precioso... Conque... allí?...
(Cómo la preguntaré
sin que comprenda que estoy...
¡ay! Dios mio!... Si lo soy
que no sepa que lo sé...)
¿Conque allí?...
MARIA. ¡Pues!...
JULIO. (¡Echo lumbre!)

¡Ah!... (Me abraso!...) Bien, y yo?...

MARIA. Pero... por qué has dicho ¡oh!?...

JULIO. ¡Por nada!... es una costumbre...

MARIA. Conque, una costumbre... ya...
yo pensé...

JULIO. Nada, sería...
prosigue pues...

MARIA. ¡Ah!!!... decía...

JULIO. Y tú por qué dices ¡ah!!!...

MARIA. ¿Yo?... qué sé yo?... recordaba...

JULIO. Vamos, sigue...

MARIA. Si me pierdo...
y cómo fué no me acuerdo...
Tú empezaste...

JULIO. Yo empezaba...
Continúa... (¡Estoy frenético!)

MARIA. ¡Y qué feliz estuviste!
Sin duda poner quisiste
á prueba el númen poético.
Fué muy bella y muy sencilla
la improvisacion...

JULIO. Sí, eh?...
Pues no recuerdo... ¿y qué fué?...

MARIA. De repente una quintilla.

JULIO. ¡Cinco versos!...

MARIA. Has estado
hoy como nunca ocurrente...

JULIO. Yo?... si nunca de repente
logré hacer ni un pareado...

MARIA. Quien así la lira toca,
ya es poeta...

JULIO. (¡Hados adversos!)
y á qué fueron esos versos?

MARIA. Á mis ojos, á mi boca,
á mi cintura...

JULIO. (Le mato
en viéndole, sin disculpa...
y ella no tiene la culpa...)

MARIA. Vaya, dame tu retrato...
Imaginas de él privarme
cuando poseerlo ansío?...
(Julio tira el retrato y lo pisotea.)

¡Pero qué has hecho?... Dios mio!

JULIO. Que qué he hecho?... ¡Desahogarme!

MARIA. Destrozarlo con los piés!
qué incomprensible fiereza!
¿Tienes mala la cabeza!

JULIO. ¡Sí!... la cabeza! ¡Eso es!

MARIA. De zozobra no descanso,
manso estabas há una hora!...

JULIO. Qué profiere usted, señora!
¡yo en mi vida he estado manso!
Toda blandura hoy acaba
en mí, me trueco en un risco,
y voy á ser más arisco
que una pantera de Java!

MARIA. ¡Jesús! Jesús! ¡qué entrecejo!
¡qué miradas!...

JULIO. ¡Desvarío!
¡yo quiero sangre!

MARIA. ¡Dios mio!

JULIO. Déjame!

MARIA. Sí, sí, te dejo. (Váse.)

ESCENA XIX.

JULIO solo.

JULIO. Conque ha salido verdad
mi invencion?... Si en este mundo
refluye el mal que á otro hacemos
siempre en perjuicio de uno!
Conque ese infame impostor
cubierto con el escudo
de su fatal semejanza
me ha puesto... en lance tan duro?
Hasta dónde habrá llegado?
hasta dónde?. . En vano busco
para asirme á una esperanza
algun pueril subterfugio.
¡Llegó hasta su propio lecho!...
Mi cabeza es un Vesubio!
¡Felipe!... ¡Felipe! (Llamando.)

ESCENA XX.

DICHOS y FELIPE.

FELIPE. Aquí
me tiene usted... (Qué arrechucho
le habrá dado?)
JULIO. Por tu vida,
responde. ¿Ha venido alguno?...
Mientras salí...
FELIPE. Sí, señor...
JULIO. Se me parecía?...
FELIPE. Mucho.
(En lo amable.)
JULIO. ¡Voto á cien!...
y cuánto rato aquí estuvo?
FELIPE. Aquí arriba un buen espacio....
Ahora en el jardin...
JULIO. ¿Qué escucho!
Pues vé y dile que le espero
para matarlo...
FELIPE. Abrenuncio...
(Vamos, lo mismo que el otro!)
(Se han vuelto locos á duo.)
JULIO. Anda listo, aprisa, marcha...
FELIPE. Como el otro!...
JULIO. Yo te juro
que á estrangular voy al otro
ántes de cinco minutos.
FELIPE. (Desde la puerta.) Ya llega el otro, señor.
JULIO. Déjanos solos.
FELIPE. Al punto.
(Entra D. Pantaleon y sale Felipe.)

ESCENA XXI.

JULIO y PANTALEON.

PANT. Soy con usted, señor mio,
mas lo primero ès el humo
que me ahoga...

(Dirígese á la vantana y la abre. En el brazo llevará un paletot, que deja sobre una silla.)

JULIO. (Lindamente!
Trata al país como suyo!)
Quién le manda á usted abrir?

PANT. ¡Calle!... ¿Usted?... Yo á usted no busco.
Buscaba á don Julio Enriquez,
abogado...

JULIO. Y á qué asunto?

PANT. Para... rompernos la crisma
en un duelo furibundo.

JULIO. Soy yo...

PANT. Cómo? ¿Sandoval,
no es usted?...

JULIO. Tal nombre uso
cual nombre de guerra...

PANT. Entiendo...

JULIO. Pero afirmo que soy Julio
Enriquez...

PANT. Basta; usté y yo
no cabemos en el mundo.

JULIO. Eso mismo iba á decirle...
¡Infame impostor!

PANT. ¡Adúltero!
¡libertino!

JULIO. Vamos luégo...
Inútiles conceptúo
las explicaciones...

PANT. Claro...
á explicaciones renuncio.

JULIO. ¡Lo sé todo!

PANT. ¡Yo tambien!

JULIO. Vamos al jardin.

PANT. Al punto.

JULIO. Abajo hay sala de armas,
usted elige á su gusto.
(Pues señor!... yo no le encuentro
un parecido absoluto!...)
(Van á salir y tropiezan con Felipe, que entra y dice:)

FELIPE. Señor!...

JULIO. ¡Eh! déjame en paz.

PANT. Déjanos en paz! (Le da un empujon y se van.)
FELIPE. (Qué adustos!)

ESCENA XXII.

FELIPE solo.

Qué gestos de endemoniados
llevan ambos; quien los viera,
acaso pensar pudiera
que se van desafiados...
Pero yo tal no sospecho...
Poner la vida en un trís...
Voy á cerrar, que entra un grís...
(Al cerrar la ventana se supone que ve lo que pasa en el jardin y exclama:)
No lo dije?... Dicho y hecho!...
Qué intenciones más aviesas!
Se van á matar! ¡Yo grito!...
Fuego! fuego! Á ver si evito...
fuego! fuego!... Ni por esas...

ESCENA XXIII.

DICHO. Entran precipitadamente MARÍA y ENRIQUETA.

MARIA. ¡Cómo fuego? ¿Dónde?
FELIPE. Están
batiéndose y darán fin...
MARIA. Quiénes?...
ENRIQ. ¿Dónde?
FELIPE. En el jardin,
don Julio y el capitan.
MARIA. ¡Julio?... ¡Ay Dios! (Se deja caer en una silla.)
ENRIQ. El corazon
me ha dado un vuelco!... Ese hombre...
Ese capitan?... ¡Su nombre!...
¿Se llama Pantaleon?...
FELIPE. Don Pantaleon! sí, cierto!
ENRIQ. ¡Ay! desdichada de mí!...
MARIA. Dios santo! ¡qué ocurre aquí!

ESCENA XXIV.

DICHOS, JULIO, entrando con aspecto descompuesto. Trae un sable en la mano, que al entrar arroja.

JULIO. Estoy vengado! ¡Le he muerto!
MARIA. ¡Está salvo!...
JULIO. Por su honra
que un esposo lidie es bien...
ENRIQ. Pero á quién ha muerto, á quién!
JULIO. Al autor de mi deshonra.
MARIA. Estás loco?
JULIO. En mi hondo afan...
ENRIQ. Á creer no me resuelvo...

ESCENA XXV.

DICHOS y D. PANTALEON, que aparece por la puerta del foro: traerá en la frente y en la mejilla una señal amoratada, como de haber recibido un golpe. Al verlo Enriqueta, exclama:

ENRIQ. ¡¡Ah!!
PANT. Dispense usted si vuelvo.
Dejaba aquí mi gaban...
JULIO. Resucita usted?... Volvamos...
PANT. Fué de plano... perdí el norte...
JULIO. ¡Pues ahora será de corte...
y hasta morir... Vamos?
PANT. Vamos!
ENRIQ. ¡Pantaleon!
MARIA. ¡Julio!
ENRIQ. ¡Ay Dios!
Dejad esa lucha fiera.
JULIO. (Á María.) Conque era este infame? era
éste mi número dos?...
MARIA. No hay tal número! en mí fia.
Fuerza es ya que esto concluya;
lo que fué fábula tuya,
invencion quisé hacer mia.
De los celos con exceso

te dí el veneno á beber,
para mirarte caer
en tus propias redes preso.

JULIO. Siendo así...

MARIA. Cual te lo digo...

ENRIQ. Así es.

JULIO. Yo bien decía
que este señor no tenía
gran semejanza conmigo...

MARIA. Ni grande ni chica...

PANT. Pues;
lo que es en esto no hay dolo,
yo me parezco á mí solo.

ENRIQ. Privilegio triste es!

(Pantaleon y Enriqueta hablan en voz baja.)

JULIO. No me guardarás encono
por mi invencion?...

MARIA. Cuándo, dí;
rencor tuve para tí?

JULIO. Me perdonas?

MARIA. Te perdono.

PANT. No haya, pues, más disensiones,
serás mi reina y señora.

FELIPE. Vámonos; llegó la hora
de las reconciliaciones.
Á todo ser importuno
castigar debiera Dios;
aquí están dos para dos,
y es claro que sobra uno.

(Marchándose.)

MARIA. Se firmó la paz?...

ENRIQ. Sí tal.

MARIA. Y ahora qué nos falta?...

ENRIQ. Nada.

MARIA. Sí; que obtenga una palmada
la ESTRATÉGIA CONYUGAL.

(Telon.)

FIN.

ESTRELLA.

ESTRELLA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

POR

DON JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ.

Representado con extraordinario éxito en el Teatro MARTIN el 31 de Enero de 1874.

C. C.

Número 28.

LIBRERIA
MADRID

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	D.ª CONSUELO TORRECILLA.
ROBUSTIANA	D.ª CONCEPCION SOLÍS.
JORGE DE LESKI	D. FRANCISCO RODRIGUEZ.
LEONARDO	D. ALBERTO RODRIGUEZ.
MORTADELL	D. IGNACIO RUIZ CÁMARA.
PANCRACIO	D. CÁRLOS CALVACHO.

Esta obra es propiedad de D. Cárlos Calvacho, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El editor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SR. DON FRANCISCO SUÑER Y CAPDEVILA

En prueba de gratitud y estimacion cariñosa

El autor.

ACTO ÚNICO.

Sala espaciosa con ventana y puerta á la derecha; otra á la izquierda, con cierro de cristales y visillos blancos al exterior; puerta al fondo. Hácia la derecha mesa con tapete verde, recado de escribir, libros y papeles y sillon de baqueta junto. Bustos de escayola sobre cornisas en los muros. Al fondo grupos artísticos en yeso sobre pedestales y un estante con libros. Mueblaje modesto. Aparece Leonardo en el sillon apoyado el codo en la mesa, en actitud reflexiva. Robustiana entra por el foro trayendo un periódico con faja del correo.

ESCENA PRIMERA.

LEONARDO, ROBUSTIANA.

ROB. (Ap.) (¡Siempre triste!) (Alto.) Buenos dias.
LEONAR. Bien venida, Robustiana.
ROB. El consabido periódico.
LEONAR. Está bien. (Lo recoge.)
ROB. Ninguna carta.
LEONAR. ¿Y María?
ROB. Se levantó
á las seis de la mañana,
y aún se ocupa en despachar
los mozos de labranza,

despues de dar instrucciones
á capataces y guardas.

LEONAR. Otra madre en lo hacendosa.

ROB. Una mujer de su casa.

LEONAR. Tipo noble, al par que ingénuo,
de una existencia ordenada,
que sella con su poesía
los recuerdos de su infancia.

ROB. Es verdad.

LEONAR. Tal fué mi madre.
¿Te acuerdas de aquella santa
y laboriosa mujer,
afanosa y desvelada
por el bienestar de todos
los que su cariño ampara?

ROB Dios la tenga en su descanso.
Su merced era una alhaja.

LEONAR. Digna hermana de mi tia
Eduvigis, que Dios haya,
y que educó en esa escuela
á María; la vírgen casta
de mis sueños juveniles,
hoy á mi amparo confiada
por su madre moribunda
al regreso de las aras.

ROB. Pobre señora. (Se enjuga los ojos.)

LEONAR. ¡Qué dulces
son los recuerdos de patria,
familia, hogar, entre el tráfago
de las pasiones humanas!

ROB. ¿De veras?

LEONAR. (Levantándose.) Mi vocacion
de artista, mi sed de fama
en la esfera que trazaron
Fidias, Buonarotti, y tantas
celebridades que el mundo
por semidioses aclama,
me hicieron abandonar
esta apacible morada,
contando con el favor
de mi tio, el marqués de Játiva;
desatendiendo los ruegos

de mi madre, y aun las lágrimas
de la que siendo hoy mi esposa,
era la mitad de mi alma.

ROB. Bien me acuerdo; y que por poco
se nos muere la muchacha.

LEONAR. Pues bien; jóven exaltado,
visionario y entusiasta,
en Madrid, París y Roma,
con medios, tiempo y audacia;
alternando mis estudios
y mis tareas cuotidianas
con solaces, experiencias,
pasatiempos y borrascas;
en las horas del taller,
en académicas áulas,
en el festin bullicioso,
en la fiesta aristocrática,
el recuerdo de esta villa
y la imágen de esta casa,
humedeciendo mis ojos,
mi corazon dilataban.

ROB. Pues dicen que á idos y muertos...

LEONAR. Pues no lo creas, Robustiana.
En el palacio de Oriente,
en Versalles, en la plaza
de San Pedro; y en Apolo
y en Mabille, y en Nueva Strada;
en museos, exposiciones,
templos, ruinas solitarias;
en Lhardy, café Tortoni,
hotel Castello, en la tasca,
el estaminet, la grotta,
contemplando las estátuas
de Praxíteles y Rhodius;
recibiendo las medallas
de artísticas recompensas;
en agitacion, en calma,
á la viva luz del dia,
ó entre las sombras opacas,
la amable reminiscencia
de este pedazo de España,
con las sombras de mi madre,

de mi tia, de mi amado!
tu recuerdo...

ROB. ... También yo.

LEONAR. Y qué mucho, pobre anciana,
cuando el sentimiento patrio
en mi mente dibujaba
el caseron solariego,
el cabildo, la cabaña,
el huerto, la cruz, el nicho,
el meson, la encrucijada,
el pardo monte á lo lejos,
aquí el valle de esmeralda,
rubia mies, umbría arboleda;
manso rio, límpidas aguas;
la encina tradicional,
distante la ermita blanca,
el chozo del campesino;
la hacienda en cultivos vária;
y la torre parroquial
con su cruz y sus campanas,
destacándose en el cénit
cual entre arbustos la palma.

ROB. Así tiene á la María
pendiente de su palabra.

LEONAR. Ya ves; de mis ilusiones
muchas tengo realizadas.
Mis obras han merecido
premios, estima, alabanzas;
unas ornan los altares,
otras las régias estancias;
las academias las tienen
para ejemplo y enseñanza;
de insignes hombres imágenes
en sus pedestales alzan;
en templos, teatros, casinos,
mi reputacion consagran;
y en modelos de escayola
y en reproduccion de pasta,
popularizan mi nombre
á humildes fortunas francas.

ROB. Es mucha verdad.

LEONAR. Con todo,

yo te juro, Robustiana,
que me pesa de mi gloria;
que mi pasado me enfada;
que la evidencia me hastía,
y envidio la vida grata
del que nace, vive y muere
vejetando como planta.

ROB. ¡Qué rareza!

LEONAR. Tú no sabes
á qué precio, y con qué cláusulas,
el demonio del orgullo
calma ardientes esperanzas.
Tú no sabes en qué redes
de espesas y fuertes mallas
aprisionan albedríos
que fe y entusiasmo inflaman.
Tú no sabes cuánto oprimen
lazos de afeccion simpática;
luégo esposas en tus manos
y dogal en tu garganta.
Tú no sabes qué es la vida
cuando realiza la fábula
de Tántalo, y la ventura
la ves sin poder gozarla.

ROB. Pero señor...

LEONAR. Tú no sabes,
pobre mujer...

ROB. Dios me valga!

LEONAR. El infierno que aquí ruge
y el eden que ésta soñaba.
(Señalando al pecho y á la cabeza.)

ROB. Es lo cierto, don Leonardo,
que usted no es dichoso.

LEONAR. (Con inquietud.) Calla.

ROB. Y qué bien pudiera serlo
con una mujer tan guapa,
tan buena, tan laboriosa,
y que con delirio le ama.

LEONAR. Procuro hacerla feliz,
ocultándole mis ánsias.

ROB. Pues el disimulo es vano
á mi ver; porque ella...

LEONAR. Acaba.
ROB. Es decir, ella... Allá voy.
(Dirigiéndose hácia la izquierda.)
LEONAR. Escucha. Atiende.
ROB. Me llama. (Sale.)

ESCENA II.

LEONARDO.

Tiene razon: no he sabido
mis penas disimular,
y María calla y padece
las resultas de mi afan.
Pero ¿cabe disimulo
en mi situacion fatal;
bajo el peso de un deber
aceptado y sin llenar;
bajo fundadas sospechas
de cobardía ó deslealtad;
bajo un amago de muerte
que pena justa será?
Estrella, Estrella. Tu nombre,
signo de fatalidad,
con caractéres de fuego
grabado en mi mente está.
(Se sienta con abatimiento.)
Y si al ménos la victoria
coronado hubiese el plan;
si prosperase la causa
de mi abandono á pesar,
el éxito de la empresa,
del triunfo el lauro inmortal,
enardeciendo sus ánimos
en febril actividad,
de apóstatas y de tránsfugas
los vinieran á apartar;
pudiendo vivir yo entónces
olvidado, oscuro, en paz,
y con la gloria del arte
redimiéndome quizás.
Pero nada; ni el desprecio

puede este abismo salvar. (Coge el periódico.)
Funesto papel! Sus páginas
tortura lenta me dan
con desastrosas noticias
de acerada brevedad.
Ayer Juan Roca en Osuna;
Ginés Paez en Ciudad-Real;
Alberto Buil en Carmona;
Mortadell... ¿Qué pensarán
de mí, que vivo seguro
y libre de todo azar;
mientras ellos, respondiendo
al compromiso eficaz,
apóstoles de la idea
que juramos impulsar
con la palma de los mártires
tocan á la eternidad?
Me creerán cobarde, indigno,
despreciable... Tal vez más.
Traidor... ¡Ay!... Peor que la muerte
es esta vida infernal. (Pausa.)
Veamos, en fin, lo que anuncia
el periódico. (Rompe la faja.) En verdad
que Estrella no merecía
tan negra suerte. (Leyendo.) «Se va
»á someter á Juan Roca
»á un consejo militar,
»dados los antecedentes
»de este enemigo tenaz
»del órden, que los castigos
»no bastan á escarmentar.»
Pobre Roca! Inquebrantable
es su fe, sereno, audaz...
Sigamos. (Lee.) «Segun noticias
»de nuestro corresponsal,
»ha conseguido evadirse
»de la cárcel de Alcalá
»el llamado Mortadell,
»demagogo catalan.»
Mortadell, ciego creyente,
de Estrella el primer secuaz,
inflexible en sus propósitos,

fanático... (Levantándose.) ¿Si él será
el ángel de la venganza
consagrado á castigar
defecciones y transfugios
de la oculta sociedad?
Me faltan espacio, ambiente.
María llega. Á no dudar
conocerá en mi semblante
mi turbacion. Aquí está. (Coge el sombrero.)
Evitemos su presencia.
¡Ay del que huye de su hogar!
(Sale precipitadamente.)

ESCENA III.

MARÍA y ROBUSTIANA.

MARIA. (Ap.) (Se fué.)
ROB. Las cuatro fanegas
de yero están prevenidas,
y el rubio de Fregenal
viene á cargar la ceniza.
MARIA. Está bien. (Se sienta.)
ROB. Juan el hornero
que manda por trigo avisa,
y no ha pagado la Cármen
la docena de gallinas.
MARIA. ¿Y qué más?
ROB. Con Juan el Cano
mandé un socorro á Lucía;
y ahí tiene usted el importe
de la arroba de chacina.
(Le entrega dinero envuelto en papel.)
MARIA. ¿Vinieron por el aceite
para el Cristo de la ermita?
ROB. Si el jueves al capillero
se lo despachó usted misma.
MARIA. Es verdad.
ROB. Cuando yo digo...
MARIA. ¿Qué dices?
ROB. Frases antiguas,
viejos cantares, proverbios

ráncios; las cosas mias.

MARIA. Esta Robustiana...

ROB. Siempre
de chacota. (Ap.) (¡Pobre niña!)
(Sale por la puerta del foro.)

ESCENA IV.

MARÍA.

Madre que en la eternidad
gozas del justo el favor,
pide para mí al Señor
fortaleza, dignidad;
que el dolor que me aniquila
un misterio á todos sea,
y que Leonardo me crea
feliz, contenta, tranquila.
Y aunque muera lentamente
nadie advierta mis enojos
por el llanto de mis ojos,
por la nube de mi frente.
Mi única felicidad
era en el mundo su amor.
No me la otorga el Señor;
hágase su voluntad. (Pausa.)
¡Y ser la esposa del hombre
de nuestro ser sólo dueño,
y en la agitacion del sueño
en sus labios oir un nombre!
Nombre querido, que invoca
á otra mujer, quizás bella,
jóven, elegante... Estrella...
¡Ay! temo volverme loca.
No son supuestos agravios,
ni puro accidente es esto,
porque ese nombre funesto
tres veces sonó en sus labios.
Y que de ese nombre en pos
veo del demonio la huella,
que pensando en esa Estrella...
Jesús! Perdóneme Dios. (Pausa.)

Y él!... Ausente de mí, es llano
que otros vínculos... preciso;
y tal vez por compromiso
sin su amor me dió su mano.
El sudor mi frente inmunda.
Ya su palabra empeñada,
viéndome desesperada,
á mi madre moribunda,
se resignó y dijo—sea:—
y su corazon vacío
está para mí. ¡Dios mio!
No puedo con esta idea.
Leonardo, Leonardo, no
conoces mi intensa llama;
porque esa mujer no te ama
con el frenesí que yo.
Yo, maldiciendo á esa Estrella,
anhelo el final reposo,
para que tú seas dichoso
si puedes serlo con ella. (Pausa.)
Mas él que ignore el afan
que mi corazon conmueve,
cubriendo un manto de nieve
el cráter de este volcan. (Levantándose.)
Vuelva á su secreto espacio
el dolor que aquí se anida;
y siga el curso mi vida.

PANC. Á la paz de Dios. (Á la puerta.)

MARIA. Pancracio.

(Transicion rápida.)

ESCENA V.

MARÍA y PANCRACIO.

PANC. El mesmo, señora mia.
Osté tan güena, tan santa,
tan contenta. Eso lo canta
la propia filosumía.

MARIA. Es perspicaz por lo visto.

PANC. No me gusta presumir,
pero vamos al decir,
que yo siempre he sío mú listo.

¿Y el pariente?

MARIA. Bueno.

PANC. Yo
lo topé daqui á un buen pedazo:
mos dimos un pechugazo,
pero no me arreparó.

MARIA. Para almorzar vuelve ahora.

PANC. Á llenarse bien los huecos.
¿Sigue labrando muñecos
como de antaño, señora?

MARIA. Descansa.

PANC. Tiene acá abajo
la gloria en mujer y prima;
y el hombre, vamos, se arrima
á otra clase de trabajo.

MARIA. ¿Y Lola?

PANC. De Badajoz
ha vuelto antier.

MARIA. ¿Mejorada?

PANC. Con esa crianza malvada
la probe se ha puesto atroz.
Y como no se defienda
se le pega el vientre al lomo,
porque el chico traga como
el menisterio de Hacienda.
Y no se aviene á razon
manque la madre se aflige:
venga teta, y no transige
con sopas ni al bebiron.
Y porque el rapaz no enferme
la madre con él se ocupa,
y allí está chupa que chupa,
y aluégo duerme que duerme.
Es lo que dice mi Paca:
«ese matrimonio es tonto:
venga el arrapiezo, y pronto
le hago dicir *teta caca*.»

MARIA. ¿Me trae carta?

PANC. (Dándoselas.) Y un encargo,
más unos malacatones,
y muchísmas despresiones,
y que escribirá más largo.

Mientras se vácia la cesta,
con su permiso me asiento: (Lo hace.)
escribe osté en un momento
y me llevo la rispuesta.

MARIA. Que tardaré poco fio. (Sale.)

PANC. Que no tengo prisa advierto.
(Canta.) «Diez años dispues de muerto
y de gusanos comío,
letraros...»

ESCENA VI.

PANCRACIO y LEONARDO.

LEONAR. Felices dias,
Pancracio.

PANC. (Levantándose.) Le vide ya
en esa calle, onde está
la taberna de Matías.
Tomo la calle de Lara,
y en la esquina de Canuto,
¡zás! y osté dijo: «¡qué bruto!»
pero no volvió la cara.

LEONAR. Oh! pues no le conocí
á pesar del encontron. (Se sienta.)

PANC. Ya sé que esa despresión
no la dijo osté por mí.

LEONAR. ¿Y qué tal?

PANC. Vamos tirando
y no faltán desazónes;
porque estas contrèbuciones
mos están anequilando:
pero mientras uno viva
la esperanza lo mantiene;
y el trigo al fin se sustiene
y la cebáa va pá arriba;
y si el cerdo va á valer
y cuaja, y se despelota,
como dé bien la bellota
ya tendremos que comer.

LEONAR. ¿Y por allá?

PANC. El alguacil

estaba anoche contando
que paece están reforzando
á toa la Guardia cevil;
y el tio Camamas, el sordo,
que es un trucha no comun,
dijo que andaba un runrun
de que va á haberla y en gordo.

LEONAR. ¿Y de novedades?

PANC. Hay
que tenemos cura nuevo;
buena presona; mancebo;
se llama don Blas Garay.
Llegó: el hombre se ha enterao
de que hace fecha que había
por allá una cofradía
de Cristo crucificao;
y yo no sé qué paso
que del Jueves santo á orilla
prendió fuego en la capilla
y la infigie se quemó;
y como le quea la plata,
dos casas y una heredad,
busca un Cristo, y la hermandad
de hacer que se ajunte trata.

LEONAR. Buen proyecto.

PANC. Ayer entré
en la iglesia un breve espacio. . .
Vino el cura.—«Hola, Pancracio,
¿qué tal?»—Pa servir á osté.
—«¿Y sales hoy?»—Sin falencia,
y las mulas tengo uncías.
—«Hombre, bueno; bien podías
hacerme una deligencia.»
—¿Y cuál es?—«Entre otros cuantos
que tengo para mi idea,
ve á don Leonardo Correa,
que hace imángenes de santos.»
—Bueno.—«Y dí que me intereso
un Cristo suyo en tener,
y que se ocupe en hacer
el cúquis.»

LEONAR. El cróquis.

PANC. Eso.
LEONAR. Bien: el modelo haré yo.
¿Y va el señor, muerto ó vivo?
PANC. Yo no vide al premitivo
que há un siglo que se quemó.
Pero en el quia dimos ya.
Se manda vivo ¿no es cierto?
y si les apaña muerto
que ellos le máten allá.
LEONAR. ¡Qué enormidad!
PANC. Sí señor,
y á mí poco se me escapa.
Debajo de mala capa
se encuentra un buen bebedor.

ESCENA VII.

DICHOS y MARÍA.

MARIA. La respuesta, y Robustiana
varios encargos le apresta
para Lola y don Ramon
á quien dé memorias nuestras.
PANC. Estimando.
MARIA. En la cocina
el desayuno le espera.
PANC. Viva osté mil años. Conque (Á Leonardo.)
que sea el Cristo cosa buena.
LEONAR. Buen apetito. (Se levanta.)
MARIA. Buen viaje.
PANC. Haiga salú. Hasta la vuelta.
(Sale por el foro.)
LEONAR. María.
MARIA. Leonardo.
LEONAR. (Observándola.) Te encuentro
algo pálida.
MARIA. ¿De veras?
LEONAR. Pero sonríes y se acaban
mis observaciones, pérfida.
MARIA. ¿Por qué?
LEONAR. Porque tu sonrisa
me trastorna, me enajena.

Si estoy alegre, es el colmo
del bienestar en la tierra:
si melancólico, un rayo
de luz que vence la niebla.

MARIA. Lisonjero.

LEONAR. Oye; es preciso
trabajar: basta de holgar.
Desde mañana empezamos.
(Ase la mano de María.)

MARIA. ¡Empezamos!

LEONAR. Mi tarea
es modelar tu retrato,
hacer tu busto de piedra.

MARIA. Leonardo. (Enternecida.)

LEONAR. Sí; que no basta
á mi amor que te posea,
que doble lleven tu imágen
mi corazon, mi cabeza.
Es preciso que mis manos
labren copia tan perfecta
en mármol, que dure ménos
que en mi ser duro tu huella. (Alcanzándola.)
¿Lloras?

MARIA. Déjame llorar,
que es de dicha y no de pena.

LEONAR. Vamos, María; que no quiero
copiar Dolorosas, ea;
(Enjugando sus lágrimas.)
sino tu tipo de siempre:
cara oval, dulce y serena,
donde un alma noble y pura
francamente se refleja.

MARIA. Y que para ese retrato
cuento con alhajas nuevas.

LEONAR. ¡Cómo así!

MARIA. Lola me envía
de Badajoz una ofrenda.
¿No reparas?

LEONAR. ¿Y qué es ello?

MARIA. Estos zarcillos.

LEONAR. Te sientan
muy bien.

MARIA. Y de última moda;
de los que llaman de estrella.
LEONAR. (Ap.) (¡Nombre fatal!) (Apartándose.)
MARIA. (Ap.) (¡Fatal nombre!)
MORT. Há de casa! Con licencia.

ESCENA VIII.

MARÍA, LEONARDO, MORTADELL.

LEONAR. Mortadell.
MORT. Adios. Señora...
LEONAR. Mi esposa.
MORT. Jóven gentil.
MARIA. Caballero...
LEONAR. Un camarada
de mis cursos en París,
discípulo de Courbet
y admirador de David.
MORT. Poco detenerme puedo,
que me es forzoso partir
despues que hablemos.
LEONAR. Confio
en que almorzarás aquí.
MORT. El asunto que me trae
es urgente.
LEONAR. Departir
podemos mientras disponen
el desayuno.
MORT. Sea así.
LEONAR. Querida María...
MARIA. Descuida.
Caballero, permitid...
MORT. Señora...
MARIA. (Ap.) Tipo sombrío. (Váse.)
MORT. (Ap.) Tipo simpático.
LEONAR. En fin...

ESCENA IX.

LEONARDO y MORTADELL.

MORT. En fin todo está perdido;
de una cárcel me he fugado;
de muchos abandonado
y por un Judas vendido.
Roca, Buil, Lopez, Marbella,
vieron abortado el plan,
y en calabozos están
los buenos hijos de Estrella.
Hoy el déspota gozoso
el hilo á la trama corta,
y espera... Mas ¿qué te importa
nuestro mal si eres dichoso?

LEONAR. No, Mortadell; mi existencia
truecan en suplicio lento
nubes en él pensamiento
y sombras en la conciencia.

MORT. Me espanto de tu egoismo.

LEONAR. Jaime.

MORT. No pudiendo ser
feliz, ¿por qué á esa mujer
has arrastrado al abismo?

LEONAR. Ella fué mi amor primero.
¡Qué digo! Mi solo amor.

MORT. Eras un conspirador
sin voluntad y sin fuerzo.

LEONAR. Vine á cumplir con lealtad
mi comision, pero al cabo...

MORT. ¿No sabías que eras esclavo
de una oculta sociedad?

LEONAR. Hallé cercana á morir
á la madre de María,
que era, Mortadell, mi tia.
¿Qué hubieras hecho?

MORT. Partir.

LEONAR. Jaime.

MORT. Extraño que te asombres
estando iniciado en todo.

No se juega de ese modo
con la vida de los hombres;
que en la histórica epopeya
que del tirano hunde el sólio,
si no se va al capitolio,
se va á la roca Tarpeya.
Por la union el hombre es fuerte,
y se gana la partida
sabiendo jugar la vida,
sabiendo arrostrar la muerte.
Hechos ya los acomodos,
dado el instante oportuno,
uno que deserte, ese uno
es un traidor para todos.

LEONAR. Mátame, y así me ofreces
blanco de ejemplar castigo.

MORT. ¡Desgraciado! Aún soy tu amigo
aunque tú no lo mereces.

LEONAR. Mortadell, mientras que pasa
el furor de la tormenta,
quédate; conmigo cuenta;
seguro asilo es mi casa.

MORT. ¡Imposible!

LEONAR. No creas tal.

MORT. Voy, suceda lo que quiera,
hasta ganar la frontera
del vecino Portugal.

LEONAR. ¿Sabías que moraba aquí?

MORT. Llegué al pueblo esta mañana,
y asomado á una ventana
del meson pasar te ví.

LEONAR. Dispon de mí como quieras.

MORT. Á sacrificios renuncia.
Esta barba me denuncia;
necesito unas tijeras.

LEONAR. En mi alcoba...

MORT Mis apuros
pronto remediados hallo.
Dame un pase y un caballo,
una escopeta y cien duros.

LEONAR. Los dos saldremos en coche.
Se avisa al guarda Bartolo

y...

MORT. Nada; salgo yo solo.

LEONAR. Mañana...

MORT. Parto esta noche.

LEONAR. Pero la razon no encuentro
de ese plan ejecutivo.

MORT. Tú no eres reo fugitivo.

LEONAR. Es verdad.

MORT. Vamos adentro.

(Entran por la derecha..)

ESCENA X.

MARÍA, despues ROBUSTIANA.

MARIA. No están, y el tipo siniestro
de ese hombre me tiene inquieta;
y por eso á Robustiana
he prevenido en reserva
que no deje entrar á nadie
sin que ántes...

ROB. Señora.

MARIA. Cuenta.

ROB. Un señor de barba blanca,
de traza como extranjera,
aire altivo, voz sonora,
para entrar pide licencia;
y como usted...

MARIA. ¿Dió su nombre?

ROB. Me ha entregado una tarjeta.

MARIA. (Leyendo.) «Jorge Leski.»

ROB. Y al decirle
que esperase la respuesta
me dijo:—«Anúnciele usted
que soy el padre de Estrella.»

MARIA. (Ap.) (De Estrella!)

ROB. Aguardando está.

MARIA. Que pase.

ROB. Bien. (Sale por el foro.)

MARIA De esta hecha
á toda costa averiguo
lo que tanto me interesa.

ESCENA XI.

MARÍA y LESKI.

LESKI. Jóven, adiós.
MARIA. Caballero...
LESKI. Busco á Jaime Mortadell
que há poco entró en esta casa
y en verle tengo interés.
MARIA. Presumo que sea un amigo
de mi marido.
LESKI. Tal vez.
Y sin pecar de indiscreto
¿vuestro marido quién es?
MARIA. Leonardo Correa.
LESKI. Escultor
y artista de gran valer.
MARIA. ¿Es usted su amigo?
LESKI. Un poco:
allá en Madrid lo traté;
y por cierto que la fecha
es reciente, casi ayer,
y advierto que están ustedes
en plena luna de miel.
MARIA. Ay! la antorcha de himeneo
mal pudo resplandecer
entre el aparato fúnebre
de una madre.
LESKI. Golpe cruel!
MARIA. Ademas era Leonardo
mi primo; de mi niñez
el compañero; la historia
de Marsilla y de Isabel...
LESKI. Mas con otro desenlace.
MARIA. Pido á Dios que se lo dé.
LESKI. ¿Recela usted?...
MARIA. Caballero,
¿se puede amar sin temer?
LESKI. Felicito al escultor
por ser dueño de tal bien.
MARIA. Es usted muy bondadoso.

LESKI. Y algo por causa de usted.

ESCENA XII.

DICHOS, LEONARDO y MORTADELL.

LEONAR. (Ap.) Cielos!
MORT. El padre de Estrella.
LESKI. Jaime, Leonardo, aquí estoy,
de mis hijos tras la huella.
MARIA. (Ap.) (Oculta á escucharlos voy.)
(Entra y cierra la puerta de cristales.)
Salvados Roca y Marbella.
Hice cuanto cabe hacer
en este trance fatal;
mas pasar es menester
mañana al amanecer
la línea de Portugal.
De allá, pues que infame ardid
frustró el golpe en esta zona,
entraremos á la lid,
levantándose Madrid
y Valencia y Barcelona.
Te buscaba ansiosamente
y logro al fin encontrarte.
Jaime Mortadell, prevente
á acaudillar nuestra gente.
MORT. ¡Y vos!...
LESKI. Yo voy á otra parte.
El húngaro se concita
contra el croata y el cosaco,
y en armas se precipita
contra el imperio austriaco
que protege el moscovita.
Allí peleará esforzado
el polaco Jorge Leski,
contra el poder execrado
de los que han despedazado
la patria de Juan Sobieski.
Allí el hombre encanecido
de santa causa en favor,
morirá como ha vivido,

al lado del oprimido
y enfrente del opresor.

MORT. Dejadme unir mi destino
por siempre al vuestro en la tierra.

LESKI. Diferente es nuestro sino;
yo, perpétuo peregrino,
afrento más larga guerra.
Hijo de un pueblo deshecho
por tres águilas en tropa,
nunca estaré satisfecho,
hasta arraigar en Europa
la libertad y el derecho.
Yo soy el negro fantasma,
cuyo contorno sombrío
en noches de insomnio pasma
á un Luis Onceno, que el asma
hunde en el sepulcro frio.
Yo soy quien veda gozar
al déspota sin pesares;
esa mano que á trazar
vino el *Mane Thecel Phares*
á vista de Baltasar.
Soy el viento que adormido
permite la estacion bella,
más que luégo embravecido,
con aterrador rugido
desgaja, troncha, atropella.
Honda sima vengo á ser,
en que el tiempo ha de perder
á quien la justicia agobia,
para fundar su poder
en el órden de Varsovia.
Soy en mi larga carrera,
ruda, azarosa y activa,
la voz vibrante y severa
que profiere el primer muera,
que estalla en el primer viva.
Soy el móvil de la accion
contra el tirano empeñada;
la suprema direccion,
que escribe en la barricada
«pena de muerte al ladron.»

Soy ese que el notisiero
cuenta que en barrio guerrero,
de escombros en el residuo,
se halló muerto á un individuo
al parecer extranjero.
ese que alza el estandarte
y los peligros comparte,
y á un pueblo sus fueros da,
que obtiene el triunfo y se va
á combatir á otra parte;
ese que muerto encontrado,
es al cementerio en un
carro de carga llevado,
y de todos ignorado
yace en la fosa comun.
Vencida la opresion vil,
raza más noble y viril
con los grillos enmohecidos,
alce columna á esos mil
mártires desconocidos.

MORT. Vamos, señor.

LEONAR. Un momento.

LESKI. Habla.

LEONAR. Si gracia conquista
profundo arrepentimiento,
pronto á seguiros me siento.

LESKI. Puro entusiasmo de artista.
En Roma, París, Marsella,
ese entusiasmo te labra
el estigma que hoy te sella.
La sociedad de la Estrella
te devuelve tu palabra.
No es comun juntar la fe
con el valor temerario,
y ejemplo en Cristo se ve:
sólo un discípulo fué
á la cumbre del Calvario.

LEONAR. Será mi postrer desliz;
y en todo evento infeliz
contad con mi fe obsequiosa.

LESKI. Mucho merece tu esposa;
hazla, Leonardo, feliz.

Por la ingénua sencillez
que en su mirada destella,
estima consigue y prez:
recuérdala alguna vez
al viejo padre de Estrella.

(María abre la puerta de cristales y se dirige á Leski con viva emocion.)

MARIA. No permito, noble anciano,
que de ingratitud me argullas;
y pues hoy mi esposo gano,
déjame besar tu mano.

LESKI. Déjame estrechar las tuyas.

MORT. Leski.

LESKI. Mortadell, los dos
vamos de la estrella en pos
que el rumbo del libre guía.

LEONAR. Mortadell! (Jaime le abraza.)

LESKI. (Á María.) Jóven, adios.

LEONAR. Vamos. (En actitud de acompañarlos.)

MARIA. (Conteniéndole.) Leonardo!

LEONAR. (Con ternuras.) María.

LESKI. Gozad del amor fecundo
en santa felicidad,
mientras errante yo fundo
en ruinas del viejo mundo
la ley de la humanidad.
Y aunque el furor reaccionario
logre vestirme el sudario,
no ha de extinguir esa luz
que hizo un templo del Calvario,
que hizo un ara de la cruz. (Cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

LA ESTRELLA DEL ARTE

Al Sr. D. Julian Alonso Prai
su agradecido subordinado
y amigo
q. s. m. b.

LA ESTRELLA DEL ARTE

ZARZUELA

EN UN ACTO Y DOS CUADROS, EN VERSO,

original de

D. JOSÉ JACKSON VEYAN

música de los maestros

NIETO Y RUBIO

Estrenada con extraordinario éxito por la Compañía de Variedades, en el Teatro MARTÍN, la noche del 10 de Febrero de 1888.

MADRID
IMPRENTA DE M. P. MONTOYA,
San Cipriano, 1.
1888

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
ESTRELLA.....	Srta. Pastor.
DOÑA LIBRADA.....	Sra. Vidal.
ANGELA.....	Srta. Campos.
SEÑORA 1.ª.....	» Ortiz.
SEÑORA 2.ª.....	» Garcia.
DON MARCOS.....	Sr. Mesejo (J.)
MANOLÍN.....	» Mesejo (E.)
ANGEL.....	» Ferrándiz.
DON LESMES.....	» Cerbón.
JULIÁN.....	» Gil.
UN CRIADO.....	» Píriz.

Convidados de ambos sexos.—Coro general.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie, sin su permiso, podrá ponerla en escena.

Los representantes de la BIBLIOTECA LÍRICO DRAMÁTICA *de D. Enrique Arregui son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, del cobro de los derechos de propiedad y de la venta de ejemplares.*

El autor se reserva el derecho de traducción.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

CUADRO PRIMERO.

Gabinete á telón corto. Puerta al foro y en primer término derecha. En el primer término izquierda y unido al trasto para la mutación un tocador de señora muy elegante. Junto al tocador un sofá-confidente que pueda retirarse desde dentro. Sobre la puerta del foro y á los lados coronas de laurel. Sobre el tocador ramos de flores.

ESCENA PRIMERA.

Salen por el foro DON MARCOS y JULIÁN.

JUL. Mi ama tiene un genio atroz
y sentiría un desliz.
MARC. Ya huele á primera actriz.
A gloria, y polvos de arroz.
Pasa recado á esa hermosa.
JUL. Sin sus órdenes formales
no entran los simples mortales
en el templo de la diosa.
La ubligación idolatro.
MARC. Buen criado.
JUL. En esu no insista.
No soy criado: soy artista.
Llevo la ropa al teatro.
MARC. Nada, pues no te rebajes

en tu lealtad gallega.

JUL. Cun el roce algo se pega
y á mí me rozan sus trajes.
Mientras ella no me llama
me está prohibido el entrar.

MARC. Claro, tendrá que ocultar...

JUL. No hay que ofender á una dama
sin temer mi indignación.
Soy gallego, honrado y puro,
y cuidado!...

MARC. Toma un duro.

JUL. Retiro la *interjeción*.

MARC. Ayer tuvo extraordinario
éxito en su despedida?

JUL. Atroz! Qué hermosa es la vida
pública del escenario!
Palomas, flores y gloria.
Eso entusiasma de un modo!...

MARC. Las palomas, sobre todo,
qué ricas en pepitoria!

JUL. Siento ruido; ahí la tenemos.

MARC. De hablarla hallé la manera.

JUL. No señor: vámonos fuera.
y cuando llame entraremos.
(Obliga á Marcos y vanse los dos.)

ESCENA II.

Pausa y sale ESTRELLA, en traje de casa, pero de capricho y elegante. Coge del tocador un ramo y lo besa.

MÚSICA.

Coronas del arte
y flores de amor
qué pena me causa
deciros adiós!
Esclava del arte seguí sus fulgores
buscando ambiciosa su rico laurel,
y aplausos, coronas, palomas y flores
mil veces sirvieron de alfombra á mis piés.
Las glorias del arte son glorias mezquinas

que viste el engaño de falso oropel.
También sus coronas esconden espinas
y ocultan sus flores ponzoña cruel.

Adiós del arte,
sombra querida,
toma mi beso
de despedida.
Halle entre flores
tumba mi amor
que el arte vive
lo que una flor.

Adiós! Adiós!
Tus esperanzas
mentidas son!

HABLADO.

Flores que ocultan engaños.
(Cogiendo los ramos del tocador.)
Una tarjeta prendida.
«Te quiero más que á mi vida!...»
Un viejo de ochenta años.
Otra?... «El corazón te dejo,
con mi ramo peregrino.»
Un joven sietemesino
que vale menos que el viejo.
(Deja el ramo y toma un estuche.)
Un estuche y una carta
y dentro una humilde flor.
Un regalo sin valor
que de lo vulgar se aparta.
La flor es sencilla y bella...
«Un pensamiento escondido
(Leyendo un papel que habrá dentro de la caja.)
de un *Angel* desconocido,
que vuela en pos de una *Estrella.*»
Recuerdo humilde y sincero
de uno que en silencio llora.
Este, callando, me adora,
y por lo mismo le quiero.

Le conozco. Sé quién es.
Nunca al teatro faltó.
Jamás el pobre me habló
y despierta mi interés.
En vano su amor auguro.
Hoy ya que dejé con pena
el resplandor de la escena,
me olvidará de seguro.
Su ilusión nació quizás
en el aplauso que oía.
Pobre Arte! Desde este día
no hago una comedia más.
Pierdo la escena de vista,
y huyo de su pompa vana,
temerosa ante el mañana
que tanto aterra al artista.
Y cuando la historia cuente
los lauros que conquisté,
dirá que me retiré
con la corona en la frente.

ESCENA III.

JULIÁN y luego DON MARCOS.

JUL. Quieren verla.
EST. No recibo.
JUL. Tiene empeño pertinaz.
EST. Quién es...
JUL. Un moro de paz.
Es un viejo *inofensivo*.
EST. Que pase.
JUL. Que pase usted.
(Entra Marcos y vase Julián.)
MARC. (Caracoles!... Qué bonita.)
EST. Usted dirá...
MARC. Señorita.
Mil gracias por la merced.
Toda su indulgencia invoco,
pues necesito perdón.
EST. Qué le trae?...
MARC. Una pasión

que me está volviendo loco.

EST. Enamorado?... Uno más...

MARC. No soy el interesado.

EST. Vamos.

MARC. Ya estoy jubilado.
no me queda ni el compás.
Y crea usted que me aflijo...

EST. Viene usté á hacer *de tercero*?...

MARC. No: vengo á hacer *de primero*
porque el amante es mi hijo.

EST. Siéntese...

MARC. Si lo consiente.
(Válgame Dios, qué mujer.)
(Se sienta en una esquina del sofá.)

EST. Que se va usted á caer...
Yo no me como á la gente.

MARC. (Digo!... Me tiende la red...)
Comerme usted?... Tontería;
pero, de seguro, habría
quien se la comiese á usted.

EST. Tiene gracia!...

MARC. Sólo audacia
tienen ya los desengaños.
Hace veinticinco años
sí que tenía yo gracia.

EST. Já! já! já! já!

MARC. Con su encanto
olvidé mi objeto fijo.
Quedé en el padre, en el hijo,
ó en el Espíritu Santo?

EST. En el hijo, que me adora.

MARC. El amarla es su desliz;
pero á mí una *cantatriz*
no me conviene, señora.

EST. De veras?

MARC. Si la falté,
pido perdón.

EST. Otorgado.
y viva usted descansado,
que no se lo robaré.

MARC. Aunque el decirlo no cuadre,
mi hijo es tonto.

EST. Datos fijos.
MARC. Muy tonto.
EST. Todos los hijos
se parecen á su padre.
MARC. (Atiza!...) Yo soy muy rico.
Desde joven comercié
y á la presente tendré
mis dos millones y pico.
Con esto probarla quiero...
EST. Con calma escuchando estoy,
mas le advierto que no voy
á pedirle á usted dinero.
Guárdese usted sus doblones.
MARC. Aunque no busco duquesas...
EST. Cualquiera corona de esas
(Levantándose.)
vale más de dos millones!
El oro, mundana escoria,
se compra al peso al instante.
Dígame usted, *comerciante*,
á qué precio está la gloria?
MARC. (Malo!) Por mi hijo me asedio
aunque usted mucho merezca.
EST. Yo he de hacer que me aborrezca
si está en mi mano el remedio.
MARC. Sí?... Pues permita que crea
lo consigue á no dudar.
EST. Qué he de hacer?
MARC. Representar
el *Sullivan*.
EST. Buena idea.
MARC. Sabe el drama?
EST. De memoria.
No he de conocerlo yo
si en él Romea elevó
el pedestal de su gloria?
MARC. Del todo á usted me someto.
Esta noche en mi *suaré*
lo desilusiona usté.
EST. Haré el *Sullivan* completo.
Su hijo me odiará, de fijo,
y si esto su mal remedia,

haré mi última comedia
por el padre y por el hijo.

MARC. Se unirá en lazo nupcial
con su prima, guapa chica,
y sobre todo muy rica.

EST. Bravo. Un negocio social.

MARC. Por su ingenio manifiesto
firmará los esponsales,
y se unen dos capitales.

EST. Es claro: á interés compuesto.

MARC. Dios le pague este favor.

EST. A sus cálculos me asocio.
Van á hacer el gran negocio
al préstamo del amor.

MARC. Asistirán convidados,
amigos de confianza.
Usted contra todos lanza
sus dardos más acerados.
Pónganos usté en un brete
con sus recursos de artista.

EST. Seré la protagonista
del ridículo sainete.

MARC. Y pues que va usté á salvarme
ponga precio.

EST. Aunque es tan rico,
sus dos millones y pico
no bastan para pagarme.
No me pagaba, quizás,
más el público en un día?

MARC. El público?

EST. Me aplaudía,
y un aplauso vale más.
Yo terciaré en sus asuntos
como amiga verdadera,
y es esta la vez primera
que Arte y Comercio van juntos.

MARC. Calle del Ave María,
seis, don Marcos Argamasa.
Es mía toda la casa.

EST. También esta casa es mía.

MARC. Haga de chistes acopio
sin temor, y hasta la noche.

La mandaré á usted el coche.

EST. Gracias. Tengo coche propio.

MARC. (Digo, si tienen ahora
dinero estos comediantes.
Ni que fueran comerciantes!...)
Adiós, y gracias, señora!

EST. Hasta después, caballero.

MARC. Por la comedia ofrecida
le debo más que la vida.

EST. Claro, me debe *el dinero*. (Vase don Marcos.)

ESCENA IV.

ESTRELLA.

Su hijo?... Algún necio quizás!...
Al arte despido ayer,
y hoy me obligan sin querer
á que haga una farsa más.
Quién muestra dolor profundo
entre bufos personajes?
Ea, á preparar los trajes
para el Carnaval del mundo!
Con la careta fingida
ocultaré mis agravios,
Risa, asómate á mis labios
y búrlate de la vida!
(Vase riendo por la derecha y fin del cuadro.)

CUADRO SEGUNDO.

Salón de lujo. Gran puerta al foró por donde se ve otro salón y arañas encendidas. Puertas laterales en segundo término.

ESCENA PRIMERA.

Salen ANGELITA y MANOLÍN por la izquierda. Vestidos de etiqueta.

ANG. Ay, Manolín de mi vida!
MAN. Ay, Angelita del alma!
ANG. Digo que no puede ser.
MAN. Yo no lo consiento, vaya!
ANG. Si yo no quiero á mi primo.
MAN. Tu impío tutor te casa
por los cuartos nada más.
Y tu primo no te ama.
ANG. Quieres que nos suicidemos?
MAN. La decisión no me agrada.
ANG. Tú me *suicidas* á mí.
MAN. Eso: y luego tú me matas.
Hecho el trato!
ANG. Ay, Manolín!
MAN. Ay Angela de las Angelas!

MÚSICA.

ANG. Suerte infiel!
MAN. Tutor ingrato...
ANG. Nos separan.
MAN. Nos destierran.
ANG. Tú me matas.
MAN. Yo te mato.
ANG. Y después...
MAN. Después te entierran.

—

ANG. Ay, Manolín mío,
róbame por Dios.
MAN. Después de casada
lo juzgo mejor.
ANG. En cuanto que me duermo
soñar procuro.
Y sabes lo que sueño?
MAN. Me lo figuro.
ANG. Sueño con las delicias
que en mí hallarás.
Sueño con tus caricias.
MAN. No digas más.

—

En cuanto que me acuesto
me duermo pronto
y sueño que te abrazo.
ANG. Cállate, tonto!
MAN. Y que tus dulces besos
saben á miel.
y que en tiernos excesos...
ANG. Por Dios, Manuel!
MAN. Ya se ve
sí señor.
Eso sueña
el amor.

—

ANG. Manolín
por favor,
no me mates
de amor.
LOS DOS. No! No! No! No!

—

LOS DOS.
Ay, yo quiero, mi bien,
á tu lado vivir,
y contigo gozar
y contigo morir.
Y juntitos los dos
de este mundo salir,
y á los cielos llegar
dando saltos así!
Así! Así! Así!

ESCENA II.

LOS MISMOS: DOÑA LIBRADA y ANGEL, por la izquierda.

LIB. Llegas á tiempo!... Tu novia
que con su novio se abraza!
ANGEL. Casarme con Angelita?
Primero me suicidaba.
MAN. Ya somos tres los suicidas!
ANG. Primo mío, muchas gracias.
Solo quiero á Manolito,
de modo que si te enlazas
conmigo ...
LIB. Niña, por Dios,
las mujeres no amenazan
con eso, y aún cuando piensen
hacerlo, no lo declaran.
ANG. Mi tutor tiene la culpa...
LIB. Mi marido es un Juan Lanas,
pero en cuestión de intereses
ni con su mujer se casa.
Tú debes obedecerle ..
ANGEL. En el corazón quién manda?
Yo ví á Estrella, que es del cielo
del Arte la estrella clara.
Yo la ví llenar la escena
con su talento y su gracia,
y ó con Estrella me caso
ó busco estrella más alta
estrellándome los sesos
un día con una bala.
MAN. Pues yo me tiro al estanque
si á ésta de mí la separan;
quiero, mejor que estrellado,
morir pasado por agua.
ANGEL. Mamá, convence á mi padre...
MAN. Sálvenos, doña Librada.
ANG. Usté es también mi tutora.
MAN. Debe usted *tutorizarla.*
LIB. Siendo cuestión de dinero
no puedo conseguir nada.
En todo lo demás llevo

los calzones y él las faldas,
pero tocarle al bolsillo...

MAN. Tóquele usted en el alma.

ANGEL. Mientras no escuche de Estrella
que mi cariño rechaza,
ella será mi ilusión
y ella mi sola esperanza.

LIB. Si no tuvieras de dote
un millón, seguro estaba
que Marcos te destinase
á su hijo. (A Angelita.)

ANG. Si esa es la causa
doy el millón á los pobres...

MAN. No, mujer, que es una lástima.

ANG. Justo, y así nos casamos.

MAN. Casarnos?.. (Pobre muchacha!)

LIB. Qué os parece mi prendido?

MAN. (Solo le faltan las alas
para ser un avestruz!)

LIB. Plumas, cremas y lazos grana.
Con estos mismos adornos
me casé.

MAN. Y está muy guapa.

LIB. Entonces estaba más
metida en carnes.

MAN. Caramba,
pues ahora no está muy gruesa.
Está usted entreverada.

AIB. Adulador!

LNG. Ay, Manolo!

MAN. Ay, Angelita!

ANGEL. (Ay, qué mandrias!)
(Por Angela y Manolito.)

ESCENA III.

LOS MISMOS.—DON MARCOS por el foro.

MARC. Albricias, Angel, albricias!

ANG. Albricias?... No sé por qué!

MARC. Por mediación de un amigo
á tu Estrella vas á ver.

ANGEL. A mi Estrella?
MARC. Sí.
LIB. A la cómica?
ANGEL. Pero es cierto?
MARC. Sí que lo es.
Viéndola de cerca, al punto
cambiarás de parecer.
Al fin, mujer de teatro...
Tiene amantes más de cien.
Noventa son temporeros.
Y de plantilla son diez.
ANG. Qué!
MARC. Y es libre pensadora.
LIB. Jesús!
MARC. Fuma y bebe Ojén.
En fin, una buena pieza.
ANG. Y va á entrar esa mujer
en casa?
MAN. A tí qué te importa?
ANGEL. Sin verlo no lo creeré.
MARC. Mas ya que tus esponsales
honra, te debes poner
el frac, siquiera por esa
Estrella, y no de Belén.
ANGEL. Sin duda, trazó la envidia
el retrato que hizo usted.
MARC. Pronto te convencerás,
si te quieres convencer.
Conque, ponte de etiqueta,
que se lo merece, á fe...
Pero, qué es eso?... Angelita
con Manolo *tet á tet*,
tan melosos y en tus barbas?...
ANGEL. Se enamoran?... Y á mí qué.
(Si es verdad, cuanto la adoro
la tengo que aborrecer!)
(Vase por la derecha.)

ESCENA IV.

LIBRADA. — ANGELITA. — MARCOS. — MANOLÍN. — DON LESMES, viejo y con gafas.

MARC. Y á usted, quién le ha dado vela?
MAN. Nadie: yo me la tomé.
ANG. Por Dios, tío, yo le quiero.
MARC. Qué sabes lo que es querer.
Se casa nadie en el mundo
por cariño?
LIBRADA. Verdad es.
MARC. Cuando me casé con ésta
yo no la podía ver
y ahora... (me pasa lo mismo.)
LIB. Lo que es la luna de miel
fué borrascosa.
MARC. Verdad?
LIB. Un día le destrocé
una silla en la cabeza.
MARC. Sin ánimo de ofender;
jugando.. Siempre hemos sido
juguetones.
LIB. Otra vez
le metí por las narices
un servicio de café.
MARC. Sí, que estuve estornudando
de resultas más de un mes.
LIB. Y otro día, no hace mucho,
no sé lo que te tiré. .
Yo estaba haciendo una horchata.
MARC. La mano del almirez.
Pero me dió en la cabeza...
no creas... Pues siempre fué
nuestra vida un puro juego...
MAN. Sí?. . podemos aprender
en su ejemplo.
MARC. El matrimonio
no es cariño, es interés.
Tú no tienes un real.
ANGEL. En teniendo amor.
MAN. Y fe...

ANG. Y esperanza
MAN. Y caridad.
MARC. Algo más hay que tener.
ANGEL. Este algo tiene...
MAN. Yo tengo ..
carrera. Me licencié
en Derecho.
MARC. Y en el mundo
un abogado que es!
CRIADO. El notario!
MARC. Los notarios,
al menos suelen comer.
(Sale don Lesmes, tropezando.)
LESM. Adiós, querido don Marcos.
(Dándole la mano á Librada.)
Señora, no reparé..
(Dándole la mano á Marcos.)
Hola, novio afortunado!...
(Abrazando á Angelita.)
MAN. Eh, que se equivoca usted!
LESM. El defecto de la vista.
MAN. (Pero aprieta aunque no ve!)
MARC. Trae usted ese contrato?...
LESM. Sí señor; no he de traer.
Falta colocar los nombres.
Los apellidos no sé.
MARC. Pase usted á mi despacho.
LESM. Bueno.
MARC. Y espéreme usted.
(Vase don Lesmes por la izquierda, y sale el Criado por el foro.)
CRIADO. Los convidados esperan.
Pasan?
MAN. Pues, hombre, claro es.

ESCENA V.

LOS MISMOS.—CORO DE CABALLEROS y SEÑORAS.

MÚSICA.

MARC. Pasad adelante.
Amigos llegad.

Que esta es vuestra casa
sabeis por demás.

HOMBRES. Cómo va, señor don Marcos?
SEÑORAS. Hola, amiga, cómo va?
TODOS. A la novia ya la vemos,
pero el novio dónde está.
MARC. En su gabinete
poniéndose el frac.
TODOS. Pues que sea enhorabuena
y no sea para mal.
ANG. (Ay, Manolo de mi vida,
siento ganas de llorar.)
MAN. (No hagas caso, que estos buitres
sólo vienen á tragar.)

ELLAS. (Rodeando á Angelita.)
Como ya somos casadas
comprendemos su temor.
Lo que á usted la está pasando
ya á nosotras nos pasó.
ELLOS. (Rodeando á Librada y Marcos.)
No se aflija usted, señora,
aunque á un hijo va á perder
que también por nuestro amigo
á sus padres dejó usted.
Tiene el matrimonio
su dificultad,
pero poco á poco
va gustando más.

ELLAS. Que no la domine
su esposo jamás.
Mire usté los nuestros
que mansos están.

MAN. Vaya unos consejos
que dándola están.
Pues si así principian
cómo acabarán.

HOMBRES. Es el matrimonio
de necesidad
y todos cumplimos
la ley natural.

MARC. De casarse han hecho
la barbaridad,
y hablan todavía
de felicidad.

LIB. Con estos recuerdos
matándome están.
No quiero acordarme
del día fatal.

ANG. Si yo con mi primo
no me he de casar,
á qué este martirio
me vienen á dar.

CORO. Enhorabuena
franca y leal,
y Dios los libre
de todo mal.

Conformidad.
Felicidad!
Eso desea
nuestra amistad.

HABLADO.

MARC. Mil gracias. Tomad asiento.

ANG. Manolín, que te propasas.
(Al sentarse la habrá abrazado.)

MAN. Tonta, si es por que te casas.
Te abrazo de sentimiento.

LIB. (Niños, que estoy observando.)

MAN. (Que observa? Oficio importuno.)

ANG. No le diga usté á ninguno
que éste me estaba abrazando.

MARC. A amenizar la velada
vendrá doña Estrella Ruiz.
La célebre cantatríz,
aplaudida y admirada.

TODOS. Oh!
UNA. Nos diversionaremos!
OTRA. Declamará?
UNO. Cantará?
MAN. Diga usted, qué nos hará?
MARC. Eso, después lo veremos.
Como esas artistas son
así, tened indulgencia
si comete una imprudencia.
Alegría! Y *san façon*!

ESCENA VI.

LOS MISMOS.—EL CRIADO, y enseguida ESTRELLA lujosamente vestida de baile y un lacayo detrás, que recoje el abrigo que ella le tira, y vase.

CRIADO. Doña Estrella!
MARC. Hazla pasar.
Honor al arte fecundo!
Prevenido todo el mundo
y una ovación al entrar.
(Sale Estrella y aplauden todos.)
EST. Mil gracias. Muchacho, toma.
(Tirandole el abrigo.)
Tanto honor es para mí?
MARC. Bravo! (Aplauden frenéticamente.)
EST. Mil gracias!... Así
entraba César en Roma.
MAN. (Buena mujer! Pero buena!)
EST. No tengo yo menos bríos.
Aplaudid, vasallos míos,
á la reina de la escena!
UNA. (Pues no es tan guapa.)
OTRA. (No tal.)
EST. Don Marcos...
MARC. Señora mía.
(En vuestra palabra fía
mi calma.)
EST. (Soy muy formal.)
ANG. (Pues yo, por más que me fijo
no la encuentro...)

MAN. (Es guapa al pronto...)
EST. Este con cara de tonto
de seguro que es el hijo.)
(La escena va á ser divina...)
MARC. Mi esposa. (Presentando á Librada.)
EST. No es mal bocado.
Recuerdos de lo pasado.
Es una gloriosa ruina!
LIB. Cómo?
MARC. (Ríete, mujer...)
Las artistas son así..
Tiene gracia, verdad?...
LIB. Sí.
EST. No la he querido ofender.
MARC. Angela, la prometida (Presentándola.)
de mi hijo.
EST. Sí? Pues no es cosa.
Es rubia. . Debe ser sosa,
y un poquito relamida.
ANG. Oyes eso, Manolín?...
MAN. Qué descaro tan prolijo!
EST. Es el novio este botijo
tan gordo y tan chiquitín?
TODOS. Já! já! já!
MAN. Si no mirara...
EST. Apenas le apunta el bozo.
Sería usted un buen mozo
sin el cuerpo y sin la cara.
MARC. Qué graciosa y qué bromista.
MAN. Por ser hembra, que si no.!..
MARC. Ríete, como hago yo.
Si éstas son cosas de artista.
Amigos y camaradas,
son estos los más constantes.
Todos ellos comerciantes
y personas muy honradas.
EST. No abundo en sus opiniones
y Jesús nos dió el ejemplo
porque los echó del templo
á palos
TODOS. Qué?...
EST. Por bribones.

MAN. Que insolencia.
LIB. Cuánta audacia.
MAN. Y esta es la fúlgida estrella?
MARC. Estas son bromitas de ella
que á mí me hacen mucha gracia.
EST. Señores: con el profundo
respeto á esta sociedad,
yo he de decirla verdad
aunque pese á medio mundo.
(Ese es su hijo?)
MARC. (No está aquí.
Un amigo de mi ahijada
pero no la toca nada.)
EST. Pues yo creía que sí.
MARC. Permita que le presente.
Juan Gil y Juana Bolado.
(Presentando una pareja de un viejo y una joven.)
EST. Tan viejecito y casado?...
Pobre mártir inocente!
MAN. (Siguen las bromas!...)
MARC. Já! já! já!
Blas Pico y Rosa Alcocer.
(Presentando una pareja de una vieja y un joven.)
EST. La señora, es su mujer?
Creí que era su mamá!
VIEJA. Jesús!
LIB. (Qué desvergozados
son estos cómicos!)
ANG. (Sí.)
EST. Y basta, que ya los dí
á todos por presentados.
(Si no está su hijo...)
MARC. (No importa.
Crear atmósfera conviene.)
EST. (Quiere ruído?... Pues suene.
Yo no he quedarme corta.)
MAN. Que cante! (Al menos así
á ninguno insultará.)
ANG. El *Ave María.*
EST. Quiá!
Ave-Marías á mí?

Flamenco...?

LIB. No: no, por Dios.

MARC. Flamenco me gusta á mí.

LIB. Serio.

MARC. Popular!

LIB. No!

MARC. Sí...

EST. Les daré gusto á los dos.

MÚSICA.

Era el arte de la escena
la sonrisa del amor,
el suspiro de la pena
y la nota del dolor.
Era dulce melodía
de esperanza y de placer.
Era tierna poesía
y plegaria de la fé.
Soñé su gloria,
busqué su palma.
Le dí mi historia.
Le dí mi alma.

Eso es lo que era
el arte ayer.
Lo que hoy es arte
lo van á ver.

CORO Y PARTES. Su grato acento
cuán tierno es.
Me entusiasmaba
el arte ayer.

EST. Hoy se arrancan por javeras
el arte y la inspiración,
y en cantando peteneras
es segura la ovación.

Y luego arrebata
un tango al final,

con mucho de aquí
y mucho de acá.

CORO. Olé, por la gracia,
y olé por la sal,
con mucho de aquí
y mucho de acá.

EST. Tirarme un sombrero
que voy á cantar,
y hoy desciende el arte
al café Imparcial.

Mulatito! Mulatito!
No te separes así.
Y un poquito. Y un poqnito,
acércate para mí.
El darte un dulce me toca
y yo te le quiero dar,
con la boca, con la boca!
porque así te gusta más.
Ay ven!
Aquí.
Mulatito no me hagas sufrir.
Ay ven
acá.
Mulatito no me hagas penar.

TODOS. Ay ves
allí,
Mulatito no la hagas sufrir.
Ay ves,
allá
Mulatito no la hagas penar.
(Bailan todos.)

HABLADO

TODOS. Bravo.
EST. Aplaudirme, vasallos!
(Va bien?)
MARC. Sublime!.. Estupendo!
EST. Estoy al arte poniendo
á los piés de los caballos!)

Ea! A fumar, caballeros,
que también lo gasto yo.

MARC. Quiere usté un pitillo?...

EST. No.
Prefiero los coraceros!
(Saca un puro y lo enciende.)

ANG. Y fuma.

EST. Dame, bolonio.
(A Manolín pidiéndole el fósforo.)

MARC. Qué graciosa y qué bromista.

LIB. (Esta mujer es artista
ó el mismísimo demonio?)

EST. Buen cigarro! Es escogido.

ESCENA VII.

LOS MISMOS Y ANGEL, de frac.

MARC. Mi hijo Angel. La diva bella! (Presentándole.)

ANGEL. (Dios mío!... Fumando Estrella!)

EST. (Cielos!... Mi Angel escondido!)
(Tira el cigarro.)

MARC. Qué es eso? Qué le ha pasado?
Tira el cigarro?

EST. Sí á fé.
Por ingrato lo tiré.
Porque me había quemado.

ANGEL. (Es posible que ella sea?)

MARC. Siéntate, Angel. (Por su honor
me prometió...)

EST. (Sí señor!)
El bullicio me recrea...!

ANGEL. Usté es la más excelente
artista que brilla aquí.
En *Sueños de amor* la oí
que usted como nadie siente.
La ternura, la pasión...!
rebosan en dulce calma...

EST. Sí: son lágrimas del alma
y quejas del corazón,
que sé expresar y sentir
por eso con gloria lucho

y cuando el aplauso escucho...
(Marcos tose, y ella hace una transición.)
Já! Já! Já! me echo á reir!

MARC. Ustedes las que en la escena
brillan, tendrán del amor
una idea...

EST. Sí señor.
Una idea nada buena.
Entre el placer y el contento
el amor bendito y puro
vive menos, de seguro,
que este hermoso pensamiento.
(Señalando el que lleva en el pecho.)

ANGEL. (La flor que yo la envié
señala. Bien se comprende.
Mi padre una red me tiende.)

EST. Gloria, amor, virtud y fe;
mentira! Verdad, los daños
que asoman en lontananza.
Detrás de cada esperanza
se ríen cien desengaños.
Yo me burlo del laurel
y de la vida me río...
(No dirá usted, señor mío
que no estoy en mi papel!) (A Marcos.)
Don Angel con loco afán
los lábios se está mordiendo.
Por Dios, que está usté poniendo
la cara de sacristán!
Señores; siga el placer.
Sigan las horas rodando.
Yo estoy hablando y hablando,
y nadie piensa en beber.
Champagne! Que es grata bebida!

MARC. Tras los postres.

EST. Ya lo infiero.
Mas yo lo bebo primero
y después de la comida.
A beber sin paz ni calma
que ya el deseo me asedia.
(Lo que es la última comedia
me está desgarrando el alma.)

(Saca el criado bandeja con copas y botellas de gaseosa, imitando Champagne.)
Que el brindis gozoso vibre.
Fuego! (Destapando una botella.)

LIB. (Asombra su cinismo!..)

EST. Brindo por el realismo!
Brindo por la mujer libre!

MÚSICA.

EST. Venid á mí mujeres
Y el yugo desterrad.
Romped vuestros deberes
al son de libertad.

Que alumbre nuestros pechos
la luz del porvenir,
y caigan los derechos
del sexo varonil.

(Repiten las mujeres.)

MAC. Si rompen nuestros fueros
y todas se nos van,
qué dicha, caballeros,
quedar en libertad!

(Repite el coro de hombres.)

ANG. (Manuel yo tengo miedo
de oirla así gritar.)

MAN. (No temas, que esa causa
jamás ha de triunfar.)

LIB. Ya siento en la cabeza
la copa de *champán*!

ANGEL. (Bien claro se comprende
que es farsa nada más.)

EST. Reine esta noche
la bacanal.
Mujeres libres,
bebed! bailad!
Guerra á los hombres

sin descansar.
Hurra! A la mesa
que aguarda ya!

ELLAS.
Guerra á los hombres
sin descansar.
Hurra! A la mesa,
que aguarda ya!

ELLOS.
Guerra á las hembras
sin descansar.
Hurra! A la mesa,
que aguarda ya!

(Vanse todos en tropel detrás de Estrella por la puerta del foro.)

ESCENA VIII.

ANGEL.

Si no puede ser así;
no es posible que ella sea,
artista que de tal modo
sabe sentir en la escena;
(Gritos dentro.)
y según por lo que gritan
parece sigue la fiesta.
(Gran ruido dentro como de romperse toda una vajilla.)
Dios mío! En el comedor
rompió la vajilla entera!

ESCENA IX.

ANGEL.—ESTRELLA, y á poco DON LESMES con el contrato en la mano.

EST. Que viva la libertad
y que los maridos mueran!
ANGEL. Estrella, dígame usted!
EST. Comedia! Todo comedia!
Una palabra empeñada!
ANGEL. Lo aseguro.
EST. Me ama usted?
ANGEL. La amo con el alma entera!

Ese pensamiento?...

EST. El suyo!

ANGEL. La mano... (La va á besar.)

EST. Basta! Alguien llega.

LESM. Pero, hombre, me voy á estar
en el despacho hora y media?...
Gracias á que de aburrido
eché sin querer la siesta.
Dígame usted, Angelita...

ANGEL. (El Notario.)

EST. (A tiempo llega.)

LESM. Los nombres que en el contrato
falta expresar quién los llena.
Yo no veo una palabra...

ANGEL. Yo, que tengo buena letra.
Estrella Ruíz. Ahora el mío.
Ya esta servido.

EST. Se acercan.

ANGEL. El Notario ha dado fe.
Tú serás mi esposa, Estrella.

ESCENA X.

LOS MISMOS.—MARCOS.—LIBRADA.—ANGELITA.—MANOLIN y CORO GENERAL.

LIB. Já! já! Verdad que ha tenido
mucha gracia la ocurrencia?
(Algo alegre.)

MARC. (Qué le decía?...)

EST. (Está ya
convencido.)

MARC. Eso me alegra.
Pero, hombre. Señor Notario,
dónde ha andado usted?

LESM. De espera.

MARC. Se va á dar lectura al acta.
Hombre, me gusta tu flema!
(A Angel que estará distraído.)

LESM. Pues aquí dice... Aquí dice...

EST. El Notario me recuerda
lo del *Payo de la carta.*

MARC. Pues dice al pie... de la letra..
dice... dice .. (Con asombro.)
EST. *También dice.*
MARC. Demonio! El nombre de Estrella
en vez del de mi pupila?...
EST. El *Sullivan* se completa
de este modo. En matrimonio
acaba aquella comedia.
ANG. Su bendición imploramos...
MARC. Perder cincuenta talegas
del dote de mi pupila...
EST. Y así crecerá su renta.
Dos millones tengo yo
solo en brillantes y perlas.
MARC. Pero es cierto que usted tiene...
Pues entonces, quién se niega.
Antes que se vuelva atrás,
chico, cásate con ella.
Y tú qué dices, Librada?
LIB. Que estoy mal de la cabeza.
MAN. Nos casaremos los dos!...
(Muy alegre.)
EST. Yo os caso, feliz pareja.
ANGEL. Tuyo siempre, vida mía!
EST. Soy una actriz?...
MARC. Verdadera.

EST. Aunque no vuelva jamás
del arte á la esplendidez,
si tú me aplaudes, tal vez
haga *una comedia más.*
(Música en la orquesta y cae el telón.

FIN DE LA ZARZUELA.

LA ESTRELLA DE MADRID,

ZARZUELA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

MÚSICA DE

DON EMILIO ARRIETA.

N.° 221.

MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO NÚM. 14.
1853.

COMPRA Y VENTA
DE

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAS.	ACTORES.
ESTRELLA.	SEÑORA LATORRE.
SU DUEÑA.	SEÑORA SORIANO.
FELIPE IV.	SEÑOR CUBERO.
LISARDO.	SEÑOR FON.
DON PEDRO.	SEÑOR CALVET.
TROPEZON.	SEÑOR CALTAÑAZOR.
LORENZO.	SEÑOR FUENTES.

UN CONDE, UN ALCAIDE, CABALLEROS, DAMAS, CRIADOS, ALGUACILES, FAMILIARES, SOLDADOS, ETC.

La escena pasa en Madrid, siglo XVII.

ACTO PRIMERO.

Decoracion de plaza. Al frente, una esquina de la casa de doña Estrella. A derecha é izquierda se dilatan igualmente dos paredes, formando un ángulo y dos calles; de tal modo que los que se encuentran en una calle no puedan ver á los que están en la otra. En la calle de la izquierda del espectador, está la puerta de entrada y una reja. En la calle de la derecha, hay otra grande reja y una puertecilla que se supone ser del jardin. En primer término, y á la derecha, hay una iglesia. Un farolillo alumbra la imágen de un Santo cualquiera. La luz de la luna ilumina la escena.

ESCENA PRIMERA.

LISARDO, *que aparece solo.* ~~—CORO~~ *de amigos, suyos, que entran como buscándole.*

VARIOS. Vedle!
TODOS. Lisardo!
LISARD. Fieles amigos!
CORO. En busca tuya
todos venimos.
Huye!
LISARD. Qué pasa?
CORO. Corre!
LISARD. Decidlo!
CORO. Ya la justicia
cuenta ha tenido
del fiero lance

del homicidio.

LISARD. Cielos!

CORO. Fiscales,
jueces, ministros,
siguen tus pasos
con hondo ahinco.
Huye: no tardes;
si dan contigo,
hoy en prisiones
duermes de fijo.

LISAR. Esta es la casa
del bien que sirvo:
nadie me aleja
de aqueste sitio.

Si el alma enamorada,
te anuncia mi querella,
que ahuyenten, clara Estrella,
tus luces mi dolor.

CORO. Si quieres no perdella,
aléjate veloz.

LISAR. A muerte, vida mia,
el hado me sentencia;
si he de morir de ausencia,
que muera aquí de amor.

CORO. Silencio, y ten prudencia,
siquiera por tu amor.

CORO SEGUNDO DE CABALLEROS, *que salen apresuradamente, conducidos por* LORENZO.

Huye presto, que fieros garduñas
á tu casa han llegado por tí:
huye presto: afilando las uñas,
se dirijen hambrientos aquí.

CORO 1.° Ya lo sabes que fieros garduñas
á tu casa han llegado por tí.
Huye presto, que aguzan las uñas;
huye presto, que llegan aquí.

LISAR. Maldicion! A la par que la suerte
mas se obstina en sacarme de aquí,
siento hervir en el pecho mas fuerte
la ansia viva de verla ó morir.

COR. Salga Estrella sin demora:
tú la llamas; vé ligero;
nuestro brazo, nuestro acero
tu defensa harán aquí.
Impacientes dos caballos
en los muros de la villa,
con maleta, freno y silla
colocamos para tí.

LISARD. Oh placer! Ella escuche mis preces,
y al momento me aparto de aqui.

CORO. Quiera Dios que primero los jueces
sus corchetes no claven en ti.

ESCENA II.

LISARDO.—LORENZO.

LISARD. *(En tono de reconvencion.)*
Qué dices?

LORENZ. (Jesús mil veces!)

LISARD. Qué dices!

LORENZ. Digo... que callo,
que otro remedio no hallo
para no decir sandeces.

LISARD. Cómo sabe la justicia
mi nombre?

LORENZ. (Ya soy perdido!)

LISARD. Te turbas? Dime: esto ha sido
torpeza tuya ó malicia?

LORENZ. Malicia! Torpeza y mucha;
sí, señor, yo lo confieso.

LISARD. Imbécil!

LORENZ. Oye el suceso.

LISARD. Aparta, menguado.

LORENZ. Escucha.
Entró en casa un caballero,
digo mal, un escribano;
y con tono muy urbano,
y quitándose el sombrero,
me dijo: «Cómo se llama
un hidalgo que aquí vive,

y que há dos meses recibe
billetes de cierta dama?»

LISARD. Y fuistes á declararle..?

LORENZ. Eso presumes de mí?
«Qué causa, le respondí,
os ha movido á buscarle?
Si es cosa que le conviene,
al punto diré su nombre;
que si no, yo no soy hombre
que vende á quien le mantiene.»
Entonces, sonrisa blanda
me enseñó todos sus dientes:
con gestos indiferentes
me responde: «mi demanda
á él tan solo le interesa;
si no respondeis al punto,
Dios os guarde, que el asunto
á mí no me corre priesa.»
Viendo que sin duda alguna
se marcha...

LISARD. Lo detuviste?

LORENZ. Si, señor.

LISARD. Y le dijiste...?

LORENZ. Tu nombre, patria y fortuna.
Abre el balcon de repente
con sorpresa harto halagüeña,
se asoma y hace una seña
con las uñas á su gente;
y, revolviéndose uraño,
«Date á prision!» me gritó.
Entonces comencé yo
á sospechar el engaño.
Y al ver tan vil disimulo
yo, que pronto me impaciento,
y si no tengo talento
tengo mas fuerza que un mulo,
por la escalera lo eché
rodando, envuelto en su capa,
y gritando: «Que se escapa!
que se escapa!» me escapé.

LISARD. Bien para vengar tu injuria
tuvistes advertimiento.

LORENZ. Yo solo tengo talento,

cuando me asalta la furia.—
Mas sal de aquí por los cielos,
antes que en prision te metan.

LISARD. Cómo, si aquí me sujetan
mi ardiente amor y mis celos?
No sabes tú que la adoro?
Que mi Estrella es mi existencia?
Y no sabes que su ausencia
hace dos noches que lloro?
Los celos turban mi calma?

LORENZ. *(Mirando al rededor.)*
La muerte te pueden dar.

LISARD. Qué mas muerte, que llevar
este tormento en el alma!

LORENZ. Pero dime por tu vida:
¿hermano de esa señora
no es el muerto?

LISARD. Pero ignora
que yo he sido el homicida.
Que me llamaba fingí
Enrique.

LORENZ. Y el barrio todo
te nombra ya de ese modo:
pero yo temo...

LISARD. Ay de mí!
Su muerte!... Funesto dia,
causa de mi pena grave:
mas juro á Dios, y él lo sabe,
que la culpa no fué mia.—
Porque me halló con la dama
de quien él era galan,
sacóme al campo don Juan,
ardiendo en celosa llama.
Yo por calmar el esceso
de celos que no causé,
hasta el amor le conté
que á su hermana le profeso.
Al escucharlo intentó
reñir con mas pertinácia.
Su ardimiento y mi desgracia
le dieron muerte, yo no.

LORENZ. Tienes razon; es verdad;
mas... se me ocurre una idea,

y puede ser que no sea
una gran barbaridad.

LISARD. Y cuál es?

LORENZ. Que te presentes
al padre que has ofendido,
y con tono compungido
la historia toda le cuentes.
Le dices: «No tengas pena,
que otro hijo en mí tendrás,
y si á la niña me das,
te daré media docena.»

LISARD. Calla, necio.

LORENZ. *(Escuchando.)*
Ese rumor...—
Es posible, Dios piadoso,
que en sitio tan peligroso,
detenga á un hombre el amor!

LISARD. Leandro, con la esperanza
de ver á la hermosa Hero,
al mar turbulento y fiero
bizarramente se lanza.
Taso por Leonor divina
fué duramente encerrado;
y el amante desgraciado
de la impura Parissina,
aunque á su vista se ofrece
del juez terrible la sombra,
se atreve á pisar la alfombra,
que al fin su sangre enrojece.
Yo daré de mis pasiones
el mismo ejemplo tambien,
aunque la muerte me dén
delante de esos balcones.

LORENZ. Pues todos esos amantes,
á quien tú tanto encareces,
no hicieron mas que sandeces
de solemnes ignorantes.
Si el raton adivinara
el peligro de ser preso,
jamás el olor del queso
en la percha lo encerrara.
Y á tí, que el peligro sabes,
el olor de esa rapaza

te aprisiona en esta plaza
donde es posible que acabes
la vida.—Por Dios lo exijo,
salgamos pronto de aquí.

LISARD. Nunca.

LORENZ. En mal hora nací.—
Ay! qué bien dice el que dijo,
que es semejante al ahorcado
el que enamorado es,
pues se sube por sus piés
á donde queda colgado.

(Dán las ánimas. Lisardo y Lorenzo se quitan los sombreros. Estrella y la Dueña salen de su casa y se dirigen á la iglesia.)

ESCENA III.

LISARDO.—ESTRELLA.—LORENZO.—LA DUEÑA.

CUARTETO.

LISARD. Cielos! es ella!
plácida suerte!
venga la muerte,
pues ya la vi.

ESTREL. Abre tu seno,
cielo, á un hermano,
que fiera mano
lanzó de aquí.

LISARD. (Cómo lográra...?

DUEÑA. (No hacen la seña.)

LISARD. *(Aparte á Lorenzo.)*
Habla á esa Dueña
de Satanás.

DUEÑA. (Será el que aguardo?)

LORENZ. Quién!

LISARD. Tú.

LORENZ. Desiste;
pues ya la viste,
vete.

LISARD. Jamás.
(Se dirigen Lisardo á Estrella y Lorenzo á la Dueña.)
LORENZ. Pretendo humildísimo,
si haceis la merced,
instantes muy rápidos
hablar á usarced.
DUEÑA. (Aqueste es un fámulo
del régio doncel...)
Hablad, que solicita
la plática oiré.
LORENZ. De noble, galante,
bizarro doncel,
yo soy, dueña mia,
el siervo mas fiel.
DUEÑA. (Indicios son claros,
no hay duda que es él:
mas calma y prudencia
conviene tener.)
LISARD. Dos noches, bien mio,
sin verte pasé:
¿por qué me has tratado
con tanto desden?
ESTREL. De tí me separa
la suerte cruel;
mas siempre delante
mis ojos te ven.
DUEÑA. *(Hace movimiento de acercarse á Lisardo para separarlo de Estrella.)*
(Ah! me engañó!)
LORENZ. *(Deteniéndola.)*
Y es pecado
que á la niña tenga amor?
DUEÑA. *(Recordando.)*
(Ah! ya caigo, este embozado
es el otro rondador.)
¿Es Enrique de Elicuro?
LORENZ. Es hidalgo muy cabal.
DUEÑA. Ese nombre por lo oscuro
de su dueño dice mal.
LORENZ. Deteneos, que es supuesto;
que su nombre es otro.
DUEÑA. Cuál?

LORENZ. Haber hecho me parece
una grande tontería.)
ESTREL. Huye presto, vida mia
que mi dueña es un Neron.
LISARD. Ruega al cielo vida mia,
que proteja nuestro amor.
(Le besa la mano, la dueña lo observa y acude furiosa.)
DUEÑA. Cielos! qué miro!
Ya no hay aguante.
Fuera farsante,
fuera de aqui.
LORENZ. Dueña y señora,
calle y no riña:
vos cuando niña
fuisteis así.
ESTREL. Huye: no temas
al hado impio:
siempre, bien mio,
vives aquí.
(Señalando al corazon.)
LISARD. Huyo: no temo
la suerte esquiva,
mientras que viva
mi amor en tí.

LISARD. *(A Lorenzo.)*
¿Qué le has dicho, que tan presto...
DUEÑA. Estrella!
LISARD. Movió tal riña?
LORENZ. Que tú quieres á la niña
con fin honrado y honesto.
LISARD. Ah! necio!
ESTREL. *(Fingiendo enojo.)*
¿Por qué has dejado
que hable conmigo ese hombre?
DUEÑA. Tú le quieres?
LISARD. Y mi nombre
acaso le has revelado?
LORENZ. El supuesto conocia...
DUEÑA. Vamos á dentro á rezar.
LORENZ. Me dijo que era vulgar.
LISARD. Prosigue.

LORENZ. Yo no sabia
ni qué hacer, ni qué decir
para detenerla presto.
LISARD. Dijiste..?
LORENZ. Que era supuesto.
LISARD. Imbecil! vas á morir.
(Tira de la espada y sale tras él. Estrella ha entrado ya en la iglesia. La dueña queda un instante sola, como esperando á alguno.)
DUEÑA. Aun no ha venido el doncel...
¿Si será lo que parece?
Bien la sospecha merece
que me decida por él.
Si no es sueño imaginario
lo que pienso del galan,
diamantes se volverán
las cuentas de mi rosario.
Y yo, necia, habia creido
que estos dos... Vamos á dentro.
(Entra en la iglesia. Se oyen dentro los primeroa compases de la música religiosa que suena al principio del cuartelo.)

ESCENA IV.

EL REY FELIPE IV, *encubierto.—Despues* TROPEZON.

REY. Sola la calle me encuentro...
Y el bufon?
(Mira al rededor.)
No me ha seguido.
La iglesia está iluminada.
(Se acerca.)
Oh! quizás... Ella! Oh placer!
(Pausa.)
Cuan hermosa es la mujer
en el templo arrodillada!
TROPEZ. *(Sale meditando.)*
Por la noche el escudero
lejos del amo ha de ir;
porque acontece salir

un celoso caballero,
qne al primero con furor
suele á palos saludar.
En caso de apalear,
que apaleen á mi señor.

REY. Tropezon?

TROPEZ. *(Asustado.)*
Quién es?..
(Reconociendo á su amo.)
Temia...

REY. Quién al llegar á este punto
de mi lado te desvia?

TROPEZ. Precisamente venia
meditando en ese asunto.

REY. Viste á la dueña?

TROPEZ. Y la hallé
á servirte decidida;
y tambien á la salida
con el page tropecé.

REY. Y te se mostró enemigo?

TROPEZ. Eso dudas un momento?

REY. Y tuvo el atrevimiento?..

TROPEZ. Como siempre, no te digo?..
Segun costumbre, la dueña
me trató con mansedumbre,
y el page, segun costumbre,
al salir me hartó de leña.

REY. Bien; yo á pagarte me allano
cuanto te haga padecer.

TROPEZ. Pues ya es tiempo de saber
á quién sirvo y cuánto gano.
A la misma callejuela
todas las noches me citas,
y en mi compaña visitas
la casa de doña Estela.
Y así que el astro benigno
se anuncia en la aurora fria,
huyendo te vás del dia
como espíritu maligno.
Ni aun tu semblante del todo
he visto, ni sé tu casa,
ni qué mil diablos te pasa
para vivir de ese modo.

Y porque no me decida
á seguirte, cual quisiera,
me adviertes que si lo hiciera
quizás perdiese la vida.
Qué buscas con tanto ardid?

REY. Rendir á la hermosa dama,
á quien da el nombre la fama
de *la Estrella de Madrid.*

TROPEZ. Estrella de tus cuidados,
que será mi mala estrella,
pues sospecho que por ella
nos han de ver estrellados.
Pero di...

REY. *(Sin escucharle y contemplando á Estrella.)*
Cuánto el fervor
religioso la embellece!
Mírala, ¿qué te parece?

TROPEZ. (¡Oh! que cristiano señor!
No se cansa de alabarla
porque reza muy contrita,
y mientras reza medita
medios para deshonrarla.)
(Insistiendo.)
Pero...

REY. No me dés enfado.

TROPEZ. Pues me marcho sin tardanza,
aunque pierda la cobranza
de los palos que me han dado.

REY. Dime: ¿qué piensas de mí
(Bajando al proscenio.)
por la conducta que has visto?

TROPEZ. Mucho pienso, y, vive Cristo,
que nada es bueno.

REY. Pues dí.

TROPEZ. Por tu mandar altanero,
pensando pardiez estoy,
que has servido, y que yo soy
el que te sirve primero.
Por ese lugar remoto,
dó estás del sol escondido,
presumo que tu vestido
está muy sucio y muy roto.
Y porque siempre ¡ay de mí!

solo y sin amigos vienes,
me figuro que no tienes
un triste maravedí.
Y como nunca te veo
con la cara descubierta,
tengo por cosa muy cierta
que eres un hombre muy feo.
Y en fin, por el grande aprecio
que has hecho de una mujer,
tambien me doy á entender
que tienes mucho de necio.
Habla pues: ten por seguro,
por malo que seas, señor,
que nunca serás peor
de lo que yo me figuro.

REY. Pues sin mirarme la cara
por muy lindo me tendrás,
y aunque adoro, alabarás
mi inteligencia preclara;
y aunque de la luz me ausento,
me juzgarás bien vestido,
si hago sonar en tu oido
una palabra.

TROPEZ. Ni ciento.

REY. Pues sin hablar, de repente
lo has de creer.
(Pausa corta: saca con cierta solemnidad una grande bolsa, y se la entrega.)

TROPEZ. (*Asombrado.*)
Vive Cristo,
que en toda mi vida he visto
silencio mas elocuente.
Me venciste.

REY. Y al momento.

TROPEZ. Pues si este triunfo ponderas,
siempre que vencerme quieras
ya sabes el argumento.—
(Cuánto pesa!)

REY. (*Dirigiéndose á la iglesia.*)
Salen ya.

TROPEZ. (*Mira con asombro á su amo.*)
Oro! Es oro!! Dios bendito!
Y no hace caso maldito

del tesoro que me dá.
Pero es posible, Dios bueno,
que un hombre pueda sin pena
dar una bolsa tan llena,
y quedarse tan sereno!—
Mal hizo en haberme dado
tanta fruta mejicana,
porque ya no tengo gana
de servirle de criado.

ESCENA V.

Dichos.—ESTRELLA.—*La* DUEÑA, *que salen de la iglesia.*

DUEÑA. Qué tranquila queda una
cuando ha rezado.
(*Viendo al rey.*)
El doncel!
REY. (*Acercándose.*)
Señora...
DUEÑA. (*Reconociéndole.*)
Es él!)
ESTREL. (*Retrocediendo.*)
(Ah! no es él.)
REY. No acibareis mi fortuna
con vuestro rigor esquivo.
TROPEZ. (Ya soy rico!)
DUEÑA. (*Examinando de lejos al rey.*)
Sí, sí, advierto...
TROPEZ. Parece que estaba muerto
y que de pronto revivo.
DUEÑA. Tropezon?
TROPEZ. (*Asustado y escondiendo la bolsa.*)
Quién?
DUEÑA. Yo, que os quiero
y vuestro afecto reclamo.
TROPEZ. (Si le habrá dicho mi amo
que me ha entregado el dinero?)
ESTREL. Vamos, dueña?
REY. Tal rigor
mi tierno afecto merece?

ESCENA VI.

Dichos.—LISARDO.

LISARD. Mal descansa quien padece
males de ausencia y de amor.
ESTREL. (*Llamando.*)
Dueña?
LISARD. (*Reconociéndola por la voz.*)
(Estrella!)
DUEÑA. (No es prudencia
(*Se acerca á Estrella.*)
que sospeche...)
ESTREL. (*Al rey que se dispone á seguirla.*)
No vendreis.
REY. Iré detrás.
ESTREL. Si lo haceis,
no será con mi licencia.
(*Estrella y la Dueña se dirigen á su casa. El Rey se dispone á seguirlas. Lisardo le sale al encuentro.—Quedan en escena el Rey, Lisardo y Tropezon.*)

ESCENA VII.

El REY.—LISARDO.—TROPEZON.—*Luego* ALGUACILES.

TERCERO.

LISARD. Quieto el paso: mirad, caballero,
que hay peligro en moveros de ahí.
REY. Mientras pueda esgrimir el acero,
no hay peligro jamás para mí.
TROPEZ. Mientras pueda escaparme ligero,
no hay tampoco temor para mí.
LISARD. Ningun hombre será osado
de seguirla, ni aun miralla,
sin que rompa la muralla
de mi acero y de mi amor.

REY. Yo prometo desde ahora
no dejar de festejalla,
derribando la muralla
que provoca mi valor.

TROPEZ. Yo no riño, yo no riño:
quien es rico, como yo,
para nada necesita
ni vergüenza ni valor.

REY. Libre el paso!

LISARD. No será;
nadie pasa por aqui.

TROPEZ. No seas tonto. Qué mas dá?
nos iremos por allí.

REY. (*Tirando de la espada.*)
Sellemos el lábio:
quien es caballero,
con lengua de acero
publica su amor.

LISARA. Venid: eso anhela
quien es caballero:
publique mi acero
tu muerte y mi amor.
(*Riñen.*)

TROPEZ. Yo soy escudero;
quedaros con Dios.
(*Quiere huir á tiempo que entran los alguaciles y lo detienen.*)

UN ALG. (*Llamando á los otros.*)
Venid!

TROPEZ. (*Retrocediendo.*)
Oh Dios!

VARIOS. Gente acuda!

LISARD. La ronda!

UN ALG. Dad el acero.

TROPEZ. (Como huelan mi dinero
á mí me prenden, no hay duda.)

LISARD. Abrid paso.

VARIOS. (*Tirando de las espadas.*)
Nunca!

LISARD. (*Acometiendo.*)
Así
respondo.

VARIOS. Gente sin ley!

UN ALG. *(A Tropezon que quiere huir.)*
Quieto!
LISARD. Atrás!
VARIOS. *(Gritando.)*
Favor al Rey!
TROPEZ. Ah, chillones!
UN ALG. *(Cayendo dentro.)*
Ay de mí!
TROPEZ. Me alegro.
REY. Cielos!
UNO. Herido!
OTRO. *(Señalando á Tropezon y el Rey.)*
Se escapan, acudid presto.
LISARD. *(Viéndose solo, porque los alguaciles acuden á detener á Tropezon y al Rey.)*
Valiente ocasion.
ALCALD. *(Entrando con otros dos alguaciles, por la calle de la derecha.)*
Qué es esto?
LISARD. Huyamos.
(Huye.)
ALCALD. Qué ha sucedido?
UN ALG. Riñendo estaban los dos.
TROPEZ. Cómo?
UN ALG. Llegamos... siguieron;
á la ronda acometieron
y uno herido...
ALCALD. Vive Dios!
Yo haré que el mas atrevido
á la justicia respete.
TROPEZ. Ved que este señor corchete
como quien es ha mentido.
ALCALD. Ya es en vano, caballero,
vuestra cólera arrogante;
mostrad al punto el semblante
y entregadnos el acero.
REY. A nadie diré quién soy
y á nadie mi acero fio.
TROPEZ. Quién de ucedes quiere el mio,
que de valde se le doy?
ALCALD. Mal hace si no repara
que ha de descubrirse y presto.
TROPEZ. Me alegro de todo esto

solo por verle la cara.

REY. *(Bajo al alcalde.)*
Alcalde de casa y córte,
solo á vos me descubriera...

ALCALD. Mas...

REY. Obrad de esta manera
que puede ser que os importe.

ALCALD. *(Se lo lleva aparte.)*
Venid.

REY. *(Se descubre.)*
Ved.

ALCALD. *(Queriendo arrodillarse.)*
Cielos!

REY. Levanta.

ALCALD. Yo ignoraba...

REY. Bien está.

TROPEZ. Jesús! Qué horrible será
cuando el alcalde se espanta!

REY. Que nada sepa tu grey.

ALCALD. Yo os lo juro por mi vida:
perdonad.

REY. Perdon no pida
el que cumple con la ley.
Adios!

ALCALD. Si acaso, señor,
muere el herido en la lid,
y me pregunta Madrid
quién ha sido el matador...
qué dirá vuestra justicia?
que por vuestra á mí me atañe
el que brille sin que empañe
su resplandor la malicia.

REY. *(Sonriendo.)*
Si es precisa una prision,
porque ha habido una pendencia,
desde luego os doy licencia
de prender aquel bufon. m.2.

El alcalde hace seña á varios alguaciles de que prendan á Tropezon y se retira con el Rey.)

TROPEZ. Lo llevan preso, y á mí
me dejan libre! he vencido!

(Vuelve la cara y se encuentra rodeado de alguaciles.)

Cielos! mi bolsa han olido.
ALGS Preso!
TROPEZ. Mi bolsa perdí.
UN ALG. Luego eres tú el que insolente,
con la justicia y el cielo
herido tendió en el suelo
al alguacil mas valiente?
TROPEZ. Yo herido! Chiste gentil!
á un hombre no me atreviera,
y quereis que yo pudiera
atreverme á un alguacil?
VARIOS. Vamos.
TROPEZ. Oh Dios! no fuí yo.
(Le da dinero.)
OTRO. Vamos pronto.
TROPEZ. Yo no he sido.
(Le dá dinero.)
LOS DOS. Me ha dejado convencido. *(Se van.)*
OTRO. Mas yo no.
OTRO. Tampoco yo.
LOS DOS. Vamos!
TROPEZ. (No hay medio.) Tomad.
(Mi delito es mi dinero.)
LOS DOS. Buenas noches, caballero;
vos no fuísteis, es verdad.
TROPEZ. *(Mirando la bolsa.)*
Voló.
OTRO. Venid!
TROPEZ. Oh inclemencia!
Piedad de mí!
UN ALG. No hay piedad.
TROPEZ. Inocente soy, mirad
(Enseñando la bolsa vacia.)
que está limpia mi conciencia.
UNO. Y pretendes, oh bochorno!
sobornarnos? Vamos preso,
y unirémos al proceso
el delito del soborno.
TROPEZ. Pues me he lucido. Oh maldad!
mi dinero!
UN ALG. Vana queja.
TROPEZ. Oh! justicia, que me deja
sin dinero y libertad!

ESCENA VIII.

Dichos.—LISARDO.

LISARD. *(Saliendo.)*
Esos gritos...
TROPEZ. *(Pidiendo auxilio.)*
Caballero...
LISARD. (El bufon de mi rival.)
ALGUAC. A la carcel.
LISARD. (Este mozo
cuanto pasa me dirá.)
Yo le abono.
ALGUAC. Bueno es eso!
Vamos.
LISARD. *(Con enojo.)*
Le abono.
ALGUAC. Ja! ja!
LISARD. Burlas á mí! Atrás, canalla!
TROPEZ. *(Muy contento.)*
Victor! Dale recio!
LISARD. Atrás!
(Acomete á los dos con la espada desnuda y huyen.)

ESCENA IX.

LISARDO.—TROPEZON.

TROPEZ. *(Queriendo arrodillarse.)*
Oh! gracias!
LISARD. *(Levantándolo por el pescuezo.)*
Alza del suelo,
que si tu vida he salvado,
es por tener el placer
de que mueras á mis manos.
TROPEZ. *(Gritando.)*
Gran Dios! Llevadme á la carcel!

LISARD. Ven acá: ¿no eres criado
de aquel galan que no ha mucho
riñó conmigo?
TROPEZ. Es exacto.
LISARD. Su nombre.!
TROPEZ. Su nombre!
LISARD. Dilo.
TROPEZ. Yo te haré cualquier regalo
siempre que tú me lo digas.
LISARD. Te burlas?
TROPEZ. Verdades hablo.
LISARD. Qué favores ha obtenido
de Estrella?
TROPEZ. Desden amargo
y constante: mas la Dueña
aficionada á mi garbo
le proteje.
LISARD. ¿Tú conoces
á la dueña?
TROPEZ. Pues es claro.
LISARD. *(Medita un instante.)*
Quieres servir á ese hombre
de nuevo?
TROPEZ. Yo? ni pensarlo.
Yo servir á quien me deja
en poder de esos milanos!
Y sobre todo, que tiene
un proceder tan estraño,
que no sé por qué tenia
grande miedo. De buen grado
te sirviera á tí.
LISARD. Prometes
serme fiel?
TROPEZ. Dame esa mano.
Tuyo soy: cuenta conmigo
y con la Dueña.
LISARD. Lo aplaudo.
Precisamente por tonto
hoy despedí mi criado.

ESCENA X.

Dichos.—LORENZO.

LORENZ. Vengo á ver...
TROPEZ. Yo soy muy listo;
en cuantos enredos armo,
mi señor sale triunfante
y á mí me muelen á palos.
LISARD. Eso me agrada.
TROPEZ. Lo creo.
LISARD. Cómo te llamas?
TROPEZ. Me llamo
Tropezon.
LORENZ. (*Observando de lejos á Tropezon.*)
Quién es...?
(*La Dueña sale á la ventana de la izquierda y tose.*)
TROPEZ. La dueña
sale á la reja.
LISARD. Volando
acude.
TROPEZ. Voy.
LISARD. No le digas
que de señor has mudado.
Si algo dice para el otro,
me lo cuentas.
TROPEZ. Está claro.
Es la dueña?
DUEÑA. Es Tropezon?
TROPEZ. Soy el mismo.
DUEÑA. Y vuestro amo?
TROPEZ. En la esquina. Qué teneis
que decirnos?
Hablad bajo.
DUEÑA. Esa carta...
LORENZ. Ya está solo.
Señor, te pasó el enfado?
LISARD. Quién?.. vive Dios! y te atreves..!
Huye de mi vista.

LORENZ. ¿Tanto
fué mi delito?
LISARD. Decirle
á la dueña que yo amo
á Estrella.
LORENZ. Si no podia
entretenerla. Y es malo
que tú la quieras?
LISARD. Imbécil!
y declararle que es falso
el nombre con que la sirvo.
LORENZ. Porque me puso el reparo
de que era vulgar: el tuyo
no la dije.
TROPEZ. Aquí te traigo...
(A Lisardo.)
Quién es ese?
LORENZ. (Quién es ese?)
LISARD. Nadie: mi antiguo criado.
TROPEZ. (*Guardando la carta.*)
Le recibes?
LISARD. Ni por pienso.
TROPEZ. *(Le dá la carta.)*
De la dueña.
LORENZ. En qué quedamos,
señor?
LISARD. En que tengo ya
quien me sirva: busca un amo.
LORENZ. Quien te sirva?
TROPEZ. Servidor.
LORENZ. Cómo! Tú...
TROPEZ. Sí; yo, que gano
por mi ingenio, lo que tú
perdistes por ser un ganso.
LORENZ. *(Amenazándole.)*
Vive Dios!
TROPEZ. (*Dá un salto, y se pone detrás de Lisardo.*)
Cómo se entiende?
LISARD. Vete.
TROPEZ. *(Con brío.)*
Vete.
LORENZ. Sí, me marcho;
mas cuida de no estar solo,

porque han de molerte á palos.

TROPEZ. (Qué diablo de profecía.)

LORENZ. (Yo celaré...)

TROPEZ. Y es lo malo
que siempre que me la han hecho
se ha cumplido.

LISARD. *(Acabando de leer la carta.)*
¡Ah, desdichado!

TROPEZ. Qué es eso? Qué te sucede?

LISARD. Que mi Estrella... Oye, y sabráslo.

ESCENA XI.

LISARDO.—TROPEZON.

LISARD. (Leyendo.) «Recelando mi señor que el honor de su hija corre peligro en Madrid, trata de llevarla mañana á un convento. Si sois hombre de valor, arrojaos á no perderla.»

TROPEZ. Qué intentas?

LISARD. (Quedar sin ella!)
Robarla.

TROPEZ. Cielos! Advierte...

LISARD. Primero me den la muerte
que me aparten de mi Estrella.
No escuchaste que mañana
se la llevan á un convento?

TROPEZ. Pero...

LISARD. Dentro de un momento
me aguarda en esa ventana.
Si pudiese persuadilla...

TROPEZ. A que se vaya contigo?

LISARD. Dos caballos de un amigo,
en los muros de la villa
tengo.

TROPEZ. Segun esa traza,
ya estabas tú decidido.

LISARD. Es prevencion, que ha nacido
de otro mal que me amenaza.

TROPEZ. Otro mal? Pues lindos ratos
me aguardan!

LISARD. No te incomodes:
atiende.
TROPEZ. Salgo de Herodes,
y vengo á dar en Pilatos.
LISARD. (*Decidiéndose.*)
Sí; no hay remedio.
TROPEZ. Mal fin
voy á tener: no hay dudar.
LISARD. Si yo pudiese lograr
que me abriera su jardin,
á las plantas me arrojara
de mi idolatrada Estrella...
TROPEZ. Pero...
LISARD. Si á seguir mi huella,
fementida se negara,
diera voces, y de suerte
encendiera los enojos
de su padre, que á sus ojos
bajase á darme la muerte.
Por librarme de su espada,
conmigo huyera quizás.
TROPEZ. Pero cómo lograrás
que facilite la entrada?
LISARD. Cómo? Hay un medio: ella sabe
que anduve en pendencias hoy:
diré, y es cierto, que estoy
en un peligro muy grave.
En tanto que esto le digo,
tú haces ruido, voces dás,
figurando que allí estás
deteniendo al enemigo.
Si abre la puerta aturdida
y entrar á hablarla consigo,
ó sale huyendo conmigo,
ó allí me arrancan la vida.
TROPEZ. Con que finjo...
LISARD. Siento abrir.
Gritos y rumor de espadas.
Busca un par de camaradas
que te ayuden á finjir.
TROPEZ. (*Con brio.*)
Yo basto.
LISARD. Bien: ya ha salido.

(Lorenzo se asoma al fin de la calle de la izquierda; observa á Tropezon y se esconde.)

LORENZ. Quedó solo: esta es la mia.
TROPEZ. La maldita profecía
aun me zumba en el oido.

ESCENA XII.

ESTRELLA *en la reja de la calle de la derecha.*—LISARDO *en la calle.*—TROPEZON *en la otra, que forma ángulo con esta.—Despues* LORENZO *y* [illegible] *de amigos suyos.*

LISARD. Clara Estrella?
ESTREL. Enrique mio!
LISARD. A tí llego, en tí confio,
si te mueve mi agonia;
hoy mi vida has de salvar.
ESTREL. Habla: di.
LISARD. Justicia airada
me persigue; en tu morada
de su saña, vida mia,
tú me puedes libertar.
TROPEZ. De la infame profecía
no me dejo de acordar.
ESTREL. Enrique adorado,
mi honor aventuro,
por tí limpio y puro
lo quiero guardar.
LISARD. No temas, querida,
no temas, amada,
que yo tu morada
sabré respetar.
TROPEZ. Ya es tiempo: finjamos
la bulla y la riña,
que asuste á la niña
que alegre al galan.
LORENZ. *(Conduciendo á sus amigos.)*
Ya es tiempo: sigilo:
venid, compañeros:
que pague sus fieros
el vil perillan.

CORO. Ya es tiempo: sigilo
venid compañeros,
que pague sus fieros
el vil perillan.

LORENZ. Palo firme,
brazo airado,
que tumbado
quede aquí;
que le cueste
una corcoba
cada ochavo
que me roba
el gracioso
baladí.

CORO. Palo firme,
brazo airado,
que tumbado
quede aquí;
que le cueste
una corcoba
cada ochavo
que le roba
el gracioso
baladí.

TROP. Gritaremos:
no conviene...
si alguien viene
por aqui...
De hacer bulla
tengo miedo:
mas librarme
ya no puedo.
Gritaremos.

(Llegan y le dan de palos.)

TROPEZ. ¡Ay de mí!

CORO. Toma, toma jamas á ninguno
se le quita, villano, su pan.

TROPEZ. Socorredme por Dios amo mio,
que es verdad, que es verdad, que es verdad.

(Estrella ha abierto la puerta del jardin; Lisardo entra, Tropezon cae molido á palos: los otros huyen.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Decoracion de jardin: en el fondo la puerta que conduce al interior de la casa: encima un gran balcon. A la derecha del espectador un aposento, con una ventana que mira al público: á la izquierda una puertecilla y una ventana que dan á la calle. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO.—CRIADOS *y* CRIADAS, *algunos con hachas encendidas.*

Coro.

DON PEDRO.—CORO.

Rumores de aceros,
quejidos y fieros,
carreras y gritos,
presumo que oí.
Tambien esas puertas
(Por las de la calle.)
se encuentran abiertas.
Mirad cuidadosos.
Al punto miremos
si alguno hay aquí.
(Los criados se esparcen por el jardin.

ESCENA II.

DON PEDRO.—ESTRELLA.

ESTREL. Ah! qué pasa, padre amado?
PEDRO. Que tu célica hermosura
era un tiempo mi ventura,
y hoy es solo mi dolor.
Mas severos ya te aguardan
una celda y altos muros,
donde vivan mas seguros
tus deberes y mi honor.
ESTREL. Vuestro honor seguro vive
en mi pecho noble y puro;
mas yo parto, si aseguro
de esta suerte vuestro amor.
(Ah! perdona, que si ingrata
de tus ojos me desvío,
donde quiera, Enrique mio
puede amar el corazon.)

Sale el CORO.

CORO. Ni en casa ninguno
se oculta importuno,
ni suena en la plaza
la grita y rumor.
Al punto marchemos,
la marcha arreglemos,
que anuncia la aurora
los rayos del sol.

(Don Pedro y el coro se retiran. Estrella, llorosa, se deja caer sobre un escaño. La Dueña queda sola en medio de la escena en ademán pensativo. Pausa.)

ESCENA III.

ESTRELLA.—DUEÑA.

DUEÑA. Pues de aquí la ausenta el viejo
con empeño tan tirano,
es sin duda el soberano

el galan que yo protejo.
(Pausa.)
El viejo se fué á acostar;
el galan andará alerta,
pues abriremos la puerta
por si acaso quiere entrar.
(Abre la puertecilla de la calle, que los criados han cerrado, y se retira.)

ESCENA IV.

ESTRELLA.—LISARDO.

LISARD. Abierta está... vive Dios
que parece una asechanza.
Estrella!...
ESTREL. Oh Dios! Sin tardanza
vete.
LISARD. Partamos los dos.
ESTREL. Huye; tu presencia aquí
es mi desgracia mas cierta.
LISARD. *(Con aire celoso.)*
Estando franca esa puerta,
¿no me aguardabas á mí?
ESTREL. Abierta está... no sé yo...
A mis ruegos persuadido
saliste, cuando al ruido
mi gente toda bajó.
Mandó el jardin registrar
mi padre con ceño adusto;
yo bajé, fingiendo susto,
mas no le pude engañar.
Dijo que soy su tormento,
que á guardarme no bastaba,
y mi guarda encomendaba
á los muros de un convento.
LISARD. Y el temor de tal suplicio,
que me sigas no ha de hacer?
ESTREL. El amor sin el deber
no es amor, Enrique, es vicio.
LISARD. Sentencia tan rigorosa

alcanza de tí mi amor?

ESTREL. Ah! ten piedad.

LISARD. Ten valor
para hacerte venturosa.
De este momento depende
la ventura de los dos.
Estrella! - - - - - - -
(La toma una mano.)

ESTREL. Calla por Dios;
no escuchas...

LISARD. Qué te suspende?
(Pausa.)
Dos.

ESTREL. Ah! no escuchas? Quién renueva
ese lúgubre rumor?

LISARD. Es el viento que se lleva
los suspiros de mi amor.
Su manto de olvido
la noche te cede,
el mundo dormido
mirarte no puede;
la selva escondida
te brinda favor,
y yo, dulce vida,
te brindo el amor.

ESTREL. Su manto de olvido
la noche me cede;
mi padre, dormido,
mirarme no puede;
la selva escondida
me brinda favor;
mas huye, mi vida,
lo manda el honor.

LISARD. La luz anuncia el dia.

ESTREL. Huye por Dios.

LISARD. Huyamos, vida mia,
juntos los dos.
Huyamos; ya la aurora
la prisa nos advierte;
olvido, llanto y muerte
te aguardan solo aquí.
Y gloria sin medida
y calma y luz y vida,

1/2 oscu

el prado, monte y selva
esconden para tí.

ESTREL. Adios, que ya la aurora
la prisa nos advierte;
deshonra, llanto y muerte
me puedes dar aqui;
y el alma á tí rendida,
amor, y luz y vida,
do quiera que respire,
esconde para tí.
Vete, Enrique; gente suena,
no es ilusion.

LISARD. Ven conmigo.

LOS DOS. De mi pena
ten compasion.
Huyamos; ya la aurora, etc.
Adios, que ya la aurora, etc.

ESTREL. *(Retrocediendo.)*
Ah! nunca!

LISARD. Tanto desden
es perjurio, femenida!

ESTREL. Enrique, toma mi vida...

LISARD. Silencio!

ESTREL. Mas nunca!...

LISARD. Ven.

(Estrella fuera de sí se deja conducir algunos pasos hácia la puerta.)

TROPEZ. *(Dentro.)*
Venid! abierta se encuentra.

LISARD. Esa voz... destino fiero!

ESTREL. La justicia.

LISARD. Yo...

ESTREL. Ligero
entra aquí.

LISARD. Mi espada...

ESTREL. Ah! entra.

ESCENA V.

EL REY, *embozado.*—TROPEZON.—ESTRELLA.—LISARDO, *escondido.—Estrella ha corrido el cerrojo del aposento en que está Lisardo.*

REY. Tal dicha no pensé hallar,
y gran bien me profetiza.
TROPEZ. La ventura y la paliza
siempre vienen sin pensar.
REY. Desengáñate con eso
de que es malo usar de engaños.
TROPEZ. Pues á pocos desengaños
me dejareis sin un hueso.
REY. Estrella!
ESTREL. Triste de mi!
REY. Tal dicha!
LISARD. *(En la ventana que tiene el aposento.)*
(Celos, despacio.)
ESTREL. Caballero...
LISARD. (En un palacio
pienso que esa voz oí.)
REY. Franca la entrada, bien mio,
tú sola...
LISARD. El Rey!
ESTREL. Esa puerta
para vos no estaba abierta,
y nunca...
(*La Dueña se asoma al balcon.*)
TROPEZ. Ataca con brio.
DUEÑA. Ha entrado. Bien.
ESTREL. Salid presto.
TROPEZ. Animo!
REY. Soy temerario.
DUEÑA. Voy á rezar un rosario
por lo bien que marcha esto.
(*Cierra el balcon.*)
ESTREL. Con qué derecho, señor,
tan grave ofensa me haceis?
REY. No basta, y vos lo sabeis,

Claro.

el derecho de mi amor?

ESTREL. Mas nunca habeis recibido
favor ninguno.

REY. No tal;
pero esa puerta es señal
de haberos arrepentido.
Qué?... mi constancia, mi amor,
mi ansiedad, vuestro despecho,
no me dan algun derecho
á recibir un favor?

TROPEZ. *(Se pone en medio de los dos.)*
Y yo tengo suficientes
derechos á ser oido.

REY. Calla.

TROPEZ. Por tí he recibido
mil palizas diferentes
que me han dado con bravura
por tarde, noche y mañana,
porque á tí te dió la gana
de nacer hermosa y dura.

ESTREL. Aparta.

REY. Quita.

TROPEZ. Es así;
que parece que los malos
pegándome á mí de palos
quieren ablandarte á tí.

ESTREL. Salid.

REY. Pero...

ESTREL. Si un suceso
casual, mal interpretado,
fácil ocasion ha dado
á cometer tal esceso,
y á que fundeis mal nacidas
esperanzas...

TROPEZ. Ten clemencia.

ESTREL. Al momento con mi ausencia
quedarán desvanecidas.
(Vase.)

ESCENA VI.

EL REY.—TROPEZON.—LISARDO, *escondido.*

LISARD. Oigamos.
REY. Tal condicion
es terrible.
TROPEZ. No lo creas;
sin duda ya tiene ideas
de ser tuya.
REY. Qué razon?...
TPOPEZ. En ese balcon, yo ví
una persona escondida.
Por temor de ser oida
sin duda portóse asi.
REY. Oh placer!
TROPEZ. Créeme.
LISARD. Oh furor!
TROPEZ. Ella empieza á tropezar.
LISARD. Mucho tengo que tratar
con mis celos y mi honor.
TROPEZ. Vamos.
REY. Espera.
TROPEZ. A qué fin?
REY. Aquí respiro sediento
porque juzgo que es su aliento
el aura de este jardin.
TROPEZ. Fuerte alimento!
LISARD. *(Trata de abrir la puerta.)*
Quisiera...
REY. Me dejarás otra vez
por otro dueño?
TROPEZ. Pardiez!
no me lo nombres siquiera.
Tuyo soy; y no es, señor,
porque escape bien contigo,
es que con el otro amigo
escapo mucho peor.
REY. Ven...
TROPEZ. De este lance salí....
LISARD. Yo he de ver...

TROPEZ. Sin daño y susto...
LISARD. *(Dando porrazos.)*
Abrid aqui.
TROPEZ. *(Asustado.)*
Cielo justo!
Palos hay!
LISARD. Abrid aqui.
REY. *(Queriendo abrir.)*
Vamos.
TROPEZ. *(Lo detiene.)*
Y quién te autoriza?...
Sal.
LISARD. Abrid.
TROPEZ. *(En la puerta.)*
Tenga cachaza;
que no faltará en la plaza
quien me pegue la paliza.

ESCENA VII.

LISARDO.—ESTRELLA.

LISARD. Se fueron! No he de saber?...
ESTREL. Ah! Se han marchado!...
LISARD. Oh tormento!
ESTREL. *(Abriendo.)*
Enrique, sal al momento.
LISARD. Si; para nunca volver.
ESTREL. Qué dices?
LISARD. Digo que oi...
ESTREL. Oistes...
LISARD. Voy á marchar.
ESTREL. Enrique, vas á pensar
alguna infamia de mí?
No escuchaste que en mi vida
favor ninguno?...
LISARD. Sí tal;
pero esa puerta es señal
de hallaros arrepentida.
ESTREL. Y piensas, tú, fementido,

que mi mano?...

LISARD. Adios, infiel.

ESTREL. Ah! no hay hombre mas cruel
que amante correspondido.

LISARD. Pérfida!

ESTREL. No ves el fiero
tormento que agita el alma?

LISARD. Pronto os volverá la calma
el ausente caballero.
(Váse.)

ESCENA VIII.

ESTRELLA.—*Despues* DON PEDRO.

ESTREL. Ah traidor! de esta manera
me redoblas mi martirio.
Marchar, y marchar ahora
cuando el ingrato... Dios mio!
(Se deja caer sobre el escaño.)

PEDRO. Estrella... sola?.. y llorando.
Estrella!

ESTREL. Padre querido!
Es hora ya de partir?

PEDRO. Segun en tu rostro miro
el dolor, mucho te cuesta
abandonar este sitio.

ESTREL. Ay! ojalá que primero
saliese de él!

PEDRO. *(Alarmado.)*
Oh! qué has dicho?
Estrella, responde...

ESTREL. Padre,
tan presto dais al olvido
que sangre vuestra me anima?

PEDRO. Vamos claros; yo lo exijo;
tú amas?

ESTREL. Señor...

PEDRO. Responde.
Nada temas, soy tu amigo.

ESTREL. Señor, perdonadme.

PEDRO. Acaba.

ESTREL. Si el amar es un delito,
culpada soy. Castigadme.
(Pausa.)
PEDRO. Tú varias veces has visto
al Rey de España.
ESTREL. En su corte
y con vos.
PEDRO. Es parecido
tu amante?
ESTREL. Qué significa..?
Decidme.
PEDRO. Varios amigos
de mi honor, me han avisado
que de noche y retraido
Felipe cuarto de España
ronda tus rejas.
ESTREL. Tranquilo
podeis estar; soy honrada.
No es ese, padre.
PEDRO. Ah! respiro;
grande peso me has quitado
del corazon.
ESTREL. Padre mio!
PEDRO. Ven á mis brazos.
ESTREL. Pensásteis...
PEDRO. Serás feliz. El es digno
de tu amor? Es caballero?
es noble?
ESTREL. Baste deciros,
que le quiero.
PEDRO. Eso le abona.
Entonces, por qué remiso
anda en pedirme tu mano?
ESTREL. Quizás severo el destino
le trató; quizás es pobre.
PEDRO. Qué importa, si yo soy rico?
ESTREL. Ah! señor!
PEDRO. Por mi descanso
y tu bien, casarte ansío,
que mal custodian mis canas
tus juveniles hechizos.
Muerto el hijo de mi vida...
ESTREL. Hallásteis algun indicio

del matador?

PEDRO. Yo sabré,
aunque le esconda el abismo...

ESTREL. Ah! señor!

PEDRO. No hablemos de eso.
Pero, Estrella, hoy es preciso
que te ausentes de la villa,
que en un convento...

ESTREL. Ahora mismo
si gustais.

PEDRO. Un rey de España
te ronda, el vulgo maligno
al monarca que pretende
le juzga favorecido.

ESTREL. Estoy pronta.

PEDRO. Voy á hacer
que todo se encuentre listo.

ESTREL. Dadme un abrazo.

PEDRO. Hija mia,
á Dios, hasta luego.

ESTREL. Exijo
que pronto volvais.

PEDRO. Al punto.

ESTREL. Que os aguardo.

PEDRO. Soy contigo.

ESCENA IX.

ESTRELLA.—*Despues la* DUEÑA.

ESTREL. Oh! qué celeste consuelo
siento en el alma! Diviso
un nuevo horizonte; Enrique...
Sí, no hay duda, arrepentido
debe estar. Cómo es posible
que sospeche?...

DUEÑA. Ya se han visto
ella y el régio galan.

ESTREL. Si pudiera darle aviso...
Mas con quién?...

DUEÑA. Esta es la mia.

Estrella?

ESTREL. *(Asustada.)*
Quién?...

DUEÑA. Ese grito
me ofende. Tanto te asusta
tu Dueña?

ESTREL. No; me retiro;
tengo que hacer.

DUEÑA. Cómo es eso?
Te vas porque yo he venido?

ESTREL. Gertrudis, quiero estar sola.

DUEÑA. Picaruela! ya concibo...
Las niñas enamoradas
apetecen el retiro.

ESTREL. Qué dices?

DUEÑA. Porque estar sola
imaginais que es lo mismo
que estar con él.

ESTREL. Quién es él?

DUEÑA. Pero tambien hay sus visos
de pecado en ese afan,
en ese ciego apetito
con que la mente se lanza
en brazos del bien querido.

ESTREL. Es reprension?

DUEÑA. Es decirte
que te quedes; que aqui mismo
lo que has de tratar á solas,
lo puedes tratar conmigo.

ESTREL. No te entiendo.

DUEÑA. Bah! Comprende
que tu dueña no es de risco.
Yo tambien, aunque parezca
mentira, jóven he sido.
Por eso comprendo ahora,
que es rigor, que es egoismo
robarle á la edad florida
sus gustosos estravíos.
Todas las horas son buenas
para entrar en el camino
de la virtud; mas el tiempo
del placer, es muy sucinto;
huye veloz, y jamás

torna su rápido giro.
Ah! picaruela! me escuchas
con atencion. Ah! qué ojillos!
y qué dichoso ha de ser
quien tanto brillar los hizo.

ESTREL. *(Ruborizada.)*
Qué dices?

DUEÑA. Digo que llores
el tiempo que hayas perdido,
y que goces del presente.

ESTREL. No te entiendo.

DUEÑA. Bien me esplico.
Mira en mí lo que has de ser,
que bella y jóven he sido;
mira el fin de tu belleza
en este rostro marchito...

ESTREL. Ah! Calla! Tu voz despierta
sensaciones... imagino
que hago mal en escucharte.
(Yéndose.)

DUEÑA. Vete.

ESTREL. Adios.
(Vuelve.)
Dí: tú le has visto?

DUEÑA. Sí.

ESTREL. Le conoces?

DUEÑA. Conozco
que es galan.

ESTREL. Quisiera...

DUEÑA. Dílo.
Escribirle?

ESTREL. Sí.

DUEÑA. Corriendo.

ESTREL. Voy arriba.

DUEÑA. Ya ha venido
mucha gente, noticiosa
de la marcha, á despediros.
En ese cuarto hay tintero.

ESTREL. Voy. (Enrique, no eres digno
de que yo... pero ay! marcharme
sin decirle... no; es preciso.)
(Entra.)

DUEÑA. Grande negocio hemos hecho.

(Pausa.)
La que en livianos caprichos
funda su renta, no hay duda,
será rica... ha concluido?
Mejor; en pocas palabras
suele decirse muchísimo.

ESTREL. Ten.

DUEÑA. Venga.

ESTREL. (Siento... no sé...
remordimiento tardío.)
(Vase.)

ESCENA X.

DUEÑA.—*Luego* TROPEZON.

DUEÑA. Una carta! Yo estoy loca!
Vamos, sin duda ha sabido
que es el Rey, cuando tan pronto
se allana... Pasos percibo.
Oh! Si fuera...
(Llamando en la ventana.)
Tropezon?

TROPEZ. Dueña?

DUEÑA. Tropezon?

TROPEZ. El mismo.

DUEÑA. Entrad pronto.

TROPEZ. No haré tal.

DUEÑA. Que estoy sola.

TROPEZ. Eso es distinto.
(Entra y deja abierta la puerta de par en par.)

DUEÑA. Qué haceis?

TROPEZ. Abrirme la puerta
por si salgo de estampido.

DUO.

DUEÑA. Abrázame, amigo;
respira y alienta.

TROPEZ. *(Retrocede.)*
(Oh Dios! no hice cuenta

del riesgo mayor.)

DUEÑA. Noticias tenemos
que piden albricias.

TROPEZ. Decid las noticias
de tanto valor.

DUEÑA. Ya la dama
se humaniza;
ya se rinde,
se esclaviza,
y al bizarro
seductor
carta le ha escrito
llena de amor.

TROPEZ. (Bruja infame,
torpe vicio,
mil han muerto
de tu oficio
en el fuego
destructor;
por un delito
mucho menor.)
Dad la carta.

DUEÑA. No haré tal.
Mil albricias
te valdrá.
Jura darme
la mitad.

TROPEZ. Juro daros
el total,
y aun os cedo
sin pesar
las que ufano
gané ya.

DUEÑA. Cuáles fueron?

TROPEZ. Escuchad.
Grandes palizas,
mucho correr,
noches en vela,
miedo cruel,
bolsas sin oro,
rondas con juez;
tales han sido
las que gané;

si otras iguales
gano esta vez,
juro partirlas
con usarced.

DUEÑA. Aunque eso fuera,
no he de ceder
en asuntillos
de este jaez;
ellos reaniman
mi viejo ser;
causan al alma
un no sé qué,
tanto gustillo,
tanto placer,
que yo de valde
les serviré.

TROPEZ. Pues venga la carta.

DUEÑA. Toma.
Dásela al punto.

TROPEZ. Corriendo.

DUEÑA. Me retiro, que en la casa
me habrán echado de menos.

TROPEZ. Id con Dios.

DUEÑA. El cielo os guarde,
Tropezon.

TROPEZ. Adios... Tropiezo.

ESCENA XI.

TROPEZON.—DON PEDRO.

TROPEZ. Pues señor, no va esto mal;
esta carta... Pero advierto,
si, no hay duda, cosa estraña...
casi respiro sin miedo,
y estoy aquí; sin embargo,
aquellos golpes tremendos
que allí sonaban... Corramos.

PEDRO. *(Entrando.)*
Quién va?

TROPEZ. San Juan y san Pedro.
(Retrocede.)
Valed...
PEDRO. Quién sale?
TROPEZ. (Ojalá
que pudiera.)
PEDRO. Decid presto,
quién sois vos?
TROPEZ. Yo soy... lo ignoro.
PEDRO. Te burlas?
TROPEZ. Dice el proverbio
que nadie así se conoce;
yo ignoro...
PEDRO. Yo sé que puedo
por bellaco é insolente
molerte á palos.
TROPEZ. Es cierto;
que estoy persuadido de ello.
PEDRO. A qué has entrado?
TROPEZ. Señor...
PEDRO. A qué has entrado?
TROPEZ. Yo... pero
es delito haber entrado?
PEDRO. Y grande.
TROPEZ. Guárdeos el cielo.
PEDRO. Detente.
TROPEZ. Vais á ofrecerme
la casa? Yo lo agradezco.
Soy hombre llano. Con Dios.
PEDRO. Miserable!
(Le coge del pescuezo.)
TROPEZ. Oh Dios!
(De rodillas.)
Yo os ruego...
PEDRO. Tú tambien de mi deshonra
serás un vil instrumento.
TROPEZ. Señor, mirad esta facha;
(Se levanta.)
tengo yo talle ni aspecto
de ser un deshonra padres?
PEDRO. A quién le sirves?
TROPEZ. Sospecho
que al diablo, segun me paga.

PEDRO. Quién es?
TROPEZ. No sé.
PEDRO. Ya veremos
si declaras.
(Llamando.)
Juan!
TROPEZ. Yo juro,
señor!...
PEDRO. Beltran!
TROPEZ. (No hay remedio.
Palos hay.) Juro...
PEDRO. Beltran!
TROPEZ. (Qué diablos!... afuera miedo.)
Que vengan! Qué! Te parece
que vas á hacer algo nuevo?
Una paliza! Pues sabe
que no hay paje ni escudero
que tratándose de mí
no se atreva á hacer lo mesmo.
Que vengan.
PEDRO. Pues entre tanto
que averiguo... date preso
en ese cuarto.
TROPEZ. Señor,
busca por Dios otro encierro.
Aquí hay un desesperado...
PEDRO. No repliques.
TROPEZ. Que es maestro
en dar porrazos.
PEDRO. Aprisa.
TROPEZ. Por piedad, señor.
PEDRO. Adentro.

ESCENA XIII.

DON PEDRO.—TROPEZON *en el cuarto.—Despues* LISARDO.

TROPEZ. *(Desde la ventana.)*
Triste de mí; solo estoy:
el preso voló!
PEDRO. Recuerdo

que cuando Bustos Tavera
halló en su honrado aposento
la esclava del Rey...

TROPEZ. Qué dice?
(Escucha.)

PEDRO. La ahorcó.

TROPEZ. Cristiano remedio.

PEDRO. Quizás con este...

TROPEZ. Dios mio!

PEDRO. Conviniese hacer lo mesmo.

TROPEZ. Gran Dios! Pues es conveniencia
para mí.

LISARD. *(Entrando.)*
Si; cuando tengo
por verla tantos afanes,
es inocente; lo creo.

PEDRO. Cerremos... Cielo! esto mas?
Hidalgo!

LISARD. Quién?... ah! Don Pedro!

TROPEZ. Esa es la voz de aquel amo
que fué relámpago y trueno.

PEDRO. Quién sois vos?

TROPEZ. A que lo encierra?
qué apostamos?

PEDRO. Con qué intento
poneis osado la planta
en este sitio?

LISARD. (No acierto
qué decir.)

PEDRO. No respondeis?
Teneis razon, porque infiero
que vendrá sin duda alguna
á obrar afrentosos hechos,
el que á venir no se atreve
con el rostro descubierto.

LISARD. Hidalgo, tened la lengua;
que el ser noble, honrado y viejo
á la prudencia os obliga,
si á mí me obliga al respeto;
y obligan á la venganza
agravios tan manifiestos.

TROPEZ. Qué bien sabrá el ser valiente
á quien lo sea!

PEDRO. Os advierto
que no es honor el vengarse
de agravios; el verdadero
honor, consiste en vivir
sin dar ocasion á ellos.
TROPEZ. No es tonto el viejo.
LISARD. Yo os juro
que nunca quise ofenderos.
El cielo os guarde.
PEDRO. Tened.
TROPEZ. Y le detiene! Este viejo
cuantos entran en su casa
los hace suyos.
PEDRO. Mal creo
que ofenderme no pretende
quien se empeña tan resuelto
en encubrir el semblante.
LISARD. (Nunca me vió; bien me puedo
descubrir.) Ved en mi rostro
si soy enemigo vuestro.
PEDRO. Qué importa ver el semblante,
si ver en él no podemos
los misteriosos arcanos
que se ocultan en el pecho!
TROPEZ. Si querrá abrirlo en canal?
LISARD. Ojalá, noble Don Pedro,
que así pudiera mostraros
sus mas ocultos secretos!
PEDRO. Esas palabras, hidalgo,
juzgo que me dan derecho
á haceros una pregunta.
Sereis franco?
LISARD. No me atrevo.
PEDRO. Conoceis á la hija mia?
LISARD. Sí; la adoro, lo confieso,
que adorarla, es la virtud
que mas ilustra mi pecho.
PEDRO. Pues bien; queriéndola tanto
y siendo vos lo que infiero...
LISARD. Sobre la cruz de mi espada
os lo juro, soy tan bueno
como vos.
TROPEZ. Bien dicho.

PEDRO. Entonces
por qué con tanto misterio,
con tanta cita nocturna
haceis agravio al respeto
de la mujer que os inspira
tan honrosos sentimientos?
LISARD. Ah! perdonad...
PEDRO. Desde ahora
licencia franca os concedo
de verla en presencia mia.
LISARD. Señor...
PEDRO. Aguardad; que quiero
repetir estas palabras
delante de ella y mis deudos.
LISARD. Soy vuestro esclavo.
PEDRO. (Por Dios
que me agrada este mancebo.)

ESCENA XIV.

LISARDO.—TROPEZON.

LISARD. Tanta ventura... Dios mio!
estoy soñando... ó despierto?
Sin embargo, me lastima
un estraño sentimiento...
Será el temor de que sepan
que yo al que lloran he muerto,
ó es quizá que todavia
me están hiriendo los celos?
La misma facilidad
con que el padre...
TROPEZ. Se fué el viejo...
Si yo tuviera valor
para llamar... no me atrevo.
LISARD. Ella es pura.
TROPEZ. Y lo que dijo
de la esclava?... Abridme.
(Llama.)
LISARD. Cielos!
En dónde llaman?

TROPEZ. Abridme,
señor.
LISARD. Salid al momento,
Tropezon!...
TROPEZ. El mismo soy,
y á ti, tropezando llego.
Ampárame.
LISARD. Que te ampare,
cuando sirves de tercero
á mi rival!
TROPEZ. Pues adios;
despacio hablaremos de eso.
LISARD. Oye.
TROPEZ. Tengo prisa.
LISARD. *(Sujetándole.)*
Infame!
TROPEZ. Por Dios, señor.
LISARD. Dime presto,
á qué has venido?
TROPEZ. Salgamos.
Fuera te diré...
LISARD. No puedo.
Habla.
LISARD. Bien, lo diré todo;
pero si baja Don Pedro,
dile que soy tu criado.
Que libre me deje.
LISARD. Pero
por qué te encerró?
TROPEZ. Prometes
lo que exijo?
LISARD. Lo prometo.
TROPEZ. Ah! Ya respiro.
LISARD. Mas dime:
cómo has mudado?...
TROPEZ. Lorenzo
irritado contra mí,
que le arrojé de su puesto,
de una tunda me dejó
descoyuntado en el suelo.
Llega en esto tu rival;
con él me engancho de nuevo.
Me manda hablar á la Dueña

de su parte: vengo; el viejo
me sorprende; quiero huir;
me atrapa, y sordo á mi ruego
en ese cuarto me encierra,
mientras me forma el proceso.

LISARD. Hablaste á la Dueña?

TROPEZ. Sí.

LISARD. De parte de él?

TROPEZ. Por supuesto.

LISARD. Y qué te dijo?

TROPEZ. *(Quiere sacar la carta.)*
Me dió
una... mas no te la entrego
si no juras que me admites
á tu servicio.

LISARD. Qué es ello?
Qué te dió?

TROPEZ. Soy tu criado?

LISARD. Cuéntame...

TROPEZ. Desde que has hecho
las paces con el vejete,
servirte ansioso deseo;
que así gozaremos calma.

LISARD. Pues bien.

TROPEZ. Aceptas?

LISARD. Acepto.

TROPEZ. Me dió una carta la Dueña.

LISARD. Cómo?... dame...

TROPEZ. Aqui la tengo.

LISARD. Gran Dios! Qué importa que escriba
la Dueña?
(Abre la carta.)
Cielos! qué veo!
Es letra de ella!

TROPEZ. Apostamos
á que tropecé de nuevo?

LISARD. Te la dieron para el otro?
Para mi rival?

TROPEZ. Es cierto.

LISARD. Mas qué dudo!... Le dirá
que desista de su empeño,
que... no me atrevo á leerla;
mi mano tiembla... Acabemos.

(*La orquesta empieza á preludiar un tremolo.*)
(*Lee.*)
«Si se ha calmado el despecho
que sin pensar os causé,
si haceis por verme, yo haré
por dejaros satisfecho.»
Gran Dios! Me engañan mis ojos!...
Tal maldad!
(*Lee para sí.*)

TROPEZ. Malo me he puesto.

ESCENA XV.

Dichos.—DON PEDRO.—ESTRELLA.—LA DUEÑA Y CORO DE DAMAS Y CABALLEROS.

~~FINAL~~.

CORO. La ventura y la zozobra,
la modestia y el afan
mas aumentan los hechizos
de su cándida beldad.

ESTREL. De placer y de esperanza
palpitando el pecho está.

LISARD. Los furores de los celos
en mi pecho hirviendo están.

PEDRO. Noble hidalgo, en mi presencia
(*Presentando á Estrella.*)
ya podeis con ella hablar.

ESTREL. Ya, mi bien...

LISARD. Atrás, perjura!

CORO. Ah! qué dice?

ESTREL. Enrique!

LISARD. Atrás!
Maldecido el negro instante
que adoré tu falsedad.

PEDRO. Por qué de sí la aparta,
llamándola traidora?
Saberlo sin demora
le importa á mi opinion.

ESTREL. Por qué de sí me lanza,
llamándome traidora,

si sabe que le adora
mi triste corazon?

LISARD. Su falsedad ha muerto
el alma que aun la adora,
que sufra la traidora
la pena á su traicion.

TROPEZ. A todos los envuelve
mi suerte pecadora,
que todo el mundo llora
mi nuevo tropezon.

DUEÑA. El viejo se confunde
y el mozo se acalora;
intriga es pecadora
del vil de Tropezon.

CORO. La ultraja y la maldice
diciendo que la adora;
que esplique sin demora
tan pérfida traicion.

PEDRO. Dime la causa
de ese desden;
habla y esplica
tanto doblez.

LISARD. Perdí la gloria
que era mi bien;
pronto la vida
quiero perder.

PEDRO. *(Empuñando.)*
Yo tus engaños
vengar sabré.

LISARD. *(Desesperado.)*
Ansio la muerte,
mátame, ven;
lloras un hijo!
yo le maté.

PEDRO. *(Saca la espada.)*
Ah! miserable!

ESTREL. Cielos!

CORO. *(Sujetándole.)*
Tened!
tajo y verdugo
tiene la ley.

(Mientras los caballeros detienen á don Pedro, Estrella lleva aparte á Lisardo.)

ESTREL. Hombre perverso,
mónstruo cruel!
Por qué me matas,
dime, por qué?
LISARD. Mira si puedes
este papel;
mi amor, perjura!
vendiste á un rey!
ESTREL. Mira, insensato,
tu engaño en él;
yo con la Dueña
te lo mandé.
LISARD. Cielos!
ESTREL. Despierta!
LISARD. (*Comprendiéndolo todo.*)
Suerte cruel!
PEDRO. La ley me vindique
del vil homicida,
que pague su vida
mi eterno dolor.
(*Todos los caballeros sacan las espadas.*)
ESTREL. (*Deteniendo á su padre.*)
Ah! baste á tu enojo
la sangre vertida;
mi vida es la vida,
del vil matador.
LISARD. Oh! Suerte traidora!
tremenda es tu herida;
me arrancó la vida,
teniendo su amor.
TROPEZ. A nadie he causado
ni daño, ni herida,
ni tuve en mi vida
vergüenza y valor.
CORO. Venganza reclama
la sangre vertida,
reclama la vida
del vil matador.
(*Se llevan presos y desarmados á Lisardo y á Tropezon. Estrella cae desmayada en los brazos de la Dueña.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Cárcel de córte. Una sala de paso que comunica con varias prisiones interiores. Dos puertas laterales y una en el fondo.

CORO DE GALEOTES.

(Salen de diferentes habitaciones y se reunen en el fondo en tren de marcha.)

—Arriba. Sus! Ligeros
que empieza á clarear.
—Arriba, compañeros,
que vamos á marchar.
—A marchar!—Maldicion!—A marchar!

Quien espera siempre alcanza:
con astucia vence el crímen:
romperemos las cadenas
que pesadas nos oprimen.
(Unos á otros.)
Ten cuidado, ten prudencia,
disimulo, prontitud;
que la astucia y la paciencia
romperán la esclavitud.

(Salen conducidos por cuatro ó seis soldados.)

ESCENA PRIMERA.

LISARDO.—TROPEZON.

LISARD. Déjame morir.
TROPEZ. Pues no?
impido yo que te mueras?
Muérete tú cuando quieras
en no muriéndome yo.
LISARD. Echada está nuestra suerte.
TROPEZ. Sí; pero echada á perder.
Dime: te han hecho saber
la sentencia?
LISARD. Sí; de muerte.
TROPEZ. Cielo santo!
LISARD. Y mi despecho
á buscarla me provoca.
TROPEZ. Y á mí? Qué parte me toca
de la gracia que te han hecho?
LISARD. Hado fatal, hado impio
preside mi acerba vida!
He sido fiero homicida
contra todo mi alvedrio.
Ella me amaba! La suerte,
de mi dicha siempre avara,
de sus brazos me separa
para arrojarme á la muerte.
TROPEZ. En tu amargo padecer
no hay duda que á nadie asombre,
porque al fin, mataste á un hombre
y has matado á una mujer.
Mas yo sufro igual fatiga
y no conozco el amor,
y nunca tuve valor
para matar á una hormiga.
Y aunque es solo contra tí
esa sentencia ejemplar,
juzgo que te han de salvar
y que me han de ahorcar á mí.
LISARD. Calla.
TROPEZ. Sí; tu parentela

quizás el perdon alcance.

LISARD. Qué importa, si en este lance
por siempre pierdo á mi Estrella.

TROPEZ. Al que pierde una mujer,
otra el diablo dá en seguida;
mas el que pierde una vida
no tiene mas que perder.
Sabes quién es la ocasion,
la causa de todo esto?

LISARD. Quién?

TROPEZ. La Dueña. La detesto
con todo mi corazon.
Aquella vieja maldita,
mezcla de bruja y de araña,
la pudo sacar con maña
la carta para tí escrita.
Me mandó que la entregara
al otro, yo te lo dije...

LISARD. Maldicion!

TROPEZ. Solo me aflije
que sin castigo quedára.

Claro.

ESCENA II.

Dichos.—EL ALCAIDE, *que se retira.*

ALC. Señor?

LISARD. Quién es?

ALC. Esa esquela
para vos me han entregado.

TROPEZ. De quién es?

LISARD. Dueño adorado!

TROPEZ. Cómo, te escribe tu Estrella?

LISARD. *(Lee.)* »Lisardo, te escribo ahora
lleno de llanto el semblante,
para decirte que amante
mi pecho siempre te adora.
En esta triste querella
en que nos coloca el cielo,
es el único consuelo
que puede darte tu Estrella.»

No ves esto? A quién no halaga
misiva tan amorosa?

TROPEZ. No puede mandarnos cosa
que menos falta nos haga.

LISARD. Es un ángel.

TROPEZ. No lo dudo;
pero es causa...

LISARD. Calla, advierte...

TROPEZ. Sin ella, al darle la muerte
al hidalgo testarudo,
fueras á climas lejanos
á hacer guerra al aleman,
y fueras ya capitan
de los tércios castellanos.
Mas con su donaire y gala
á la muerte te condena.
Si esto causa la que es buena,
dime, qué será la mala?

ESCENA III.

Dichos.—El ALCAIDE *apresurado.*

ALC. Caballero?

LISARD. Qué sucede?

TROPEZ. Qué es esto, nos van á ahorcar?

ALC. Vos os debeis retirar
porque viene quien no puede
veros aquí, sin que estrañe
la licencia que yo os doy.

LISARD. Basta, á mi prision me voy.

ALC. A su señor acompañe.
(Pausa.)

TROPEZ. Me ahorcarán?

ALC. Qué hicisteis vos?
Qué habeis sido?

TROPEZ. Nada bueno:
corredor del gusto ageno.

ALC. Bien puede ser.

TROPEZ. Oh! gran Dios!

ESCENA IV.

EL REY.—EL CONDE.

REY. Entra, Conde.
CONDE. Mas, señor,
advertid...
REY. No puede ser.
Qué advertencia ha de tener
quien tiene celos y amor?
CONDE. Mas entrarse de esta suerte
en su prision...
REY. No te espante.
Aquí su infeliz amante
está condenado á muerte.
Es muy fácil que ella venga...
CONDE. De qué medio se valdrá...
REY. Su Dueña lo dispondrá
como mejor me convenga.
Pero no comprendo yo
cómo, si es correspondido
el amante, él mismo ha sido
quien su crimen declaró.
CONDE. Así lo cuenta la fama;
mas, señor, la parentela
del preso, que tanto anhela,
que tanto el perdon reclama,
si sabe que habeis estado
en su prision...
REY. No sabrá!
CONDE. Con nueva causa os creerá
á perdonarle obligado.
(Ruido dentro.)
REY. Perdonarle!.. Ese rumor...
vé... Cielos! Si será ella...
cuando sin nubes mi Estrella...
Quién es?
CONDE. Don Pedro, señor,
que sabrá vuestra venida.
REY. Si ella viene... y qué desea?

CONDE. Y temiendo que esto sea
perdonar al homicida,
pretenderá... vedle allí.

ESCENA V.

Dichos.—DON PEDRO.

PEDRO. Licencia, señor, os pido...
REY. Vos siempre la habeis tenido
para llegar hasta mí.
PEDRO. Ya sabeis que preso fué
el homicida inclemente,
por quien soy eternamente
padre infeliz!
REY. Ya lo sé.
PEDRO. El tribunal en su ausencia
formuló todo el proceso,
y hoy la confesion del preso
hace justa la sentencia.
Yo, que se cumpla la ley
con nueva causa deseo;
mas como deudos del reo
son cercanos á mi Rey,
y á voces piden, señor,
el perdon no merecido,
á mostraros he venido
mi justicia y mi dolor.
Quedar complacido espero,
pues el otro bando pide
que el Rey sus leyes olvide,
y yo que las cumpla quiero.
REY. Y cómo ha sido el acaso
de prender al criminal?
PEDRO. A mi honor le está muy mal
hacer relacion del caso.
Tanto, señor, que es mi intento
para que á todos se oculte,
que Estrella luego sepulte
su hermosura en un convento.
REY. Oh! Tan hermosa! Tan jóven!
Nunca!

CONDE. Señor, advertid...
REY. Mucho siento que á Madrid
tanta hermosura le roben.
PEDRO. Sepulte en claustro profundo
hermosura tan costosa,
que sí al mundo es peligrosa,
no debe estar en el mundo.
REY. Ah! Don Pedro! sepultar
tanta juventud...
PEDRO. Señor...
las sentencias del honor
no se pueden revocar.
REY. Que la revoques aguardo.
PEDRO. Perdon, si honrado no accedo.
REY. Pues advierte que yo puedo
revocar la de Lisardo.
PEDRO. (Un amante desdeñado
habla de este modo.)
REY. En fin...
PEDRO. (Por qué el otro en el jardin
se mostró desesperado?
Será que en celos se abrasa
porque ella faltó á su fé?
Oh! por el bufon sabré
cuanto en mi deshonra pasa.)
REY. Y bien?
PEDRO. Muera el matador.
Ella, si bien se medita,
un claustro no necesita
para vivir con honor.
Viva en el mundo y con honra,
que si yo noto señal...
nunca faltará un puñal
para evitar la deshonra.
REY. Don Pedro!
PEDRO. Sí, vano alarde!
Ella es honrada, y no creo...
(Durante estos últimos versos entra el Alcaide y habla un momento con el Conde.)
REY. Ni es posible.
PEDRO. Muera el reo.
REY. El morirá!
PEDRO. Dios os guarde.

ESCENA VI.

EL REY.—EL CONDE.

CONDE. Señor, el alcaide dice
que dentro de un rato breve
entrar en capilla debe
ese jóven infelice.
Que si aquí vuestra presencia
no indica...
REY. Basta.
CONDE. No insisto.
REY. Dile que nadie me ha visto;
que se cumpla la sentencia.

ESCENA VII.

EL REY.—LA DUEÑA.

REY. Siento... no sé... me remuerde...
la conciencia. Quien le mata
no soy yo, que es su delito.
(Pausa.)
Oh! mucho la Dueña tarda,
y esta atmósfera sombría...
me va pesando en el alma.
Salgamos de aquí...
(Sale.)
DUEÑA. Señor...
REY. Eres tú?
DUEÑA. La misma.
REY. Gracias
al demonio.
DUEÑA. Me esperásteis?
REY. Y ya me faltó la calma.
DUEÑA. Perdonad: bien lo merecen
las nuevas afortunadas
que os traigo.
REY. Mide con tiento

la verdad de tus palabras.

DUEÑA. No sabeis?...

REY. Sé que has mentido.

DUEÑA. Yo?

REY. Sé que Estrella se abrasa
en amor por otro, y sé
que torpemente me engañas.

DUEÑA. Con todo lo que sabeis,
perdonad, no sabeis nada.

REY. No tengo un rival?

DUEÑA. Es cierto.

REY. Pues entonces...

DUEÑA. Ya se halla
en prision.

REY. Y qué me importa?

DUEÑA. Y no os ha dicho la fama
que él mismo dijo su nombre,
que él se entregó?

REY. Sí; qué causa
pudo haber?...

DUEÑA. Quizás celoso...

REY. De quién?

DUEÑA. De vos. Ella os ama.

REY. Cielos!

DUEÑA. Oid: yo dejé
la puerta del jardin franca.

REY. Entré por ella.

DUEÑA. Lo vi.

REY. Y por cierto que tirana
se alejó...

DUEÑA. Cuando salisteis,
hablé con ella; y más blanda
ó movida del halago
que encerraban mis palabras,
me dijo al fin que queria
escribiros una carta.

REY. La escribió?

DUEÑA. Sin duda alguna.
Mas yo no sé por qué traza
en manos cayó del otro,
que ardiendo en celosa rabia...

REY. Oh! Dudo tanta ventura!

DUEÑA. Si aun lo dudais, arrugada

en el jardin me encontré
la esquela.

REY. Venga.

DUEÑA. Tomadla.

REY. «Si se ha calmado el despecho
que sin pensar os causé,
si haceis por verme, yo haré
por dejaros satisfecho.»
Ah! Sí, lo comprendo todo.

DUEÑA. Y yo comprendí la trama
cuando encontré...

REY. Qué te ha dicho
despues del suceso?

DUEÑA. Nada.
Se encuentra tan afligida
la pobre...

REY. Yo tengo ansia
de verla.

DUEÑA. Sois mas dichoso
de lo que pensais.

REY. Dí, habla.

DUEÑA. La niña siente sin duda
que escribiros una carta
cueste la vida de un hombre.

REY. Y qué! Sigue.

DUEÑA. Esta mañana
esclamó la pobrecilla
entre llorosa y turbada:
«Ay cielos! Si yo pudiera
ver al Rey!» Yo sin tardanza
repuse: Ahora mismo.—Cómo!—
me dijo toda asombrada;
es posible?—No lo dudes:
ven.—Mi padre... en mí descansa:
le dirán que hemos salido
á la iglesia.

REY. Y bien...

DUEÑA. Que aguarda
vuestra venia...

REY. Cielos! Corre...

DUEÑA. Ya veis que yo...

REY. Corre!

DUEÑA. Calma.

ESCENA VIII.

EL REY—ESTRELLA.—LA DUEÑA.

REY. Late el corazon violento
de ventura y de esperanza.
ESTREL. Señor!
REY. Estrella?
ESTREL. (Dios mio!
su acento!... Él es!)
DUEÑA. Qué te pasa?
ESTREL. (Mi padre dijo que el Rey...)
REY. Señora...
ESTREL. (Que el Rey me amaba!...
Y he de rogar?... Soy perdida!...)
REY. Cómo! Llorais? Esas lágrimas,
qué dicen?
ESTREL. Dicen, señor,
que nací muy desgraciada.
REY. Feliz mil veces quien pueda
endulzar vuestra desgracia!
DUEÑA. Habla sin miedo.
ESTREL. Ay de mí!
DUEÑA. Es muy fino con las damas
nuestro Rey.
ESTREL. Señor, un hombre
va á morir... Yo soy la causa
de su muerte.
REY. No sois vos.
Su delito es quien le mata.
ESTREL. Mas yo en ocasion le puse,
de que él mismo se entregara.
DUEÑA. Lo estais oyendo?
REY. Oh placer!
ESTREL. Si la justicia indignada
con razon, en contra suya
en otra parte le hallara,
yo no debiera rogar
por él.
DUEÑA. Lo veis? No le ama!
ESTREL. Mas librarle de la muerte

hoy mi conciencia me manda.
La muerte! Oh Dios! Vos podeis
con decir una palabra
darle la vida.

REY. (Qué hermosa!)

ESTREL. Por Dios, señor, pronunciadla,
pronunciadla si quereis
en mí tener una esclava.
(Se arrodilla.)

DUEÑA. Una esclava!

REY. Alza del suelo,
Estrella! Ya disipada
la sospecha que no ha mucho
me estaba punzando el alma...

ESTREL. No os comprendo.

REY. Yo tambien
ansío libertarle...

ESTREL. Oh! gracias!
Dios os premie...

DUEÑA. Ves qué noble?

REY. Mas no acierto...

ESTREL. Sus hazañas
en la guerra, bien merecen
vuestro perdon.

REY. Dí palabra
á vuestro padre, y no puedo
públicamente... amenaza
si le perdono, encerraros
en un cláustro.

DUEÑA. Dios nos valga.

REY. Si ocultamente...

DUEÑA. Ah! qué idea!

ESTREL. Díla, pues!

DUEÑA. No le acompaña
Tropezon?

REY. Sin duda alguna.

DUEÑA. Pues que cambien sin tardanza
de trajes, y que Lisardo
de aquí disfrazado salga
con vos; creerán en las puertas
que es paje de vuestra casa...

REY. Ah! tienes razon!

ESTREL. Al punto.

REY. Aguardad en esta sala.
(Soy feliz! Viva en albricias
de que ya Estrella me ama!)

ESCENA IX.

ESTRELLA.—LA DUEÑA.

DUEÑA. Vés qué bizarro?
ESTREL. Oh ventura!
DUEÑA. Vés qué noble?
ESTREL. Rey de España!
oh cielos! Cómo podré
recompensarle...
DUEÑA. Taimada,
bien sabes que esos ojillos,
con dos miraditas blandas
podrán pagarle...
ESTREL. Qué dices?
No comprendo...
DUEÑA. Vaya, vaya,
no finjas... y sobre todo,
hija mia, no es tan mala
la pasion que al primer paso
la vida de un hombre salva.
Con Dios, contigo y el mundo
bien puedes vivir en calma,
que disculpa tan honrosa
pone en olvido la falta.
ESTREL. Habla claro, que me encienden
de vergüenza tus palabras.
DUEÑA. Ah! qué dices?
ESTREL. Dí; qué piensas?
DUEÑA. Lo que es verdad: que le amas.
ESTREL. Amarle yo? Miserable!
DUEÑA. Cómo! Niegas...
ESTREL. Insensata!
Yo he dicho...
DUEÑA. No me dijistes...
no escribistes una carta?
ESTREL. Para Lisardo!

DUEÑA. Dios mio!
ESTREL. Qué pensastes?...
DUEÑA. Vírgen santa!
ESTREL. Tú le has dicho...
DUEÑA. Que le adoras.
ESTREL. Vieja infame! Y así guardas
mi honor! Así correspondes
á la noble confianza
de mi padre!... Así...
DUEÑA. Oh! silencio
por piedad!
ESTREL. Traidora!
DUEÑA. Calla,
siento pasos... él se acerca.
ESTREL. Cielos!
DUEÑA. No digas...
ESTREL. Aparta!
Le diré que le has mentido...
que me vendes, que me infamas.
DUEÑA. Ah! por piedad, no le veas;
entra aquí.
ESTREL. Si una esperanza
le dás, si escucho...
DUEÑA. Por Dios!
vienen... entra... Ay! qué me pasa!
Yo tiemblo, yo estoy absorta.

ESCENA X.

EL REY.—LISARDO.—TROPEZON.—LA DUEÑA *á un lado sin que la vean.*

REY. Vida y libertad te aguardan.
LISARD. *(Con el traje de Tropezon.)*
(Gran Dios! acepto la vida
para servirte y amarla.)
TROPEZ. *(Saliendo con el traje de Lisardo.)*
Señor?
REY. Vuelves?
TROPEZ. Dí siquiera
la causa por que me matas:

dejarme en lugar del reo
es ahorcarme.

REY. Ya me cansas.

TROPEZ. Ve que yo no soy amado.
Que á mí no me escriben cartas,
ni yo amo; yo no quiero
bien á nadie, ni yo...

REY. Calla:
cuando te busquen verán
su engaño.

TROPEZ. No verán nada.
Me ahorcarán, estoy seguro.
Me ahorcarán.

REY. No tienes traza
para que nadie te tome
por hidalgo.

TROPEZ. Si se trata
de ahorcarme, no lo dudeis,
me tomarán por el papa
si es preciso.

REY. Vamos presto.

TROPEZ. Por piedad, señor.

REY. Eh! Basta.

TROPEZ. (Ellos aman, y me ahorcan
á mí! Oh injusticia!)

LISARD. *(Aparte á Tropezon.)*
Si hallas
á don Pedro, dile el porte
de la Dueña: dí...

TROPEZ. Ella es causa...

REY. Vete á la prision.

TROPEZ. Dios mio!

LISARD. Adios.

TROPEZ. Rogad por mi alma.

REY. Y ten presente que mueres
si descubres lo que pasa.

TROPEZ. Bien! Si lo descubro muero,
y si lo callo... me matan.
Estoy fresco.

DUEÑA. *(Saliendo.)*
Si pudiera
escapar sin que el monarca...
Oh! las angustias que siento

me anuncian grandes desgracias;
salgamos... dejarla espuesta!
Qué importa?—Cielos!
(La Dueña se esconde.)

TROPEZ. ¿Quién habla
aquí? Una campana rota
pensé que por mí doblaba.

DUEÑA. Hasta ese imbécil me asusta...
huyamos! suerte tirana!
No es don Pedro? Sí, Dios mio!
soy perdida!
(Se oculta.)

TROPEZ. Quién es? Nada.

ESCENA XI.

DON PEDRO.—TROPEZON.—LA DUEÑA.

PEDRO. Qué tormento es tener honra
y tener hijas livianas!
Yo por el bufon sabré...
Cielos!
(Repara en él.)

TROPEZ. Pues esta campana
es mas gorda.

PEDRO. No es el reo
aquel?

TROPEZ. Quién es?

PEDRO. Esa cara...

TROPEZ. Es don Pedro.

PEDRO. Es el criado.

TROPEZ. Qué nuevo mal amenaza?

DUEÑA. *(Saliendo.)*
Oigamos.

PEDRO. Dime, eres tú
el criado que acompaña
á Lisardo?

TROPEZ. Sí.

PEDRO. Ese traje...

TROPEZ. Es el suyo: qué te espanta?
como es la muerte una novia

tan adusta y descarnada,
para casarse con ella
se despoja de sus galas.
(Qué traerá?)

PEDRO. Tengo que hablarte
de un asunto de importancia.

TROPEZ. Y cuál es?

PEDRO. Tengo una hija...

TROPEZ. Pues teneis otra desgracia
mayor.

PEDRO. Cuál es?

TROPEZ. Una Dueña.

PEDRO. Cómo! dime...

DUEÑA. (Dios me valga...)

PEDRO. Mi hija...

TROPEZ. Phs! vuestra hija...
para ser mujer, no es mala.
Mas la Dueña es una infame,
una espía, una tarasca.

PEDRO. Pues ella...

TROPEZ. Quiso aunque en vano
vender la hermosura casta
de Estrella!

PEDRO. Ah, miserable!
Ya sospeché...

TROPEZ. Muera.

DUEÑA. (Oh rábia!)

PEDRO. Voy al punto...

TROPEZ. No.

PEDRO. Qué dices?

TROPEZ. Es una bruja, entregadla
al santo Oficio.

PEDRO. La infame!
Que tiemble de mi venganza!

TROPEZ. Murió la Dueña, gran peso
se me ha quitado del alma.

ESCENA XII.

TROPEZON.—LA DUEÑA.

DUEÑA. Oh! con mis uñas, traidor!
(Baja furiosa.)
TROPEZ. Cielos!
(Retrocede.)
DUEÑA. Los ojos...
TROPEZ. Aparta.
DUEÑA. Te he de sacar!
TROPEZ. Sombra horrible
de la Dueña.
DUEÑA. No, te engañas.
Soy ella.
TROPEZ. Tanto peor,
huye, que grito.
DUEÑA. Dios haga
que yo me quede en el mundo
hasta que te mire...
TROPEZ. Calla!
DUEÑA. Santigüar con los talones
á todo un pueblo en la plaza.
TROPEZ. Vete! Dios no escucha votos
(Suenan tres campanadas.)
de brujas. Esa campana...
DUEÑA. Qué rumor! Yo estoy temblando!

ESCENA XIII.

Dichos.—Un CAPITAN *con soldados y acompañamiento para conducir á Lisardo á la capilla.—*ALCAIDE, *que no pasa del fondo.*

CAP. El reo solo se halla?
ALC. Sí; yo he visto á su criado
salir. Miradle.
SOLDS. Qué lástima!

morir tan jóven...

ALC. No tengo valor.

OTRO SOL. El que á hierro mata...

CAP. Mucho siento, hidalgo...

TROPEZ. Hidalgo! Perdido soy!

CAP. Mas nos mandan, y es nuestro deber...

TROPEZ. Qué dice?

CAP. Y tenemos...

TROPEZ. Dilo, acaba...

CAP. El confesor...

TROPEZ. Dios eterno!

CAP. Y la capilla os aguardan.

DUEÑA. (Oh placer! Si por el otro quisiera Dios que le ahorcáran!)

CORO. Vamos presto, resignado
que os aguarda el confesor.

TROPEZ. (Si en su nombre soy ahorcado
quién deshace ya el error?)

CORO. Vamos presto.

TROPEZ. Fuera farsa,
yo no he sido el matador!

CORO. No es Lisardo?

DUEÑA. Sí.

TROPEZ. No, no!
mi horrible miedo
claro pregona
que soy persona
baja y soez.

CORO. Con tanto miedo
nada pregonas,
que altas personas
tiemblan tambien.

TROPEZ. Oh! Dueña adorada
declara por Dios,
que no soy Lisardo,
que soy Tropezon.

DUEÑA. Declaro, señores,
al vil matador;
declaro que el miedo

turbó su razon.
CORO. Mostrad que habeis sido
soldado español,
morid como muere
la gente de honor.
(Se lo llevan: aparece Don Pedro rodeado de familiares de la inquisicion.)

ESCENA XIV.

Dichos.—DON PEDRO.—FAMILIARES.

PEDRO. Qué rumor...
CORO. Señor, el reo
que se niega...
PEDRO. No, no es él.
TROPEZ. Ah! respiro!
PEDRO. Libre sea,
y prendedme á esa mujer.
TROPEZ. Oh ventura!
DUEÑA. Dios, qué es esto?
CORO. Vamos presto...
DUEÑA. No, jamás.
CORO. Esta escolta,
que es tu espanto,
es del santo
Tribunal.
DUEÑA. *(Cae á los piés de don Pedro.)*
Ah! Piedad!
PEDRO. No hay piedad!
TROPEZ. No hay piedad!
DUEÑA. Noble amparo
yo te pido,
mi querido
Tropezon.
No soy bruja,
ni tercera,
que no cruja
yo en la hoguera
de la santa inquisicion.
TROPEZ. Ni lo quiero,

ni lo he sido
tu querido
Tropezon.
Ella es bruja
y es tercera,
cruja, cruja
y en la hoguera
de la santa inquisicion.

CORO. A ninguno
dar nos toca,
vieja loca,
tu perdon;
mas si es bruja
y es tercera,
cruja, cruja
y en la hoguera
de la santa inquisicion.

(Se llevan á la Dueña á empellones.)

ESCENA XV.

DON PEDRO.—TROPEZON.

PEDRO. Lisardo huyó; de qué modo?
Quién facilitó su huida?

TROPEZ. Señor, me cuesta la vida
si descubro...

PEDRO. Basta. Todo
lo comprendo... Pero aquí
tambien se encierra otro arcano,
que es mil veces mas tirano,
mas horrible para mí.
Dónde está la criminal,
pues de mi casa salió
con la Dueña?

TROPEZ. No sé yo...

PEDRO. *(Sacando la daga.)*
No sabes?

TROPEZ. Trance fatal!
Oculta en ese aposento
la vieja estaba.

PEDRO. Quizá
oculta en él estará
la ocasion de mi tormento.
TROPEZ. Tiemblo por ella... sí, sí...
porque este viejo maton
es capaz...
ESTREL. *(Dentro.)*
Padre, perdon!
REY. *(Saliendo.)*
Me espera.
ESTREL. *(Saliendo.)*
Piedad de mí!

ESCENA XVI.

Dichos.—DON PEDRO.—ESTRELLA.

PEDRO. Muere!
ESTREL. Ah!
REY. Don Pedro!
PEDRO. (Dios mio!
El Rey!)
(A Estrella.)
Salid sin demora.
REY. No, que esa calma traidora
denuncia proyecto impío:
yo defiendo...
PEDRO. (Tal ofensa!)
Si ella admite de esa suerte...
ESTREL. Admito de vos la muerte
primero que su defensa.
Salgamos pronto de aquí...
mas sabed antes, señor,
que aquella carta de amor
para Lisardo escribí.
REY. Para él!
ESTREL. La Dueña infame
os dió el escrito fatal.
PEDRO. Respiro!
ESTREL. Soy criminal,
si es un crímen que le ame.

REY. Ah maldicion!
ESTREL. Mi esperanza
es su amor hasta que muera!
REY. Oh! Ni aun disfruto siquiera
el placer de la venganza!
ALC. *(Saliendo.)*
Señor, el reo...
REY. Dónde está?
ALC. Huyó de aqui disfrazado;
una ronda lo ha encontrado,
y preso... miradle!
TODOS. Ah!

ESCENA ULTIMA.

Dichos.—LISARDO.

LISARD. No quiso mi ruda suerte
cumplir vuestro buen deseo,
y segunda vez me veo
en los brazos de la muerte.
REY. Pues bien...
ESTREL. *(Aparte al Rey.)*
Vengará su encono
un Rey en un desdichado?
REY. A muerte estás condenado.
LISARD. Venga!
ESTREL. Oh! Dios!
REY. Yo te perdono!
ESTREL. Ah!
LISARD. Mi vida rindo esclava
de tu clemencia.
ESTREL. Ah señor!
TROPEZ. Pues este Rey es mejor
de lo que yo me pensaba.
PEDRO. En un convento, tu honra
guardaré.
REY. Se sabe todo;
y encerrarla será el modo
de confirmar su deshonra.

PEDRO. Qué exijis?
REY. Salvar su vida
no es la dicha de los dos?
Acabad, don Pedro, vos...
PEDRO. Qué decis? Al homicida?...
REY. Rodrigo en sangrienta lid
mató de Jimena al padre;
y Jimena, honrada madre
fué de los hijos del Cid.
LISARD. Si vos reclamais la ley
y el perdon os da pesar,
la muerte sabré buscar
en defensa de mi Rey.
REY. Veis qué noble corazon?
ESTREL. Padre, piedad!
(Se arrodillan.)
PEDRO. (Trance impío!)
Sed felices!
ESTREL. Oh! Dios mio!
TROPEZ. (Lo de siempre.)
PEDRO. Hijo! Perdon!
REY. Y qué gracia te concedo
en pago de la zozobra
que te hemos dado?
TROPEZ. De sobra
de los dos vengado quedo.
De tí, pues sin la doncella
se ha quedado tu pasion...
LISARD. Y de mí, por qué razon?
TROPEZ. Porque te casas con ella.

FINAL.

ESTREL. Que torne ya á la vida
el alma dolorida,
que torne ya el espíritu
á respirar amor.
LISARD. Que torne ya á la vida
el alma dolorida,
que torne ya el espíritu
á respirar amor.
REY. El hórrido vacío
que siente el pecho mio,

lo llena el noble júbilo
que nace del perdon.

PEDRO. El hórrido vacio
que siente el pecho mío,
lo llena el noble júbilo
que nace del perdon.

CORO. Que viva Rey tan grande,
que eterno viva y mande,
que todo rey mágnanimo
imágen es de Dios.

FIN.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 11 de Octubre de 1853.

Examinada por el Sr. Censor de turno, puede representarse.

Antonio Benavides.

Sevilla y 26 de 1884
Puede ser
El Censor
G. G. y Tol

LA ESTRELLA Ó LA PROVIDENCIA.

LA ESTRELLA

Ó LA

PROVIDENCIA,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

D. MARIO MENDEZ BEJARANO, Y D. MANUEL ARROYO Y ALCANTARA.

Estrenada con aplauso en el Teatro de Cervantes, el dia 9 de Enero de 1882.

SEVILLA.

IMPRENTA DEL CIRCULO LIBERAL, ROSARIO 21.

1882.

PERSONAJES.	ACTORES.
INES.	SRTA. CALLE (D.ª MICAELA.)
D. DIEGO.	SR. MARTINEZ (D. ENRIQUE.)
D. JUDAS.	» PARDIÑAS.
RICARDO.	» FERNANDEZ.
SIMON.	» AGUILAR.

La acción en Madrid, y en la época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que prescribe la ley.

ACTO ÚNICO.

Salon lujosamente amueblado.—A la izquierda del actor un sofá.—Puertas al foro y laterales.

ESCENA I.

SIMON (con un plumero.)

Tanta y tanta batahola
me ha dejadu cómo un bolu,
¿no soy yo Simon Bartolu?
Pues me tiendu á la bartola.
(Tira el sombrero y se tiende en el sofá.)
¡Destinu el miu tremendu!
Yo, dormilon sin sejundu,
que cuando vine á este mundu,
dicen que nací durmiendu.
Y, durmiendu sin cesar,
sejí tres meses lo mismu
y ¡ni el agua del bautismu
púdome hacer dispertar!...
Caséme yo y ¡qué rareza!

Al puntu que nos casaron
todu el sueñu me quitaron
los dulores *de cabeza.*
Mi muguer, que está bien muerta,
cun cariñu me decía:
¡Qué te quieru, vida mia!
Dispierta, Simon, dispierta.
Después de un año, si á verme
dispiertu un dia llejaba
higuitu miu, exclamaba:
duerme, Simoncitu, duerme!
¡Qué durmir! ¡Pur mis pecadus!
Y decía cun pasion:
¡me justas tantu, Simon,
con esus ojus cerradus...!
Cuandu vine ¡qué placer!
Como un brutu me tendia
¡y qué bien, qué bien durmia
(Llevándose la mano á la cabeza.)
sin cuidadus ni muguer!
Mas cada dia que pasa
más D. Dieju va tardandu
y aquí me tiene velandu
hechu el serenu de casa.
El se divierte muy bien
y no piensa desde lueju
en lo que sufre un galluju
casi racional tambien.
Más que tarda me suspechu
y no puedo resistirme
¡qué á justu voy á durmirme! (Hace ademan de quedar dormido. Don Diego entra preocupado y arroja el abrigo sobre la cara de Simon.)
¡Santiaju! ¡que se hunde el techu!

ESCENA II.

D. Diego y Simon.

Diego. ¡Animal!
Simon. Ese soy yo.
Diego. ¿Y la señora?
Simon. Llorandu.
Diego. (Siempre lágrimas.)
Simon. Velandu
toda la noche pasó.
Rezandu se arrodillaba,
le llamaba á V., gemia,
cada sombra que veía
usted se le figuraba.
Diego. No sigas. (Conmovido.)
Simon. ¡Por Belcebú!
¡Qué suspirus!
Diego. ¡Qué tormento!
Simon. ¡Qué sullozos y qué acento!
Diego. (Amenazóndole é indicándole la puerta.)
¡Y qué animal eres tú! (Sale Simon.)

ESCENA III.

D. Diego, (Solo.)

(Páusa.)

¡Mi situacion sin disputa,
es para pegarse un tiro!
Otros lo han hecho, y lo hacen
con mucho menos motivo.

¡Diez mil duros, en seis dias,
he perdido, en el Casino!
¡Me encuentro arruinado! Pero
mi mujer no tiene indicios
ni la más leve sospecha....
Se queja de mis desvíos,
de mis ausencias nocturnas;
pero nada más.... ¡Dios mio!
¿Que se halle el hombre sujeto
al influjo del destino!...
Porque no hay que darle vueltas:
lo que ha de ser está escrito.
Pero tengo una esperanza;
es decir, tengo un amigo
de corazon. ¡Quiera Dios
que lo sea de bolsillo!
Hoy le pediré un empréstito;
buscaré el desquite pícaro,
que tantos disgustos suele
dar á muchos... á muchísimos!
Si yo soy una escepcion,
entonces el triunfo es mio,
y si nó, queda un recurso,
el recurso del suicidio.

ESCENA IV.

DON DIEGO, INES, luego SIMON.

INES. Diego...
DIEGO. (Con aspereza.) Eres tú?
INES. (En tono de dulce reconvencion.) Diego! Diego!
¿Así pagas mi cariño?
¿Dónde has estado esta noche?

DIEGO. He estado.... con los amigos.
INES. Hace un mes, un mes y dias (con amargura.)
Que está pasando lo mismo.
DIEGO. Negocios de alta importancia
Que agitan los altos círculos
Me embargan....
INES. ¡Toda la noche!
DIEGO. Hé adquirido compromisos....
INES. ¿Que yo no puedo saber?
DIEGO. No; son sucesos politicos.
INES. Diego: hace un año, esta casa
Era un bello paraiso
De amor y felicidad,
De ventura y regocijo.
Tú dedicabas tu vida
Al trabajo mas asiduo
Y buscabas luego el premio
De tu afan, en mi cariño.
Y ahora... ¡que diferencia!
Tan solo encuentra desvio
El dulce amor de tu esposa
DIEGO. Mira, Inés, ese tonillo
Es.... de muy mal tono
INES. ¡El ocio
Tan solo engendra fastidio!
DIEGO. El amor y los trabajos,
Hija, siempre andan unidos, (Irónico.)
INES. No me saques del asunto
DIEGO. Ni tú me saques de quicio.
¡Vaya!
INES. Cuando trabajabas
Me amabas más, Diego mio
DIEGO. ¿Que quieres? Fatalidades
INES. ¡Fatalidades!
DIEGO. Yo sigo,
Como todo sér viviente,
Los impulsos del destino.
Precisa nacer de pié:

Para el que nace tendido
Es inutil luchar. Todo
Lo que ha de ser, está escrito.

INES. ¡Ay Diego! ¡Ese, por desgracia,
Ese es tu eterno estribillo.

DIEGO. Y lo será mientras viva.
No existe el libre albedrio;
Sobre nuestra voluntad
Suelen estar los caprichos
De la fortuna: sí; el hombre
Que desgraciado ha nacido
Es inútil que trabaje;
No le vale ser activo:
Grano de polvo que arrastra
La tempestad del destino
Ni el polvo ni el viento saben
Dó irá á estrellarse.

INES. ¡Dios mio!
¿Quien dá al ave de los campos
Sustento, sol, aire y nido?
¿Quién se acuerda de las flores
Y las besa con rocío?
¿Quién dá esperanzas al alma
Y alumbra nuestro camino?
¡La Providencia!

DIEGO. (Interrumpiendo.) Mujer:
Abandona ese lirismo
Propio de un predicador
O un poeta de otros siglos
Y oye; que la humilde araña
Desde su oscuro retiro,
Cuando siente alguna mosca
Aleteando entre sus hilos,
Dé el nombre de Providencia
Al poder desconocido
Que allí le atrajo la mosca,
Lo entiendo; más no concibo,
Y quiero que tú me digas,

El nombre ó el apellido
Que dá la mosca al poder
Que la condujo á aquel sitio.

SIMON. (Entrando.) Señor por usted pregunta

DIEGO. ¿Quién?

SIMON. Unu que en mi sentidu,
Más que aspectu de cristiano
Tiene aspectu de gudío.
Dicese llamar D. Gudas.

DIEGO. (¡Mi usurero!)

SIMON. Es así, un tipu,
Comu de ave de rapiña:
Nariz aguileña, vizcu,
Y su voz parece, más
Que voz humana, gruñidu.

DIEGO. Dile que pase.

SIMON. (Es un ave
De mal ajuero, de fiju.)

DIEGO. ¡Corre, gaznápiro!

SIMON. Voy (andando despacio)
En vulandas señurito.

DIEGO. No te caigas.

SIMON. No me caiju.
(Aparte y saliendo) Como tenju el pié tan chicu!
(Sacándolo.)

INES. Dí, ¿quién es ese D. Judas?

DIEGO. Un tal D. Judas Carrillo;
Un hombre honrado, sujeto
A quien yo aprecio muchísimo.
Pero mira, viene á hablarme
De un negocio..... Te suplico
Que nos dejes.

INES. (¿Qué negocio
Será ese?) Me retiro.

ESCENA V.

D. DIEGO á poco D. JUDAS.

DIEGO. (Faltando á lo convenido,
En mi casa se presenta
Este pájaro de cuenta.)
JUDAS. Aquí estoy yo.
DIEGO. Bien venido;
Aunque lo pactado.....
JUDAS. Sí,
Recuerdo perfectamente.
DIEGO. Prometiò solemnemente
No parecer por aquí.
JUDAS. Cabal, siempre que la.... *urgencia*
Se resolviese en mi casa;
Pero como V. no pasa
A *honrarla* con su presencia.
DIEGO. Hoy vence el plazo, lo sè;
Mas no es hora todavía.....
JUDAS. Es que yo madrugo el dia
De cobrar un pagaré.
DIEGO. Sí, pero....
JUDAS. Acudo veloz....
DIEGO. Más bajó.
JUDAS. Es que para hablar,
No lo puedo remediar,
Tengo ese *metal* de voz:
Voz que en el tono se advierte
Del *acreedor*, sí señor. (Marcando.)
Como es justo, el *acreedor*,
Siempre habla fuerte, muy fuerte!
Hablo con razon sin tasa.

DIEGO. Don Judas!.... (¡Me ahoga el despecho!)
JUDAS. Nada! ¡Estoy en mi derecho!
DIEGO. ¡Pero yo estoy en mi casa!
JUDAS. Concluyamos. Mi dinero
A cambio del pagaré:
Toma y daca, y verá usté
Que pronto cojo el sombrero
Y, saludando con arte,
¡Pues! diplomáticamente,
Me marcho bonitamente
Con la mûsica á otra parte.
DIEGO. (¡Lástima de bala rasa!)
JUDAS. No hablemos á troche y moche.
Mi dinero.
DIEGO. Sí: esta noche
Lo tendrá V. en su casa.
JUDAS. ¿Esta noche?
DIEGO. No hago alarde
De mi palabra jamás
En vano.
JUDAS. Pero....
DIEGO. Quizàs
Esta tarde.
JUDAS. Huele á tarde.
DIEGO. Pues bien, ahora ya no ruego;
Ahora mando.
JUDAS. Bueno! ¿y qué?
DIEGO. Retírese usté.
JUDAS. Me iré,
Sí señor; pero.... ¡Hasta luego!
DIEGO. ¡Don Judas!
JUDAS. Pero, querido,
Tiene V. una manera
De tratarme.... Ni que fuera....
¡Ni que fuera yo un bandido!
De un modo poco cortés
Recibe V. à la gente.
DIEGO. ¡Por última vez...! (Indicando la puerta.)

JUDAS. Corriente.
Lo dicho..... ¡y hasta despues!

ESCENA VI.

DIEGO.

¡Hombre-mármol! ¡hombre-cifra!
Torpe vampiro infernal
Que con bárbaro egoismo
Explotas la sociedad!
¡Yo te execro! ¡Te abomino!
Porque en el órden social
Eres, no el acreedor mio,
Eres mucho, mucho más;
¡Eres acreedor al ódio
De toda la humanidad!

ESCENA VII.

DIEGO.—RICARDO.

RICARD. Buenos dias, Diego.
DIEGO. (Bruscamente.) Buenos.
RICARD. ¿Qué tienes?
DIEGO. El preguntar
Lo que tengo, es un insulto.
¡Yo no tengo nada!
RICARD. ¡Bah!
¿No has de tener? En mí tienes
Un amigo.
DIEGO. La amistad
Es un mito, ¡una mentira!
RICARD. Pero, Diego.....
DIEGO. ¡Y nada más!
(Saliendo precipitadamente por el foro.)

ESCENA VIII.

RICARDO, luego SIMON.

RICARDO. ¡Pobre, pobre amigo mio!
Conozco tu enfermedad,
Y muy poco hé de valer
Muy poco, ó te hé de curar;
Que no ha de ser nombre vano
En este mundo inmoral
El nombre que crees un mito,
El nombre de la amistad.
SIMON. (Saliendo.) Señoritu.....
RICARD. ¿Qué se ofrece?
SIMON. Don Dieju bebiendo vá
Los vientus por la escalera.
RICARD. Bebedor bueno será.
SIMON. Pues es muy mala bebida.
¿Qué pasa?
RICARD. ¿Qué ha de pasar?
Y despues de todo ¿á tí,
Don Gallego, que te dá?
SIMON. Soy su viegu servidor (Se cuadra.)
Y bien merece mi afan
Pur servirle....
RICARD. Tu afan necio,
Es afan de investigar:
No es verdadero cariño,
Es torpe curiosidad.
SIMON. Repitu.....
RICARD. Déjame solo!
SIMON. Pero.....

RICARD. Solo!
SIMON. Buenu vá.
Pues ahí se queda usté
Cantandu..... la soledad.

ESCENA IX.

RICARDO después D. JUDAS.

RICARDO Está visto los criados
Son una plaga social
JUDAS Aquí estoy yo,
RICARDO Caballero....
JUDAS ¿Pues no es D. Diego?
RICARDO No está;
Pero está su amigo, amigo
De toda su intimidad.
JUDAS Entonces lo que á él importa
Tambien á V. importará
RICARDO ¿Pues no ha de importarme? ¡mucho!
JUDAS Mucho ¿Eh?
RICARDO Puede V. hablar
JUDAS ¿Usted está?. .
RICARDO Autorizado.
JUDAS En ese caso no habrá
Inconveniente en decirle....
RIDARDO Diga V.
JUDAS Pues, la verdad,
Tengo contra el tal D. Diego.
Este pagaré formal.... (Lo enseña.)
RICARDO A ver (Vá á tomarlo.)
JUDAS Eso no. Estas cosas
Nunca se debe soltar
Hasta que cante el dinero

En la mano; bastará
Conque la recorra V.
Con la vista.... y nada mas. (Presentándoselo pero sin soltar.)

RICARDO Debe á V. treinta mil reales,
Y hoy vence el plazo fatal.

JUDAS Justamente

RICARDO ¿Y qué?

JUDAS Que.... nada.
En la forma en que esto está
Redactado....

RICARDO ¡Una escritura
De depósito!

JUDAS Cabal.
O me paga ó vá á presidio,

RICARDO ¡Miserable!

JUDAS ¿Quien? ¿yo? ¡Cá!
¡Un hombre que tiene ochenta
Mil duros de capital!

RICARDO Pero es V. pobre, pobre
De espíritu y de....

JUDAS ¡Bah! ¡Bah!
Yo lo que sé es que he tenido
La gran generosidad
De hacerle un préstamo al treinta
Por ciento

RICARDO ¡Al treinta!

JUDAS No mas:
Esto, ¡ya vé V.!.... se llama
proceder con equidad

RICARDO ¡Eso es ser un miserable
Como le he dicho á V. yá!

JUDAS Llàmeme V. lo que quiera;
Lo que me importa es cobrar.

RICAEDO Cobrará V.

JUDAS ¿Quien me paga?

RICARDO ¿Quien? ¡yo!

JUDAS ¿Que V. pagará? (Con alegría.)

Corriente, pues á eso vengo.
Los treinta mil en metal
O en papel, como V. quiera;
A mi lo mismo me dá.

RICARDO Despues....

JUDAS ¡Bah! Despues.... Ya veo
Que V. habló por hablar....

RICARDO Mire V. aquí.... (Sacando una cartera abriendola y enseñándosela.

JUDAS ¡Caramba! (Abriendo los ojos exajeradamente.)
¡Caramba! ¡Pues es verdad!

RICARDO ¿Son treinta mil reales justos?

JUDAS Sin añadir ni quitar.

RICARDO Pues contiene esta cartera
Doble de esa cantidad.

JUDAS Venga pues.

RICARDO Paciencia.

JUDAS ¡Hombre!

RICARDO Tenemos antes que hablar
Yo voy á pagarle á V.

JUDAS Tanta generosidad....

RICARDO Pero condicionalmente.
D. Diego debe ignorar
Que hé satisfecho la deuda

JUDAS Bien; pero....

RICARDO V. seguirá
Apremiándole lo mismo

JUDAS Pero...

RICARDO Que antes de cobrar.

JUDAS No entiendo....

RICARDO Ni es necesario.
Aqui tiene la mitad. (Entregándole unos billetes que Don Judas toma y acaricia.)
Siga V. haciendo el papel
Del acreedor pertinaz.
Váyase V., vuelva luego
Cuando esté D. Diego,

JUDAS ¡Ya!

RICARDO Sígale V. acosando,
JUDAS Sé bien lo que es acosar
RICARDO Y antes de que en este dia
Espire el plazo fatal,
Cuando yo crea oportuno,
Tendrá V. la otra mitad.
JUDAS Pero....
RICARDO (Indicandole la puerta.) Lo dicho.
JUDAS Hasta luego.
RICARDO Lo dicho. (Id. con imperio.)
JUDAS Es particular.

ESCENA X.

RICARDO luego INES.

RICARDO ¡Y que á un ente así se llame
Y se califique de hombre?
¡No, no merece ese nombre
Bicharraco tan infame!
INES ¡Ricardo!
RICARDO Inés....
INES ¡Ay amigo!
Si V. supiera...,
RICARDO Si sé
La cuestion del pagaré.
INES ¿Que dice V.?
RICARDO ¿Que qué digo?
Que no tenga V. cuidado:
Sin la menor dilacion,
Ese pagaré en cuestion,
Quedará hoy mismo pagado.
INES ¿Pero de qué me habla V.?
No comprendo....
RICARDO Yo creia
Que V., señora, tenía
Noticia del pagaré
INES ¿Contra mi marido? ¡Ch!

RICARDO Pero no hay que temer nada.. .
La deuda será pagada.
INES ¿Pero quien, Ricardo?
RICARDO Yo.
INES ¡Fiel amigo!
RICARDO Es un deber.
INES Que pocos cumplen
RICARDO Ahora
Yo le diré á V., señora,
Lo que debemos hacer.
Diego ignora, es más, conviene
Ignore que la cuestion
Conveniente solucion,
Como ya hé dicho á V., tiene.
Al verle V. apurado
No consuele su pesar;
Al revés, debe afectar
Que la tiene sin cuidado.
INES ¿Pero como quiere usté?...
RICARDO Es porque conviese así
INES Pero....
RICARDO ¿Tiene V. fé en mi?
INES ¡Que si tengo en V. fé!
RICARDO Pues haga lo que le digo
INES ¡Oh! ¡si señor! Desde luego.
RICARDO Gracias.
INES Yo sé que mi Diego
Tiene en V. un amigo
RICARDO Creo que él se acerca
INES Sí.
RICARDO Que le hable á solas conviene.
INES Adios.
RICARDO No en vano V. tiene
Tanta confianza en mí.

ESCENA XI.

RICARDO.—DIEGO.

DIEGO ¡Ay, Ricardo, amigo mio!
¡Cuánto de verte me alegro!
RICARDO ¿Qué ocurre?
DIEGO Que en el mayor
De los conflictos me veo.
RICARDO Explícate.
DIEGO Aunque nos une
El vínculo más estrecho
De amistad, yo te hé ocultado
El mayor de mis defectos.
Como tú indudablemente
Eres un jóven modelo,
No me he atrevido hasta ahora
A revelarte un secreto:
Me domina una pasion.
RICARDO Y qué pasion?
DIEGO La del juego.
RICARDO Es posible?
DIEGO Sí, Ricardo!
¡Estoy arruinado! Debo...
RICARDO Debes enmendarte.
DIEGO No, no es precisamente eso;
Es más grave: treinta mil
reales á mi usurero.
RICARDO Y bien, ¿quién tiene la culpa?
DIEGO Yo, yo tan solo la tengo.
RICARDO Entónces, ¿por qué te quejas?
DIEGO ¿Dices que por qué me quejo?
¿Pues á quién sino à un amigo,

A un amigo tan sincero
Como tù....

RICARDO ¿Quieres que te hable
Con toda franqueza, Diego?
Pues desde que sé que tienes
Tan gravísimo defecto,
Has perdido para mí
El veinte y cinco por ciento.

DIEGO Ricardo! (En el colmo de la extrañeza.)

RICARDO No más.

DIEGO Ricardo!

RICARDO Chico; yo te soy ingénuo!

ESCENA XII.

Dichos.—D. JUDAS; luego DIEGO Y RICARDO.

JÚDAS ¡Héme de vuelta

DIEGO ¡D. Júdas!

JUDAS O, por mejor decir, vuelvo.
El pagaré... (A D. Diego.)

DIEGO (Conteniendo su cólera.) Ya le hé dicho...

JUDAS Bueno! hombre ¡bueno! ¡bueno!
Pero yo soy impaciente. (Señala al bolsillo.)
Cuestion de temperamento.

DIEGO Pero habrá venido Vd. (Id.)
Por la puerta?

JUDAS A lo que vengo.

DIEGO Pues bien, va Vd. á salir
Por el balcon. (Lanzándose sobre él.)

JUDAS (Huyendo.) ¡Vade retro!

RICARDO Diego, no tienes razon.

DIEGO ¿Qué? (Asombrado.)

RICARDO No tienes razon, Diego.

DIEGO ¡Ricardo!
RICARDO Todo el que debe
Debe pagar.
JUDAS Es un hecho.
DIEGO (¿Y hay amistad? ¡Nò! ¡Mentira!)
JUDAS (El pagaré.) (à Ricardo.)
RICARDO (Mi dinero.) (á D. Judas: cambio rápido.)
JUDAS Conque lo dicho, querido.
Aun no ha trascurrido el término.
Volveré dentro de un rato.
Conque...
DIEGO ¡Miserable! (Lanzándose otra vez sobre él.)
JUDAS Vuelvo. (Huye.)
DIEGO ¡Bribon!
RICARDO ¿Bribon? y ¿porqué?
DIEGO. ¿Porqué? Porque el usurero
Me hizo firmar escritura
De depósito! ¡Un empréstito!
¿Necesita, por ventura
garantías de ese género?
JUDAS (Asomándose.) Prueba que las necesita
Es que ni con ellas puedo
Arrancarle á V. dos cuartos.
DIEGO Le voy... (Avanzándose á D. Judas.)
JUDAS ¡Caspitina! (Vase.)
RICARDO Diego...
¿Y tú porqué lo has firmado?
(Trayéndole al proscenio.)
DIEGO Necesitaba dinero.
RICÀRDO Por tu culpa; toca ahora
Las consecuencia del juego.
(Vá á marchar. Diego después de vacilar le detiene.)
DIEGO Ricardo: tú eres mi amigo,
Y no mi fiscal severo.
Ya sabes el compromiso
Gravísimo en que me encuentro.
RICARDO ¡Justo! Ir por crímen de estafa
Derechito al Saladero.

DIEGO ¡Pero tú puedes salvarme!
Por que tu tienes...
RICARDO Yo tengo
Mis ahorros: son el fruto
De mi trabajo. Lo debo,
Más, más que á la inteligencia,
A una voluntad de hierro.
DIEGO Pero ahora haràs por mí,..
RICARDO Chico: yo nada hacer puedo.
Tú te lo has querido, sufre
El resultado funesto
De tus vicios. ¡Yo tirar
El pago de mis desvelos!..
DIEGO ¿Y me hablas así, Ricardo?
¿Tú, mi amigo y compañero
De la infancia?
RICARDO ¿No hé de hablarte
Cuando me obligas á ello?
¿Tú quieres que el premio justo
De mis perennes esfuerzos
Lo entregue á una mano impía
Que lo pierda en un momento
En una sota de bastos
O un dos de oros, por ejemplo?
¡Jamás! El hombre que es hombre,
Tiene conciencia y criterio.
Dios te dotó de ambas cosas
Y no tienes el derecho
De quejarte. ¡Sufre! ¡Sufre
Las consecuencias del juego!

ESCENA XIII.

DIEGO (solo.)

¡Pero, Dios mio! ¡Dios mio!
¿Estoy soñando ó despierto?
Encuentro un juez en mi amigo

Sí, ¡un juez! Su voz es el eco
De mi conciencia que grita:
¡Eres un infame, Diego!
Del azar á los caprichos
Arrojaste tu dinero
Que era laborioso fruto
De tu honradez y talento....
¡No te quejes! Calla y sufre
Las consecuencias del juego.

ESCENA XV.

DIEGO Y SIMON.

SIMON (Pur saber lo que nun sé,
Suy así, me despepitu!)
Díjame V., señoritu:
¿Qué es lu que le pasa á usté?
DIEGO ¡Quita!
SIMON Señor.... señuritu....
V. sabe que le quieru
Y veu un dulor verdaderu
En su fisiunómia escritu.
Non suy brutu ni bribon
Y empecé á estudiar al fin,
Si nó aprendí bien latin
Fué....
DIEGO Porque eres de laton,
Déjame.
SIMON Bien puede ser
Un dijustu conyujal.
Yo lu pasé mal, muy mal
Con mi difunta muguer.
Dan las mugueres mil chascus

Y lu que es la mia era,
Aunque pesada, liguera;
Pero liguera de cascus.

DIEGO ¡Déjame ó por vida de!....

SIMON Mi muguer era una harpía.
¡Una fiera! Cierto dia...,
¡Dia aciajo! la encuntré
Un ros sobre el delantal,
Y.... ¡Todu sea por Dios!
Habia cerca del ros
Un caballeru oficial....

DIEGO Calla!

SIMON Otro dia..., ¡Cruel
Recuerdu! sobre el sufá
Me encuntré ¿quién lo creerá?
Pues el ros de un corunel.
Fué mi furor tan inmensu....

DIEGO ¡Y dale! ¡Maldita charla!

SIMON ¿Sabe V. qué hice? Darla
El parabien del ascensu.

DIEGO ¡Calla, imbécil!

SIMON Callaré;
Pero en que hice bien insisto.

DIEGO ¡O te callas, vive Cristo!
O te doy un puntapié! (Dándoselo.)

SIMON *Fúgite* (Tiene la táctica
De los hombres de energuía,
Que quieren que á la teoría
Siga al instante la práctica.)

ESCENA XVI

DIEGO, luego Inés.

Ricardo tiene razon.
Yo que cometí el pecado,
Atenerme al resultado
Debo con resignacion.

INÉS (Allí está mi pobre Diego,
Triste, mustio y cabizbajo
Yo su dolor templaria,
Tierna, abriéndole los brazos;
Pero ántes debo seguir
Los consejos de Ricardo.
¡Triste es besar con el alma
Y hacer sangre con el labio!)

DIEGO Por más que busco el remedio
Al mal, no puedo encontrarlo.

INÉS ¿En qué piensas Diego?

DIEGO ¡Inés!
Tu amor, tu amor será el bálsamo
Que cicatrice la herida
De un corazon desgarrado.

INÉS (¡Pobre Diego de mi alma!)

DIEGO ¿Hallas mi lenguaje extraño?

INÉS No te entiendo.

DIEGO !Esposa mia,
Héme aquí desesrperado!

INÉS ¿Pues qué tienes?

DIEGO No sé cómo
Querida Inés, explicártelo;
Pero un marido leal
Tiene el deber de ser franco.

Inés, ¡soy un miserable!

INÉS ¿Tú?

DIEGO Sí, yo: estoy arruinado.

INÉS ¿Es posible?

DIEGO Yo que un tiempo
Con ardor amé el trabajo,
Que entre tú y él compartía
Mi existencia, yo del diablc
Del fatal tapete verde
Sufrí el dominio satánico.
Si; mi ausencia por las noches,
Mi desden á tus halagos
Otra razon no tenian
Que ese vicio malhadado.
¡Me ha conducido á la ruina!
¡Al descredito! Insensato,
Deudas contraje que pueden
Cubrir mi nombre de escándalo.
Pero tú, tú eres un ángel,
Y al verme deseperado
Sabrás perdonar á un loco
Que, de hoy mas, será tu esclavo.
¿No es verdad, Ines? Dí.

INES ¡Diego!
¿Asi respeta el lazo,
Que nos une? ¿El juramento,
Aquel juramento santo
Que con fé los dos hicimos
Al pié del altar postrados?
Al labrar tu desventura,
¿Tenías derecho acaso
A labrar tambien la mia?
Nos une un eterno lazo...

DIEGO ¡Ines, perdon!

INES (¡Pobre Diego!)
(Mas, fingir es necesario.)

DIEGO ¡Perdon! ¡Perdon!

INES ¿Lo merece

¿Un proceder tan ingrato?
¿Tu sabes lo que hé sufrido?
Di, ¿merecia tal pago
El fiel amor de una esposa
Que te idolatraba tanto?

DIEGO Vé que al pié de un tribunal
Puede arrastrarme un avaro
Usurero, vé que puede
Severa la ley acaso
Atar al pié de tu esposo
¡El grillo del presidiario!

INES Pues tuya es la culpa, sufre
La expiacion resignado.

DIEGO ¡Hasta mi esposa! ¡Dios mio!

INES No sin razon te rechazo.

DIEGO Si: haces bien. (Estoy resuelto.)
¡Adios! ¡Adios!

INES (Me está ahogando
La pena). ¿Adonde vás, Diego?

DIEGO ¡No sé! ¡Déjame!... ¡Ricardo!
(Tropezando con él al salir.)

ESCENA ULTIMA.

RICARDO Y DICHOS.

RICARDO Diego, ¿á donde vás?

DIEGO. Aparta.

RICARDO No: en tu rostro demudado,
Como en libro abierto, leo
Un pensamiento incensato,
Criminal, quizá el suicidio.

DIEGO ¿Y eso os puede importar algo?
¿Que espera aquel que ha perdido
Bienes que le eran tan caros?

¡El amor, la amistad: todo
Lo mas puro, lo más santo,
Que une al hombre á la existencia
Con indisolubles lazos!

INES (¡No puedo más!) ¡Diego!

DIEGO ¡Quita!
¿Me retienes á tu lado
Cuando me aborreces?

INES ¿Yo?

DIEGO ¡Tú lo has dicho!

INES ¿Yo?... ¡Te amo
Mas que nunca!

DIEGO ¿Me perdonas?

INES ¿Como has podido dudarlo?

DIEGO ¡Inés, Inés de mi vida!
¡Deja que vuele á tus brazos!

INES De hoy mas seremos felices.

DIEGO Ines: ¡Estoy arruinado!

INES ¿Eso que importa? ¿No puede
Rehabilitarte el trabajo?

DIEGO Tengo además contra mí
Un pagaré.

INES Está pagado.

DIEGO ¿Será posible?

INES Si, Diego.

DIEGO ¿Y quién?

INES Tu amigo Ricardo.

(Diego que debe encontrarse entre los dos los abraza con efusion.)

DIEGO ¡De amor y amistad los nombres
No en balde con fé hé invocado!
¡Se juzgaba desdichado
El más feliz de los hombres!
Esto graba en mi conciencia,
La idea de lo infinito
Antes decía: ¡Está escrito!
De hoy mas diré: ¡Hay Providencia!

TELON.

ADVERTENCIA.

La distinguida actriz que honró esta obrita en su extreno fué D.ª AMALIA CALLE *y no* D.ª MICAELA, *como por equivocacion se dice en el reparto.*

LA
ESTRELLA ROJA

DRAMA

EN TRES ACTOS Y SEIS CUADROS Y EN VERSO

original de

D. JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN

Representada por primera vez
en el TEATRO ESPAÑOL el 19 de Noviembre de 1890.

MADRID
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE EL LIBERAL
calle de la Almudena núm. 2.
1890

PERSONAJES.	ACTORES.
SARA, mujer de.....	D.ª AMPARO GUILLÉN.
ASSER.....	D. RICARDO CALVO.
SAMUEL, padre de Sara.....	DONATO JIMÉNEZ.
JACOB, hermano de Samuel....	JOSÉ CALVO.
LUIS, niño de 11 años.....	Niña MARÍA BAJATIERRA.
TÉLLEZ, soldado.	D. JOSÉ PÉREZ.
FRAY BERNARDO.....	JÁIME RIVELLES.
FRAY ANTONIO.....	ENRIQUE F. JÁUREGUI.
OFICIAL.....	FRANCISCO L. JIMÉNEZ.
JUDÍO 1.º.....	MANUEL MOLINA.
HOMBRE 1.º.....	FERNANDO CALVO.
JUDÍO 2.º.....	HILARIO FERNÁNDEZ.
HOMBRE 2.º.....	EDUARDO LÓPEZ CHICO.
UN PRESO.....	ANTONIO RUIZ.

Pueblo, conversos, soldados.

La acción en Lisboa. El acto primero en 1497: el segundo y tercero en 1506.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada «El Teatro,» de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ADVERTENCIA DEL AUTOR

La Estrella Roja está inspirada en los acontecimientos que precedieron á la expulsión de los judíos de Portugal, reinando D. Manuel, y en la horrible matanza de conversos que ocurrió en Lisboa en 1506. Sólo es histórico en este drama el marco de la obra: es decir, la ley que privó á los judíos de sus hijos; la impresión que produjo en sus familias; el milagro de la luz, causa del motín de Lisboa y el nombre del dominico *Fr. Bernardo*, que pagó en el cadalso su predicación sanguinaria en unión de otro compañero. Todos los personajes de la obra son imaginarios, aunque he acomodado sus actos á la conducta que siguieron hebreos y cristianos en aquella trajedia lastimosa. *Asser* es la personificación de los escasos judíos que se portaron virilmente en aquella persecución. *Samuel* representa la avaricia y egoismo de que acusaba á todos la voz pública: la cobardía y pusilanimidad de los perseguidos resulta de sus actos. *Fray Antonio* representa la parte del clero que se opuso á las crueldades del gobierno y del populacho y á la violenta conversión. Sólo he hecho una sustitución caprichosa de los sacrilegios de que se culpaba á los conversos de Lisboa, por ser poco teatrales, con el martirio de *Luis*, pero aún este no es imaginario: la historia del Santo Niño de la Guardia y el martirio y

crucifixión de otros muchos niños, atribuídos á los judíos en la Península, me parecieron más propios y escénicos para dar verosimilitud legendaria á los rencores semíticos.

El título de La Estrella Roja no es sino el signo que les distinguía de los católicos, por obligar una ley á los judíos portugueses, para que no se confundiesen con los cristianos, á llevar cosida al traje exterior una estrella roja de seis puntas.

ACTO PRIMERO

La acción en Lisboa: en casa de Samuel. En el fondo puerta de la calle: á la izquierda puerta interior de la casa: en el suelo otra puerta que conduce á la cueva: á la derecha una ventana.

ESCENA PRIMERA

JACOB con una linterna en la mano alumbra á SAMUEL, que sale de la cueva.

JACOB. ¿Quieres la mano?
SAM. Conozco
á palmos toda la cueva:
yo siempre bajo sin luz,
por tí encendí esa linterna:
apágala, no me gusta
que se derroche la hacienda.
JACOB. Déjala arder, ¡qué te importa!
¿No huyes hoy mismo? ¿No dejas
en poder de los cristianos
los restos de tu despensa,
tus ricos muebles de roble,
tu hermosa casa de piedra?
SAM. ¡Oh desolación! La fuga
nos arruina: es una idea
disparatada.
JACOB. Prudente,
inevitable y discreta:
así hicieron nuestros padres
al abanponar las tierras
de Faraón.

SAM. Y en el desierto,
sobre la estéril arena,
las ricas ollas de Egipto
recordaron con tristeza.

JACOB. Samuel, no han visto tus ojos
como yo ví en la frontera
castellana, un pueblo entero,
qué un pueblo, la raza hebrea,
barrida de sus hogares
por la ruda soldadesca,
del mismo modo que el viento
arrastra las hojas secas.

SAM. Los ví en Lisboa, Jacob.

JACOB. Pero no en la hora suprema
de abandonar para siempre
su patria.

SAM. ¿La patria nuestra?
¡Ay, Jacob! No la tenemos.

JACOB. Entonces, ¿de qué te quejas
si vas á poner en salvo
los tuyos y tus riquezas?

SAM. ¡Cómo! ¿No he lamentar
lo que pierdo?

JACOB. Se compensan
las deudas que no te pagan
con las joyas que te llevas.

SAM. ¿No dí por ellas mis buenos
cruzados?

JACOB. Diste por ellas
en préstamo, lo bastante
á desear que no vuelvan
sus dueños á reclamarlas;
pues cuando tu fuga sepan
con el puño de sus dagas
golpearán en tu puerta.

SAM. No encontraremos, hermano,
otro Portugal.

JACOB. Tu inmensa
fortuna te hará feliz
en todas partes: no temas:
subo, Samuel, deslumbrado
por tus joyas y monedas;
qué caudal el de tus arcas
y qué brillo el de tus piedras.

SAM. Pues bien, Jacob: ¿no te espantas,
no te acobardas, no tiemblas
de exponer ese tesoro
á las rudas contingencias
de bandidos y corsarios,
de robos y de tormentas?

Cuando cruce un monte, temo
que grite cada caverna:
—Yo le crié en mis entrañas,
mío es el oro que llevas.—
Y temo si al mar me fio
que me reclame sus perlas.
Bien estaba mi tesoro
guardado bajo la tierra,
que así los suyos esconde
la sabia naturaleza.

JACOB. No hay losa que oculte el oro
si la codicia le acecha.
¿Verán con resignación
embarcar esas riquezas
los que, envidiosos y avaros,
de Portugal nos destierran?
¡Huyamos! que la avaricia
disimulada en la idea
religiosa, algo terrible
contra nosotros proyecta.

SAM. Tienes razón, pero tiemblo...

JACOB. Toda Lisboa está inquieta
presintiendo alguna infamia.

SAM. ¿Y tú crees lo que se cuenta?

JACOB. ¿Cómo creer que nos roben
nuestros hijos? Necio fuera.
No temo lo que se dice.

SAM. Tosca invención.

JACOB. Me amedrenta
lo que callan.

SAM. Convendría
averiguar con prudencia.

JACOB. Yo saldré.

SAM. Pero no tardes.

JACOB. La judería está cerca.

SAM. Que salimos esta noche.

JACOB. No faltaré; me interesa.
(*Sale por el fondo y Samuel va á cerrar la puerta, cuando le detiene una voz.*)

ESCENA II

SAMUEL y TELLEZ.

TÉLL. (*Desde fuera.*) No cierres.

SAM. ¿Qué se te ofrece?

TÉLL. Ya lo sabrás. (*Entrando.*) Ahora cierra si quieres.
(*Samuel cierra, dando señales de disgusto.*)

SAM. Despacha pronto.
TÉLL. Eso haré, que tengo priesa;
dejo á los míos formándose
en la plaza.
SAM. ¿Qué deseas?
TÉLL. Vengo á empeñarte mi brazo.
SAM. No presto sobre esas prendas.
TÉLL. *(Saca la espada: Samuel retrocede.)*
No temas. ¿Cuál ha de ser
el brazo y hasta la lengua
de un soldado? Ten mi espada;
nunca la entregué en la guerra
y á tí te la entrego en paz
por unos días.
SAM. *(Devolviéndosela.)* Resérvala
para tus hazañas.
TÉLL. ¡Cómo!
SAM. Que tengo mi casa llena
de armas, y todos las traen
y ninguno se las lleva.
TÉLL. No serán como la mía.
Llama á tu yerno, que vea
su temple, él lo entiende bien
y te dirá qué hoja es esta;
traspasa un peto y su dueño
puede afeitarse con ella.
¡Llama á Asser!
SAM. Si no está en casa...
TÉLL. ¡Cómo lo siento! Dios quiera
que vuelva en sí de sus yerros
y en cristiano se convierta,
que no parece judío
quien da estocadas tan recias
en la sala de armas. ¿Crees
que tarde mucho?
SAM. Está fuera.
TÉLL. *(Aparte.)* Entonces puedo hablar fuerte.
(Alto.) Despacha pronto y entrega
algún dinero.
SAM. Ya dije
que no puedo... que nos echan
de Portugal.
TÉLL. Aún os faltan
cuatro meses; considera
(Con tono amenazador.)
que es un negocio seguro,
que está Lisboa revuelta;
soy soldado y necesito
mi espada hoy mismo; que apenas
salga de aquí, voy á ver

si otro la suya me presta...
que estoy pobre...

SAM. Entre cristianos
es mérito la pobreza...

TÉLL. ¿Te burlas, hereje? *(Le amenaza.)*

SAM. Tente
ó doy voces.

TÉLL. La paciencia
me falta, y por si has dudado
de que es mi espada muy buena,
vas á conocer su temple
en tus espaldas: espera.

SAM. *(Huyendo hacia la puerta de la izquierda.)* ¡Sara! ¡Hija mía!

TÉLL. *(Envaina la espada.)* Cobarde.
No riño yo con las hembras.

SARA. *(Desde adentro.)* ¿Qué ocurre?

TÉLL. Nada; una broma.
(Sara aparece en traje de judía, y con un niño de tres años en los brazos.)
No temas, Samuel, no temas.
Con que el negocio...

SAM. No le hago.

TÉLL. Está bien: maldito seas.
(Aparte.) Pero, en fin, tienes un nieto;
me pagarás tu miseria. *(Sale dando señales de mal humor.)*

ESCENA III

SARA y SAMUEL.

SARA. *(Besa la mano á su padre.)*
Ese insulto no te inquiete;
si hay quien te ofenda iracundo,
también tienes en el mundo
quien te quiera y te respete.
Olvida esos atropellos,
pues que te ofrece, sin tasa,
amor y dichas tu casa,
que tal vez no tengan ellos.
(Presenta el niño.)
Y porque mi dicho fíen,
y tu ventura calcules,
mira estos ojos azules
que te miran y sonríen.

SAM. Gran consuelo es tu respeto,
y el candor de la niñez.

SARA. *(Volviendo á besar su mano.)*
Dame la mano otra vez,

y besa las de tu nieto.

SAM. Déjame darle un abrazo
muy estrecho...

SARA. ¡Que le oprimes!
Ay, padre, no le lastimes,
que tiene malito el brazo.

SAM. ¿Está enfermo?

SARA. Dolorido.

SAM. ¿Desde cuándo?

SARA. Desde ayer.
No se lo cuentes á Asser,
y te diré lo que ha sido.
Estaba el niño durmiendo,
su cara junto á la mía,
y su padre sonreía
al verle soñar riendo.
De pronto mudó el semblante
mi marido, en torvo y rudo,
mirando el brazo desnudo
del niño, y dijo anhelante:
—Tiene una cruz roja.—Sí.
—De verla asombrado estoy.
—Tú, contesté la ves hoy;
yo hace dos años la ví.
—¿Dos años, Sara, y criado
por una cristiana? ¡Oh!
—Ella ese signo imprimió.
Nuestro hijo está bautizado.
—¡Qué locura!—Ya adivino;
dijo, al llevarle en tu seno,
¡pensaste en el Nazareno!
—Ese es mayor desatino.
Tomó una aguja de oro...
yo me opuse... hirió cruel,
y el niño, al rasgar su piel,
despertó desecho en lloro.
Tinta roja echó en la huella,
Asser, con ojos triunfantes,
y lo que era una cruz antes,
se convirtió en una estrella.
Y el niño, en los brazos míos,
trocaba con gritos vanos,
por la cruz de los cristianos
la estrella de los judíos.

SAM. Bien hizo Asser.

SARA. Yo sufría,
cuando su piel desgarraba,
horriblemente, pensaba
que desgarraban la mía.

SAM. No es Asser de esos hebreos

á quienes todo contiene,
como nosotros, ¡oh! tiene
sangre de los Macabeos.
Pero, díme ¿estás dispuesta?

SARA. Si.

SAM. Tus joyas... Ten presente
que huimos y solamente
lo que salvemos nos resta. *(Suspira.)*

ESCENA IV

Dichos y JACOB.

(Llaman á la puerta exterior.)

SAM. ¿Quién es? *(Mira por la cerradura.)*

JACOB. *(Desde fuera.)* Abre.

SARA. ¿Quién?

SAM. Mi hermano.
(Abre y entra Jacob agitado.)
¿Qué te sucede?

JACOB. *(Ap. á Samuel.)* Separa
á tu hija.

SAM. Querida Sara,
sal, y que todo esté á mano.
(La empuja suavemente y sale por la izquierda.)

ESCENA V

SAMUEL y JACOB.

(Se miran en silencio un momento y Samuel observa la puerta por donde salió Sara.)

SAM. ¿Qué hay?

JACOB. Que aquello era verdad:
la infamia está consumada;
y está ofendida, espantada
y revuelta la ciudad.

SAM. Pero, explícate.

JACOB. Sí, ansío
callarlo: nuestros señores
roban sus hijos menores
á todo padre judío.

SAM. Me haces temblar.

JACOB. Vengo muerto.

SAM. Que Sara no oiga siquiera...
tal vez el pueblo exagera.

JACOB. No. Ya se sabe de cierto.
Vengo de la judería,

y al ver, aunque no soy blando,
tantas mujeres llorando,
mi corazón se partía.
Descalzas, sueltos los talles,
y, cual fieras rastreadas,
las madres desmelenadas
rugiendo van por las calles;
sus hijos con espantosa
gritería las persiguen,
como los cachorros siguen
á la leona furiosa.
¡Cobardes! con insistencia
dicen á los hombres; y ellos,
arráncanse los cabellos
y maldicen su existencia.
Unos, de cólera rojos,
rompen en gritos extraños;
otros callan y echan caños
de lágrimas por los ojos.
¡Qué horror! ¡Qué montón de horrores!
qné angustia: cuánto lamento:
traigo lleno el pensamiento
de tristezas y dolores.
Sólo falta al israelita
de tantos males en pos,
que caiga el fuego de Dios
sobre esta ciudad maldita.

SAM. ¡Calla! que ese hecho malvado
me da tal ira y pesar,
que estoy próximo á llorar
yo, que jamás he llorado.

JACOB. ¡Hermano!

SAM. Jacob. *(Se estrechan la mano.)*

JACOB. Tenemos
muchos enemigos...

SAM. Sí.

JACOB. ¿Nos darán tiempo?

SAM. ¡Ay de mí!
¿Temes? Yo también. ¿Qué haremos?

JACOB. ¿Qué haremos? Cruzar las manos
y cumplir nuestro destino
cayendo en el torbellino
que arrastra á nuestros hermanos.

SAM. Cálmate.

JACOB. Es verdad.

SAM. La frente
sirve mal, llena de ardor.

JACOB. Sí: se elige lo peor
no pensando friamente.

SAM. Fijas en las penas de otros

no están las frentes serenas;
olvidemos esas penas
y pensemos en nosotros.

JACOB. Resuelta ya nuestra huída
nada nos resta que hacer.

SAM. Es necesario que Asser
anticipe la partida,
y antes de que el mal apriete
tenga aquí la gente pronta.
Avísale.

JACOB. ¿Cómo?

SAM. Monta
á caballo: eres ginete.
No en el tuyo, que es muy bueno
y sé lo que te ha costado:
Toma un caballo prestado,
que corre más el ajeno:
Judá tiene un potro bayo.
no importa que le maltrates;
húndele los acicates
y volará como el rayo.

JACOB. Dices bien.

SAM. (*Deteniéndole.*) Oye: la edad
hace á los hombres vehementes
y temo á Asser: no le cuentes
lo que ocurre en la ciudad:
es capaz de una imprudencia.
Díle solo, te lo exijo,
que están en peligro su hijo
y mi fortuna y su herencia.
¿Entiendes?

JACOB. (*Saliendo.*) Entiendo y callo.

SAM. Pues, adios: dále mi aviso
y revienta si es preciso
á espolazos el caballo.
(*Llamándole.*)
Si hay que gastar no te duela
(*Echa mano á la escarcela.*)
Yo te daré... mas, advierte...
¡eh! no quiero detenerte
¡á escape! que el tiempo vuela.
(*Jacob sale por el fondo.*)

ESCENA VI

SAMUEL

¿Vendrán? Echaré la barra.
¡Señor! ¡Señor! ¿Qué hemos hecho?
¿No celebramos los ritos

puntualmente? ¿No atendemos
con profusión y largueza
al esplendor de tu templo?
Protege nuestras haciendas:
mira que son de tu pueblo:
no destruyas el producto
del trabajo de tus siervos.
¡Ruido por fuera! ¡Oh, Señor!
blande tu espada de fuego
y defiende nuestra casa
con tus rayos y tus truenos.
No es oro y piedras y joyas
lo que en mis arcas encierro,
sino privaciones, ansias,
trabajo, cálculos, miedo,
gustos ahogados, y el fruto
de la constancia y del tiempo.
Es poder, es fuerza oculta,
es relicario selecto
de tus obras escogidas;
Señor, no es hacinamiento
de piedras y de metales
brillantes pero groseros,
sino talismán activo,
enterrado monumento
de que soy, como tú sabes,
más sacerdote que dueño.
Si soy culpable, castígame,
pero no en lo que poseo,
sino en mí propio: arrebátame
el habla, póstrame enfermo,
quita la luz á mis ojos,
mutila y llaga mi cuerpo;
nada pido, nada valgo,
nada estimo, nada quiero.

ESCENA VII

SAMUEL y SARA que entra por la izquierda.

SARA. ¡Padre!
SAM. *(Sobresaltado.)* ¿Qué ocurre? ¿Ya vienen?
SARA. ¿Que si vienen ya?...
SAM. ¿Qué es ello?
SARA. No me lo explico: las gentes
pasan de largo corriendo,
y los soldados se juntan
y van cubiertos de hierro.
SAM. Habrá asonada.
SARA. Eso dije;

pero no debe ser eso.

SAM. Sí será.

SARA. No hay en los rostros
sombra ninguna de miedo:
júbilo más bien.

SAM. ¿De veras?

SARA. Como estamos algo lejos
del paso no he conseguido
enterarme, aunque sospecho
que el asunto tiene trazas
de fiesta más que de duelo.

SAM. *(Ap.)* ¡Desgraciada! *(Alto.)* ¿Nada oiste?

SARA. Sólo á dos que iban diciendo:
el uno,—es muy conveniente,—
y el otro,—está bien dispuesto.—

SAM. *(Aparte.)* ¡Infames!

SARA. *(Abriendo la ventana.)* ¡Oh qué gentío
se ve allá abajo!

SAM. *(Retirando á Sara.)* Cerremos;
cuando cruza en oleadas
como ves, me espanta el pueblo.

SARA. Déjame ver; soy curiosa
y están muy lejos...

SAM. Tenemos
que preparar unos fardos...
(Se oye el redoble de un tambor.)

SARA. Si es un pregón.

SAM. *(Agitado.)* Ven adentro;
ya sé lo que es: un tributo
nuevo que no pagaremos.

SARA. Déjame oir.

SAM. ¿Qué te importa
lo que manden?
(Segundo redoble.)

SARA. Un momento.

SAM. No.

SARA. ¿Por qué tiemblas? ¿Qué ocurre?
Algo me ocultas y quiero
averiguarlo.
(Se oye el tercer redoble.)

SAM. Hija mía,
ten mucho valor...

SARA. ¡Silencio!

VOZ. *(Fuera y algo lejana.)* De orden del Rey Nuestro Señor, y para salvación de las almas y aumento de la cristiandad, desde hoy, y sin dilación alguna, serán visitadas las casas de los judíos y sacados del poder de sus padres, todos los niños menores de catorce años, los cua-

les se entregarán á personas de buenas costumbres para que los eduquen en nuestra santa religión. ¡Viva el Rey!

PUEB. ¡Viva!

SARA. (*Que mientras dura el pregón da muestras de gran ansiedad, se abraza á Samuel llorando.*) ¡Padre!

SAM. ¡Hija mía!

SARA. ¡Salvémosle!
Huyamos lejos, muy lejos,
adonde de estas infamias
no llegue siquiera el eco.
¡El rey! Si esto es imposible:
pues qué, ¿tiene el rey derecho
para arrancar de mis brazos
lo que nació de mi seno?
¡Darle otra madre! ¿Y en dónde
hallará ese rey excelso
para dormir á mi niño
calor como el de mi pecho;
ni dónde, para guiarle
dulcemente hacia lo bueno,
palabras como las mías
ni besos como mis besos?
Huyamos, padre; nos tratan
como fieras, pues á serlo:
hay en los montes cavernas,
en ellas habitaremos;
y hay en la tierra raices
que nos sirvan de alimento,
menos amargas que el pan
que aquí llorando comemos.

SAM. Dices bien; pero sosiégate.

SARA. ¿Sosegarme? Si no puedo;
si hay en mi frente una masa
de lágrimas y veneno;
si sólo pienso delitos...
Si me parece que veo
al rey y veo á mi esposo
desenvainado el acero...

SAM. ¡Calla!

SARA. (*Aterrada.*) Es verdad; estoy loca.
Padre del alma ¡qué tiempos!
Dichosas ¡ay! las estériles
y más dichosos los muertos.
(*Hace ademán brusco de salir por la puerta interior y Samuel la detiene.*)

SAM. ¿A dónde vas?

SARA. A huir con él.

SAM. Espera, Sara.

SARA. No espero.
SAM. Es entregarte á esas gentes...
(Sara se detiene aterrada)
SARA. ¡Ay, padre! Salva á tu nieto;
tú sabes que él es mi vida,
tú sabes cuánto le quiero.
SAM. Pues bien; enjuga tu llanto
y espera á Asser: vendrá presto;
tu tío salió en su busca
en el potro más ligero
que hay en Lisboa.
SARA. ¿Y si en tanto
viene la justicia?
SAM. Creo
que no han de venir tan pronto.
(Mira por la ventana.)
¡Mira! ¡No hay nadie! Se fueron
todos siguiendo en tropel
los pasos del pregonero.
¡Nos hemos salvado! ¡Abrázame!
Pronto, muy pronto, saldremos
escoltados por diez bravos,
acaso en anocheciendo.
SARA. Aún desconfío. *(Asomándose.)*
SAM. No temas.
SARA. Tú me animas.
SAM. *(Aparte.)* Y yo tiemblo.
SARA. No se ve á nadie; parece
que respiro...
SAM. *(Con fingida alegría.)* Marcharemos
en caravana, y es claro
que irán mis arcas en medio...
Mira qué calma; si reina
en la ciudad un silencio...
(Llaman con estrépito á la puerta, y Sara y Samuel hacen señales de espanto.)
SARA. *(En voz baja.)* ¡Padre!
SAM. ¡Prudencia, hija mía!
(Vuelven á llamar.)
OFIC. *(Fuera.)* ¡Por el Rey!
(Sara alza las manos al cielo y lo mismo Samuel, que las baja al instante y dice con desesperación.)
SAM. No; yo no rezo,
porque está el cielo vacío
y nadie escucha los ruegos.
¡Sara! Aproxímate y oye:
no reces, no pierdas tiempo
y ayúdame á imaginar
algo...

SARA. (*Se acerca de puntillas á la ventana.*)
Un soldado estoy viendo.
Es Téllez, Téllez, el mismo
que te injuriaba há un momento.
SAM. Estamos perdidos, hija.
SARA. No, padre; sacrifiquemos
el oro...
SAM. ¡Sara!
SARA. Con él
rescatarás á tu nieto.
¡Yo le crié en mis entrañas!
SAM. ¿Acaso yo no las tengo?
¿Quieres que vacien mis arcas
y de dolor caiga muerto?
OFIC. (*Golpeando desde fuera.*)
¡Abrid pronto, ó por rebeldes
la puerta derribaremos.
SAM. ¿Lo oyes? Abramos, es fuerza;
pero... de aquello... ¡silencio!
SARA. (*Acercándose á la puerta interior.*)
Antes que á su cuna lleguen
pasarán sobre mi cuerpo.

ESCENA VIII

Dichos, OFICIAL, TÉLLEZ y tres soldados.

TÉLL. ¿Estáis sordos?
SAM. Perdonadme;
estaba en el otro extremo
de la casa.
OFIC. ¡Ea! Samuel,
las malas noticias, presto.
¿Tienes un nieto?
SARA. (*Aparte.*) ¡Ay de mí!
SAM. Dices verdad; tengo un nieto.
OFIC. ¿Le amas mucho?
SAM. ¿Que si le amo?
SARA. ¿Si le amamos? No sabemos
emplear sino en quererle
todo nuestro sentimiento.
OFIC. (*A Téllez.*) Habla tú.
TÉLL. Pues hablo en plata:
manda el rey que nos llevemo
el niño.
SARA. ¿Mi hijo? Soldado,
¿tienes mujer?
TÉLL. Sí, la tengo.
SARA. ¿Te dió hijos?
TÉLL. No me los dió.

SARA. Pues bien; sólo así comprendo
que hayas tomado el oficio
de robar hijos ajenos.
SAM. No la hagáis caso; es la madre.
OFIC. Recuerda que fué rey vuestro
Herodes y no te quejes,
que no le degollaremos.
SAM. Dadnos un día de tregua
tan sólo.
OFIC. Samuel, no puedo.
SARA. (*Aparte.*) ¡Ah! Si consigo excitar
su codicia los detengo.
(*Corre hacia la cueva y finge proteger su entrada.*)
¡Padre! Defiende la entrada
de la cueva; no entreguemos
las riquezas que aquí guardas
ni el hijo que aquí defiendo.
SAM. (*Corriendo hacia donde está Sara, aparte.*)
¿Qué haces? ¡Desgraciada! ¿Qué haces?
¿No ves que estás atrayéndolos
hacia mi tesoro? ¡Calla!
SARA. (*Aparte á Samuel.*)
¿Y no ves que los alejo
de mi pobre hijo? (*Alto.*) ¡Soldados!
Si dais un paso, creeremos
que sólo buscáis el oro
que hay encerrado aquí dentro.
SAM. (*Con desesperación.*)
¡No la escuchéis!
OFIC. Si no dice
dónde está el niño, entraremos.
SAM. Yo lo diré.
SARA. (*Entreabre la puerta de la cueva.*)
¡Hijo del alma!
¡Allá voy!
SAM. ¡Calla! que siento
trocarse en ira las únicas
afecciones que conservo.
¡Calla! ó maldigo su nombre,
¡calla! ó me arrojo en el suelo
para que pises mi frente
como desgarras mi pecho.
SARA. (*Abrazándole.*) ¡Padre!
SAM. ¡Aparta!
TÉLL. (*Aparte al Oficial.*) No está el niño
en la cueva.
OFIC. (*Aparte á Téllez.*) El niño... luego.
(*Se dirigen á la cueva y Samuel los detiene.*)

SAM. Nada hay aquí.
TÉLL. Alumbra y calla.
OFIC. (*A Téllez.*) Tú aquí de guardia.
TÉLL. Protesto.
OFIC. Soy el jefe.
SAM. (*Con ira á su hija.*) ¡Sara! ¡Sara!
(*A los soldados.*)
¡Oh! compasión: os advierto
que soy el depositario
nada más, de los objetos
que aquí guardo; que respondo
de su valor á sus dueños...
que yo en realidad soy pobre...
¡Ea! matadme; no entro.
OFIC. ¿Te resistes? (*Le empujan.*)
SARA. ¡Oh, soldados
no le maltratéis.
SAM. Ya cedo.
(*Entran en la cueva.*)
SARA. Padre del alma, perdona;
ya verás cómo compenso
los dolores que te causo
con el amor que te tengo.
(*Sale por la izquierda.*)

ESCENA IX

TELLEZ paseándose.

¡Voto va! Nunca creí
que se me hiciera este feo.
Temen que pida más parte
porque tengo más derecho.
Todos entran menos yo,
yo que concebí el soberbio
negocio de sondear
las arcas del usurero...
(*Asomándose á la cueva.*)
No escucho ni veo nada...
¡Si! ¡si! rumor de dinero. .
Oh qué música tan dulce,
no la escuchaba hace tiempo.
Suenan voces: alguien rueda:
¿quién ha de ser? Lo comprendo.
¿Llamáis? Esto es insufrible,
todo se lo llevan ellos.
El alma tengo allí abajo
y clavado aquí mi cuerpo.
Tengo sed de oro...

ESCENA X

TÉLLEZ y SARA que sale por la izquierda ocultando á su hijo bajo el manto y con una bolsa en la mano.

TÉLL. La madre.
(Cierra el paso)
SARA. Calla y te compro.
TÉLL. *(Tomando la bolsa)* Me vendo.
(Sara va á salir y Téllez presenta el arma)
¡Alto! el niño vale más.
SARA. Toma mis joyas.
TÉLL. Acepto.
pero, es poco, ¿qué más tienes?
SARA. *(Con angustia.)*
¿Me preguntas qué más tengo?
Nada más; pero allá abajo,
allá hay un tesoro.
TÉLL. Es nuestro.
¡Ea! atrás.
SARA. ¡Por la memoria
de tus padres!
TÉLL. No los tengo.
SARA. Por tu honor.
TÉLL. Es mi consigna,
y la consigna el pellejo.
SARA. ¡Malvado!
TÉLL. ¡Subid, amigos!
SARA. ¡Traidor! ¡Traidor!
TÉLL. Subid, presto.
SARA. *(Corre á la ventana y sacude los hierros.)*
¡Oh! ¡Que mis manos no puedan
hacer pedazos los hierros!
¡Asser! ¿Dónde está tu espada,
para hundírsela en el pecho?

ESCENA XI

Dichos, OFICIAL y Soldados desviando á SAMUEL, que salen de la cueva.

OFIC. *(A Samuel.)* ¡Aparta!
SAM. ¡Sara! ¡Hija mía!
¡Que me arruinan!
OFIC. Calla, viejo;
ó pondré sobre tu boca,
una mordaza de acero.
SARA. ¡Padre! ¡Padre!
SAM. Me han robado.

SARA. ¡Mi hijo!
SAM. ¡Mis bienes!
OFIC. ¡Silencio!
La ley y la fuerza mandan,
y es preciso obedecerlos;
tú calla, y tomad vosotros
ese niño.
SARA. (*Desviando primero á los soldados, y luego presentándoles el niño.*)
Deteneos
por compasión, si hay un rastro
de ternura en vuestros pechos.
Tiene mi niño los ojos,
como el azul de los cielos;
y son sus manos tan blancas,
como la flor del almendro;
y cuando paso las mías,
(*lo hace*) por sus rizados cabellos,
de hermosas sortijas de oro,
se llenan mis cinco dedos.
No es niño el mío: es un ángel,
que sólo bebe mi aliento,
y sólo ha visto sonrisas,
y se alimenta de besos;
paso los días mirándole,
pasa los suyos riendo;
y entre caricias se duerme,
y son mis brazos su lecho.
Sin él, las blancas paredes
de la alcoba donde duermo,
estarían para mí,
cubiertas de paños negros.
¡Oh! Retiráos, soldados,
y emplead vuestros esfuerzos,
en luchas donde haya gloria,
en que no hayan de oponeros
sólo raudales de lágrimas
como las que estoy vertiendo...
Mirad, mirad cómo lloro...
mirad, mirad cómo tiemblo.
(*Los soldados se miran vacilando.*)
OFIC. Todos sentimos causarte
ese dolor más.

ESCENA XII

Dichos, ASSER y varios bravos que se arrojan sobre los soldados y los prenden.

ASSER. (*Con fiereza*) ¿Qué es esto?
SARA. ¡Asser! (*Se refugia á su lado.*)
¡Ah! Sí de una madre
no os lastimaba el cariño,
venid á arrancar el niño
de los brazos de su padre.
ASSER. ¡Ellos!...
OFIC. Represento al rey:
deja que la ley se ejerza.
ASSER. Yo represento la fuerza
que se burla de la ley.
Y calla, que de ira estallo,
y á darme la idea empieza
de adornar con tu cabeza
el arzón de mi caballo.
(*A los suyos.*)
Llevadlos, y esto concluya.
(*Llevan á los soldados á la cueva*)
TÉLL. ¡Compasión!
SAM. Menguado, ¡calla!
(*A Asser.*) Me ha robado esa canalla.
ASSER. Si robó, que restituya.
(*Aparte á los suyos.*)
Vosotros, sacad cuanto antes
lo que importe; va la vida;
que el riesgo de la partida
acrecienta por instantes.

ESCENA XIII

ASSER, SARA y algunos bravos que vigilan la puerta y reciben los cofres de la cueva. Ha obscurecido.

SARA. ¡Asser! ¡Asser!
ASSER. ¡Sara mía!
SARA. ¡Qué día tan angustioso!
Y yo llamando á mi esposo
y mi esposo no venía.
ASSER. Recobra ya tu valor
que aquí está quien te defienda,
y quien abrace á la prenda
perseguida, de tu amor.
(*Queriendo tomar el niño.*)

Verás cómo á mí se enlaza
y me dá un abrazo estrecho:
quiero acostumbrar su pecho
al frío de la coraza.

SARA. ¡Ay, Asser! Déjale estar
que ya de mí no le alejo,
pues temo que si le dejo
no he de volverle á abrazar.

ASSER. ¿Aún tiemblas?

SARA. ¿No he de temer
si hace un instante creía
perderle?...

ASSER. ¡Infames!

SARA. Qué día
y qué desdichas, Asser.
¿Cómo estarán la ciudad
y ese pueblo desdichado?

ASSER. Sara, estoy avergonzado
de tanta tranquilidad:
mientras en sus cunas fijos
velan los nuestros llorando,
otros velan patrullando,
para robarles sus hijos.
Entre las sombras obscuras,
tienen las calles tomadas;
y se escuchan sus pisadas,
y crugen sus armaduras.

SARA. ¡Ay! Me advertía mi instinto
el riesgo.

ASSER. Aquí, imaginario,
que este sitio es solitario.
y está fuera del recinto.
¡Abreviad!

SARA. ¿Lo ves? Si estás
tranquilizándome en vano.
¿Qué habrá que tiembla tu mano,
que no ha temblado jamás?
(*Los bravos han sacado varias arcas.*)

ESCENA XIV

Dichos, JACOB por el fondo.

JACOB. Ya no hay salvación, sobrino,
ni fuga, estamos cortados.

ASSER. ¿Qué es?

JACOB. Un tropel de soldados
está cerrando el camino.

ASSER. ¡Samuel! ¡Todos! Dime, ¿es mucha
gente? (*A Jacob.*)

JACOB. Mucha.
SARA. En mí no vuelvo.
JACOB. ¿Qué resuelves?
ASSER. ¿Que resuelvo?
que haya sangre; que haya lucha.

ESCENA XV

Dichos, SAMUEL y todos los bravos, que se colocan ante ASSER, el cual les da sus órdenes con rapidez y energía.

ASSER. Mi resolución tomada
aquí ninguno la elude;
ni atiendo, ni escucho nada;
al que vacile, al que dude,
le tiendo de una estocada.
(*Señalando las arcas.*)
Cargad eso ó por quien soy
que sin las arcas me voy;
(*A Samuel, que ayuda á sacar los cofres.*)
tú cuida de tu tesoro
y no nos estorbes hoy
como nos estorba tu oro.
¡Jacob! Siempre en Sara fijo
velar por ella te exijo;
tu obligación es sencilla.
(*A Sara.*) Tú te abrazas á tu hijo
y te afirmas en la silla.
Tres hombres, vosotros tres,
la seguiréis é imagino
que hasta morir á sus pies.
(*A los demás.*) Nosotros á abrir camino
y á defenderle después.
(*A Sara*) Mas si la muerte recibo,
si somos hechos pedazos,
antes que verle cautivo,
ahoga el niño en tus brazos
no caiga en los suyos vivo.
No llores, que tu aflicción
trocar en júbilo espero;
hay en nuestra rebelión
mucho brío, mucho acero
y muchísima razón.
Y tengo tanta esperanza
y siente tal confianza
mi corazón indignado,
que creo que Dios me ha dado
la misión de la venganza.
No llores: seamos fuertes:
enjuga el llanto y confía

que no me asustan cien muertes,
y me infunden cobardía
esas lágrimas que viertes;
sécalas y el llanto encierra
en tu triste corazón;
no hay compasión en la tierra
ni más ley ni más razón
que la fuerza y que la guerra.
Quede, brotando á torrentes
la tierra en sangre encharcada.
¡Ea! ¡á caballo! mis gentes,
y á revolver con la espada
ese cubil de serpientes.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

LA ACCIÓN EN LISBOA OCHO AÑOS DESPUÉS.

CUADRO I.°

Habitación en casa de Jacob.

ESCENA PRIMERA

JACOB, SAMUEL á la puerta vestido de pobre ostenta imágenes y reliquias en su pecho

SAM. Por las ánimas benditas
den limosna al pobre viejo.
JACOB. Entra, Samuel, estoy solo.
¿Qué temes?
SAM. Debes saberlo.
¿Donde está Sara?
JACOB. En la iglesia.
SAM. Hay un milagro estupendo
y es tan cristiana, que irá
á darse golpes de pecho.
¿Y Asser?
JACOB. Rondaba la casa
y há rato que no le veo.
SAM. Qué derrotado ha venido...
Y cada vez más soberbio.
JACOB. No le han domado las olas,
ni las galeras, ni el tiempo.

SAM. Cuando al intentar la fuga
quedó herido, prisionero
y condenado á galeras,
sentí aflicción por mi yerno.
Hoy que está libre, me causa
consternación su regreso:
es un peligro, es un loco
que viene á comprometernos.

JACOB. Antes de ver á su esposa
quiso visitar el templo
donde algunos practicamos
nuestros ritos en secreto,
y allí nos tachó de apóstatas
por llevar signos externos
de cristiandad.

SAM. ¡Qué locura!

JACOB. En vano le respondieron
que fué bautismo forzoso
y no voluntario el nuestro.
Nos llamó falsos é hipócritas
y dijo en voz alta al pueblo
que juzgaba preferible
el martirio al fingimiento.
Tres horas há que ha venido
y todos están inquietos.

SAM. Y en qué ocasión, los cristianos
buscan con ansia pretextos
para tacharnos de herejes
y repetir los saqueos.
Vivíamos resignados
en la obscuridad, tejiendo
las redes que han de envolverles
entre las mallas del préstamo.
No entiende.

JACOB. ¿Y cuando le dije
que murió el niño?... Aun le veo
furioso oprimir mi brazo
con su muñeca de hierro.
«¡Tú le perdiste! gritaba,
para salvar tu pellejo...»
Si él abrumado de golpes
cayó moribundo y preso:
si se desbandaron todos
y quedé en trance tan recio
yo rigiendo dos caballos,
Sara sin conocimiento.
y el niño cayó en el rio
¿qué pude hacer?

SAM. Harto has hecho.

JACOB. Ni aun aprueba que ocultase

á Sara el triste suceso.
Yo nunca tuve valor
de darla ese sentimiento.
Viva engañada esperando.

SAM. ¿Se han visto ya?

JACOB. No se vieron.
Sara ignora su llegada,
que Asser me ordenó el silencio.

SAM. Ocho años en paz vivimos:
vuelve, y estamos revueltos.
El me arruinó; por él vivo
pidiendo limosna.

JACOB. A intervalos.
Pides limosna de día,
de noche prestas dinero.

SAM. Corro á pedir, que hay milagro
y es día de gran provecho;
dicen que en Santo Domingo
refleja un rayo del cielo;
los crédulos hacen obras
de caridad, yo tendiendo
las manos, grito en el atrio:
(*Gritando en la puerta.*)
¡Den limosna al pobre viejo!

ESCENA III

SARA y JACOB: aquélla muy agitada y trémula.

SARA. No puedo más.

JACOB. Tranquilízate.

SARA. Si tardo en llegar me caigo.

JACOB. ¡Cómo tiemblas!

SARA. Sí tenía
un presentimiento vago,
y sin motivo ninguno
iba á la iglesia temblando.
¿Le oiste? No tengo duda.
Era su voz. Ha llegado.

JACOB. ¿Quién?

SARA. Asser.

JACOB. ¿Y de él huías?

SARA. ¿Has podido imaginarlo?
Me explicaré si es que encuentro
palabras para contarlo.
Cuando llegué á la capilla
ví muchas gentes rezando,
y en las gradas del altar
dos frailes arrodillados.
Todos miraban contritos

y adoraban sollozando
un resplandor que salía
del fondo de un relicario.
—«¡Es una luz milagrosa!»—
oí decir á mi lado,
y golpeaban sus pechos
repitiendo: «¡Santo! ¡Santo!»
Entre el coro de alabanzas
que oía en todos los labios,
sonó una voz poderosa
que dijo en tono sarcástico:
—«No os asombréis por tan poco,
que es el supuesto milagro
el reflejo de la luz
que alumbra en aquel retablo.»—
Era la voz de mi esposo;
sentí placer, sentí espanto...
hubo un momento de duda,
y todos se levantaron.
Se alzó un ronco clamoreo...
oí gritos inhumanos...
voces de «¡muera el hereje!»
«¡que no le valga el sagrado!»
Después... me arrastró el gentío,
me ví levantada en alto,
parecióme que giraban
las columnas y los arcos,
y aún en mi oido resuenan,
y aún veo en revuelto caos,
gemidos, ecos de muerte,
ojos cubiertos de llanto,
rostros amenazadores
y aceros desenvainados.
Dices que vine corriendo:
creí llegar arrastrando.

JACOB. Luego Asser está perdido...

SARA. Perdido y abandonado.

JACOB. ¿Dónde vas?

SARA. ¿Que adónde voy?
A reparar el agravio
que le hizo mi cobardía,
y morir entre sus brazos.

JACOB. *(Interceptando la puerta.)*
Es un sacrificio inutil.
No lo consiento.

ASSER. *(Desde fuera.)* Abre paso.

ESCENA IV

Dichos, ASSER por el fondo.

JACOB. ¡Asser!
SARA. (*A Jacob.*) ¿Qué dices?
ASSER. ¿Aún dudas
quién soy? Bien puedes dudarlo,
que cuanto miran mis ojos,
todo lo encuentran mudado.
SARA. ¡Esposo mío! (*Asser se retira.*)
JACOB. (*A Sara.*) Primero
cuida de ponerle en salvo.
SARA. ¿Le persiguen? (*Corre á la puerta.*)
ASSER. (*Con indiferencia.*) No lo creo.
SARA. No hay nadie; Dios le ha amparado.
(*A Jacob.*) ¡Cierra!
JACOB. (*A Sara.*) Hablad tranquilamente,
que yo por fuera le guardo.

ESCENA V

SARA y ASSER.

SARA. ¡Asser!
ASSER. Apártate, Sara,
no te manchen mis harapos.
SARA. ¿No eres mi esposo?
ASSER. Lo he sido.
SARA. ¿Me rechazas?
ASSER. Te rechazo.
Ocho años crucé los mares,
ocho años viví amarrado,
teniendo por techo el cielo,
y por cama el duro banco;
ocho años fuí camarada
de ladrones y falsarios,
bajo la guarda de un cómitre,
en las galeras remando;
ya no es mi cuerpo, aquel cuerpo
que estrechaste entre tus brazos;
que el sol mi espalda desnuda
ennegreció con sus rayos,
el invierno con sus fríos,
y el cómitre con su látigo.
Sólo he escuchado blasfemias
en ese tiempo tan largo,
y sólo han visto mis ojos
rostros feroces y extraños,

la horca colgando en las cofas,
y el mar rugiendo debajo.
¡Quién me volviera á aquel tiempo!
¡Quién me volviera á mi barco,
con olas, hambres, fatigas,
cadenas y latigazos!
¡Quién me diera tempestades
á cambio de desengaños!
Estaban por la distancia
nuestros cuerpos apartados;
y hoy que á mi lado te veo,
me encuentro más solitario.
Buscando mi esposa vine,
y mi casa, y sólo hallo
nuestras almas divorciadas,
nuestros lechos separados,
tú cristiana, yo judío,
yo furioso, tú temblando...
¿Y osas llamarme tu esposo,
y no se abrasan tus labios?
Aparta, que antes quisiera
que estrechar tu pecho falso,
una serpiente de fuego
enroscándose en mis brazos.

SARA. ¡Asser!

ASSER. Aparta.

SARA. Perdóname,
por el recuerdo adorado
de tu hijo.

ASSER. No le recuerdes,
cuando te he visto rezando
al Dios de sus asesinos.

SARA. ¡Mientes! No ha muerto; le aguardo.
¿Me encontrarías con vida
si no viviera esperando?
Escúchame, Asser, y luego
mátame, no he de estorbarlo,
que es nuestra vida muy triste
y la muerte es el descanso.
Sola quedé, bien lo sabes;
á apostatar me obligaron,
pero al Dios en quien creía
recé en el templo cristiano;
bajo sus bóvedas tristes
y en un altar retirado
ví la imagen de María
con un niño entre los brazos;
entre aquel niño y el nuestro
noté un parecido vago,
entre aquella madre y yo

hallé un misterioso lazo.
Rézala con fe, decían
los sacerdotes y ancianos;
esa es la madre que guarda
los hijos desamparados;
y aquel altar me atraía
con sus luces y sus ramos,
sufriendo una horrible lucha
de sentimientos contrarios.
Un día... no pude más,
díjela, bañada en llanto:
«Tú eres Madre y yo soy madre
y mi Dios me ha abandonado;
devuélveme, Virgen santa,
el hijo que me robaron,
y el tuyo será mi Dios
y le adoraré llorando.»
Sentí una dulce alegría,
cayendo en mí como un bálsamo,
y creyeron ver entonces
mis ojos amedrentados,
la sombra de Jehová
en un luminoso carro,
que rodaba por los cielos
y se alejaba tronando.
En esa Virgen confío,
á su altar se van mis pasos,
si no lo consientes mátame,
que no podré remediarlo.

ASSER. Calla y oye: de esa acción
no recibirás el pago,
que tu hijo ha muerto y no hay ídolos
que puedan resucitarlo.

SARA. ¿Qué dices?

ASSER. Que si te dieron
esperanzas te engañaron.

SARA. ¡Ay, Asser! ¿Viste su cuerpo
tendido y amortajado?

ASSER. No le ví.

SARA. ¿Viste su tumba?

ASSER. No la ví.

SARA. Pues todo es falso.

ASSER. ¿Quién te lo dice?

SARA. Mi fe.

ASSER. ¡Tu fe y estás blasfemando!...
¡Renegada!

SARA. ¡Compasión!

ASSER. ¿No la tengo, cuando falto
á mi obligación por lástima?
Recuerda el texto sagrado:

«Si te incitaren tu hijo,
ó tu mujer ó tu hermano
á servir dioses ajenos
¡mátalos!...» Y no te mato.
Y es que asaltan mi memoria
y paralizan mi mano
felicidades pasadas,
días de amor insensatos...
Pero, escucha: entre los dos
hay un abismo de agravios;
yo te repudio y maldigo
los recuerdos del pasado,
la casa en que te gocé,
el tiempo que nos amamos,
y maldigo las caricias
y los besos que te he dado.

SARA. Por los besos que maldices,
por el ángel que adoramos...
(Deteniéndole.)

ASSER. Ni en el día de mi muerte
vengas á cerrar mis párpados,
ni se junten nuestros huesos
bajo la losa de mármol.
(Suelta con violencia, la detiene con un gesto amenazador y sale.)

ESCENA VI

SARA.

Oh, madre del Redentor,
eres tú mi único amparo;
tu templo ha de ser mi casa
y te estaré importunando
hasta que me restituyas
todo lo que me han robado.
(Se envuelve en el manto y sale.)

CUADRO 2.°

Una plaza, á la izquierda una verja con gradas que dá entrada á una iglesia, á la derecha una casa con puerta practicable también. Calles á derecha é izquierda.

ESCENA VII

FRAY BERNARDO y FRAY ANTONIO con hábitos de dominicos.

FR. AN. Por los hábitos que vistes
vuelve al convento.
FR. B. No vuelvo.
FR. AN. Tu superior te lo ordena.
FR. B. Dile que hoy sirvo á otro dueño.
FR. AN. ¿A quién?
FR. B. Al que está más alto
que el Prior y el Papa, al Eterno.
FR. AN. No eres libre y á tus votos
faltas desobedeciendo.
FR. B. ¿Y qué importan mis delitos
de fraile, que no te niego,
ni el castigo que me espera,
ni mi ruina y mi descrédito,
si predicando en las calles
contra impíos y blasfemos
iluminan mis palabras
el espíritu del pueblo?
Caiga yo: sálvense todos:
lo primero es lo primero.
FR. AN. Las turbas, amotinadas
por tus palabras de fuego,
se desbordan y cometen
espantosos atropellos:
habla en tus labios la muerte,
sopla tu voz el incendio,
y mancha tu blanca túnica
la sangre de los conversos.
Recuerda el sermón divino
de tu divino Maestro:
Bienaventurados sean
los pacíficos, recuérdalo.
FR. B. También echó á latigazos

los mercaderes del templo.
FR. AN. Cede á la santa obediencia:
sígueme.
FR. B. Si hoy no obedezco,
mañana haré penitencia
á las puertas del convento.
(Suenan rumores.)
¿Oyes? Las gentes me buscan;
aléjate.
FR. AN. No me alejo.
FR. B. ¡Antonio! *(Con ira.)*
FR. AN. *(Retrocediendo.)* Bien... me retiro...
tan irritado te veo,
que eres capaz de ofenderme
porque te culpo y te advierto.
Voy al altar de esa iglesia
á rezar por tí y por ellos.
(Entra en la iglesia.)

ESCENA VIII

FRAY BERNARDO y LUIS que entra por la calle de la derecha, agitando un pedazo de espada.

LUIS. *(A los de fuera.)*
¡Aquí está el padre Bernardo!
¡Venid! Yo le he descubierto.
¡Venid!
FR. B. ¿Qué ocurre, chico?
LUIS. ¿Qué ocurre?
que ya ha empezado el saqueo.
Los cargadores del muelle,
la chusma y los marineros
van por las calles armados
con hachas, picas y remos.
Te han elegido por jefe
y te aclaman con estruendo...
¡Corro á avisarles!
(Echa á correr y vuelve.)
¡Ah! Quieren
que hagas tocar á degüello;
y han encendido una hoguera
de troncos y de sarmientos.
Han asaltado dos casas
y están los muebles ardiendo;
y yo lo he visto tan cerca
como á tí: da gusto verlo.
Oh, quién pudiera moverse
por todas partes á un tiempo.
Hay gentes que huyen muy pálidas

otras cierran sus comercios
y la justicia se oculta
al ver al pueblo revuelto.
Cuánto vino se despacha;
qué bulla y qué clamoreo:
todos se arman como pueden
y yo he encontrado este hierro.
Qué día, padre Bernardo
qué bien hacen, desde lejos,
el humo de las hogueras
que sopla y aviva el viento,
los muebles viejos que caen
de las ventanas al suelo,
el vocear de las gentes
y el ladrido de los perros:
sólo faltan cuchilladas,
trompetas y campaneo.
¡Aquí está el padre Bernardo!
¡Venid! ¡Yo le he descubierto!...
¡Venid! (*Sale corriendo por la derecha.*)

ESCENA IX

FRAY BERNARDO.

(*Se oye vocerío que se acerca.*)
Es tarde ya; no retrocedo.
El pueblo en mí confía...
Inspírame, Señor, dame tu fuerza,
para la extirpación de la herejía.

ESCENA X

Dicho, LUIS, HOMBRE 1.° y Pueblo con remos, picas, armas viejas y banderas de trapo.

HOM. 1° ¡Que viva Fray Bernardo!
PUEBLO ¡Viva! ¡Viva!
HOM. 1° Tus órdenes espera,
el pueblo que te aclama,
para que le dirijas y le absuelvas.
(*Fray Bernardo sube las gradas de la iglesia para dominar á los oyentes, ó le alzan en hombros.*)
PUEBLO ¡Que mueran los conversos!
FR. B. Lo habéis dicho;
y es justa la sentencia.
¡Mueran esos judíos que se emboscan
dentro de las iglesias!
¡Mueran los que nos odian!

¡Mueran los que blasfeman!
¡Mueran los que maldicen en el templo
cuando fingen que rezan!

PUEBLO ¡Mueran, mueran!

FR. B. Será; yo absuelvo á todos,
por la sangre que viertan;
por los bienes ajenos que destruyan;
por los cuerpos que arrojen en la ho-
(guera.
¡Hermanos! Yo bendigo
vuestro grito de guerra;
bendigo las espadas que se agitan
para esta santa empresa;
bendigo vuestros brazos;
¡bendigo esas banderas!

PUEBLO (*Rodeándole con entusiasmo sin dejarle concluir.*) ¡Viva!

FR. B. Y empiece pronto el sacrificio;
que el Señor ultrajado se impacienta.
(*El pueblo alza en triunfo á Fray Bernardo y sale con él por la derecha; Luis presenta la espada mientras dura el desfile.*)

PUEBLO ¡Que viva Fr. Bernardo! ¡Viva! ¡Viva!
¡Que mueran los conversos! ¡Mueran!
(¡Mueran!

ESCENA XI

SARA que sale de la iglesia y LUIS.

SARA. ¡Niño! Escucha.

LUIS. Es mala hora;
que me voy tras el gentío,
y el tumulto me enamora.

SARA. ¿Tienes padres?

LUIS. Sí, señora;
padre y madre.

SARA. (*Aparte con tristeza.*) No es el mío.
(*Alto.*) Vuélvete inmediatamente
á tu casa.

LUIS. Si deseo
estar á todo presente;
adiós; que se va la gente,
y va á empezar el jaleo.

SARA. (*Deteniéndole.*) ¿Por qué con ira se agita
en tu mano delicada,
esa hoja? Quita, quita... (*Trata de desarmarle.*)

LUIS. Déjala; que esta es mi espada,

y mi espada está bendita.

SARA. Revuelta está la ciudad;
aléjate por piedad.

LUIS. No, que me siento con bríos
para acuchillar judíos
si los hallo de mi edad.

SARA. En tus labios de clavel
no sabes cuánto me choca
ese lenguaje cruel:
sólo concibo en tu boca
dulces palabras de miel.

LUIS. Entonces, no hablemos de eso;
marchándome no te aflijo.

SARA. (*Le detiene por la túnica.*)
¡Espera!

LUIS. ¡Me tienes preso!

SARA. Niño, ¿quieres darme un beso,
que me recuerdas mi hijo?

LUIS. Si el dármelo te interesa...

SARA. Me da aliento y me embelesa.

LUIS. Te daré aunque sean dos:
sólo mi madre me besa...
pero tómalos, y adiós.
(*Sale corriendo por la derecha. Sara le sigue con la mirada largo rato.*)

ESCENA XII

SARA.

Tiene su edad, de seguro;
pero es su gesto más duro,
su faz menos sonrosada,
el cabello más obscuro
y más fiera la mirada.
Es ilusión, devaneo;
la impaciencia y el deseo
fingen estos desvaríos:
todos los niños que veo
me parecen hijos míos.
No es él, dice mi razón;
y late mi corazón,
y sin explicarlo siento
irresistible atracción
al que he besado há un momento.
Y es que del templo salía,
y cuando en el templo oraba
ante el altar de María,
cada vez que la miraba,
su imagen me sonreía.

Y con santo regocijo
en mi corazón sentí
secreta voz que me dijo:
—«¡Levántate, que tu hijo
está muy cerca de tí!»—
Y un niño ajeno he encontrado.
y el hijo que me ha costado
tantas lágrimas de hiel,
tal vez pasó por mi lado
sin que supiera que es él.

ESCENA XIII

SARA y TÉLLEZ, que entra por la izquierda.

TÉLL. Por aquí no veo nada:
¡ah! sí, una mujer tapada.
(*A Sara.*) Perdona á un padre afligido
que busca á un hijo perdido
en un día de asonada.
Es vivo, blanco, derecho;
tiene cabello castaño,
lindo de cara y bien hecho,
lleva túnica de paño
y una cruz blanca en el pecho,
¿Le viste dí? Es tan airoso
que cualquiera en él repara.
SARA. Me pareció tan hermoso
que le dí un beso en la cara.
(*Con disgusto al reconocerle.*)
¡Téllez!
TÉLL. (*Ap.*) ¡Es la madre! (*Alto.*) ¡Sara!
SARA. (*Con desdèn.*) Búscale en ese tropel
que ruge y que vocifera,
y aléjate y cuida de él.
TÉLL. (*Aparte.*) ¡Le ha besado!
SARA. (*Con reconvención.*) Si supiera
que es su hijo el niño aquél.
TÉLL. ¿Aún te acuerdas de aquel día?
SARA. Recuerdo tu villanía.
TÉLL. No comprendí tu cariño
porque entonces no sabía
lo que era querer á un niño.
Un servicio me has prestado
y te diré lo que pasa
en la ciudad; ten cuidado
y no vuelvas á tu casa.
SARA. (*Alarmada.*) ¿Qué hay allí?
TÉLL. La han incendiado;
está tu gente perdida;

perdóname si te dejo,
pero ya estás advertida;
y no olvides mi consejo
que te va en ello la vida.
(*Sale por la derecha.*)

SARA. ¿Dejar en tal situación
á los míos?... ¡Qué maldad!
Será una exageración...
No creo en tanta aflicción
ni en tanta inhumanidad.
(*Sale por la derecha.*)

ESCENA XIV

ASSER entra precipitadamente por la izquierda, armado, y golpea en el caserón de la derecha.

¡Jacob! ¡Amigos! ¡Hermanos!
Salid todos con las armas.
¡Salid! ¡Salid!
(*Paseándose agitado.*)
No es posible
que sufran más... ¡Cuánto tardan!
(*Vuelve á llamar.*)
¡Es Asser! ¡Salid, amigos!
Ceñidas vuestras espadas...
Saque lanza quien la tenga...
Vestid las cotas de malla...
Quien tenga miedo se oculte;
quien tenga vergüenza salga.

ESCENA XV

Dicho, JACOB, JUDÍO 1.° y conversos, muchos de ellos armados; mientras Asser les habla con precipitación y energía, hacen signos de dolor y desesperación.

ASSER. Seguidme, hermanos, seguidme, (1)
á defender vuestras casas,
á vengar tantos ultrajes,
á impedir tales infamias.
Estúpida muchedumbre,
lanzando gritos de rabia,
persigue vuestras familias
y asalta vuestras moradas.
Corre á torrentes la sangre,

(1) Esta arenga puede acortarse si lo considera útil el actor que ha de decirla.

llegan al cielo las llamas,
y con el hierro y el fuego
exterminan nuestra raza.
Ni la inocencia se libra,
ni les conmueven las lágrimas;
degüellan al que resiste
y á los caidos arrastran
Camino van de la hoguera
en montón, niños y ancianas,
yo oí de lejos sus gritos
y me partieron el alma.
(*A uno.*) Tú ya no tienes esposa...
(*A otro.*) Tú ya no tienes hermana...
y nadie hallará á los suyos
si el socorro se retarda.
(*A uno.*) Los tundidores te siguen...
(*A otro.*) Los canteros te idolatran...
son bravos; entrad con ellos
por las turbas á estocadas.
¡Seguidme! que cada instante
cuesta una vida; no caiga
su sangre sobre vosotros
por no acudir á salvarlas.
Millares de criaturas
con desconsuelo nos llaman,
y á ampararlas nos obligan,
afrentas acumuladas,
la humanidad, el cariño,
la ira, el rencor, nuestra causa.
¡A luchar! y si caemos,
los que sobrevivan vayan
á sublevar las aldeas,
á coronar las montañas,
y rugir por los caminos
pidiendo muerte y venganza.
¿Calláis? ¿Ni un grito de cólera
tanto dolor os arranca?
¿El interés es más fuerte
que la piedad y la lástima?
Pues bien, seguidme, que os roban
la seda de vuestras fábricas,
las joyas de vuestras tiendas
y el oro de vuestras arcas,
también la guerra es comercio
y es el botín la ganancia.
(*A uno.*) Tú lloras, Ruben, ¿no es cierto?
tienes corazón ¡en marcha!
¡Ah! ya comprendo las dudas...
creisteis que exageraba.
Oid. Yo he visto á tu padre

con la faz trémula y pálida,
caer derribado al suelo
por innoble bofetada;
he visto jóvenes bellas,
heridas sus carnes blancas
y por los largos cabellos
bárbaramente arrastradas...
y cuerpos carbonizados
retorciéndose en las ascuas,
y cabezas de judíos
en las puntas de las lanzas.
¿Para cuándo es vuestra ira,
para cuándo, si hoy no estalla?
¿De qué os sirven en el cinto
las espadas y las dagas?
¿Para qué, si no sois hombres,
la suerte os dió, equivocada,
en los hombros fuertes brazos
y en la cara recia barba?
Si dudáis, no alcéis jamas
la cabeza deshonrada,
que os escupirán al rostro
cuantos sepan vuestra infamia.
¡No lloréis! Temblad de cólera
que no es hoy día de lágrimas,
sino de lucha, de guerra,
de indignación, de matanza,
de romper petos y cascos,
y verter sangre cristiana.
¡Compañeros! ¡compañeros!
¡á las armas! ¡á las armas!

JUD 1.º Somos pocos, somos débiles.

ASSER. Débil es la frágil barca
y hunde la proa y se eleva
en olas como montañas.

SAM. Estamos amedrentados,
respeta nuestra desgracia.

ASSER. Cobardes; habéis nacido
para hilar y vestir faldas.
Mal haya la sangre mísera,
que tengo de vuestra raza;
con la sangre de un leproso,
si pudiera la trocara.
Apartad: que de miraros,
mi vista está avergonzada.

ESCENA XVI

Dichos y JACOB que entra por la derecha descompuesto é irritado.

JACOB. (*A Asser.*) ¿Tú aquí? ¿Tú aquí? No es tu (puesto.
sino en medio de la plaza,
donde es mayor el estrago
que sufrimos por tu causa.
Vé á gozarte en los dolores,
á recrearte en la desgracia,
y á contemplar el remedio
que á nuestros males guardabas.
ASSER. ¡Miserable!
JACOB. Dices bien
lo soy, ya no tengo nada;
huyendo libré la vida,
lo único que me quedaba,
entre los negros escombros
de mi casa...
ASSER. ¡Calla! ¡Calla!
JACOB. No culpéis de esos desastres,
á las turbas desbordadas;
es éste el que armó su brazo,
y el que provocó su saña.
ASSER. (*Oprimiéndole el brazo con ira y rechazándole con desprecio.*)
Jacob, no corto la lengua
que dice tales palabras,
por tu estado, por tu ruina,
por tus años, por tus canas.
JACOB. Maltrátame; no me quejo;
hunde en mi pecho tu espada;
pero, si quieres gozar
de catástrofe aún más bárbara,
colócate en la avenida
que hay tras la iglesia inmediata,
á ver pasar á tu esposa
sollozando, destrenzada,
en medio de los sayones
que la llevan á las llamas.
ASSER. (*Con exaltación.*) ¿Qué dices?
JACOB. Que de mis brazos,
acaban de arrebatármela.
SAM. ¡Mi hija!
ASSER. ¡Mi esposa! Callemos;
porque es mortal la tardanza.
¡Venid! Seguidme; caigamos
sobre esas fieras humanas,

y huid con ella muy lejos,
mientras luchando me matan.
¡Ay! Perdonad mis injurias,
pero ¡salvadla! ¡salvadla!

JACOB. No hay fuerza ya que detenga,
las hojas que el viento arrastra.

SAM. ¡Hija mía!

ASSER. ¡La abandonan!
Cobardes; yo iré á vengarla.
Pero, oid: si sobrevivo,
nunca entre nosotros haya
ni parentesco, ni trato,
ni saludo, ni palabras.

ESCENA XVII

Dichos, menos ASSER.

JACOB. ¡Ah! ¿Por qué no estrelló el viento
la galera en que remaba?

JUD. 1.° No habrá paz mientras él viva
entre nosotros, ni calma.
Antes que todos perezcan
sea uno solo quien caiga.

JACOB. ¿Qué te propones?

JUD. 1.° Delatarle.

TODOS. ¡Sí!

JACOB. ¿Delatarle? Bien hablas;
cuando la vista de un hombre
á los demás hombres daña,
se le aleja, se le expulsa,
se le barre, se le aplasta.
(*Entran los judíos en la casa. Samuel permanece inmóvil y preocupado.*)

JACOB. (*A Samuel.*) Entra tú.

SAM. No debo oiros,
¡Hija mía de mi alma!
(*Entra Jacob en la casa.*)

ESCENA XVIII

SAMUEL.

¡Hija! ¿Por qué me persigue
tenazmente su recuerdo?
No era mía; la perdí
cuando la dí en casamiento;
no muere hoy, que murió entonces...
es una ilusión, un sueño:
no me hostigues, no me mates,

aléjate, pensamiento.
¿Vienen? Salvaré mi vida,
que la vida es lo primero.
(Hace ademán de entrar en la casa.)
Aquí no; nuestro templo oculto
podía ser descubierto...
(Se dirige á la iglesia.)
Allí, ¡á la iglesia! ¡al asilo!
(Baja las gradas.)
¿Y si la invadieran ellos?
Entonces comprenderían
que me escondo, que les temo.
No entres, Samuel, y colócate
las estampas en el pecho.
La pobreza es un asilo
más inviolable que el templo.
¡Se acercan! Tiemblo de espanto...
¡Hija mía! ¡Dios Eterno,
ten compasión de un judío
que nunca dejó de serlo!
(Con voz quejumbrosa.)
¡Por las ánimas benditas,
den limosna al pobre viejo!

ESCENA XIX

Dichos, FRAY BERNARDO, judíos, presos y maniatados, y luego SARA, HOMBRE 1.° y Pueblo.

PUEB. ¡Mueran los conversos, mueran!
FR. B. Llorad vuestros sacrilegios,
y alcanzad muriendo bien
la salvación, que aún es tiempo.
Así llevaron un día
á Jesucristo los vuestros;
ofrecedle este calvario
con santo arrepentimiento.
SAM. Todos son hombres: respiro...
¡No! que entre la turba veo
lo que más quise en el mundo
¡Oh quién pudiera estar ciego!
¡Ay de mí si me conoce!
(Baja la cabeza.)
SARA. ¡Padre!
SAM. Me llama: soy muerto.
FR. B. ¿Qué se la ofrece?
SARA. Una gracia.
SAM. No era á mí: qué sufrimiento.
SARA. En una imagen adoro
y hemos llegado á su templo:

déjame darla un adiós
y una mata de mi pelo.

FR. B. Esa iglesia es un asilo
y complacerte no puedo.

SARA. (*Viendo á Samuel.*)
¡Padre mio! (*Aparte.*) ¡Ay! ¡le perdí!

FR. B. ¿Quién es? Prendan al converso.
¿Quién es?

HOM. I.° No sé: por lo visto,
es este pobre harapiento.
(*Todos rodean y sujetan á Samuel.*)

SAM. ¿Yo su padre? ¿Yo judío?
¿Yo sospechoso? No es cierto.
Cristianos fueron mis padres
y cristianos mis abuelos:
soy un infelíz mendigo
sin familia, sin sustento:
que diga si soy su padre
esa mujer.

HOM. 1° Dílo presto.

SAM. Jamás he visto su rostro:
por primera vez la encuentro.
(*A Sara.*)
Mirame bien: ¿me conoces?

FR. B. Dí si es tu padre este viejo.

SARA. No tengo padre; llamaba
á Jesús.

SAM. ¿Lo estáis oyendo?
Sálvenme de esa sospecha
todos los santos del cielo
y el que murió en el Calvario,
Jesucristo el Nazareno.

SARA. Ese es el padre que invoco
y el único verdadero,
que aquí todo es engañoso
y allá arriba todo es cierto.

FR. B. (*Dudando y mirando alternativamente á uno y otro, dice á Samuel.*)
¡Abrázala!

SAM. Tengo escrúpulos,
que soy cristiano.

HOM. 1° ¿Qué hacemos?

FR. B. (*A Samuel.*) Sólo encendiendo su ho-
(guera
te salvarás...

SAM. Si no puedo
seguiros de viejo y débil...

FR. B. ¿Cómo? ¿Vacilas?

HOM. 1° ¡Al fuego!

SAM. ¿Que yo vacilo en serviros?

Enfermo estoy, pero acepto.
HOM. 1° Marcha hacia adelante.
FR. B. Déjale.
HOM. 1° ¿Y si es su padre?
FR. B. Lo niego;
no existe un padre que diga
lo que ese hombre está diciendo.
SARA. (*Alzando las manos y mirando al templo, pero delante de su padre*)
¡Bendice á esta desgraciada
y toma mi último aliento!
¡Padre mío! ¡Padre mío!
¡Padre que estás en el cielo!
(*Salen Sara, Fray Bernardo y algunos del pueblo.*)

ESCENA XX

SAMUEL, HOMBRE 1.° y algunos del pueblo, que rodean al primero.

SAM. (*Aparte.*) Comprendo tu despedida
y mi vileza comprendo,
y al darte mi bendición
de mí propio me avergüenzo.
HOM. 1° ¿Cómo, siendo un buen cristiano,
no das mueras á esos perros?
¡Mueran los conversos!
SAM. ¡Mueran
por villanos, por abyectos,
por cobardes! Y lo digo
con toda el alma; creedlo.
HOM. 1° (*A los suyos, saliendo.*)
¡Con qué entusiasmo lo dice!
Ese es un cristiano viejo.

ESCENA XXI

SAMUEL.

¡Mueran, sí, mueran los míos,
que la muerte merecemos!
Así dicen que el Apóstol
renegó de su Maestro.
Tan avergonzado estoy,
que me parece que siento
que de su hoguera á mi rostro
viene una brisa de fuego.
¡Abreme la puerta, hermano;

abre, por Dios, que me muero!
(*Abren.*)
No alces la vista por verme;
Jacob, ¡qué infame es el miedo! (*Entra.*)

ESCENA XXII

JACOB y luego LUIS.

JACOB. (*Sale de la casa con recelo.*)
¡Oh! ¡Pobre Sara! También
siento vergüenza y despecho.
Si me atreviera á acercarme...
No cerréis; dejad abierto,
que está el peligro muy próximo,
y puedo volver huyendo.
(*Se dirige con miedo hasta asomarse por la calle de la izquierda. Luis entra por la derecha.*)
LUIS. ¡Tengo miedo! Estoy temblando...
no creí que fuera eso
tan horrible... me dan lástima
las mujeres y los muertos.
¿Qué haré? ¿Qué haré?
JACOB. Se oyen gritos.
(*Volviendo asustado.*)
¿Quién es? ¿quién es?
LUIS. (*Deja caer la espada junto á la puerta de la casa y queda inmóvil.*)
¡Un converso!
JACOB. ¿Qué dices? ¿quieres perderme
y delatarme?
LUIS. (*Temblando.*) No quiero...
JACOB. Tú vas à pagar por todos...
(*Le alza en los brazos.*)
no alces el grito ¡lobezno!
ó te paso con mi daga
como hables fuerte ¡silencio!
(*Entra con él en la casa.*)

ESCENA XXIII

SARA, ASSER, PUEBLO y HOMBRE 1.° Mientras la escena está desierta, se oyen las cuchilladas y voces que se indican.

VOCES. (*Fuera.*) ¡Matadle! ¡Ay de mí! ¡Socorro!
ASSER. (*Fuera.*) Sálvate, Sara.
SARA. (*Fuera.*) ¡Dios mío!
Huye también: gana el templo

ó aquí moriré contigo.

ASSER. (*Fuera.*) ¡Sálvate tú!

(*Entra Sara despavorida y sube las gradas de la iglesia: luego Asser sin espada.*)

¡Desarmado!

Entra, que estamos perdidos.

HOM. 1° ¡Mueran!

PUEBL. ¡Mueran!

(*Asser se detiene junto á la iglesia y saca la daga: Sara se arrodilla: el pueblo asalta la verja y Asser le contiene.*)

SARA. ¡Compasión!

Compasión, hermanos míos,
¡por el dolor de la Virgen
ante el cuerpo de su hijo!

ESCENA XXIV

Dichos y FRAY ANTONIO que salen de la iglesia con un crucifijo, levanta á Sara y cierra la verja tras ella y Asser, quedándose fuera.

FR. AN. (*Presenta el crucifijo y se dirige al pueblo que va retrocediendo hasta salir por la izquierda.*)

Tened respeto al sagrado,
tened respeto al asilo:
los amparan su derecho
y este santo crucifijo.
¿No bastan? Aquí estoy yo
por las víctimas que os quito:
con mi sangre las rescato,
con mi vida las redimo.
¿Queréis matarme? No tiemblo...
estoy dispuesto al martirio.
Si yo muero, al que os predica
la muerte y el exterminio
llevadle manchado en sangre
mi hábito de dominico.
¿No queréis mi vida? ¡Atrás!
dispuesto á morir os sigo,
no me asusta vuestro jefe...

PUEBL. ¡Viva el fraile!

FR. AN. (*Señalando el Cristo.*) ¡Viva Cristo!

(*Salen por la izquierda.*)

ESCENA XXV

SARA y ASSER.

SARA. Creo que salgo de un sueño...
que despierto ó resucito...
Deja que bese tu mano.
¡Ay, Asser! ¿Estás herido?
ASSER. No lo estoy, que esos verdugos
eran, por lo que hemos visto,
para asesinar, audaces,
para pelear muy tímidos.
No hubiera habido una víctima
con cien hombres decididos.
(*Saliendo de la verja.*)
En salvo te dejo, Sara,
ya pasó todo peligro...
SARA. ¿Que te vas? ¿Que me abandonas?
ASSER. Este es tu templo; ese el mío. (*Señala al cielo.*)
SARA. (*Siguiéndole le señala la sinagoga; llorando.*) ¡Llama allí!
ASSER. ¡Sara! No tengo
familia, templo, ni amigos,
ni creo en nadie, ni en nada.
¡Adiós!
LUIS. (*Dentro.*) ¡Padre, padre mío!
(*Al oir aquella voz de niño se miran fijamente Sara y Asser y se estrechan al fin la mano.*)
SARA ¡Asser!
ASSER. ¡Sara!
SARA. ¿Le recuerdas?
ASSER. Si aún sueño que le acaricio...
SARA. ¿Recuerdas cuando en su cuna
le mirábamos dormido?
ASSER. ¿Recuerdas la estrella roja,
que yo marqué en su bracito?
SARA. ¿Y aquellos rizos tan rubios?
ASSER. ¿Y aquellos ojos tan vivos?
SARA. ¡Asser! ¡Asser! Un abrazo
por la memoria del niño. (*Vacila un momento y la abraza.*)

ESCENA XXVI

Dichos, y FRAY ANTONIO que entra por la izquierda y avanza lentamente sin que le vean.

ASSER. (*Desasiéndose.*) Recuerda que eres cris-
(tiana.

SARA. Recuerdo que me has querido,
que eres mi esposo, que te amo,
que me has salvado ahora mismo.
Entra en la iglesia: estás solo
entre un tropel de enemigos,
estás miserable y triste.

FR. AN. ¿No eres un hombre afligido?
Entonces esta es tu casa:
entra en el templo conmigo.
(*Sara y Fr. Antonio le conducen cariñosamente.*)

ASSER. Entre sus brazos me llevan...
¿con qué poder me resisto
si me conducen al templo
la humanidad y el cariño?

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

CUADRO 1.°

Habitación desmantelada en la carcel de Lisboa: algunos poyos junto á las paredes.

ESCENA PRIMERA

ASSER lee sentado en un poyo de la izquierda á alguna distancia de los presos: FR. BERNARDO está sentado á la derecha: Hombre 1.° y algunos presos rodean al cantador en el fondo.

UN PRESO. (*Canta*).

En la cárcel de Lisboa
pasé mi vida jugando:
sólo se jugaban penas
y yo cobraba el barato.

Cuando me arrojen al mar,
compañerito del alma,
con la pala de tu remo
hazme una cruz en el agua.

TODOS. ¡Bien!
HOM. 1° Te ruego que concluyas
esas tristes cantinelas:
nos basta con nuestras penas,
para que oigamos las tuyas.
¡Ay de mí! (*A Fr. Bernardo.*) ¡Tú me has perdido!
¿Por qué escuché tus sermones?
FR. B. Te quejas de las canciones
y las cantas á mi oído.
Sólo ves tu mala suerte,
y al gemir, no consideras,
que sólo vas á galeras
y yo soy reo de muerte.
Hoy tal vez duerma en la caja,
que ya de limosna existo,
y en el hábito que visto
estás viendo mi mortaja.
HOM. 1° Tú no abandonas aquí
mujer é hijos que te adoren.
FR. B. No tengo ojos que me lloren
ni quien se se aflija por mí.
Yo soy hombre de pelea,
no de amor ni de consejo;
me han vencido, no me quejo;
yo muero y queda mi idea.
Que así nos vemos los dos
y se nos ha condenado,
porque el rey está del lado
de los que ofenden á Dios.
Si ante el poder que gobierna
que delinquimos admito,
lo que hicimos no es delito
ante la justicia eterna.

ESCENA II

Dichos, OFICIAL y cuatro soldados.

OFIC. ¡Fray Bernardo!
FR. B. (*Levantándose.*) Aquí me tienes.
OFIC. Vengo...
FR. B. Dilo sin reparo,
y habla pronto, y habla claro,
que comprendo á lo que vienes.
¿Llegó mi hora?
OFIC. La hora
de que elijas confesor;
al causarte ese dolor
mi corazón sufre y llora.

FR. B. Pues ese encargo te dan,
cumple, amigo, con tu empleo,
y vamos, no tenga el reo
que consolar al guardián.
(*A los presos que le hacen calle.*)
Señores, si os ofendí,
si os molesté en la prisión,
á todos pido perdón:
recen, señores, por mí.
HOM. 1° Dulce estás para quien eres
y oyó tus fieras razones;
sin duda las ocasiones
suavizan los caracteres.
FR. B. (*Deteniéndose en la puerta le dice.*)
Nadie burle hasta acabar,
porque el mejor enterado
sabe lo que le ha pasado,
no lo que le ha de pasar.
(*Sale con el Oficial y soldados.*)

ESCENA III

ASSER, HOMBRE 1.° y Presos.

ASSER. Dijo bien; y no son modos
de darle la despedida:
que quien paga con la vida,
salda sus cuentas con todos.
HOM. 1° Ese que perdón implora
era no há mucho un león.
ASSER. Entonces era ocasión
de zaherirle, no ahora.
HOM. 1° Misericordioso estás
para tu genio brioso.
ASSER. ¿Que estoy misericordioso?
HOM. 1° Y manso.
ASSER. ¿Manso?... Quizás.
(*Se sienta otra vez y abre el libro. Suena una campana.*)
HOM. 1° Ya nos llama la campana.
Ven á comer.
ASSER. No.
HOM. 1° Lo creo;
devoras á San Mateo
y se te quita la gana.

ESCENA IV

ASSER, con el libro abierto.

Son versículos divinos
ó este libro me fascina;
no, no es esta la doctrina
que atacaban las rabinos.
Dudo... tiemblo... ¿en qué consiste
tan extraña sensación?
Es que esta es la religión
del oprimido y el triste.
¿Y yo, que á Sara culpé,
vacilo en este momento?
No es verdad; lo que yo siento
es admiración sin fe.
Este libro mi fe daña,
pero no me ha convencido...
¿Por qué, por qué habré leído
el sermón de la Montaña?

ESCENA V

ASSER y FRAY ANTONIO.

FR. AN. ¡Asser! ¡Asser!
ASSER. ¿Quién llama?
FR. AN. Es un amigo
que trae la libertad al prisionero.
ASSER. ¿Qué dices?
FR. AN. Que eres libre.
ASSER. A mayor servidumbre me condenas;
la gratitud me carga de cadenas.
FR. AN. A nadie se la debes; en Lisboa
manda otra vez la ley y ella te ampara;
tus torpes enemigos no sabían
que con su acusación te enaltecían;
cobardes los declara una sentencia;
lógica y natural tu resistencia
yo atestigüé no más: fué deber mío...
Olvida todo encono
y perdona á los tuyos, te lo ruego;
perdónalos por mí.
ASSER. No los perdono.
FR. AN. Concédeme esa gracia.
ASSER. Te la niego.
Yo amaba á mi nación; yo he deseado
destruir sus cadenas,
y hubiera derrochado,
por los míos, la sangre de mis venas.

Cobardes y traidores me delatan;
la traición de un extraño, bien lo sabes,
es traición nada más, simple vileza;
la traición del amigo y del hermano
¿quién ha de perdonar?

FR. AN. Cualquier cristiano;
todo el que haya sentido la grandeza
de ese libro que escondes en la mano.

ASSER. ¿Su grandeza no más? Yo la he sentido.
Por ella estoy turbado y estoy triste;
el Evangelio ten; tú me le diste
y siento la obsesión de su lectura.
Desde que abrí sus hojas sólo veo
la pálida figura
del dulce Galileo;
su templo es la montaña,
su púlpito una roca,
y á sus suaves acentos
callan las aves, páranse los vientos,
nadie á turbar se atreve
aquel santo sermón, es tal la calma,
que ni la hoja en los árboles se mueve,
y las gentes que escuchan afanosas
reprimen sus sollozos
y su lágrimas corren silenciosas.
Envuelto en sus harapos
el auditorio humilde, oye aquel himno
que desdeña el poder y la grandeza,
y da al desheredado
un tesoro moral en su pobreza.
No es valor el arrojo del soldado,
que lo es el sufrimiento;
ni tesoro el caudal acumulado,
sino el desprendimiento;
el perdón sustituye á la venganza,
la paz á los combates;
más que la posesión, es la esperanza,
la túnica del lirio,
más que la regia púrpura del tirio;
nada vale en el suelo,
lo que tiene valor está en el cielo.
Sollozos contenidos
forman al concluir sublime coro,
y el llanto le acompaña,
al ver sobre la mística montaña,
nacer la caridad con alas de oro.
Día feliz aquél; monte bendito,
que escuchó aquella santa poesía,
que aplaudieron con trinos, con olores,
cada cual con su idioma y su armonía,

hombres y arroyos, pájaros y flores.
FR. AN. Sientes ya la belleza;
la fe vendrá después.
ASSER. Esa doctrina
no es para nuestra ruin naturaleza;
estrecha es para el hombre.
FR. AN. Perdona á tus hermanos. De rodillas
te lo ruego. (*Se arrodilla.*)
ASSER. (*Abrazándole.*) ¡Tú así!
FR. AN. Todo se alcanza
con humildad.
ASSER. Renuncio á mi venganza.
FR. AN. ¡Asser! Dame la mano;
siento en tu corazón ennoblecido
los primeros latidos de un cristiano.
ASSER. ¿Qué dices?
FR. AN. Lo que siento.
Voy por tu libertad; llega al momento.
Todo lo que del libro te imaginas,
tan difícil y estrecho,
nunca hallé en los umbrales de la (muerte,
nadie que no quisiera haberlo hecho.

ESCENA VI

ASSER.

Más valiera su saña,
que la dulce humildad con que me (obliga.
(*Esconde el libro en el pecho.*)
Mi espíritu se nubla,
¿qué siento que me llena de terrores,
hundiendo bruscamente mi pasado?
No es nada; es que me alejo avergon- (zado
de un antro de traidores.
Sí; ya me irrita el nombre de judío;
pero esta no es, Señor, apostasía,
es que mi corazón está vacío,
y se quiere llenar de poesía.
La frente se me parte.
Señor, Señor, mi templo han derribado,
y busco una manera de adorarte.

ESCENA VII

Dicho, y á la puerta OFICIAL y TÉLLEZ.

OFIC. Aquí está.
TÉLL. Gracias. ¿Podríamos
hablar con él?
OFIC. Sin obstáculo. (*Sale.*)

ESCENA VIII

ASSER, SARA y TÉLLEZ.

SARA. ¡Asser! ¡Asser! Ya eres libre.
¡Oh! que temor he pasado.
(*Se abrazan.*)
ASSER. ¿Quién es?
SARA. Uno que nos busca
con afán para contarnos
una historia.
TÉLL. Pero exige
condiciones.
SARA. Las rechazo.
TÉLL. Exige que si os los hizo
le perdonéis los agravios.
SARA. ¡Habla!
TÉLL. Perdonad primero,
y perdonad sin reparo
porque á vosotros y á mí
nos perjudica el retraso.
¡Se trata de vuestro hijo!
(*Los dos se van hacia él con afán.*)
ASSER. ¿Qué me dices?
SARA. ¿Sabes algo?
ASSER. ¡Habla!
SARA. ¿Vive?
ASSER. ¿Dónde está?
TÉLL. Juradme perdón ó callo.
SARA. Lo juramos.
ASSER. Pero ¿vive?
SARA. ¡Di que juras!
ASSER. Lo juramos.
TÉLL. ¿Os acordáis de la noche
de vuestra fuga? Vagábamos
por las orillas del río
cuando pudimos librarnos;
yo me aparté de los otros,
ví galopar dos caballos,
un bulto cayó del uno

y yo me puse á buscarlo.
Halléle sin gran esfuerzo
porque me atrajo su llanto.
y ví un niño suspendido
sobre las aguas del Tajo
en una mata de juncos
que de morir le libraron.
Le conocí por lo rubio,
por su cabello rizado,
y por si quieres más señas
tiene una estrella en el brazo.

SARA. ¡Devuélvemele! ¡Es el mío!

ASSER. ¿Qué has hecho de él?

TÉLL. (*Con orgullo.*) Le he criado.

SARA. (*Con ternura y asiendo la mano de Téllez.*) ¿Es lindo, verdad?

TÉLL. Muy lindo.

SARA. ¿Está muy alto?

TÉLL. Muy alto.

ASSER. ¡Infame! ¿Y privaste de él
á su madre tantos años?

SARA. (*Interponiéndose.*)
¿Qué haces? ¿Qué haces? Nos le entrega
¿y así pagas el hallazgo?

ASSER. Perdona.

SARA. ¡Y no conocerle!

TÉLL. Tres días há le has besado.

SARA. ¡Era aquel! Si lo decía
mi corazón palpitando.
¡Si me lo advirtió la Virgen!
¡Asser! ¡Asser! Fué milagro.
¿No te lo dije? Es preciso;
sólo podremos pagárselo
yo cristiana y tu judío,
yendo á su templo descalzos.

ASSER. Que enloqueces.

SARA. De ventura.

ASSER. ¿Dónde está?

TÉLL. (*Con desesperación.*) ¡Me le han robado!
(*Sara y Asser quedan espantados. Después tienen un movimiento de indignación.*)

SARA. ¿Y así cuidaste de mi hijo?

ASSER. (*Sujetándole el brazo.*)
¿Y quieres que te absolvamos,
cuando nos le restituyes
sólo para arrebatárnoslo?
¡Miserable!

TÉLL. Que juraste
perdonarme.

SARA. (*Con ímpetu.*) ¡Juró en falso!
ASSER. Mi hijo ó tu vida
TÉLL. Escuchadme.
Es tanto lo que le amo
que por librarle os le entrego:
nunca le hubiera entregado.
Cautivo está de judíos
tres días há que le aguardo
y temo que esos infames
le maten si le reclamo.
Salvadle y que sea vuestro:
me basta con verle en salvo.
¿Ves este hierro? (*Enseña la espadarota.*)
SARA. Era el suyo.
TÉLL. ¿Sabes donde lo encontraron?
A la puerta de la casa
donde tú y yo nos hablamos.
Sólo conversos la habitan
que de venganza están ávidos...
(*Lo siguiente con gran vehemencia y rapidez.*)
SARA. ¿Recuerdas aquellos gritos
infantiles que escuchamos?
ASSER. Los recuerdo.
SARA. El que gritaba
era nuestro hijo llamándonos.
ASSER. Sí; su voz vibró en mi pecho.
SARA. Por él nos reconciliamos.
ASSER. ¡Padre! me decía ¡padre!
TÉLL. Era á mí.
ASSER. (*Con ira.*) Tú eres padrastro.
SARA. A libertarle si aún vive.
ASSER. O á destruir aquel antro.
(*Salen apresuradamente asidos de la mano y Tellez detrás.*)

(MUTACIÓN.)

CUADRO 2.°

Habitación de paso dentro de la sinagoga, sin muebles. Puerta á derecha é izquierda: la primera dá á la calle, la segunda al interior. Ventana en el segundo término de la derecha. Telón ó cortina en el fondo.

ESCENA IX

SAMUEL, JACOB y JUDIO 1.° mirando por la ventana.

JACOB. Acabemos. Ese niño
nos estorba y perjudica:
si huye, nos pierde; guardarle
será zozobra contínua.
Dejad que sacien su cólera
en el hijo de las víboras.
SAM. La sangre no queda impune.
JACOB. Inútil es cuanto digas
los nuestros tienen su presa,
¿quién la libra de sus iras?

ESCENA X

Dichos, LUIS y judíos, uno con una cruz, otro con una corona de espinas.

VOCES. (*Dentro con alarma y en tono bajo.*)
¡Detenedle! ¡Detenedle!
LUIS. ¡Socorro! (*Sale huyendo.*)
JUD. 1.° ¡Ay de tí si gritas!
¡Cierra! (*Samuel cierra la ventana.*)
JACOB. (*A Samuel.*) ¿Lo ves? No tendremos
seguridad mientras viva.
LUIS. ¡Quieren que pise la cruz!
No la piso; antes querría
que pusieran en mi frente
esa corona de espinas.
JUD. 1.° Ponédsela.
SAM. No soy cómplice
de lo que pasa á mi vista.
¿Entendéis? ¡Niño! Repara,
guarda mi fisonomía,
Samuel, Samuel es mi nombre
y si es preciso, atestigua

que otros te martirizaban
y Samuel te defendía.
Me lavo las manos.

JUD 1.º Conste
el papel que te destinas:
eres Pilatos.

JACOB. (*A Samuel.*) Contente
y enfrena tu cobardía.

LUIS. Soltadme, ¿qué mal os hice
si no hice daño en mi vida?
Vuestras miradas me asustan,
vuestras manos me lastiman,
dejadme salir, señores,
en busca de mi familia;
mi madre estará de pena
llorando á lágrima viva.
¡Samuel! Tú que me defiendes
llévame á casa en seguida:
no me suelto de tu brazo...

SAM. ¡Hijo!

LUIS. ¿Verdad que me libras?
(*Bajo á Samuel.*)
Quieren matarme.

SAM. No temas.

LUIS. Sí, su maldad no es fingida;
lo conozco en sus palabras
y en el modo con que miran.

SAM. Dejádmele.

JACOB. Suelta y vamos.

JUD. 1.º (*Derribando la cruz.*)
La cruz en tierra. Ahora ¡písala!
(*Todos amenazan á Luis, que dominado da un paso hacia la cruz; pero se detiene y retrocede diciendo con energía.*)

LUIS. ¡No! (*Movimiento de indignación. Suena un golpe en la puerta y todos quedan aterrados.*)

JACOB. (*Amenazándole.*) ¡Silencio!

SAM. ¡Nos perdemos!

JUD. 1.º ¡Salid! (*Al niño.*) ¡Ay de tí si gritas!
(*Salen todos con mucho sigilo parodiando una procesión y amenazando al niño.*)

LUIS. (*En voz baja.*)
Dejad que diga muy bajo:
¡Padre mío! ¡Madre mía!
(*Salen por la izquierda.*)

JACOB. ¡Abreviad! que estamos todos
vendidos mientras exista.
¡Sal á ver! (*Al Judío 1.º*)

ESCENA XI

SAMUEL, JACOB y JUDÍO 1.°, que sale por la derecha y reaparece.

SAM. Tiemblo sin culpa.
JACOB. Pues mucho más temblarías
si huyera contando á voces
nuestra parodia sacrílega.
SAM. Tienes razón; me acobardas.
JUD. 1.° (*Asustado.*)
La que ha llamado es tu hija,
Asser y un desconocido
la acompañan.
SAM. ¡Oh, desdicha!
JUD. 1.° ¿Qué hacemos?
JACOB. ¿Qué hacer? Abrir.
Negar. Contener su ira.
(*Aparte al Judío 1.°, que reaparece.*)
Si grita somos perdidos.
Que terminen. Dales prisa.
(*Sale el Judío 1.° por la izquierda.*)

ESCENA XII

SARA, ASSER, SAMUEL, JACOB y TÉLLEZ.

ASSER. Sabed á lo que he venido.
Tenéis preso hace tres días
un niño; vengo á librarle
y ¡ay de aquel que me lo impida!
No admito plazos ni ruegos,
ni excusas, ni negativas;
que ha de salir en mis brazos
y ha de salir en seguida.
SAM. ¿Un niño preso?
JACOB. ¿Qué dices?
ASSER. Nadie me lo contradiga.
Tres días há que yo mismo
oí su voz dolorida.
SAM. ¿Tú? (*Con terror.*)
JACOB. En aquel día trajeron
sus hijos muchas familias.
TÉLL. ¡Registremos!
SARA. ¡Padre mío,
busca también! ¡Averigua,
que es tu nieto el que buscamos
y es larga ya mi agonía!
SAM. ¡Mi nieto! (*Con espanto.*)

JACOB. ¡Imposible! Ha muerto;
los muertos no resucitan.
TÉLL. Falso, que mi hijo es el suyo
y hay señal que lo atestigua.
SAM. (*Apretando la mano á Jacob, aparte.*)
¡Jacob! ¡Hermano!...
JACOB. ¡Silencio!
Ya es tarde y nos perderías.
SAM. ¡Dios de Abraham!
SARA. ¡Padre! ¿Qué tienes?
SAM. ¡Sostenme, sostenme, hija!
No puedo mas. Sara, sálvale.
¡Sálvale que le asesinan!
¡Tu hijo está allí!
(*Jacob protesta con la acción y Asser le amenaza.*)
ASSER. (*A Samuel.*) Guía y calla.
SARA. ¡Hijo mío!
ASSER. ¡Guía! ¡Guía!
(*Se dirigen hacia el fondo.*)

CUADRO ÚLTIMO

Se alza el telón del fondo y se ven sobre un tablado los judíos rodeando la cruz en que se halla sujeto por cordeles, desmayado y crucificado el niño Luis. Forman el cuadro de la pasión: uno blande la lanza; todos huyen y se colocan á los lados en actitud de terror.

ESCENA XIII

DICHOS, LUIS en la cruz, JUDIOS.

SARA. ¡Qué horror!
JACOB. (*A Samuel.*) ¡Nos has descubierto!
ASSER. El niño en quien yo soñé.
SARA. El mismo que yo besé.
TÉLL. ¡Mi hijo!
SARA. ¿Así pagas mi fe
que me le devuelves muerto?
No es posible tal dolor.
ASSER. No: salgamos del error
por si estamos engañados.
(*Se adelantan Asser, Sara y Téllez.*)

SARA. Tú: yo no tengo valor...
(*Asser llega al niño: alza la manga de la túnica y dice con espanto.*)
ASSER. ¡La estrella roja! ¡Malvados!
(*Gran consternación: Sara se arrodilla ante la cruz y queda inmóvil. Tellez, Samuel y algunos Judíos, descuelgan al niño y forman un grupo.*)
¡Temblad! mas no de mi espada:
allí el verdugo os espera
y una ciudad espantada
que pedirá alborotada
contra vosotros, la hoguera.
Los lamentos generales,
vuestros gritos de amargura
y vuestras ànsias mortales,
han de ser los funerales
de esa infeliz criatura.
Mártir de tu religión
acoge este corazón
que llorando te dirijo,
al comprender tu pasión
por el martirio de mi hijo.
SAM. (*Levantando el niño y llevándosele á Sara.*)
¡Sara! ¡Cese tu agonía!
Sólo estaba desmayado.
¡Tu hijo vive!
(*Alegría de todos. Sara abraza y besa con efusión al niño, que estará asombrado.*)
SARA. ¡Madre mía!
Tú me le has resucitado.
Bendita seas, María.
ASSER. Quiero besarle.
SARA. Detente.
Besa primero la cruz.
ASSER. (*Colocando una mano en el brazo de la cruz y mirando al cielo.*)
Eres santo, eres clemente,
descienda, Señor, tu luz
para iluminar mi frente.

FIN DEL DRAMA.

LA ESTUDIANTINA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA ESTUDIANTINA

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

EUSEBIO SIERRA

MÚSICA DEL MAESTRO

GREGORIO MATEOS

Estrenada en el TEATRO DE LA ZARZUELA el 4 de Enero de 1893

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1893

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARÍA	SRTA.	SOLER DI-FRANCO.
BLASA	SRA.	GALÁN (PILAR).
LUIS	SR.	BERGES.
GERUNDIO		BOEZO.
ROQUE		SOLER.
RUFO		GUERRA.
ROMÁN		SOLA.
UN NOTARIO		SALVIATI.

Labradores, estudiantes, soldados

La escena en un pueblo de la provincia de Salamanca á principios del siglo XVIII

ADVERTENCIA

La dirección de esta obra ha estado encomendada exclusivamente al inteligente director de escena del Teatro de la Zarzuela D. Miguel Soler, con quien pueden entenderse las Empresas de provincias en todo lo concerniente á la parte artística de la obra.

ACTO PRIMERO

La escena representa una plaza de un pueblo de corto vecindario en la provincia de Salamanca. A la izquierda, una casa. En el fondo, á la derecha, la iglesia. Al levantarse el telón amanece.

ESCENA PRIMERA

ALDEANOS. Van saliendo en grupos

Música

UNOS — No hay nadie.
OTROS — No hay nadie.
UNOS — Silencio.
OTROS — Chitón.
TODOS — No se oye en la casa
ni un leve rumor;
el alba á la novia
dormida encontró.
Si espera en el lecho
los rayos del sol,
no angustian sus noches
desvelos de amor.
Dormirse en vísperas
de ir al altar...
Parece fábula
¡qué atrocidad!
Quien sube al tálamo
de modo tal,
no espere plácida
felicidad.

ELLAS La novia no quiere
al zafio amador,
y llora y se muere
de pena y dolor.

ELLOS Da muestras bien tarde
de su padecer.

ELLAS Porque es muy cobarde,
que al cabo es mujer.

ELLOS Rechace al amante
si tiene valor,
y acabe al instante
su pena y dolor.

ELLAS Que quiera ó no quiera
la van á llevar,
como una cordera,
al pié del altar.

ELLOS Que vaya y que diga
que no puede ser.

ELLAS Si el padre la obliga,
no se ha de atrever.

ELLOS Pues luche valiente
como antes calló,
y diga á la gente
y al cura que no.

ELLAS Las iras del viejo
no quiere arrostrar.

ELLOS Pues dadla un consejo:
¡paciencia y callar!

TODOS ¡Ah!
Si el novio cándido
no acierta á ver
las penas íntimas
del dulce bien,
vertiendo lágrimas
sabrá después
lo muy ridículo
de su papel.

—

La novia no sale
ni llega el galán.
¡Si al cabo la boda
se trastornará!

ESCENA II

DICHOS y GERUNDIO

GER. Muchachas y muchachos,
muy buenos días.
CORO Muy santos y muy buenos,
señor sopista.
¿A dónde tan temprano
va el estudiante?
GER. Corriendo alegre tuna
con sus cofrades.
CORO ¿Pues cómo viene sólo?
GER. Por este pueblo,
de largo pasan siempre
mis compañeros;
más como yo olí fiesta,
cambié de rumbo.
CORO Y ha estado el estudiante
muy oportuno.
GER. ¿Qué ocurre, pues?
CORO Que hay boda aquí
GER. ¿Bodorrio? ¡Bien!
Pues soy feliz.
¿Y es ella linda?
CORO Casi otro sol.
GER. ¿Y el novio?
CORO Es feo, muy feo.
GER. ¡Horror!
CORO La novia es María,
la joven más bella
de todo el lugar,
y el novio es un zote
que odiado por ella
la lleva al altar.
Hasta hoy en el pueblo
de burla servía
el zafio doncel,
creyendo que nunca
la hermosa querría
casarse con él.
GER. (Fué la llegada

bien oportuna,
que no sospechen
es menester;
ya que vinimos
con tal fortuna,
haga el ingenio
lo que hay que hacer.)
(Al coro.) Llegad y oid
dos coplitas nada más;
tengo ganas de reir
y deseos de cantar.

—

Cuando es la novia linda
y es feo el novio,
se anulan los derechos
del matrimonio,
porque no se hizo
la miel para la boca
de los borricos.

CORO Y es cosa justa
y está muy bien,
que los borricos
no coman miel.

GER. La esposa linda y joven
de un hombre necio,
es como flor en campo
que esté desierto,
que siempre halla
alguno que se encargue
de trasplantarla.

CORO Y es una cosa
muy natural,
que guste á muchos
el trasplantar.

(Se oyen dos gritos fuera.)

ESCENA III

DICHOS y RUFO

GER. ¿Qué es eso?
CORO Rufo.
GER. ¿El novio?
CORO Sí.
GER. Por el acento
le conocí.
RUFO Amigos míos
aquí estoy ya.
CORO Muy buenos días,
feliz mortal.
RUFO María hermosa,
ya estoy aquí.
GER. (Bien se conoce
que es muy cerril.)
CORO Dormida la novia
te debe esperar.
RUFO Soñando conmigo
sin duda estará.
CORO ¡Sin duda! ¡Sin duda!
¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!
RUFO Reid, no me importa
pues son esas risas
en ellas de rabia,
y en ellos de envidia;
las hembras quisiérais
á Rufo cazar,
los hombres ser dueños
de ese ángel de paz.
CORO ¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!
RUFO Esa fingida
jovialidad,
la rabia vuestra
quiere ocultar,
que á todos, todos
envidia dá
mi inesperada
felicidad.
¡Rabiad, rabiad,
rabiad, rabiad!

CORO — Un tonto es
de calidad,
no le hay mayor
en el lugar.
¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!

RUFO — Sí, reid, sí, reid,
que después de nuestra unión
de vosotros todos juntos
nos reiremos ella y yo.

CORO — A reir, á reir,
de esa unión, porque después,
todos juntos, como ahora,
nos reiremos de ella y él.

GER. — (¡Qué infeliz! ¡Qué infeliz!
no sabe él que esa unión,
desharemos sin tandanza
mis amigos, Luis y yo.)

CORO — Roncando te prueba
María su afán.

RUFO — Por eso me gusta
muchísimo más.

CORO — ¡Por eso! ¡Por eso!
¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!

RUFO — Reid, no me altero,
pues sé que mi novia
demuestra, roncando,
que puede echar roncas,
porque hoy su fortuna
la ofrece el galán
más rico y más guapo
de todo el lugar.

CORO — ¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!

RUFO — Esa fingida
jovialidad
la rabia vuestra
quiere ocultar,
que á todos, todos
envidia dá
mi insperada
felicidad.
¡Rabiad, rabiad,
rabiad, rabiad!...
etc., etc.

Hablado

RUFO Lo dicho; el que ríe ahora,
es fácil que después llore.
GER. Es verdad... ¡buena sentencia!
¡qué talento! ¡Ni Aristóteles!
RUFO ¡Ah! Un sopista...
GER. Que debía
ser ya doctor *in utroque*,
y saluda entusiasmado
al primer Rufo del orbe,
presunto esposo de un ángel
que duerme... y ronca.
RUFO ¿Y á dónde
se vá?
GER. Donde, no se encuentren
ni bedeles ni rectores.
Salí ayer de Salamanca
y he andado toda la noche
huyendo del claustro en pleno,
que, sin oir mis razones,
me imputa una fechoría
y un castigo atroz me impone.
RUFO Pues ya que vuestra fortuna
os trajo á este pueblo noble,
asistiréis á mi boda.
GER. Gracias, muchas gracias, joven,
pero es imposible; tengo
tengo que salir de aquí á galope.
RUFO Es que dentro de un par de horas
nos echan las bendiciones.
GER. (¡Cáspita!) No me es posible
esperar.
RUFO ¿No? Pues entonces
bebed antes de marcharos
un trago por mis amores.
GER. Con mucho gusto.
RUFO Os convido
á todos.
CORO ¡Bien! ¡Muy bien!
RUFO ¡Orden!
El que alborote no bebe...

¡Ya están mansos!...

GER (Que me corten
la cabeza si no dejo
compuesto y sin novia al zote.)
(Se van todos. Música.)

ESCENA IV

MARÍA y ROQUE. Salen de la casa

MARÍA Si no hay nadie.

ROQUE Pues yo he oido
mucho ruido y muchas voces,
y ya salía dispuesto
á medir con el garrote
á los que en oliendo boda
se vuelven madrugadores.
Que vengan á divertirse
después, bueno; está en el orden
que en una boda se baile
y en un entierro se llore;
pero que tan de mañana
canten, griten y alboroten,
eso no, mientras yo sea
alcalde y haya prisiones.
Pero, muchacha, ¿estás triste?

MARÍA No, señor.

ROQUE No me respondes
una palabra.

MARÍA ¿Qué quiere
usted qué diga?

ROQUE ¡Demontre!
¡Que estás alegre!

MARÍA Pues, bueno,
lo estoy.

ROQUE Ya se te conoce.
¡Qué cara! Nadie diría
que vas á enlazarte á un hombre
que te adora. No, en mi tiempo
no eráis así. ¡Qué! Si entonces
daba gusto en una boda

ver la cara de los jóvenes
que se unían.

MARÍA Pero, padre...

ROQUE ¡Cállate, no me sofoques!

MARÍA ¿A qué viene ahora?..

ROQUE Mira:
tu madre, que en paz repose,
dió el día que nos casamos
tantos gritos, tantas voces,
y bailó de tal manera,
que cuando llegó la noche
la trajeron de su casa
á la mía entre dos hombres.

MARÍA ¡Jesús!

ROQUE ¿Y yo? Bebí media
cuartilla del primer toque,
y luego le tiré el cántaro
al padrino, y le dí un golpe
que no le dejé en el sitio
porque era en lo duro un roble.
¡Qué risa! ¡Bah! Aquellos eran
placeres y diversiones;
pero hoy... ve, cuando va á hacerte
dichosa y feliz un hombre,
¡cara de vinagre!

MARÍA Pero...
si es tan bruto...

ROQUE Calla, y óyeme.
Si siempre hubieras estado
sembrando y cogiendo coles,
hoy fueras feliz con este
enlace que se dispone;
pero no; yo fuí un estúpido,
un tonto de capirote,
y porque aprendieras algo
de elegancia con el roce
y el trato de las personas
finas de las poblaciones,
te envié á Salamanca. El diablo
me tentó; ¡bien se conoce!
Pues allí sólo aprendiste
á ver en tu padre un zote,
que, á pesar de ser alcalde,
no habla como los señores.

MARÍA ¡Padre, por Dios! (Pausa.)
ROQUE Rufo es rico,
y yo terco; conque apróntate.
¿Quiéres á Rufo? (Pausa.) Si dices
que no, te tuerzo el gañote.
¿Le quiéres?
MARÍA Sí, señor.
ROQUE Bueno.
¿Te agrada ser su consorte?
MARÍA ¡Padre!
ROQUE No olvides que tienes
sobre la cabeza el golpe.
¿Te agrada?
MARÍA Sí, señor.
ROQUE Vamos,
al fin vienes á razones.
(La ha convencido mi lógica.)
MARÍA (¡Me han de matar mis dolores!)
ROQUE Pues, nada, nada, á que el cura
os eche las bendiciones,
ya que tú, por espontánea
confesión, estás conforme;
que nunca quise forzarte
á que cumplieras mis órdenes.
MARÍA ¡Ah! En ese caso...
ROQUE ¡Silencio!
Como no soy un Herodes,
te daré gusto.
MARÍA ¿De veras?
ROQUE ¡Y tanto! Antes de las doce
serás esposa de Rufo,
y feliz.
MARÍA (¡Ay, Dios, socórreme!)
ROQUE Pero, ¿dónde anda ese pillo?
Le voy á buscar. No llores
por su tardanza, que pronto
le traigo por el cogote.
¡Hasta después!
MARÍA ¡Adiós, padre!
ROQUE (Si es lo más buena y más dócil...
Y el caso es que si supiera...
Por eso hago que lo ignore.) (Vase.)

ESCENA V

MARIA

Música

Huyeron rápidos
del corazón
los goces íntimos
de un tierno amor;
y el dulce mágico
soñado edén,
ví ya, entre lágrimas,
desparecer.

—

Recuerdos queridos
de dicha y de amor,
dejadme una dulce
risueña ilusión.
Si el alma sencilla
os acarició,
no huyáis como sombras,
sin luz ni color.

—

Mas ¡ay! ya no podré
vivir con la ilusión
que daba aliento y fe
al triste corazón.
¡Ay!
Ven, Luis, y acabe mi penar;
ven, alma mía, ven,
ó este dolor ha de matar
á tu adorado y dulce bien.
¡Ay, ay!
Ven, alma mía, ven.

—

Mi triste súplica,
cruel, no oirá;
ni, acaso, el pérfido
me amó jamás.

ESCENA VI

MARIA y BLASA

Hablado

BLASA ¡María! (Llamando sin salir.)
MARÍA ¡Voy!
BLASA (Saliendo.) Pero ¿qué haces
aquí sola tanto tiempo?
MARÍA Divertía mis tristezas
evocando mis recuerdos.
BLASA ¡Bonita diversión! Mira,
en vez de entregarte á esos
melindres... ¡sí, sí, melindres!..
piensa, con juicio y en serio,
en tu situación, y olvida
lo pasado.
MARÍA ¡Si no puedo!
Ya sabes lo que es amor.
BLASA No, no lo sé; lo sospecho,
porque por mí misma nunca
tuve ocasión de saberlo.
Yo he sido muy dura siempre,
y ahora lo soy más.
MARÍA Lo creo.
BLASA En cambio, tú eres muy blanda,
y te rendiste al primero
que te regaló el oído
con un par de chicoleos.
MARÍA Dí al que me robó alma y vida
y jurome amor eterno.
BLASA Pero, ven acá, ¿quién pone
su esperanza en juramentos
de estudiante?
MARÍA Yo la puse.
BLASA Bien; pues así echas el pelo.
MARÍA Luis me adora.
BLASA ¡Mucho! ¡Mucho!
Hace cerca de año y medio
que, dejando á Salamanca,

diste la vuelta á este pueblo,
y ni una vez ha venido
á verte; ¡qué amor tan tierno!

MARÍA Le juzgas mal.

BLASA No; le juzgo
según sus merecimientos.
Muchas cartas perfumadas,
y en ellas muchos requiebros,
muchas promesas, y mucho
de lo de «por tí me muero»;
y luego llega la hora
de cumplir ofrecimientos,
¡y que si quieres!... componte
como puedas, dulce dueño,
que yo estoy muy ocupado
con unos amores nuevos.
¡Mal año para los hombres
y para quien fía de ellos!

MARÍA ¡Si él me engañara!...

BLASA En las penas
de otras hallarás consuelo,
que al fin te engaña uno sólo,
y á otras las engañan ciento.

MARÍA ¡Dios mío!

BLASA Con que, María,
tienes que hacer un esfuerzo
y presentarte á tu novio
con el semblante risueño.

MARÍA No podría aunque quisiera.

BLASA Pues, hija, no hay más remedio.

MARÍA No, Blasa, llegó la hora
de hacer valer mis derechos
y de oponerme á ese enlace.

BLASA Muchacha, ¿qué estás diciendo?

MARÍA Que no me casaré nunca
con un hombre á quien detesto.

BLASA ¿Y qué dirás á tu padre?

MARÍA ¿A quién?

BLASA A don Roque.

MARÍA Pero...
¿es mi padre?

BLASA ¡Qué salida!
Hija, yo, por tal le tengo.

MARÍA Oye, cuando yo era niña

llegaron hasta mí ciertos
rumores...

BLASA Calla, ¿quién hace
caso de chismes y cuentos?

MARÍA Dime la verdad...

BLASA ¿Yo?

MARÍA Como
si te estuvieras muriendo.

BLASA Bien.

MARÍA ¿Soy hija de mi padre?

BLASA ¡Zambomba! ¡Pues no has de serlo!

MARÍA ¿Y es mi padre?

BLASA Así lo dice.

MARÍA Pero tú...

BLASA Yo se lo creo;
¿quién pone en duda esas cosas?

MARÍA Todo el lugar las ha puesto.

BLASA Porque á la maledicencia
se le presta fácil crédito.

MARÍA Cuando el río suena...

BLASA El río
suena siempre, á no estar seco.

MARÍA Yo he nacido en Salamanca,
y mis padres estuvieron
sin ninguna descendencia
ocho ó diez años lo menos.

BLASA ¿Y qué?

MARÍA Nada; que es muy raro,
y que unidos los dos hechos,
dan lugar á que se piense
mal, con algún fundamento.

BLASA ¡Jesús! ¡Jesús!

MARÍA De otra parte,
¿no es extraño que un labriego
haya educado á su hija
con tan cuidadoso esmero?

BLASA No.

MARÍA ¿Y qué pruebas de cariño
me da? ¿No es siempre violento
y feroz conmigo?

BLASA Vaya,
deja de pensar en eso,
y si quieres ser dichosa,
abate un poquito el vuelo.

Digan lo que digan, tanto
envidiosos como necios,
tú eres hija de tu padre,
y eres nieta de tu abuelo,
y hoy serás mujer de Rufo,
y mañana ya veremos.

MARÍA ¡Ah!.. ¿Me abandonas?

BLASA Bastante
te serví en tus devaneos,
y bastante has abusado
del cariño que te tengo.

MARÍA Eres mi segunda madre.

BLASA Segunda madre, ¡qué bueno!
si nunca he sido primera,
¿por qué me das ese ascenso?

MARÍA Porque como á madre te amo.

BLASA Y como madre te quiero.

MARÍA ¿Habrás de oponerte entonces
á mi boda?

BLASA No, por cierto.

MARÍA Pues no digas que me quieres.

BLASA Vaya, vaya; vamos dentro,
que va siendo tarde, y tienes
que ponerte el traje nuevo.

MARÍA ¡Dios mío, y Luis que no llega!

BLASA ¡Qué! ¿Aún le esperas?

MARÍA Aún le espero.

BLASA Pues corre á sentarte.

MARÍA ¡Ay!

BLASA Estas
muchachas no tienen seso.
(Entran en la casa.)

ESCENA VII

LUIS y GERUNDIO

GER. ¡Detente!

LUIS ¿Qué?

GER. Hemos llegado;
allí vive el ángel bello,
la pastora á cuyas plantas

alma y corazón has puesto.

LUIS Aunque de burla, dijiste
una verdad como un templo;
alma y vida la he rendido,
porque no merece menos
quien á los ángeles diera,
por hermosa, envidia y celos.

GER. Basta; ya me la figuro...
Es un dechado, un modelo,
¡y debe de estar tan linda
cuando recoja el estiercol!

LUIS ¡Gerundio!

GER. No te sulfures,
porque esos y otros como esos
son los quehaceres del campo,
en verdad poco poéticos.

LUIS ¡Calla! ¿Y dónde está?

GER. Lo ignoro.

LUIS ¡Si no la veré!

GER. Lo temo.
Sal ya, nueva Dulcinea,
que está aquí el Quijote nuevo.

LUIS Y con Sancho Panza y todo.

GER. De lo de panza protesto,
que comidas de estudiante
me hacen enjuto de cuerpo.

LUIS ¿Vamos á hablar formalmente?

GER. Si hay necesidad, hablemos.

LUIS ¿Cómo evitamos la boda?

GER. Del modo que te he propuesto;
no hay otro.

LUIS Pero, Gerundio,
se corre un peligro inmenso.

GER. No importa.

LUIS Y además, ¿cuentas
con todos los compañeros?

GER. Con todos.

LUIS Pero hace falta..

GER. Nada; todo está dispuesto.
En negocio que yo guie
no se queda un cabo suelto.

LUIS ¡Cuánto haces por mí, Gerundio!

GER. No tanto como tú has hecho
por mí. ¿Piensas que he olvidado

quién soy y lo que te debo?
Sin tu amistad generosa,
¿vistiera yo este manteo?
No, que sería soldado
y andaría por los cerros
de Cataluña, luchando,
de tu padre en el ejército,
por Felipe contra el de Austria,
cuando á mí se me da un bledo
de los dos...

LUIS — Bueno; volvamos
á lo que importa.

GER. — Al momento.
Nuestros colegas aguardan
órdenes fuera del pueblo,
procurando no ser vistos,
para no inspirar recelos.

LUIS — ¡Bien, Gerundio!

GER. — Esta aventura
Nos ha de hacer celebérrimos.

LUIS — Aguien se acerca... ¡Ah!... Es María...
Déjame solo un momento.

GER. — Pero...

ESCENA VIII

DICHOS y MARÍA

MARÍA — ¡Luis! (Le abraza.)

LUIS — ¡Alma del alma!

GER. — (¡Cáspita! Haré que no veo.)

MARÍA — ¡Ah! ¿No estás solo?

LUIS — No temas,
es un amigo.

GER. — Y sincero.
(Boccatto di cardinali.)

LUIS — Querido Gerundio...

GER. — ¡Entiendo!
Uno sobra aquí, y ese uno
soy yo.

LUIS — No, no te digo eso.

GER. — Mas lo piensas y es lo mismo;
estaré alerta, hasta luego.

(El papel me agrada poco,
pero no hay otro remedio.) (Vase.)

ESCENA IX

MARÍA y LUIS

Música

LUIS — De nuevo entre mis brazos
te vuelvo, hermosa, á ver,
que el hado me depara
la dicha que soñé.

MARÍA — De inmenso regocijo
inúndase mi ser,
que al fin conquisto el premio
que tanto ambicioné.

LUIS — El alma buscó ansiosa
consuelo á su aflicción,
y hallaba por do quiera
la imagen de su amor.

MARÍA — Celosa desconfianza
hirióme el corazón,
y así pasaron lentos
mis días de dolor.
Creía, desdichada
morirme de pesar,
con el presagio triste
de no volverte á ver jamás.

LUIS — Recobra, alma mía,
la dicha y la paz.

MARÍA — Me das alegría
bien leve y fugaz.

LUIS — ¿Por qué, si amoroso,
seré siempre fiel?

MARÍA — Me espera un esposo
odiado y cruel.

LUIS — Jamás, jamás
con él te enlazarás.
Jamás mientras el corazón
palpite por tí,
y fiel y voraz mi pasión
me lleve á morir,

ninguno podrá
quitarme este bien
que el alma ambicionó;
y donde ví ya
la dicha y sostén,
la gloria de mi amor.

MARÍA Siempre adorarte es mi destino
que Dios te puso en el camino
que yo corrí
con ilusión,
sin conocer
ningún dolor;
y en tu constancia pone ahora
su vida triste la que llora
y amante fiel entre tus brazos
muere, muere por tu amor.

LUIS Perderte, alma mía, temí,
perderte mi amor,
y el corazón siempre fiel
su soledad lloró.

DUO

MARÍA Siempre adorarte es mi destino
que Dios te puso en el camino
que yo corrí
con ilusión,
etc., etc.

LUIS Por tí amoroso
perdí la calma,
la gloria eterna
tal vez perdí.
Si te dí un día
completa el alma,
¿qué sacrificio
no haré por tí?
Quien de mis brazos
quiera arrancarte,
primero busque
mi corazón;
si en él te hiere
podrá llevarte,
si no imposible,
bella ilusión.

MARÍA Salvarme quiere sin tardar,
salvarme quiere su valor,
y gozar la eterna dicha,
de mi amor.

LUIS Salvarte quiero sin tardar
salvarte quiere mi valor,
y gozar la eterna dicha,
la eterna dicha
de tu amor.

Hablado

MARÍA Huye, ¿qué esperas aquí?
LUIS Tu salvación.
MARÍA ¡Ay!
LUIS Confía
que aún vivo yo, hermosa mía,
y vive tu amor en mí.
MARÍA ¿Y qué harás?
LUIS Alma del alma,
llegué aquí resuelto á todo. (La abraza.)

ESCENA X

DICHOS y GERUNDIO

GER. (¿Todavía de ese modo?
¡Pues lo han tomado con calma!)
Cese la conversación.
MARÍA ¡Ah!
LUIS ¡Gerundio!
GER. El novio llega.
Huye. (A Luis.)
LUIS El coraje me ciega.
GER. Vamos.
MARÍA Sí, por compasión,
huye.
LUIS Volveré en seguida.
MARÍA Nunca, ó me darás la muerte.
GER. Vamos.
LUIS Antes que perderte
quisiera perder la vida.

MARÍA Luis, olvídame.
LUIS ¿Qué dices?
¡Nunca!
GER. Andando.
LUIS Hasta muy pronto.
GER. Dejaremos á ese tonto (A María.)
Con un palmo de narices.
(Se van Luis y Gerundio.)

ESCENA XI

MARÍA

Renace en mí la confianza
porque á salvarme se apresta...
¡Ay, corazón, cuánto cuesta
arrancarte una esperanza!

ESCENA XII

MARÍA, ROQUE y RUFO

ROQUE Aquí le traigo.
RUFO (Tímido.) Muy buenos
días.
MARÍA Muy buenos. (Con frialdad.)
ROQUE Eso es...
¡Valiente saludo!... Vaya;
parece que no tenéis
confianza cuando sois casi
casi marido y mujer.
¿Ya estarías impaciente?
(María va á decir que no.)
(Dí que sí.) (Aparte á ella.)
MARÍA Sí, señor.
ROQUE ¿Ves?
¡Si te adora! ¿Verdad?
MARÍA ¡Padre!
ROQUE (Dí que sí aunque tragues hiel.)
MARÍA Sí, señor. (Llorando.)
RUFO ¿Llora?
ROQUE De gusto.

MARÍA De gusto.
RUFO ¡Y me da un placer.
ROQUE Pero, tú, ¿por qué te callas?
Hombre, ¿te parece bien
estarte así, sin decirla
por ahí te pudras?
RUFO Es que...
ROQUE Es que... (Remedándole.)
RUFO ¡Si me da vergüenza!
ROQUE ¡No es tonto!
MARÍA Déjele usted.
RUFO Además, que yo no quiero
que se pudra...
ROQUE Ya lo sé.
Ven acá. El novio es el novio,
y la mujer es mujer,
y unos cuantos chicoleos
con su gracia y con su aquél,
siempre gustan.
MARÍA ¡Pero, padre!..
ROQUE ¡Silencio!.. Tuya es la vez.
Habla. (A Rufo.)
RUFO Tío Roque...
ROQUE ¡Canastos!
¿Tío á mí?
RUFO Me equivoqué.
ROQUE ¿Al Alcalde? Pues haz cuenta
que se lo has llamado al rey.
RUFO ¡Perdón!
ROQUE Si no olvidas pronto
ese lenguaje soez,
por el delito de lesa
majestad, ¿lo entiendes bien?
te hago colgar en el centro
de la plaza de un cordel.
RUFO (¡Qué bestia!)
ROQUE Por hoy te indulto.
Prosigue.
RUFO Don Roque...
ROQUE Eso es.
RUFO María es una muchacha
hermosa como un clavel,
y que tiene unos ojazos,
¡qué ojazos! No hay más que ver.

Ella... y yo... y usted... yo... y ella...

ROQUE Ella, tú, y yo, somos tres.

RUFO Pues el caso es... que me caso...

MARÍA (¡Dios mío!)

RUFO Y á mi entender,
para decirla ternezas,
sobrará tiempo después.

ROQUE ¡Hombre!

RUFO Como no me corre
prisa, y como yo no sé
de estas cosas...

ROQUE Estas cosas
tienen poco que saber.

RUFO Bien, pero yo...

ROQUE (¡Qué bolonio!
¡Si no fuera por lo que es!..)
¡Ah! Ya caigo... Os importuna
mi presencia... no queréis
delante de mí...

MARÍA No, padre.

ROQUE No niegues lo que se vé.
Pues, nada, me voy. Ahora (A Rufo.)
ya te puedes atrever.

RUFO Soy tan cobarde...

ROQUE ¡Pero, hombre!
¿Va á comerte?

RUFO Yo sí que
la comería.

ROQUE ¡Zambomba!
¡Tampoco eso! Hasta después.
Dentro de quince minutos
estoy aquí. Volveré
con el notario, y haremos
la boda antes de las diez.
Con que... adiós. (Se va.)

ESCENA XIII

MARÍA y RUFO

RUFO (¡Con ella solo!)

MARÍA (¡Dios mío, sola con él!)

RUFO (¡Y está guapa! Si pudiera

triunfar de mi timidez,
¡cuántas cosas la diría!)

MARÍA (¡Qué situación tan cruel!
Mirarle me da vergüenza.)

RUFO (Si ella tomara la vez..
Pero, quiá... Y tengo que hablarla,
porque hago muy mal papel.)

MARÍA (Puesto que calla, me marcho.)

RUFO (¡Ay, se va!) María.

MARÍA ¿Qué?

RUFO Que estoy yo aquí.

MARÍA Ya te he visto.

RUFO ¡Ah! ¿Me has visto?

MARÍA Hombre, á no ser
ciega...

RUFO Claro... (Pausa.) ¡Ah!

MARÍA ¿Qué hay?

RUFO Me alegro
de que te encuentres tan bien.
(Vamos, ya rompí.)

MARÍA Mil gracias.
¿No tienes más que exponer?

RUFO Mucho más.

MARÍA ¿Sí? Pues ya te oigo.
Habla.

RUFO ¡Si me dieras piél..

MARÍA ¿Cuál de ellos quieres?

RUFO No es eso.

MARÍA Hablas ó me voy.

RUFO ¡Pardiéz!
Mira, tu padre me ha dicho,
así, en confianza, claro es,
que tú... vamos, que tú quieres
que yo y tú... (Me atraganté.)

MARÍA Continúa. (Me da risa.)

RUFO Pues bien; yo le oí, y después,
naturalmente, le dije
que puesto que ya tú y él...
vamos, lo que me contaba...
¿qué había yo de oponer?
De modo que ya está. (Gracias
al cielo que me expliqué
claro.)

MARÍA ¿Qué está?

RUFO Lo dicho.
MARÍA ¿Y qué es lo dicho?
RUFO ¿Otra vez?
¿Te gusta que te regale...
el oído?.. Ya canté...
Ahora te toca á tí... Vaya,
voy á dejarme querer;
dime piropos y flores
y palabritas de miel.
MARÍA (¡Habrá bárbaro!)
RUFO ¡Ay, qué risa!
Tiene vergüenza también.
¡Parece mentira!
MARÍA ¿Cómo?
RUFO Nunca, nunca lo esperé.
MARÍA ¡Rufo!
RUFO ¡Tonta! Si te inspiro
tan cariñoso interés
y sabes que, al fin y al cabo,
correspondo á tu querer,
no tengas miedo, y si gustas
de abrazarme, abrázame,
te lo permito.
MARÍA ¿Qué dices?
RUFO Aquí están mis brazos, ven.
MARÍA ¡Dios mío!
RUFO Lo estás deseando
y te quieres contener...
¿Te da vergüenza? Pues cierro
los ojos... No te veré.
MARÍA (¡Qué pretensión!)
RUFO Ya están, anda. (Se pone en cruz.)
MARÍA (Sí, espera.)
(Al irse aparece Blasa.)
¡Ah! Blasa.

ESCENA XIV

DICHOS y BLASA

BLASA ¿Que hacéis?
(María la hace señas para que calle. Blasa mira á los dos con asombro y se va acercando á Rufo.)

RUFO Muy poquito á poco vienes.
BLASA Pero, Rufo... (Le toca.)
RUFO (La abraza.) Te pesqué.
BLASA ¡Jesucristo!
RUFO ¡Cómo, Blasa!
BLASA Apretaste á tu placer;
de poco me ahogas.
RUFO No era
el abrazo para usted.
BLASA ¿No?
RUFO Y lo siento por María,
que se ha quedado sin él.
BLASA ¿Cómo?
MARÍA Por mí no lo sientas
RUFO Verdad, tiempo habrá después,
que juro darte ese abrazo
multiplicado por cien.
BLASA ¿Pero has querido abrazarla
antes de ser tu mujer?
RUFO No, señora.
BLASA Tu lo has dicho.
RUFO Pues no hay tal, que era al revés:
quiso abrazarme ella á mí,
se empeñó, ¿y yo que iba á hacer?
BLASA María, ¿oyes lo que dice?
MARÍA Y me hace gracia.
RUFO (¡Qué bien
disimula!)
BLASA Pero si ella
iba á abrazarte, ¿por qué
apretabas tú tan fuerte?
RUFO ¡Toma! Por corresponder.

ESCENA XV

DICHOS y ROQUE

ROQUE ¡María, Blasa!... ¿Está todo
preparado?... Andad, corred.
Sacad una mesa y sillas...
Vamos pronto...

BLASA ¿Y para qué?
ROQUE Para firmar el contrato.
BLASA ¡Cómo! ¿Aquí?
ROQUE Sí, ¡aquí ha de ser!
BLASA ¿En la plaza?
ROQUE Sí, en la plaza,
¿No soy alcalde del Rey?
¿No va á casarse mi hija?
Pues que se conozca... A ver,
anda pronto.
MARÍA (¡Santo cielo!)
ROQUE ¿Qué tal? (A Rufo.)
RUFO Me adora.
ROQUE ¿Lo ves?
Cuando yo te lo decía. (A María aparte.)
Vaya, te has portado bien.
MARÍA ¡Padre!
ROQUE ¡Chito!
RUFO Nada, loca
de alegría y de placer.
BLASA (Después de colocar la mesa.) Ya está.
ROQUE El contrato primero,
y á la parroquia después.
Sacristán, al campanario,
y toca á más no poder.
MARÍA ¡Ha venido Luis! (A Blasa.)
BLASA ¿Qué dices?
MARÍA Le he hablado.
BLASA ¿Pero se fué
ya?
MARÍA Creo que no.
BLASA ¡Ay! Dios quiera
que no nos arme un belén.
ROQUE Ahí están los convidados,
y el Notario.
BLASA (A María.) ¿Ya qué hacer?
Todos los Luises del mundo
no te salvarán.
MARÍA Lo sé.

ESCENA XVI

DICHOS, NOTARIO y PUEBLO

Música

MUJ. ¡La ceremonia
va á comenzar,
pues la campana
tocando está!
¡De las primeras,
logré llegar,
y un sitio bueno
me tocará!

HOM. ¡Ya la campana,
tocando está!
ya la función,
va á comenzar!
De los primeros,
me vine acá,
para inquirir,
para observar.
¡Promesa dulce,
de amor feliz,
es el tín-tán,
con el tín-tán-tín!

MUJ. ¡Ay, qué alegría,
qué gusto da
ver á dos novios,
ir al altar!

TODOS ¡Viva el hombre
que se enlaza
á una niña por amor,
y la que hizo
tal milagro,
con su rostro
seductor.

MARÍA ¡Esperanza halagadora,
de un soñado y dulce amor,
mi alma entera te da ahora
el postrero y triste adiós!

ROQUE ¡Si alcanzó tu buena suerte, (A Rufo.)

tan ansiado y dulce bien,
no me asombra nada verte
reventando de placer!

RUFO ¡Si mi empaque la enamora,
ella sola alcanza el bien,
y por eso estará ahora
reventando de placer!

ROQUE ¡Está el contrato
dispuesto ya!...
¡Las firmas faltan!

RUFO ¡Pues á firmar!

ROQUE Primero el novio.

RUFO ¡Presente!

ROQUE Ven.

BLASA ¡Valor! (A María.)

ROQUE (A Rufo.) Tu firma
vas á poner.

RUFO ¿Yo? ¡Nunca!

ROQUE ¿Cómo?

RUFO ¡Jamás, jamás!
No me es posible...
No sé firmar.

TODOS ¡Já, já, já. já!

ROQUE Eso no importa,
pon una cruz.

RUFO Me crucifico. (Poniéndola.)

ROQUE Ahora tú. (A María.)

CORO La novia, afligida,
no quiere firmar;
¡jurara yo que esto,
concluye muy mal!

MARÍA ¡Ay, Blasa, me muero!

ROQUE Ven pronto.

BLASA (A María.) ¡Valor!

RUFO ¡El gozo la causa
profunda emoción!

ROQUE Firma aquí.

MARÍA (¡Dios me socorra!)

BLASA Un momento.

ROQUE ¿Qué?

BLASA Escuchad.
Son tambores.

ROQUE Son tambores.

CORO Entra tropa en el lugar.

Mucho más cerca
se oyen sonar...
Pronto, muy pronto
deben llegar.

ROQUE ¡Cielo santo!
¿qué será?

TODOS ¡Ya se acercan,
vedlos ya!

ESCENA XVII

DICHOS, LUIS, GERUNDIO y soldados. Luis vestido de capitán y Gerundio de sargento

LUIS ¡Alto, guardias,
firmes... ar!
¡Todos quietos!

ROQUE Ya lo están.

MARÍA ¡Dios mío! (Ve á Luis.)

LUIS (Silencio.)

GER. (Nos va á descubrir.)

LUIS ¡Rufino Camueso
preséntese aquí!

RUFO ¡Espero sus órdenes!

LUIS ¡En nombre del rey
sed preso.

RUFO ¿Yo?

ROQUE ¡Cáspita!

RUFO ¿Yo preso? ¿Por qué?

ROQUE ¿Por qué?

CORO ¿Por qué?

LUIS En el istante
os lo diré.

TODOS Vamos á ver.

LUIS Con los rebeldes
se concilió.

RUFO ¿Yo?

LUIS Contra Felipe
nuestro señor.

ROQUE ¡Qué horror!

BLASA ¡Qué horror!

CORO ¡Qué horror!

LUIS — Para el austriaco
tropas compró.
RUFO — ¿Yo?
LUIS — Y es un infame
conspirador.
ROQUE — ¡Qué horror!
BLASA — ¡Qué horror!
CORO — ¡Qué horror!
RUFO — Con otro cualquiera
me confundirá,
pues nunca he sabido
lo que es conspirar.
ROQUE — (Si tardan un poco
me engaña el simplón
y entra en mi familia
un conspirador.)
RUFO — Señor capitán,
dejadme, por Dios,
y ved que incurrís
en un grave error;
vasallo leal
jamás conspiré,
ni he visto jamás
la cara de un rey.
GER — (Por esta victoria
que logro alcanzar,
me eleva una estatua
la Universidad.)
RUFO — Al verme arrancado
del pie del altar,
la pobre María
¡qué triste estará!
CORO — Que sufra la pena
si es que conspiró,
y no reconoce
á nuestro señor.
La noche de bodas
que el pobre soñó,
la pasa de fijo
en una prisión.
MARÍA, LUIS — Retorne dulce,
retorne al alma
la embriagadora
perdida calma.

Renace en mí
la dicha que soñé,
y al corazón
vuelve la fe.

ROQUE ¡Quién lo creyera!
¡Quién lo pensara!
Con ese tipo,
con esa cara...
No puede ser,
le engaña al capitán
su buena fe
ó algún truhán.

RUFO Yo estoy soñando,
si no deliro;
venirme ahora
con que conspiro.
Alguien tendrá
que hacerme comprender
qué es conspirar,
pues no lo sé.

GER. No sabe el mozo
lo que le pasa
y para el viejo
se hundió la casa.
No pensarán
ninguno de los dos
que trama tal
la he hurdido yo.

BLASA Bien la han armado
los muy tunantes;
son el demonio
los estudiantes.
Don Roque ya
no sabe qné decir,
lástima dá
verle sufrir.

CORO ¡Quién lo diría!
¡Quién lo pensara!
Con ese tipo,
con esa cara.
No puede ser,
lo afirmo sin temor.
Rufo no es
conspirador.

LUIS — Yo cumplo el mandato
de mi superior...
¡Atadle!

RUFO — ¡Dios mío!
Salvadme, por Dios. (A Roque.)

ROQUE — No tengas cuidado,
que ahora verás
la fuerza que nace
de mi autoridad.
Señor capitán,
en este rincón,
há tiempo no hay más
alcalde que yo,
y os debo advertir
en nombre del rey,
que en esta ocasión...
hicísteis muy bien.

CORO — El buen alcalde
le fastidió
cuando esperaba
su salvación.

MARÍA / LUIS — Cuando Rufo creía
que { mi padre / don Roque } sería
en trance tan amargo
su resuelto defensor,
con asombro el pobrete
se vé puesto en un brète,
y triunfa mientras tanto
mi querido y puro amor.

BLASA — Cuando Rufo creía
que el alcalde sería
en trance tan amargo
su resuelto defensor,
con asombro el pobrete
se vé puesto en un brete,
y triunfa mientras tanto
de María el puro amor.

RUFO — Cuando yo me creía
que don Roque sería
en trance tan amargo
mi resuelto defensor,
va y me pone en un brete,
porque si él no se mete

por cierto y fijo tengo
que saldría yo mejor.

ROQUE Quién había de creer,
quién había de pensar,
que el maldito de cocer
se metiera á conspirar.

GER. Si se llega á conocer
la aventura singular,
sin modestia he de creer
que una estatua me han de alzar.

CORO Quién había de pensar,
quién había de creer
que todo esto iba á parar
como se acaba de ver.

(Luis. Gerundio y los soldados se llevan preso á Rufo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El patio de una posada de un pueblo. Corredor en lo alto. A un lado la puerta que da á la calle

ESCENA PRIMERA

GERUNDIO y SOLDADOS

Música

EST. Ha sido el petardo
de marca mayor,
pues nadie en el pueblo
la burla notó.
La tropa bizarra,
de aspecto marcial,
impuso obediencia
á todo el lugar.
¡Qué chasco les dimos
tan descomunal!
Pasada la broma,
¿qué sucederá?
Ya se verá.
¡Já, já, já, já!
Ninguna muchacha,
al vernos llegar,
tomó el uniforme
por simple disfraz,

y todas miraban
con mucha ansiedad
por ver si prendían
á algún militar.

—

GER. Y el buen alcalde,
todo asustado,
con qué respeto
miraba á Luis,
y hacía señas
al pueblo amado
para que hiciera
todo él así. (Saludos.)
Si nos quedamos
un rato allí,
nos agasajan
con un festín.

—

EST. Tendría gracia
que para fin
nos obsequiaran
con un festín.
¡Qué chasco les dimos
tan descomunal!
Pasada la broma,
¿qué sucederá?
¡Ya se verá!
¡Já, já, já, já!
El día que sepan,
mañana quizás,
que todo fué broma
de un grupo escolar,
no queda en el pueblo
un sólo patán
que no de al demonio
á la autoridad.

—

GER. De bureo y de jarana
basta ya.
¡A las filas!
EST. ¡A las filas!

GER. ¡A formar!
¡A las armas y á su puesto
cada cual,
y principie el ejercicio
militar!
¡Firmes! ¡Ar!
Un instante
de atención,
que comienza
la instrucción.

—

La mirada fiera, fiera;
el semblante adusto, adusto,
lòs bigotes crespos,
los cabellos mustios;
una mano en la cintura,
y otra mano bien movida,
como quien provoca
y quien desafia.
Ante el jefe, muy humilde,
y sumiso en el cuartel;
el soldado, por la calle,
hará gala de altivez.
Muy bizarra la apostura,
temerón el ademán,
rigidez en las paradas,
y viveza en el andar.

—

EST. ¡Ra...ta...plán!
Que redoble el parche
militar.
¡Ra...ta...plán!

—

GER. Cuando pase por la calle,
mucha zambra y mucho ruido,
y asustar las viejas,
y asustar los niños.
Un saludo al sacerdote,
y doscientos cintarazos
al plebeyo humilde
que salga á su paso.

Sólo para las doncellas
que nos miren con rubor,
se hacen mieles las miradas
y se escucha al corazón;
y se va tras de sus pasos,
demandándolas piedad,
hasta que el tambor anuncia
que ya es hora de formar.

—

EST. ¡Ra...ta...plán!
Que redoble el parche
militar, etc., etc.

Hablado

GER. ¡Bravo, muchachos! Si fuérais
verdaderos militares
no lo haríais mejor... Pero,
¿qué es eso? ¡A ver! ¡A formarse
de nuevo! ¡Silencio! ¡Firmes!

ESCENA II

DICHOS y LUIS

LUIS Salud, queridos cofrades.
GER. Sin novedad.
LUIS Ya lo veo.
GER. ¡A la orden!
LUIS ¡Bah! Dejarse
de farsas. ¡Fuera fusiles! (Los dejan todos.)
GER. Pero, hombre, mira lo que haces.
Quebrantas la disciplina.
LUIS ¿Qué? ¿También vas á embromarme
á mí? ¡Anda, y vete al infierno!
GER. ¿Al infierno? Es largo el viaje,
y los calores me dañan.
LUIS ¿Has tomado en serio el lance?
GER. Los soldados...
LUIS ¡Qué soldados!
El hábito no hace al fraile.

GER. Es verdad.
LUIS Bendita vuestra
amistad firme y constante,
que sacó á mi amor ileso
de tan peligroso trance.
GER. ¡Buena cosa!
LUIS ¡Ah! No sé cómo
pagaros favor tan grande.
GER. Yo te lo diré al momento.
LUIS ¿Cómo se paga?
GER. Olvidándole.
Entre nosotros, favores
como el que agradeces, se hacen
no por servir á un amigo
sino por amor al arte. (Aprobación general.)
Pues ¿qué mayor recompensa
para un grupo de estudiantes
que engañar á todo un pueblo
y reirse de un alcalde?
UNO Es cierto.
GER. ¿Lo ves? El chasco
que hemos dado nos resarce
de todas nuestras fatigas.
LUIS Gracias, amigos leales.
Pero es preciso que el triunfo
celebremos.
GER. Pues cuanto antes
mejor... porque esas son cosas
que nunca deben dejarse
para luego.
LUIS Venga vino.
GER. ¡Vaya!
UNO Un brindis.
LUIS Que me place.
(Gerundio sirve á todos.)

Música

LUIS No busque el que no vista
manteo encubridor
victorias señaladas
en lides del amor,
pues siempre que á una niña
se acerque con pasión,

y le pregunte ansioso
si le ama... no, no, no
dirá
que no.

—

En cambio el estudiante,
gentil ó no gentil,
el triunfo alcanza siempre
en la amorosa lid,
la niña más coqueta
se juzgará feliz,
si dice al estudiante
yo te amo, sí, sí, sí,
que sí
que sí.

—

Viva el amor
del escolar,
delicia sin dolor
y gloria sin pesar.
Mil veces, mil
viva el placer,
que en su carrera loca
dejando va do quier.

—

No hay que dudar
la doncella más gentil,
les dirá á todos que no,
y al estudiante que sí...
No hay que dudar,
que sí.

CORO — Como lo entienda él,
la hermosa al escolar
premio á su amor
siempre le da,
premio de un sí,
de un no jamás.

LUIS — Por eso mismo yo
muy ducho en el amar,
premio á mi amor
supe encontrar

premio de un sí,
de un no jamás.

TODOS — A beber, á beber,
á brindar, á brindar,
esto es vivir
y esto es gozar.

Hablado

LUIS — Pues una vez que la suerte
coronó nuestros afanes,
es preciso que marchemos
á Salamanca esta tarde.

TODOS — Sí, sí.

UNO — ¿Y qué harás de ese hombre?

LUIS — ¿De Rufo?

UNO — Sí. (Luis vacila.)

GER. — Aún no lo sabe.

LUIS — Lo acordaré con Gerundio.

GER. — Sí, conmigo... Con que marchen,
y hasta dentro de una hora
que no encuentre yo aquí á nadie.
Al pueblo, á ver las muchachas,
y aquel que con ese traje
no conquiste diez ó doce
lo menos, no tiene sangre.
(Al desfilar los estudiantes, detiene á uno, y le dice.)
¡Ah! Tú de guardia... y cuidado
conque el pájaro se escape. (Música.)

ESCENA III

LUIS y GERUNDIO

LUIS — Dice bien Lúcas ¿qué hacemos
de ese bruto?

GER. — Pues soltarle,
¿qué hemos de hacer?

LUIS — ¡Buena idea!

GER. — Como mía, inmejorable.

LUIS — Soltar á Rufo, es lo mismo
que permitir que se case.

GER. No señor.
LUIS ¿Te has vuelto loco?
¿Pues no ves que en cuanto se halle
libre, le ha de faltar tiempo
para apresurar su enlace?
GER. No, señor.
LUIS Vamos, deliras.
GER. No, señor.
LUIS O estás burlándote.
GER. No, señor.
LUIS Pues no te entiendo.
GER. No me choca... Desengáñate
cuando el amor sube arriba,
el ingenio se va á escape.
LUIS Mil gracias.
GER. Es ley que impone
nuestra amantísima madre
la naturaleza, y tienes
que acatarla y resignarte.
Cuando creó Dios al hombre,
repartió bien los lugares
del humano cuerpo para
alojar sus facultades,
y señaló la cabeza
como asilo irreemplazable
del ingenio, que reside
alegre en su estrecha cárcel.
Como el hombre se aburría
en las tristes soledades
del Edén, dióle Dios una
compañera inseparable,
y la vió el hombre, y por verla
nació amor, que en el instante
hizo puertas de los ojos
y al corazón fué á albergarse.
Pero era el lugar pequeño
y amor se fué haciendo grande,
y buscando más espacio
se extendió por todas partes.
Quiso invadir la cabeza
y se preparó al combate,
porque el ingenio trataba
de defender sus hogares.
Ambos con el mismo arrojo,

lucharon los dos rivales,
pero más fuerte y más joven
el amor, quedó triunfante.
Desde entonces, enemigos
fieros, irreconciliables,
por evitar nueva lucha,
jamás han vuelto á encontrarse.
Si uno llega, se va el otro,
y esta es la razón constante
de que ingenio y amor juntos,
no los haya visto nadie.

LUIS Tú siempre de broma.

GER. Es como
mejor se dicen verdades;
que en chanza resulta chiste
lo que en serio fuera ultraje.

LUIS Pero, en fin, ¿qué te propones?

GER. Ver á Rufo y asustarle.

LUIS ¿Cómo?

GER. Le haré una pintura
horrible y espeluznante,
de las penas que merecen
sus proyoctos criminales;
y cuando, muerto de miedo,
suplique, llore, y se arrastre
á mis pies, le diré: Mira,
si quieres, puedes salvarte.
El abre un ojo de á cuarta,
y yo añado en el instante:
El capitán anda loco
por tu novia, que es un ángel,
según él dice, y yo creo
que como tú renunciases
á la boda proyectada,
él te echaría á la calle,
aunque se comprometiera.
Rufo, es claro, por salvarse
lo acepta todo, renuncia
nos vamos, y santas paces.

LUIS Muy bien.

GER. ¡Vaya!

LUIS Pero cuando
dejemos estos lugares
¿no llegará á saber Rufo

que, validos de disfraces,
han trastornado su boda
unos cuantos estudiantes?

GER. ¿Quién se lo dirá?

LUIS Cualquiera...
El posadero lo sabe...
Nos vió llegar con manteos.

GER. Eso no debe inquietarte.

LUIS ¿Por qué no?

GER. Porque he comprado
su silencio.

LUIS Muy bien.

GER. Y antes
que echar á pacer la lengua
deja que se la atenacen.
¿Qué tal?

LUIS Bien; pero es preciso
hablar á Rufo al instante.

GER. Sí, en caliente, que estas cosas
se pierden al enfriarse.

LUIS ¡Cuánto te debo!

GER. ¿Me debes
mucho?

LUIS Sí.

GER. Pues no me pagues.

ESCENA IV

DICHOS, MARÍA y BLASA

BLASA Santas y buenas.

LUIS ¡María!

MARÍA ¡Luis!

BLASA ¡Y se abrazan!

GER. Se me hace
agua la boca. (Abraza á Blasa.)

BLASA ¡Atrevido!

GER. El mal ejemplo.

BLASA (A María y Luis.) ¡Eh! Bastante,
que no están ustedes solos.

GER. ¿Y por qué han de recatarse?

BLASA Porque á mí me están subiendo
los colores al semblante.

GER. ¡Ah! Es verdad; se ruboriza
la pobre.
BLASA Yo soy de carne...
GER. Se supone.
BLASA Y soy honrada...
GER. Se supone.
BLASA Y soy amable...
GER. Se supone.
BLASA Y no soy ya
una niña.
GER. Eso se sabe
BLASA ¿Habla usted ó yo?
GER. Por turno.
BLASA Es que quiero disculparme
del paso que doy, viniendo
á ver á dos estudiantes.
LUIS No es preciso.
BLASA Sí es preciso.
GER. Lo exige su honra intachable.
BLASA ¡Eso! María, abusando
de mi falta de carácter,
se empeñó, por ver al novio,
en que yo la acompañase
á esta posada, y es claro,
me rogó con tal donaire
que me ablandé... pero conste...
GER. Constará.
BLASA Que por mi parte
jamás hubiera venido
á correr peligros tales.
GER. ¿Qué peligros?
BLASA ¿No me ha dado
usté mismo un abrazo antes?
GER. Sí, señora.
BLASA Pues si trata
de repetir el ataque,
¿qué hago yo? (Acercándose á Gerundio.)
GER. No sé.
BLASA Pues tengo
que permitir que me abrace.
GER. (Límpiate.)
BLASA Y eso para una
joven es cosa muy grave.
Estese usted quieto ó corro...

GER. ¿Yo, señora?
BLASA (Es muy cobarde.)
GER. Vaya, pues que ambos queremos
proteger á esos amantes,
sea en todo. Conque, hermosa,
dejémosles solos, que hablen
á sus anchas.
BLASA ¿Y nosotros?
GER. Nos vamos.
BLASA (Va á declararse.)
¡Hum! (A María.)
MARÍA Por mí no temas.
BLASA Temo
por mí, que al cabo soy frágil.
GER. (Como el granito.)
BLASA Y á solas
con un hombre, un estudiante,
porque usted será un diablejo,
y yo no soy ningún ángel...
GER. Ya se conoce á primera
vista.
BLASA En fin, saldré un instante,
si usted me da su palabra
honrada de respetarme.
GER. ¡Vaya!.. ¡Lo juro!.. Hasta luego.
LUIS Prepara á Rufo cuanto antes.
GER. ¿Vamos, gloria?
BLASA Cuando quieras.
(Es muy guapo y muy tunante.) (Se van.)

ESCENA V

MARÍA y LUIS

LUIS ¡Gracias á Dios!
MARÍA Dí, ¿qué piensas
hacer, puesto en este trance?
LUIS Triunfar contigo, alma mía.
MARÍA Es difícil.
LUIS No, hoy es fácil.
MARÍA ¿Cómo?
LUIS Amedrentando á Rufo.

MARÍA ¿Para qué?
LUIS Para obligarle
á que renuncie á tu mano.
MARÍA No lo hará.
LUIS Sí, que es cobarde,
y además necio.
MARÍA ¿Y no fuera
mejor hablar á mi padre?
LUIS ¡Cómo! ¿A tu padre?
MARÍA Debías
verle.
LUIS ¿Yo?
MARÍA Sí, y sonsacarle
con habilidad acerca
de esas voces populares
que envuelven mi nacimiento
entre sombras impalpables.
LUIS ¡Qué! ¿Insistes en tus sospechas?
MARÍA Crecen más á cada instante.
LUIS Por si no fueran delirios,
es preciso que yo indague
si ese hombre tiene derecho
para disponer tu enlace.
MARÍA No le digas que yo...
LUIS ¡Calla!
Le diré que tú no sabes
nada.
MARÍA ¡Quiera Dios del cielo
que, al fin, nuestro amor se salve!

ESCENA VI

DICHOS, luego ROQUE

Música

LUIS Vuelva, hermosa, la confianza
á tu pecho virginal.
MARÍA Tengo puesta mi esperanza
en tu amor firme y leal.
LUIS En mis brazos, alma mía,
halle alivio tu dolor.

MARÍA Sólo en ellos busqué un día
el seguro de mi amor.
(Entra Roque.)
LUIS Serás mi gloria.
MARÍA Sé tú mi amparo.
ROQUE ¡Caracolitos!
¡Qué hermoso cuadro!
LUIS Dulce esperanza.
MARÍA Mi amparo sé.
ROQUE Y el muy tunante
la aprieta bien.
LUIS Tu padre, al cabo,
sucumbirá.
ROQUE ¡Jesús, María!
¡Qué atrocidad!
LUIS El triunfo espero
de nuestro amor.
ROQUE (Metiéndose entre ellos.)
Con el permiso
de ustedes dos.
LUIS ¡Ah!
MARÍA ¡Oh!
ROQUE ¿Cómo has venido? (A María.)
¡Contesta!
LUIS Andando,
y un pie tras otro.
ROQUE ¡Qué gracia!
LUIS Es claro.
ROQUE ¿Por qué has venido?
Responde al fin.
MARÍA Por ver á Rufo
llegué hasta aquí.
ROQUE (Quiere engañarme.)
LUIS Es la verdad.
ROQUE (Cuando este afirma
lo dudo más.)
LUIS Por salvar de la muerte
á su tierno amador,
á mis piés esta niña
demandaba perdón.
ROQUE (Es un tuno,
bien se ve,
que á los brazos
llama piés.)

MARÍA Por salvar de la muerte
á mi tierno amador,
á sus piés suplicante
demandaba perdón.

ROQUE (Bien le imita,
pues también
á los brazos
llama piés.)
Por salvar de la muerte
al esposo y señor,
no se abraza al soldado
que le tiene en prision.

MARÍA
LUIS (Los abrazos
sorprendió,
y peligra
nuestro amor.)

LUIS Por permitir que entrara
á ver al prisionero,
un fuerte y largo y dulce
abrazo la exigí.

MARÍA Con mucha repugnancia
del corazón sincero,
por el amor de Rufo
me dominé y cedí.

ROQUE Resulta el caso
lo más curioso,
que amando á uno
se abrace á otro.
Sépalo Rufo,
y el infeliz
no la agradece
ni tanto así.

LUIS
MARÍA Bien claro está
y bien lo indicó,
sospecha nuestros amores;
con lo que vió
sospecha de mí
y del bien que mi alma
adoró.
Nos convendrá
fingir desamor,
mostrando que yo no tengo
ni más pasión
ni más ansiedad

que el sosiego del alma
y la paz.

ROQUE Si me descuido
y tardo más,
nos deja *in albis*
el militar.
La niña estaba
tan blanda ya,
que parecía
de mazapán.
Él es un tunante
de marca mayor,
y ella una inocente
que se entusiasmó.
Conviéneme ahora
tener discreción,
y que cuando él vaya
de vuelta esté yo.

(**Sale María corriendo, Roque quiere seguirla y le detiene Luis.**)

ESCENA VII

LUIS y ROQUE

Hablado

ROQUE ¡María! ¡María!
LUIS (**Deteniéndole.**) ¡Quieto!
ROQUE Justo, y que se vaya sola.
LUIS La espera Blasa allá fuera.
ROQUE ¡Ah! Bien, eso es otra cosa.
Mas, ¿por qué huye?
LUIS Porque quiere.
ROQUE ¡Ya lo supongo!... ¡Qué tonta!
LUIS ¡Tonta!
ROQUE ¡Es claro!
LUIS ¡En mi presencia
no se ofende á una señora!
Retire usté esa palabra...
ROQUE ¿Qué?
LUIS A retirarla.
ROQUE Esa y todas

las que usted guste... (¡Caramba,
qué genio!)

LUIS Hablemos ahora
con calma.

ROQUE Usté es quien la pierde.

LUIS ¿Por qué arregló usted la boda
de esos chicos?

ROQUE Porque quise.

LUIS ¡Buena razón!

ROQUE No tengo otra.

LUIS Y usted, ¿qué se proponía?

ROQUE Ser abuelo.

LUIS ¡Oh, baldón!

ROQUE ¡Oiga!
Yo creo que el ser abuelo
no es delito ni es deshonra.

LUIS (Aquí el golpe.) Lo sé todo.

ROQUE ¿Todo?

LUIS Sí.

ROQUE ¡Buena memoria!
¡Pues ya es saber!

LUIS (No se asusta.)
¡Lo sé todo!

ROQUE ¿Y qué me importa
á mí?

LUIS ¡Lo sé todo!

ROQUE Bueno,
ya lo he oído... (¡Hombre más cócora!)
(Le coge Luis de la mano con actitud dramática.)

ROQUE ¿Qué va á hacer?

LUIS ¿Nació María
en este lugar?

ROQUE (Alarmado.) ¿Cómo?

LUIS (Satisfecho.) (¡Hola!)
¿Nació aquí?

ROQUE No, en Salamanca.

LUIS ¿Y cómo nació? Responda
usted.

ROQUE Como todo el mundo...
¡Vaya una pregunta tonta!

LUIS Yo sé que su nacimiento
estuvo envuelto entre sombras.

ROQUE Es verdad, nació de noche.

LUIS (¡Me arriesgo.) Y de unión monstruosa.

ROQUE ¿Cómo?
LUIS ¡Lo sé todo!
ROQUE ¿Todo?
LUIS Sí.
ROQUE Pues calle usted la boca. (Se la tapa.)
LUIS (Acerté.)
ROQUE Pero, ¿por dónde
ha sabido usté esa historia?
LUIS Por buen conducto.
ROQUE ¡Dios mío!
LUIS (Preciso es que cante ahora.)
De modo que, como es justo,
van á cambiarse las tornas,
y si María no quiere,
ya me entiende usted.
ROQUE (Ni jota.)
Pues por eso mismo.
LUIS Al cabo
María es joven y hermosa.
ROQUE Pues por eso mismo.
LUIS (No habla.)
¿Y si rechaza la boda?
ROQUE No la rechaza.
LUIS ¡Quién sabe!
Además, cuando conozca
el secreto, Rufo acaso
renuncie.
ROQUE ¡Quiá! Rufo otorga.
LUIS ¿Pero, le ha dicho usted?...
ROQUE Todo.
LUIS ¿Y de qué modo? ¿En qué forma?
(A ver si logro enterarme.)
ROQUE Pues le dije...
LUIS (Cayó.)
ROQUE ¡Toma!
Pues le dije...
LUIS ¿Qué?
ROQUE Le dije...
la verdad monda y lironda.
LUIS (Me he lucido.)
ROQUE De manera
que una vez que á él le acomoda...
LUIS De todas suertes, yo quiero
apreciar por cuenta propia

si los dos amantes tienen
esa unión por venturosa.
Y si entiendo que se casan
porque usted los acongoja,
divulgo el secreto.

ROQUE ¡Cómo!
Pero, hombre, ¿á usted qué le importa?

LUIS Amo al prójimo.

ROQUE Sí, al prójimo.

LUIS Al prójimo... (y á la prójima).
Conque...

ROQUE Bien, bien.

LUIS Pues veamos
lo que dice Rufo... (Llama.) ¡Hola!
(Ya le habrá hablado Gerundio.)

ROQUE (¡Qué bien me haces la forzosa!
Mas, ¿por dónde?...)

LUIS (A un soldado.) Trae al preso.

ROQUE Y diga usted, ¿cuándo logra
Rufo su libertad?

LUIS Pronto
Le interrogué hace una hora
y me pareció inocente...

ROQUE Y lo es; ¡vaya! una paloma,
digo, un pichón... Pero, es claro,
lo que yo pensé: si ignora
hasta quién es el rey, ¿cómo
ha de conspirar en contra?

LUIS Pues ya dí de su captura
cuenta exacta y minuciosa
á mis jefes, y si envían
respuesta satisfactoria,
en seguida suelto á Rufo
y me marcho viento en popa.

ROQUE (Ya tardas.)

LUIS Pero, aquí llega.

ESCENA VIII

DICHOS y RUFO. Este último sale acompañado por un soldado que se retira á una seña de LUIS

RUFO — Vamos, esta es otra atmósfera,
señor capitán... (¡Infame!)
¡Ay, don Roque, qué zozobras,
qué trabajos, qué fatigas,
y qué poco vino!

ROQUE — ¿Lloras?

RUFO — Es el agua que he bebido
y que sale gota á gota.

LUIS — (No olvides lo que el sargento
te ha dicho.) (Aparte á Rufo.)

RUFO — ¿A mí? ¡Fácil cosa!

LUIS — ¡Chitón!

RUFO — (No me ha dicho nada.)

LUIS — Conque, manos á la obra;
pregúntele usted. (A Roque.)

ROQUE — (A Rufo.) Tén mucho
cuidado, ó teme mi cólera.

RUFO — ¡Dios mío! (Si yo pudiera
descubrir la trapisonda;
pero, ¡quiá! en cuanto principie
á hablar, éste me acogota.)

ROQUE — Vamos, ¿quiéres á María?
(Rufo mira á Luis con miedo.)

LUIS — La verdad monda y lironda,
no te acobardes.

ROQUE — ¿La quiéres?

LUIS — La verdad.

RUFO — ¡Pregunta ociosa!
Con alma y vida.
(Luis le pega un manotazo en el pescuezo.)

RUFO — ¡Ay!

ROQUE — ¿Qué es eso?

RUFO — Nada...

LUIS — ¡Silencio!

RUFO — Una mosca
que me ha picado. (¡Caramba!
¡Esa no es mano, es manopla!)

ROQUE Y si María te quiere,
¿te complacerá la boda?
RUFO (¡Gran Dios!)
ROQUE Contesta.
LUIS Contesta.
RUFO Voy. (Se tapa el pescuezo con las manos.)
Mucho. (Luis le da un puntapié.)
¡Ay!
ROQUE ¿Qué te acongoja?
RUFO El mismo animal, que sigue
picándome, bien que en otra
parte. (El pie es como la mano.)
ROQUE ¿Se convence usted?
LUIS Ahora
hay que oirla á ella.
ROQUE Bueno.
(Ya es segura tu derrota.)
RUFO (Si yo pudiera decirle
que esta es una farsa odiosa.)
¡Astucia!
(Pasa rápidamente por delante de Roque y le dice con disimulo.)
¡No son soldados!
LUIS ¿Vamos?
ROQUE Cuando usted disponga.
RUFO ¡No son soldados! (Como antes.)
ROQUE ¿Qué dice?
RUFO ¡Farsa! ¡Intriga! No es tal tropa. (Idem.)
LUIS ¡Quieto!... ¿Vamos?
ROQUE Hasta luego.
(Sale delante. En la puerta se cruza con Gerundio.)

ESCENA IX

LUIS, RUFO y GERUNDIO

LUIS ¡Gerundio!
RUFO (No tiene cholla.)
LUIS ¿No le hablaste?
GER. Porque estuve
acompañando á tu novia;
pero, vete, que aún es tiempo.

LUIS Que se aterre.
GER. En cuanto me oiga.
(Se va Luis.)

ESCENA X

RUFO y GERUNDIO

RUFO (La segunda parte.)
GER. Vamos,
¿qué tal?
RUFO Muy bien, gracias...
(Le tiende la mano.)
¡Sopla!
GER. ¿Ya no hay miedo?
RUFO Sí, más que antes.
GER. Hombre, por poco te azoras.
RUFO No es tan poco.
GER. Pues, ¿qué guardas
para luego?
RUFO ¡Carambola!
¿Qué, va á pasar algo luego?
GER. ¡Quiá! No.
RUFO ¡Ah, vamos! (¡Qué zozobras!)
GER. Lo más que puede ocurrirte,
por mal que vengan las cosas,
es que te den cuatro tiros
ó te suban á la horca.
RUFO ¡Cáspita!
GER. Pero, ya haremos
algo por salvar tu honra.
RUFO ¿Y qué haréis?
GER. Pues fusilarte,
que es muerte digna...
RUFO ¡Zambomba!
¡Buen consuelo!
GER. No te apures,
procuraré que se escojan...
cuatro tiradores buenos...
RUFO ¡Gracias! ¡Ay! Pero eso es broma,
¿no es cierto?
GER. Antes de la noche
llegará la orden en forma,

y en seguida...

RUFO ¿Qué?

GER. Se cumple,
y se concluyó la historia.

RUFO (¡Dios mío! ¡Y serán capaces
de hacerlo!) ¡Misericordia! (Se arrodilla.)

GER. ¡Eh, levanta!

RUFO No; usted debe
tener alma bondadosa;
sálveme usted.

GER. ¡Imposible!

RUFO ¡Cielos! ¿No hay quien me socorra?

GER. ¡Silencio!

RUFO (Gritando.) ¡Qué me fusilan!

GER. Basta... Quieto, y punto en boca.
Me dás compasión.

RUFO ¡Oh, gracias. .
gracias.

GER. Y ya que me imploras
te quiero servir, que al cabo
no es mi corazón de roca.
Oye, tu vas á ser víctima (Con misterio.)
de una venganza espantosa.

RUFO ¿Yo?

GER. El capitán, según creo,
se ha prendado de tu novia,
y pretende que le dejes
libre el campo á toda costa,
porque ella, según parece,
le ha dicho ya que le adora.

RUFO ¡Pobrecita! Si está muerta,
por mí lo mismo que todas.

GER. Pues por eso, aunque el ha visto
tu inocencia bien notoria,
te fusilará.

RUFO ¡Canastos!

GER. Porque no se haga la boda.

RUFO ¡Ah, infame!

GER. De suerte que
si tú, por voluntad propia,
renunciases á la mano
de la que va á ser tu esposa...

RUFO (¡Te veo!)

GER. Ten por seguro

que aplacarías su cólera.

RUFO ¡Diantre! Pues por aplacada.

GER. ¿Me has entendido?

RUFO De sobra.

GER. ¿Y renuncias á María?

RUFO Es claro; á la fuerza ahorcan...
Si no renuncio y me matan,
¿para que quiero la novia?
(Yo te lo diré de misas.)

GER. (Cayó en la red.) Bien razonas.
¡Ah! No digas quién te ha dado
estas noticias preciosas.

RUFO ¡Quiá!

GER. (Ya está como una breva.)

RUFO (Las urde buenas y gordas.)

GER. Adiós. (Le dá la mano.)

RUFO Adiós, y mil gracias.

GER. (¡Gran efecto hizo la bomba!)

ESCENA XI

RUFO

¡Ah, tunantes! ¿Con que quiere
el capitán á mi novia?
Ya te lo diré yo pronto,
descubriendo la tramoya.
Pero me han dejado solo...
esta es la mía...
(Al salir le cierran el paso los soldados que cruzan la escena.)
¡Zambomba!
No, no; si no me marchaba...
(Me partió.) Pero no importa.
¡Ah! Capitán ó demonio,
te cogí en tus redes propias.

Música

¡Qué dicha tan grande!
¡Qué satisfacción!
Ya vuelve el sosiego
á mi corazón.

Concluye y acaba
mi horrible inquietud,
que han visto mis ojos
un poco de luz.
¡Ay, qué alegría!
¡Qué gusto dá!
Ni son soldados
ni es capitán.
Me dieron un rato
de horrible ansiedad,
creyendo que me iban
á decapitar;
pues como yo tengo
un cuello no más,
si me le cortaran
quedaría mal.
¡Carape! ¡Carape!
El lance era atroz,
y un miedo he pasado
de marca mayor.
Quedar sin la novia
que dá envidia al sol,
y sin la cabeza,
que es mucho peor.
Pero me encuentro
tranquilo ya,
ni son soldados
ni es capitán.
Ya vuelve el sosiego
á mi corazón,
y en vez de tomarle,
el chasco les doy.
Pues cuando me dejen
luego en libertad,
las que me han armado
las han de pagar.
Mañana ó pasado
les haré yo así, (Burla.)
y ellos han de rabiar,
y yo me he reir.
Será
de ver
la burla que Rufo
les ha de hacer.

ESCENA XII

MARÍA, BLASA, LUIS, GERUNDIO, ROQUE y RUFO

Hablado

LUIS — Allí está.
(A María aparte.)
Al fin, triunfaremos.
GER. — (Aparte á Rufo.)
No olvides lo que te he dicho.
RUFO — ¡Quiá! No.
BLASA — (A María.) Me idolatra.
RUFO — (Pierde
cuidado, que no lo olvido.)
ROQUE — Pero yo no sé á qué viene
tanta vuelta y tanto lío.
¿No pregunté antes á Rufo,
y no oyó usted lo que dijo?
¿No he preguntado á esta luego?
Pues asunto concluído.
LUIS — No, señor; es necesario
ver si insisten en lo mismo,
cara á cara y frente á frente.
ROQUE — ¡Dale! Bueno, me resigno.
(¡Que le ha gustado la chica;
pero va á llevarse un mico.)
Conque ¡hala! empiece el careo...
RUFO — Don Roque; ¿y qué es eso?
ROQUE — ¡Chito!
¿Qué te importa á tí?
RUFO — (¡Ay! Delante
de estos, ¿cómo se lo digo?)
LUIS — Espere usté. (Hay que inspirarle
confianza.) El asunto es íntimo,
familiar, por tanto debe
resolverse sin testigos.
RUFO — (¡Me he salvado!) ¡Buena idea!
ROQUE — Sí, un pensamiento magnífico.
LUIS — Explore usted libremente
la voluntad de los chicos.
RUFO — (En cuanto des media vuelta
ya está descubierto el lío.)

LUIS Conque vamos.
MARÍA (¡Virgen santa!)
BLASA ¿Y yo?
GER. Tú vienes conmigo.
¿Qué sería de mí donde
no viera tus atractivos?
BLASA ¡Es verdad...! (¡Cómo me adora!)
GER. (A Luis.) Mira si hago sacrificio.
¿Vamos? (A Blasa.)
BLASA Vamos, ¡qué tuno eres!
GER. (¡Lástima de tabardillo!)
RUFO (Esta es la mía.)
LUIS Don Roque,
mi proceder...
ROQUE Es muy digno.
LUIS (Aparte á Rufo.)
Estaré desde allí oyendo.
RUFO ¿Dónde?
LUIS Allí.
RUFO (¡Me ha dividido!
O éste me mata, ó el otro
me azota, ¡vaya un conflicto!)

ESCENA XIII

MARÍA, ROQUE y RUFO

ROQUE Vamos, ya nos dejó sólos
ese capitán maldito.
RUFO (No fuera malo.)
ROQUE Y podemos
hablar sin ningún peligro.
RUFO Yo no tengo que hablar nada.
ROQUE Ya lo sé, porque lo has dicho
todo antes... ni ésta tampoco;
pero yo soy hombre listo
y conviene hacer que hacemos
para engañar á ese pillo,
á ese tunante...
RUFO (Anda, escucha.)
¿A el capitán?
ROQUE A ese mismo.
RUFO (Va á ganarse una paliza

y me alegraré muchísimo.)

ROQUE Tú no sabes de la misa
la media; eres un borrico.

RUFO ¿Yo? Yo sé la misa entera
mejor que usté.

ROQUE Lo que he visto
yo, no lo has visto tú.

RUFO Claro.

ROQUE Y aquí en confianza te digo...

RUFO No, no; nada de confianzas.

ROQUE ¿Por qué?

RUFO Por que en este sitio...
¡qué sé yo! y porque no quiero.

ROQUE Pues ello al cabo es preciso
que lo sepas.

RUFO ¡Dale, bola!
Si no me importa un comino.

ROQUE Dice que no... ¿será tonto?
Vaya ¿á que no has conocido
que el capitán es un tuno?

RUFO No, no señor.

ROQUE ¿Ni habrás visto
lo que le gusta María?

RUFO No, tampoco.

ROQUE ¡Habrá pollino!
Pues yo sí.

MARÍA ¡Padre!

ROQUE Y le vamos
á dar un chasco magnífico.

RUFO No; yo no, yo no...

ROQUE ¡Qué necio!
Tú sí, y ésta y yo contigo.
El objeto es engañarle,
engañarle como á un chino.

RUFO Yo no hago eso. (Como salga
arma la de Dios es Cristo.)

ROQUE Tú harás lo que yo te mande,
y aquí ya hemos concluído.
María te ama, tú quieres
á María... se lo digo
al capitán, y no temas,
que el resto es asunto mío.

RUFO (Ésta es la negra, y si callo
va á pegarme ese hombre un tiro.)

ROQUE Andando.
MARÍA (¡Cielos!)
RUFO Don Roque, (Deteniéndole.)
yo, es verdad, tengo cariño
á María; pero á veces
pasan cosas y hay motivos ..
y el hombre cambia...
ROQUE ¿Qué es eso?
¿Te arrepientes de lo dicho?
RUFO No, no señor...
ROQUE ¡Ah! Creía...
RUFO Verá usted... (¡Qué compromiso!)
Yo... fíjese usted... yo... es claro...
ROQUE No me hagas señas ni guiños...
RUFO ¿Yo señas? ¿Yo?... ¿Está usted loco?
(Nada, aquí pierdo el bautismo;
uno ú otro me le rompen.)
ROQUE Con que vas á hablar clarito.
¿Te casas ó no te casas?
RUFO Pues...
ROQUE Pronto, pronto.
RUFO (¡Dios mío!)
María, ponte aquí en medio...
(La coloca entre Roque y él.)
ROQUE Vamos, sí ó no, como Cristo
nos enseña.
RUFO No me caso,
aunque lo siento muchísimo.
ROQUE ¡Ah, canalla!
MARÍA (Deteniéndole.) ¡Padre!
RUFO ¡Si hice
bien en ser tan precavido!
ROQUE Te voy á matar.
RUFO ¡Don Roque!
MARÍA ¡Padre!
ROQUE Por infame y pillo.
(Corre trás Rufo, que huye.)

ESCENA XIV

DICHOS. BLASA, GERUNDIO y LUIS

RUFO ¡Socorro!
LUIS (Saliendo.) ¿Qué hay? ¿Qué sucede?
RUFO ¡Socorro!
GER. (Sale con Blasa.) ¿Quién dá esos gritos?
¡Don Roque! (Le detiene.)
LUIS ¿Qué ocurre?
ROQUE Nada,
que todo aquello que dijo
antes, se lo traga ahora...
GER. Es claro, tendrá apetito.
ROQUE ¡Pues no renuncia á la mano
de ese ángel!
LUIS ¿Sí? ¡Qué pollino!
RUFO (¡Y me insulta todavía!)
ROQUE No, si voy á hacerle añicos.
LUIS ¡Hombre! (Conteniéndole.)
ROQUE Mire usté á la chica
qué rostro más afligido...
(María, que habla aparte con Blasa y Gerundio, se ríe.)
¡Dá lástima!
LUIS Mucha.
ROQUE ¡Ay! Este
golpe la mata de fijo.
RUFO (Y yo callando.)
LUIS (A Roque.) Sin duda
el misterio consabido
le ha asustado...
ROQUE ¡Quiá!
LUIS ¡Quién sabe!
ROQUE ¡Si no le conoce!
LUIS ¡Ah!
ROQUE Digo,
no le conoce completo.
(Me pescó.)
LUIS (¡Ah, tuno!) Es lo mismo.
Pues nada, ya que los novios
no se profesan cariño,
queda la boda deshecha,

y negocio concluído.

RUFO (¡Y con qué placer lo dice!)

ROQUE Ya lo oyes.

LUIS (Acercándose al grupo en que está María, donde queda hablando en voz baja.)
Al fin, vencimos.

BLASA Andando en ello estudiantes
y además rostros bonitos,
¿qué remedio?

RUFO (Esta es la mía.)
Don Roque. (Llamándole.)

ROQUE ¿Y te atreves?...

RUFO ¡Chito!
Yo adoro á María...

ROQUE ¿Cómo?

RUFO Y quiero ser su marido.

ROQUE ¿Tú?

RUFO ¡Por estas!

ROQUE ¿Sí?. . Señores...

RUFO (Tapándole la boca.)
Silencio.

ROQUE Suelta.

RUFO Ni un grito,
ni una palabra.

ROQUE Pero, hombre...

RUFO Sí habla usté, estamos perdidos.
Por amenazas, me han hecho
decir todo lo que he dicho.

ROQUE ¿Quién?

RUFO El capitán, que estaba
oyéndome allí escondido...
y que no es capitán...

ROQUE ¿Cómo?

RUFO Ni la tropa es tropa.

ROQUE ¡Chico!

RUFO Los jefes y los soldados
son estudiantes y amigos
que se han disfrazado sólo
para darnos este mico.

ROQUE ¿Pero estás seguro de eso?

RUFO ¡Vaya! Como que lo he oído
desde mi encierro.

ROQUE Pues, basta...

RUFO Sí, disimulo.

RUFO — Y sigilo...
Preguntaré al posadero,
y si confirma tus dichos,
¡ay de ellos!
RUFO — Que no sospechen.
ROQUE — Verdad, finjamos un lío.
(Le da un puntapie.)
¡Tunante!
RUFO — ¡Ay!
ROQUE — (Calla.)
RUFO — Es que duele.
ROQUE — ¡Canalla! (Otro.)
RUFO — ¡Ay!
ROQUE — (Calla, que finjo.)
(Es que finge usté de un modo
que va á romperme el bautismo.)
ROQUE — ¡Desvergonzado!
LUIS — ¡Don Roque!
MARÍA — ¡Padre!
GER. — ¡Pero, hombre!...
ROQUE — ¡Atrevido!
Vamos, hija... vamos, Blasa,
ó le dejaré en el sitio.
Señor capitán, si quiere
usted ser amigo mío,
hágame usted el obsequio
de fusilar á ese pillo.
RUFO — Eso no debe decirse
ni en broma.
GER. — (¡Pobre Rufito!)
ROQUE — Vamos... con que, caballeros,
estimando sus servicios... (Vase con María.)
BLASA — ¿Te veré?
GER. — Muy pronto.
BLASA — ¿Y dónde?
GER. — En el infierno.
BLASA — ¡Qué indino!
UNA VOZ — (Desde dentro.) ¡Blasa!
BLASA — ¡Allá voy!.. no me olvides.
GER. — Como fea, es un prodigio.
LUIS — Corre, dí á los compañeros
que se pongan sus vestidos,
y á Salamanca.
GER. — En seguida. (Vase.)

ESCENA XV

LUIS y RUFO

RUFO (¿Terminará mi martirio?)
LUIS Vaya, Rufo, fuera miedo;
yo soy un hombre benigno;
y á riesgo de que mis jefes
me impongan luego castigo,
te dejo libre...
RUFO ¡Oh! Mil gracias.
LUIS Mas cuenta y ten entendido
que de tu prisión pasada
quedan en pié los motivos;
de modo que si algún día,
por confianza ó por capricho,
intentaras poner trabas
á alguno de mis designios,
ten por seguro que vuelvo
y que te llevo al patíbulo.
RUFO (¡Para tí estaba!)
LUIS Con que, ea,
marchando, y lo dicho, dicho.
RUFO Gracias, no olvidaré nunca
este noble beneficio,
y procuraré probaros
mi gratitud... (¡Ah, maldito!
Ya verás, como te coja,
si soy hombre agradecido.) (Vase.)

ESCENA XVI

LUIS, después GERUNDIO y los ESTUDIANTES

LUIS ¡Gracias á Dios! Muchas veces
dudé de los vaticinios
de Gerundio, pero al cabo
salió todo como él dijo;
á Salamanca, y en cuanto
esté allí, á ver si averiguo
ese secreto, que puede
que cambie nuestros destinos.

El amor triunfa... ¡Bien haya
amor que hace estos prodigios!

GER. Aquí estamos todos..

LUIS Sean
mis colegas bien venidos.

GER. ¿Qué falta?

LUIS Nada; he logrado
cuanto ambicioné y no aspiro
á más que á pagar con creces
lo que debo á mis amigos.

GER. No hables de eso. ¡A Salamanca!

EST. ¡A Salamanca!

LUIS Ahora mismo.
Y al son de la alegre jota
emprendamos el camino.

Música

LUIS Y GER. Estudiante que corre la tuna
no busca halagos
de la fortuna,
que busca amor,
y ante un rostro hechicero
y encantador,
echa al aire sus coplas,
gentil trovador.
Pobre niña la que oiga su acento,
y, enamorada,
le dé al momento
su corazón;
que el amor de estudiante
se aleja y huye
con su canción.

—

EST. Donde el estudiante esté,
¡olé!
la alegría reinará,
¡olá!
No hay nada como querer
¡olé!
para después olvidar.
¡Olá!

—

LUIS Y GER. Salamanca, no pienses ni creas
que son tus aulas
plantel de ideas
del escolar;
recorrer los lugares
enseña más
que en diez años ó doce
la Universidad.
Y yo quiero además de tu ciencia
la que se aprende
con la experiencia,
que es la mejor;
conozca yo á los hombres,
aunque no sea
jamás doctor.

—

EST. ¡Viva la jota!
¡Viva el amor!
¡Vivan los ojos
que envidia el sol!

ESCENA XVII

DICHOS, ROQUE y RUFO

ROQUE Muy buenas tardes.
GER. (Nos atrapó.)
LUIS Señor don Roque...
(¡Valor, valor!)
ROQUE De tus noticias (A Rufo.)
no dudo ya.
RUFO Las dí con toda
seguridad.
LUIS En el momento
de ir á marchar
llegó esta tuna
de la ciudad,
y mientras forma
la tropa allá,
yo divertía
mi ociosidad.
GER. Es verdad.

CORO — Es verdad,
es verdad.
RUFO — Tenga usté mucho cuidado,
que le quiere á usté engañar.
ROQUE — ¿El á mí?
Buen trabajo le he de dar.
LUIS — Yo fuí estudiante,
y, es natural,
la alegre jota
me dió solaz;
pero imposible
pararme más,
y ahora mismo
voy á marchar.
GER. — Es verdad.
CORO — Es verdad,
es verdad.
RUFO — Lo que quiere el muy tunante
es burlarnos y escapar.
ROQUE — Ya lo sé;
pero de esta no se vá.
Pues me parece (A todos.)
la cosa bien.
LUIS — (No desconfía.)
GER. — (¡Qué bruto es!)
EST. — (No desconfía
con lo que vé,
y eso demuestra
lo bruto que es.)
ROQUE — Piensa el pobrete
que se salvó,
y el desengaño
va á ser atroz.)
RUFO — Ya están ahí todos. (A Roque.)
ROQUE — Dense á prisión.
LUIS — ¡A defenderse!
RUFO — ¡Aquí! (Entran aldeanos con palos.)
EST. — ¡No, no!

(Los Estudianies tratan de huir. Gran confusión.—Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala en casa de Roque. Puerta al foro y laterales. Mueblaje ordinario

ESCENA PRIMERA

ROQUE y ALDEANOS

Música

CORO — Por más que el estudiante
las redes tendió bien,
al fin y al cabo él mismo
cayó en su propia red.

HOM. — El golpe fué maestro.

MUJ. — No pudo serlo más.

TODOS — Lo menos para un año
llevaron que rascar.

ROQUE — Yo creo, amigos míos,
que nadie dió jamás
con menos miramientos
paliza más bestial.

MUJ. — Los pobres estudiantes
cruzaron el lugar,
como almas de usureros
que lleva Satanás.

HOM. — Y dieron claras muestras
de miedo y de ansiedad,

en tanto que nosotros
corríamos detrás.

MUJ. Cuéntenos, señor Alcalde,
cuéntenos lo que pasó.

ROQUE Pues, callaos un momento,
y escuchad con atención.

—

Vestidos de estudiantes,
y al son de alegre jota,
contentos celebraban
su triunfo y mi derrota;
de pronto mi presencia
el canto interrumpió,
y todos los semblantes
mudaron de color.
Y sin reñir,
ni platicar,
¡zás! palo aquí,
¡zás! palo allá,
¡qué manera
de pegar!

HOM. ¡Qué paliza
tan bestial!
¡Zís, zás, zís!
¡zás, zís, zás!

MUJ. ¡Pobrecitos estudiantes!
Los valió poco el disfraz.
¡Pobrecitos, pobrecitos!
Otra broma no darán.

ROQUE Quisieron al alcalde
burlar con arte y maña;
no saben los pobretes
que á mí no se me engaña;
que tengo un palo, enseña
de augusta autoridad,
y á palos la justicia
me agrada administrar.
Y sin reñir,
ni platicar,
¡zás! palo allá, etc., etc.

Hablado

ROQUE Todos escaparon menos
el tuno del capitán,
porque era el que yo tenía
interés en arrestar.
ALD.º 1.º ¡Y que costó detenerle!
ROQUE Sí; se defendió el truhán;
pero al fin se dió á partido,
aunque no sin protestar.
ALD.º 1.º ¡Vaya! Dijo que su padre
es persona principal,
y que si viene...
ROQUE ¡Que venga!
Ya lo veréis, no vendrá;
por lo que, sin hacer caso
de nada, le hice amarrar,
y con su uniforme y todo
me le traje para acá.
La cárcel no me ofrecía
bastante seguridad
y le tengo allí encerrado, (Primera izquierda.)
y siempre con un guardián
á la puerta.
ALD.ª 1.ª ¿Y no ha hecho nada?
ROQUE Al principio sí, gritar
y decir que iba á romperme
la columna... no sé cual.
Pero luego se ha quedado
con toda tranquidad,
y ahora, ya véis, no se le oye
ni siquiera respirar.
ALD.º 1.º Pues anoche bien gritaba
el condenado.
ROQUE Es verdad.
ALD.º 1.º Le hacía yo centinela,
y empezó como á llorar,
y luego estuvo en la misma
puerta ¡dále que le das!
que si no le ofrezco un tiro
no nos deja descansar.
Busca conversación.
ROQUE. Claro:

á ver si engaña á un patán,
como tú, con palabritas,
y logra la libertad.

ALD.º 1.º Pues yo le escuché bien poco.

ROQUE Pues menos le ha de escuchar
el que le vigile hoy.

ALD.º 1.º ¿Menos?

ROQUE Sí; porque pondré á Román,
que es sordo-mudo... y á éste
que le hable si quiere hablar.

ALD.ª 1.ª ¿Y los otros estudiantes?

ROQUE En Salamanca estarán.

ALD.ª 1.ª No, señor; que ésta vió anoche
tres ó cuatro en el lugar.

ROQUE ¿Quién?

ALD.ª 1.ª Joaquina.

ROQUE ¿Tú los vistes?

ALD.ª 2.ª Al salir del Robledal
distinguí como unas sombras.

ROQUE Miedo tuyo nada más.
Tienen muy buenas razones
para dejarnos en paz.

ALD.º 1.º Bueno, ¿y á ese qué le hacemos?

ROQUE Mandé un parte á la ciudad
contando el caso, y veremos
lo que me dicen de allá.
Yo, como le tenga en casa
mientras me pueda estorbar,
el que mañana le ahorquen
ó le suelten, me es igual.

ALD.ª 1.ª ¿Y se hace hoy la boda?

ROQUE Dentro
de media hora... á lo más.
Conque, hasta luego, que quedan
mil cosillas que arreglar.

TODOS ¡Adiós!

ROQUE Que no falte nadie.
¡Adiós! (Deteniendo á uno.)
No, tú no te vas.

ESCENA II

ROQUE y ROMÁN

ROQUE (Mirando por la cerradura de la puerta primera izquierda.)
A ver. Se ha echado en el suelo.
Vamos, duerme, es natural.
(A Román, por señas, dándole un fusil.)
¡Aquí, preso! ¿Me comprendes?
Pues tú le vas á guardar,
paseo arriba y abajo, (Lo hace.)
y al que se aproxime ¡pam!
¿Ya sabes? ¿Sí? ¡Pues á ello! (Lo hace Román.)
Muy bien. Si quiere gritar,
que grite. Después de todo
ha escapado menos mal.
Que Luis sabe mi secreto
lo he visto con claridad,
pero, encerrado, aunque quiera,
no lo puede divulgar.
Conque dentro de un instante
caso á María... y ya está
concluído el negociejo,
que me debe redondear.
Después de la boda, si habla
que hable, ¿qué me importa ya?
Como que lo que ata el cura
no se puede desatar.

ESCENA III

DICHOS, MARÍA y BLASA

BLASA ¡Tu padre!
MARÍA ¡Virgen Santísima!
BLASA (No hablas á Luis.)
ROQUE ¿Dónde váis?
BLASA A ninguna parte; andamos
por la casa.
ROQUE Bien está.
¿Lo tienes todo dispuesto? (A María.)

MARÍA Sí, señor.
ROQUE ¿No pensarás
ya en ese tuno?
BLASA (¡Qué bestia!
A chicas de nuestra edad
esas preguntas.)
ROQUE ¿Te callas?
¿Aún te aflige algún pesar?
MARÍA No, señor.
ROQUE Es que no olvides
que estoy dado á Barrabás,
y que si me juegas otra
te divido por mitad.
BLASA (¡Bárbaro!)
ROQUE Conque, ya sabes,
al medio día serás...
la señora de Camueso.
BLASA (¡Qué apellido tan brutal!)
ROQUE Hoy no ha de impedir la boda
otra tuna con disfraz,
ni ha de ser víctima el pueblo
de una nueva falsedad.
Conque disponte en seguida
á dirigirte al altar,
y que no vea yo lágrimas
que agüen la felícidad.
MARÍA Ya estoy dispuesta.
ROQUE ¿Y no lloras?
MARÍA No, señor. (Sollozando.)
BLASA ¡Qué ha de llorar!
¡Si está tan contenta!
ROQUE Bueno.
Tú, Blasa, procurarás
que no vuelva yo á cogerte
en otro renuncio igual
al de marras, si es que estimas
el pellejo.
BLASA Bien está.
ROQUE En mi casa y en el pueblo
soy la única autoridad,
y al que me desobedezca
de un palo le hago cojear.
BLASA (¡Bruto!)
ROQUE (Las metí en cintura.)

MARÍA (¡Dios mío!)
BLASA (No, y es capaz
de hacerlo como lo dice.)
ROQUE (Ya no se atreven ni á hablar.)
Las diez... ¿No ha venido Rufo?
MARÍA No, señor.
ROQUE ¿Dónde estará?
Prometió venir temprano.
MARÍA Pues aquí...
ROQUE Le iré á buscar.
Pongan ustedes las caras
alegres.
BLASA (¡Qué necedad!)
MARIA ¿Y cómo?
ROQUE Como se ponen. ¡Pronto!
BLASA Un esfuerzo. (A María.)
ROQUE ¡Más!.. ¡Más!.. (Blasa se ríe.)
¡Así!.. Hasta luego.
MARÍA Hasta luego.
Tú...
(A Román, indicándole por señas lo que ha de hacer.)
(¡Pues no se han de casar!) (Vase.)

ESCENA IV

DICHOS menos ROQUE

BLASA ¡Qué chaparrón de sandeces
y cuánta barbaridad!
MARÍA Blasa, por Dios, que te escuchan.
BLASA ¿Quién?
MARÍA Ese.
BLASA Pero no oirá;
si es el sordo-mudo.
MARÍA ¡Ah, vamos!
BLASA Ve qué cara de animal.
MARÍA Bien; cuenta, cuenta.
BLASA Al instante.
Anoche, algo tarde ya,
vine hasta aquí de puntillas
y hallé dormido al guardián.
Llamé quedito á esa puerta,
oyó don Luis la señal...

MARÍA ¿Y qué dijo?
BLASA Que confía
en Gerundio y los demás
compañeros, y que tiene
completa seguridad
de que volverán muy pronto
y al punto le salvarán.
MARÍA ¿Y cómo?
BLASA Cuando él lo ignora,
yo no lo he de adivinar.
MARÍA ¡Ay! Le engaña su esperanza.
BLASA ¡Quién sabe!
MARÍA Ya lo verás.
Por otra parte, ¿qué importa
que alcance su libertad,
si al alcanzarla me pierde?
BLASA O no. ¿A qué desesperar?
MARÍA Dentro de un instante...
BLASA ¡Vaya!
A saber qué pasará.
Yo confío en lo imprevisto.
MARÍA ¡Qué tonta!
BLASA Y en el azar...
ayudados por Gerundio,
como es justo y natural,
Anoche...
MARÍA ¿Qué?
BLASA Estaba lleno
de estudiantes el lugar,
y aunque se ocultaban mucho,
los vieron Luisa y Colás.
MARÍA ¿De veras?
BLASA Y cuando han vuelto
algo deben maquinar.
No tengas miedo; es Gerundio
un diablo en carne mortal,
y si por tí no hace nada,
por mi amor, por mí lo hará.
¡No sabes cómo me adora!..
MARÍA Me lo figuro.
BLASA Es verdad,
que has visto que en mi presencia
se le ilumina la faz
y se asusta... El otro día

le causé una impresión tal,
que por decir su *paloma*
me llamó sú *gavilán*.
¡Todo se trabuca el pobre
cuando me quiere agradar!

MARÍA Sí, sí; pero el tiempo pasa
y mi padre volvera,
y Luis continúa preso,
y me tendré que casar.

BLASA Deja; voy á ver si saben
en el pueblo dónde están
los estudiantes...

MARÍA Sí, vete.

BLASA Como estén los he de hallar.
Hasta después... Ese pobre...
(Se va á acercar á la primera izquierda. Roman la apunta con el fusil.)

MARÍA Adiós.

BLASA ¿Qué haces, animal?

MARÍA Corre.

BLASA ¡Qué cara!.. ¡Ah! Cuidado
con que te acerques allá.

ESCENA V

MARÍA y ROMÁN

¡Que aparte el hado cruel
dos corazones así!
¿Si habrá muerto para mí
y habré muerto para él? (Vase.)

ESCENA VI

GERUNDIO y ROMÁN

GER. ¡Canastos! Pues me he colado
como Pedro por su casa,
porque á no mentir las señas,
esta debe ser la sala.
¡Hola! Un centinela... ¡Amigo!
Me mira y no dice nada...

¡Qué raro! No, y él parece
que toma en serio la guardia...
¡Ah!.. Estará guardando al preso,
de fijo, si la ventana
cae á ese lado. ¡Eh!.. ¡Compadre!..
No me contesta.
(Va á acercarse; Román le apunta con el fusil.)
¡Caramba!
¿Qué va usté á hacer?.. ¡Toma, y vuelve
á andar sin decir palabra!
¡Buen amigo!... á la otra puerta;
pues poco he de poder ó habla...
Deseo ver al Alcalde...
¡Que si quieres!... ¡Digo... (El juego anterior.)
¡Cáspita!
Hombre, no sea usté bruto
y deje usté quieta el arma.
Vuelta al paseo... Pero, hombre,
dígame usté: ¿dónde se halla
el Alcalde? Que le busco
para asuntos de importancia.
¿No oye usté? (El mismo juego.)
¡Zambomba! Callo,
porque si hablo más dispara.
Pues, señor, para guardar
un secreto es una alhaja.

ESCENA VII

BLASA y GERUNDIO

BLASA ¿Qué estoy mirando?
GER. La vieja.
BLASA Gerundito de mi alma.
GER. (¡Vaya un diminutivito
gracioso!) ¡Querida Blasa!
BLASA ¿Cuándo has venido?
GER. Hace un rato.
BLASA ¿De dónde?
GER. De Salamanca.
BLASA ¿Y cómo?
GER. Por el camino.

BLASA ¿Y con quién?
GER. Con una jaca.
BLASA ¿Y entraste aquí?
GER. Por la puerta.
BLASA ¿Y has venido?
GER. ¡Basta! ¡Basta!
que vas á volverme loco
con tu insoportable charla.
BLASA ¡Ingrato!
GER. No me acaricies;
tiempo tendrás... Ahora llama
al Alcalde...
BLASA Salió há poco
á buscar á Rufo... ¡Ah! Trata
de casarle con María
hoy mismo.
GER. ¿Sí?
BLASA ¡Bah! Y le casa.
GER. Ya lo veremos.
BLASA ¿Qué dices?
¿Tienes aún esperanzas
de desbaratar la boda?
GER. Ya lo creo, y muy fundadas.
BLASA ¡Jesús! Lo que va á alegrarse.
María... Voy á llamarla.
GER. Pero...
BLASA ¡María!
GER. Silencio.
BLASA ¡María!
GER. Demonio, calla.
(¿Si querrá que el centinela
me dé un tiro por la espalda?)

ESCENA VIII

DICHOS y MARÍA

BLASA Ya viene.
MARÍA ¿Usted aquí?
BLASA Todo
se arregló... ya estás salvada,
y Luis también, y Gerundio...
yo me caso, tú te casas,

éste se casa y...

GER. ¡Silencio!
¡qué chaparrón de palabras!

BLASA Pero, hombre...

GER. O no abres la boca
ó te pongo una mordaza.

BLASA Bien... (Lo que es estos maridos
nos tienen sacrificadas.)

MARÍA Por Dios, dígame usté pronto
qué dispone, qué prepara
para realizar sus planes,
pues me está matando el ansia.

GER. ¿Quiere usté callar, María?
¿O tiene usté también gana
de que ese dé gusto al dedo
y me ocurra una desgracia?

MARÍA ¿A usté?

GER. Pues, claro, si me oye
contar...

BLASA No temas.

GER. Tú, calla.

MARÍA No le oirá á usté, es sordo-mudo.

GER. ¡Tá!... ¡Tá!... y yo que me esforzaba
para que hablase...

BLASA Quisiste
hacer un milagro...

GER. ¡Vaya!
Pues para mudo se expresa
de una manera muy clara,
y más convincente que una
oración ciceroniana.
¡En cuanto usté se le acerca
se echa el fusil á la cara!

BLASA Es verdad.

MARÍA Pero, Gerundio,
á lo que importa; que pasa
el tiempo...

GER. Sí, sí, en seguida.

MARÍA ¿Puedo aún tener esperanzas?

Música

GER. Después de la refriega,
dejando preso á Luis,
marchéme á Salamanca
jinete en un rocín;
más quiso la fortuna
que muy cerca de aquí,
hiriera mis oidos
el toque del clarín.
Parome al punto
y al desmontar,
echéme al rostro
á un capitán,
que á Luis y al padre
debió quizás
sus adelantos
de militar.
Entre mis brazos
le recibí,
miéntras sonaba lejos
el toque de un clarín.

—

MARÍA Adelante,
siga usted.
BLASA ¡Qué maldito
de cocer!
GER. Contéle lo ocurrido
y amparo le pedí,
uniendo mis palabras
al toque del clarín.
Por Dios, le dije, venga sin tardar,
que está en peligro cierto de morir;
aquél Alcalde le querrá matar,
salvad, salvad á nuestro amigo Luis.
Sálvele.
Sálvele.
Conmigo venga, venga sin tardar,
y salve pronto á nuestro pobre Luis.
MARÍA ¿Y qué dijo?
acabe usted.

BLASA Pues es fácil
de saber.
GER. Me dijo que á este pueblo
venía tras de mí,
y dióme en este escrito
la libertad de Luis.
Sonaba mientras tanto
el toque del clarín.

Hablado

BLASA Pues decírselo al momento
á Luis, que estará sobre áscuas...
(Va á la primera izquierda, y apunta Román.)
¡Ay! No seas bruto... Y me apunta.
GER. Lo malo es que no dispara.
MARÍA ¿Y usted llegó?
GER. Anoche mismo;
pero tarde, á la una dada.
Me reuní á mis colegas,
que impacientes me esperaban,
y verán ustedes...
ROQUE (Dentro.) Rufo
BLASA Don Roque.
MARÍA Silencio.
GER. En guardia.

ESCENA IX

DICHOS y ROQUE

ROQUE ¿No habéis visto á ese gaznápiro?
¡Cómo! ¿Usté aquí?
GER. En cuerpo y alma.
ROQUE Mejor, tendrá compañía
su amigo.
GER. De eso se trata,
de que no se aburra sólo...
ROQUE ¡Hola! ¿Me echa usté bravatas?
Pues le juro por mi nombre
que le van á costar caras.
Fuera de aquí. (A María y Blasa.)
BLASA Ya nos vamos.

ROQUE ¡Estúpidas! ¡Mentecatas!
BLASA Don Roque...
ROQUE He dicho que largo.
BLASA En seguida... (Se vá.)
ROQUE (A María.) No, tú aguarda.

ESCENA X

DICHOS, menos BLASA

ROQUE Para que se desespere,
sepa por tí misma que amas
á Rufo, tanto como odias
á Luis y á toda su casta.
GER. Y eso me importa á mí tanto
como si oyera que el Papa
va á excomulgar al Gran Turco.
ROQUE ¿Sí? Lo veremos.
GER. ¡Cachaza!
Señor alcalde, estas cosas
se deben tomar con calma.
ROQUE ¡Y se burla todavía!
Va usté á ir á Salamanca
con su amigo...
GER. No, al contrario.
ROQUE ¿Cómo?
GER. (Le ahoga la rabia.)
Vendrá él conmigo.
ROQUE Es lo mismo.
GER. No, es diferente.
ROQUE. Bien; basta.
Por de pronto usté se queda
como Luis, preso en mi casa.
GER. Bien; pero antes lea usté esto.
ROQUE ¿Ese pliego?
GER. Y de importancia.
Y le va á usté á hacer el mismo
efecto que una cantárida.
¿Usté sabe lo que ha hecho?
¡Prender á Luis! Ahí es nada...
¿Sabe usté de quién es hijo?
ROQUE De su padre.
GER. Eso no basta.

¿Sabes tú quién es su padre?

ROQUE El que le engendró.

GER. El que hoy manda
las tropas que por Felipe
quinto luchan contra el de Austria
(Y esto es verdad.)

ROQUE ¡Cielo santo!

GER. Va á salir la broma cara.
Lea usté.

ROQUE Voy en seguida
(¿Si habré metido la pata?)
«Al portador del presente (Lee.)
entregará usté en seguida,
la persona de Luis Fuente
bajo pena de la vida.
Y cuente que si al instante
no cumple lo que le digo,
marcho con fuerza bastante
para imponerle castigo.»

GER. La firma...

ROQUE «Pedro de Uceda.»

GER. ¿Qué más?

ROQUE «Capitán de guardias.»
¡Santo Cristo!

GER. La orden creo
que no puede estar más clara...
con que...

ROQUE A mí después de todo,
con tal que ustedes se vayan
y dejen tranquilo el pueblo,
lo demás me importa nada.

GER. Pues en seguida tomamos
el camino.

ROQUE (El Señor lo haga.)

GER. (Ya te lo diré de misas.)

ROQUE (Esto pone mala cara.)

GER. ¿Suelta usté á Luis?

ROQUE Al momento.
Román, deja ya la guardia... (Se vá Román.)

MARÍA ¿Y yo? (Aparte á Gerundio.)

GER. Pierda usté cuidado.

ROQUE Bien; cierto es que se me escapan,
pero lo que es la paliza
la llevan en las espaldas.

(Abre la puerta primera izquierda.)
Salga usté, caballerito.

MARÍA ¡Ah! La impaciencia me abrasa.

GE . Aguarde usté.

ROQUE ¡Pues no sale!
¡Vamos! ¡Pronto!

ESCENA XI

DICHOS y RUFO

RUFO (Saliendo.) ¿Quién me llama?

MARÍA ¡Cómo!

ROQUE ¿Quién es? ¡Toma! Rufo...

RUFO El mismo que viste y calza.

ROQUE ¿De capitán?

RUFO De cualquiera
cosa... de rey... ó de Papa,
¡qué se yo!

ROQUE ¿Y quién te ha metido
ahí?

RUFO Los demonios.

ROQUE Habla.

RUFO Estaba yo tan tranquilo
durmiendo anoche en mi cama
y soñando que María
mimosa me acariciaba,
cuando me despertó el ruido
de una feroz bofetada.

ROQUE ¡Hombre! ¿Y á quién se la dieron?

RUFO Pues á mí.

ROQUE Eso tiene gracia...
¿Dices que oistes el ruido?

RUFO Y es cierto; así Dios me valga...
Antes oí el ruido, y luego
sentí el dolor en la cara.

ROQUE ¿Y quién te pegó? Concluye.

RUFO Cualquiera lo adivinaba.
Me encontré con que tenía
llena de gente la casa.
Una turba silenciosa
que sin decirme palabra,
ni dejar que yo la diga,

va, me coge, me levanta,
y uno me pone este traje
al tiempo que otro me calza,
y éste me arregla el tocado ..
y aquél me ciñe la espada...
¡Nunca tuvo más *doncellos*
ningún infante de España!

ROQUE ¿Y qué hacías tú entre tanto?

RUFO Pues yo temblaba, temblaba
de miedo.

MARÍA (Riendo.) Naturalmente.

ROQUE ¡Ah! ¿Te ries?

GER. ¿Qué le extraña?
El lance es chistoso.

MARÍA Claro,
y sin darme cuenta...

ROQUE Basta...

MARÍA Perdóneme usté.

ROQUE No quiero
que nadie ría en mi casa.

MARÍA Antes dijo usté...

ROQUE Bien; antes
dije lo que me dió gana,
y ahora mando que se ponga
usté seria... ¡y que se vaya!

GER. Don Roque...

RUFO Señor alcalde...

MARÍA Ya me voy... (Se vá.)

ROQUE Pero sin lágrimas
tampoco.

GER. (¡Bruto!)

RUFO Y entonces,
¿cómo ha de poner la cara?

ESCENA XII

ROQUE, GERUNDIO y RUFO

ROQUE Cuenta qué te ocurrió luego.

RUFO Pues después de lo que he dicho,
me cogieron en sus brazos
dos mozos como castillos...
Llegamos abajo todos,

y poniendo con sigilo
una escala, me obligaron
á encaramarme á este piso.

ROQUE Pero, hombre, ¿y tú te callaste?
Cuando se fueron, dí gritos
y golpes en esa puerta,
hasta que una voz me dijo:
Si sigue usté alborotando
le voy á pegar un tiro.
Y yo, con esa promesa,
está claro, cerré el pico.

ROQUE Pero, ¿quién te dió ese chasco?

RUFO Los estudiantes malditos...
Perdón.

GER. No importa.

ROQUE ¿Y el preso?

RUFO No sé, porque no le he visto.
Yo vine á ocupar la jaula
cuando él ya se había ido.

ROQUE (¡Paciencia! Como los coja
otra vez, los haré añicos.)
Ya lo oye usté; desde anoche
se halla en libertad su amigo.

GER. Así dice usté.

ROQUE Lo dice
Rufo.

GER. Es igual.

ROQUE No, es distinto.

GER. Es igual, pues veo claro
que este es un complot indigno,
para eludir sagazmente
las órdenes que he traído.

ROQUE Pero, hombre...

GER. Nada, no valen
subterfugios ni artificios...
¡Pobre Luis! Tal vez ha muerto...

ROQUE ¡Diablo!

GER. Y usté es su asesino.

ROQUE ¿Yo?

GER. Pero, será vengado...
Pasaremos á cuchillo
á todo el pueblo...

RUFO ¡Zambomba!

GER. Hombres, mujeres y niños.

RUFO (Dejarán atrás á Herodes.)
ROQUE No diga usted desatinos.
Yo le aseguro que vive
don Luis.
GER. Bien; pues si está vivo,
obedezca usté esa orden,
y negocio concluído.
El mandato es categórico
y los términos clarísimos:
«Al portador del presente,
entregará usté en seguida
la persona de Luis Fuente,
bajo pena de la vida.»
ROQUE Esta es buena.
GER. Y yo no salgo
de aquí sin Luis.
ROQUE ¡Jesucristo!
¿Piensa usté que yo le tengo
guardado en algún bolsillo?
GER. Usté me le entrega.
ROQUE ¿Cómo?
GER. Como esté.
RUFO (¡Qué laberinto!)
ROQUE Pero, hombre si se ha fugado.
GER. Ese no es asunto mío.
ROQUE ¡Caracoles!
RUFO (A Gerundio.) Si usté sigue
así, le va á volver mico.
GER. Mejor, quedarán ustedes
iguales.
RUFO Gracias. (¡Qué fino!)
ROQUE (Si sobre esto cuenta el otro
mi secreto, me he lucido.)
GER. Conque si al llegar la tropa,
que emprendió anoche el camino,
y que ya debe de hallarse
muy cerca, no ha parecido
Luis, correrá, de seguro,
su vida de usté peligro.
Usté me dió á mí de palos,
yo le daré á usté de tiros,
que pago siempre mis deudas
con intereses crecidos.
ROQUE No, si no soy usurero,

ni prestamista de oficio;
perdono los intereses
y hasta el capital. (¡Dios mío!)

RUFO (Esto se pone muy feo.)

ROQUE ¿Y qué he de hacer?

GER. Ya lo he dicho;
entregarme á Luis...

ROQUE Pero, hombre,
¡dále, bola! si se ha ido.

GER. Pues, búsquele usté.

ROQUE ¡Canastos!
Le buscaré y con ahico.
Pero, ¿y si no le hallo?

GER. Entonces
sufrirá usted el castigo.

ROQUE (No hay remedio.) Por tí, Rufo,
me veo yo en estos líos;
conque, ayúdame tú ahora
á salir del compromiso.

RUFO ¿Cómo?

ROQUE Busca tú de un lado
y yo de otro.

RUFO Me resigno.

ROQUE Quítate ese traje.

RUFO ¿Y cómo?

ROQUE Quitándotele.

RUFO Eso está dicho
pronto; pero, ¿he de quedarme
en paños menores?

GER. Chico,
eso no.

RUFO ¿Usté se figura
que estoy yo á gusto metido
en un traje de once varas?

ROQUE Vé á mudarte á casa, y chito...
Luego á buscar...

GER. Yo aquí espero.

ROQUE ¡Que parezca el fugitivo!

ESCENA XIII

MARÍA y GERUNDIO

GER. ¡María!
MARÍA He estado escuchando
y todo, todo lo he oido.
GER. Un susto lleva en el cuerpo
que no se le va en un siglo.
MARÍA ¿Qué es de Luis?
GER. Abajo espera.
MARÍA ¿Abajo?
GER. En un escondrijo
de la huerta; si usted quiere
verle, subirá ahora mismo.
MARÍA ¿Y cómo?
GER. Por la ventana,
con la escala que trajimos
anoche.
MARÍA Sí, sí, ¡que suba!
GER. Vigile usté.
MARÍA Ya vigilo.
(Vase Gerundio por la primera izquierda.)

ESCENA XIV

MARÍA, después GERUNDIO y ROQUE

MARÍA Yo no sé si lo que siento
es temor ó regocijo;
pero sí que siento ahora
algo que nunca he sentido.
GER. (Saliendo, y desde la misma puerta dice.)
Ya sube.
MARÍA ¡Qué miedo tengo!
GER. ¿Por qué?
MARÍA Si alguno le ha visto...
GER. No hay cuidado, ya está arriba.
Por aquí, pronto...
MARÍA ¡Dios mío!
ROQUE ¡Virgen santa del Carmelo! (Dentro.)

MARÍA ¡Mi padre!
GER. No salgas... chito.
Serenidad (A María.)
MARÍA ¡Virgen santa!
GER. Viene más muerto que vivo.
ROQUE No hay remedio, me fusilan, (Muy afligido.)
¡ay! me fusilan de fijo...
GER. ¿Qué ha pasado?
ROQUE Pues que apenas
puse el pie en la Plaza, he visto
un pelotón de soldados,
de soldados efectivos...
y estudiantes, que por verme
se reían los malditos.
GER. ¡Les habrá usted hecho gracia!
ROQUE Sin duda.
GER. ¿Y no le ha ocurrido
más?
ROQUE Ya lo creo; me ha hablado
un capitán; y me ha dicho
que vendrá dentro de poco
á verme á mi domicilio,
y que si no entrego al preso,
me conducirá á un castillo
del cual saldré sólo para
que me peguen cuatro tiros.
GER. ¡Y por la espalda!
ROQUE Bien; eso
es igual, me da lo mismo;
por detrás y por delante
me profeso igual cariño.
GER. Ya que ha pecado de torpe,
acepte usté el sacrificio:
«á mal tiempo, buena cara».
ROQUE El consejo es peregrino;
pero con el cuerpo de otro
cualquiera muestra heroismo.
¡Por favor! Usté que sabe
la verdad, présteme auxilio.
GER. Ya es tarde... ¿Oye usté esas voces?
ROQUE Sí... ¿Qué?
GER. Que está usté perdido.

ESCENA XVI

DICHOS, ALDEANAS, ESTUDIANTES y SOLDADOS

Música

ALDEANAS — Tropa y estudiantes
vienen hacia acá,
dicen que á don Roque
quieren arrestar.

ROQUE — ¡Virgen del cielo!

GER. — Lo oye usted.

ALDEANAS — Alcalde y todo
le han de prender.

ESTUDIAN. — Suelte usté en seguida,
suelte usted á Luis,
ó le aseguramos
que va usté á morir;
De Luis pedimos,
la libertad.

ROQUE — Si ya la tiene.

ALDEANAS — Temblando está.

ESTUDIAN. — Pague usté los palos
que nos dió ayer.

ALDEANAS — El pobrecito
los paga bien.

ALDEANAS / ESTUDIAN. — La tropa llega.

ROQUE — ¡Bendito Díos!

GER. — El pobre casi
da compasión.

SOLDADOS — Suelte usté al instante
suelte usté á don Luis,
ó con la existencía
paga usté el desliz;
esta es la orden
del capitán.

ROQUE — Si no le tengo.

ALDEANAS — Temblando está.

ESTUDIAN. / SOLDADOS — Si no busca pronto al preso,
y lo pone en libertad,
de la vida del cuitado
la de usted responderá.

ALDEANAS — Temblando está.
SOLDADOS — Terminante está la orden
que dió nuestro capitán;
y si á Luis no nos entrega
á la cárcel preso irá.
CORO — Terminante está la orden, etc., etc.

—

ROQUE — Sin que me valga
mi autoridad,
aquí los palos
voy á pagar;
no escapo de esta
no escapo, no,
si en mi socorro
no acude Dios.
MARÍA — Cuando en su rostro
veo el temor,
nace en mi alma
la compasión;
y aunque me cueste
perder mi amor,
he de sacarle
del trance yo.
GER. — El pobre tiene
un miedo tal,
que no se atreve
ni á respirar;
no puede el hombre
temerme más,
y si hoy no canta
no canta ya.

—

TODOS — Terminante, etc., etc.

Hablado

UNO Andando.
ROQUE Que soy alcalde.
GER. No les importa.
ROQUE ¡Dios mío!
MARÍA (A Gerundio.)
Para burla es demasiado.
¡Padre!
ROQUE Tú, tú me has vendido.
Quítate de mi presencia.
MARÍA ¡Padre!
ROQUE Que calles te digo,
y no me des ese nombre,
porque ofendes mis oídos.
Bien dice el cura del pueblo
en la iglesia los domingos:
«¡La codicia es un pecado
que no queda sin castigo!
GER. ¿Y á qué viene?...
ROQUE Muy á cuento.
Por ansia de hacerme rico
preparé este matrimonio
origen de tantos líos,
y ya ve usté que lo pago
bien pagado, ¡en el patíbulo!
Porque María... ya nada
se pierde, voy á decirlo,
además que Luis lo sabe,
según todos los indicios...
ni María es hija mía
ni yo tengo ningún hijo.
MARÍA ¡Gran Dios!
GER. (Nos hemos salvado.)
Vamos, otro embuste indigno...
(Haré que lo diga todo.)
ROQUE No, que es verdad lo que afirmo.
La prohijé de pequeña
por avaricia; que vino
á mi hogar en compañía
de un bien repleto bolsillo,
que desde entonces se mueve
y viaja muy de continuo,

ida y vuelta; viene lleno
y se va siempre vacío.

GER. Prosiga usté.

ROQUE Pues, el padre,
que es á quien yo he conocido,
con el último dinero
me mandó este papelito...

GER. A ver...

ROQUE Que tiene la culpa
de todo lo sucedido.
(Lee.)
«Si mi hija se ha casado,
con un zafio campesino,
que ignore que es hija mía,
y seguiremos lo mismo.»
Es decir, que seguiría,
yendo y viniendo el bolsillo.

GER. Siga usté...

ROQUE (Lee.) «Si está soltera,
traígala usté al lado mío,
que procurará su padre
buscarla un esposo digno.»

GER. ¡Ah, bribón!

ROQUE Sí, lo confieso,
he sido un bribón, lo he sido,
pues por conservar la viña
que me daba tan buen pico,
preparé tu matrimonio
con ese Rufo maldito
para engañar á tu padre,
que tanto me ha protegido.

ESCENA XVII

DICHOS y LUIS

LUIS ¡La infamia es gorda de veras!

GER. ¡Presento á usted á mi amigo!...

ROQUE ¡Cómo! ¿Estaba usted ahí dentro?

LUIS ¡En mi prisión!...

ROQUE ¿Otro lío?

LUIS Y está claro, me he enterado

de lo que usté ha referido.

ROQUE Pero usté ya lo sabía...

LUIS ¡Ni palabra!

ROQUE ¡Y se lo he dicho yo!

LUIS Cosa que yo le agradezco.

ROQUE No hay duda, soy un borrico.

GER. ¡Gran noticia! Yo, hace mucho que lo había conocido.

LUIS Pero no haga usted á medias las cosas; diga ahora mismo quién es el padre de...

ROQUE ¿El padre?

LUIS ¡Pronto!

ROQUE El Conde de Barcino.

LUIS ¡Oh, dicha! Si es compañero de mi padre, y de sus íntimos...

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, RUFO y BLASA

RUFO ¡No parece por ninguna parte! (Ve á Luis.) ¡Ah! ¿Cayó en el garlito? Me alegro.

GER. ¿Sí?

RUFO Que se vaya, y que nos deje tranquilos, y á ver si me caso...

GER. (Por María y Luis.) Mira...

RUFO Don Roque.

ROQUE ¿Qué?

RUFO ¿Es eso lícito?

ROQUE ¡No estoy para explicaciones!

RUFO ¡Ni yo estoy para esos mimos!

LUIS ¡Alcanzará en Salamanca, el premio nuestro cariño!

RUFO ¡Caracoles! (Habla con Roque.)

BLASA ¿Y nosotros?

GER. Calla, somos unos chicos, y eso de casarse es cosa para personas de juicio.

BLASA Pero, ¿lograré algún día?
GER. Sí... cuando me hagan obispo.
LUIS (A Roque.)
María y usté se vienen
á Salamanca conmigo.
Bueno es lo que bien termina,
y ya la victoria espero;
gracias á mi amor, primero,
después á la Estudiantina.

Música

LUIS } Estudiante que corre la tuna
GER. } no busca halagos, etc., etc.
TODOS Viva la jota, etc., etc.

FIN DE LA OBRA

¡ESA UNA MALVA!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. LUIS CORTÉS Y SUAÑA.

Estrenado con gran éxito en el teatro del Príncipe en la noche del jueves 13 de Octubre de 1859.

SEGUNDA EDICION.

COMPRA Y CAMBIO DE LIBROS ANTIGUOS Y MODERNOS
LIBRERIA ANTICUARIO DE ESTEBAN HORNO DE LA PLATA 3. MADRID
GRAN SURTIDO DE COMEDIAS.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

PERSONAS.	ACTORES.
ROSA, florista.....	DOÑA JOSEFA HIJOSA.
TERESA.....	DOÑA JUANA MARTIN.
EL TIO CHULETA, viejo portero..	D. MARIANO FERNANDEZ.
RUFINO, jóven pintor.....	D. EDUARDO IROBA.
LUIS, jóven profesor de música....	D. EMILIO MARIO.
D. ROQUE, antiguo manguitero...	D. JOSÉ AZNAR.
UN MOZO DE FONDA.....	D. JULIAN RODRIGUEZ.

La escena pasa en Madrid, en casa de Rufino, el año 185...

NOTAS. 1.ª Todas las indicaciones estan tomadas de la izquierda y derecha del espectador.
2.ª Los apartes estan marcados con paréntesis.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gulon, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con sue haya ó se celebren en adelante contratos internacioqales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, *son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

El editor se reserva el derecho de traduccion.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA
FAMILIA

ACTO ÚNICO.

Interior del estudio de un pintor fotógrafo. Caballetes, tientos, paletas, pinceles, cuadros, retratos, estampas, grabados, bustos, figuras de yeso, piedras litográficas, máquinas de daguerrotipo, etc., etc., etc. Á la izquierda una ventana: en segundo término un retrato empezado: al mismo lado una armadura completa de caballero, con visera, casco, escarcelas, etc. Á la derecha, en el proscenio, un banco ó banqueta, en que habrá una levita nueva, y estará ademas graciosamente sentado un maniquí en traje de vestal. Al mismo costado una mampara que sirve de puerta á un gabinete: en segundo término la que conduce á la alcoba del pintor: entre las dos una mesa, sillas, etc. En el fondo la entrada al taller, y á la diestra una cómoda ó consola.

ESCENA PRIMERA.

CHULETA, solo. Sale del cuarto de la derecha, con una escoba y un plumero debajo del brazo, y se dirige al foro saludando.

Está bien, señorito; perda usted cuidiao. Si viene gente diré que no está usté... porque ha salio. Paece que el señorito Rufino tiene hoy muchas ganas de trabajar, lo cual no deja de ser un milagro. Pero si está enamorao hasta los tuétanos... ¿qué ha de suceder? En diciendo que un hombre quiere de veras á una mujer, ¡adiós, aplicacion! ¡adios, libros! ¡adios, too! Y mas los jóvenes del dia... ¡ya, ya!... ¡Hola! puntas de cigarro... (Las recoge y mete en el bolsillo.) Dáte presa, colilla: dende aqui

está bien señorito

irás, mal que te pese, al cajon de mi mujer pa que te pique y te repique. Empecemos por sacudir el polvo á este guerrero... Cuando mi pienso que antaño llevaban los hombres toas estas cosas, se me figura que no podrian andar con tanto hierro y tanta... Es verdad que hoy lo gastan las señoritas en las sayas, en los morriñaques, como ellas dicen. Ahora paecen las niñas minas de hierro, y de esparto, y... de qué sé yo: vaya usted á buscar el filon!... Pero yo, que no quiero tener por costilla á una mujer de peso, «mira, Casilda,» he dicho á la mia, »si alguna vez te llego á ver, asi... herraa, tronamos pa »siempre.»—¡Jesus, qué sucio está esto! Y cuidao, que solo hace quince dias que he barrido!...

ESCENA II.

D. ROQUE y CHULETA.

ROQUE. (Entra apresuradamente por el fondo. Su semblante denota inquietud y cólera.) ¿El señor don Rufino Velazquez?...

CHUL. Aqui vive, caballero. Está usté en su estudio.

ROQUE. (Parándose ante el maniquí.) ¡Una mujer!... ¿quién es esa mujer?

CHUL. ¿Una mujer? ¡Já, já! Si es un pelele...

ROQUE. ¿Está usted seguro? (Vá á tentarlo.)

CHUL. (Deteniéndole.) Perdone usté, caballero... eso está hecho de una madera que se llama «mírame y no me toques » Si llegase usted á alterar la positura, ó á deshacer algun pliegue, contento se pondria el señorito...

ROQUE. (¡Tiene razon, es un maniquí!... Los celos me presentan una mujer en cada objet ... ¡No lo veo! ¡Oh rabia!) Necesito hablarle.

CHUL. En este momento acaba de salir.

ROQUE. ¡Con que... acaba de salir!... (Si lograse que este hombre. .) ¿Es usted su criado?

CHUL. Su criao, no, señor: soy, por decirlo asi, su ama de llaves, y ademas su portero.

ROQUE. ¡Ah! ¿usted es el portero de la casa? Entonces verá usted lo que entra y lo que sale...

CHUL. No, señor, porque no soy del resguardo ó carabinero; pero las personas, sí.

ROQUE. ¡Eh!... no estoy para bromas. ¿Quiere usted ganar dos-

cientos céntimos.

CHUL. No entiendo, pero en tratándose de ganar...

ROQUE. Diez y siete cuartos.

CHUL. Yo lo creo, y mejor treinta y cuatro.

ROQUE. Corriente, aqui los tiene usted. (Se los dá.)

CHUL. (Cogiendo una silla de la izquierda y deshaciéndose en cumplimientos.) ¡Caballero!... dispense usté... no habia reparao que estaba usted de cuerpo presente... Tenga usted el honor de tomar asiento.

ROQUE. Gracias; me voy á marchar. ¿Cómo se llama usted?

CHUL. Francisco Chuleta (aunque no las pruebo), para servir á usté. ¿Y usté?

ROQUE. ¿Yo? Don Roque Palomino.—Pues bien, señor Chuleta...

CHUL. Debo advertir á usted que unos me llaman el tio Paco y otros el tio Chuleta.

ROQUE. Es igual... Pues bien, tio Chuleta, aqui tiene usted un hombre víctima del amor conyugal, en una palabra, estoy casado y celoso.

CHUL. ¡Toma!... Tocante á lo primero le acompaño á usté en el sentimiento; en cuanto á lo segundo no, porque nunca he desconfiao de mi probe Casilda.

ROQUE. Mi mujer es mucho mas jóven que yo...

CHUL. ¡Malo!

ROQUE. Muy bonita...

CHUL. ¡Peor!

ROQUE. Bastante coqueta...

CHUL. ¡Ay, ay, ay!

ROQUE. Y muy aficionada... á las pinturas.

CHUL. ¡Bah! Y eso ¿qué tiene de particular?

ROQUE. Mucho, señor mio: ¿no sabe usted que por la peana se adora al santo?... Tengo ademas una sobrina, un poco mas jóven que mi esposa, tambien lindísima, algo casquivana, y á la que quiero casar con un amigo mio, que vá á concluir muy pronto la carrera de mariscal.

CHUL. ¿De campo? ¡Sopla!

ROQUE. No, señor, de animales. ¿Usted me entiende?... Mas claro, herrador, albéitar.

CHUL. ¡Magnífica proporcion para una muchacha!...

ROQUE. Y sin embargo mi sobrina no quiere aceptar su mano... se le han metido unos amores en la cabeza, pero yo se los he de arrancar. Mi mujer, que protege á la

chica, piensa casarla con otro, y yo he jurado arrancarla esa idea.

CHUL. (¡Este hombre todo lo arranca! Mas le valdria arrancarse las canas, que bastantes tiene.)

ROQUE. Pero lo mas atroz es que mi esposa admite citas de otro, y está aqui, en esta casa, en este mismo cuarto...

CHUL. (Volviendo la cabeza á todos lados.) ¡Pues no la veo!... Como no sea la que usté creia... (Señalando al maniquí.)

ROQUE. Estoy seguro: he sorprendido un billete dirigido á ella. (Saca un papel del bolsillo, y lleno de cólera, lo estruja entre las manos.) ¿Usted no sabe lo que dice esta carta?...

CHUL. No es fácil... me estorba lo negro... Y, ¿qué dice?

ROQUE. (Leyendo.) «Qu erida Teresa»... ¡Insolente!...

CHUL. ¡Hombre! yo, ¿por qué?

ROQUE. ¿No vé usted que lo digo aparte? (¡Qué estúpido es este tio!)

CHUL. ¡Ah! ya: aparte, como en las comedias.

ROQUE. «Ya sabes que te amo...»

CHUL. Eso es de cajon... «Ya sabe usted que lamo, ladro y lastimo.»

ROQUE. ¡Infame!...

CHUL. (Creyéndose aludido, retrocede.) ¿Yo?

ROQUE. No, hombre.

CHUL. Pues vuelva usted la cabeza al otro lao.

ROQUE. «Confia en mi cariño. Mañana te llevaré á casa de mi amigo el pintor Rufino Velazquez...» ¡Ya lo oye usted... aquí!... Te espero en la confiteria de la Dulce Alianza...» ¡De la Dulce Alianza!... ¡Oh!... «Tomando un merengue y un vaso de agua... No firmo, porque demasiado conoces á quien te escribe...» (Volviendo á arrugar la carta.) ¡Ah!... ¡bribon!.... La lástima es que se se haya valido del anónimo. El sobre no puede estar mas claro. «Á doña Teresa de Palomino, calle del Burro...»

CHUL. ¿Y es usté su marío? ¡já! ¡já! El lance es chistoso.

ROQUE. Hágame usted el favor de no reirse y responda. ¿Ha visto usted entrar aqui una jóven de grandes ojos negros, talle esbelto, aire andaluz?...

CHUL. No puedo contestarle, caballero. Usté sabe muy bien, que en casa de un pintor entra tanta gente... (á ver trabajar...)

ROQUE. Y dígame usted .. Ese don Rufino ¿qué tal es?

CHUL. Sano de alma y cuerpo; nunca ha caido enfermo ende

que le vacunaron.

ROQUE. No pregunto semejante cosa; quiero decir, si es guapo.

CHUL. ¡Ay!... Perdone usté, caballero, lo que es para mí, todos los hombres son feos.

ROQUE. (¡Si fuese él!...) ¡Ah! ¡tio Chuleta, tio Chuleta!... ¡Soy muy desgraciado!... (Dándole un fuerte golpe en el hombro.)

CHUL. (¡Cuerno!... Este hombre es mas áspero que mi navaja de afeitar!

ROQUE. ¡Dichoso usted si su mujer no le ha engañado nunca!

CHUL. En cuanto á eso, creo que sí lo ha hecho; pero ha pasao ya tanto tiempo desde entonces!... Desfigúrese usted, que cuando la guerra de la Indipendencia nos hicimos dipindientes uno de otro, esto es, nos echaron las bendiciones, y lo que yo digo sucedió antes...

ROQUE. No haberse casado, amigo mio.

CHUL. ¿Y yo, qué sabia? ¿Hace uno por ventura al tomar estado lo que con las criadas antes de admetirlas? ¡Anda! ¡Anda! pues si fueramos á contar los que reciben gato por liebre!...

ROQUE. Ea, me voy, pero volveré.

CHUL. Usté es muy dueño... (de no venir.)

ROQUE. No diga usted á nadie que he venido. ¿Lo oye usted? ¡Silencio!...

CHUL. (Si piensa que voy á guardarlo mucho tiempo por una triste peseta...)

ROQUE. (Se dirige al foro, y vuelve inspirado de una idea repentina.) ¡Ah! Examine usted muy detenidamente á cuantas mujeres vengan á esta casa.

CHUL. Bien está.

ROQUE. ¡Es que si no!... (Le aprieta el brazo, le dá un golpe en la espalda, y se vá por el foro.)

ESCENA III.

CHULETA, despues RUFINO y LUIS.

CHUL. Qué bárbaro!... Está celoso, y cree soborniarme con treinta y cuatro cuartos.

RUF. (Sale con Luis del cuarto de la derecha.) Te digo, Luis, que eres muy necio... Robar á una mujer es cosa que trae malas consecuencias... eso se hace en las novelas, en los teatros; pero nunca en la vida real y positiva.

LUIS. Cuando te digo que no me queda otro recurso para ser dueño de Teresa...

RUF. No te canses, eres un loco de atar... Tio Paco, ¿ha venido alguien á verme?

CHUL. ¿Alguien?... Si, señor... Es decir, no, naide. (¡Probe don Roque! harto trabajo tiene con...)

RUF. ¿Y la señorita Rosa, tampoco?

CHUF. ¡Oh!... bien sabe usté que si hubiese venido, no le habria negao la entrá... Bonito genio tiene... ¡ya! ¡ya! Seria capaz de echar la puerta abajo. ¿Se le ofrece á usté alguna cosa, señorito?

RUF. No, puede usted irse.

CHUL. Es que si quié usté algo, mande con toda desconfianza, yo siempre estoy opuesto á servir... (Sale por el fondo.)

ESCENA IV.

DICHOS, menos CHULETA.

LUIS. ¡Qué bonachon es tu portero! (Dirigiéndose á Rufino, que se habrá colocado delante de su cuadro.) ¿Quieres un cigarro?

RUF. Bueno.

LUIS. (Dándole la petaca y mirando al cuadro.) Muy bien, chico, me gusta.

RUF. ¿De veras?

LUIS. Sí, no en balde te llamas Velazquez.

RUF. Gracias, amigo Luis. ¡Cuántos llevan apellido de personas ilustres, y sin embargo son la estupidez personificada!...

LUIS. Hé ahí un rasgo de modestia que te caracteriza.—Pero hombre, ¿todavia sigues prendado de la florista? Acuérdate de lo que te digo: esas relaciones tarde ó temprano te llevarán á la horca...

RUF. (Alarmado.) ¡Luis!

LUIS. Sí, á la horca donde se matan los gustos: asi llama un poeta al matrimonio. (Coge la petaca que le dá Rufino, y enciende otro cigarro.)

RUF. ¡Já, já! ¡qué cosas tienes. (Cogiendo la paleta.) ¿Qué quieres?—Rosa era mi vecina cuando yo tenia mi estudio en la calle de Toledo. Un dia que acababa de pintar unos cuadros por los que esperaba ir pensionado á Roma, caí enfermo, víctima de una fuerte calentura. En tal situacion, y falto ademas entonces de toda clase

de recursos, mi inutilidad era completa, asi es que todos mis amigos me abandonaron.

LUIS. Chico, yo estaba á la sazon en Toledo con mi madre...

RUF. Sí, pero yo que no tenia madre, ni en Toledo ni en ninguna parte, me hallaba en Madrid completamente solo, solo con mi grave dolencia, cuando la madre de Rosita (q. e. p. d.), agradecida á los favores que yo le habia dispensado, pasó con esta á mi cuarto á ofrecerme su asistencia.

LUIS. Y como las mujeres se pintan solas para cuidarnos...

RUF. Bien pronto el amor, reemplazado por la amistad perdida, fué el bálsamo que me dió el consuelo, la salud y la felicidad.

LUIS. Sí, pero Rosita tiene un carácter muy irascible...

RUF. (Pintando.) ¡Oh! en cuanto á eso, tienes razon, es una verdadera furia; pero me acuerdo de que tambien es huérfana; de que su pobre madre, momentos antes de espirar, me dijo que moria contenta confiando en que yo habia de ser el esposo de su querida Rosita, y en ese mar de dudas no hallo una tabla de salvacion.

LUIS. Haz lo que yo, no seas tonto. Coge la linterna de Diógenes, y échate á buscar, no lo que aquel gran filósofo, sino una mujer tan rica como mi Teresa... Hoy vá á venir y quiero que la retrates al daguerreotipo. pastel

RUF. No puede ser; ya es tarde, y ademas no ha salido el sol en todo el dia.

LUIS. ¡Cuántos inconvenientes! Entonces, al óleo... un boceto... En quedándote con una idea de su fisonomia, luego puedes .. Esa es la ventaja de los que, como tú, hacen á pluma y á pelo; con igual facilidad manejas el pincel que la cámara oscura.

RUF. Entonces me parezco á los médicos que curan á sus clientes lo mismo con sanguijuelas que con glóbulos homeopáticos, como...

LUIS. Como yo; ¿no es verdad? ¡Qué pillo eres! (Le estrecha la mano.) Y no obstante, los dos obramos cuerdamente, puesto que somos eclécticos. Pero...

RUF. Calla, que viene Rosa... Cuidado, sobre todo, con que se te escape ni una palabra de tu Teresa delante de ella, porque formaria mil calendarios, me llamaria infiel, traidor... y ¡Dios nos libre!

LUIS. Descuida.

ESCENA V.

LOS ANTERIORES y ROSA, que entra por el foro.

ROSA. Buenas tardes. Saludo al rey de mi corazon y de los pintores.

RUF. Dios guarde á la rosa sin espinas.

LUIS. ¡Siempre tan vivaracha!

ROSA. Siempre.

RUF. ¡Y tan humilde!

ROSA. Ya se vé que sí. ¿No es cierto, vida mia, que soy una malva?

RUF. ¡Oh!... aqui donde la ves, *es una malva*, ¡tan dulce, tan suave!...

ROSA. Solo que cuando este caballerito me hace rabiar ó me dá celos, bien le hago experimentar el poder de mis uñitas...

RUF. ¡Y tan bien como lo haces!

ROSA. Bien le doy sendos pellizcos...

RUF. Sí, chico; lo que es para eso se pinta sola, como todas.

ROSA. (Enfadada.) ¿Como todas, eh? ¡Habráse visto!...

RUF. (¡Ya empieza!) No, mujer; no hablo por experiencia; refiero lo que es público y notorio.

ROSA. (Á Rufino.) Me esperabas, ¿no es verdad, lucero mio? Apostaria cualquier cosa á que te enfadabas porque no venia... ¿No es cierto que te enfadabas?

RUF. Mira, pregúntale á Luis si no le estaba hablando de tí cuando entraste.

LUIS. Asi es; hace poco nos ocupábamos de usted.

ROSA. ¿Y le decia á usted que me adoraba, que se moria por mí? Vamos, sea usted franco, ¿no lo decia?

LUIS. Lo que es eso precisamente, no; pero una cosa que se parecia mucho...

ROSA. ¡Bah! ¡Qué tonta!... ¡á quién he ido á hacer esa pregunta!... Habia olvidado que son ustedes lobos de una camada...

LUIS. ¿Lobos? Muchas gracias por la comparacion.

ROSA. Los hombres se confabulan ustedes en seguida para engañarnos á las pobres mujeres.

LUIS. (Con sonrisa irónica.) Con efecto, ¡pobrecitas!

ROSA. Pero tú me quieres, ¿no es cierto?

RUF. Mucho...

LUIS. (Y aprisa para que se pase pronto.)

ROSA. ¿Y no dudas del cariño de tu Rosita? ¿No es verdad, Rufino?...

LUIS. ¡Calle!... ¿Ahora te llamas Rufino? Como siempre te he conocido por Antonio, tu segundo nombre...

ROSA. Si, pero á mí no me gusta.... ¡Antonio!... ¡puff... todos los mozos de café se llaman Antonios.—¿Sabes una cosa? ¡Estás de enhorabuena! Hoy se suspende el retrato. Estoy muy contenta, y no podria permanecer quieta un minuto, pero pasaré la tarde en tu compañia.

LUIS. (Bajo á Rufino.) ¡Hasta ahora sí que no nos ha fastidiado!...

RUF. (Bajo á Luis.) ¡Calla!...

ROSA. (¿Qué estarán hablando?) ¿Te incomodas porque me quedo?

RUF. No, mujer.

ROSA. Es que si te incomodas, dílo.

RUF. (Pasando al medio.) No, Rosita, nada de eso. (Á Luis.) Salgo, y me la llevo.

ROSA. ¿Habla usted en voz baja á ese caballero?... ¡Impolítico, mal educado! ¿Tienen ustedes acaso derecho para hablar cosas que yo no pueda oir? Si les estorbo, díganlo ustedes y me iré.

RUF. ¡Otra te pego!...

LUIS. Señorita, es usted muy susceptible.

ROSA. (Enojada.) ¿Yo, susceptible? ¡Desvergonzado!

RUF. ¡Por Dios, niña!...

ROSA. ¡Consiente usted que me insulten sus amigos!... (Dando golpes con el pié en el suelo.) ¡Es una infamia!... (Con explosion.) ¡Y no le manda usted que me pida perdon!...

RUF. (Á Luis.) Vamos, hombre, pídeselo. (Rosa se sienta en la banqueta.)

LUIS. ¿Yo? (Dirigiéndose corriendo al foro.) ¡Á buena parte vienes!

RUF. (Á Luis, bajo.) Por mí, Luis; te lo ruego.

LUIS. (Pasando junto á Rosa, dice con ironia.) Señorita, pido á usted perdon...

ROSA. Sí, perdon... ¿Se le ha figurado que porque un tonto como usted (Luis hace lo mismo que antes.) me diga esas cosas voy á darme por ofendida? Pues se equivoca de medio á medio.

RUF. (Interponiéndose.) ¡Vamos, haya paz!

LUIS. Chico, me voy. Tengo que dar tres lecciones de música como profesor de piano, y hacer otras tantas visitas como facultativo.

ROSA. (Este hombre es un cajon de sastre.)

LUIS. Con que hasta la vista. (No tardaré: espero que cuando vuelva, estarás solo.)

RUF. (¡Calla!)

ROSA. (Levantándose.) ¡Otra vez con cuchicheos!...

LUIS. (Saludando.) Señorita... (¡No hay duda: la niña es una alhaja!...) (Vése.)

ESCENA VI.

RUFINO y ROSA.

ROSA. ¿Sabes que no me gusta nada tu amiguito? Como pianista anda de ceca en meca y te lleva á todas partes; como médico, te enseñará á tomar el pulso, y cuando delante de tí se ponga mala alguna señorita... Vamos, no puedo ver á ese hombre.

RUF. Pero, hija mia: ¿no conoces que lo propio dices de todos mis amigos?... Hasta me prohibes hablar con los autores dramáticos, so pretexto de que conocen á las actrices...

ROSA. Con esos te lo permitiria, con tal que me dejases seguir la vocacion que tengo por el teatro... Porque has de saber que yo no he nacido para florista...

RUF. ¡Cómo! ¡Una *Rosa* no ha de servir para *florista*!

ROSA. ¿Por qué no quieres que salga á las tablas? ¡Vamos á ver!...

RUF. ¿Por qué?... Porque no me acomoda; ya lo sabes.

ROSA. (Quitándose la mantilla.) ¿Temes que haria muchas conquistas? ¿Pues qué, por ventura podria querer á otro amándote á tí, á un muchacho tan guapo?... (Observándole.) ¡Calla! ¡Calla!... ¡Te han cortado el pelo! ¡Me gusta! ¿No te acuerdas de que te lo he prohibido?

RUF. Tenia mucho calor, y...

ROSA. ¡Tambien te lo has rizado!... No dirás que eso lo has hecho por el calor...

RUF. Mujer, ¿quién por cuatro reales no se deja hacer esas dos operaciones?...

ROSA. Sí, sí: ¡algun proyecto traes entre manos! ¡Es claro!

¡Una cita! ¡Por eso has cuchicheado tanto con tu amiguito!..

RUF. ¡Otra!

ROSA. ¡Oh! Pues yo he de saberlo todo... ¡Te aseguro que como os sorprenda, he de armar una marimorena!...

RUF. (¡No ha de poder uno ni siquiera rizarse el pelo! ¡Es mucho cuento!...)

ROSA. (Viendo una levita que está sobre la banqueta.) ¡Hola! ¡Hola!... ¡Una levita nueva, y con forros de seda!... (Con tono trágico.) ¡Ah! ¡Rufino, Rufino, me estás engañando!

RUF. (Pasando á la derecha.) ¡Oh! ¡Esto es ya insufrible! Para que veas: esa levita queria estrenarla contigo esta noche en Capellanes.

ROSA. (Con alegria.) ¿Con que vas á llevarme al baile? ¡Ah! Perdóname, mono mio; perdona á tu corderita... ¡Cuánto vamos á bailar! Por supuesto, tú siempre conmigo: vals, polka, redowa... ¡Ay qué gusto!

RUF. (¡Jesus, qué mujer!...)

ROSA. Mira, ponte la levita: figurémonos que estamos ya en Capellanes, yo me siento aqui, y tú vienes á sacarme.

RUF. ¡Otro caprichito!... Habré de acceder á él, porque si no será capaz de escandalizar la vecindad... (Accede á su pesar á los deseos de Rosa; hace lo que esta le ha dicho, y ambos se ponen á bailar, hasta que el tio Paco, despues de entrar tarareando por el foro, y de danzar un poco tambien, se queda en una postura graciosa.)

ESCENA VII.

LOS MISMOS y CHULETA.

CHUL. (Con dos cartas en la mano.) Señorito, aqui traigo estas dos cartas que le han dao á mi mujer pa usté.

RUF. Bien. (Bajo al portero.) (¡Torpe! ¡Delante de ella!...)

CHUL. (Á media vez.) Como no la he visto subir...

ROSA. ¡Eh! ¿Qué es eso?

CHUL. Naa: le estaba preguntando al señorito si queria comer aqui.

RUF. (Pasando al lado de Rosa.) No, no; voy á salir.

CHUL. (¡Oh!... ¡Si mi Casilda me tratase á mí como este arrapiezo trata á mi señorito!... (Váse murmurando.)

ROSA. (Viéndole salir, y pasando á la izquierda.) (¡El demonio del

carcamal!) ¿Qué no lees las cartas?

RUF. (Arreglando los pliegues del maniquí.) ¿Para qué? Ya sé sobre poco mas ó menos lo que contienen... Serán de unos amigos que han ofrecido darme varios asuntos para cuadros de composicion...

ROSA. Sí; ó de chicas que te darán citas... ¿Quieres que te las lea?

RUF. Deja: no te incomodes. (Abre la carta y lee. Rosa se pone detrás de él, asomando la cabeza por encima de sus hombros.) «Querido Rufino: Cumpliéndote lo prometido, te reco»miendo como asunto para un cuadro histórico, no »tratado hasta ahora por nadie, el acto de disparar »Guillermo Tell la flecha á la manzana puesta sobre la »cabeza de su hijo.» ¡Vaya una novedad, que todo el mundo está harto de ver!... (Vuelve al maniquí.)

ROSA. (Siguiéndole.) ¿Y la otra?

RUF. (Pasando á la izquierda.) Has de saber que Guillermo Tell fué uno de los primeros jefes de la revolucion suiza del año mil trescientos siete...

ROSA. (Siguiéndole.) Bien, dále un caldo. ¿Y la otra?

RUF. ¿No has oido nunca cantar: «Guillermo Tell, hombre inmortal?...»

ROSA. (Con explosion.) Pero ¿y la otra?

RUF. ¿Qué otra?

ROSA. La carta.

RUF. ¡Ah! Tienes razon: ya se me habia olvidado.

ROSA. Pues á mí no.

RUF. (Leyendo la carta.) «Muy señor mio: Mi hijo, de quien hablé á usted...»

ROSA. No dice eso: «¡Mi hija!...» Bien claro está: «Mi hija...»

RUF. Es verdad. «Mi hija, de quien hablé á usted ayer, es »rubia, con ojos azules, tiene diez y siete años, y aun»que me esté mal el decirlo, es, á pesar de su corta »edad, lo que se llama una buena moza. Si con estas »circunstancias le conviene á usted para *modela...*» ¡Yo lo creo que me conviene: vaya! Justamente eso era lo que buscaba para acabar mi gran cuadro.

ROSA. (Deshaciéndose en llanto.) ¡Ay, ay, ay!

RUF. ¡Dále, bola! ¿Pero á qué viene ahora eso?

ROSA. (Id.) Vas á tomar un modelo hembra. (Sentándose en la banqueta.) ¡Ay, ay, ay! ¿No tienes ahí esos dos muñecos?

RUF. Mujer, un maniquí no sirve mas que para estudiar en él

las posturas y ropajes, y yo necesito copiar el natural, dibujar el desnudo...

ROSA. (Llorando.) Y á mí no me gustan esas tonterias; quiero que copies al vestido.

RUF. Pues bien, yo ahora necesito trabajar, y si no estan demas los pinceles.

ROSA. (Levantándose y pasando á la izquierda.) ¡Corriente! ten los modelos que quieras, pero no volverás á verme el pelo... Y no creas que me la pegas, no: la modela que te propone esa mujer la conoces, es otra novia que te has echado... y con la que pensabas ir á Capellanes... ¡Ah! ya hace tiempo que no eres conmigo lo que antes... Esos cuchicheos con Luis... (Con rabia.) Sí, hablabais de esa mujer; no me cabe duda, hablabais de esa mujer.

RUF. (Sentándose en la banqueta.) Está visto; te has vuelto loca; has perdido hasta el sentido comun.

ROSA. ¡Asi me tratas! ¡monstruo! ¡pérfido! Pues bien: si me quito la vida tú tendrás la culpa, y me moriré... ¡vaya si me moriré!

RUF. ¡Toma! cuando Dios quiera.

ROSA. (Corre hácia la ventana y la abre de par en par.) ¿Si? pues ya verás.

RUF. (Haciendo un movimiento de terror y levantándose.) ¡Dios mio! ¡qué vas á hacer!

ROSA. (Sacando la mano fuera de la ventana, dice con voz natural.) ¡Calla! ¡está lloviendo!... y no he traido paraguas!...

RUF. (¡Bestia de mí!... Siempre me dejo engañar!...)

ROSA. (Volviendo hácia él.) No, no me tiro. En primer lugar, porque te alegrarias, y en segundo, porque no lo mereces; pero me voy, me marcho para siempre. (Se dirige al foro y vuelve.) ¿Lo oyes? para siempre.

RUF. Bueno, bueno, anda bendita de Dios.

ROSA. Cuando yo vuelva aqui!... Maldita sea la casa y...(Sale corriendo por el foro, volcando un cajon que hay en una silla á la derecha de la puerta de entrada, y esparciendo por el suelo las estampas que aquel contiene. Óyese despues fuera un gran ruido de cristales.)

ESCENA VIII.

RUFINO, despues CHULETA.

RUF. (Enjugándose con un pañuelo el sudor de su frente.) ¡Oh! ¡esto es atroz! ¡Y todavia hay hombre que quiera á las mujeres!... Pero si soy tan bestia que la quiero con toda mi alma. ¡Oh! no; lo que es esta vez!...

CHUL. (Entra por el foro.) ¡Ay, señorito! Doña Rosa, de paso que se ha marchao, ha roto dos cristiales de la ventana de la escalera.

RUF. Bien, ¿y qué?

CHUL. Que cuestan diez reales.

RUF. Téngalos usted.

CHUL. Muchas gracias, señorito... yo lo siento... Son para el casero... (Reparando en los grabados, los recoge y pone en su sitio.) ¡Hola! parece que el huracan ha entrao por esa ventana...

RUF. ¡Bueno! que tire, que rompa... Tio Paco, si vuelve otra vez á poner los piés en esta casa, la dirá usted que no estoy...

CHUL. Será usté obedecío:

RUF. Y no la dejará usted entrar.

CHUL. Bien, señorito... si puedo. ¡Oh! cuánto me alegro de que haya usted rompío con ella.—Cuando yo era jóven, no me gustaban mas que las mujeres de alto copete... porque con las modistas... con esa clase de gente, pierde uno el tiempo y la pacencia... (Con orgullo.) y hasta se rebaja...

RUF. ¡Ah! ¡se me olvidaba! Don Luis vá á venir con una jóven... Corra usted á la fonda inmediata y mande traer una comida de tres cubiertos... Que sea bien buena, y abundante. (Se sienta junto al caballete.)

CHUL. Voy volando. (Con cierto orgullo.) (¡Oh! ¡Por qué no habré yo nacido préncipe!...) (Váse por el foro.)

ESCENA IX.

RUFINO, despues LUIS.

RUF. ¡Bonito tengo el pulso!... ¡Cá! es imposible pintar... Un

artista no deberia enamorarse...

LUIS. ¡Ah! ¿estás aqui? Me alegro... ¿Solo? ¡Gracias á Dios!...

RUF. ¿Y Teresa?

LUIS. Ya vendrá :. tiene que aguardar á que se vaya el cancerbero de don Roque... (Mirando á su alrededor.) Pues... ¿y Rosa?

RUF. (Levantándose) ¡Oh! ¡no me hables de ella! ¿No sabes lo que ha pasado?... ¡Mejor será callar! Baste decirte que hemos tronado para siempre. (Recalcando la frase.) *Yo te aseguro que mientras viva no volverá ella á pisar el estudio de Rufino Antonio Velazquez.*

ESCENA X.

DICHOS, ROSA, que entra corriendo por el foro, mirando al suelo en busca de alguna cosa y sin decir nada; luego CHULETA.

LUIS. (¡Adios, mi dinero!...)

RUF. (¿Qué hace?)

ROSA. (Pasando á la derecha.) Perdone usted, caballero; salí de aqui con ánimo resuelto de no volver; pero me he dejado una aguja de la mantilla, y no hay para qué regalársela á usted...

LUIS. (Ya la estaba viendo venir.)

RUF. ¡Y vuelve usted por una triste aguja!...

ROSA. Si, señor; cada uno quiere lo suyo... ¿Y he de descomponer el par porque á usted se le antoje? Ademas... era muy grande...

LUIS. (¡Seria alguna aguja de ensalmar!...) (Se sienta.)

ROSA. (Que rabien; no me he de ir.) Creo que aqui estuve sentada. Á ver: levántese usted. (D. Luis se levanta y se aleja.)

LUIS. (Bajo á Rufino.) No hagas caso; algun pretexto...

RUF. (Id. á Luis.) El caso es que vá á venir tu Teresa y...

LUIS. (Recogiendo del suelo un alfiler pequeño, que presenta á Rosa.) ¿Será esto?

ROSA. ¡Eh! no sabe usted lo que se pesca. ¡Busco una aguja de mantilla, un alfiler grueso... y me presenta usted uno de toca de monja!...

LUIS. Dispense usted, señorita: como no estoy muy fuerte en punto á quincalleria...

ROSA. Es usted muy torpe: no entiende usted ni la aguja de marear...

LUIS. En cambio usted es maéstra....

ROSA. (Á Rufino, pasando á su lado.) Veo que le incomodo á usted, y lo siento; pero no puedo quitarme de en medio hasta que parezca mi aguja. (Pasa á la izquierda.)

LUIS. (Bajo á Rufino.) No la vá á encontrar en todo el dia...

CHUL. (Entra bruscamente por el foro.) Señorito, ya está encargada la comilona.

RUF. (Bajo á Chuleta.) ¡Calle usted, imbécil!

CHUL. (Viendo á Rosa.) (¡Ah! ¡ya caigo!... ¡está aqui otra vez la rompe-cristales!)

ROSA. (¡Van á tener un banquete!... ¡Oh! yo he de averiguar...) (Echa á andar y finge dar un mal paso.) ¡Ay! ¡ay! ¡Dios mio! no puedo andar. (Se deja caer sobre una silla.)

RUF. ¿Qué ha sido eso?

ROSA. ¿No tiene usted ojos? ¿No ha visto usted que me he torcido un pié? ¡Ay! ¡ay! ¡qué dolor!

CHUL. ¡Algun mal paso! ¡Se dan tantos en esta vida!...

LUIS. Que vaya el tio Paco á la botica de enfrente por un poca de agua de vejeto.

CHUL. ¿Cuánto traigo?

LUIS. Cuatro cuartos...

CHUL. (Molidos tengo los mios de tanto subir y bajar.)

ROSA. No... no es necesario...

LUIS. ¿Quiere usted que la tome el pulso?

ROSA. Gracias; no se incomode usted.

LUIS. Portero, vaya usted por una docena de sanguijuelas.

ROSA. Es inútil; póngaselas usted por mí.

CHUL. (¡No es ella mala sanguijuela!)

LUIS. Entonces unos paños de árnica y unos glóbulos de...

ROSA. Vaya usted á paseo con sus globulitos.

LUIS. (Bajo á Rufino.) Chico, segundo pretexto...

ROSA. Creo que descansando un poco y no moviéndome...

LUIS. (Te veo... quedar.)

RUF. (Bajo á Chuleta.) Si viene una jóven, haga usted por que Rosa no la vea...

CHUL. (Id. á Rufino.) Entiendo.

LUIS. (Id. á Chuleta.) Le convienen unos pediluvios: si no hay pozo en casa, zambúllala usted en la tinaja...

CHUL. (Id. á Luis.) ¿Con que unos pedirrubios, eh? No la vendrian mal.

ROSA. (Á Rufino, que se pone el sombrero.) ¿Vá usted á salir?

RUF. Si, tengo que hacer... ¿Vienes, Luis?

ROSA. (¡Que no pueda yo averiguar adónde van!)

LUIS. (Sonriendo.) Señorita, que usted se alivie... (Á Rufino, que, compadecido de Rosa, quiere correr á auxiliarla.) ¡Anda, tonto! ¡Cuándo escarmentarás!... (Vánse los dos por el foro.)

ESCENA XI.

ROSA, CHULETA, escondido detrás del caballete: luego un MOZO de fonda.

ROSA. (Levantándose precipitadamente.) Yo he de saber lo que van á hacer... (Dirigiéndose al foro con presteza.) Nadie ha de decir que me han engañado, que se han burlado de mí...

CHUL. (Saliendo del escondite y riendo.) ¡Hola! ¡hola! ¡la cojita!

ROSA. (¡Maldito vejestorio!...)

CHUL. (¡Qué pez es la niña esta!...)

ROSA. ¡Oh! no puedo vivir asi... Ese pillo de don Luis le ha echado á perder... Le juro que me las ha de pagar... Despues, cuando coja á Rufino por mi cuenta le he de acribillar á pellizcos; en seguida me bebo dos cuartos de aguardiente mezclado con otros dos de fósforos, y luego...

CHUL. Al campo santo. Mas le valdria á usted comerse los mistos y darme á mí el aguardiente pa que la acompañara en el sentimiento...

MOZO. (Entra por el foro con una banasta sobre la cabeza.) Aqui está la comida que me han mandado traer. (Pone la cesta en el suelo.)

ROSA. ¿Comida tenemos? Eso es otra cosa: entonces me quedo.

CHUL. (¡Canario! no me han dao destrucciones pa este caso... ¡Bah! no las nesecito.) Corriente: póngalo usted todo encima de esta mesa. (La coloca en medio del cuarto.)

MOZO. (Sacando los cubiertos.) Uno, dos y tres cubiertos.

ROSA. (Pasando al lado de Chuleta.) ¡Cómo! ¿tres?

MOZO. Los que me han hecho traer, señorita...

ROSA. ¡Claro es! aguardaban...

CHUL. No tal; no aguardaban á naide, sino que como hace dias que el señorito tiene un hambre canina... ¡Usted no sabe lo que come un pintor cuando tie apetito!...

ROSA. ¡Me lo querrá usted decir á mí!...

CHUL. Pues bien... la verdad... Yo he sido quien he mandado traer tres cubiertos, porque como don Rufino nos dá á Casilda y á mí lo que sobra, he dicho: «*aliqui chupatis*...»

ROSA. Sí, sí; á otro perro con ese hueso. (Pues no pretende pegármela ese viejo chocho!...)

MOZO. Ya está.

ROSA. (Examinando al mozo.) (¡Parece muy jóven!... Y no es feo!... ¡Si será alguna mujer disfrazada! ¡tal vez la que esperaban!...

MOZO. Me parece que los señoritos quedarán contentos. (Aparta á un lado el caballete y sale por el foro llevándose el cesto.)

ROSA. (¡Y tiene la voz atiplada!...) (Mirando los platos.) Nada falta: es una comida en regla. (Me viene de perilla: justamente estoy desde esta mañana con cuatro buñuelos de á ochavo y un mondadientes...) (Se sienta á la mesa.)

CHUL. Esta silla pa don Rufino... ¡Cómo! ¡se sienta usted á la mesa! ¡Yo creia que iba usted á comprar los fósforos!...

ROSA. Lo mismo dá: quiero morirme de un atracon.

CHUL. ¡Ay, señorita! ¡cuánto daria yo por morirme con usted de esa manera!...

ROSA. Pues acompáñeme usted... sin reparo... (Asi luego le echaré la culpa.)

CHUL. Una vez que usted se empeña... (Yo les diré que ha sido ella...) (Se sienta.)

ROSA. (Comiendo.) ¡Riñones de ternera!... ¡Cómo me gustan!... ¡Y cangrejos! me muero por ellos.

CHUL. (Id.) Y yo tambien: con que, muriéndonos, conseguimos nuestro ojeto. Veo que tiene usted una concencia muy ancha! ¡too la gusta!... Cuando vuelva el señorito se dará por muy contento si encuentra alguna miga de pan en el mantel...

ROSA. Que tenga paciencia.

CHUL. ¡Qué rica es esta chuleta!... Yo tambien estoy desesperado, señorita; tanto que por comer, me estoy engullendo mi propio apellido.

ROSA. Un hombre á quien queria mas que á las niñas de mis ojos, y que en pago me engaña, me hace desgraciada!... ¡Porque ha de saber usted, tio Paco, que soy una jóven muy desgraciada!... (Come.)

CHUL. Sí, pero la desgracia no le quita á usted el apetito...

ROSA. Hay dias en que de buena gana me tiraria al canal. (Mojando pan en la salsa.) ¡Ay, tio Chuleta! mas vale una vuelta por aqui, que ciento por el Prado.—Vaya un trago.

CHUL. ¿Para usted?

ROSA. No; jamás he probado el vino, y me haria daño.

CHUL. ¡Eh! poco veneno no mata: esto fortifica el estuérgamo y ayuda á la indigestion... El agua cria ranas... Sin embargo, si quiere usted, iré por ella á la tinaja.

ROSA. No, no. Vaya; eche usted un dedo... Pero, hombre, ¿qué hace usted! Le he pedido un dedo... asi. (Poniendo el índice horizontal.)

CHUL. Perdone usted, señorita: como yo los bebo de otro modo... (Poniéndolo perpendicular.)

ROSA. (Despues de dar un sorbo.) ¡Uff! ¡esto abrasa! ¡Usted, tio Paco: beba usted á mi salud... pero no á la de ese bribon!...

CHUL. (Vertiendo vino para sí.) Pierda usted cuidao: beberé *para* la mia. (Bebe.)

ROSA. ¡Ah! ¡qué malos son los hombres!...

CHUL. Tiene usted razon; ¡son muy malos!

ROSA. (Tira la servilleta, se levanta y pasa á la derecha.) Vea usted: ya se me ha quitado la gana.

CHUL. Yo lo creo: dempues cá llenao la andorga...

ROSA. ¡Ha salido con Luis!... ¡Quizá estarán jugando al billar!... Voy á recorrer todos los cafés de Madrid. Pero ¿cómo? ¡sola! ¡Qué dirian de mí!... ¡Dios mio, si yo me vuelvo loca! si no hago mas que cabilar... (Metiéndose un gran pedazo de chuleta en la boca.)

CHUL. (Y comer.)

ROSA. ¡Oh! ¡yo he de dar con el pérfido!... he de matar á ese bribon de don Luis... (Envolviendo todos los cangrejos en un papel y guardándoselos en las faltriqueras del vestido.) Tio Paco, diga usted á don Rufino que no le volveré á ver mas... (Se dirige al foro.)

CHUL. (Él sí que no verá los cangrejos...)

ROSA. ¿Lo oye usted? ¡que no!

CHUL. Bien, pero se lleva usted los cangrejos...

ROSA. ¡Que no, y mil veces no! (Váse.)

ESCENA XII.

CHULETA solo, mirando lo que hay en la mesa.

¡Cómo que no!... ¡si no deja ninguno!... ¡Y á mí que me gustan tanto esos animalillos dende que he sabido que andan hácia atrás!... Afortunamente no se ha comío los

riñones: los acabaré y asi cubriré los mios... Eso es: lo del pobre: antes reventar que sobre. (Se pone á la mesa de espaldas al foro: come y bebe poco á poco hasta emborracharse.) Despues, si me regañan, diré que esa rompe-cristiales ha cargao con lo que no pudo comerse... Bien mirao, eso de casarse un hombre con una mujer... (Bebe.) que no le proporciona á uno mas que disgustos!... (Riendo.) ¡Hi! ¡hi! ¡hi!... No sé por qué, pero ello es que en los hombres no encuentro defleutos, y en las mujeres no veo otra cosa... Las mujeres al fin... son... (Come.) mujeres. Hasta ellas mismas no quieren ser prefectas: hombre... cuando la na... (Bebe.) turaleza no las dá lunares... se los ponen postizos... dígalo si no mi antigua novia la vizcondesa... Por cierto que era vizca... ¿Si la llamarian vizcondesa porque vizcaba los ojos?... ¡Jesus! cuántas barbaridades estoy echando por esta boca!... Deberian ahorcar á tó el que hablase mal de las mujeres. (Se levanta.) Si habré cogido alguna chispa y no me lo dejará conocer el vino... ¡Já! ¡já! (Al pavo.) Estáte quieto... Entonces, seré lo que se llama un hombre *de chispa*... ¡Já! ¡já!... Metamos aqui las penas. (Bebe.) ¡Me gusta! ¡Pues no me está haciendo señas ese pavo pa que me lo coma!... Mas tarde, amigo, mas tarde... ¡Pero, hombre, es posible que estos animales, cuando los ceban, se traguen con cáscara y tóo las nueces, y yo, que tengo esta (Señalando la laringe.) hace sesenta años, aun no he podido lograr que pase de aqui!... ¡Já! ¡já!... (Bebe. Vuelve á sentarse y canta.)

Cartas son cartas,
papeles son papeles...

ESCENA XIII.

CHULETA y TERESA, que entra por el foro con timidez y precaucion, sin reparar en aquel.

TER. Sí; aqui debe ser... Este parece un taller de pintor... Justo; he acertado.

CHUL. (Ha reclinado en la mesa el brazo derecho y apoyado sobre este la cabeza en disposicion de dormir, y sigue cantando.)

Cartas son cartas,
palabras de mujeres

todas son falsas.

TER. (Volviéndose.) ¡Aquí hay gente!... (Acercándose á Chuleta.) Caballero... (Alzando mas la voz) Caballero...

CHUL. (Levantándose como asustado.) ¿Quién caballerea por ahí? (¡Una jóven!... Sin duda es la que mi amo espera.) (Saluda.)

TER. (¿Será el pintor de que Luis me ha hablado?) Perdone usted, caballero; ¿no vive aqui don Rufino Velazquez?

CHUL. Sí, *señorita*... (Es muy guapa; debe ser doncella.) ¿Presumo que será usted la *señora* á quien aguarda? (Pues es casada, que le abulta mucho el morriñaque... ¡Es particular! ¡Se dá un aire á la vizcondesa!...)

TER. ¿No está en casa?

CHUL. No, señora... (Trae vestio negro; paece viuda: á esta ya se le ha muerto su difunto...) Salió hace un rato con un amigo suyo...

TER. ¡Ah! sí; con un tal...

CHUL. Don Luis Batuta, profesor de música y médico.

TER. ¡Ya! (¡El mismo!) ¿Y por qué no me han esperado?

CHUL. Porque han salio... han tenido que hacer una negligencia precisa; pero el señor don Rufino me ha encargado mucho que si venia gente se incultase usté.

TER. (¡Oh! sí; es necesario tener prudencia... Si alguno me viese aqui...)

CHUL. ¿Está usté hablando aparte, como el otro?

TER. (Viendo el maniquí.) ¡Ah! ¡Dios mio!...

CHUL. (Pasando junto al banco.) ¡Já! ¡Já! No tema usted... ¡Esa mujer es muy calláa... ¡es un monigote! (Riendo.) ¡Hi! ¡Hi! ¡Hi!

TER. (Mirando á todas partes.) ¡Ah! ¡Cuántas figuras!... Las hay muy bonitas: ¿puedo verlas?

CHUL. Sí, señora; pero en seguida cierre usted los ojos...

TER. ¿Por qué?

CHUL. Porque estan en cueros como nuestro padre Adan... aun no ha venido el sastre...

TER. (Reparando en un lienzo colgado á la izquierda de la puerta del fondo, y en el cual hay un hombre con cabeza de ciervo.) ¡Calla! ¡un ciervo! ¡qué bonito!

CHUL. Efectivamente... está hablando; pero no vaya usted á creer que es un ciervo como otro cualquiera. (Ese pavo se ha empeñado en seducirme: ahora me está guiñando el ojo.) Segun he oido decir al señorito varias veces,

fué un jóven muy desgraciado, llamado Chaqueton... ó Acteon, que habiendo salido un dia de caza, ejercicio á que parece era muy inficionado, llegó al sitio donde se bañaba una tal doña Ana... ó... doña Diana. El muy curioso la miró, no sé si con anteojos ó sin ellos, y la muy pícara le convirtió en ciervo, haciendo que sus propios perros, desconociéndole, le despedazaran!

TER. (Subiendo á la derecha y mirando los cuadros.) ¡Pobrecillo!

CHUL. ¡Ah, señorita! Pues si á ese venao le compadece usted, ¡á cuántos tendrá que hacer lo mismo!... (Mirando lo que hay sobre la mesa.) ¡Hola! acinutrias, digo, aceitunas... Pa Casilda. (Se las mete en el bolsillo.) ¡Pobre pavo! Me dá lástima dejarle solo... Adentro con él. (Se lo guarda.) Señorita, tengo el honor... (De llevarme este pavo... Es singular: ya no se parece tanto á la vizcondesa...) (Váse por el foro dando traspiés.)

ESCENA XIV.

TERESA, sola.

¡Qué hombre tan extravagante! Pues señor, héme aqui sola, en casa de uno á quien apenas conozco... Si por casualidad me sorprendiese el bueno de don Roque... ¡tan celoso como es!...

ROSA. (Desde fuera.) Le digo á usted que quiero subir y subiré.

CHUL. (Id.) Pero, señorita, si no hay nadie.

ROSA. (Id.) Miente usted. (Se oye el ruido de un cerrojo.)

CHUL. (Id.) ¡Ay, ay, mi carrillo!

TER. (Asustada.) ¡Dios mio! oigo ruido... alguien viene... ¿Dónde me esconderé? (Viendo la segunda puerta de la derecha.) ¡Ah! en este cuarto... y para mayor seguridad, echemos la llave. (Se mete en el cuarto.)

ESCENA XV.

ROSA, despues CHULETA.

ROSA. (Sola. Entra por el foro en el momento de cerrar Teresa la puerta.) ¡Ah! ¡Una mujer se ha escondido en esa pieza. (Se dirige corriendo á la puerta.) ¡Y ha cerrado con llave!...

¡Maldicion!!!... ¡Ha hecho usted bien, señora!... pero yo le aseguro que en cuanto salga... (Vá á la izquierda del foro, coge un tiento y se pone en guardia.) Uno, dos, tres... ¡pum! (En este momento Chuleta, que entra por el fondo, recibe un golpe en la espalda.)

CHUL. (Dando gritos.) ¡Ay, Dios mio! ¡mis huesos!...

ROSA. (¡Chúpate esa, viejo infame!)

CHUL. (Gritando.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Casilda! Casilda... prepara una cataplasma para tu pobre Chuleta. (Váse.)

ROSA. (Tirando al suelo varios trastos.) ¡Guerra á muerte á todo lo que se me presente! ¡Que no quede títere con cabeza!—¡Como le pillase con ella!... ¡Ah! entonces mi venganza seria completa. Pero, ¿cómo me quedaria aqui sin ser vista? (Mira á todas partes.) ¡Ah! ¡este monigote!... Me pondré en su lugar... El velo que le cubre me tapará perfectamente. ¡Magnífico! (Coge el maniquí.) Pero, ¿dónde le meteré? (Viendo la puerta de la derecha.) ¡Ah! si, en este cuarto... (Sacudiendo el maniquí.) ¡Oh! ¡señora! ¡Cuánto pesa usted! Ahora, disfracémonos... (Entra en el gabinete de la derecha con la vestal. Durante esta escena, la noche se irá aproximando poco á poco. D. Roque entra con precaucion por el foro.)

ESCENA XIV.

D. ROQUE, luego ROSA.

ROQUE. (Mirando á todos lados.) ¡No hay nadie!... Me he escurrido sin que me atisbaran los porteros .. Creo que estaban cenando... Mi mujer ha salido de casa y aun no ha vuelto... ¡Oh! ¡Aqui debe estar, sí; aqui es donde le han dado la cita!... Juro no irme hasta que la encuentre... ¡Oh! ¡Teresa! ¡Teresa! ¡Si es cierto!... Si á estas horas!... he de beber tu sangre... me vengaré, sí... ¿cómo?... no lo sé, pero me vengaré...

ROSA. (Sale del gabinete de la derecha, en traje de vestal.) ¡Silencio, caballero, mas bajo!

ROQUE. (Huyendo asustado.) ¡Eh! ¿Qué es eso? ¡El maniquí!...

ROSA. (Alzándose el velo.) No, señor; una mujer celosa que ha ocupado su lugar para confundir al traidor...

ROQUE. ¡Cómo!

ROSA. He oido desde dentro lo que ha estado usted diciendo...

Usted busca á su esposa, y está aqui...

ROQUE. (Pasando á la derecha.) ¿Dónde, dónde? Responda usted.

ROSA. Creo que se ha escondido en ese cuarto.

ROQUE. ¡Oh! ¡rabia! (Se dirige á la puerta de la habitacion en que está Teresa.)

ROSA. Está cerrada con llave.

ROQUE. No importa; la derribaré.

ROSA. Si estuviese segura en hora buena; pero no he visto entrar á nadie, y... Tranquilícese usted... Para sorprenderla haga usted lo que yo... ocúltese usted...

ROQUE. Sí, excelente idea; pero ¿en dónde? ¡Dios mio! ¿en dónde?

ROSA. (Señalando la armadura.) Mire usted, aqui. Póngase usted este casco y [illegible], y podrá verlo todo sin ser visto.

ROQUE. (Examinando la armadura.) ¿Cree usted que cabré? ¿No vé usted que soy muy grueso? (Mientras se disfraza, se oye á Chuleta hablar con Casilda en la escalera ó cantar unas seguidillas.)

ROSA. (Ayudándole á poner la coraza.) ¡Eh! Aun podrian meterse dos como usted.... Despáchese usted... pueden venir...

ROQUE. Ahora las botas... el casco... (Acaba de ponerse la escarcela con el auxilio de Rosa.)

ROSA. ¡Qué diablos de hombres!... ¡no tienen maña!... ¡No saben ustedes hacer nada!... (Despues de ponerle el casco.) ¡Ea! Ya está... Tenga usted esta maza en la mano. (Se la dá.)

ROQUE. Yo no quepo aqui... yo me ahogo...

ROSA. Pues es preciso, si no...

ROQUE. Yo revien... (Rosa le baja la visera y no le deja concluir.)

ROSA. Mejor... ¡Chist! Ya suben por la escalera... no se menee usted.

ROQUE. ¡Ah! ¡pérfida Teresa!...—Aqui no se puede estar...

ROSA. Paciencia, amigo mio... (Corre á colocarse sobre la banqueta.)

ESCENA XVII.

LOS MISMOS y CHULETA, que entra por el foro con una vela apagada, un candelero y fósforos. Es completamente de noche.

CHUL. ¡Ni un alma!... Ni la de cántaro de esa alborota-pueblos... Se conoce que se ha ido mientras mi mujer me

daba las friegas... Casilda cree que la ha visto salir... Por esa parte ya no hay cuidao... Pero ¿y la otra? ¿la señora que esperaban?... No puede haberse marchao...

ROSA. (¡Pobre de ella!...)

ROQUE. (¡Es Teresa, no hay duda!)

CHUL. (Volviendo asustado la cara á derecha y á izquierda.) ¿Eh?... ¡Es extraño!... Se me figuraba haber oido... ¡Oh!... El estudio de un pintor es muy bonito de dia... cuando hace sol... ¡Pero de noche, esos monigotes me dan un miedo!...

ROSA. (¿Si? ¡pues ya me las pagarás, viejo taimado!) (Se levanta y se pone de pié sobre la banqueta.)

CHUL. (Enciende la luz, que habrá puesto sobre la mesa.) ¡Calle! ¡se ha puesto de pié!... Juraria que antes estaba sentao, ó mas bien tumbao á la bartola... ¿Cómo diablos?...

ROQUE. (¡Cuerno, cómo pesa esto!) (Pasa la maza á la otra mano y la apoya en el suelo junto á los pies de Chuleta.)

CHUL. (Huyendo.) ¡Ay! ¡ay! ¡Ese burro ha pasao la cachiporra á la otra mano! (Se vuelve y vé á Rosa y á D. Roque que ocupan sus primitivas posiciones.) ¡Si no se han meneao!... ¡Já! ¡já! El vino me hace ver visiones... sospecho que he bebio un poco... (Retirando la mesa á un lado.) ¡Hola! ¡hola! ¿todavia hay mas? Á ver si cobramos fuerzas... (Coge la botella y bebe.) No hay cosa como la uva esprimia pa quitar la medrana. Por mas que hago, no puedo olvidar la guerra que me ha dado esa rapazuela. ¡Ah! ¡perra!

ROQUE. ¡Ah! ¡perra!

CHUL. (Dejando de repente la botella.) ¿Eh?—¡Han hablado! ¡Bah! será el eco... Fumemos. (Se acerca á la mesa, saca del cajon un cigarro y se pone á fumar.) Si me viese el señorito, quizá me llamaria ladron...

ROSA. ¡Ladron!!!

CHUL. ¡Esto ya pasa de raya! ¡Han hablado otra vez! ¿Si habré yo pecao y serán los diablos que vienen ya por mí?

ROSA. ¡Siiiii!!!

CHUL. (Dá un salto.) El hombre de hierro estornudó.

ROQUE. ¡Noooó!!! (Al decir esto, apaga y tira al suelo la vela que Chuleta acercó para examinarlo.)

CHUL. ¡Dios mio! ¡qué es esto! ¡Ladrones! ¡ladrones!... ¡Ay! ¡ay! ¡socorro!... ¡á la guardia!...

ESCENA XVIII.

LOS ANTERIORES y RUFINO, que entra precipitadamente por el foro.

RUF. ¿Qué voces son esas? ¡Mi cuarto á oscuras!... ¡Portero! ¡portero! (Enciende un fósforo y con él la vela, poniéndola sobre la mesa.)

CHUL. (Corriendo al lado de Rufino y abrazándole.) ¡Ay, señorito!... las muñecas de usté se menean... El guerrero tiene un constipao atroz... ha dejao caer la cachiporra, y me ha aplastao veinte callos... Esa bestial ó vestal, parece que tiene azogue... los dos charlan como cotorras... yo pensaba que los automátes no se movian ni hablaban!...

RUF. (Examinando á Rosa.) ¡Pero hombre! ¿está usted borracho?... (¡Sin embargo, ese pié... sí... es el de Rosa!... ¡Ah! ¡se ha puesto ahí para espiarme! ¡esto es atroz!...)

ESCENA XIX.

LOS MISMOS, LUIS, despues TERESA.

LUIS. ¡Victoria! ¡victoria! ¡Teresa es mia!...

ROQUE. ¡Ah! ¡tunante!... (Trata de dar un paso y cae sobre Chuleta.)

CHUL. (Gritando.) ¡Ay! ¡ay!... Pero, señor, ¿qué le habré hecho yo á este muñeco? (Haciendo esfuerzos para levantarle y quitándole el casco.) ¡Calle!... ¡este es el de la peseta!...

LUIS. ¡Don Roque!...

ROQUE. (Pasando al lado de Rufino.) Sí, yo, que vengo por mi mujer para matarla... ¡Está aqui!...

RUF. Se equivoca usted, caballero.

ROQUE. Le digo á usted que me entregue á Teresa.

TER. (Saliendo del cuarto de la derecha.) Y Teresa se echa á los pies de su tio, pidiéndole perdon.

ROQUE. ¡Qué veo! ¡Teresa! ¡mi sobrina!... Luego la carta que ha recibido mi mujer...

TER. Me la escribió á mí don Luis...

LUIS. El cual tiene el honor de pedir á usted la mano de su sobrina, que su señora esposa de usted me ha concedido ya...

ROQUE. (Despues de vacilar.) Tómela usted, hombre, aunque no sea mas que en celebridad del chasco que me he llevado...

(¡Oh! ninguna mujer deberia llamarse Teresa, sino la mia.)

RUF. ¿Pero qué desórden es este? ¿quién ha hecho tantos estropicios?... ¡Calla! ¿y la comida?

CHUL. (Comida.)

RUF. ¡Por vida de!... ¡Ah! tio Chuleta... (Coge un tiento y corre tras él en ademan de pegarle.)

CHUL. Ha sido la señorita Rosa...

ROSA. ¡Cómo se entiende! ¡viejo embustero!... (Se levanta, se quita el manto de la vestal, tirándolo sobre el banco, y persigue á Chuleta. Todos, menos Rufino y D. Roque, al verla, retroceden asustados.)

TER. (Dando un chillido.) ¡Ah!

CHUL. ¡Anda! ¡anda! ¡Quién habia de pensar! ¡Já! ¡já! ¡já!

RUF. (Á Rosa.) ¿Con que usted se ha propuesto acabar conmigo, señorita? Mire usted, Rosa, ya no tengo paciencia para sufrirla. Váyase usted...

ROSA. (Conmovida.) ¿Me echas? ¿Ese era el amor que me tenias?... Pues bien, seré tu sombra, te seguiré á todas partes; á los bailes, á los teatros, á las iglesias, iré siempre detrás de tí.

RUF. Yo haré que no se salga usted con la suya.

ROSA. No lo conseguirás.

RUF. Sí.

ROSA. No.

RUF. Que sí.

ROSA. ¿Quiere? ¿Cómo?

RUF. Yendo á tu lado de bracero con permiso de la vicaria.

ROSA. ¡Oh! ¡soy la mas dichosa de las mujeres!... ¿Pero; qué digo? Aun me falta una cosa. (Se dirige al público muy enfadada.)

¡Señores, voto á Luzbel!...
un aplauso quiero yo...
dénmelo ustedes, si no...

RUF. (Deteniéndola.) ¿Qué harás?

ROSA. (Con dulzura y amargo sentimiento.)
Quedarme sin él.

FIN DEL JUGUETE.

Habiendo examinado este juguete cómico, no hallo reparo en que su representacion sea autorizada.
Madrid 20 de Abril de 1858.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Al Sr. D. José Fernandez Bremon

y 12 M 1M

Alonso

BIBLIOTECA DE LA REFORMA LITERARIA.

ETER

DRAMA EN TRES ACTOS

CON UN DISCURSO PRELIMINAR

SOBRE LA REFORMA DE LA POESÍA

POR

D. LUIS CARRERAS.

MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE T. FORTANET

calle de la Libertad, núm. 29

1867.

Es propiedad del autor, quien se reserva el derecho de reproduccion, representacion y traduccion.
Queda hecho el depósito que manda la ley.

LA REFORMA DE LA POESÍA.

Habiéndome trazado el camino que pienso seguir, voy á empezar mi carrera sin temor de que nada me impida continuarla.

(Kant. De la verdadera evolucion de las fuerzas vivas.)

Hay ocasiones en que es fructífero tener confianza en las propias fuerzas.

(Id. id.)

Los hombres más sabios pueden haberse engañado, y hombres que les sean inferiores pueden tener razon contra ellos en ciertos puntos.

(Id. id.)

PROEMIO.

No hay un solo país de Europa, donde los hombres que piensan no estén alarmados de la decadencia de las letras: pues á excepcion del ramo histórico, que enriquecen cada dia sabios é infatigables arqueólogos, todos los demás—poesía y crítica en sus correspondientes divisiones—no sólo ni siquiera vegetan, sino que parece han sido heridos de muerte, y han llegado á las ánsias de la agonía. Suponen algunos

que viene de las tendencias del siglo á materializar la vida humana; mas no puede admitirse, porque ni esa tendencia le ha embrutecido, ni el hombre es de tal naturaleza, que pudiese parar en irracional y borrar su facultad estética, que es el asiento de la poesía. Así es que la decadencia tiene causas más fundadas.

Habiendo dado el absolutismo una Constitucion falsa á los pueblos, la sociedad se desvió, originándose una poesía que, bajo el título de *clásica,* reducia y amaneraba el arte, disminuyendo sus aplicaciones humanas y personales, hasta el punto de volverlo en un objeto donde la naturaleza ó perdia su carácter, ó muchas de sus mejores fisonomías; y cuando los hombres, despues de haber destruido aquella forma política, adoptaron otra más natural, el arte siguió el mismo camino y recobró el imperio que le habia sido tomado. Pero durante aquella esclavitud la razon habia dado largos pasos, la estética habia seguido tímidamente el mismo curso, y era menester que el arte, ya que tenía libertad, concordase sus condiciones eternas con las necesidades nuevas, evitando sobre todo las formas y miras arcáicas. Mas no habiéndolo procurado, tuvo por fuerza que imitar las antiguas, y produjo en el fondo y en la forma unas obras monstruosas que luego disgus-

taron al siglo y apagaron el entusiasmo poético. La reforma abandonó el campo, y sus soldados, ó renegaron de ella, ó la vengaron acusando á la sociedad de materialista y positivista. Entónces dió principio nuestra época de indiferentismo literario, en la cual las artes, arrastrándose por el lodo, han perdido la belleza formal y poética, aunque haya hombres que todavía cultiven la primera. Tal es la causa de la decadencia que existe.

Ahora bien, á presencia un dia de este cuadro, tratamos de mejorarlo doctrinal y prácticamente, por medio de teorías y obras que diesen al arte concordancia con el estado social, y principiasen ó preparasen una época en la cual cumpliese sus deberes. Nueve años nos ha tomado esta tarea, á la cual hemos sacrificado nuestra primera juventud, los placeres, los goces, las distracciones que nos preparan para la vida viril: si el resultado no es fructuoso, no habrá sido por falta de aplicacion.

Hé aquí ahora la teoría.

I.

Principios fundamentales.

La filosofía estudia el hombre y sus actos, los explica, y asigna á los ramos del saber hu-

mano el fundamento psicológico que tienen. Así han hallado su orígen la ciencia y el arte. Entónces se ha visto que la poesía es independiente de los demás ramos, pues tiene por objeto avivar las aspiraciones ideales del hombre.

En efecto, como si las leyes y costumbres por que vamos pasando no dejasen manifestar al espíritu sus naturales condiciones, el hombre tiene contínuamente en sí mismo una fuerza que le eleva sobre la actualidad, llevándole á ver, más ó ménos bien, un órden de actos superior al que está acostumbrado, lo mismo en la parte personal que en la parte social. Entónces ordena á la poesía que se apodere de aquel elemento y le dé más vida y más claridad; con lo que animada la razon en sus trabajos científicos, busca con más fuerzas y conciencia los progresos que necesita. Así el ideal de la poesía es siempre nuevo, cuando no falta á sus leyes esenciales.

Mas al paso que la literatura se sujeta á esta regla, sigue otra no ménos importante, pues necesitando cada estado social de un estado poético, va cambiando de forma por la pauta que el hombre cambia de vida. En la cuna de las sociedades es lírica, porque las acciones no tienen interés general; cuando se llega á la vida heróica se hace epopéica, pues si todos los pueblos no tienen una epopeya, á ninguno le

faltan cantos de este género; y sólo más tarde, cuando la vida se regulariza y se establece la sociedad civil, aparece el teatro.

Entónces la sociedad da la preferencia á aquellas formas que más realizan sus aspiraciones, sin que por esto abandone enteramente las demás.

La poesía, pues, no ha de ser trascendental, sino *real,* de una manera tan completa, que llegue á la *verdad*. Por humilde que sea el estado de un pueblo, el poeta ha de acatar esta regla, no dejando nunca la consideracion estética. *El arte por el arte* es un principio cabal que ha maleado el poco estudio didáctico; porque debiendo la poesía pintar bien la realidad, el artista ha de reducirse á cumplirlo. Al poeta no le compete ser moralista, teólogo, político, filósofo, sino ser poeta. Luego si no puede resolver los problemas religiosos, gubernativos y metafísicos, tampoco ha de poder tratarlos. No por esto se separará del movimiento social y científico; porque si pinta con exactitud, reproducirá sus causas de una manera completa; que es el mejor medio de obligar á que se estudien aquellas cuestiones de cuya resolucion depende la existencia social y sus progresos. Pasan en la sociedad muchos fenómenos, que los más no ven bien porque son muy poco perceptibles; y si el poeta no los describe, la multitud no los conocerá plena-

mente, ni los pensadores tendrán en sus contemporáneos el apoyo de que necesitan, ni se aumentará la aficion al estudio de las ciencias morales y políticas, la cual es necesaria para que la civilizacion continúe su marcha victoriosa. Si la historia nos muestra la influencia de la poesía en la sociedad y en las ciencias, puede hacerlo, porque habiéndose sujetado los artistas á las reglas de su arte, ayudaron á los sábios, cuyos libros tienen siempre por base el buen conocimiento del estado social.

Así la poesía, sin tener un carácter trascendental, será extremadamente influyente; y sin tomar á la moral y á las ciencias sus síntesis, las reproducirá á cada paso, habiendo ocasiones en que será tan instructiva y podrá dar tanto pié á la conviccion, que parecerá un problema matemático. En efecto, hay ciertas verdades primarias, que no ha negado ninguna colectividad; y siempre que el poeta abrace un tema que les corresponda, la enseñanza y la trascendencia serán claras. Pero como todas las verdades no son primarias, ni todos los problemas han tenido una resolucion irrefutable, en la mayor parte de asuntos el poema será una mera exposicion de hechos, bajo condiciones estéticas.

Muchos rechazarán esta consecuencia, deseando hallar en la poesía resoluciones científicas; pero si reflexionan que para darlas se nece-

sita sentar prolegómenos, entrar en discusiones, usar de todos los recursos de la lógica inductiva y deductiva, apoyarse en textos y opiniones, evocar la historia, la filosofía, las cuales cosas no caben dentro de un poema, conocerán que piden á un arte lo que no puede darles sin faltar á su naturaleza. Es, además, indudable que la poesía que no se apoya en la verdad pierde su efecto, desvirtuándose; y un poeta pretencioso en resolver problemas sociales, no daria con ninguna resolucion verdadera, porque su talento y sus estudios y las condiciones de todo descubrimiento lo hacen claramente imposible. Los estudios y los talentos del poeta le llevan siempre del análisis de actos morales y políticos á una síntesis psicológica, humana. Los estudios y los talentos del filósofo y estadista le llevan de un principio humano á un análisis moral y político, de donde sale para llegar á una síntesis, tambien moral y política. Las síntesis humanas son conocidas. Las sociales y políticas no. Las humanas basta señalarlas para hacerlas triunfar: las sociales no se hallan sin mucho trabajo, y no se imponen sino despues de muchos años, y á veces de siglos enteros. Queda, pues, demostrado que es imposible que la poesía sea trascendental.

II.

De la concepcion.

Pero la mera pintura de la realidad ¿puede darnos una poesía? ¿puede formar obras que cumplan con todas las leyes estéticas? La mayor parte de preceptistas, si no todos, han opinado que no, asegurando que toda pintura poética ha de ser exageracion y arreglo. Mas yo creo que su opinion es falsa y peligrosa, pues nada es bello, nada es bueno, nada es grande, nada es sublime, si no tiene aquel fundamento exclusivo.

Este yerro ha nacido del misterio de la concepcion poética; y como si lo dejásemos subsistir, el principio no tendria apoyo suficiente, vamos á explicarlo. Cuando el poeta toma un asunto real para poetizarlo ó darlo por fundamento de alguna concepcion, lo estudia, y cuanto más talento y conocimientos tiene, más lo profundiza y con más fortuna se apodera de su unidad psicológica. Dueño entónces del punto culminante, ve con claridad el encadenamiento natural de los sucesos, y cuando los pinta, muestra coordinado un hecho que la sociedad no habia apreciado con justicia á causa de las irregularidades que tenian sus apariencias. En-

tónces los rasgos de mérito quedan llenos de luz; entónces el objeto va rodeado de toda su importancia; y conmueve, suspende, pone el alma en aquel estado que es propiedad de las ciencias estéticas. Tal es el secreto de la concepcion.

Si el poeta no quiere poetizar la realidad, sino tomarla por inspiradora de una creacion, necesita recurrir al caudal psicológico que le hayan dado la experiencia y la especulacion, é inventar una: faltando á esta regla, no llega á la poesía, cae en la fantasmagoría, desbarra y muere.

Reconozco que no se pueden elevar estos análisis á síntesis sin tener una constitucion psicológica determinada; empero nadie dude que la concepcion poética se reduzca á estas operaciones, y que sea imposible formar una síntesis de este género sin haber hecho ántes un análisis.

En apoyo de esta sencilla teoría, haré notar que cuantas personas se ocupan en el estudio de la humanidad, han quedado con frecuencia sorprendidas de ciertos caractéres y fenómenos de la vida real, iguales á los mejores de la más elevada y perfecta vida poética; de lo cual voy á dar un ejemplo nuevo, sacado de una publicacion científica reciente. Cuenta nuestro amigo D. Miguel Bosch y Juliá, en la obra que ha escrito por encargo del Gobierno, sobre las inun-

daciones del Júcar en 1864, que un labrador, refiriéndole un episodio de aquel azote, usó las siguientes textuales expresiones: «...la rotura del puente se hizo con tal estrépito, que los pastores que se habian refugiado en una cueva, junto al Júcar, se estremecieron, *porumpieron en llanto,* CREYENDO QUE SE IBAN Á JUNTAR LAS DOS MONTAÑAS CON LAS DE MILLARES...—*Las corrientes arrastraban..... canteras.*» Ahora bien; para hallar expresiones de *igual* sublimidad, *no* de superior, es necesario remontarse á HOMERO y á SHAKESPEARE. Añadiré, para concluir, que si el amor maternal de madama de Sevigné, con ser muy real, parece inspirado por la más gran poesía, las pinturas de Eurípides y Racine, con salir de dos grandes poetas, parecen tomadas de la misma realidad. Se me replicará que nunca se ha visto, ni se verá, en la naturaleza, un órden de hechos igual al de la poesía; pero nadie tiene pruebas para demostrarlo, siendo así que las hay para rebatirlo, en el terreno de las hipótesis; pues estando sujeta la imaginacion del hombre á la experiencia, no puede inventar nada que no sea posible.

Probado que la poesía no es otra cosa que la elevacion *á síntesis activa* del análisis de la realidad, probemos que con esta base se pueden cumplir todas las condiciones estéticas por me-

dio de las cuales un asunto inmoral será moral.

Si la felicidad ó la infelicidad de la vida está sujeta á los actos humanos, un acto justo producirá bien, y un acto injusto mal. En el primer caso, la hermosa vista de aquellas consecuencias buenas nos deleitará; y en el segundo, el triste espectáculo de aquellas consecuencias malas fortificará nuestro amor á la virtud y nuestro horror al vicio. Ahora bien, si el poeta ha de describir la *realidad* tan completa que llegue á *verdad*, aunque muestre, lo cual se ve, á la infamia, triunfante, impune, no cae en la inmoralidad, porque con el cuadro de las víctimas que ha hecho, la impresion que podia favorecer al malvado, queda completamente desvanecida; pues por perverso que sea el hombre, se conmueve siempre que ve alguna desgracia. La poesía ha de reducirse á esta impresion: es imposible que razonablemente pueda ir más allá.

El *arte* es tambien otra palabra que nos ha venido rodeada de grandiosidades hinchadas, siendo así que es simplemente un cuerpo de reglas que sirven para concentrar las pinturas en los rasgos generales, y ponerlas en concordancia con el estado de la facultad estética que todos los hombres tenemos. Por esto se relaciona siempre con la sociedad, adelantando, estacio-

nándose, retrocediendo, segun ella adelante, se estacione ó retroceda.

III.

De la marcha progresiva de la poesía.

Si la poesía es, por consiguiente, una expresion clara de la realidad, no necesitamos decir que desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias ha estado en constante progreso, adelantando unas veces bajo el punto crítico, y otras bajo el poético. Si Homero, Sófocles y Shakespeare en este siglo no han tenido rivales, no es ménos cierto que conocemos mejor el mundo, y que serán vencidos el dia en que un poeta de su talento cante con los adelantos que la sociedad le enseñe.

No cabe pensar que siendo nuestras ideas más grandes, nuestros conocimientos mayores, y nuestro entendimiento más alto, nuestro arte sea inferior; porque si lo fuese, la poesía no estaria basada en la realidad, tema que no es sostenible. Que las odas de Víctor Hugo sean inferiores á las de Píndaro; que las tragedias de Goethe no valgan como las de Sófocles, esto no contradice que la poesía tenga más amplitud, más acertada direccion, más complemento, más re-

dondez, como lo indica la mera ojeada que vamos á dar á la historia de su marcha.

Unas ideas panteistas de Dios y un sistema gerárquico de la sociedad originaron la literatura *simbólica*, en la cual el hombre intenta sin éxito personificar las ideas poéticas. Una idea antropomórfica de Dios y un sistema democrático incompleto, fundan la literatura *clásica*, que si bien logra sujetar las ideas á las condiciones humanas del arte, falsea la poesía, estableciendo entre las divinidades y el hombre unas relaciones que embarazan la libertad personal é impiden que el arte sea perfecto, no reconociendo en todas las clases sociales los mismos derechos humanos. Por esto la literatura griega es más grande que simpática, y teniendo muchas páginas perfectas, no tiene ninguna obra acabada.

La literatura clásica bamboleaba ya, cuando apareció el cristianismo, destinado, entre otras cosas, á rectificar las ideas humanas. Si proclamando la autonomía del hombre destruye la comunidad pagana, viene de que dicha comunidad no tenía los verdaderos fundamentos; si predica la superioridad absoluta del espíritu sobre la materia, no es para que el hombre desprecie el cuerpo y atienda sólo al alma, sino para que los concuerde, como le enseña la naturaleza. El reformador, aceptando la sociedad,

cortaba sobre estos puntos toda mala interpretacion. Es cierto que la primera literatura cristiana muestra gran desprecio por la forma; pero á esto se le puede asignar, entre otras causas, el estudio incompleto de los prosélitos sobre el valor de la expresion y el sentido de la idea. La segunda trata ya de expresarse bien. Con motivo de la irrupcion de los bárbaros, se suspendieron los estudios literarios en la mayor parte de Europa; y cuando se quisieron continuar, los hombres vivian bajo otra forma social, y tenian perdidos los modelos que podian guiarlos en sus manifestaciones artísticas.

Entónces empezó una serie de estudios estéticos más ó ménos intuitivos, por los cuales adquirian paso á paso el arte que les hacía falta; y aunque algunos eruditos querian apresurarlos con la ayuda de los autores que habian podido salvar; como habian pensado poco en la elaboracion poética que se estaba haciendo, no llegaron á alcanzarlo. Más tarde, cuando el espíritu público se extendió á los sabios, ó quizá, cuando la instruccion fué más general—cosa debatible,—influyó el ejemplo de los clásicos, contribuyendo á que al llegar al *Renacimiento*, el hombre hubiese personificado artísticamente las ideas poéticas.

Por desgracia, la constitucion social, hasta entónces bastante autónoma, y la libertad del

pensamiento, tambien bastante tolerada, se encaminaban á alterarse á los esfuerzos de los reyes que aspiraban al absolutismo, y del clero, que dividido en dos bandos, limitaba los vuelos de la razon; y como se hallasen pocas ideas para aquellas formas tan bellas y acabadas, el arte se extravió hasta caer en el clasicismo francés. La revolucion lo enderezó, dando al hombre y á la sociedad la autonomía que perdieran; mas esa autonomía, rodeada de las vaguedades de la escuela enciclopédica, extravió el alma, que cayó de nuevo en la esclavitud, y tuvo flaquezas religiosas y momentos de sublime furor, que fueron á idealizarse en las obras de Chateaubriand y de lord Byron.

Así, el paso del *simbolismo* al *clasicismo* es un progreso poético; el paso del *clasicismo* al *romanticismo*, ó mejor, *cristianismo*, otro; pero cuando llegámos al renacimiento, el progreso se detiene y no alienta hasta despues de la revolucion francesa, en cuya época ha sido más crítico que sintético. En efecto, en todo lo que va del siglo, la especulacion estética ha dado largos pasos, haciendo inestimables descubrimientos, que todavía no se han utilizado en la poesía por no haber sido bastante estudiados y elevados á síntesis. A nosotros nos ha cabido intentarlo, y creemos que sin seguir la que presentamos no hay porvenir para ninguna li-

teratura, ni la poesía es posible, lo que decimos no sin misterio, porque hemos notado que es la que al parecer han seguido instintivamente los poetas antiguos.

El momento es oportuno para darla y aplicarla, porque de lo que va del siglo, este es el período más claro y tranquilo; pues los ánimos tienen más conciencia de sí mismos y de la sociedad, al contrario del tiempo de Chateaubriand y de Byron, de Victor Hugo y de la segunda república francesa, donde el espíritu individual y público no tenía las ventajas que ahora, pues entónces los entendimientos estaban turbados, los corazones latian violentamente, y nadie ponia atencion sino en lo que pasaba en su interior. Hoy el hombre escucha al hombre, la sociedad atiende á los que le hablan; hoy se reflexiona más, y por consiguiente se siente mejor: buena época para probar una reforma.

Hablemos ahora del carácter de nuestro siglo, para fundar el social y literario que demos á la reforma.

IV.

Caractéres de la poesia reformada.

El hombre de este siglo es tan contradictorio, que á primera vista suspende el ánimo. Si le vemos grandes vicios ó grandes virtudes, á luego le notamos grandes bellezas ó asquerosos defectos. Tiene el Evangelio en el corazon y en los labios, y no pone los piés en la iglesia; la menor desgracia le conmueve, y de ordinario maltrata á sus subordinados; en tiempos críticos es heróico, y en tiempos normales mezquino; por una idea da la vida, y por una ganancia la prostituye; ha proclamado la fraternidad, la igualdad, la libertad, sin consentir que se hiciesen las aplicaciones que eran lógicas.

Siendo tal el hombre, aunque el espíritu de la sociedad sea mayor que el del individuo, ha de resentirse de los defectos de éste; y la nuestra, más moral, más digna y grande que las sociedades pasadas, no tiene fuerzas para atacar los vicios y crímenes que la desmoronan, y en lugar de fortalecerse contra ellos, cae en un abatimiento y tristeza que quebrantan su ánimo. Turbada por la conciencia que tiene de sus imperfecciones, cegada por

la costumbre de vivir bajo las leyes conocidas, medrosa de los peligros que la amenazan, poco serena para mirar los caminos nuevos que le muestran, vive entregada á una lucha que la asesina y que no puede suspender sino en las grandes situaciones en que parcial ó generalmente se ve puesta.

Viene dicha situacion de que no habiendo alcanzado el cristianismo en los primeros siglos un triunfo completo, no pudo dar á las sociedades la base legal que señalaban sus principios, haciéndose luego más difícil con las trasformaciones de los Estados europeos.

Quedaron entónces en la sociedad y en el hombre dos principios diversos que eran el fundamento de la civilizacion pagana y de la cristiana; en términos que si por la influencia del uno el hombre se sentia movido á abusar, por la del otro se sentia movido á llorar el abuso; y si las víctimas aceptaban por costumbre la miseria, por la idea de fraternidad la rechazaban. Esta dualidad ha sido más ó ménos notable, segun las épocas; mas en ésta por la reforma política y social ha llegado á un desarrollo verdaderamente alarmante, pues como los principios de igualdad en que dicen que está basada, excitan la emulacion, y como todavía impera el principio pagano de la riqueza, y no caben todos en el campo donde se conquista, el hombre

atropella para entrar en liza los sentimientos más preciosos. De aquí esa perturbacion religiosa y esa inmoralidad de costumbres.

Luego, pues, la poesía apoderándose de esta contradiccion ha de ponerla en arte, á fin de que, sintiéndose mejor, se vayan soltando las dificultades que halla la ciencia cuando aconseja al siglo. Sin moralizar, ni convertirse en proceso, la literatura ha de ir describiendo ese hombre contradictorio, esa sociedad turbada, cuya vida es contingente y precaria. Viendo que puestos los ojos en el pasado y en el presente se encamina con paso tembloroso al porvenir, con la ambicion de reformarse más, ha de evocar ese pasado y aclarar ese presente, á fin de que la antítesis que hagan dé enseñanza y aliento. Con esta regla, sin ser científica, ayudará á la ciencia; sin ser trascendental, presentará los problemas generales de la sociedad. Por consiguiente, la literatura ha de dividirse en *histórica* y en *actual*.

Si la *histórica* es tratada con los adelantos que se han hecho en este ramo de la ciencia desde el tiempo de Schiller y Walter Scott; dándole un valor absoluto, tendrá el valor relativo de que necesita para estar á la altura del siglo: Así es que ha de seguir á estos poetas sin imitarlos, porque viviendo ellos en un tiempo donde la sociedad se admiraba de los siglos pasados, re-

produjeron esa admiracion; y viviendo nosotros en uno donde se mira la historia bajo el punto de vista nacional, económico y filosófico, hemos de ponernos en este punto y dirigirnos al espíritu de nacionalidad, de moral social y de libertad, contando los sucesos gloriosos de la patria, las costumbres de nuestros pasados, y sus luchas para cambiar las formas legales. Así el ideal queda excitado con espectáculos que aumentan la fe en los principios y en un progreso del cual la antigüedad da testimonio mostrando los cambios de la constitucion íntima de sociedades que ya no existen.

La *poesía actual* para ser completa ha de abrazar los tres términos de nuestras costumbres: el término *antinómico puro*, es decir, aquel en que dos condiciones de los principios pagano y cristiano están claramente en pugna acérrima, como la fraternidad y el egoismo; la igualdad y la desigualdad; la honra y la riqueza: el *término heróico*, en el que movida el alma por una gran pasion, rompe con las condiciones egoistas que la aprisionan y se manifiesta con todo su esplendor; y el *término transactivo*, que se ocupa en las instituciones fundamentales de la sociedad contrariadas por el dualismo que existe, como la familia, la autoridad, la religion. Con el *término antinómico* se enseña al hombre el gran peligro en que

vive; con el *heróico* se le da conciencia de las fuerzas que tiene para vencer toda suerte de dificultades; con el *transactivo* se le muestra que no porque halle imperfecciones en las instituciones fundamentales, puede desecharlas, pues son de necesidad humana; y si bien ahora dentro de ellas no es feliz, mucho ménos lo sería si las aboliese, resultando que ha de transigir con sus imperfecciones entre tanto que se aplica á corregirlas.

Respecto de las formas literarias hemos de asentar que, como la sociedad ha abrazado á la una la vida pública y la vida privada, con la tendencia de acordarlas de tal modo que no se absorban, sino que tengan la autonomía que la naturaleza enseñe, la poesía ha de dividirse en narrativa y representativa, pues la lectura en el hogar es tan necesaria como la representacion en el teatro.

La poesía lírica tiene ménos importancia, pues siendo un acompañamiento de la vida de salon y de taller, que por estar en medio de la pública y de la privada, carece de las grandes condiciones de la primera, en la cual la sociedad examina sus fuerzas, y de la segunda, en la cual el hombre examina sus actos por la pauta de la conciencia; la poesía lírica, pues, ha de tirar más á alegre que á triste, más á ligera que á profunda, como que ha de dar al

ánimo, en la tertulia, calma y apacibilidad para cumplir las reglas que la urbanidad enseña, y ha de distraerle en el taller, para que no le abandonen las fuerzas con que ha de cumplir su obligacion. Así el lirismo ha de abandonar los hechos sociales por los puramente personales, mostrándose ligero en la tristeza, alegre sin ironía, y satírico con indulgencia. Todo otro carácter la mataria, pues los asuntos tienen una forma y destino determinados, á los cuales no puede faltar el poeta sin ser ejemplarmente castigado.

Dividiéndose los poemas narrativos en *epopeya* y *novela*, y los representativos en *tragedia*, *drama* y *comedia*, veamos qué traza ha de tomar cada uno para ser más racional que en las Retóricas y Estéticas que se han escrito hasta ahora.

V.

Poesía narrativa.—Epopeya y novela.

Este género es propio de toda lucha emprendida por una generalidad contra otra generalidad extraña, con el objeto de defender un principio moral de cualquier órden que sea. Los poetas antiguos la escribieron poniendo á los personajes bajo la proteccion de los dioses, pero el análisis prueba que el interés y la grandiosidad

de sus obras venian de las pinturas humanas; porque si bien las generaciones primitivas creian en la intervencion divina, su entendimiento habia de olvidarla cuando presenciaban intelectual ú ocularmente una lucha humana; pues el hombre, por supersticioso ó fatalista que sea, tiene bastante conciencia de su personalidad para que la ponga en duda en las ocasiones supremas. Así, pues, la epopeya no pierde nada renunciando á la intervencion de las divinidades; y las modernas, versen sobre la época que quieran, han de escribirse sin ella, no sólo por aquella razon de inutilidad, sino tambien por razones filosóficas. Porque no creyendo nosotros en las divinidades paganas, ni siendo unánime la fe en la intervencion divina, ni unas las leyes que sus creyentes le damos, y habiendo de tener la poesía resortes generales, el escritor ha de reducirse á movimientos puramente humanos. Sería necesaria la intervencion de la divinidad cuando los actos humanos no pudiesen explicarse de una manera humana; pero todo cuanto pasa en la tierra tiene carácter terrenal.

Toca además á la poesía pintar lo real conocido, no lo real desconocido, para cuya pintura carece de recursos: así, como nosotros no conocemos visiblemente á Dios, es imposible que podamos pintarle; y aunque le conociéramos, los recursos humanos no bastarian para pintar

un sér divino y sus fenomenales manifestaciones. La poesía sólo puede ocuparse de Jesucristo y de los santos en su época humana, de la cual tenemos datos históricos, y en la que todos creemos; pues siendo naturales muchísimos de sus actos y distinguiéndose en los extraordinarios la humanidad personal, son descriptivos ó narrativos. Así los paganos, que daban formas antropomórficas á sus dioses, pudieron ponerlos en sus epopeyas y tragedias. Nosotros no podemos, porque se las damos anímicas.

Novela. La novela es la lucha de la personalidad á favor de la familia ó de la colectividad, género literario cuyo carácter no han comprendido los preceptistas, entre los cuales Hegel le ha mostrado gran desprecio. Es propia, no solamente de los tiempos cristianos, sino tambien de los paganos, segun empíricamente se puede ver en la *Odisea*, que no es otra cosa que una novela. Esta poesía puede elevarse á gran altura, pues hay luchas de un carácter grandioso. Algunos han confundido la novela con la epopeya, creyendo que la lucha individual por los intereses generales tenía tanta grandiosidad como las luchas colectivas; pero se diferencian mucho, pues los combates individuales no tienen siempre los peligros de muerte y el desinterés personal de las colectivas,

ni la conciencia de un hombre que se levante es grandiosa como la conciencia de un pueblo, encendida por un interés moral.

Respecto de la poesía narrativa (epopeya y novela), los escritores han de acordarse de que siendo subjetiva y no objetiva, ha de contar más que representar, regla á que actualmente está faltando.

VI.

Poesia representativa.—Tragedia.

La tragedia es la forma esencial de aquellos asuntos paganos y cristianos, y no paganos solamente, como dice Hegel, en los cuales el hombre, no pudiendo acordar su naturaleza genuina con la inhumanidad de las leyes morales y políticas que rigen, lucha y muere fatalmente, haciendo triunfar un principio superior ó preparándole el triunfo. Hegel entrevió un poco este carácter.

Sabido es que los antiguos tenian en religion, en política y moral, ideas y códigos que pretendiendo fundar una sociedad indestructible, ahogaban al hombre y levantaban pugnas, en las cuales la naturaleza caia aniquilada. El hombre se sublimaba, haciendo esfuerzos so-

brehumanos, para vencer un obstáculo que era mucho más alto y fuerte que él; cuya lucha tenía un sello tan grandioso, tan sublime y tan desgarrador á un tiempo, que producia ese terror misterioso é inmenso que helaba y admiraba á los pueblos.

Pero esta forma literaria ha de tal suerte asombrado á los cristianos, que críticos y poetas la han mirado con temor; sucediendo que cuando éstos la han cultivado no han sabido respetar su fisonomía característica, y cuando aquellos la han examinado, han concluido que no era posible cultivarla, cuyos yerros nacen de no haber estudiado bastante su fondo y la forma en que viene expresado.

Los poetas trágicos suponian, siguiendo las ideas generales, que el hombre nace predestinado, y que á veces los dioses se dignan advertirle por conducto de los oráculos de la suerte que le ha cabido. Queriendo evitarla, si es terrible, huye de todos aquellos peligros que podrian acarreársela; pero como su conducta se dirige á destruir los decretos del Olimpo, su impiedad y soberbia es castigada con aquellas mismas precauciones que toma; porque como atacan las leyes ó ideas recibidas, se levantan contra él, le toman á brazo partido, y le dejan aniquilado. Ahora bien, este poder misterioso, que el predestinado no podia burlar,

ese encadenamiento que sus esfuerzos no podian romper, se llamaba FATALIDAD.

Cuando el poeta habia llegado á este fin, su tarea acababa, porque la obra cumplia con todas las condiciones estéticas que se conocian en aquella época.

Pero nosotros que tenemos sobre la predestinacion ideas muy distintas, no podemos creer en la *verdad* de aquellas luchas poéticas, por más que sean *reales,* ni podemos imitarlas tales como están.

Estas luchas en el tiempo fueron *reales;* luego han de ser *verdaderas,* lo cual probaremos desentrañándoles su carácter puramente humano, segun puede verse en los mismos poemas. En efecto, todos los personajes trágicos caen, no bajo el peso de la fatalidad, sino bajo el peso de su propio carácter; no por decreto de los dioses, sino por los movimientos de su autonomía. Ajax sucumbe por haberse entregado á su carácter violento; Edipo es parricida é incestuoso por orgullo y ambicion; á Creonte le mata su hijo primogénito la inhumanidad con que trata á su sobrina Antígona; Prometeo se pierde con las alas que le dá el descubrimiento del fuego; Orestes cae en manos de las Furias por haberse entregado á la venganza: que es decir, que en estos cumplimientos de un oráculo no hay la mano de ningun Dios, sino

la mano de la personalidad chocando con las ideas y costumbres sociales. Mas como los antiguos creian que las luchas eran completamente exteriores, bastaba llevar el carácter en concordancia con la marcha humana para que la accion fuese natural.

Ahora bien, este distinto aspecto del asunto, es el fundamento natural de la tragedia nueva; con cuya base podremos tratar los asuntos antiguos, por más que tengan el carácter de Ifigenia, de Electra y de Edipo, los cuales hoy nos repugnan en los poetas por venir sin el claro encadenamiento humano que debieran tener; chocándonos, desagradándonos, repugnándonos, con ser así que extasiaban á las generaciones paganas. Hoy por hoy, si viniesen bien pintados con su forma brutal y fondo grandioso, rodeados de preocupaciones y creencias horribles, se evitaria el horror del desenlace sin dejar de llegar al terror, objeto de la tragedia. Al ver el siglo un carácter determinado y la accion en que está puesto, presentirá ó temerá el suceso, se acostumbrará á imaginarlo, y cuando venga entre las emociones de aquella lucha heróica, aunque se impresione extraordinariamente, no quedará maleado. Este nuevo punto de vista dará lugar á luchas de pasiones de un interés y carácter nuevos, cuya existencia se trasluce en los mismos poetas griegos. Porque si Edipo abandona

á su familia despues del oráculo de Delfos, ha de ser á causa de una lucha por el estilo; si las Furias ó remordimientos persiguen á Orestes despues de haber asesinado á su madre, es porque ántes hubo de tener escrúpulos de matarla; y Menelao sacrifica á Ifigenia, sólo despues de haberla defendido. Por inhumanas que fuesen las ideas sociales y religiosas, no desfiguraban la naturaleza, pues si lo hubiesen logrado, no existirian las luchas trágicas. Pero estos combates psicológicos, de otro carácter que los nuestros, eran cortos, no porque fuesen ménos tempestuosos, sino porque el hombre tenía un enemigo más temible. Un Dios era quien mandaba al padre sacrificar su hija, al hijo asesinar á su madre: situacion espantosa, pero breve, decisiva, fatal. ¡Qué pasaria en el corazon de Edipo oyendo las fatales palabras de aquel oráculo que le amenazaba con el parricidio y el incesto con su madre! Lucha tremenda, sublime, pero corta. De un lado el absurdo del anuncio, de otro lo horrendo de la prediccion; de éste la pérdida de una corona hereditaria, de aquél la espantosa fama del oráculo, los prodigios que se contaban de él, la fe que se le daba, la infalibilidad con que sus sentencias se cumplian. Y en medio la resignacion majestuosa del predestinado, y las manifestaciones de su carácter bravío. A nosotros nos parece

que este aspecto de la antigüedad es real y de grandes proporciones.

¿Pero cómo demostrar de una manera humana la causa activa, irresistible, de las tremendas resoluciones de los héroes? Hé aquí otro término importante. Esta causa ó fundamento estaba exclusivamente en el propio corazon, ó salia principalmente de la opinion de la colectividad. En Orestes, asesino de su madre, consiste en el desprecio que entónces se tenía por la mujer y la veneracion con que se miraba al padre; en Menelao, matando á su hija, estaba en la fe religiosa y la presion de la multitud; Edipo lo tenía en su orgullo, en su insolencia, en su extremada confianza, que le llevaban á matar á un extranjero por una cuestion de cortesía, y á casarse con una mujer de avanzada edad para subir á un trono. Las luchas psicológicas serian cortas, porque entónces el carácter, de sí impetuoso, era más activo que reflexivo.

Los coros antiguos han de abandonarse enteramente, porque si servian para completar la armonía musical de la representacion, serian inútiles en un tiempo en que las obras dramáticas no se cantan; y si representaban el pueblo, ó daban redundancia al efecto general de la obra, el arte ha salido ya de este empirismo y tiene recursos más científicos.

Reformada así la tragedia, ha de admitir el

elemento cómico, siempre que sea natural, con cuya innovacion no ha de alterarse; porque dependiendo el efecto general del carácter de la lucha, no se desfigura con alguna escena risueña. Las proporciones serán bastante grandes, para que un detalle pueda balancearlas. Algo de esto hicieron ya los mismos poetas griegos.

La tragedia, pues, no es el drama sin elementos cómicos, como han dicho algunos preceptistas, sino la representacion de una lucha humana que sostenia la autonomía personal contra el poder social: cùya forma literaria, para tener la altura del siglo, ha de demostrar que creyendo aquellos hombres luchar con los dioses, no luchaban sino consigo mismos; ó que queriendo otras veces fundar un estado duradero, ponian sus leyes en contradiccion con la naturaleza, otra causa de un soñado fatalismo divino. Esta innovacion originará los combates psicológicos paganos y la instauracion del cómico en el género.

Siendo así, tambien pueden ser parte de la tragedia los asuntos cristianos, pues hemos tenido leyes, ideas y preocupaciones, cuya existencia ha perdido á los que las habian abrazado y á los que las habian atacado, que es ni más ni ménos que la apariencia de la fatalidad, pero que tambien han dado por resultado

el conocimiento y entronizamiento de una ley superior.

VII.

Drama.—Comedia.

Drama. Esta forma se aplica á los asuntos paganos ó cristianos que no sean de interés social, sino de interés meramente individual. Puede admitir ó dejar el elemento cómico; puede tener ó nó un fin sangriento. Distinguiéndose de la tragedia por caractéres tan diversos, nunca se podrá confundir. Esquilo y Sófocles se distinguirán siempre de Shakespeare y Calderon; pues por más que éstos sean tan sangrientos como aquellos; por más que se les supriman las páginas cómicas y se les corrija el desaliño, el autor del *Prometeo encadenado* y el del *Príncipe constante;* el de *Electra* y el de *Hamlet*, continuarán separados unos de otros de una manera visible: *Othelo, Macbeth, Julieta, Ricardo*, el *Tetrarca, La vida es sueño, La devocion de la Cruz,* siempre serán asuntos relacionados directamente con la individualidad; los *Siete delante de Tebas,* los *Persas, Orestia, Ayax, Antígona,* no perderán nunca su carácter social, pasando lo mismo con las tragedias y dramas que vayan componiéndose. Hegel entrevió tambien algo del carácter del

drama; pero como no conoció bien la tragedia, cayó en una confusion lastimosa. Lo dicho en el párrafo anterior y en este puede considerarse como una rectificacion de sus doctrinas.

Acabaremos este punto haciendo sobre los asuntos históricos una observacion que ha de extenderse á todos los géneros poéticos, cual es el deber que tiene el poeta de respetar la exactitud aparente de la historia hasta en aquellos asuntos cuyo misterio se presta á interpretaciones, pues si no lo hiciese faltaria á las condiciones reales que ha de guardar, y se expondria á privar el poema de su importancia relativa á los ojos de los que no pensasen como él, ó cuando se descubriesen documentos que explicasen de otro modo aquel misterio. Por consiguiente, si el hecho es oscuro en los Anales, oscuro ha de ser tambien en la poesía.

Comedia. Hemos llegado á otra forma literaria de las que más han de reformarse y de las que han tenido más ciegos á los preceptistas, sin distincion de talentos ni naciones. Nosotros nos reduciremos á sintetizar los resultados de los análisis que hemos hecho de ella.

Si se entiende por poesía cómica la forma que hace sobresalir la singularidad de una accion ó de un carácter; tanto si el poeta se rie de ella, como si la ataca indignado, como si la mira con ironía ó con sátira, mientras la tome

por punto de mira, la obra será cómica. Si así es — cosa que no ha de dudar nadie, — Aristófanes lo mismo que Menandro, Lucilio lo mismo que Marcial, Cervantes lo mismo que Byron, Rabelais lo mismo que el Molière del *Misántropo* y del *Tartufo*, son poetas cómicos; pues aunque cada uno juzgue del ridículo ó del vicio con distintas palabras, todos lo tratan del mismo modo, todos lo ven cómico y lo pintan tal. Así, pues, la poesía cómica, la satírica y humorística, no son más que tres expresiones progresivas de una forma literaria que no ha sido bien estudiada. Para darle una base mejor, que no le dieron los antiguos ni le han dado los modernos, estudiaremos cómo nace y á dónde debe llegar para ser una expresion perfecta.

Las irregularidades de la vida sorprenden á muchos observadores, los cuales, no viendo á primera vista sino el hecho absoluto, rien y las señalan como desconciertos ó faltas que deben ser corregidas; pero si luego continúan observándolas, notan la mala influencia social que tienen; y si las creen remediables, las atacan con la burla ó con la imprecacion; y si las creen incurables, ora se consuelan de ellas con una dulce filosofía, ora se desesperan entrando en un furor violento, mezclado de acentos de tristeza. Segun sea el estado de la sociedad, las varias manifestaciones son más ó ménos bien acogidas; pero

un dia, á efecto de los adelantos filosóficos, nota uno de estos observadores que los hombres singulares, junto con defectos risibles, tienen perfecciones admirables, y juzga que es indigno reirse, ó maldecir, ó insultar, y necio ó débil caer en tristeza por defectos que quizá tengan remedio. Entónces, para que la sociedad y la filosofía reflexionen y estudien el orígen de aquel desconcierto individual, toma toda la fisonomía completa, la retrata y se la muestra, con cuyo cuadro, reconociendo la verdad, la consideran con una sonrisa y una lágrima, y quedan pensativos. Tal es la más elevada expresion del género cómico y la que hoy ha de seguir. Porque una expresion literaria es perfecta cuando embarga todas las facultades humanas, la voluntad, la sensibilidad y el entendimiento: ventaja que sólo alcanza cuando se dirige á todas tres. Ahora bien, el *cómico* sólo habla á la imaginacion, la *sátira* y el *humor* al corazon, siendo la que nosotros hemos señalado la única que contenta á la imaginacion, con el espectáculo cómico; al corazon, con las amables ó simpáticas complicaciones del carácter; y al entendimiento, con el contraste que le ofrece. No por esto se prohibe al poeta que diga lo que piensa; sino que se le manda ser completo, es decir, retratar y no caricaturizar; pintar hombres, no pintar monos ó infelices sin juicio. Es cierto

que si lo cumple será difícil que sea irónico, satírico y humorístico; pero ni las letras ni la sociedad perderán nada.

Por consiguiente, la comedia reformada ha de tener dos aspectos: templado ó acerbo. Bajo el primero están los asuntos donde los contrastes no enciendan conflictos temibles, por los cuales el poeta haya de apasionarse. Bajo el segundo aquellos asuntos que tienen una influencia temible. En el género benigno el cuadro cómico ha de ser amable, apacible, suave. En el género acerbo el cuadro cómico inquieta, despavorece, aterra, tortura. En aquél todo son risas, todo amistades, todo simpatías. En éste todo llanto, todo pasiones, todo divisiones.

Tales son nuestras teorías de las formas.

Terminaremos diciendo que no podemos aprobar la restauracion del género simbólico que han hecho algunos poetas, porque es y será un verdadero retroceso. El *Fausto* de Goethe, el *Asaverus* y el *Napoleon* de Edgardo Quinet, el *Manfredo* de Byron, el *Diablo Mundo* de Espronceda, muestras de este género, son yerros literarios que sería fatal imitar. La literatura ha de ser humana, puesto que tiene por fin el hombre; y si no se sujeta á sus condiciones, se deformará y no tendrá interés.

VIII.

Supremacía de la prosa.

Estando sujetas las obras literarias á las leyes de la belleza, lo mismo en la invencion que en la exposicion fraseológica; por no tener las lenguas primitivas la armonía y melodía, los poetas hubieron de buscar una combinacion que las supliese; hallándose con este motivo el *metro* ó *verso*, cuyo amaneramiento y grosería disimulaban cantando las piezas á que estaba aplicado. La falta de imprenta que popularizase las obras, no dejó notar su pesadez cuando la prosa ya brillaba por su armonía y flexibilidad; y como en los teatros la música acompañase la declamacion, nadie notaba la disonancia y pequeñez de aquella manera de expresarse. Calcada la literatura cristiana en la pagana, careció de crítica original, y si bien hubo poetas, Goethe y Schiller, por ejemplo, que entreviesen la superioridad de la prosa sobre el verso, no supieron racionalizarla, y abandonaron su defensa.

La melodía y la armonía del verso no nacen del metro ni de la consonancia ó asonancia, sino de la construccion de la diccion y de la concordancia musical de los miembros del período, que son ya condiciones de la prosa. La consonancia

ó asonancia, repitiendo á trechos un mismo sonido, afea el período; y el metro, encerrando todos los miembros en igual espacio ó variándolos con rigor geométrico, lo amanera y le da una gran monotonía; sucediendo que el asunto más grande parece pequeño al venir expresado en esta forma. En las poesías destinadas al canto se disimula, pues la voz humana, subiendo la escala musical, les da grandes proporciones, y oculta con la acentuacion la puerilidad de los consonantes ó asonantes.

Además, con el verso se dificulta la inteligencia del pensamiento ó del mérito del estilo, porque siendo una forma desusada y artificial, si el lector ó el oyente quiere apreciar la idea, ha de abandonar el estilo; y si quiere avalorar el estilo, ha de sacrificar el pensamiento. Toda composicion de arte para ser perfecta ha de tener una expresion esencial al pensamiento, único medio de que la facultad estética reciba una sola impresion; y como el metro no es el estilo esencial del pensamiento, produce una dualidad que afea la mejor composicion y fatiga al lector.

Si la composicion es lírica y se canta, no escuchando el oyente la expresion literal, sino la general, la fundamental, no se nota esta discordancia, pues la facultad estética recibe esa emocion vaga que no puede sujetarse á ninguna

forma literaria, y que es la propia del lirismo, segun nos lo enseña la antigüedad, donde las poesías líricas se cantaban.

Pero como á causa de la imprenta los poemas narrativos se leen, se les ha hecho ilógica y por demás pesada esta interminable cantinela, cuya puerilidad y amaneramiento ofenden á la naturaleza, por más que la costumbre, juntándose con la preocupacion, la hayan viciado; motivando que el siglo la rechace en este género de obras, con lo cual, léjos de probar que es materialista, prueba que tiene más poesía que los versificadores, pues la materialidad y la puerilidad están en aquellos que para pintar un carácter ó una pasion agrupan largas hileras de nueve ó diez sílabas, que hacen acabar periódicamente en *on, on;* en *tru, tru;* en *ado, ado;* como si el carácter y la pasion necesitasen de estas lindezas para ser poéticos.

Si en el poema narrado pasa así, no ménos ha de pasar en el representado, que los antiguos cantaban por ser tambien versificado, uso que ahora no se sigue. En el teatro es todavía más chocante la disparidad del carácter de la expresion y de la idea; pues como la vista física de los personajes concentra más el espíritu en la accion, causa desagrado aquella manera desusada de hablar con la manera natural de proceder. Y aunque la costumbre no haya dado á

la generalidad conciencia clara de este fenómeno, el que lo observe con atencion la tendrá luégo.

En cambio, la prosa, como sujeta á las mismas condiciones diccionales que el verso, á más de poseer melodía y armonía, es más variada y rica en giros, combinaciones y planos; con cuya abundancia puede dar al espíritu impresiones más grandiosas y diversas: es tambien la forma esencial del pensamiento, y por consiguiente la única propia de la narracion y de la declamacion moderna. Así, pues, el verso es inferior á la prosa, y sólo aplicable al canto.

El lenguaje con que se han de escribir las obras narrativas y representativas ha de ser plástico, porque el figurado oscurece el pensamiento en lugar de aclararlo; pues las personificaciones y comparaciones, léjos de explicar, embrollan y distraen, por no haber objeto alguno que pueda ser comparado con exactitud. Las figuras pertenecen á los pueblos niños donde por falta de análisis se conocen mal los objetos. No por esto la poesía saldrá perjudicada, pues como consiste nó en el color sino en la pasion y en la idea, si están bien expresadas, no quedará menoscabada. Tampoco la armonía y melodía del estilo y del lenguaje perderán, á causa de no ser dependientes de las figuras y de los colores.

IX.

Educacion del poeta.

Ahora que hemos dicho sustancialmente nuestras teorías, terminaremos este prólogo ocupándonos un instante de la educacion del poeta ó literato. Basada la poesía escrita en la sociedad, el que la cultive no ha de reducirse á saber el arte, sino que ha de tener aquellos conocimientos que puedan facilitarle la concepcion del hombre de su tiempo. La disposicion que recibe de la naturaleza para apoderarse de los fenómenos psicológicos y reproducirlos objetivamente, no crecerá ni llegará á perfeccionarse si no la cultiva estudiando las ciencias que están relacionadas con el ser humano y la sociedad. El fundamento de su educacion ha de ser indudablemente la belleza estética; pero si no se ayuda de la historia, de la moral, de la política y de la psicología, no es posible que vea bien ni lo que pasó ántes, ni lo que está sucediendo á su vista.

No pedimos que, desfigurándose, se haga sabio, y sea filósofo, político, historiador, economista; sino que, á semejanza de todos los grandes poetas pasados, vea la filosofía, la política, la historia y la economía, y relacione sus lecturas con los fenómenos personales y sociales.

Entónces la oscuridad en que habia visto las cosas se resolverá; marcharán las dudas y animosidades en que habia caido, y su espíritu adquirirá esa benevolencia é imparcialidad que ha de ser uno de los grandes méritos de todo poeta y de toda obra estética. Preparado así, no correrá peligro asistiendo á los espectáculos sociales más tristes. La miseria y la opulencia, el desórden y la escasez, las pasiones desatentadas y las víctimas que hacen, tendrán un pintor fiel, imparcial, elevado, cuyos cuadros agradarán y enseñarán.

Tales son nuestras teorías, tal es nuestra poética. Convencidos de su necesidad, las mostraremos aplicadas en una serie de obras de imaginacion que sacaremos á luz, completando así el precepto raciocinado con el ejemplo original. Empezaremos por el teatro, dando muestras de tipos del poema de costumbres, del histórico y del trágico, secundando ó alternando con la novela y la epopeya modernas y antiguas. El lector podrá presentir lo que serán estas obras por la lectura de la que hoy le ofrecemos acompañando el programa. ETER se dirige á la tendencia heróica del siglo, sin perder de vista la parte rastrera, que es la manera de pintarla bien. Ningun pesimista podrá negar la *realidad*, la *verdad* de su accion.

Concluiremos manifestando que tenemos grandes esperanzas de que nuestra tentativa no sea desdeñada en nuestra patria ni en el extranjero, pues siendo general la decadencia, lo ha de ser tambien la reforma.

Los sabios literatos franceses y los distinguidos escritores alemanes que tanto han discutido sobre este tema, nos harán indudablemente el obsequio de poner los ojos en una obra donde el nombre de su autor es lo de ménos, y el interés del arte lo principal. Lo mismo esperamos de los literatos nacionales.

Madrid, Noviembre de 1866.

ETER.

PERSONAS.

D.ª ANTONIA DE ITURRE.
CONCHA, su hija.
CRISTINA DE ROSALES.
D. PEDRO DE ITURRE.
ARTURO DE LEON.
ANDRÉS DE ROSALES.
EL PADRE JOAQUIN ROVIRA.

DOS CABALLEROS. — EL DIRECTOR DE UNA CASA DE BAÑOS.—UN MÉDICO.—UNA SEÑORA.—UNA DONCELLA.—UN CRIADO.

El primero y segundo acto pasan en Madrid.—El tercero en provincias.

ACTO PRIMERO.

Aposento amueblado con lujo.

ESCENA PRIMERA.

D. PEDRO, D.ª ANTONIA, CONCHITA, ARTURO, ANITA, *(doncella.)*
(Los cuatro primeros están acabando de almorzar.)

DON PEDRO.

Yo no sé de cierto lo que pensais hacer una vez casados; pero á mí me parece que Arturo aceptará el empleo que le ofrece su tio, y que os estareis quietecitos en Madrid.

CONCHITA.

Pues te engañas, papá.

ARTURO.

No ha acertado V., D. Pedro. Yo no pienso aceptar ese destino, porque es superior á mis fuerzas. Mi determinacion por ahora es casarme con Conchita y darle todas las felicidades prometidas; continuar estudiando las ciencias políticas y económicas, y no pretender empleo ninguno hasta que mi conciencia me diga que no soy un gasto para la nacion y un nuevo estorbo para el progreso. — ¿Qué le parece á V., mamá?

DOÑA ANTONIA.

Me parece muy bien. Sí, sí, Arturo. Nada de política. Amor, todo amor.

DON PEDRO.

No, diplomacia no te falta. Tú, preguntando á Antonia, me has cerrado la boca; pero otro dia te descuidarás y entónces te cogeré. —Sepamos ahora qué dice la señorita. *(Entra la doncella, sirve café y se va.)*

CONCHITA.

¿Yo?—Ay, ahora que me acuerdo: oye, Anita. *(Se levanta, se acerca á la doncella que está en la puerta, y la habla en voz baja.)* Mira: así que puedas salir, toma aquel pequeño lio de ropa que anoche hicimos y sesenta reales que hay en mi tocador, y llévalo todo á la señora Gregoria. Díle que la ropa es para los niños. Mamá está enterada.

ANITA. *(Tambien en voz baja.)*

No podré ir hasta dentro de una hora. *(Saliendo.)* Mi señorita es un ángel.

CONCHITA. *(Sentándose.)*

Pues bien, papá; he dicho que te engañabas, porque no sabes palabra de nuestros planes. ¿Se los digo, Arturo? Sí, que quieras que no quieras, voy á confiárselos. — Figúrate tú, que inmediatamente de casados nos refugiaremos en Aranjuez, para huir de todos esos importunos que no dejan á sol ni sombra á los pobres recien casados; que luego despues iremos á pasar una temporada en Lóndres para ver todas esas suntuosidades que tú, picarillo, no has querido llevarme á ver; que de Lóndres nos marcharemos á París á hacer una visitilla á nuestros conocidos y amigos; de París saldremos á viajar por lo que los poetas llaman la pintoresca Suiza y la bella Italia, hasta que á la proximidad del invierno nos volvamos aquí, á vivir como dos buenos casaditos. Entónces pondremos

casa y tendremos tertulia, á lo ménos dos dias á la semana. Los de ópera, esta mala cabeza *(Tocando á Arturo.)* me llevará al palco; para los estrenos dramáticos no han de faltarme billetes; un solo baile de los buenos no se me ha de escapar... De manera, señor papá, que espero ser muy feliz, pues cuento además con el amor de ese tontuelo de Arturo, el cual se ha dejado tomar tan descuidadamente el corazon, que yo lo he puesto á buen recaudo donde no lo vea jamás por mucho que viva y por diligencias que haga. ¿Te parece bien?

DOÑA ANTONIA.

(¡Quién pudiese ser ella!)

DON PEDRO.

(¡Dichosa la juventud, que todo lo ve risueño!)

ARTURO.

Calle, calle, ¿con que tú me has enamorado por medio de malas artes? Me alegro de saberlo; porque ó no me caso contigo, ó ahora mismo, aquí, delante de tus padres, me devuelves el corazon.

CONCHITA.

Ya me guardaré yo de hacerlo. Mira: no sólo ahora te dejaré como estás, sino que te prometo que una vez casados, para que nunca te me escapes, remacharé las cadenas que te puse, (*En voz baja y cerca del oido*) queriéndote mil veces más dice que te quiero. (*En voz alta.*) Vuelve á amenazarme ahora.

DON PEDRO.

Niña, mal matrimonio vais á hacer si te casas con estas intenciones.

DOÑA ANTONIA.

A mí me parece, Pedro, que deberíamos pensarlo un poco más.

DON PEDRO.

Y á tí, niña, ¿qué te parece?

CONCHITA.

¿Qué me ha de parecer, sino que haríais muy bien? Porque has de saber, que desde que Arturo es mi novio, no tengo un momento de reposo. Un dia me oculta el abanico; otro me toma la llave del piano; ayer me cerró la tabla de bordar; hoy me ha descompuesto el peinado; y como el que siendo novio es malo, siendo marido lo es más, me parece que todo lo he de temer.

ARTURO.

Pero mamá, mamá, ¿no ve V. cómo me hechiza?

ANITA. *(Desde la puerta.)*

Señorita, la modista envía el traje de boda.

CONCHITA.

¡El traje! Dí que voy allá, dí que voy. *(Acaba de beber y se va de prisa. Arturo se levanta para seguirla.)* No vengas, no quiero que vengas.

ARTURO.

¿Por qué no he de ir? *(Sale tras ella.)*

ESCENA SEGUNDA.

D. PEDRO, DOÑA ANTONIA.

DON PEDRO.

¡Cuán feliz es! La dicha aumenta su belleza y le da todas las apariencias de un ángel. *(A su mujer.)* ¿Qué dices tú? ¿No gozas oyendo su charla alegre, y viendo la dulce animacion de su rostro?

DOÑA ANTONIA.

¿Cómo no he de gozar si soy su madre, y ella es nuestro

único hijo? A veces me parece que estoy rejuvenecida, de puro alegre que tengo el corazon. Bien mereceríamos, Pedro, ya que hemos llevado tú y yo una juventud tan desgraciada, que el cielo se apiadase de nosotros y nos diese en nuestra hija una vejez placentera.

DON PEDRO.

Es verdad, Antonia. Yo espero que lo logremos. Arturo es buen chico, tiene talento y fortuna, y ama tiernamente á la niña, que no está ménos prendada de él. *(Se levanta.)*

DOÑA ANTONIA.

¿Te vas?

DON PEDRO.

Me llego á la redaccion. Hoy he de estar en el Congreso, porque tenemos discurso de Olózaga.

ESCENA TERCERA.

Dichos. UN CRIADO, DOS CABALLEROS.

EL CRIADO.

Señorito, D. Enrique de Olivan y D. Pablo Saavedra, preguntan por V.

DON PEDRO. *(A su mujer.)*

¿Oyes? Enriquillo es.—Que pasen aquí estos caballeros.

DOÑA ANTONIA.

Luis, véngase V. luégo á levantar la mesa.
(Entran los caballeros, y el criado desocupa la mesa.)

DON PEDRO.

Adios, señores, adios. Yo les recibo aquí, porque con ustedes no sé hacer cumplidos.

DOÑA ANTONIA.

Tomen Vds. asiento, señores.

DON ENRIQUE.

Sentimos no poderles complacer. Tenemos mucha prisa. Hace dos horas que hemos llegado de Toledo, y aún no hemos parado un instante.

DON PEDRO.

¿De Toledo vienen Vds.? ¿Y qué dicen nuestros amigos de allí?

DON ENRIQUE.

Que les felicitan á Vds. por el casàmieuto de Concha, y les desean á todos mil prosperidades.

DON PABLO.

Mi familia me ha encargado tambien á mí que les diese mil enhorabuenas; los marqueses de la Cruz repiten cuanto les manifestaron en la carta; el vizconde vendrá para ser padrino de Arturo, y las amigas de Concha están preparando un regalo de boda muy notable.

DON PEDRO.

Señores, nos es sumamente agradable que nuestros amigos toledanos vean con gusto un casamiento en el cual ciframos la dicha de nuestra hija. Manifiéstenles ustedes cuánto sentimos no podérselo decir verbalmente y acompañarnos de ellos en la boda.

DON ENRIQUE.

Yo me encargo de escribírselo. Ahora, cuando usted quiera, pasaremos á ver á Arturo; porque nos urge hablarle algo.

DON PEDRO.

Vamos allá. Yo tambien iba á salir.

(Los dos jóvenes saludan á la señora dándole la mano.)

DOÑA ANTONIA.

Que les vaya á Vds. bien. A ver si otro dia no tendrán ustedes tanta prisa. *(A su marido.)* ¿Pensarás en decir á los señores que mañana se firman los capítulos?

DON PEDRO.

Es verdad. Yo lo olvidaba. *(A los jóvenes.)* Mañana, por la noche, á las diez, se firma la escritura matrimonial. Toda la familia espera que Vds. nos acompañen.

DON PABLO.

Se lo aseguramos á V. *(A la señora.)* Vamos, para mañana el desquite, doña Antonia.

(Saludan y salen.)

ESCENA CUARTA.

DOÑA ANTONIA, ANITA, EL CRIADO.

ANITA.

¡Ay, señora! ¿Por qué no va V. á ver el traje? En mi vida he visto otro tan bonito. ¡Jesús! A una se le van los ojos de tal modo, que no sabe qué mirar. Flores por aquí, perlas por allá; en una parte encajes, en otra... ¡qué sé yo! Si es tan rico... Vaya V., vaya V. luégo: la señorita está contentísima y no se cansa de exclamar: ¿dónde está mamá? Que avisen á mamá: decid á mamá que venga.

DOÑA ANTONIA.

Pareceis locas... Vuestra alegría me tiene atolondrada... Una jaqueca voy á tener por culpa vuestra. Locas, locas rematadas estais... Pero vamos á ver esa maravilla. ¿Dónde está Conchita?

(Entra un criado.)

EL CRIADO.

Una señora, que dice llamarse doña Cristina de Rosales, pregunta por V.

DOÑA ANTONIA.

¿Quién dice V.?

EL CRIADO.

Doña Cristina de Rosales.

DOÑA ANTONIA.

¡Cristina de Rosales! ¿Está V. loco?

EL CRIADO.

Señora, lo que es ella, me ha dado este nombre... Tiene poco más ó ménos la edad de V., viste de luto...

DOÑA ANTONIA.

¡Que lleva luto, y es de mi edad!...—Anita, vé á ver si es ella, porque esto parece un cuento de las *Mil y una noches*.

(Vánse los dos criados, y entra luégo la señora anunciada.)

ESCENA QUINTA.

DOÑA ANTONIA, DOÑA CRISTINA, ANITA.

DOÑA CRISTINA.

(Que el peligro que corre me dé las fuerzas que no tengo.)

DOÑA ANTONIA.

¡Cristina! ¡Con que es V. misma! *(Corriendo á abrazarla.)* Cuánto me alegro de verla á V. Esta sí que es la sorpresa más agradable que he tenido. ¿Cómo está V., mi buena amiga, cómo está V.? Venga V. acá, y tome asiento. Mucho deseaba que nos viésemos, para que hablásemos un poco de nuestras cosas. ¡Hemos pasado juntas tantos ratos felices! Pero, ¿quién habia de pensar que estuviese V. en Madrid?

DOÑA CRISTINA.

(Sus caricias me ahogan.) ¿Cómo siguen Vds.?

DOÑA ANTONIA.

Lo que es nosotros, ahora mejor que nunca. ¿Y. V. y los de París todos buenos? Hace tiempo que no hemos visto á Andresillo.

DOÑA CRISTINA.

(¿Qué le diré?)

DOÑA ANTONIA.

Pero yo no acabo de salir de mi asombro. Si la creia á usted en París para siempre... ¡Qué sorpresa para Pedro! Deje V. que le llame. Iba á salir, pero puede ser que aún esté. *(Tira de la campanilla)*

DOÑA CRISTINA.

(¡Ojalá que se haya marchado!)

ANITA. *(Entrando.)*

Señora.

DOÑA ANTONIA.

¿Ha salido ya el señorito?

ANITA.

Ahora mismo.

DOÑA ANTONIA.

Está bien. *(La doncella se marcha.)* ¡Mucho lo siento! Pero luégo le verá V., porque sólo ha ido á la redaccion. Además, V. se queda en casa.

DOÑA CRISTINA.

Siento mucho que esta vez no pueda ser.

DOÑA ANTONIA.

¿Qué dice V.?

DOÑA CRISTINA.

Como yo... como... Conchita va á casarse, me ha parecido mejor tomar otra, y...

DOÑA ANTONIA.

¿Es posible que nos haya V. desairado?

DOÑA CRISTINA.

Las circunstancias... (¡Cuánto sufro!)

DOÑA ANTONIA.

Las circunstancias no impidieron al difunto esposo de usted que sacase de la capilla al mio cuando los sucesos del 42. ¡Las circunstancias! Me gusta la ocurrencia. No, señora, no. V. esperará que Pedro vuelva y diga lo que se ha de hacer. Entre tanto charlémos un rato. ¿Qué efecto le causó á V. la noticia del casamiento?... La verdad, dígame V. la verdad.

DOÑA CRISTINA.

Yo... á mí... lo que es... (¿Cómo empezaré?)

DOÑA ANTONIA.

¿La sorprendió, no es cierto? Ya lo creo. Si ni el mismo Pedro lo esperaba. Ello es, sin embargo, que los novios se querian desde hace tiempo. Ya ella casi no bailaba sino con él; sólo iba con gusto á las tertulias que él frecuentaba, y en el paseo sus ojos no buscaban sino los suyos. Pero como mi Pedro tenía sus ideas, sólo se fiaron de mí. ¿Qué quiere V.? Si una no fuese madre, poco costaria ser severa. Pero los pobrecitos se querian tanto y Arturo es tan buen chico, y tiene tanto talento, que no tuve ánimo para cortar sus amores...

(Durante toda esta relacion, doña Cristina se enjuga el su-

dor de la frente, y se mueve á una y otra parte con agitacion.)

DOÑA ANTONIA.

Lo dificultoso era persuadir á mi marido, porque, segun sabe V., tiene un genio particular: es el mejor de los hombres; pero en cuanto decide una cosa, cuesta mucho quitarle de ella. Pero en fin, eché mano de toda mi pobre habilidad, y el dia ménos pensado aprobó este amor.

DOÑA CRISTINA.

(Yo no puedo más. Esta mujer me está matando.)

DOÑA ANTONIA.

Pero... *(Mirándola.)* yo no habia reparado: ¿qué tiene usted que está tan pálida?

DOÑA CRISTINA.

Tengo... quisiera... En fin, ya que he venido á esto, vale más que de una vez acabe: he de hablarle á V. de un asunto... de un asunto tan desagradable, que ¡ay de mí! me muero sólo de pensar en él.

DOÑA ANTONIA.

¡Qué dice V.!

DOÑA CRISTINA.

Y le ruego á V. que sea luégo, porque esta situacion me despedaza el alma.

DOÑA ANTONIA.

Pero ¿qué ha de decirme V.?

DOÑA CRISTINA.

Es tan importante, que ha de ser en reservado.

DOÑA ANTONIA.

¡En reservado! (¿Qué podrá ser? Muy grave será cuando

la tiene tan mal.) En fin, para satisfaccion de V., voy á cerrar la antesala. *(Sale.)*

DOÑA CRISTINA.

¡Oh, Dios mio! ¡dadme el valor que necesito! *(Saca un pomo, lo aspira, se enjuga la cara y la frente, y queda más tranquila. Vuelve doña Antonia.)*

ESCENA SEXTA.

DOÑA ANTONIA, DOÑA CRISTINA.

DOÑA ANTONIA.

Puede V. decir lo que quiera sin temor de que la oigan.

DOÑA CRISTINA.

Pues bien, hace poco más ó ménos veinte diás, que cuando ménos lo esperaba se me presentó mi hijo en París.

DOÑA ANTONIA.

¡Ah! hé aquí por qué nosotros no sabíamos de él...

DOÑA CRISTINA.

Sí, señora, por esto mismo... Yo, sorprendida de tan inesperada visita, iba á preguntarle por qué habia dejado Madrid, sin ni siquiera darme aviso, cuando noté que estaba tan pálido, tan flaco y desfallecido, que conocí que era por haberse puesto malo. Asustéme y le pregunté qué tenía. Mas en lugar de responderme, se echó en mis brazos y me dijo entre sollozos, que no habia remedio para él, y que venía á morir á mi lado... Ya sabe V. cómo me dejó la muerte de su padre... Figúrese V. ahora cómo me pondria esta triste y desesperada confesion del único hijo que tuvimos... Renovóseme el pasado dolor, y sin poderme contener, abrazados como estábamos, prorumpí en el llanto más amargo... *(Se enjuga los ojos.)* En fin, pasó aquella explosion, sereném, y me informé de su enfermedad; pero sólo pude saber que de pronto habia perdido las fuerzas para continuar la carrera eclesiástica, y

que estaba malo de muerte. Yo, como sabía que era tan bueno y piadoso, lo atribuí como es natural á un exceso de virtud; pero llamé algunos médicos, los cuales dijeron unánimemente que lo que tenía Andrés era una pasion reprimida. Acabéme entónces de alarmar. Preguntéle si era cierto; supliquéle que fuese franco conmigo; y al fin, despues de muchas instancias y reflexiones, le hice confesar que estaba enamorado, perdidamente enamorado de... Conchita.

DOÑA ANTONIA.

¡De mi hija!

DOÑA CRISTINA.

Al oirlo, no sé cómo no perecí de dolor; pues como usted me habia escrito pocos dias ántes el próximo casamiento, al instante conocí toda la gravedad de aquel caso. Pedí más explicaciones: díjome que este amor se le habia presentado de repente; que le sorprendió á él mismo tanto más, cuanto que á pesar de conocer á la niña desde pequeña, sólo le habia tenido pura amistad; que habia combatido ese amor con las más rigurosas reflexiones y austeridades religiosas; hasta que desesperado de apagarlo, le habia parecido bien reunirse conmigo para lo que Dios dispusiese. Pidióme encarecidamente que le guardase el secreto, á fin de que Conchita y Arturo no supiesen que habian causado inocentemente un mal que no podian curar... *(Se enjuga los ojos.)*

DOÑA ANTONIA. (*Enjugándose los suyos.*)

¡Pobre Andrés! Aún bueno y delicado, á pesar de su desdicha.

DOÑA CRISTINA.

Como V. se figurará, cada palabra aumentaba mis angustias. Viendo que no habia ninguna esperanza, traté de consolarle y ponerle sobre sí; pero fué inútil: mis reflexiones no podian sacarle de su profunda tristeza; y

cuando, desesperada yo, le mostraba mi desamparo y le pedia que viviese por mí, caia en una afliccion tan deshecha, llorando y sollozando, que parecia que tocaba á su fin. Entre tanto decaia, se acababa por instantes; los médicos le desahuciaban; no habia remedio para él. Entónces no pude contenerme. Le animé, le dije que tuviese alguna confianza, y tomando el camino de Madrid, volví á España, decidida á presentarme á V., contarle lo que pasaba, y pedirle la mano de la niña, en pago de los antiguos servicios que mi marido les hizo.

(*Hay un momento de silencio. Doña Antonia se enjuga la frente.*)

DOÑA ANTONIA.

¡Dios mio! ¡Qué situacion tan terrible, Cristina, para nosotras dos! De una parte la amistad, los favores inestimables que les debemos á Vds., la desgracia de Andrés, y el profundo dolor de V.: y de otra, el tierno amor de Conchita y Arturo, y su desdicha y muerte si impedimos su union... (*Queda un momento pensativa.*) ¡Dios mio, Dios mio! No puedo decirle á V. las angustias que estoy pasando... Ojalá, ojalá que hubiese un medio, por insignificante que fuese... pero por más que considero é imagino, nada hallo, nada, nada que pueda sacarnos de esta dolorosa alternativa... Si fuese un casamiento de intereses, no habria dificultad; pero hace ya dos años que se quieren, ha sido un amor contrariado, sólo les faltan dos amonestaciones, mañana se firma el contrato, los trajes están hechos, avisados y convidados los parientes y amigos... ¡Oh, es imposible, del todo imposible! No hay remedio humano que deshaga lo que está hecho... (*Abrazándola llorando.*) Amiga mia, madre desdichada, sólo Dios, sólo Dios puede remediarla á V.

DOÑA CRISTINA.

¡Oh! Mírelo V. bien. No se precipite V. Vuélvalo V. á mirar.

DOÑA ANTONIA.

Ojalá no lo hubiese mirado tanto. Pero no desconfiemos. Acudamos al cielo; supliquémosle se compadezca de nosotras.

DOÑA CRISTINA.

Yo lo hice ya.—¿Qué no he hecho ántes de venir?—Y creo que me oyó. Un dia le rogaba deshecha en lágrimas... Le ponia delante mi viudez, mis desgracias... De repente tuve una idea... Quedé asombrada... Le ruego que la desvanezca si me ha sido suscitada por una mala pasion... Pero la idea ahondaba, ahondaba en mi entendimiento... No me precipité. Por espacio de tres dias le pedí lo mismo... Me parecia una idea mala, terrible. Pero ella no me dejaba. Entónces tomé el camino de Madrid.

DOÑA ANTONIA.

¿Y qué idea era esa? (Me hace estremecer.)

DOÑA CRISTINA

Era... Cuando murió mi esposo, hallé en un secreto que no conocia de su bufete... (*Se pone en pié.*) unas cartas de V., y...

DOÑA ANTONIA.

¡Cielos!

DOÑA CRISTINA.

Y si dentro de ocho dias, Conchita no se casa con Andrés, las pondré en manos de D. Pedro. (*Se va muy aprisa.*)

DOÑA ANTONIA. (*Corriendo á detenerla.*)

¡Deténgase V. por Dios! ¡Oigame V.! No soy tan culpable como cree. Sólo escribí. Le juro á V. que en nada más falté al deber. (*Doña Cristina va ganando la puerta.*) ¡Oh! no se vaya V. Compadézcase de mí. Yo no tuve la

culpa de esto. Fué su marido de V. que me requirió; y como habia salvado la vida al mio, no me atreví á maltratarle.

DOÑA CRISTINA.

Pues bien claro le dice V. en varias cartas que si fuesen solteros se casaria con él.

DOÑA ANTONIA.

Es cierto; pero sólo se lo decia para calmarle y matar su pasion. ¡Qué podia yo responder á un hombre que habia librado al mio del suplicio!

DOÑA CRISTINA.

Yo no sé si esto es verdad, ni cómo podria conformarse con otras expresiones de las cartas.

DOÑA ANTONIA.

¡Oh, Cristina! No sea V. cruel. Le he dicho á V. la pura verdad. Si en aquella ocasion tuve alguna flaqueza, no fué tanta que faltase á los deberes conyugales y amicales. ¿No lo cree V.? ¡Oh, por Dios, por Dios! Espere V. un momento más; no se vengue V. así de una pobre mujer.

DOÑA CRISTINA.

Muy mal me juzga V., Antonia. Sea cual fuere lo que haya pasado entre V. y mi marido, hace tiempo que se lo perdoné á V. Yo sólo uso de estas cartas para salvar á mi hijo: cualquier madre haria lo mismo si estuviese en mi lugar.

DOÑA ANTONIA.

Es cierto, sí; pero Andrés no puede estar tan malo como V. teme. Él no ha confiado nunca en su amor; él no ha tenido jamás la ilusion de que pudiese ser correspondido, y así no es posible que muera al saber que mi hija se ha casado. Pero ella, señora, ella, la infeliz, que no piensa sino en su amado, que espera ser su esposa dentro

de unos dias, ¿cómo podria sobrevivir al sacrificio que usted pide?

DOÑA CRISTINA.

Antonia, no me atormente V. más. La suerte de Conchita es triste, pero no tanto como la de Andrés. Si V. le viera, tan flaco, tan estenuado como está, diria V. que es la sombra de su cuerpo. Además, V. no ha consultado aún ese cambio con la niña, que quizá haria por agradecimiento lo que no haria por amor.

DOÑA ANTONIA.

¡Ay! No basta el agradecimiento, Cristina, para tan grandes sacrificios. Si V. no se compadece de mis lágrimas, si V. no renuncia á ese terrible medio, va á caer sobre nosotros la desgracia más horrenda. Pero V. cederá; V. confiará en Dios; V. no convertirá la alegría de una familia en luto y desconsuelo. (*Alzando las manos al cielo.*) ¡Oh, Señor! muévela á piedad; represéntale con toda su lástima la desgracia de Conchita; ten misericordia de todos nosotros...

(*Doña Cristina se precipita hácia la puerta, y la abre para salir. Doña Antonia la detiene y se pone de rodillas á sus piés.*)

DOÑA ANTONIA.

Cristina, no se vaya V. Mire V. mis angustias, mire usted mis tormentos. Considere V. que Conchita es mi hija única; que humanamente no es posible lo que V. pide. ¿Quiere V. que desesperada y delirante me arranque los cabellos y maldiga el dia en que nací? ¿quiere V. que cegada por el horror de mi situacion, ponga fin á mis dias, dándome muerte violenta?

DOÑA CRISTINA.

Antonia, es V. muy cruel. Me ve V. sufrir, llorar por lo que está padeciendo; conoce V. que, aunque quiero, no puedo escuchar sus ruegos; y, sin embargo, me da tor-

mento sobre tormento. No, yo no quiero que se suicide ni se desespere V., sino que se ponga sobre sí; que considere que si V. no tiene más que esa hija que le pido, yo soy viuda y no tengo más que ese hijo que se me muere; que las dos estamos en la misma cruel alternativa; y que como V. no ha hablado con Concha, quizá se desespere sin fundamento.

DOÑA ANTONIA.

¿Es decir, que todo se ha perdido? ¿que he de dejar hasta la última esperanza?... Pues hágase la voluntad de V. (*Se levanta.*) Pero mi hija no sucumbirá. Yo misma me pondré á los piés de mi esposo, y le contaré lo que ha pasado con usted, y lo que tuve con su marido.

DOÑA CRISTINA.

Me lo temia, porque yo haria lo mismo. Pero en esta ocasion no puedo ceder. Lea V. este billete, y haga lo que le parezca mejor.

(*Tira un papel en el sofá, y se va con mucha precipitacion. Doña Antonia lo toma y lee:*)

«Si dentro de dos dias no está determinado el casamiento, comunicaré á cuantas personas conozco en Madrid la correspondencia que tuvo V. con mi marido.—Cristina de Rosales.»

DOÑA ANTONIA.

¡Oh, Dios mio!

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

ANITA, CRIADO.

Estas personas están limpiando la sala. En un aposento contiguo, cuyas puertas se ven, se oye un piano tocado con irregularidad. A veces carcajadas de Arturo y voces de Conchita.)

ANITA.

Ello es que ántes de venir esa señora no tenía nada. Si la hubieses visto ayer á la mesa, retozando con la señorita y su novio, hoy te harias cruces de espantado.

CRIADO.

¿Pero qué puede haber pasado?

ANITA.

Ahí está la dificultad. No lo sé, ni creo que lo sepa nadie más que ellas dos. (*Aparte.*) Si yo no fuese una buena muchacha, tambien podria saberlo, abriendo la carta que tengo; pero Dios me libre...

CONCHITA. (*Dentro.*)

Arturo, Arturo... (*Arturo suelta una carcajada.*)

ANITA.

¡Cuán felices son! Si mi novio me quisiese tanto... tambien yo lo sería. Como son ricos y nadie les manda, es claro, la vida les parece una gran cosa...

CRIADO.

Me gustaria saber con qué cara les mira la señora. Tengo para mí que le han de hacer poca gracia.

ANITA.

¡Toma! ¿Qué duda tiene? Allí se estará sentada en un rincon, toda metida en sí, suspirando y torciéndose á veces las manos, ella se sabe por qué.

CRIADO.

Lo extraño es que los demás no lo hayan visto.

ANITA.

Como es de ayer, y ella pone tanto cuidado en que no se sepa... Sin embargo, á mí me ha parecido que la señorita Concha lo notaba, porque he visto que la miraba alguna vez con sorpresa, y le preguntaba qué tenía. Pero nosotros charlando, dejamos el trabajo, y para un dia en que ha de haber tanto trajin, tenemos mucha calma. ¿Has despolvoreado todos los muebles?

CRIADO.

Están brillantes como si acabasen de salir del almacen.

ANITA.

Es cierto. Vamos á otro.

ESCENA SEGUNDA.

DOÑA ANTONIA.—CONCHITA y ARTURO. (*Al foro.*)

DOÑA ANTONIA.

Huye, huye de estos sitios, madre desdichada; huye donde no veas sus tiernas miradas, ni oigas sus palabras cariñosas; huye donde no se te represente con tanta viveza la felicidad que gozan y la infelicidad en que han de caer... ¿Pero qué haces? ¿A dónde irás, que tu imaginacion no te muestre el espectáculo que tus ojos no pueden sufrir?... ¡Ah! Detente: huyes en vano de lo que tienes indeleblemente grabado en tu propio corazon...

CONCHITA. (*Al foro.*)

Nó, nó y nó.

ARTURO.

¿Y tú me quieres? Este es un querer muy extraño. Ven acá, niña huraña.

CONCHITA.

¡Mamá! ¡Mamá!

DOÑA ANTONIA.

¡Ay, infelices; ay, criaturas por las cuales daria amorosísimamente mis entrañas! Vosotros continuais jugueteando, como si no hubiéseis de separaros; vosotros continuais mirándoos con rendimiento, sonriéndoos con embeleso, haciéndoos inocentes caricias, esperando con amorosa impaciencia el dia de uniros y cumplir vuestros sueños más caros... Si supiéseis que vuestra suerte ha cambiado: si supiéseis que ya no puede haber para vosotros amor, ni juegos, ni caricias, ni miradas dulces, ni esperanzas, y que tendreis un porvenir de lágrimas y dolores acerbos... ¡ah! cuán grande, cuán grande sería vuestra desesperacion y sorpresa... ¿Pero es bien cierto que me está sucediendo esto? ¿no soy víctima de una ilusion ó

de un sueño penoso? ¿es natural que en tan pocas horas haya pasado yo de tanta esperanza á tanta desesperacion; de tan feliz á tan desgraciada?... Yo ayer estaba alegre: me complacia en disponer la reunion de esta noche; me detenia á mirar á mis hijos con complacencia, gozando con sus propios goces; y hoy, ¡esa reunion me hace temblar! hoy, ¡no puedo sufrir su presencia ni su voz! hoy, ¡peno y lloro!... Nó. Yo he de estar soñando. Un dia no puede haberme dado ese trastorno. Esto será ilusion. Despierta, entendimiento; sal de ese letargo fantasmagórico que me atormenta, y considera la realidad... ¡La realidad! ¡Espantosa palabra! ¡Ay de mí! Nó, no es un sueño, como digo; sino la desgracia más espantosa y real que he pasado en mi triste vida: testigos son de ello estas mudas paredes.

ESCENA TERCERA.

DOÑA ANTONIA, CONCHITA, ARTURO.

(Se oye ruido en la sala, y entra Conchita corriendo, seguida de Arturo, que quiere alcanzarla.)

CONCHITA.

Mamá, defiéndeme, defiéndeme, por Dios.

ARTURO.

Uno, no más que uno, y no te pediré ninguno más.

CONCHITA. (*Refugiándose detrás de su madre.*)

Mamá, mamá.

DOÑA ANTONIA.

¡Oh desesperacion! ¡oh terrible tormento!

ARTURO.

Mamá Antonia, dígnese V. oir las quejas que le presento del comportamiento de su hija, que es la más linda y extravagante chica que conozco. Figúrese V. que

le he pedido un besito en la frente, un tierno y puro beso de confianza, para consolarme de la separacion de media hora que me obliga á hacer una *impía diligencia*, como diria un poeta; á lo cual no quiere acceder, á pesar de que alguna vez por intercesion de V. he tenido la inefable felicidad de darle otros. Si V. me cree digno todavía de este favor, sírvase hacerme el obsequio de volver á interceder, porque si me voy sin el besito, la ausencia me parecerá más dolorosa. (*A Conchita.*) Ahora te pillaré. Ya verás.

DOÑA ANTONIA. (*Aparte.*)

¿Hay dolor como el mio? ¿hay crueldad que pueda ser más horrible?

ARTURO.

¿No me oye V., mamá? Vamos, sea V. buena, y diga á esa chiquilla voluntariosa que no me haga esperar tanto. Ya ve V.: un besito en la frente delante de V., no es cosa para pensarse mucho. ¿Concedido, mamá? ¿concedido?... Pero, ¿qué tiene V., que los ojos se le encienden, y toda su fisonomía se altera?... ¡Doña Antonia!

CONCHITA. (*Con inquietud.*)

¡Mamá!

DOÑA ANTONIA.

¡Oh, hijos mios, dejadme sola, y no me pregunteis por mis pesares! ¡Ay! ojalá pudiese confiároslos: entónces el espectáculo de vuestra dicha los mitigaria y curaria. ¡Dejadme sola, dejadme sola!

ARTURO. (*Aparte.*)

Esta buena señora tiene la cabeza trastornada. (*Conchita le hace señas.*) Me parece que Concha me ruega que la deje sola con ella. Aprovechemos la ocasion de ir á la diligencia. (*Acercándose á su oido.*) Me debes un beso, que el dia de boda te cobraré con intereses usurarios. Hasta luego. (*Sale.*)

ESCENA CUARTA.

DOÑA ANTONIA, CONCHITA.

CONCHITA.

Mamá, ahora que estamos solas, hablemos con formalidad y despacio. Desde ayer te hallo desconocida; lloras con frecuencia, suspiras á cada momento, y das otras señales de tener un gran disgusto. Quiero que me cuentes esto. Aunque parezca una loquilla, ya sabes que no soy ligera, y que la alegría de estos dias es una cosa momentánea, que nace del gozo que me da la felicidad que se me acerca. Por consiguiente, si puedo saber qué tienes, dímelo, para que te consuele ó comparta tus pesares... (*La madre no contesta, y llora silenciosamente.*) ¿Por qué no me contestas? ¿Por qué evitas mirarme? ¿No me has oido?... ¿Por ventura, no quieres complacerme? No; esto no puede ser. Una madre tan buena como tú no desaira á una hija que la quiere tanto.

DOÑA ANTONIA. (*Aparte.*)

¡Ah! Todo el corazon se me va en lágrimas.

CONCHITA.

¡Pobrecita mamá! ¡Cómo lloras! Dáme un beso. (*La besa.*) Díme qué tienes. ¿No lo puedo saber? ¿Tu pesar no se parece á otros que me has confiado, y que hemos llevado juntas?... ¡Por Dios! no me tengas suspensa. Mira que estoy sufriendo, y que cada lágrima que derramas me abrasa el corazon. Si no puedes decírmelo, háblame al ménos, mírame; pues entónces te acariciaré, y mis demostraciones de ternura y amor calmarán tus sufrimientos.

DOÑA ANTONIA.

¡Ay, ay, hija mia de mi corazon! Si pudieses ver el estado de tu madre, ¡cuán aterrada, cuán horrorizada que-

darias! (*Se levanta para irse. Conchita la detiene cariñosamente.*)

CONCHITA.

(¡Cielos! ¿qué tendrá?) Por esta misma razon has de hablar. Sea lo que fuere...

DOÑA ANTONIA.

¡Déjame, déjame; no me tortures más! Tus palabras y caricias me despedazan el corazon. Déjame, déjame sola. ¡Quiera Dios que no sepas nunca lo que tengo!

CONCHITA.

Pero, mamá, si papá te ve así, ¿qué va á decir? Además, esta noche firmamos la escritura, y si ántes no te mejoras, los convidados van á murmurar.

DOÑA ANTONIA. (*Con desesperacion.*)

¡No me tortures más; no me hagas más infeliz! (*Se entra en el salon, y se encierra.*)

ESCENA QUINTA.

CONCHITA.

No sé ni puedo imaginar qué le ha sucedido. Mi padre no le ha dado ningun disgusto; su familia no tiene novedad, y Arturo y yo, léjos de haber podido incomodarla, no hemos hecho nada que no hubiese de parecerle bien... (*Queda pensativa. Se acerca á la puerta de la sala, la tienta, y la halla cerrada.*) Se ha encerrado dentro para huir de mí... Escuchemos, á ver...

ESCENA SEXTA.

CONCHITA, ANITA.

ANITA. (*Con un papel en la mano, llama á Conchita en voz baja.*)

¡Señorita, señorita!... ¡pst! señorita.

CONCHITA.

¿Qué me quieres, Anita?

ANITA.

¿Está V. sola?

CONCHITA.

Sí. ¿Por qué?

ANITA.

Para entregarle á V. una cosa que me han dado para usted, recomendándome que no lo descubriese á nadie. ¿Dónde está la señora?

CONCHITA.

Encerrada en la sala. ¿Pero, qué cosa es esa? ¿Es esa carta?

ANITA.

¿La señora está ahí?... Entónces... Ya verá V... Apartémonos un poco de la puerta.

CONCHITA.

¿Y quién te ha dado ese recado? Vamos, acaba...

ANITA.

Aquí nadie nos oye.

CONCHITA.

Si esta carta es para mí, díme quién me la envía, y dámela.

ANITA.

Antes de dársela á V., oiga V. una cosa que vendrá muy bien. ¿Sabe V. quién estuvo aquí ayer, despues de almorzar?

CONCHITA.

Sí, Perico Saavedra y...

ANITA.

No, no; despues de éstos... Tampoco lo adivinaria usted, porque la señora me ha mandado callarlo: fué doña Cristina de Rosales.

CONCHITA.

¡Cómo, doña Cristina!

ANITA.

Sí, señora. Yo no sé á qué vendria, porque la señora se encerró con ella, y cuando salió no la ví; pero la mamá de V. me mandó que no hablase á nadie de esta visita.

CONCHITA.

Es muy extraño.

ANITA.

Y ya verá V. Esta mañana me encontré á doña Cristina, que parecia estar esperándome; me ha preguntado qué se decia en la casa de la visita que habia hecho; y... como yo... (yo me enredo) le dijese que la señora parecia estar mala, me ha puesto esta carta en la mano, diciéndome: Dála con todo sigilo á tu señorita, á doña Concha, ¿oyes? y adviértele que está relacionada con el mal de su mamá.

CONCHITA.

Dáme, dáme pronto. (*Le toma la carta de las manos y la abre y lee aparte:*)

«Conchita: mi hijo Andrés está enamorado de V. de tal »modo...»

CONCHITA. (*Interrumpiéndose.*)

¡De mí!—A ver, continuemos. (*Sigue leyendo:*)

«...de tal modo, que le tengo muy malo en París; y si no »se casa V. con él, se me muere irremisiblemente, segun »dictámen de todos los médicos...»

CONCHITA. (*Interrumpiéndose otra vez.*)

Todo esto es muy extraño. (*Continúa leyendo:*)

«...Su mamá de V. la enterará de la entrevista que ayer »tuve con ella. Yo soy viuda, y no puedo avenirme á per»der el único hijo, el único bien que tengo. Están en mi »poder unas cartas de la mamá de V. á mi marido: ella »dice que no faltó á sus deberes; pero las expresiones son »gravísimas; y si V. no se casa con mi hijo, comunicaré »esa correspondencia á cuantas personas conocemos en »Madrid, despues de lo cual las enviaré á su padre...»

CONCHITA. (*Dando un grito.*)

¡Cielos!

ANITA. (*Con espanto.*)

Señorita, ¿qué tiene V.?

(*Se abre la puerta de la sala, y entra doña Antonia con inquietud.*)

ESCENA SEPTIMA.

Dichos. DOÑA ANTONIA.

DOÑA ANTONIA.

¿Quién ha dado esta voz?... (*Viendo el estado de Conchita.*) ¿Qué tienes, hija mia?... (*A la doncella.*) ¿Qué le ha sucedido?

CONCHITA. (*Aparte.*)

¡Infortunada Conchita, en qué trance te ves puesta! ¡Ahora comprendo su llanto, sus angustias, y la desesperacion en que está! ¡Oh, cuán bien hablabas, madre querida, cuando decias que estabas puesta en el tormento más horrible! ¡Ay de mí, ay de mí, infeliz!

DOÑA ANTONIA. (*A la doncella.*)

¿Qué le has dicho? Tú has de haberle dicho alguna cosa de lo de ayer: díme lo que sea.

CONCHITA. (*Aparte.*)

¡Ah! Mi resolucion no puede ser dudosa. Yo no permitiré jamás que mis padres sean deshonrados.—¡Adios, alegres sueños de amor, que habeis sido durante dos años el encanto de mi vida! ¡Adios, esperanzas de felicidad; adios, gloria inefable de mi porvenir!

DOÑA ANTONIA. (*A la doncella.*)

Díme lo que ha pasado, Anita; dímelo, ó has de acordarte de mí.

ANITA.

Señora, nada. Si yo hubiese sabido que habia de tomarlo así... Yo no he hecho más que entregarle una carta que me ha dado para ella doña Cristina de Rosales.

DOÑA ANTONIA. (*Con terror.*)

¡Doña Cristina!

(*Entra D. Pedro en traje de calle.*)

ESCENA OCTAVA.

Dichos. D. PEDRO.

DON PEDRO.

Supongo que Arturo habrá salido á la diligencia... ¿ha dicho si volverá luego?... Parece que os estoy mortificando... ¡Qué veo!... ¡qué es esto!... tú desfigurada de dolor, Conchita en llanto, y Anita helada de asombro... (*Conchita se oculta el papel aprovechando un movimiento de su padre.*) ¿Qué ha pasado? ¿qué teneis?... ¡Por Dios que no calleis así, ó vais á volverme loco!

CONCHITA.

(¡Ay de mí! El terrible momento ha llegado.) — Anita, déjanos solos.

(La doncella sale.)

ESCENA NOVENA.

DON PEDRO, DOÑA ANTONIA, CONCHITA, despues la DONCELLA.

CONCHITA.

Papá, toma asiento; deja el sombrero aquí; dame la mano. (Ayudadme, Dios mio, ayudadme.)

DON PEDRO.

Muy solemne y muy enternecida estás, niña. Pero vaya con lo que pides. (*Deja el sombrero y se sienta.*) Sepamos qué ha sido.

CONCHITA. (*Sentándose á su lado.*)

Papá... ¿no es verdad que me quieres mucho?

DON PEDRO.

¡Niña!

CONCHITA.

A lo ménos... yo creo que tú deseas que sea dichosa; y si supieses que no lo he de ser con mi novio, cortarias nuestras relaciones.

DON PEDRO.

Pero Conchita...

CONCHITA.

Pues bien... yo... padre... he sabido.... que Arturo... que... (*Al querer continuar, prorumpe en copioso llanto.*) (*Aparte.*) ¡Oh, Dios mio, no me abandoneis, no turbeis mi serenidad, no me pongais delante el bien que pierdo!

DON PEDRO.

¡Lloras! (*Levantándose.*) ¿Qué mar de lágrimas es ese?... ¡Tambien tú, Antonia!

DOÑA ANTONIA. (*Aparte.*)

¡Oh madre infortunada! ¡oh hija de mi corazon! ¿Qué haré? ¿qué resolveré? ¿Adónde volveré los ojos?

CONCHITA. (*Aparte.*)

Arturo, recibe mi último adios. No te desesperes, no te exaltes. Soy inocente. El destino nos separa.

DON PEDRO.

Por amor de Dios, que me saqueis de esas angustias.

DOÑA ANTONIA. (*Aparte.*)

¡Una idea, cielos, una idea! Abridme un camino. Sacrificadme á mí. Salvadla á ella.

CONCHITA.

Padre... padre... tu hija, tu Conchita...

DOÑA ANTONIA.

¡Oh, muera yo y sálvese ella! (*Se levanta y abraza á su hija.*) ¡Hija mia de mis entrañas, adios, y sé feliz! (*Aparte.*) ¡Muramos, muramos!

(*La deja bruscamente, y va á salir.*)

CONCHITA.

(¡Va á matarse!) ¡Madre! ¡Padre! ¡Por Dios! (*Corre á detenerla.*)

DON PEDRO.

Pero, ¿qué locura es esa?

(*Conchita tira de la campanilla; entra la doncella.*)

CONCHITA. (*En voz baja.*)

Anita, llévate á mamá á su aposento, y no te apartes

de su lado hasta que yo vaya. Ni por órden suya la dejes sola. Sed dos á observarla. ¿Lo has oido?

DONCELLA.

Pierda V. cuidado, señorita. Juan y yo estaremos con ella.

CONCHITA.

Mamá, véte con Anita. Papá y yo iremos luégo. Sobre todo, no te aflijas. Todo se compondrá.—Padre, déjala ir. He de hablar contigo un instante.

(Anita sale, llevándose á la señora abatida y llorosa.)

ESCENA DECIMA.

CONCHITA, DON PEDRO.

DON PEDRO.

Pero, niña, ¿qué misterio es este? ¿De qué viene este dolor?

CONCHITA.

De una cosa muy grave, papá. (¡Que Dios me perdone la mentira que voy á contarle!)—Has de saber que ántes de ser amada de Arturo, lo fuí de Andrés de Rosales; y como era amigo nuestro y debíamos tanto á su familia, no me atreví á desalentarle; habiéndose ausentado, conocí á Arturo, y cuando volvió ya estaba enamorada de éste. Pues bien: ahora hemos sabido con mi madre que se muere de dolor, y yo... papá... perdóname... pero si muriese... ¡Dios mio, Dios mio, no me desampareis! *(No puede contenerse, y llora y solloza.)*

DON PEDRO.

Pero Conchita...

CONCHITA.

Si muriese... si Andrés muriese, yo tambien moriria de vergüenza y remordimientos... porque no sólo me hubiera

mostrado mala con él, burlándome de su amor, sino tambien ingrata con su familia, correspondiendo mal á sus favores... Así, permíteme deje á Arturo y me case con él.

DON PEDRO.

¿Estás loca, niña?

CONCHITA.

¡Padre, por amor de Dios!

DON PEDRO.

Pero si tú no amas á Andrés. Si tu corazon es sólo de Arturo... Además, ¿no has considerado que para salvar á uno matas á otro?... Yo he de hablarte así por deber, niña. Arturo y tú os adorais. Estamos en vísperas de uniros. Se va á publicar la segunda amonestacion. Hoy mismo se firma el contrato matrimonial...

CONCHITA. (*Abrazándose con él convulsivamente.*)

¡Misericordia, ten misericordia de mí!

DON PEDRO.

(Si no cedo, se me muere...)—Está bien. Puedes hacer lo que quieras. Pero componte tú misma con Arturo; yo no quiero despedirle ni mezclarme más en este asunto. ¿Estás contenta ahora?

(*Conchita le besa las manos, sin poder decir una palabra.*)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

Aposento de una casa de baños. Puerta de antesala y de tocador.

ESCENA PRIMERA.

DIRECTOR, D. PEDRO, ANDRÉS, el MÉDICO.

DIRECTOR.

¿Qué le parece á V. la habitacion?

DON PEDRO.

A mí bien: pero las señoras dirán si les conviene.

DIRECTOR.

¿Pero le gusta á V.?

DON PEDRO.

No sólo me gusta el cuarto, sino toda la casa. He de confesar que el establecimiento de V. compite con los mejores de España.

DIRECTOR.

Mucho me lisonjea el cumplido, D. Pedro; ya se conoce que es V. madrileño. Si me hiciese V. el favor de acom-

pañarme á dar una vuelta por él entre tanto que las señoras están con la mia, quizá juzgase V. con ménos exageracion.

DON PEDRO.

No tengo dificultad. Así le probaré á V. que he estado muy moderado. Pero... aguarde V. un momento: ahí sale Andrés con el doctor. ¡Qué lástima de chico!

(*Salen del tocador el médico y Andrés.*)

ANDRÉS. (*Cabizbajo.*)

(No tiene duda, ella no me quiere á mí.)

DON PEDRO.

Vamos á ver, vamos á ver, Sr. D. Manuel; ya conoce usted mis enfermos: madre, hija y novio: ¿qué le parece á usted de ellos? ¿curarán, ó los enterraremos aquí?

MÉDICO.

¡Hombre, D. Pedro! Tanto como enterrarlos, nó; pero si no me ayudan, creo que me darán en qué entender.

ANDRÉS. (*Aparte.*)

Esta consideracion me despedaza. Yo, yo la hago sufrir.

MÉDICO.

Un sobrino tenemos ahí del Sr. Olivan...

DON PEDRO. (*Interrumpiéndole.*)

¡Cómo! ¡un sobrino de Olivan! Si yo les he dejado en la corte rebosando salud.

MÉDICO.

Pues... ¿de veras? ¿lo sabe V. bien?... Entónces me engañé... Yo lo habia creido, viendo que se llamaba Alfredo de Olivan, y que venía de Madrid. Pero ahora conozco que no tenía fundamento.

DON PEDRO. (*Pensativo.*)

¿Alfredo dice V.?

ANDRÉS. (*Aparte.*)

¿No sería mejor que me hablase con franqueza, y me dijese que no puede amarme, que su corazon es de otro, que?... ¿pero por qué no ha de quererme, por qué á la larga no le ha de olvidar?... ¡Ah, infeliz Andrés! ¡Conoces lo que has de hacer, y sólo de pensarlo te aterras!

DON PEDRO.

Vamos, se engañó V. No tiene ningun pariente de este nombre. ¿Es jóven?

MÉDICO.

Yo lo creo. Sobre unos veintiocho años; pero está perdido. Se nos vino con una enfermedad por el estilo de la de ustedes; y aunque se puso en mis manos, no ha tomado ningun remedio. Unas veces sale y se embosca en las florestas, de donde no vuelve hasta la noche; otras se tiende en el sofá, y rehusa todo alimento. En vano le hemos hecho mil reflexiones para que cambiase de vida; no hemos podido persuadirle; de modo que ya nos tiene cansados, y si no fuese la lástima que nos dá, le hubiéramos despedido. Por ahí le verá V., vestido desaseadamente, largo el pelo, cabizbajo, hecho un verdadero beato. Yo habia pensado escribir al Sr. Olivan, para que viese lo que hacía con él; pero ahora que sabemos que no son parientes, tendremos que tomar otra determinacion, porque nosotros no podemos tolerar esa indisciplina.

DON PEDRO.

Amoríos.

DIRECTOR.

Lo mismo pensamos todos.

DON PEDRO.

¿Y es de Madrid?

MÉDICO.

De la corte, sí, señor.

DIRECTOR.

Le aseguro á V., D. Pedro, que dá lástima verle tan jóven, tan hermoso y desgraciado. Aquí no hay mujer que no se interese por él.

DON PEDRO.

Lo creo; pero digan Vds. con franqueza, señores: ¿no es una verdadera majadería que un jóven así se destornille tanto por una chica?... Yo estoy en que la mujer es una gran cosa; que cuando estamos enamorados, el ídolo nos parece sin igual; que su correspondencia nos llena de felicidad... Todo esto es cierto y bueno y bello; pero, amigo, cuando por sus culpas ó por sus gracias, hemos de olvidarnos de ella, necesario es conformarse y buscar otra. Pero los muchachos de ahora no son de este parecer. Ellos creen que al primer paso todo lo han de alcanzar. Si va de amores, el primero que tienen, aquel ha de ser, sin consideraciones de clase, de fortuna, de porvenir: ¡qué digo consideraciones! ¡sí! para consideraciones están ellos. Si va de amistades, se confian generosamente, y mejor diria néciamente, á cualquiera que les tienda la mano, sin cuidarse de saber quién es, ni qué dirán las personas de seso... Yo, francamente, no acabo de concebir qué idea tienen del mundo. Pero váyales V. con estas lecciones y reflexíones, y le llamarán materialista, prosáico y chocho... Sí, señor: hasta chocho le dirán. ¡Qué tejido de flaquezas y miserias es el hombre!... En fin, siento mucho la desgracia de ese jóven, y voy á unirme á Vds. para ver si le cambiamos. Los que tenemos corazon, y hemos sufrido, no podemos ver sin lástima desgracias tan tiernas. Díganle Vds. que estoy aquí con

mi familia, y que nos alegraremos de conocerle. Puede ser que por este camino le hagamos reflexionar.

MÉDICO.

Lo que es yo, bien, se lo diré. Pero lo dudo. Cuando el padre Rovira, nuestro capellan, que en estas cosas tiene muy buena mano, no ha podido con él, es difícil que otros puedan. Sin embargo, quedo en decírselo. Ahora bien, vea V. lo que á mí se me ocurria, á propósito de este enfermo y de los de V. Ahí tienen Vds. un jóven que curaria con sólo que quisiera; y que morirá tisico ó loco irremisiblemente ántes de tres meses.

DON PEDRO.

Ande V., D. Manuel, que otros le acompañarán. Hace tanto tiempo que no he tenido una desgracia grande, que estoy esperando una de un dia á otro, porque yo vivo reñido con la suerte. ¿Ve V. á Andrés? Pues así pasan el dia él, mi mujer y la niña. ¿Le parece á V. si puedo tener confianza?

MÉDICO.

Vamos, D. Andrés, distráigase V. un poco.

ANDRÉS.

Bien lo quisiera, D. Manuel; pero no puedo.

DIRECTOR.

Pues amiguito, por ahí ha de empezar V.

MÉDICO.

A mí me parace que no se perderia nada que el capellan de la casa les visitase á Vds. Un cuarto de hora de conversacion suya, me ha preparado la curacion de una multitud de enfermedades semejantes; pues como se originan de una languidez espiritual, y él tiene mucha elocuencia, sabe entonar el ánimo de los dolientes.

DON PEDRO.

Bravo. Me parece muy bien. Ya verá V. (*Saca una tarjeta.*) Déle V. esta tarjeta, y dígale de mi parte que tendré muchísimo gusto en conocerle. Hágale V. alguna relacion de los enfermos, á fin de que, si viene á propósito, me les eche desde luego un sermoncico. ¡Tengo tantas ganas de que se curen! Estoy mareado con esta enfermedad. Figúrense Vds. que iban á casarse, cuando el mal arreció tanto en la chica, que fué preciso dejarlo y venirnos aquí á todo correr. Dios quiera que á la entrada de otoño estén buenos y flamantes, y podamos hacer el casamiento.

DIRECTOR.

Así será: ¿con que vamos á dar la vuelta por la casa?

DON PEDRO.

Sí, vamos. A ver qué tal está esto. Entre tanto nos distraeremos. Encárguese V. de Andrés, señor doctor.
(*Al salir entran doña Antonia y Conchita, acompañadas de la señora de la casa.*)

ANDRÉS. (*Mirando á Conchita.*)

(¡Pobre amor mio, cuán pálida y enferma estás!)

ESCENA SEGUNDA.

DOÑA ANTONIA, CONCHITA, SEÑORA de la casa. Dichos.

DIRECTOR.

D. Pedro, yo no le levanto á V. la palabra que me ha dado de ver la casa inmediatamente.

MÉDICO.

Señoras, acabamos de hablar de cosas tan tristes, que con el permiso de Vds. nos distraeremos un rato con los señores. (*Señalando á D. Pedro y á D. Andrés.*)

DOÑA ANTONIA.

Les agradecemos á Vds. el interés que les inspiran.

LA SEÑORA. (*Riendo.*)

Si no fuese más que esto, doña Antonia; porque de los hombres no hay que fiar.

DIRECTOR.

Por hoy no tenemos otras intenciones. (*Saludan y vánse.*)

ESCENA TERCERA.

DOÑA ANTONIA, CONCHITA, SEÑORA de la casa.

LA SEÑORA.

Esta es la habitacion que guardamos para doña Conchita y la doncella. Me parece que no les disgustará.

DOÑA ANTONIA.

Con el permiso de V., la niña tomará asiento... (*Mirando el cuarto.*) Sí, es muy bonito.—Siéntate, Conchita. (*A la señora.*) ¡Sufre tanto la pobrecita! (*Concha se sienta.*)

LA SEÑORA.

Conmigo no hagan Vds. cumplidos... En fin, ya les tenemos á Vds. aquí. Ahora descansen, y procuren distraerse. V. está tambien muy desmejorada, doña Antonia; pero nosotros les pondremos buenos.

DOÑA ANTONIA.

Ojalá sea así, doña Clotilde.

LA SEÑORA.

Adios, doña Conchita. Póngame V. en el número de sus amigas, porque yo me he tomado la libertad de ponerla á V. en el número de las mias.

CONCHITA.

Se lo agradezco á V. (*Se abrazan.*)

LA SEÑORA.

A V., doña Antonia, le suplico lo mismo.

DOÑA ANTONIA. (*Saliendo á acompañarla.*)

Muchas gracias. V. tambien disponga de nosotras como... (*La señora se va. Doña Antonia la acompaña.*)

ESCENA CUARTA.

CONCHITA.

Quisiera de corazon que el cielo tuviese piedad de mí, y me librase de la vida. Hasta ahora he sufrido de una manera resignada; pero ya no tengo fuerzas para continuar sufriendo más.—¡Oh, Dios mio! Yo sé que sois tan bueno, que si alguna vez probais nuestra virtud, llenándonos de desgracias, luégo nos recompensais, dándonos una felicidad que no habíamos imaginado; pero como yo soy una excepcion, y ya no puedo tener ninguna esperanza de alcanzar un porvenir feliz, os ruego que no prolongueis mis tormentos... Mas si hubiéseis dispuesto que sobreviva á esta desgracia, ayudadme al ménos á sobrellevarla, librándome de las risueñas visiones que tan desapiadadamente me persiguen. Cuando me acuerde de mi felicidad pasada, apartadme estos recuerdos; cuando me parezca ver á Arturo fuera de sí, distraedme, Señor, distraedme, sacándome de la desesperacion en que caigo!

(*Entra la madre.*)

ESCENA QUINTA.

DOÑA ANTONIA, CONCHITA.

(La madre se sienta en una silla, al lado de la hija, á quien contempla un instante sin decir palabra.)

DOÑA ANTONIA.

Conchita querida, hija de mi corazon, no cierres los oidos á mis súplicas, obstinándote en sacrificarme tu amor.

Déjame hablar á tu padre ó á Andrés: quizá con una sola palabra cambie tu triste suerte.

CONCHITA.

¡Oh, madre! Guárdate bien de hacerlo. Yo no me sacrifico casándome con Andrés; sino que te reconozco á tí y á padre los servicios que me habeis hecho. Además, desengáñate de hablarles; porque si les dijeses lo que pasa, empeorarias las cosas. Doña Cristina cumpliria su palabra, y entónces papá moriria de pesar; tú no sobrevivirías á su muerte; Andrés enloqueceria de dolor; y yo, triste de mí, pereceria abrumada por tantas aflicciones.

DOÑA ANTONIA.

¡Oh, infeliz de mí!

CONCHITA.

No llores, mamá. Déjame luchar, y ten confianza; hasta ahora Dios me ha sostenido: no es posible que en adelante me abandone.

DOÑA ANTONIA.

¡Oh, Conchita! No solamente lloro por tí, sino tambien por el pobre Arturo. Cada vez que pienso en su triste suerte, el corazon se me parte. Él ha jurado perseguirte por todas partes hasta que le expliques tu conducta. Yo hay momentos en que quisiera que de repente se presentase. Así se resolveria quizá esa triste situacion.

CONCHITA.

(¡Oh, no quiera Dios que yo le vea jamás!)

DOÑA ANTONIA.

Por desgracia no lo lograré. ¿Quién sabe dónde llora su desventura? Su dolor era tan intenso, que en Madrid mismo daba señales del gran trastorno de su entendimiento. Él andaba contínuamente cabizbajo; vestía con desaliño; huia de sus amigos y conocidos; buscaba la soledad; es-

taba en un profundo embeleso... ¡Quiera Dios que ese desórden mental no haya pasado adelante!

CONCHITA.

Madre, es imposible que el cielo no se haya compadecido de él.

DOÑA ANTONIA.

Ojalá sea cierto; pero entre tanto no parece. Algunos temen que esté enfermo; otros, que haya huido donde no pueda ser hallado; otros... otros... ¡Oh, mujer infortunada, qué sería de tí, qué sería de tí, si por tu culpa hubiese perdido la vida!

CONCHITA.

¡Madre, madre mia, por Dios! Sosiégate; no te turbes; tu buen corazon te abulta las cosas.

DOÑA ANTONIA.

Hiciste mal en no quererle hablar despues de haberle escrito el billete. Debias verle; debias contarle lo que pasaba; debias decirle: Mi madre, mi madre es la causa de todo; vuélvete contra ella; publica...

CONCHITA.

¡Madre mia, por Dios! Mira que aumentas mi afliccion. (*Abrazándola cariñosamente.*) Cálmate. Arturo no puede haber muerto. Quizá sus amigos sepan ya dónde para, y nos llegue la noticia de un momento á otro. ¿No conoces tú misma, que si hubiese tenido una desgracia, le hubieran hallado papeles con su nombre? Además, ahora que estamos en esta casa, mi curacion será más fácil. Conozco que vuestro bien depende de mí, y verás cómo dentro de poco lo tendreis cumplido. En Madrid no es extraño que empeorase, porque allí todo servia para quitarme las fuerzas. Si me llevábais al teatro, cualquier cosa me hacía pensar en él; si nos paseábamos por la Castellana, me parecia que le estaba viendo; si íbamos á alguna tertulia,

me acordaba de nuestras primeras entrevistas; y tú misma sabes que en casa todo estaba lleno de su amor. Pero aquí es otra cosa. Aquí hay montañas agradables; llanuras deliciosas; aires puros y suaves; en fin, mil otras cosas que distraen, fortifican y alegran.

DOÑA ANTONIA.

¡Oh, hija mia! Si cuando te miro deploro que no hubiese muerto despues de haberte dado á luz; cuando te oigo, bendigo al cielo de que te me haya dejado gozar.

CONCHITA.

Haces bien, porque nuestra desgracia es pasajera. Bastante has tenido tú con el disgusto que recibiste; bastante sintió papá mi rompimiento con Arturo, y Andrés dista mucho de merecer que continúe desairándole. Sólo que á veces no puedo dominarme, y, perdiendo la serenidad, me entristezco y prorumpo en lágrimas. (*Se enjuga los ojos.*) Pero tú haces mal en afligirte, porque yo entónces no me desespero como crees, sino que me desahogo para ponerme más tranquila. Ahora, oye un proyecto que tengo. Dáme un beso; déjame sola, distraed á Andrés, y verás cómo mañana estoy cambiada. Nada me fortalece tanto como la soledad.

DOÑA ANTONIA. (*Abrazándola.*)

¡Oh, hija mia! ¡Oh, orgullo de mi corazon de madre; que Dios te premie en la otra vida, dándote la corona de los mártires! Adios, y ojalá tengas fuerzas para cumplir tus propósitos. (*Váse.*)

ESCENA SEXTA.

CONCHITA.

¡Triste de mí! Verme obligada á decir que me consuelo, cuando me estoy muriendo de afliccion... ¡Oh, Dios mio, con mucho rigor me tratais!... Yo acato vuestros inexplicables juicios; pero caen sobre mí, que soy una pobre niña, tantos tormentos y dolores, que no puedo ménos de

quejarme... Pero, ¿por qué me desconsuelo? ¿No he empezado el sacrificio? (*Entra Andrés, y se queda parado en el umbral, triste y apenado.*) ¿Hago más que corresponder á mis padres su amor y sus cuidados?... ¡Oh, corazon mio! Ya veo que no he de contar contigo; tú siempre faltas á aquellos á quienes das más confianza. Si yo supiese... (*Levanta los ojos y ve á Andrés.*) ¡Andrés! (*Con un movimiento de sorpresa.*) ¿Estabas ahí?

ESCENA SEPTIMA.

CONCHITA, ANDRÉS.

ANDRÉS.

Sí, Conchita; ahí estaba contemplando la lucha de tu entendimiento y corazon, y los dolores que te da; ahí estaba viendo correr tus lágrimas á raudales, y cómo buscabas en el cielo la paz que necesitas. Hace tiempo que queria sorprenderte en una de estas ocasiones; porque como siempre me has negado que yo causase tus dolencias, queria probarte con tus propios actos, ó que me engañabas piadosamente, ó que estabas en un error. Ahora acabo de alcanzarlo. Tus gemidos, tus palabras entrecortadas, la desesperacion con que invocabas á Dios, son pruebas terminantes de que si los favores que mi padre os hizo, te movieron á un sacrificio sublime, te faltan fuerzas para poder llevarlo á cabo.

CONCHITA.

¡Pobre Andrés!

ANDRÉS.

¡Oh, Conchita! No me compadezcas así, porque cada vez que me miras con esta lástima, y me hablas con ese acento tan simpático, tengo esperanzas que nunca me podrás cumplir, y en lugar de hacer lo que debo, levantándote la palabra de que te casarás conmigo, la guardo como una promesa segura de esta gran felicidad. Mejor será que me mires con torvo ceño, y me hables con aspereza, ó que nunca te cuides de mí, á fin de que halle

la resolucion que necesito para ponerte en libertad. Yo conozco que al principio no cumplí contigo, renunciando á la mano que me ofrecias, y haciendo un esfuerzo sobre mí para vencer al amor... No tuve yo sólo la culpa... Me dijeron que no amabas mucho al otro, y yo caí en la flaqueza de creerlo... Pero actualmente me parece que, si mostrándote franca, me desengañases de una vez, no sólo podria hacerlo, sino tambien pensar de nuevo en aquel estado feliz, en el sacerdocio, á que me llevaba mi vocacion piadosa... No llores, por Dios, Conchita; no te conmuevas, viendo las lágrimas que acompañan mis palabras... Sí; mucho te quiero; mi vida se sustenta con la tuya, y si pudiese unirlas... ¡Oh! (*Turbándose.*) Sí, Dios mio, sí; alta, muy alta sería mi dicha; pero yo, que no soy impío, he de sujetarme á vuestras decisiones; y ya que no lo permitís, acataré vuestra santa voluntad... ¿Pero qué digo, triste de mí?... (*Se repone.*) Me creo solo, y hablo como si nadie me escuchase... Quiero decir, Conchita, que es hora de hablar con franqueza, por tu bien y por el mio. Si no te quisiera, me bastaria mirarte para que pudiese hacer lo que debo; pero mi alma está pendiente de la tuya, y aunque al verte desmaye, al oirte cobra alientos.

CONCHITA.

¡Oh, Andrés! Eres el hombre más bueno que he conocido... No te quejes de estas lágrimas que vierto. No puedes comprender qué significan... Deja esas imaginaciones dolorosas... Yo te estimo, yo te admiro... Es verdad que aún no te amo; pero no dudo que te amaré. Ninguna mujer resistiria á tu conducta, y ménos yo, que he de ser luégo tu esposa. Pero sigue respetando mi dolor; y si pudieres, no me manifiestes el tuyo. De tí, que eres tan bueno, tan rendido, me basta una mirada, una lágrima ó un suspiro. Yo te prometo que sosegaré mi corazon, y que un dia será tuyo.

ANDRÉS. (*Cayendo á sus piés.*)

¿Qué dices, ángel mio? ¿Es verdad ó sueño lo que he

oido? ¡Que serás mi esposa! ¡Oh, dicha mia, cuán benigna, cuán generosa sois!... Perdona si me turbo... La lengua no acierta á decir lo que siente el corazon...

DON PEDRO. (*Dentro.*)

Andrés, Conchita. (*Andrés se levanta apresuradamente.*)

ESCENA NOVENA.

Dichos. DON PEDRO, ANITA. (*Fuera.*)

DON PEDRO.

¿Está aquí Andrés?

CONCHITA.

Sí, papá; aquí le estaba confesando.

DON PEDRO.

Pues que deje las confesiones para otro rato, porque ahora vamos á salir un instante. Tú viénes tambien con nosotros, niña. Con que, levántate, ponte á toda prisa el chal; y tú (*A Andrés.*) vé á tomar tu sombrero. Vamos á ver una romería de labradores que baja del monasterio, tocando sus alegres zampoñas, y cantando las canciones de la Vírgen. ¿Oís? (*Se oye un eco lejano de música y canto.*) Vamos, darse prisa, que ya están cerca. ¿Dónde tienes el sombrerito? Recógele el abanico tú. Ahí está el chal. ¿Y la sombrilla? Andando, andando, que esto va que vuela, y ha de ser cosa muy bonita.

CONCHITA.

¡Ay, papá, si me dispensases de ir!... Estoy tan quebrantada, que no podré dar un paso, ni tomar parte en la alegría.

ANDRÉS.

Sí, déjela V. Está sosegada, pero alga desfallecida.

DON PEDRO.

(En efecto, parece más animada.) Oye, niña: tu mamá

me acaba de decir que estás resuelta á curar. Si va de veras, lo acanzarás fácilmente, porque el doctor asegura que depende de tí, y que si quisieres, te pondrias buena en dos dias. Yo lo deseo extremadamente, porque ya ves cómo nos ha puesto esa enfermedad, y tu curacion restableceria luégo nuestra salud. Además, los buenos hijos, niña, en cuanto sean grandes, han de pagar á sus padres con dias de felicidad los dias malos que les dieron siendo pequeñitos. Pero tú parece que de algun tiempo acá te vas olvidando de esta deuda. Pues á fe, que no será porque no sea algo crecida, pues cuando eras chiquilla, nos has dado mucho en que entender, porque estabas tan enfermiza, que temíamos que no vivieses. Más de una vez la noche se nos ha pasado de claro en claro á tu cabecera, para poder acudir mejor á los accidentes de tu mal. Y si tú ahora no nos lo pagas, ¿cuándo te parece que nos lo pagarás?

ANITA. (*Desde el foro.*)

La señora pregunta si vienen Vds.

DON PEDRO.

Ahora, Anita, ahora. Con que, niña, ya que así lo quieres, quédate en buen hora, y hasta luego. Mañana vendrás con nosotros al monasterio, á ver la Vírgen más célebre de las montañas de España.

ANDRÉS.

Yo, papá, le haré compañía, por lo que puede suceder. Dejen Vds. á la doncella con nosotros.

DON PEDRO.

¿Qué dices? No, señor, no se puede. Déjala en paz, y vente con nosotros. ¡Bonita está ella ahora para escuchar tus chicoleos! ¡Qué cabeza de novio esta!

CONCHITA.

Te agradezco la atencion y el cuidado, Andrés; pero hoy quiero estar sola. Mañana me lo dirás todo; ¿oyes?

ANDRÉS.

Sí, Conchita.

DON PEDRO. (*Dando la mano á su hija.*)

Adios, niña. Dentro de poco estaremos de vuelta. Nos llevaremos á la doncella, para darle ese gusto. Si necesitas algo, llama á los criados de la casa. Sobre todo, no te pongas triste.

CONCHITA.

No lo temas, papá. Y tú, Andrés, ¿no das la mano á tu novia?

ANDRÉS.

Sí, Conchita mia. Adios. Ojalá que en esta ausencia no te olvides de mí.

ESCENA DECIMA.

CONCHITA. (*Despues de un momento de silencio.*)

Yo no sé lo que pasa en mi alma. Cuando estoy acompañada, suspiro por la soledad; y cuando la tengo, me llena de temor. La vista de otras personas me cansa; sus palabras me apesadumbran, y caigo en un tedio profundo. Entónces deseo estar sola; no oir más voz que la que se levanta en mi corazon; no ver más personas que las que me ofrece la fantasía. Pero así que lo logro, aquella voz me espanta, aquellas visiones me amedrentan, y quedo presa de las mayores angustias. Lo mismo me pasa ahora. La compañía de mi madre, de Andrés, de mi padre, me apenaba el corazon y postraba mi entendimiento. Parecíame que si me dejasen, respiraria mejor y podria tener algun descanso... Ya se han marchado, y esa soledad y silencio, léjos de ser un alivio, me desalientan y llenan de inquietud. Mi imaginacion me hace volver la vista atrás, y me representa las halagüeñas visiones de dias felices... La silla donde él acostumbraba sentarse, era como aque-

lla... ese piano se parece al que él me regaló... la luz está velada, como á él le gustaba tanto; aquella colgadura me recuerda... ¡pero... qué veo! (*Con agitacion creciente.*) ¿No es él... él mismo, moribundo, desfigurado... ese que está al pié del balcon?... (*Levantándose con terror.*) ¡Arturo! ¡Arturo mio!... (*Queda como embelesada durante un rato. Llaman á la campanilla de la puerta.*) ¿Qué es esto? ¿Llaman?... ¿Dónde estoy?... ¡Ah!... (*Volviendo en sí.*) Imaginacion, imaginacion (*Apretándose la frente.*), tú me has de perder, tú has de burlar todos mis esfuerzos. (*Vuelven á llamar.*) Sí; aquí llamaban. Gracias á Dios, que no estaré sola. (*Se acerca á la puerta de la antesala.*) Pueden ustedes pasar. (*Óyese abrir una puerta. Concha hace un movimiento de sorpresa.*) ¡Un cura! (*Se adelanta sin salir de la escena.*)

ESCENA UNDECIMA.

Dichos. PADRE CAPELLAN.

CONCHITA.

Sírvase V. pasar adelante, Padre. (*Entra el cura.*)

CAPELLAN.

A los piés de V., señora. El Padre Joaquin Rovira, capellan de la casa. (*Conchita le saluda.*) He recibido de don Pedro de Iturre y su familia una atenta invitacion, y vengo á agradecérsela y á ponerme á las órdenes de personas tan distinguidas.

CONCHITA.

Se lo agradezco á V., Padre; pero casualmente mi papá, porque yo soy su hija, ha salido con los demás, y tendrá usted que volver, ó mortificarse, aguardando.

CAPELLAN.

Entónces, volveré. Sírvase V. decirle que he estado aquí á ofrecerle mis respetos. (*Hace un movimiento para salir.*)

CONCHITA.

(¡Dios mio! Y se va, y voy á quedarme sola.) Padre... yo... me parece á mí que no tardarán... Si me hiciese usted el obsequio de tomar asiento... creo que no tendrá usted que molestarse mucho.

CAPELLAN.

Yo nó; pero temo que V. se canse.

CONCHITA.

¡Oh, no lo crea V.! Yo he pedido á mi familia que me dejase sola, sin considerar bastante lo que le pedia; y cuando V. ha llamado, empezaba á arrepentirme de mi imprudencia. Estoy tan débil...

CAPELLAN.

Entónces, la acompañaré á V. (*Toma asiento en el sofá, y Concha á su lado en una silla.*) Y bien; ¿qué le ha parecido á V. el país? ¿Le han gustado á V. esas montañas tan bien cultivadas, y esos campos cubiertos de verdor?

CONCHITA.

¡Ay, Padre! No puedo decirle á V. Salí de Madrid tan postrada, que nada me ha llamado la atencion. Ni ciudades, ni pueblos, ni vistas sorprendentes me han dado el más ligero interés.

CAPELLAN.

Muy enferma está V. del alma, señora.

CONCHITA.

¡Oh, mucho! Yo temo que mi mal sea incurable. Es verdad que he dicho á mi familia que pronto me pondré buena; pero ha sido para que se consolasen un poco. A mí, Padre, sólo me puede curar la muerte.

CAPELLAN.

¿Es posible que siendo V. tan jóven, sea tan desgraciada? Porque, ó yo me engaño, ó V. es una niña.

CONCHITA.

Niña, sí, Padre; pero el dolor me ha envejecido. (*Llora.*) Yo era hace poco tiempo una de las mujeres más felices. Mis palabras eran todas risueñas, y en mis pensamientos no habia una sombra de tristeza. Pero mi suerte ha cambiado: ahora paso los dias llorando y quejándome de la vida.

CAPELLAN.

Señora, los consuelos de la religion son la medicina mejor para estas enfermedades. Si V. quisiera que nos ocupásemos los dos un poco de la suya, quizá se aliviase usted, y pudiese dar á su familia dias más tranquilos.

CONCHITA. (*Deshecha en llanto.*)

¡Ay de mí! Yo no tengo ya consuelo divino ni humano. Amaba á un jóven con toda mi alma; correspondíame él con un amor aún más tierno; aprobaba la familia nuestra pasion, y ya íbamos á unirnos, cuando supe que si no me casaba con otro, caeria un gran mal sobre mi casa; y sin poderle dar explicaciones, tuve que escribirle que no pensase más en mí, y prometer á otro un corazon que no era mio...

CAPELLAN.

Señora, lo que V. hizo es admirable.

CONCHITA.

Pero, ¡ay, Padre! á pesar de esto, no he podido tranquilizarme. He de ser de uno, y pienso en otro; y aunque me esfuerzo en sosegarme con reflexiones y propósitos; despues de haberme representado el deber que he de cumplir, la imágen de mi adorado vuelve á ponerse ante mis ojos;

y como le veo desesperado y delirante, prorumpo en lágrimas, y me desespero, y deliro. (*Llora deshechamente.*)

CAPELLAN.

¡Pobre niña!... Ciertamente que es V. una mujer bien desgraciada. Amar, ser tiernamente correspondida, pensar que ese amor funda la dicha propia y acaba la de los padres; y de súbito tener que renunciar á esa ilusion; entregar su mano á otro, y hacer infeliz al que se ama... No, no hay ni puede haber para una jóven sentimiento ni desdicha mayor... Pero, ¿quién sabe si, á pesar de esto, es V. más digna de envidia que de lástima; y si debiera usted resignarse con esta suerte, y no llorar la que perdió?... Míreme V. bien, hija mia: el hombre que V. ve revestido de un ministerio sagrado ha pertenecido al siglo; ha tenido triunfos en el foro; ha frecuentado con aplauso los salones. En los paseos le señalaban con el dedo, y en las consultas, los que tenian canas, le escuchaban con respeto. Amaba con ternura á una jóven, de quien era honestamente correspondido... La víspera de la boda el cielo se la llevó... Teníala yo por la corona de mis trabajos, por el descanso de mis penas, por el remate de mi dicha; y al ver desvanecidas tan halagüeñas ideas, caí en un dolor profundo, y maldije el mundo y lo tomé todo en hastío... Pero esta desgracia fué el principio de otra dicha... Concentrado en mí mismo, pensé en Dios; y el beneficio de conocerle fué pareciéndome tan grande, que le pedí me llenase de amarguras, si para conocerle más habia de pasar por la afliccion... Entónces perdí mi madre, perdí mi hermana, perdí mi protector, perdí mi amigo más querido. Pero ya que me tomó estas prendas carísimas, sin duda para darles un destino más alto, cambió de tal manera mi espíritu, que en breve tuve fuerzas para renunciar al mundo y emplearme en su servicio y en el bien de la humanidad... (*Hay un momento de silencio. El cura se repone.*) Por consiguiente, hija mia, es menester que se ponga V. sobre sí, y se resigne con lo que el cielo ha querido. Porque si bien Dios se

compadece del hombre que se aflige y desespera cuando cae en la desgracia, pues nuestro entendimiento limitado, no pudiendo penetrar sus designios, toma como un mal lo que quizá es un bien; con todo, no podemos obstinarnos contra los decretos de Aquel cuya bondad y amor son infinitos. ¿Usted cree posible, hija mia, que un Señor tan grande, tan justo, tan misericordioso, ha de ver con indiferencia los pesares de una criatura tan buena como V.? Él, que no cierra los oidos á la oracion del criminal, ¿cree V. que no escucha la de usted? ¡Ah! Mucho sentiria, hija mia, que tuviese usted estas ideas. Dios la ve á V.; Dios cuenta una á una las lágrimas que V. vierte; pero como sabe que no podemos mostrar lo que valemos sino en medio de la desgracia, le ha llenado á V. de aflicciones, para que pudiese consolar á los mortales de las miserias de la vida, dándoles el espectáculo del gran sacrificio que ha hecho... Quizá ha de pasar V. aún por pruebas más terribles. Pero no por esto desconfie V. Acuda V. entónces á su gran misericordia, ponga sólo los ojos en él, y verá cómo tiene fuerzas sobrehumanas para resistir aquel dolor que le parecia mortal. Así espero que lo haga V. (*Se levanta.*)

CONCHITA.

Padre... la emocion no me deja hablar... Seguiré como pueda sus consejos... ¡Ojalá den el resultado que V. espera! Pero... el llanto me turba... ¡Dios mio! ¡Dios mio! (*No puede hablar más, y llora.*)

CAPELLAN. (*Haciéndola sentar.*)

Tome V. asiento y llore cuanto pueda, hija mia. Pero no olvide V. que es bienaventurado sobre todos los bienaventurados el infeliz que puede llorar sus infortunios. (*Váse.*)

ESCENA DUODECIMA.

CONCHITA.

Cielo, te doy gracias... Perdóname estas lágrimas... No

lloro de dolor... Lloro de alegría... Ya te has compadecido de mí... Tengo nuevas fuerzas, yo, que pensaba haber perdido todo aliento... (*Arrodillándose.*) ¡Oh, ya que has sido tan misericordioso conmigo, sólo tambien con Arturo! Él, que nada sabe; él, que no expía ninguna falta, es mucho más digno que yo de tu amparo y compasion. Rendidamente te pido que hagas... (*Dando un gran grito.*) ¡Dios mio!

(*Arturo ha entrado poco ántes, y se ha parado en el umbral, cruzado de brazos y sin decir palabra. Lleva desnuda la cabeza, crecido el pelo y el traje desaliñado.*)

ESCENA DECIMASEXTA.

CONCHITA, ARTURO.

CONCHITA.

¿Qué es esto, Señor? ¿Estoy fuera de mí, ó es verdad que eres Arturo?

ARTURO.

Sí, Arturo soy; Arturo, que viene á pedirte cuenta de tu conducta y á absolverte ó castigarte. Si la duda te turbaba, ya puedes tranquilizarte. Soy Arturo, el mismo Arturo, invitado por tu padre para que venga á veros.

CONCHITA. (*Dejándose caer en el sofa.*)

No me desampareis, Vírgen mia: dadme fuerzas, dadme fuerzas.

ARTURO.

¿Te aterra verme? Entónces tendrás muy mal la conciencia. Lo siento; porque, á pesar de todo, te creia inocente.

CONCHITA.

¡Señor misericordioso, compadeceos de él, iluminadle; movedle á piedad!

ARTURO.

Créeme, no te dirijas á Dios; yo tengo para mí que esta entrevista es providencial. Si no, júzgalo tú misma por lo que ha pasado. Yo, desesperado de no poderte ver á tí ni á tu madre, y de no sacar ninguna explicacion de tu padre; desesperado de que no contestases á mis cartas, y de que los criados de tu casa no me revelasen nada de importancia, cambio de nombre, huyo de Madrid, y me vengo á morir aquí, donde nadie me conoce ni nadie me buscará. Tú caes enferma, te pones mala; ¿y qué hacen los médicos? te recetan estas aguas; llegas con tu familia, ¿y qué sucede? que tu mismo padre, engañado por mi nombre, me lo participa, y me ruega que pase á veros. Díme: ¿no es esto providencial? ¿no lo parece al ménos? Ya ves si Dios se puede mostrar más amigo.

CONCHITA.

¡Señor, Señor!

ARTURO.

¿Sufres?... ¿Lloras?... ¿Te tuerces las manos con desesperacion?... ¡En buen ridículo te pones! ¿No valdria más que continuases tu papel? Deja esas contorsiones, y pon los ojos en mí. ¿Te parece si soy lo que era ántes? Créeme, niña: mírame, y te divertirás y reirás. Vé cuán hundidos tengo los ojos; vé cuán pálidas las mejillas; vé cómo la muerte me ha cogido ya, y me prepara la agonía... ¿Pero por qué no me miras? (*Con furia.*) Levanta la cabeza, mujer pérfida. (*Le coge la cabeza, y se la hace levantar á la fuerza.*)

CONCHITA.

¡Oh, Arturo cruel, Arturo infeliz! ¡Qué venda tienes en los ojos! Tú quieres que te mire; pero ¿por qué no me miras tú á mí? ¿Soy tambien lo que era ántes? ¿Me reconoces? ¿Dónde está mi juventud? ¿dónde mi alegría? ¡Ah! todo lo he perdido, todo, sólo de pensar que tú sufrias.

ARTURO.

¿Qué dices?... Pero esto no puede ser; porque si fuese cierto, no me hubieras dejado por Andrés... Pero sea de ello lo que fuere, yo no he venido aquí para perder el tiempo conversando, sino para saber qué motivos tuviste para hacerme aquella injuria.

CONCHITA.

Arturo, Arturo, ya sabes que no sé mentir, y que en lo que te diga no faltaré á la verdad. Cuando te dejé, no entendí injuriarte; nó, nunca pensé en esto; pues yo no podia hacer injurias á una persona que me habia tratado tan bien. Todo fué que, habiendo sobrevenido una circunstancia que sólo conocemos dos ó tres personas, tuve que sacrificarte, con el dólor que supondrias si la pasion no te cegase.

ARTURO.

Todo esto no vale nada. Me lo has dicho y repetido mil veces, sin dejarme satisfecho. Yo quiero claridad, precision; quiero que me digas: Arturo, te abandoné por tal y tal motivo, y no por desprecios ni preferencias. Entónces me retiraré, y no te molestaré más. ¿Quieres decírmelo?

CONCHITA.

¡Ay! no puedo.

ARTURO.

¿Que no puedes? Pues lo dirás, lo dirás; ¿oyes? lo quiero, lo exijo, y ha de ser ahora mismo, ahora mismo sin remedio.

CONCHITA.

¡Arturo, Arturo!

ARTURO.

Es inútil que llores. Conoces mi genio, y sabes que no cederé. ¿Te lo mandaron tus padres?

CONCHITA.

No, no; ellos querian que me casase contigo.

ARTURO.

¿Entónces fué cosa tuya?

CONCHITA.

Sí, mia; pero... pero...

ARTURO.

¿Pero qué? ¿Acabarás?

CONCHITA.

¡Ay! no puedo decir más.

ARTURO.

Esto es una excusa.

CONCHITA.

¡Dios mio, Dios mio!

ARTURO.

¿Sufres de dolor, ó de remordimientos?

CONCHITA.

De dolor; de dolor de no poder explicarte lo que pasa.

ARTURO.

¿Me quieres aún?

CONCHITA.

Con toda mi alma, amado mio.

ARTURO.

¿Como ántes? ¿con aquel mismo cariño? ¿con aquella misma pasion?

CONCHITA.

¡Oh! con mayor, porque has sufrido tanto por mí, que me eres más precioso.

ARTURO.

¿Sería posible?... Entónces, vente conmigo; huyamos; yo te llevaré á una parte donde nadie te conozca ni pueda alterar nuestra dicha. Allí nos casaremos, y vivirás otra vez tranquila. (*La toma de una mano y la saca fuera. Conchita da algunos pasos, pero de repente se detiene, desase su mano, y retrocede.*)

CONCHITA.

¡Ah! ¡qué hago, triste de mí!... Perdóname, Arturo: si me fuese contigo, mi familia estaria perdida. No puedo ir, ¡ay! no puedo.

ARTURO.

¿Y te quedas para casarte con otro?... Bien está: quédate con Dios, y sé feliz. Yo no sé lo que será de mí; pero si paro mal y eres culpable... que el cielo... pero no quiero acabar: si eres grande, siento no comprenderte; si pérfida... te compadezco. Adios, para siempre. (*Va á salir.*)

CONCHITA. (*Deteniéndole.*)

Arturo, escúchame un momento. No me exasperes más: prométeme... oye, no te vayas: prométeme...

ARTURO.

¿Quieres dejarme?

CONCHITA.

No puedo... Tú te engañas... Yo no soy culpable... Soy

inocente... Lo que hago es un deber... Por Dios... Por lo más sagrado...

DON PEDRO. (*Al foro.*)

¿Qué voces son estas?

CONCHITA.

¡Cielos! ¡mis padres!

(*Entran D. Pedro, la Madre y Andrés.*)

ESCENA ULTIMA.

Dichos. DON PEDRO, DOÑA ANTONIA, ANDRÉS.

DOÑA ANTONIA.

¡Hija mia!

ANDRÉS.

¡Conchita!

(*Todos hacen un movimiento al ver á Arturo. Doña Antonia se deja caer en un sillon.*)

DOÑA ANTONIA.

(Mi tormento llega al colmo.)

DON PEDRO. (*A Arturo.*)

¿Qué hace V. aquí, caballero?

ARTURO.

Lo que tengo derecho. Pedir á la mujer que fué mi novia cuenta de su conducta conmigo, ya que sus padres no quisieron dármela.

DON PEDRO.

Me parece que podia V. esperar otra ocasion y otro lugar más á propósito.

ARTURO.

Así lo hice en Madrid; pero como Vds. tuvieron buen cuidado de quitármelos, he tenido que pedirla aquí.

DON PEDRO.

Supongo que satisfecho ya de las explicaciones de la señora, va V. á despedirse.

ARTURO.

Supone V. mal; porque como la señora no me ha dado ninguna, tengo el sentimiento de decirle á V. que no saldré de su casa sin que Vds. me la den.

DON PEDRO.

No tengo dificultad. La señora tuvo á bien dejarle á usted, porque siendo amada de D. Andrés de Rosales, á cuya familia debia yo la vida y otros inestimables favores, no pudo consentir que este caballero muriese, como los médicos aseguraban que iba á suceder. Por lo demás, la separacion no fué sin gran sentimiento de su parte y de la nuestra, pues todos conocíamos las altas prendas de V. y el honor que su enlace nos daba.

ARTURO.

Como supongo que V. me da esta explicacion con toda formalidad, he de decirle que está en contradiccion con lo que me ha dicho la señora, pues ni me ha hablado de tal cosa; además he de suponer que si esto fuese la verdadera causa, tiempo há que yo la sabria. Al contrario: la señora me ha dicho á mí de una manera muy séria, que ha prometido su mano á Andrés para evitar á sus padres una horrible desgracia.

DON PEDRO.

¡Cómo una horrible desgracia!... ¿Tú has dicho esto, Conchita? (*No contesta.*) ¿Pero qué desgracia es esta? (*Se vuelve á su esposa, que llora.*) ¿Qué dices tú, Andrés?

ANDRÉS.

Señor, yo no tengo noticia de otras causas que las que usted ha citado.

DON PEDRO.

Señores, háganme Vds. el favor de hablar, porque estoy quedando mal con D. Arturo. Sea cual fuere ese secreto, les ruego que lo digan, pues el señor tiene toda mi confianza. (*Nadie contesta.*) Hablen Vds., hablen ustedes, por Dios. Acábese de una vez la oscuridad en que me tienen desde aquel dia fatal. Sea lo que fuere, no teman por mí: la revelacion me hará ménos daño que ese silencio misterioso. El que sepa lo que haya, dígalo; y aunque redunde en ofensa mia, esté seguro que lo perdonaré, no sólo por mi condicion indulgente, sino tambien por la satisfaccion que me dará la franqueza...

(*Todos guardan silencio. Doña Antonia se pone en pié.*)

DOÑA ANTONIA.

Esposo mio, si hasta hoy he callado, no ha sido por temor de ser castigada, pues hubiera recibido resignadamente la pena que me hubiéseis impuesto; sino porque nuestra hija me habia amenazado con poner fin á sus dias si te decia lo que pasaba. Hoy no puedo ménos de hablar. Leed estos dos papeles, y perdonadme si os parezco digna de perdon. (*Le da los papeles, y se arrodilla á sus piés. D. Pedro abre un papel, y lee.*)

DON PEDRO.

¡Oh, traidora! (*Le caen los papeles de la mano, da un paso atrás mirando con espanto á su esposa, y se turba. Conchita corre á sostenerle.*)

CONCHITA.

Papá, mi querido papá, serénate, y léelo todo: no hay tanta gravedad como supones: lee este papel que me fué dirigido á mí. (*Recoge uno y se lo da.*)

DON PEDRO.

(Sosiégate, corazon: duro es el golpe que te han dado; pero... sosiégate, sosiégate.) Dáme, hija... ¿dónde está?...

Ya veo... ¿Está al revés?... No distingo las letras... (*Lee la otra carta, y se vuelve, llorando, á su hija.*) ¡Oh, Dios mio! ¡oh!... ¿Y tú, consuelo y delicias de mi vejez, tú hiciste ese noble sacrificio?

CONCHITA.

Papá, yo no hice más que mi deber.

DON PEDRO. (*Echándose en sus brazos.*)

¡Oh, luz de mis ojos! ¡Oh, tierna salvadora de lo que estimo más que la vida! ¡Cómo corresponder á tan sublime accion!

CONCHITA.

Perdonando á mi madre, papá. Levántala y abrázala como á mí. Si lo haces, daré por bien empleados todos los dolores que he tenido. Ya conoces, además, que lo merece. Su imprudencia ha tenido un castigo bien duro.

DOÑA ANTONIA.

Señor, yo os juro por lo más sagrado, que si no fuí tan severa como debia, no tengo que reprocharme lo que ha supuesto doña Cristina. La culpa de todo la tuvo aquel que quiso abusar de los favores que nos habia hecho.

DON PEDRO.

(*Aparte.*) ¿Será cierto?... Así lo debo creer, pues su comportamiento siempre ha sido irreprochable. Además, su acento parece sincero. Seamos cristianos y acallemos la voz de la injuria que me turba el entendimiento. (*Alto.*) Sí, sí, Conchita; merece que la perdone, no sólo por lo que ha sufrido, sino tambien por haber concebido un ángel como tú. (*Se vuelve á su esposa y la levanta.*) Levántate, y ojalá que Dios sea tan misericordioso contigo como yo. (*La besa en la frente; ella le besa las manos.*)

CONCHITA. (*Abrazando á su padre.*)

¡Oh! ¡padre mio! ¡Que el cielo te pague la felicidad que me das!

DON PEDRO.

Basta de caricias, hija mia, basta, y ocupémonos de lo más urgente.

(Conchita conduce á su madre al sofá, y se sienta con ella.)

DON PEDRO. (*A Andrés.*)

Caballero, V. ha sido engañado como yo. Lea estos documentos, y si tiene V. valor, cásese V. con mi hija.

(*Andrés los lee, mostrando una gran emocion.*)

ANDRÉS.

¡Qué veo! ¿Es posible que habiendo esto, me lo hayan ustedes ocultado? ¿Es posible que yo fuese á cometer una accion tan ruin?... (*Volviéndose á todos.*) Señores, les pido á Vds. perdon de la ceguedad de mi madre, á quien disculpa un poco su amor maternal; les levanto la palabra que me dieron, y les prometo solemnemente, que ántes de ocho dias, una persona de carácter sagrado pondrá en manos de D. Pedro dichas cartas. (*A Arturo.*) En cuanto á V., es libre, por lo que mira á mí, de casarse con la mujer que ama. Siento mucho haber sido causa de sus sufrimientos, y espero que me lo perdone... ¡Dichoso V., que es amado de una mujer que vale más de lo que V. cree! Quizá sepa un dia lo que ha pasado. Entónces verá usted que, todo el amor, toda la fidelidad, todos los sacrificios imaginables, no pueden pagar la posesion de un alma tan grande, tan pura, tan angélica como la de esta niña admirable!

FIN.

LA EVIDENCIA.

A la distinguida primera
actriz Sra. Dª Maria
Alvarez Rubio

su amigo

Juan Sr. Silvarosa

LA EVIDENCIA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA el 11 de Diciembre de 1877.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA MARQUESA DE TARAZONA..	D.ª María Álvarez Tubau.
LA GENERALA FERNANDEZ....	D.ª Balbina Valverde.
EL GENERAL FERNANDEZ.....	D. Emilio Mario.
RAMON SANDOVAL.....	D. Elías Aguirre.
BUITRAGO.....	D. Julian Romea.
LUISITO SANJURJO.....	D. Ricardo Zamacois.
EL VIZCONDE DE ANDORA.....	D. Fernando Viñas.
AMIGO 1.º.....	D. José Rubio.
AMIGO 2.º.....	D. Fermin Valle.

La accion en Madrid, en casa de la Marquesa.
Época corriente.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.
El autor se reserva el derecho de traduccion.
Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LA SEÑORA

DOÑA

CÁRMEN SERRANO Y DOLZ DE SERRANO.

Le dedica estas páginas en prenda de cariño

Su sobrino

Paco.

ARCHIVO TEATRAL
DE
MARÍA A. TUBAU

Mp = Mano
Tomás
Gaspar

ACTO PRIMERO.

Sala lujosamente amueblada. Puerta al fondo, por la que se ve un salon de paso con una araña encendida. Puerta lateral izquierda, que conduce á otro salon. Puerta lateral derecha cerrada y con el cortinaje fuera de las guardamalletas. Á la derecha mesa de tresillo. Á la izquierda piano con partituras, papeles sueltos de música, etc. Velador con periódicos, álbums, etc.

ESCENA PRIMERA.

EL VIZCONDE DE ANDORA y sus AMIGOS.

El Vizconde tendido en un sillon, con una pierna sobre la otra y mirando á sus amigos irónicamente.

VIZC. ¿Conque no habeis podido averiguar nada?

AMIGO 1.° Nada.

VIZC. Pues insisto en que esa mujer tiene un amante.

AMIGO 1.° Repara que pueden oirte.

VIZC. ¡Qué han de oirme! Estamos á respetable distancia de los salones. Ademas, este es un gabinete de confianza, y en confianza podemos hablar mal de todo el mundo.

AMIGO 1.° ¿Hasta de la dueña de esta casa?

VIZC. Soy yo demasiado galante para eliminarla.

AMIGO 1.° Por ahí dicen que tú... en tiempos...

VIZC. ¿Qué!

AMIGO 1.° La hiciste el amor.

VIZC. (Levantándose con desden.) ¿Yo?

AMIGO 1.° Y dicen más: que fuíste derrotado.

VIZC. (Con ira.) ¿Derrotado?

AMIGO 1.° Nosotros no lo hemos creido.

AMIGO 2.° ¡Cá!

AMIGO 1.° ¡Buen mozo estás tú para sufrir derrotas! (Picarescamente al amigo 2.°.) ¿Eh?

AMIGO 2.° (Ponderando.) ¡Uff!...

VIZC. No os dé cuidado, que yo me vengaré de esas hablillas.

AMIGO 1.° La verdad es que la tal Marquesa de Tarazona es una diosa...

VIZC. Que caerá del Olimpo.

AMIGO 2.° ¡Já! já! já!

AMIGO 1.° ¿Vas á la embajada?

VIZC. Más tarde.

AMIGO 1.° Pues, chico, hasta luégo. (Sin darse la mano.)

AMIGO 2.° Hasta luégo.

VIZC. Adios. (Vánse los amigos por el fondo.)

ESCENA II.

VIZCONDE, á poco BUITRAGO.

VIZC. La verdad es que la derrota fué completa. Dicen que el Vizconde de Andora es afortunado con las mujeres... pero ésta me trata con una indiferencia glacial... ¡Phs! Está en su derecho.

BUIT. (Por el fondo, volviendo la cabeza atrás.) ¡Diablo de niño! No he visto nada más pesado en todos los dias de mi vida.

VIZC. ¿Qué tienes que estás tan furioso?

BUIT. Vengo huyendo de Luisito Sanjurjo.

VIZC. ¿Te ha pillado por su cuenta, eh?

BUIT. No me deja en paz.

VIZC. ¡Digo! Y tú que necesitarás estar completamente libre.

BUIT. Como que tengo avidez de divertirme.

VIZC. Y en una noche como esta...

BUIT. ¡Pues no se empeña en que he de pasarla jugando al tresillo con la Generala Fernandez!

VIZC. ¡Bonita diversion!

BUIT. ¡Figúrate!...

VIZC. ¡Y con las mujeres que han venido!... (Echándole el brazo al cuello.) Chico, he descubierto dos ó tres belenes de primer órden.

BUIT. Yo no sé cómo te las compones; pero tú los descubres todos.

VIZC. Todos no: me falta uno; pero ese dará el trueno gordo, será la bomba final, mejor dicho, será una funcion de pólvora completa... Pim, pum, pam... Ya verás.

BUIT. Cada loco con su tema. Á tí te ha dado por ahí.

VIZC. ¡Qué quieres! Se han empeñado en decir que hay *virtudes femeninas*, y quiero probar todo lo contrario.

BUIT. ¡Ay! aquí viene Luisito. Tendré que matarle ó dejarle. No sé qué hacer con él.

ESCENA III.

LOS MISMOS, LUISITO.

LUISITO. (En la puerta del fondo.) ¡Hombe, po María Santíma!

BUIT. No, no y mil veces no.

LUISITO. Buitago, te lo pido con mucha necesidá.

BUIT. Aunque te desmayes.

LUISITO. ¡Buitaguito!

BUIT. Aunque te mueras.

LUISITO. (Incomodado.) Coriente: le diré que eres un gosero.

BUIT. ¿Qué?

LUISITO. Que no te da la gana de jugá con ella.

BUIT. Te guardarás bien.

VIZC. (Á Luisito.) Pero oye: ¿le estás haciendo el amor á la Generala?

LUISITO. Hombe, no seas atoz.

VIZC. No, no hagas ascos. Es jamon bien cuidadito, y aunque no llega á la Marquesa de Tarazona, para agregarla al ejército de reserva no me parece tan mal. (Colocándose

en medio.) Y á propósito de la Marquesa... ¿Vosotros no sabeis nada de?... ¿Eh?

BUIT. ¿De qué?

VIZC. De si tiene ó no tiene...

BUIT. Calla, hombre, no seas maldiciente. La Marquesa es una mujer ejemplar; una viuda de veinte años capaz de dar lecciones de prudencia al hombre más sesudo y grave.

LUISITO. La vedá e que nadie tiene motivo pa decí de ella.

VIZC. ¿Nadie? (Despues de mirarlos burlescamente.) Vaya, caballeros, buenas noches.

BUIT. ¿Pero es que tú sabes algo?

VIZC. ¿Yo? (Repite las miradas.) Buenas noches.—¡Ah! (Dirigiéndose zumbonamente á Buitrago.) Ya te contestaré á esa pregunta. (Tarareando.) Tarí, tará, tarí. (Váse por la izquierda.)

BUIT. No, chico, si á mí no me importa...

ESCENA IV.

LUISITO, BUITRAGO.

LUISITO. Ni á mí. Lo que yo quiero é tené contenta á la Generala. Me ha dicho que quiere jugá al tesillo, que busque pie... y te he bucado á tí.

BUIT. Pues oye: si no te vas de aquí te voy á dar el pie; pero va á ser despues de la punta.

LUISITO. Pue ante bien te gutaba tesilleá con ella.

BUIT. Pero una noche me dió catorce codillos...

LUISITO. Y volvite á jugá al siguiente dia.

BUIT. Y me volvió á dar otros catorce, y me escamé.

LUISITO. É vedá que tiene un poco de suete.

BUIT. Hombre, no digas un poco, dí que tiene una suerte escandalosa. Hace dos meses, sin ir más lejos, me ganó dos mil cuatrocientos perros chicos.

LUISITO. ¡La má de tahillas!

BUIT. Y me levanté de la mesa diciendo: aquí paz y despues gloria.

LUISITO.] ¡Goria! Ahí etá mi cuetion. ¿Cree tú que si la Generala Fenandez no fuese made de Goria etaría yo tan mataca? Pero como yo adoro al santo po la peana...

BUIT. ¿Te hace caso la hija del general Fernandez?

LUISITO. ¡Vaya una pegunta etúpida! Á mí no se me resite ninguna mujé.

BUIT. ¿Y cómo haces para verla y hablarla? Su padre no la lleva á ninguna parte.

LUISITO. ¡Oh! Yo soy muy pillo... Yo te contaré...

BUIT. Sigue viviendo ahí enfrente.

LUISITO. Ahí enfente.

BUIT. Ten mucho cuidado.

LUISITO. Sí; ya sé que el pade é muy buto, y que si me pilla *in faganti*, me divide. É un señó á quien tengo un miedo ceval. Pero amó me potege. (Frotándose las manos con fruicion.) He logado una cita clandetina pa eta noche.

BUIT. ¡Demonio!

LUISITO. Chist... Me tiene que ayudá tú.

BUIT. ¿Yo?

LUISITO. No hay remedio.

BUIT. Por lo visto tú necesitas que te ayuden en todo. Pues te advierto que no me gustan tercerías, ni meterme en los asuntos del prójimo.

LUISITO. Pero como nosotos somos pimos...

BUIT. Ah, sí, no me acordaba que somos *pimos* y que los *pimos* no son *pójimos*. Bien, hombre, te protegeré, te ayudaré en tu empresa amorosa. Lanzaremos el escuadron de los grandes recursos.

LUISITO. ¡Bavísimo! ¡Bavísimo!

BUIT. Todo lo que quieras con la hija; pero en cuanto á la madre... (Alzando la voz.) en cuanto á la Generala...

LUISITO. Chist... baja la voz...

ESCENA V.

LOS MISMOS, la GENERALA.

GENER. (Parándose en la puerta del fondo y mirando al interior.) *Le*

General viendra tout à l'heure.

BUIT. (¡Uff! Ya pareció aquello.)

LUISITO. (Á Buitrago.) Po poco me compometes.

GENER. (Saludando.) ¡*Merçi*! (Bajando al proscenio.) ¡Hola! ¡Hola!... Celebro en el alma encontrar á ustedes aquí. (Apretando la mano con efusion á Buitrago.) ¿Cómo va? ¡Tanto tiempo sin vernos!

BUIT. Un mes.

GENER. ¿Ha estado usted en el Norte?

BUIT. Sí, señora.

LUISITO. Se ha batido como un bavo.

GENER. Si, eh?

BUIT. (Á Luisito.) ¿Qué sabes tú?

GENER. ¿Ha visto usted á mi hijo Cárlos?

BUIT. Una vez: sí, señora.

GENER. Creo que ha estado en la accion del dia cuatro.

LUISITO. Vaya, como que...

BUIT. (Á Luisito.) (Calla.)

GENER. (Con viveza.) Que, ¿sabe usted algo de mi hijo?

LUISITO. Nada: que se ha batido tambien como un bavo.

GENER. Ah, sí, y gracias á Dios, con fortuna. ¿Va usted á estar muchos dias en Madrid?

BUIT. Los que el ministro quiera. He venido á traer pliegos del general en jefe.

GENER. Antes que se me olvide. (Buitrago y Luisito se acercan con curiosidad á la Generala.) ¿Á qué madre se referían ustedes hace un momento?

BUIT. ¿Cómo?

LUISITO. ¿Qué?

GENER. Cuando me detuve allí con el Secretario de la Embajada francesa, decían ustedes: (Ahuecando la voz.) Pero en cuanto á la madre...

LUISITO. Ah, sí, jutamente.

BUIT. Ya me acuedo.

LUISITO. No referiamo á la made de...

BUIT. Pues!... á la madre del cordero.

LUIS. Codero ó codera, lo mimo da.

GENER. Y luégo añadían ustedes: «en cuanto á la Generala..

BUIT. Esa Generala es usted.

GENER. ¡Ya decía yo!

BUIT. Á mí me gusta mucho Gloria.

GENER. ¡Miren que picarillo!

BUIT. Y usted á Luisito extraordinariamente.

LUIS. (Asustado.) ¿Eh?

BUIT. Sea dicho con perdon del General.

GENER. Y hablando de gustos...

BUIT. Decíamos: la hija... oh, la hija!... Pero en cuanto á la madre...

LUISITO. ¡Oh, sí, la madre!...

GENER. Sí, sí... ¡en cuanto á la Generala... Jó! jo! jo! ¡Qué trapalones!

LUISITO. Y todo venía á popósito de habeme dicho ete que su mayó place en el mundo é jugá con uté al tesillo. (Buitrago se le queda mirando con asombro.)

GENER. (Con alegría.) ¿De veras?

BUIT. Sí señora; tengo un placer infinito.

GENER. Pues no perdamos tiempo. (Se dirige á la mesa de tresillo y arregla una baraja.) Puede usted considerarse completamente feliz, porque dedicaré toda la noche al juego.

BUIT. (Pues me he divertido.)

LUISITO. (Con fruicion.) (Etá fudioso.)

BUIT. (Haber venido á Madrid con ansia de campar por mis respetos y encontrarme preso en las garras de... Malditos sean Luisito y la Generala y...)

GENER. (Acercándose con coquetería y presentándole la baraja.) Buitrago...

BUIT. (Marcando la transicion.) Ah, señora, con mucho gusto... (Saca una carta.) Espadas.

LUISITO. E naturá; como ere del oficio...

GENER. Usted.

LUISITO. Con mucho gusto.—Copas.

BUIT. Es natural, como eres del oficio.

GENER. ¡Luisito!

LUISITO. No le haga usted caso.—(Vaya una bomita pesada!)

BUIT. (Te voy á desacreditar.) (Le da un pellizco.)

LUISITO. ¡Ay!

GENER. ¿Qué?

LUISITO. Nada; que ahí etá el pueto de uté, ete é el tuyo... y ete el mio. (Se sientan: la Generala frente al espectador, Luisito á la izquierda y Buitrago á la derecha.)

BUIT. (Poniendo una ficha en el plato.) (¡Paciencia y barajar!) Corte usted.

GENER. (Cortando.) Está el baile brillantísimo... todo Madrid. Carolina recibe con una franqueza y una gracia verdaderamente encantadora. La pobre no quería abrir sus salones despues de su viudez; pero tanto hemos insistido los amigos, tanto la hemos fastidiado, que al fin... —Juego.

LUISITO. Pefetamente.

BUIT. (Ya empezamos.)

GENER. Bastos.—¡Pobre Carolina! Yo no sé por qué guarda tantas consideraciones á la memoria de su difunto marido. Canalla. Más canalla no pienso conocerle. ¡Ya se ve!... La casaron al salir del colegio con el tal marquesito de Tarazona porque era rico y... La chica no le conocía... ni tuvo tiempo de conocer sus condiciones morales ni... Los padres muchas veces estamos tocando el violón. (Tendiendo las cartas.) Cinco estuches, á diez. No hemos dicho el tanto; jugaremos á real.

BUIT. (¡Pues señor, me he divertido!)

LUISITO. (¿Á real!... María Santima!)

GENER. (Barajando y dando cartas.) Así es que Carolina pasó del colegio á los brazos de un verdugo. La transicion no pudo ser más violenta. El marquesito de Tarazona... ustedes lo recordarán, era un pollo calavera que no carecía de ningun requisito para hacer la desgracia de una mujer. Jugador, quimerista, mujeriego... en fin, una alhaja. ¡Y ella, la infeliz, tan resignada, tan buena, tan prudente!... (Tendiendo las cartas.) Esto no se puede perder: cinco estuches, favor, primeras á cuarenta y cinco.

LUISITO. (Pagando.) Cuarenta y cinco.
BUIT. (Pagando.) Cuarenta y cinco.
LUISITO. El tesillo é un juego encantadó.
GENER. Á mí me entusiasma.
BUIT. Á mí tampoco.
GENER. ¿Eh?
BUIT. Quiero decir... (Siguen y jugando.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS, MARQUESA.

MARQ. (Parándose en la puerta del fondo y mirando al interior.) Creo que me ha visto salir del salon. (Acercándose á la mesa de tresillo.) Jesús, Jesús, qué viciosos! ¿Quién gana?
BUIT. Marquesa, ¿y usted lo pregunta?... ¡Quién ha de ganar!...
LUISITO. La Generala tiene siempe la cata pecisa pa jugá má.
GENER. Exageraciones de estos caballeros. No creas...
BUIT. ¡Gracias á Dios que voy á hacer una entrada!
LUISITO. Y yo á favó.
GENER. Y yo vuelta.
LUISITO. Uté, señora, uté.
BUIT. (¡Y yo he dejado á los carlistas!)
MARQ. (Que habrá estado impaciente, volviendo la cabeza.) (¡Ah! Ya se acerca... ¿No estoy temblando? Vamos, ¡soy lo más tonta!... Siempre que le veo no puedo dominar mi emocion.—Hoy le hago feliz, sí, de hoy no pasa. Señalaremos dia para la boda; pero ántes sondearé de nuevo su corazon. Es tan desconfiado...) (Recorre el teclado preludiando levemente una melodía.)

ESCENA VII.

LOS MISMOS, RAMON.

RAMON. (Por el fondo.) (Ah, está aquí.) (Se acerca á la mesa de tresillo.) Buenas noches, señores.
BUIT. Adios, Ramon.

GENER. Llega usted oportunamente.

LUISITO. ¿Quiere uté jugá?

BUIT. Sí, hombre, sí, ¿quieres jugar? Aquí está mi sitio. (Levantándose.) Tú no tienes nada que hacer.

RAMON. Gracias.

LUISITO. Hará uté el cuato.

RAMON. Ni el cuarto ni el ochavo.

GENER. Ramon tiene que dar un encargo á la Marquesa. Ya sabe usted, Ramon!...

RAMON. Sí, señora, sí. (Esta mujer es de oro.)

BUIT. (Sentándose otra vez.) (No hay remedio.)

LUISITO. Ete hombe tiene el alma de etuco. ¿Conciben utedes que á su edá no se ame po lo meno á una mujé?

BUIT. Será insensible al amor.

LUISITO. Evidentemente. (Siguen jugando.)

RAMON. (Familiarmente á la Marquesa.) No estás en carácter.

MARQ. ¿Por qué?

RAMON. Porque Schubert es melancólico, tiene la tristeza del pasado.

MARQ. Prefieres á Wagner.

RAMON. Es natural: él con notas y nosotros con amor hacemos música del porvenir.

MARQ. ¿Y del presente no?

RAMON. No creo que hemos realizado todos nuestros sueños.

MARQ. ¿Podemos amarnos aún más?

RAMON. Sí; porque aún falta que nos amemos á la faz del mundo entero.

MARQ. ¡Impaciente!

RAMON. No, loco, arrebatado, febril.

MARQ. Baja la voz.

GENER. Fallo.

RAMON. Hace tres dias que he llegado de Lóndres despues de un año de ausencia.

MARQ. Te fuiste al albor de nuestros amores.

RAMON. Los intereses de mi padre lo exigieron.

MARQ. Hiciste perfectamente.

RAMON. Y despues de un año de ausencia te encuentro tan fria.

MARQ. Pero hombre de Dios, ¿qué quieres que haga? ¿Quieres que empiece á gritos diciendo á todo el mundo: «Ya ha llegado mi novio. Sepan ustedes que este caballero es mi novio.»

GENER. Fallo.

RAMON. Carolina... no te comprendo.

MARQ. Y pretendes casarte conmigo...

RAMON. ¡Carolina! (Rápido y ligado.)

MARQ. Oye.

RAMON. Mira.

MARQ. No, no.

RAMON. Permite...

MARQ. Yo primero. Es de tal naturaleza mi carácter que la más leve duda me hace un daño horrible. Comprendo que en esta balumba de intereses en que la sociedad fluctúa, el pariente, el amigo, el servidor, todos pongan el recelo y la desconfianza como centinelas avanzados de sus relaciones. ¡Pero nosotros!... ¿Á qué ley humana ni divina puedes apelar para detener con la duda las alas de un cariño que nació espontáneo y libre?

RAMON. ¡Carolina!...

MARQ. No, no, Ramon, te lo he dicho mil veces y te lo vuelvo á repetir: mientras mi cariño esté sometido al barómetro de tus vacilaciones te creeré indigno de mí. Mi cariño no sube, ni baja, ni se dilata, ni se condensa; es algo más que un efecto físico, es todo mi ser en lo que tiene de inmortal. Dios me lo ha inspirado y á Dios debes elevar tus sentimientos para comprenderlo. No creas que éstas son frases más ó ménos retóricas, son ecos de mi alma; si sabes creerme, bueno, si no... tanto peor para mí... ¡Cómo ha de ser!

RAMON. Vaya, no te pongas compungida...

MARQ. Desengáñate, Ramon, sin fé no es posible vivir bien en la tierra.

RAMON. *Confiteor Deo omnipotente.*

MARQ. *Ego te absolvo* y...

RAMON. (Besándole la mano.) Amen.

GENER. Codillo.

LUISITO. ¡Capitina!

GENER. Pues como íbamos diciendo, el marido de la Marquesa era un estuche.

BUIT. Dispense usted, señora; si hubiera sido un estuche lo tendría usted en la mano; porque usted tiene todos los estuches habidos y por haber.

GENER. Já, já, já?

LUISITO. ¡Qué gacioso é Buitaguito! (Suena dentro el piano.)

BUIT. ¡Ah! (Dejando las cartas sobre la mesa y poniéndose en pie.) Con permiso de usted, Generala. Si fuese usted tan amable que me permitiera bailar con Gloria.

GENER. ¿Gloria? Ignora usted que el testarudo de su padre se ha empeñado en que haga una vida poco ménos que monjil?

BUIT. No; me he equivocado; á quien le he pedido este baile es á Rosita Samaniego.

GENER. Se ha marchado anoche á Andalucía.

LUISITO. Sí, é vedá; se ha machado.

BUIT. Pues yo tengo comprometido este baile... Ah, ya sé, con la baronesa de Antillano.

GENER. Está con tercianas. Me lo acaba de decir su marido.

BUIT. Pues entónces es con su marido.

LUISITO. ¡Hombe!

GENER. ¡Cómo!

BUIT. De seguro es con álguien... y voy, con permiso de usted. Despues continuaremos...

GENER. (Levantándose.) Inmediatamente despues.

BUIT. (¡Monstruo!)

GENER. Le doy á usted diez minutos de licencia.

BUIT. Gracias. (¡Dios mio! ¿Qué haría yo para librarme de ella?) (Al irse por la puerta del fondo tropieza con el General.) ¡Ah! usted dispense. (Váse.)

GENERAL. (Con gravedad, viéndole marchar) ¡Vaya usted con Dios!

ESCENA VIII.

MARQUESA, la GENERALA, RAMON, LUISITO, el GENERAL.

El tipo de este personaje será brusco sin pecar de descortés, sus modales violentos sin ser groseros. Tendrá bigote erizado, mucho entrecejo, pelo á punta de tijera, frente estrecha, fisonomía animada, el frac abrochado, el clac debajo del brazo y las manos cruzadas atrás ó metidas en los bolsillos del pantalon.

LUISITO. (Haciendo un solitario.) (El Generá... Ya etoy vetiginoso.)

GENERAL. (Dando la mano á la Marquesa.) Adios, Marquesa, ¿cómo está usted?

MARQ. Bien, ¿y usted, General?

GENERAL. Á los piés de usted.—Hola, Ramon.

RAMON. El cielo le guarde.

GENERAL. (Á la Generala.) Hola.

GENER. ¿Á ver? (Poniéndole las manos en los hombros y mirándole fijamente.)

GENERAL. ¡Qué!

GENER. ¡Já, já, já!

GENERAL. No comprendo esa risa.

GENER. Tú traes algo.

GENERAL. Ya lo creo que traigo: mucha bilis.

GENER., RAMON y MARQ. ¡Cómo!

GENERAL. Vengo del Ministerio de la Guerra.

GENER., RAMON y MARQ. ¡Ah, vamos!...

GENER. Ya saben ustedes lo que le pasa á mi marido siempre que va al Ministerio de la Guerra.

GENERAL. ¡Que me desespero, que me irrito!

MARQ. ¿Pero qué ha ocurrido?

GENERAL. Nada, que ése niño que acaba de salir... Buitrago, es ya nada ménos que coronel.

GENER. ¿Coronel?

MARQ. Me alegro mucho.

RAMON. Y yo tambien.

GENERAL. Y yo deploro la facilidad con que se hacen coroneles.

Veinte acciones de guerra me costó á mí llegar al tercer galon; veinte.

GENER. Tu eterna monomanía.

RAMON. Buitrago es un chico valiente.

MARQ. Todos lo dicen.

GENERAL. ¡Valiente! Vaya una gran cosa. ¿Quieren ustedes decirme qué es un militar, si no es valiente?

GENER. Siempre es un mérito.

RAMON. Mérito que se aplaude y se admira.

GENERAL. Pero vamos á ver. ¿Ustedes se admiran de que un cura sepa latin?

RAMON. Hombre, nosotros...

GENERAL. ¡Pues entónces! Lo primero que hay que aprender para llevar el uniforme, es á ser valiente.

LUISITO. (Sin dejar de hacer el solitario.) Pero como eso no se apende.

GENERAL. ¿Eh? ¿Quién habla aquí?... Ah!

LUISITO. (Con timidez.) Soy yo, mi Generá. (Levantándose.) ¿Cómo etá uté, mi Generá?

GENERAL. (Pausadamente y mirándele de hito en hito.) Bien... gracias... (Ya me extrañaba que no estuviese por aquí este danzante.—Tengo la evidencia de que hace el amor á mi mujer.)

LUISITO. (Sentándose otra vez.) (¡Cómo me mida!)

GENER. ¿Y esa es toda la causa de tu desesperacion?

GENERAL. No, señora.

RAMON. ¿Hay más?

MARQ. Sepamos, sepamos.

GENERAL. Como la vida política de este país es un juego de azar, y no de ajedrez, como dijo no sé quien, resulta que ahora se están dando Buitragos, y como si no fuera bastante escándalo hacer coronel al hijo, han hecho al padre capitan general de la Isla de Cuba.

GENER. Ese sí que es buen bocado.

MARQ. ¡Ya lo creo!

RAMON. ¡Y tanto!

GENERAL. Un hombre á quien no le caben veinte soldados, y un

tambor en la cabeza.

GENER. No es fácil.

LUISITO. (Sin dejar de hacer el solitario.) Y con tambó, mucho menos.

GENERAL. ¿Eh?

LUISITO. (Incorporándose con timidez.) Lo digo po el ruido, mi Generá.

GENERAL. Y cuidado que no hablo así por el olvido en que me tiene el ministro; pero creo que mi hijo en el Norte, y yo en la Isla de Cuba, haríamos algo más que los tales Buitragos.

MARQ. Veo que trata usted despiadadamente á mis amigos; pero aquí queda Enriqueta, que sabrá defenderlos.

GENER. Déjalo á mi cargo.

GENERAL. Dispense usted, Marquesa, pero cuando se tiene la evidencia...

MARQ. Cuidado, cuidado, que se abusa mucho de esa palabra. La evidencia es lo que se ve, lo que se toca, lo incuestionable; y sin embargo, la evidencia suele ser tan engañosa!

GENERAL. Pero en esta ocasion...

MARQ. Á mí no me cuesta ningun trabajo creer en el mérito de usted y de su hijo; pero me cuesta mucho cerciorarme de la inferioridad de Buitrago y de su padre.

GENERAL. Eso consiste en que usted es muy benévola.

MARQ. Consiste, en que quiero librarme del contagio en que ha caido usted, teniendo un corazon de oro. Observe usted la facilidad con que aseguramos todo lo que desdora al prójimo. Se dice de una persona que es un demonio, en seguida se tiene la evidencia de ello. Por el contrario, diga usted que es un santo, ¡cualquiera lo va creyendo! Y esto no debe ser.—¿Verdad, Ramon?

RAMON. (Leve vacilacion.) Segun y conforme.

MARQ. (Pausa.) Es verdad... conforme y segun.—Luisito.

LUISITO. Maquesa.

MARQ. Deme usted el brazo.

LUISITO. (Yéndose por la izquierda con la Marquesa.) Ete Generá é un hipocentauro.

MARQ. Es un caballero, á quien usted debe respetar...

LUISITO. ¡Maquesa!...

MARQ. Por su gloria, por sus canas, y porque un jóven como usted no debe... (Vánse hablando.)

ESCENA IX.

RAMON, la GENERALA, el GENERAL.

GENER. Hombre, tienes unas salidas de tono...

GENERAL. ¡Qué! ¿He de callar lo que siento?

GENER. ¡Pues quién lo duda! No todo se puede decir.

GENERAL. Cincuenta años hace que estoy probando lo contrario.

GENER. ¡Así has tenido los lances que has tenido!

GENERAL. Balazo seco y estocada limpia. Mi elemento... Yo no concibo la paz, por eso quiero ir al Norte; por eso quiero ir á Cuba.

RAMON. Aquello es más difícil.

GENERAL. Con Buitrago, sí; pero conmigo...

RAMON. Tambien.

GENERAL. (Con calor.) ¿Cuándo había de suceder conmigo lo que acaba de ocurrir?

GENER. ¿Qué?

RAMON. ¿Qué ha ocurrido?

GENERAL. Nada... Una friolera... Que Céspedes ha caido con los suyos sobre el departamento Central y ha hecho un destrozo horrible.

RAMON. ¿Qué dice usted?

GENERAL. En Santi Spíritu, Nuevitas.

RAMON. ¡Nuevitas!

GENERAL. (Dando una patada en el suelo.) Ya la he soltado.

RAMON. Dice usted que en Nuevitas?

GENER. ¡Sabes que Ramon tiene un ingenio en ese departamento!

GENERAL. ¿Y qué mil demonios le vamos á hacer, si ya lo he dicho?

RAMON. ¡Buena noticia me ha dado usted!

GENERAL. Lo que ménos me acordaba yo en este instante...

RAMON. ¿Pero ha habido desgracias personales?

GENERAL. No señor.

RAMON. ¡Ah, vamos!

GENERAL. Usted no ha perdido más que el ingenio.

GENER. ¿Y te parece poco?

GENERAL. ¿Y los negros?

GENER. ¿Tenía usted muchos negros?

RAMON. ¡Bastantes!

GENERAL. ¿Qué es eso para su padre de usted? Algo más ha perdido el banquero Iturbieta.

RAMON. (Sobresaltado.) ¿Iturbieta? ¿Qué ha perdido Iturbieta?

GENERAL. La vida.

GENER. ¡Jesús, qué horror!

RAMON. ¿Lo sabe usted positivamente?

GENERAL. Acabo de leer el parte... Vea usted al subsecretario, que está en los salones.

RAMON. ¡Oh! la noticia más desagradable que podía usted darme.

GENERAL. Demonio! No se le puede decir á usted nada esta noche. (Coge un periódico y se sienta á leer.)

GENER. ¡Pobre Iturbieta! Le conocí en París; era una persona muy agradable. Lástima que tuviera una hija tan boba... tan mimosa... tan *guayaba*... Y ahora que recuerdo: usted fué novio suyo.

RAMON. ¿Yo? (Mirando con recelo.) ¡Cá... no señora; aquella fué una tontería.

GENER. ¿Tontería? Si no se habla de otra cosa en la colonia americana hace cuatro años. Su padre de usted estaba empeñado...

RAMON. Ruego á usted no alce la voz.

GENER. ¿Y qué tiene de particular?

RAMON. Nada; más...

GENER. Está usted intranquilo.

RAMON. Tendré que decírselo á usted todo. Pero... Por Dios, no lo diga usted á nadie, ni al General.

GENER. Confíe usted en mí.

RAMON. (Bajando la voz.) Mi padre se opone á que me case con Carolina.

GENER. ¡Ave María Purísima! ¿Por qué?

RAMON. Porque la otra es millonaria en pesos fuertes, y ésta millonaria en reales sencillos. ¡Ya ve usted! Si lo sabe Carolina...

GENER. Tendrá un disgusto.

RAMON. De resultas de esto, mi padre y yo no nos comunicamos hace una porcion de tiempo.

GENER. Usted ya es libre para casarse con quien guste.

RAMON. Lo triste aquí es que Carolina no tiene prisa para casarse conmigo.

GENERAL. (Levantándose.) ¡Qué sea enhorabuena! Hombre, nada nos había usted dicho.

GENER. y RAMON. ¿Qué?

GENERAL. Que su padre de usted viene á Madrid.

RAMON. ¡Cómo!

GENERAL. (Mostrándole el periódico y leyendo.) «Habana diez y seis. »En el primer correo saldrá para la Península el mar»qués de Sandoval con la señorita de Iturbieta.»

RAMON. ¡Ah... Lo que yo me temía! ¡Mi padre es el tutor de la huérfana! ¡Oh, qué noticia tan fatal!

GENERAL. ¡Demonio! ¿Tambien esta le desespera?

GENER. (Si se encaja aquí con la niña...

RAMON. Ya conoce usted el carácter de mi padre.)

GENERAL. Pues señor, no se le puede hablar ni leer. (Encogiéndose de hombros. Vuelve á hojear los periódicos.)

RAMON. (Vamos á dar un espectáculo en Madrid. Mi padre no visitará á Carolina, y... (Pausa.) ¡Ah!... Mañana salgo para la Habana.

GENER. ¿Está usted loco?

RAMON. Todo es cuestion de un mes.—Voy á telegrafiar á mi padre; detendrá su viaje, y en cuanto le hable...

GENER. Cederá. ¡Qué remedio! Pero creo que debía usted ser franco con Carolina.

RAMON. Temo que se revele su orgullo y haya un rompimiento. —Nada; lo mejor es mi plan.—Voy en seguida...) (Al General.) Lo dicho: no está usted afortunado esta noche para dar noticias. (Váse por el fondo.)

GENERAL. (Levantándose.) Oiga usted, quien no está afortunado es usted para recibirlas.

ESCENA X.

EL GENERAL, la GENERALA.

GENER. Tiene razon: no estás afortunado.

GENERAL. ¿Pero quién había de suponer que hay un hijo que no quiere ver á su padre?

GENER. ¿Y las demas noticias?...

GENERAL. Ni que fuera una niña de quince abriles.

GENER. Parece que ignoras la situacion crítica en que se encuentra.

GENERAL. ¿Crítica?

GENER. ¿No sabes que está enamorado?

GENERAL. ¡Toma! Pues por esa situacion pasan casi todos los mortales. Digo, he pasado yo!... (Se pone á pasear.)

GENER. Sí; pero hay circunstancias... En una palabra, Ramon no está seguro del cariño de Carolina. Y no le falta razon. Cuatro años hace que murió su marido, y creo que cuatro años de cortesía...—Pero ¿no me escuchas?

GENERAL. Sí, sí.

GENER. Yo no acabo de entenderla. Un año tardó en admitir los obsequios de Ramon... ¡que tiene cien mil duros de renta!

GENERAL. Yo quisiera que me dijesen qué han hecho los tales Buitragos para chuparse estas brevas.

GENER. Allá se las entiendan ellos. (Mirándose la cola del vestido.) Por dónde andará el flamante coronel? Ay, yo me fastidio soberanamente cuando no juego al tresillo.—Acompáñame. (Cogiéndole del brazo.) Voy á buscar á Luisito.

GENERAL. (Desprendiéndose del brazo de la Generala y mirándola de hito en hito.) ¡Á Luisito!

GENER. Sí, hombre, sí, á Luisito.

GENERAL. ¡Á Luisito!!

GENER. Já, já, já, já! Vamos, eres delicioso... ¡Já, já, já! Delicioso. (Váse por la izquierda.)

ESCENA XI.

EL GENERAL.

Sí... no digo que no. Maridos de sesenta años deliciosos... en sentido figurado... hay muchos! (Abriéndose de piernas y cruzándose de brazos.) Pero, señor, ¿qué hornada es esta de niños que se nos vien : encima? ¿Qué nueva generacion se desploma sobre nosotros? No he visto nada más sin vergüenza en todos los dias de mi vida. Con la misma desfachatez se planta tres galones en la manga de una levita, que hace el amor á una anciana. Porque mi mujer es una anciana para ese sietemesino... y para mí tambien. Y ello es indudable; contínuamente está al lado de mi mujer bailándola el agua, sin hacer caso del resto de la familia, sin cuidar de mí... Es verdad, que aquí lo que hay que ser es mujer casada. (Se queda mirando hácia el sitio por donde se fué la Generala.)

ESCENA XII.

EL GENERAL, RAMON.

RAMON. (En la puerta del fondo.) Llévele usted en seguid . (Bajando al proscenio.) Dentro de pocas horas lo habrá recibido mi padre; y el mes que viene vendrá conmigo á Madrid para pedir la mano de Carolina. (Sentándose.) Es lo mejor. (Se queda pensativo.)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, el VIZCONDE.

VIZC. (Por la izquierda, apoyando las manos en los hombros del General, que seguirá abstraido.) Adios, General ilustre, ¿cómo va ese valor?

GENERAL. (Secamente, sin dejar de mirar al interior.) Regular.

VIZC. ¿Estamos de acecho, eh? ¡Buen coto redondo!

GENERAL. Regular.

VIZC. Usted ya no cazará mucho.

GENERAL. Regular.

VIZC. (¡Demonio, cuánta regularidad! (Separándose del General.) Este pobre señor está chiflado.) (Reparando en Ramon.) Ramoncillo, vienes á la embajada de los Estados Unidos? Dentro de una hora estamos de vuelta. Aquello debe estar sublime. Ya ves... al fin... *estados unidos.*

RAMON. No, gracias, no tengo ganas de moverme de aquí.

VIZC. Tú te lo pierdes. (Pero, señor, ¿quién será el amante de esa mujer? Porque esa mujer debe tener un amante.) Adios, Ramon, hasta luégo.

RAMON. Adios.

VIZC. (Mirando al General) Jé, jé, jé!... lo dicho, este señor está chiflado. (Váse por el fondo.)

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, MARQUESA.

MARQ. (Al General.) ¿Ha visto usted á Ramon?

GENERAL. Ahí le tiene usted.

MARQ. (¡Ah! (Contemplándole.) He dicho que de hoy no pasa y quiero ser consecuente con mis propósitos.)

GENERAL. ¿Ha visto usted á mi mujer?

MARQ. Del brazo de Luisito.

GENERAL. (Me está poniendo en ridículo. Nada, tendré que perniquebrarle.) (Váse por la izquierda.)

ESCENA XV.

RAMON, MARQUESA.

RAMON. Si mi padre viene á Madrid, de fijo no visita á Carolina.

MARQ. (¡En que estará pensando!)

RAMON. Afortunadamente ella no tiene prisa para el casamiento... ¿Que efecto le causará mi partida? Buena ocasion para aquilatar su cariño. ¡Ah! Voy á advertir al Gene-

ral... (Se levanta y ve á la Marquesa.) ¡Ah!

MARQ. (Con coquetería.) ¿Quiere usted bailar conmigo el próximo rígodon?

RAMON. ¿El próximo?... ¡Bien!

MARQ. ¡Bien! Cualquiera que te viese tan cariacontecido diría que ya no te quiero.

RAMON. ¿Tan triste me encuentras?

MARQ. ¡Vaya! Pero como sé la causa...

RAMON. (Sobresaltado.) ¿Tú sabes?

MARQ. Lo presumo. Continúas no comprendiéndome.

RAMON. (¡Ah! Lo ignora todo.)

MARQ. Afortunadamente voy á darte una noticia que ha de disipar todas tus tristezas.

RAMON. ¿Noticias? (¿Dios mio; si será como las del General?)

MARQ. La víspera de tu partida á Lóndres estuvimos paseando en el jardin del hotel.

RAMON. Me acuerdo perfectamente.

MARQ. Tú hosco y sombrío, como quien duda de todo; yo alegre y tranquila como quien no duda de nada.

RAMON. Me acuerdo.

MARQ. Al verte tan triste cogí la verde y naciente hoja de un rosal, y dándotela te dije: guarda la esperanza y algun dia colocaré en tu pecho la realidad.

RAMON. Por desgracia aquel rosal era del Norte, es decir, poco espontáneo, difícil, tardío.

MARQ. Pero como yo no he dejado de cuidarle ni un solo dia, como le he dado todo mi amor, todo mi aliento... (Mostrándole el bouquet que lleva en la mano.) ¿Eh?.. Que te parece?

RAMON. (Alargando la mano.) ¿Cómo? ¿Esas flores?

MARQ. Poquito á poco; no seas ambicioso.

RAMON. Pero una al ménos.

MARQ. ¿Una? (Sacándola del bouquet.) Eso es otra cosa. (Colocándosela á Ramon en el ojal del frac.) Ya ves que no hay plazo que no se cumpla.

RAMON. ¿Eh?

MARQ. Ni deuda que no se pague.

RAMON. Esto quiere decir...

MARQ. Que ántes de quince dias la Marquesa de Tarazona será, Dios mediante, la señora de don Ramon....

RAMON. (Con alegría.) ¡Oh, tan pronto!... (Transicion.) Tan pronto no puede ser. (Pausa.)

MARQ. ¡Cómo!

RAMON. Que tenemos que aplazar el enlace... (Pausa.)

MARQ. ¿Pues no has venido de Lóndres á casarte conmigo?

RAMON. Sí; pero... siempre hay que arreglar...

MARQ. ¡Si me has dicho que todo estaba corriente!...

RAMON. Pero en Cuba andan los cosas de un modo... que...

MARQ. Ah, si hay intereses de por medio...

RAMON. No, no, qué disparate... ¿qué intereses puede haber para mí tratándose de...

MARQ. Entónces... no adivino...

RAMON. Yo te prometo que ántes de mes y medio estoy de vuelta.

MARQ. ¡Cómo! ¿Vas á emprender un nuevo viaje?

RAMON. Sí... quisiera que mi padre bendijese nuestra union y que... (Pausa.)

MARQ. Pero como me has asegurado que tu padre no puede faltar de la Habana....

RAMON. Sí; pero...

MARQ. (¿Que es esto?) (Pausa.) Bien... como tú quieras.

RAMON. Te aseguro que no dilataré mucho tiempo nuestra union.

MARQ. (Cada vez mas resentida.) Como tú quieras.

RAMON. Voy con tu permiso á enterarme... porque mañana mismo...

MARQ. (Ah!) (Dominándose.) Como tú quieras.

RAMON. (Alejándese y observándola.) Ni una lágrima... ni un protesta...

ESCENA XVI.

MARQUESA.

No ha sido insistencia, ha sido avidez para precipitar

nuestro casamiento... Y ahora que yo fijo época, él la aplaza... y se turba... y titubea... Esto es de lo que se ve, de lo que se oye, de lo que se siente... (Pausa. Transicion.) Y sin embargo, yo no debo juzgarle infiel... Por algo le ha elegido mi corazon. Por algo le amo con toda mi alma. Ah, General, llega usted á tiempo.

ESCENA XVII.

MARQUESA, el GENERAL por la puerta de la izquierda.

GENERAL. ¿Qué ocurre?

MARQ. Estoy en una situacion de ánimo espantosa. Usted y Carolina son las únicas personas que saben mis relaciones con Ramon.

GENERAL. Si señora, adelante.

MARQ. Tal vez usted podrá calmar la angustia que siento.

GENERAL. ¿Angustia?

MARQ. Sabe usted si le ha ocurrido algo extraordinario á Ramon.

GENERAL. ¡Qué! ¿Usted ignora?

MARQ. Todo.

GENERAL. No le han dicho á usted sus desgracias.

MARQ. Nada absolutamente.

GENERAL. ¡Pues es una friolera!

MARQ. ¿Qué?

GENERAL. Ha perdido el ingenio.

MARQ. ¿Qué ingenio?

GENERAL. El suyo... el de Nuevitas.

MARQ. Esa es una cuestion de ochavos que no me explica nada.

GENERAL. Ademas se le han escapado los negros.

MARQ. Tambien es una cuestion de ochavos.

GENERAL. Pero, señora, es que son muchos ochavos.

MARQ. ¿No le ha ocurrido otra cosa?

GENERAL. Que ha muerto Iturbieta.

MARQ. ¿Qué Iturbieta?... ¡Ah! ese banquero tan rico de la Ha-

bana.

GENERAL. El mismo.

MARQ. ¿Y qué importa que haya muerto ese señor para que Ramon quiera emprender un viaje?

GENERAL. (Encogiéndose de hombros.) Estoy completamente á oscuras.

MARQ. Si hubiera muerto su padre...

GENERAL. No, su padre no ha muerto. Pero va á venir á Madrid.

MARQ. ¿Y esto es una desgracia?... No lo entiendo.

GENERAL. Ni yo tampoco.

MARQ. (Si su padre viene... ¿cómo va él á buscarle? ¡Oh!) (Pausa.) ¿Pero está usted seguro de que el padre va á venir?

GENERAL. Con la huérfana. (La Marquesa se extraña.) Con la hija de Iturbieta.

MARQ. (Sobresaltada.) (¡Dios mio! Si será ella la causa...) Diga usted, General; Ramon conocía mucho á Iturbieta?

GENERAL. Como que, segun tengo entendido, estuvo á punto de ser su yerno.

MARQ. ¡Ah!

GENERAL. Y no sé cómo no lo ha sido; porque la chica es heredera de tres millones de pesos.

MARQ. (Sí, no hay duda... (Vacilando.) ¿Pero por qué he de juzgarle tan infame?)

GENERAL. Por supuesto, no vaya usted á creer que los tres millones son una ganga, porque la muchacha es tonta de capirote y fea... fea con alma.

MARQ. (Con gran alegría.) ¿De veras?

GENERAL. Parece un mico sarraceno.

MARQ. (¡Ah! Entónces todo me lo explico. Aquí hay una lucha de pasiones encontradas. Por un lado el padre, el cálculo frio; por otro el hijo, el entusiasmo ardiente. Ramon sin duda no ha querido decirme nada temeroso de que yo pudiera enojarme y... Oh, sí, esto debe ser.) Ah, General, sus palabras de usted han devuelto la calma á mi corazon.

GENERAL. ¿Mis palabras?

MARQ. Ahora lo comprende todo... Ya le diré á usted... (Dirigiéndose hácia la puerta de la izquierda.)

GENERAL. ¿Todo?

MARQ. Ahora comprendo al padre.

GENERAL. ¿Al padre?

MARQ. ¡Y al hijo!

GENERAL. ¿Y al hijo?—Pues, señor, acudiré al Espíritu Santo, á ver si me ilumina, porque yo no comprendo ni jota de lo que está pasando. (Se dirige á la puerta del fondo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Ntra = Dª María = Peña

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA, BUITRAGO.

MARQ. (Saliendo por la izquierda seguida de Buitrago.) Ea, ya está usted en salvo: no dirá usted que no he acudido á tiempo.

BUIT. ¡Ay Marquesa de mi álma! Haga usted cuenta de que estoy admirándola y bendiciéndola.

MARQ. No es para tanto.

BUIT. Usted no sabe lo que me cuesta esa señora. ¡Me ha dado cada paliza! ¡Y qué constancia en el naipe! ¡Y qué crueldad en perseguirme! ¡Y qué modo de afligir al contrario! Vamos, me tiene exhausto... El dia treinta y uno de Enero me ganó la paga íntegra... la paga de un mes. Si le parece á usted justo que yo vaya á batirme con los carlistas, para que la Generala se me lleve el sueldo?

MARQ. ¡Já, já, já! Me hace usted muchísima gracia.

BUIT. Será lo único que haya hecho bien esta noche.

MARQ. No extrañe usted que me ría, porque estoy muy contenta.

BUIT. ¡Quién pudiera decir lo mismo!

MARQ. Haga usted su santa voluntad.—Siendo santa, ¿eh?

BUIT. Santa ó no santa, no es posible...

MARQ. Sacuda usted el yugo.

BUIT. Marquesa, caerán todos los tiranos, ménos la Generala Fernandez.

ESCENA II.

LOS MISMOS, la GENERALA.

GENER. Gracias á Dios que le encuentro á usted.

BUIT. (Á la Marquesa.) ¿Lo está usted viendo?

GENER. ¿Dónde se mete usted que no se le halla por ninguna parte?

BUIT. Señora, estoy de escapada.

GENER. ¡Ah, vamos!... Algun marido celoso... ¿eh?...

BUIT. No señora, no.

GENER. Alguna mujer...

BUIT. Sí, señora.

GENER. Que no da juego.

BUIT. Al contrario, señora, que dá demasiado.

MARQ. Á propósito de juego: ántes de reanudar la partida de tresillo tomarán ustedes una taza de caldo y un sandwih?

GENER. ¿Tan temprano? Si no son las dos.

MARQ. ¿Á qué hora quieres cenar?

GENER. Allá, á las cuatro ó las cinco de la madrugada.

BUIT. (La hora de tomar la leche de burra. Esta señora es atroz.)

MARQ. Al ménos una taza de thé.

GENER. Pero...

MARQ. Precisamente veo allí á Luisito hecho un papanatas. (Haciéndole señas con el pañuelo.) ¡Eh, Luisito!...

ESCENA III.

LOS MISMOS, LUISITO.

LUISITO. Maquesa.

MARQ. Acompañe usted á la Generala.

LUISITO. Ya etaba yo etaodinariamente etañado de no encontá á utede po ninguna pate.

GENER. Bien: ántes de jugar iremos al comedor. (Á Luisito.) Pero me ha de servir usted...

LUISITO. Todo lo que uté quieda; dede el suculento pavo al saboso foie-gras, dede el helado ponche hata la adiente piña, dede...

GENER. Bien, bien; no se remonte usted...

LUISITO. No, si no me remonto.

MARQ. (Llevándose aparte á la Generala. Ruitrago y Luisito pasean.) (¿Has hablado á Ramon?

GENER. Tu sagacidad le tiene absorto. Tanto, que ha llegado á dudar de mi reserva. No comprende que hayas podido adivinar...

MARQ. ¡Pues si es lo más sencillo del mundo! En el laberinto de dudas en que hace un momento me encontraba, solamente había dos caminos á elegir, juzgarle infame ó juzgarle digno de mí; indicios claros y terminantes había para una y otra cosa; pero como yo no tengo jamás bastantes pruebas para creer mal de nadie.

GENER. Pues esta vez has acertado. Una cosa le preocupa á Ramon.

MARQ. ¿Cuál?

GENER. La facilidad con que le dejas marchar. Dice que te alegras.

MARQ. Ya se ve que me alegro. No quiero que la huérfana del banquero Iturbieta vaya por esos mundos de Dios como una letra de cambio que un padre gira á la vista, y un hijo protesta. Esto es muy feo, y debemos evitarlo...

GENER. Dices bien ..) (Siguen hablando.)

LUISITO. (Á Ruitrago.) (Mientas el pade y la made se deleitan en el comedó, yo voy á da aquí el gan golpe. Tú te has

compometido á ayudame.

BUIT. Pero...

LUISITO. ¿Te vuelves atás?

BUIT. No acostumbro.

LUISITO. Entónces dento de cuato minutos aquí.)

MARQ. (Pasada esta nubecilla de verano me considero la mujer más dichosa de la tierra.

GENER. Me alegraré que todo te salga á pedir de boca... porque los hombres son...

MARQ. Como Dios los ha hecho.

GENER. Ó como el diablo los suele hacer.) (Se besan.)

LUISITO. ¡Ay, si tocáran á repatí!

MARQ. Niñito, niñito... usted á cumplir con su deber. (Indicando que dé el brazo á la Generala y cogiéndose del de Beitrago.)

LUISITO. ¡Niñito! ¡niñito!... É mucho cuento que todo utede me han de tatá etenamente cómo si tuviese tan sólo te ó cuato ó cinco años.

BUIT. Tan, taran, tan, tan, tan. Anda, hombre, anda, pareces un redoblante.

GENER. y MARQ. ¡Já, já, já, já! (Yéndose por la izquierda con mucha bulla y animacion.)

RAMON. (Por el fondo, seguido del General.) ¡Qué alegría! Vea usted, General, cómo se divierten.

GENERAL. Ya, ya lo veo.

MARQ. (Á Ramon, saludándole expresivamente con el abanico.) En el comedor estamos.

GENERAL. (Viendo á la Generala del brazo de Luisito.) (Cuando digo que me está poniendo en ridículo!)

ESCENA IV.

RAMON, el GENERAL.

RAMON. Pues señor, ¿no es lo más natural del mundo que esta mujer esté preocupada? Al fin y al cabo la hija de Iturbieta es un gran partido y... (Pausa.) ¿Si la estaré ofendiendo con mis dudas? ¡Oh! sí... Quiero convencerme á

mí mismo que es la más digna, la más consecuente, la única... (Con arranque.) General, allí va un ángel.

GENERAL. Eso no lo dirá usted por mi mujer.

RAMON. Ah, su mujer de usted es un alma superior...

GENERAL. Sí, señor, sí.

RAMON. Un ser extraordinario.

GENERAL. Mucho, muy extraordinario.

RAMON. Pero permita usted usar de ciertas hipérboles á un enamorado que está en vísperas de casarse.

GENERAL. ¡Cómo! ¿Por fin se va usted á casar?

RAMON. Ántes de un mes.

GENERAL. ¡Infeliz!

RAMON. ¿Qué dice usted? Pues qué, Carolina...

GENERAL. No, Carolina es un ángel; pero la mia lo era tambien... y sigue siéndolo.

RAMON. Entónces no comprendo...

GENERAL. (Despues de una pausa.) No se case usted.

RAMON. ¿Pero por qué razon?

GENERAL. ¿Es usted celoso?

RAMON. Dicen que soy un poco suspicaz.

GENERAL. (Despues de una pausa.) No se case usted.

RAMON. ¡Pero hombre!...

GENERAL. ¿Piensa usted llegar á los sesenta años?

RAMON. Me parece que podré llegar si no me muero.

GENERAL. No se case usted.

RAMON. Dispense usted que le diga que no veo la consecuencia.

GENERAL. (Exasperado.) ¿Cree usted que se puede extinguir la raza de los títeres?

RAMON. No señor.

GENERAL. No se case usted.

RAMON. Me llena usted de confusiones.

GENERAL. Somos antiguos y leales amigos y tengo expansiones con usted que no tendría con nadie. Ramon, á la altura á que hemos llegado, ya no se pueden casar más que los tontos.—Aquí me tiene usted á mí.

RAMON. Ya, pero usted...

GENERAL. Yo salí del colegio de caballería con una fuerza de vo-

luntad indomable, con una fuerza de puño capaz de descuajar un roble. El mundo era estrecho á mi ambicion, la lucha mi elemento, lo imposible no existía. Un campo de batalla era el panorama seductor de mis ojos; el estampido del cañon la armonía preferente de mis oidos, y el olor de la pólvora el perfume más regalado de mi olfato. Áspero como un erizo, rudo como un monte, inquieto como el mar, y como el mar luchando en desatado oleaje, lancéme á la vida con ánimo decidido de saberlo todo, quererlo todo y poderlo todo. Pero me casé.

RAMON. ¿Y qué?

GENERAL. Que ya no sé nada, ni quiero nada, ni puedo nada.

RAMON. Eso prueba que usted en el fondo es un hombre débil.

GENERAL. ¿Débil yo? (Breve pausa.) Escuche usted. Yo he derrotado á Cabrera. Me parece que esto es poder algo.

RAMON. Sí señor.

GENERAL. Yo he tomado una plaza fuerte con un escuadron de lanceros. ¿Me parece que esto es poder algo?

RAMON. Á lo Murat.

GENERAL. Yo he entrado sólo en un cuartel estando las tropas sublevadas, y grito por un lado y sablazo por otro, he puesto á la gente más suave que una seda. ¿Me parece que esto es poder algo?

RAMON. Sí que es hazaña.

GENERAL. Pues bien; yo no he podido con mi mujer.

RAMON. Eso prueba que su mujer de usted...

GENERAL. Eso prueba que mi mujer es más temible que Cabrera, que una plaza fuerte y que una sublevacion militar. Y vea usted qué clase de tropa son las mujeres, la mia empezó á declararme la guerra llorando.

RAMON. ¿Llorando?

GENERAL. Sí señor, y ha concluido riéndose. Siempre se está riendo. ¿No la ve usted?... ¡Jé, jé! En una palabra, amigo mio, no se case usted. Se lo dice un veterano del santo sacramento, que ha ganado la cruz espinosa de la paciencia despues de cuarenta años de continuados

martirios.

RAMON. ¿Pues no hace veinte años que están ustedes casados?

GENERAL. Pero agregue usted otros veinte de abono de campaña...

RAMON. Ah, es verdad; si ha estado usted siempre en accion...

GENERAL. Y batiéndome en retirada, y perdiendo las armas de la influencia moral, y quedando muchas veces á merced del enemigo, que me ha dado cuartel por conveniencia propia.

RAMON. Vamos, vamos, usted exagera.

GENERAL. No, amigo mio, no le quepa á usted duda; tarde ó temprano, en el cielo del matrimonio el hombre se queda reducido á un dios de quinto órden, sujeto á la voluntad de la suegra, el primo, el amigo...

RAMON. Oh, no, eso no es verdad. El hogar doméstico es un santuario donde oficia el amor más puro...

GENERAL. El hogar doméstico es un campo de luchas mansas donde el general más experto tropieza y cae. La fuerza bruta rebaja, la bondad debilita, la paciencia abruma, el abandono expone á graves daños; llega un momento en que no sabe usted qué hacer, ni qué decir. Se sie n te usted en el limbo y concluye por ser un palomino atontado. En fin, la experiencia lo ha consignado en frases inmortales: «El matrimonio es una plaza sitiada. los que están fuera desean entrar y los que están dentro desean salir.» Ahora haga usted lo que más le plazca.

RAMON. Pues señor, sigue usted dándome malas noticias.

ESCENA V.

LOS MISMOS, BUITRAGO.

BUIT. (Huyendo y volviendo la cabeza atrás.) ¡Busca, busca, vampiro de mi paciencia y de mi dinero, que yo procuraré ponerme á respetable distancia tuya!—Ah, su marido (Bajando al proscenio.) Señores... Mi General...

GENERAL. Servidor de usted.

RAMON. Me alegro verte para darte mi más cumplida enhora

buena. ¿Con qué eres coronel?

BUIT. Así parece. (El General se pasea y sopla fuertemente.)

RAMON. ¡Buena carrera!

BUIT. Suerte.

RAMON. Y merecimientos.

BUIT. Tenía el grado y dos cruces y me han dado el ascenso.

GENERAL. ¿Y se puede saber qué es lo que ha hecho usted en el Norte?

BUIT. Mi General, nada más que cumplir con mi deber.

GENERAL. ¡Ya! Mi hijo, el comandante Fernandez, habrá cumplido tambien con el suyo.

BUIT. Eso usted lo sabrá mejor que yo.

GENERAL. ¡Señor Buitrago!...

BUIT. Mi General...

GENERAL. Tengo la evidencia.

BUIT. Le felicito á usted.

GENERAL. Gracias, Ramon: ¿viene usted á dar una vuelta?

RAMON. Vamos allá...

GENERAL. (Mientras haya militares como éste, sietemesinos como el otro y mujeres como la mia, la sociedad estará desquiciada. (Vánse por la izquierda.)

ESCENA VI.

BUITRAGO, á poco LUISITO.

BUIT. ¡Oh! Si no tuviese más cicatrices que años y más años que canas, ya le diría yo cuántas son cinco! Pero á mí ¿qué me importa que piense lo que quiera?

LUISITO. (Regocijado y dando saltitos.) Ya etoy aquí.

BUIT. Me alegro, porque así acabaremos de una vez.

LUISITO. No guites, hombre, no guites.

BUIT. Bien, *hombe, no guitaré*; pero acaba.

LUISITO. Ecucha: la casa del Generá é un catillo inepunable.

BUIT. Sí, un caseron antiguo...

LUISITO. Con un cancebero á la pueta capaz de asustá al mimo Fierabrá de Alejandía, si fuera novio de Goria...

BUIT. Adelante.

LUISITO. Pero yo soy ma fiero que Fierabrá y he decubieto un punto etratégico. ¡Vamo, hombe, que no hay quien pueda conmigo!

BUIT. Adelante.

LUISITO. El bacon del cuato de Goria etá situado fente po fente del bacon de la alcoba de la Maquesa.

BUIT. (Empezando á comprender: con asombro.) ¿Y qué?

LUISITO. (Señalando la puerta de la izquierda.) Ese é el domitorio de la Maquesa.

BUIT. ¿Y qué?

LUISITO. Que voy á entá.

BUIT. (Estupefacto.) ¿Para qué?

LUISITO. Para habala y para vela.

BUIT. ¿Á la Marquesa?

LUISITO. No hombe, no, á Goria.

BUIT. ¿Estás dejado de la mano de Dios? ¿Ignoras que es muy grave penetrar en la alcoba de una mujer, así, sin más ni más? Vamos, esto no se le ocurre á nadie.

LUISITO. ¿Cómo que no? Se me ha ocurrido á mí.

BUIT. ¡Á tí!... ¡Es verdad!

LUISITO. La mayó pate de la noches me cuelo en esa habitacion pa hablá con Goria telegáficamente.

BUIT. Lo que prueba que, en absoluto, no hay nadie que sea cobarde.

LUISITO. É que yo soy muy valiente.

BUIT. ¡Y tanto! Yo que vengo de atravesar algunos reductos enemigos no me atrevería á atravesar esos umbrales.

LUISITO. Ah, pue yo eta clase de redutos los atravieso con una facilidá etaodinaria.

BUIT. Pero ¿y si una noche te encuentra la Marquesa?

LUISITO. La Maquesa etá allá adento con sus tetulios de confianza.

BUIT. ¿Y si algun amigo de la casa te vé desde la calle?

LUISITO. ¡Qué me ha de vé, hombe, qué me ha de vé! No ere poco pusilánime.

BUIT. ¿Y si te sorprenden los criados?

LUISITO. Todos etan de mi pate... El dinero hace prodigios.

Ademá tengo quien me guade las epadas; pero eta noche no ha venido Cifuentes.

BUIT. ¿Y quieres que yo?

LUISITO. Me has dado tu palaba.

BUIT. Pues la retiro.

LUISITO. ¡Buitago!

BUIT. Nada, nada; yo no te ayudo en esta empresa. ¡Pues no faltaba otra cosa!...

LUISITO. No hago má que entá y salí.

BUIT. No te canses.

LUISITO. ¡Buitago!... te lo pido de rodilla... é un favó que nunca ovidaré... Mira... hoy son lo dias de Goria y quiero hacela un obsequio... Ya lo he compado... (Sacando un medallon.) ¿Eh?... ¿Qué te parece?

BUIT. Bonito medallon.

LUISITO. Con mi retato.

BUIT. Es lo único que le sobra.

LUISITO. Lo etá eperando como el santo advenimiento... ¡Tú no te puedes figurá lo que esa chica me quiere!... Ya nos damo besos....

BUIT. ¡Cómo!...

LUISITO. De bacon á bacon.

BUIT. Ah, vamos, á esa distancia...

LUISITO. ¡Y cómo se va á alegá cuando vea ete medallon!

BUIT. Haz una cosa: baja á la calle, y cuando no pase gente (Accionando.) lo tiras...

LUISITO. ¿Y el cancebero de que hemos hablado ántes? Ademá, Goria no se asoma al balcon, aunque la maten.

BUIT. ¿No dices que os tirais besitos?

LUISITO. Pero no es pecisamente dede el balcon, sino detá, dede el cento de las respetivas habitaciones. (Accionando.) Así... de ete modo habamos po lo dedos.

BUIT. ¡Bonito cuadro! Parecereis dos monos.

LUISITO. ¡Conque Buitago!

BUIT. Ya te he dicho que no!... Y en una noche como esta...

LUISITO. ¡Buitagito! Ento y salgo como un codete! (Éntrase Luisito en la alcoba.)

ESCENA VII.

BUITRAGO, muy irritado.

LUISITO. Te digo que no quiero... Luisito... Pues señor, se ha empeñado... ¡Oh!... Ahora ocurrirá lo que debe ocurrir. Vendrá gente, y yo estaré con el alma en un hilo... y me lo conocerán. (Mirando al fondo.) ¡Pues!... dicho y hecho! ¡Si me lo estaba diciendo el corazon! Ya está aquí la sombra de Nino, digo, no, de *Nina*. Y la Marquesa... ¡Y cómo le abandono ahora! (Corriendo á la puerta de la derecha.) ¡Luisito! ¡Luisito! ¡Date prisa! (Con desesperacion, dando una patada en el suelo.) ¡Cuando yo decía!...

ESCENA VIII.

BUITRAGO, la MARQUESA, la GENERALA, LUISITO, dentro.

MARQ. (Del brazo de la Generala.) Habia pensado no casarme hasta verle completamente confiado en mi amor. (Se detienen en el segundo término del escenario.)

GENER. Has hecho bien en decidirte, porque te exponías á morir con las tocas de la viudez. Los hombres, ó no se confían nada ó se confían demasiado. En uno y otro caso, concluyen por ofendernos ó hacer el tonto. Ahí tienes á mi marido, celoso impenitente.

MARQ. ¿Y puedes vivir?...

GENER. ¡Oh! sí; parapetada en mi conciencia y en la risa, me he hecho invencible.

MARQ. Pues volviendo á mi asunto, tengo que pedirte un favor.

GENER. Tú dirás.

MARQ. (Reparando.) Buitrago, ¿qué hace usted ahí tan solo?

BUIT. (Azorado.) Yo... nada... nada: estaba examinando estos tapices. ¡Buenos Gobelinos!

MARQ. ¿Gobelinos?

GENER. ¿Está usted loco?

BUIT. ¡Ah, sí, es verdad!... (No sé lo que digo.)

MARQ. (Reanudando la conversacion con la Generala y bajando la voz.) Pues el favor que tenía que pedirte... (Siguen hablando.)

LUISITO. (Asomando la cabeza.) (¡Buitago!)

BUIT. Como salgas de ahí hasta que yo te avise, te desuello vivo.

LUISITO. Me ha dicho que vaya, que el potero está enfermo y la portera está en el sequeto.

BUIT. ¡Imposible!

LUISITO. Pero...

BUIT. Que se contente con el retrato.

LUISITO. Sí, pero...

BUIT. Hay moros en la costa. (Empujando á Luisito.)

MARQ. (Volviendo la cabeza.) ¿Eh? ¿Decía usted algo?

BUIT. No, no señora; estaba recordando una zarzuela. (Cantando.)

«Hay moros en la costa,
hay moros en la costa.»

(Uf, yo sudo.)

MARQ. (Á la Generala.) ¿Conque decididamente sereis los padrinos de boda?

GENER. Es un derecho que no cedemos á nadie.

MARQ. Sois los únicos que estais en el secreto...

LUISITO. (Volviendo á asomar la cabeza.) (¡Buitago!)

BUIT. (Con ira.) Me vas á comprometer.

LUISITO. Se ha caido el retato á la calle.

BUIT. Que se caiga.

LUISITO. Lo van á coger.

BUIT. Que lo cojan.

LUISITO. Pero...

BUIT. (Metiéndole la cabeza.) (¡Maldito!)

GENER. (Levantándose y arreglándose al espejo.) No hay más que hablar. La boda va á causar gran sensacion. ¡Figúrate, salir de repente con que estábais enamorados!

MARQ. Aquí donde todo el mundo se precia de saberlo todo.

GENER. Vais á dar que hablar lo ménos... por espacio de veinticuatro horas. Buitrago...

BUIT. Señora. (La Marquesa se acerca á hojear las partituras que están sobre el piano.)

GENER. ¿Y Luisito?

BUIT. ¡Luisito!... ¿Decía usted... Luisito?

GENER. Ya sabe usted que hay puestas pendientes y es preciso reanudar la partida.

BUIT. Sí señora.

GENER. Me he empeñado en darles á ustedes una bola.

BUIT. (En tono de guasa.) ¡Ah, señora, pues lo va usted á conseguir, si no una bola, por lo ménos un solo! Ah un solo, sí.

GENER. Á ver si encontramos á ese muchacho.

BUIT. (¡Cómo le dejo aquí con la otra!)

GENER. Le buscaremos.

BUIT. Sí, sí señora; le buscaremos, usted y la Marquesa por un lado y yo por otro.

GENER. No, los dos.

BUIT. Ah, los dos...

GENER. Así no perdamos tiempo. Usted estará deseando desquitarse... (Cogiéndole del brazo.) Porque usted es de los que se divierten cuando juegan al tresillo.

BUIT. Sí señora, y cuando no juegan tambien. (Vánse hablando por el fondo.) Tambien cuando no juegan, sí señora...

ESCENA IX.

LA MARQUESA.

MARQ. Aquí están las tres partituras: *Tannhauser*, *Lohengrin* y *Los Nibelungos*.. Mañana mandaré llamar á Inzenga á ver si puedo... ¡Muy difíciles son! Ah, pero yo venceré todas las dificultades. ¿No es la música de Wagner lo que más le gusta á Ramon? Pues yo haré prodigios de constancia hasta que puedan decirle mis labios toda esa música del porvenir en un presente eterno de felicidad.

VOCES. (Dentro.) Já, já, já, já!

MARQ. ¡Qué carcajadas!... No me parece de buen tono ni muy oportuno en este sitio. (Mirando al fondo.) Ah, vamos, sí,

comprendido: el vizconde de Andora y sus amigos. (Yéndose por la izquierda.) El Vizconde goza con todo lo que es alboroto y escándalo. (Váse la Marquesa. Luisito asoma la cabeza para explorar la escena.)

LUISITO. (Viendo al Vizconde y ocultándose de nuevo.) ¡Huy!

ESCENA X.

VIZCONDE, seguido de sus amigos, á poco RAMON.

VIZC. (Con gran regocijo, viniendo de puntillas al primer término del escenario y hablando animada y misteriosamente.) Caballeros, caballeros... Ya lo he descubierto.

AMIGO 1.° ¿De véras?

VIZC. Chist!...

AMIGO 2.° Cuenta, cuenta.

AMIGO 1.° Pero muy bajito...

VIZC. ¡Cuando yo os aseguraba que aquí hay gato encerrado!..

AMIGO 2.° Veamos.

VIZC. (Mirando á la izquierda.) Aquí viene Ramon (Llamándole.) Ramoncillo.

RAMON. Estás conspirando contra el gobierno?

VIZC. Contra el gobierno de esta casa.—Ante todo: ¿Eres tú muy amigo de la Marquesa de Tarazona?

RAMON. ¿Yo?... sí, mucho.

VIZC. (Empujándole.) Entónces vete. No quiero decirte nada.

RAMON. ¿Pero es que tú tienes algo que decir de la Marquesa?

VIZC. Algo nó; ¡algos!

RAMON. (¡Oh!) Dilo.

VIZC. Pero...

RAMON. Dilo.

VIZC. Te empeñas?

RAMON. Me empeño.

VIZC. Conste que te lo digo en secreto y que no tienes derecho á delatarme.—Pues habeis de saber que la sacerdotisa de este templo sigue las huellas de la antigua Norma.

RAMON. ¿Qué?

VIZC. Es una vestal que guarda en el altar de su corazon un

fuego que no tiene nada de sagrado.

RAMON. (Reprimiéndose.) ¡Mira lo que dices!

VIZC. Si te pones así, no prosigo. Has venido de Lóndres incapaz... La familia de los Quijotes, amparadores de viudas desvalidas, es incomprensible en el siglo diez y nueve.

RAMON. (Con sarcasmo.) ¡Es verdad!... Sigue.

VIZC. Yo había pasado varias veces por esta calle y había visto dibujarse en las cortinas de la alcoba de la Marquesa la sombra de un hombre. (Traza al aire unos rasgos.) ¡Pues!

AMIGO 1.º ¡Ya!

RAMON. ¿Y qué más?

VIZC. ¿Qué más? (Volviéndose á sus amigos.) ¡Digo!... Aún le parece poco.

AMIGOS. Já! já!...

RAMON. Tan poco me parece que no me parece nada. ¿Pues qué, basta una sombra para suponer una falta?

VIZC. Pero como esa sombra pertenece á un cuerpo, y ese cuerpo tiene un alma, y esa alma está en pena.

RAMON. ¿Luego tú conoces al hombre?...

VIZC. Y tú tambien.

RAMON. ¡Oh!

VIZC. Vamos, éste es de los que creen que la Marquesa de Tarazona es la virtud personificada.

RAMON. Lo creo y lo sostengo... sí, lo sostengo. No basta lo que dices para que la Marquesa deje de ser una mujer honrada. Ese hombre, cuya sombra has visto, y nada más que la sombra, ha podido ser un criado, un amigo respetable, su médico, su administrador, cualquiera...

VIZC. He visto inocentes en el mundo, pero como tú...

RAMON. Y yo calunniadores, pero como tú, ninguno.

VIZC. Ah, ¿conque te formalizas?

RAMON. Sí, me formalizo. Acusaciones tan graves se fundan en hechos positivos... no en ruines sospechas. (Cogiéndole del brazo.) ¿Tienes tú alguna prueba clara y terminante de que la Marquesa no es digna de la reputacion que goza?

BUIT. (Con calma.) Sí.

RAMON. ¿Eh?

VIZC. La tengo.

AMIGO 1.° (Con fruicion.) Esto se complica.

AMIGO 2.° (Frotándose las manos.) ¡Divino! ¡Divino! (Forman grupo.)

VIZC. (Sacando del bolsillo del pantalon una carta medio arrugada.) Héla aquí.

RAMON. (Queriendo coger el papel.) ¡Á ver!

VIZC. (Retirándole la mano.) Calma y atencion.

AMIGOS. (Con ansiedad.) Veamos.

VIZC. (Leyendo.) «Nada más grato á mi alma que el misterio »en que vive nuestro amor. (Mirando con sorna á Ramon.) »¡Misterio!...» (Leyendo.) «Eres un niño en toda la ex»tension de la palabra. (Mirando á todos.) ¡Y tan niño! (Leyendo.) «¿Ignoras por ventura que tu amor es la úni»ca vida de mi vida? ¡Impaciente! Ven esta noche.»

RAMON. Dame esa carta.

VIZC. ¿Conoces la letra de la Marquesa?

RAMON. (Leyendo.) ¡Su letra... ¿Pero á quién está dirigida esta carta?

VIZC. ¿Conoces este retrato?

RAMON. ¡Oh!

VIZC. Pregúntale, y aunque en lenguaje mudo te contestará.

RAMON. ¿Pero estás cierto de que esta carta es de Luis Sanjurjo?

VIZC. Yo he encontrado esos dos objetos el uno al lado del otro; sabía que la Marquesa tenía un amante; he visto la sombra de Luisito en la alcoba de la Marquesa; Luisito está de moda y es constante visitador de esta casa.

RAMON. ¡Oh, basta, basta!

VIZC. Si quieres más pruebas... yo francamente, no sé cómo...

RAMON. Pero si no es posible que una mujer que se estime en algo...

VIZC. ¿Recuerdas el lance del mismo Luisito y la de Olmedilla? ¡Qué asombro en Madrid. ¡Todo el mundo decía: «Si no es posible que una mujer que se estime en al-

go...» Y sin embargo...

AMIGOS. ¡Jé, jé, jé, jé!

RAMON. (Oh, sí, me lo dice á gritos mi alma, que nunca acabó de creer en su amor... Sus dilaciones en acordar la boda... Su ausencia de un año... Su calma .. ¿qué su calma? Su alegría despues de anunciar mi próximo viaje. Pero qué dudo? Ahora lo comprendo todo. Por eso me decía el General: «¡no se case usted!» (Mirando el retrato.) ¿Y qué rival entrega á mi despecho? Un rival que no puede serlo mio.)

VIZC. (Riéndose, á sus amigos.) (¿Sabeis que á este le ha llegado á lo vivo?...

AMIGO 1.° Se conoce que es uno de tantos amantes platónicos.

VIZC. Uno de los admiradores.

AMIGO. 2.° Sin duda...

AMIGO 1.° Pero tú le has dejado que no sale de su asombro.

VIZC. Es un infeliz. Tendré que consolarle) (Acercándose á Ramon.) Chico, siento en el alma haberte dado un disgusto... Yo ignoraba que fueses tan devoto de la Marquesa.

RAMON. ¿Yo?

VIZC. Despues de todo... qué diablos!... más vale caminar con los ojos abiertos... y me extraña que tú, un hombre corrido, haya podido soñar en la inespugnabilidad femenina. Ea: dame esa carta que tan mal efecto te ha hecho... (Pausa.)

RAMON. Ya te la daré.

VIZC. No, no andemos en bromas.

RAMON. (Cada vez mas exaltado.) Repito que ya te la daré.

VIZC. ¡Ramon!... Es que yo quiero tenerla...

RAMON. Es que yo no quiero dártela.

VIZC. (Lanzándose sobre él para arrancarle la carta.) ¡Oh!...

AMIGO 1.° (Interponiéndose.) ¿Señores, señores... Qué vais á hacer?

VIZC. Ramon.

AMIGO 1.° La Marquesa.

Dª María
F Y

ESCENA XI.

LOS MISMOS, MARQUESA.

MARQ. ¿Qué hacen ustedes aquí tan retirados del baile?

VIZC. (Con mucha volubilidad.) ¡Oh, Marquesa encantadora! Estábamos.... estábamos hablando del gusto esquisito que preside en esta fiesta. Nos está usted dando una noche deliciosa.

AMIGOS. ¡Oh, sí, sí!

AMIGO 1.º ¡Deliciosa!

RAMON. (Indignado.) (¡Miserables!) Es verdad, estos señores estaban gozando y hablando.

VIZC. (Interrumpiéndole rápidamente.) De lo que se puede hablar aquí... de los encantos... y de los atractivos... y... (Á Ramon.) (Recuerda que es un secreto lo que te he dicho.) (Saludando.) Marquesa... (Á los Amigos.) Caballeros, vamos al salon. (Nos va á comprometer este mozo. ¡Qué á pechos lo ha tomado! ¡Já, já!) (Vánse por la izquierda.)

ESCENA XII.

RAMON, MARQUESA.

MARQ. Ramon, ¿qué tienes?... Qué nueva desgracia te ocurre?

RAMON. Ninguna, señora, porque acabo de tener la suerte de conocer á usted.

MARQ. ¡Ramon!

RAMON. No provoque usted situaciones dramáticas, que á usted más que á nadie le conviene evitar.

MARQ. ¡Ese tono!...

RAMON. Le indica á usted que todo ha concluido.

MARQ. ¿Todo?... Todo, sí, ménos mi dignidad.

RAMON. ¡Oh! No hable usted de ella...

MARQ. ¿Quién puede ofenderla, ni quién podrá menoscabarla?

¿La envidia? La desprecio. ¿Las apariencias? Las afronto. ¿Tu ceguedad? La compadezco.

RAMON. ¿Y las pruebas?

MARQ. Las destruyo.

RAMON. ¡Oh!...

MARQ. Ramon, apelo á tu juicio... No, no, á tu juicio no, porque debe estar trastornado. De otra suerte, ¿te atreverías á hablarme de la manera que me estás hablando? Yo sé que la infamia es poderosa. ¿Pero qué me importa? ¿Puedes tú tener la evidencia de que yo no soy digna de tu amor?

RAMON. Sí.

MARQ. ¡Oh!

RAMON. ¡Lea usted!

MARQ. (Gran estupefaccion.) Esta carta... ¿Quién te ha dado esta carta?... ¿Quién se ha atrevido?...

RAMON. Esa carta estaba en poder de un hombre.

MARQ. ¿Qué horrible complot es este?

RAMON. Pero no destruye usted esa prueba?

MARQ. Sí, con otra; esta carta está sin concluir...

RAMON. Pues venga, venga.—¿Por qué se detiene usted?

MARQ. ¿Y tú has podido creer?...

RAMON. ¡Venga esa prueba!

MARQ. Oh, sí, al momento. (Dirígese á la puerta de la derecha, la abre, da un grito y retrocede hasta donde está Ramon.) ¡Ah!... Ramon... ¿Qué es esto? ¿Quién es ese hombre que está en mi alcoba?

RAMON. Véale usted... Luisito Sanjurjo.

MARQ. ¡Cómo!

RAMON. La evidencia...

MARQ. Oh, no, no, mentira... mentira.

RAMON. (Rápido.) ¡La evidencia, señora, la evidencia!... (Váse sin querer escuchar á la Marquesa.)

MARQ. (Siguiéndole.) Ramon, Ramon, esto no es posible... yo no puedo consentir este agravio... Ramon .. (Váse.)

ESCENA XIII.

LUISITO, á poco la GENERALA, despues el GENERAL.

LUISITO. (Saliendo despavorido y azorado.) ¡Dio mio! ¿Qué é lo que yo he hecho? Yo no etoy aquí un momento mas. (Al querer escapar por la puerta de la derecha se encuentra con la Generala.)

GENER. (Con alegría, cogiéndole del brazo.) Gracias á Dios que le echo á usted la vista encima. Ya no le suelto á usted.

LUISITO. ¡Ay de mí! Ahora sí que me ha dado codillo.

GENER. (Llevándose á Luisito por la puerta de la izquierda.) Buitrago estará en los salones esperándonos...

LUISITO. Pero...

GENER. Ahora sí que vamos á reanudar nuestra deliciosa partida.

GENERAL. (Saliendo por la derecha, moviendo la cabeza y exasperándose al ver á su mujer del brazo de Luisito.) (Cuando digo que le voy á perniquebrar!...)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Vaso de agua y botella de [illegible]

ACTO TERCERO.

Aparador [illegible]

La misma decoracion. Las puertas cerradas.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA, la GENERALA.

La Marquesa en un sillon. La Generala echando unas gotas de líquido en una copa con agua.

GENER. Este es un reactivo eficaz. (Á la Marquesa.) Bebe sin temor.

MARQ. (Despues de beber.) Gracias.

GENER. Otro poco.

MARQ. Basta. (La Generala deja la copa sobre la chimenea.)

GENER. Ea, ya se ha pasado el susto. Ramon se empeñó en no escucharte.

MARQ. No hablemos de eso.

GENER. Pero no saldrá de esta casa sin verte. Le he suplicado que se espere y se esperará.

MARQ. ¡Oh! Mal hecho; no has debido suplicarle.

GENER. Luisito ha desaparecido como por encanto.

MARQ. Al verle contigo quise confundirle por su atrevimiento, pero se me anudó la voz en la garganta y no pude

articular ni una frase. Tales eran mi indignacion y mi asombro.

GENER. Ahora es preciso que hagas una heroicidad. No olvides que te debes á la reunion, que ya se habrá enterado del suceso.

MARQ. Sí, de un suceso que es una prueba plena de mi deshonra. ¿No es cierto? No se necesita tanto para perder en un instante lo que más vale en el mundo.

GENER. Bah, bah, no te apures, ya inventaremos una historia.

MARQ. ¿Una historia? (Levantándose asombrada.) Pues qué, ¿tengo necesidad de otra cosa que de alzar mi voz y proclamar mi honra inmaculada? ¿Acaso es menester que disfrace la verdad con la mentira?

GENER. (Con lástima, bajando los ojos y jugando con el abanico.) ¡Carolina!

MARQ. (Cogiéndola de un brazo y mirándola fijamente.) ¡Qué!... ¿Dudas tambien de mí?

GENER. Yo, no.. qué disparate... de ningun manera. ¡Ave María Purísima!

MARQ. Si no me extraña; si ha dudado el hombre que yo había creido capaz de ver mi alma. Bien castigada está mi soberbia. Se cree en Dios sin verle; pero en una miserable mujer, ¿por qué razon?

GENER. ¡Hay tantos malvados en este mundo!

MARQ. Una mirada bastará para confundirles.

GENER. Eso es lo que yo quiero; que seas valerosa hasta vencer situacion tan difícil.

MARQ. Soy inocente, figúrate si esto es mucho más todavía.

ESCENA II.

LAS MISMAS, VIZCONDE.

VIZC. Generala. ¡Ah, Marquesa! (Pausa.)

MARQ. (Con altivez.) ¡Qué!

VIZC. No... nada... venía... (El Vizconde baja los ojos ante la petitud de la Marquesa.)

MARQ. (Á la Generala.) (Este debe ser uno de esos malvados á que tú te referías. Mírale... confundido. (Da dos pasos. Mirando con desprecio al Vizconde.) (No hay nada más cobarde que estos verdugos del buen tono.)

ESCENA III.

EL VIZCONDE, la GENERALA.

GENER. (Rápido.) ¡Buena la ha hecho usted!

VIZC. ¿Qué he hecho yo?

GENER. Propalar que Luisito es amante de la Marquesa, y esto á mí me parece una calumnia.

VIZC. En primer lugar, señora, yo no he propalado nada. Usted ha conseguido de mi amistad que le cuente los hechos, y ha sido la primera en asombrarse.

GENER. Y sigo asombrada todavía.

VIZC. ¡Pues entónces!...

GENER. Pero ya no puedo creer...

VIZC. Pues no crea usted.

GENER. Es difícil no dudar.

VIZC. Pues dude usted.

GENER. Á mí me da mucha lástima Enriqueta, mucha lástima...

VIZC. Y á mí tambien, pero...

GENER. Sí, pero...

VIZC. Pero...

GENER. ¡Ay! Este *pero* ha causado más extragos que la célebre manzana del Paraiso. (Siguen hablando.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, el GENERAL.

GENERAL. Evidentemente mi mujer me pone en berlina. ¡Cuidado el tal Luisito si es valiente! Se atreve con mi mujer y conmigo. Porque no es porque yo me coma á los niños crudos, pero creo que con tender la mano ó alargar la punta del pie...

GENER. (Reparando en su marido.) ¡Ah, estás aquí, me alegro! Ya

sabrás lo que se dice. (Pausa.)

GENERAL. Sí señora.

GENER. Vamos, no te pongas insufrible.

GENERAL. Toda la noche colgada del brazo de ese mequetrefe.

GENER. Repara que no estamos solos.

GENERAL. ¿Piensas que nadie lo observa? Pues la gente se despacha á su gusto.

GENER. Vas á lograr ponerme en cuidado. ¿Has oido algo respecto de mí?

GENERAL. He oido todo lo que brota de la murmuracion; ese *rum rum* de frases entrecortadas, de monosílabos sueltos que se lanzan y se recogen segun la distancia á que se halla la víctima.

GENER. ¡Ah, ya adivino! Has visto cuchichear á la gente y has creido que la víctima eres tú.

GENERAL Pues sí señora.

GENER. Pues no señor. La víctima es la Marquesa de Tarazona. (Al oido.) (Hay quien ha visto á Luisito, en la alcoba de Carolina.

GENERAL. ¡Qué atrocidad! Pero...

GENER. Hay quien ha visto una carta á Luisito.

GENERAL. ¡Pues dígole á usted que el niño es de perlas! ¿Pero qué habrán encontrado las mujeres de particular en ese trasto? ¡Bah! Eso no puede ser.

GENER. ¡Ah, con Carolina no es posible, y conmigo... Já, já! Te perdono de todo corazon.

GENERAL. Es que contigo cualquiera tendría la certeza de que Luisito...

GENER. Con la Marquesa la tienen todos.)

GENERAL. (¡Bonita está la sociedad! Digo si hago yo bien en tener encerrada á mi hija Gloria. Nada, régimen militar.)

GENER. Y si quieres más detalles, aquí está el Vizconde. (Llamándole.) Ándora, cuente usted á mi marido...

GENERAL. (Atajándole.) No, gracias, no quiero saber nada. No quiero aumentar la falange de esos hombres mujerzuelas que alimentan sus ocios con semejantes habladurías. Siempre me ha parecido villano ocupar el tiempo

en deshonrar mujeres; pero deshonrarlas á mansalva, en su propia casa, sobre villano, me ha parecido cobarde. Es decir, que esas reticencias y esos comentarios *sotto voce* son por la dueña de esta casa? ¿Es decir, que todo el mundo está escandalizado? ¿Pues por qué no echa á correr todo el mundo? Si tan delicada tiene la epidermis, por qué no evita el contacto con la Marquesa, en vez de rodearla, y ensalzarla, y mimarla? ¡Lucido espectáculo! Gástese usted un tesoro de bondad y de dinero en obsequiar á los amigos, que los amigos se encargarán de quitarle el pellejo. ¿Y esto es vivir en sociedad? Esto es vivir entre sapos.

GENER. Pero hombre, repara...

GENERAL. Lo dicho, entre sapos.

VIZC. Mi General...

GENERAL. ¡Qué! ¿No está usted conforme con mis palabras?

VIZC. Enteramente, pero...

GENERAL. Si yo fuese Ramon...

VIZC. ¿Y qué tiene que ver Ramon en este asunto?

GENERAL. Mucho, puesto que se va á casar con la Marquesa.

GENER. ¡Ejem, ejem!...

VIZC. ¡Cómo! ¿Que dice usted? ¿Que se va á casar Ramon?...

GENERAL. Sí señor; se va á casar, ó se iba á casar.

GENER. (¡Pero hombre!

GENERAL. ¡Qué! No comprendo esas señas que me estás haciendo.)

VIZC. (Rápido.) Llegué á sospechar si sería amante platónico, pero nunca marido futuro.—(Voy á decírselo á mi gente. ¡Já, já, já!) (Váse por la izquierda.)

ESCENA V.

LA GENERALA, el GENERAL.

GENER. ¿No sabes que la boda era un secreto?

GENERAL. ¡Qué secreto ni qué niño muerto! Yo no tengo secretos mas que los planes de campaña! Todo lo demas me pa-

rece una bagatela.

GENER. Eres temible.

GENERAL. ¿Pero por qué no se ha de decir que un hombre se va á casar con una mujer? ¿Qué tiene esto de extraño?

GENER. Pues suele tenerlo.

GENERAL. Vaya, está visto que no sirvo para vivir en sociedad... Los Buitragos... Luisito... la Marquesa... ¡El demonio que se lleve todo!... Me voy á acostar...

GENER. Já, já!... Más vale, porque si no vas á hacer alguna de las tuyas... Con el Vizconde has estado imprudentísimo.

GENERAL. Y al primero de esos títeres que oiga hablar mal de la Marquesa, le cojo por los faldones del frac, y le estrello contra la pared.

GENER. Pero... (Siguiéndole hasta la puerta izquierda.)

GENERAL. Lo dicho, dicho, le estrello contra la pared... Precisamente estoy ya más nervioso... (Váse por la izquierda.)

GENER. ¡Es atroz!... Voy á seguirle, no sea que el diablo... (Váse por la izquierda. Simultáneamente salen por el fondo Buitrago y Luisito.)

ESCENA VI.

BUITRAGO, LUISITO.

BUIT. (Trayendo de un brazo á Luisito.) Aquí... aquí, ¿te creias en salvo al estar cerca de tu casa? Pues no señor. Tengo yo los pies más ligeros de lo que tú te piensas.

LUISITO. Pero te has empeñado en matame á digutos.

BUIT. Cuando se ha tenido valor para cometer una accion censurable, no se debe tener miedo para confesarla.

LUISITO. ¿Qué quieres que haga?

BUIT. Decir la verdad.

LUISITO. ¿Y que el General me divida de un sablazo?

BUIT. Sí señor.

LUISITO. Fancamente; dejame matá en la pimavera de la vida...

BUIT. Maldita la falta que haces en el mundo.

LUISITO. Eso te parecerá á tí, pero á mí me parece todo lo contario.

BUIT. Yo no puedo consentir que la Marquesa sea víctima de una calumnia. Conque elige entre el General, Ramon ó yo.

LUISITO. ¡Pero hombe, po María Santima!...

BUIT. Tienes que cantar de plano.

LUISITO. Cantaré como tú quieras, pero sin poné en música á Goria... porque al fin, ya ves... Goria...

BUIT. Al contrario, tienes que hablar de ella. Es preciso que salgan á relucir nombres propios; que el General estalle de cólera, la Generala sufra un ataque de nervios y la niña llore y te maldiga cien veces.

LUISITO. Eso es un cataquismo.

BUIT. Es preciso que el escándalo pase de esta casa á la de enfrente, y que no paguen justos por pecadores. Si tienes un lance y mueres con honra, del mal el ménos.

LUISITO. Del mal... el ménos. Esas son unas matemáticas que no me hacen pizca de gacia.

RAMON. Devuélveme la palabra que te he dado y yo me encargo de todo.

LUISITO. Coriente, te devuelvo la palabra, y tú te encargas... Vaya, buena noche... hata mañana si Dios quiere.

BUIT. ¡Quieto aquí! Tú eres la prueba viva...!

LUISITO. ¡Qué he de sé yo... si etoy má mueto que vivo! (El General con las manos cruzadas atrás y el clak puesto, atraviesa apresuradamente por el fondo. La Generala, que le sigue á cierta distanaia, se detiene en la puerta.)

ESCENA VII.

LOS MISMOS, la GENERALA.

GENER. (Suponiendo que se dirige al General.) No tardaré en seguirte. (Bajando al proscenio.) Me alegro que se vaya. El Ministerio de la Guerra por un lado y los celos por otro le ponen incapaz. ¡Calla! (Reparando en Luisito.)

LUISITO. (¡La Genedala!) (Á Buitrago.) (Po Dios, no me compome-

tas!)

GENER. ¿Cómo tiene usted valor para estar aquí, despues de lo ocurrido?

LUISITO. Señora, yo...

BUIT. Porque un hombre digno siempre tiene valor para responder de sus actos.

GENER. Pero es que hay actos de tal naturaleza .. Yo creo que Luisito hace mal en estar aquí.

LUISITO. Eso mimo creo yo... Vaya, buena noches tengan utedes.

BUIT. Eh, quieto aquí. (Á la Generala.) Al contrario, hace perfectamente. Luisito no se debe marchar de esta casa sin proclamar, pero muy alto, que la Marquesa de Tarazona es víctima de una imprudencia; que es inocente.

GENER. ¿Eso puede probarlo el señor?

BUIT. Ya lo creo que puede probarlo.

GENER. (Á Luisito.) ¿Y se está usted así?

LUISITO. Señora, ¿cómo quiere uté que eté?

GENER. Hablando, diciendo la verdad. Guardar silencio cuesta una reputacion.

BUIT. Sin embargo, hay que tener en cuenta que romperlo cuesta otra.

GENER. ¿Es decir que hay dos mujeres en este asunto?

BUIT. Sí señora, una viuda... y otra soltera que dá citas clandestinas á su novio.

GENER. ¡Buena será la niña!

BUIT. Ya ve usted si Luisito hace perfectamente en estar aquí.

GENER. ¡Ya lo creo! Ahora mismo voy á buscar á Carolina y a Vizconde de Andora, y á Ramon y á todos los que han supuesto lo que no és, para que la verdad quede en su lugar.

LUISITO. (¡Dio mio de mi ama!)

BUIT. Eso es lo que procede.

LUISITO. (Tú me quieres asesiná, hombe.)

GENER. Pues no faltaba otra cosa sino que por una niña cas-

quivana... Pero, hombre, ¿por qué se está usted así?

LUISITO. Señora, poque no puedo etá de oto modo.

GENER. Bueno fuera que por guardar usted silencio...

BUIT. Figúrese usted... (Rápido.)

GENER. Sufriese Carolina...

BUIT. Sería una infamia...

GENER. Que yo no puedo tolerar.

BUIT. Ni yo tampoco.

GENER. Aquí viene Ramon. (Ramon sale por la izquierda.)

LUISITO. (¡Ramon!)

GENER. Llega usted oportunamente.

LUISITO. (Pue señó, ya no hay remedio para mí.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, RAMON.

RAMON. (Á la Generala.) No he querido marcharme sin despedirme de usted. Vengo á darla mi último adios.

GENER. ¡Cómo!

RAMON. Es casi seguro que no nos volveremos á ver.

GENER. ¡Qué disparate! Vamos, vamos... veo que está usted muy herido.

RAMON. Lo que estoy es curado. Yo tenía una opinion fija acerca de las mujeres; pero un momento de ofuscacion me hizo creer que pudiera existir una... Oh, perdóneme usted, estoy siendo descortés...

GENER. Mal juzga usted de las mujeres; pero las hay muy buenas...

RAMON. ¡Oh! sí.

GENER. Que dan la felicidad.

RAMON. Á veces una tormenta da una cosecha...

GENER. ¿Pero usted ha podido creer que Carolina?...

RAMON. (Impaciente.) Señora, por Dios... No hablemos.

GENER. Las apariencias condenan.

RAMON. Si aquí no se trata de apariencias, sino de hechos reales y positivos.

GENER. Pues con hechos reales y positivos voy á contestar á

usted. Luisito... (Cogiendo del brazo á Luisito.) Vamos á ver... Venga usted acá.

LUISITO. (¡Buitago! ¡Dio mio, en la que me he metido!)

GENER. Usted está ya al cabo de la calle.

LUISITO. Que má quisiera yo.

GENER. Quiero decir que usted sabe de lo que se trata. Vamos á ver: usted entró furtivamente en esa habitacion. ¿Lo niega usted por ventura?

LUISITO. Diré á uté; por ventura no, po degacia é vedá.

GENER. Esto lo hacen generalmente los ladrones ó los enamorados. De los primeros no hablemos.

LUISITO. (Casi etoy por haceme ladon. Creo que me tendría má cuenta.)

GENER. Hablemos de los segundos. Vamos á ver, Luisito, ¿quién es ella?

LUISITO. ¿Ella? ¿Que quién es ella? (¡Cómo le digo que su hija! Pimero me dejo matá.)

RAMON. Yo creo que la pregunta es inocente.

LUISITO. (Aturdido.) Jutamente, inocente.

RAMON. Porque el hecho no puede estar más claro.

LUISITO. Jutamente, no puede estar...

RAMON. (Colérico.) (¡Oh!)

GENER. Calma.—Es necesario que diga usted la verdad.

LUISITO. ¡Ah! Conque usté quiere que yo diga...

GENER. La verdad.

LUISITO. Pue bien; la vedá é que yo enté en ese cuato po entá, po que yo ento y salgo po todas partes, y poque... pues... ya ve uté, me parece que má claro.

BUIT. Señora, ruego á usted que no insista. Sanjurjo no puede decir la verdad delante de usted.

GENER. ¡Cómo!

BUIT. Usted ha preguntado: ¿quién es ella? Pues bien, ella es conocida de usted... la quiere usted mucho.

GENER. ¿Sí?

BUIT. Y su madre tambien la interesa á usted mucho.

GENER. Pues tanto más para que ahora insista...

BUIT. Usted tiene mucho talento y comprenderá el justo re-

paro de Luisito. Al fin es un muchacho y tiene cortedad.

GENER. Pues para entrarse en las alcobas de las mujeres no es muy corto que digamos. (El caso es que se ha despertado mi curiosidad de un modo, que estoy rabiando por saber...)

BUIT. (Doy á usted mi palabra de que todo lo sabrá usted inmediatamente.

GENER. No, no, si yo no tengo interés... (Cogiéndolo del brazo y yéndose hácia la puerta de la derecha.)

BUIT. Ya lo supongo, pero debe usted saberlo y lo sabrá.

GENER. No, no; si á mí no me importa. (¿Quién será ella?) Á mí me importa... (Soltando el brazo de Luisito.) Adios... Adios.

ESCENA IX.

BUITRAGO, LUISITO, RAMON.

BUIT. Ea, ya estamos solos, (Con énfasis.) Ramon, ante todo deja que te abrace y te dé mi más cumplida enhorabuena. Vas á casarte con la mujer más digna, la más virtuosa.

RAMON. ¡Qué!

BUIT. Con la Marquesa de Tarazona.

RAMON. ¡Buitrago!

BUIT. Ven aquí, hombre de Dios. ¿Crees tú que la Marquesa ha podido enamorarse nunca de este desdichado? Mírale, parece que se le ha caido la casa encima.

RAMON. (Irritado.) ¿Pero qué significa esto?

BUIT. Significa que Luisito está enamorado de la hija del General Fernandez, y que ha tenido el atrevimiento de penetrar en esa habitacion.

RAMON. (Con ironía.) ¿Y qué más?

BUIT. Que Gloria vive ahí enfrente; que su padre no la lleva á ninguna reunion, y que Luisito, siguiendo la série no interrumpida de sus torpezas, cogió á oscuras el primer papel que hubo á las manos para envolver su retrato y echárselo á Gloria, y que ese papel, destinado á tí sin

duda alguna, es la carta que tú tienes. Por desgracia, el retrato cayó á la calle, llegó el Vizconde de Andora, que es pretendiente desdeñado de la Marquesa y propaló la aventura como todos sabemos. (Momentos de pausa.)

RAMON. Y me juzgas tan crédulo que vaya á admitir como artículo de fé...

BUIT. No, si yo no quiero esforzarme en combatir la incredulidad de nadie. Mi deber de hombre honrado es decir la verdad y defenderla.

RAMON. ¡Buitrago!

BUIT. Y defenderla. ¿Te atreverás á sostener que la Marquesa es criminal? (Pausa) ¡Ramon! Por la memoria de mi madre, te juro que es inocente.

RAMON. Entónces, el atrevimiento inconcebible de un hombre, ha dado lugar... (Colérico á Luisito.) Por usted...

LUISITO. (Retirándose.) (Verá uté, verá uté.)

BUIT. Poco á poco. Sanjurjo ha cometido una ligereza, pero no es un infame.

LUISITO. Jutamente; yo no soy un infame y no tolero... Pue no faltaba ota cosa.

BUIT. Luisitò va á continuar la obra de reparacion.

LUISITO. Pero...

BUIT. No hay más remedio. (Le coge del brazo.)

LUISITO. (Pue señó, má me valía habeme tirado del viaduto de la calle de Segovia.) Pero...

BUIT. No hay más remedio. (Vánse disputando por la izquierda.)

ESCENA X.

RAMON.

Estos nuevos amores secretos entre Sanjurgo y esa muchacha... No es verosímil que un hombre por muy atrevido que sea, llegue una y otra noche á penetrar furtivamente en el dormitorio de una mujer. No es fácil que esto suceda sin que nadie se entere.

ESCENA XI.

RAMON, el GENERAL.

GENERAL. (Agitado, con el clak, sin cerrar, en la mano.) ¿Y Luisito? ¿Ha visto usted á Luisito?

RAMON. Hace un momento estaba aquí.

GENERAL. Le voy á destrozar entre mis manos. (Cierra el clak bruscamente.)

RAMON. ¿Qué ocurre?

GENERAL. ¿Qué ocurre? Si no puedo decirlo, si me da vergüenza y rabia.

RAMON. Ya sabe usted que entre los dos no hay secretos.

GENERAL. (Mirando á uno y otro lado y bajando la voz.) ¿Querrá usted creer que ahora salimos con que ese mequetrefe es novio de mi hija?

RAMON. (Con gran alegría.) ¿Sí?

GENERAL. Todo lo he sabido por la doncella de mi mujer.

RAMON. Cuente usted, cuente usted.

GENERAL. Si alguno me hubiera dicho que mi hija movía un pie sin mi licencia, le hubiera estrangulado. Tal era la seguridad que tenía en mi régimen militar.—¿Querrá usted creer que el tal Luisito penetraba muchas noches en ese cuarto para hablar con mi hija?

RAMON. ¿De verás?—¡Ah! Deje usted que le abrace.

GENERAL. ¡Demonio! Me está usted viendo echar los bofes de coraje, ¿y usted se pone tan alegre?

RAMON. Gracias á Dios que me da usted una buena noticia.

GENERAL. ¡Ramon!

RAMON. Oiga usted un momento: entre la falta de su hija de usted y la supuesta á Carolina, media un abismo.

GENERAL. Sí; pero como todo el mundo sabrá el lance de esta noche, ya me tiene usted en berlina.

RAMON. Despues de todo ¡qué ocurre aquí? ¿Qué los chicos son novios? ¿Y qué? Eso no es crímen. Piense usted que un

lance con Luisito sería ridículo. (Pausa.)

GENERAL. Tiene usted razon: sería hazaña harta ruin...

RAMON. Yo necesito que usted se tranquilice.

GENERAL. Eso no es fácil.

RAMON. Es que yo lo necesito. (Pausa.)

GENERAL. ¿Y para qué necesita usted que me tranquilice?

RAMON. Como usted comprenderá, yo estoy loco de alegría, porque al fin Carolina vuelve á ser para mí la mujer soñada... Pero yo no puedo casarme con Carolina mientras viva el Vizconde de Andora. El és quien ha propalado todo, el verdadero autor de mis desdichas. Yo necesito matarle.

GENERAL. (Despues de meditar.) Tambien tiene usted razon. Un tunante ménos. Yo me encargo de todo. Precisamente tratándose de estas cosas estoy en mi elemento, y es lo único que me hará olvidar...

RAMON. Pero pronto.

GENERAL. Tan pronto como á usted se le antoje.

RAMON. Yo no quiero comprometer la respetabilidad de usted.

GENERAL. Estas cosas me han vuelto al coraje de los veinte años. Todo me importa nada. Ese mozo estará en los salones.

RAMON. Ha ido aquí cerca, al ministerio de la Guerra, á ver á su amigote Sorribas, que está de guardia.

GENERAL. Perfectamente. Al clarear del alba... (Apretándole la mano.)

RAMON. Comprendido.

GENERAL. (Al público.) Yo que la dejaba en casa creyéndola asegurada de incendios, y resulta que la niña estaba hecha un volcan! (Á Ramon.) Voy, voy en seguida. (Yéndose por el fondo.) ¡Por vida de Luisito!

RAMON. (Mirando á la izquierda.) ¡Ah, Carolina! Ahora sí que la amo más que nunca.

ESCENA XII.

MARQUESA, RAMON.

MARQ. (Por la izquierda.) (Buitrago se ha encargado de restable-

cer los hechos. ¡Como si esto bastara á mi corazon!)

RAMON. ¡Carolina!

MARQ. ¿Quién?

RAMON. Perdóname... te he ofendido; lo confieso.

MARQ. ¿Usted aquí todavía?

RAMON. Amor es ciego en todos sentidos.

MARQ. Esa palabra es inútil entre nosotros.

RAMON. La única posible.

MARQ. Lo único posible es esta entrevista, que ruego á usted dé por terminada.

RAMON. ¿Tan grande es mi falta que no merece perdon?

MARQ. Perdon á todos, ménos á usted. ¡Tres años tratándome y sin acabar de comprenderme! ¡Tres años viendo la pureza de mi alma y un segundo para juzgarme infame!

RAMON. ¿He podido yo evitar las apariencias que me condenan?

MARQ. Hubiérame usted siquiera ofendido con la duda; pero usted ha visto tan clara, tan manifiesta mi infamia, que juzgarme inocente hubiera sido temeridad. Usted ha tenido la evidencia de mi deshonra, y al hombre que ha tenido esta evidencia no le doy mano de esposa, no digo costándome la vida, sino cien vidas que tuviera.

RAMON. ¿Luégo aquel amor tan decantado es mentira?

MARQ. Si cree usted que aquel amor era susceptible de sufrir afrentas inmerecidas, tiene usted razon, era mentira.

RAMON. Yo sentí el rubor anticipado de mi deshonra.

MARQ. Y yo el rubor anticipado de sus insultos.

RAMON. No he querido tolerar á mi amada lo que jamás hubiera tolerado á mi mujer.

MARQ. Ni yo tolerar á mi futuro lo que por fuerza hubiera tenido que tolerar á mi marido.

RAMON. ¡Carolina!

MARQ. Repito las palabras de usted: todo ha concluido entre nosotros. (Pausa.)

RAMON. Veo tu firmeza... y sin embargo, no puedo renunciar á la esperanza... (Pausa.) Estás obcecada, lo veo... volveré... volveré á este sitio.

MARQ. Hará usted mal.

RAMON. Reflexiona que voy á alejarme de Madrid para siempre. Tú me dirás si debo partir sólo ó acompañado... si debo partir con alma ó sin ella. (Váse por la izquierda. La Marquesa avanza unos pasos como para llamar á Ramon, pero se detiene.)

MARQ. (Con energía.) No. (Cae en un sillon.)

ESCENA XIII.

MARQUESA, LUISITO.

LUISITO. (Tímidamente en la puerta del fondo.) ¡Maquesa!

MARQ. (Volviendo la cabeza y dominando su emocion.) ¡Ah!...

LUISITO. Señora... no etañe uté que tatamudée... pero é tan gave la falta que he cometido...

MARQ. ¡En efecto, muy grave! Usted no puede calcular su inmensa trascendencia... Pero en fin, yo le perdono á usted.

LUISITO. ¡Cómo!... (Avanzando.) ¡Será posible!

MARQ. Usted me ha herido de muerte... y yo voy á darle á usted la vida. Sí, le perdono á usted.

LUISITO. ¿Uté me perdona?

MARQ. Con una condicion.

LUISITO. Todo lo que uté quieda; á todo me hallo dipueto. En mí tiene uté al eclavo má eclavo...

MARQ. Usted ha comprometido la reputacion de una hija de familia. Se habla de ciertas citas clandestinas...

LUISITO. Señora, yo...

MARQ. Comprendo: ella es una niña y usted... un muchacho sin mundo.—¿Ama usted á Gloria?

LUISITO. ¡Ya se ve que la amo! ¡É tan bonita!... con unos ojos... y...

MARQ. Y otras cualidades mucho mejores, que es necesario que usted conozca.—Usted es huérfano.

LUISITO. De pade y made.

MARQ. Su tutor de usted pariente mio... un caballero sin tacha... ¡Ay! ¡Esta cuestion puede arreglarse fácilmente!

parece á usted mucho tiempo ocho dias para casarse con Gloria?

LUISITO. ¡Señora!...

MARQ. Cuánto mejor es que el mundo le señale á usted como yerno del General, que no que el General le señale á usted...

LUISITO. Ah, eso sí... mucho mejó.

MARQ. ¿Me dá usted plenos poderes para arreglar este asunto?

LUISITO. ¡Pue ya lo creo!... (Entre la mano de la hija ó la mano del pade, me padece que la elecion no á dudosa.)

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, la GENERALA y BUITRAGO, por la puerta de la izquierda.

GENER. (Á Carolina.) He dado la órden para el cotillon: dentro de un cuarto de hora empezará.

MARQ. (Levantándose.) ¡Ay, Enriqueta!

GENER. Bah, bah, mujer, la cosa no es para tanto. Ya he disculpado tu ausencia de la mejor manera posible. Ya se sabe la verdad, y aunque, como madre de Gloria, lo siento mucho, me alegro por tí y por mi marido.

LUISITO. (Á Buitrago.) La Maquesa é un ángel; me ha perdonado con una condicion.

BUIT. ¿Cuál?

LUISITO. Que me case con Goria.

BUIT. ¿Con Gloria?... Pero tú crees que el General consentirá en darte su hija?

LUISITO. Yo creo que lo que me dará é un palo; pero la Maquesa dice que ella arreglará ete asunto.

BUIT. Ah, pues entónces no hay duda; aquí paz y despues... *Goria.*

ESCENA XV.

LOS MISMOS, el GENERAL.

GENERAL. (Contemplando una carta.) ¡Lo estoy viendo y me parece mentira? (Leyendo.) «Me ha salvado la vida y el honor...

»Tuve miedo y retrocedí.» (Estrujando la carta.) ¡Oh!... (Á Buitrago, dominando la ira.) Señor Buitrago...

BUIT. Mi General.

GENER. (Dejando sola á la Marquesa.) ¡Qué!

GENERAL. (Estrechando la mano á Buitrago.) Gracias. Ha salvado usted la vida de mi hijo.

GENER. ¿Usted? ¿Y cómo?...

GENERAL. Ya lo sabrás.

BUIT. No merece la pena...

GENER. ¡Ah! Por algo me ha sido usted siempre tan simpático.

BUIT. Ya lo he notado.

GENERAL. Cárlos con cien hombres iba á tomar una altura... y el señor... La vida de cien hombres bien vale el ascenso á coronel. Yo creí que usted no lo merecía... Pero en fin... ya ve usted que lo confieso... no puedo hacer más. (Siguen hablando el General, la Generala y Buitrago. Luisito estará á la izquierda de estos señores, algo retirado y receloso siempre del General. La Marquesa á la derecha, llorando furtivamente.)

ESCENA XVI

LOS MISMOS, RAMON.

RAMON. (Á la Marquesa.) (¿Sólo ó acompañado?)

MARQ. (Con entereza.) (Sólo.) (Pausa.)

RAMON. General... Con permiso de Enriqueta...

GENER. Oh, sí. (Pasando al lado de la Marquesa.) (¡Carolina... ¿Qué tienes?

MARQ. (Disimulando.) Nada.)

RAMON. (Al General.)(¿Qué le ha dicho á usted ese hombre?

GENERAL. Usted hará la cuestion de vida ó muerte.

RAMON. (Rápido y con energía.) De muerte.

GENERAL. Pero...

RAMON. Decision irrevocable. Espero á usted en mi coche.) (Váse precipitadamente por el fondo.)

ESCENA XVII.

LA MARQUESA, GENERALA, GENERAL, BUITRAGO, LUISITO.

MARQ. (Conteniéndose al ver marchar á Buitrago.) (Ay!)

GENERAL. (Acercándose bruscamente á la Marquesa.) (Es usted inexorable.)

GENER. (La verdad es que si todas fueran así, otro gallo nos cantára.)

GENERAL. ¿No quiere usted que sea padrino de la boda?

MARQ. ¡Ah, no, imposible!

GENERAL. Lo seré del desafío.

MARQ. (Poniéndose en pié.) ¡Qué!

GENER. ¡Como!

(Buitrago y Luisito dejan de hablar y observan con inquietud creciente.)

GENERAL. Que Ramon se bate á muerte con el Vizconde de Andora...

MARQ. ¡Dios mio!

GENERAL. Y que usted le mata.

MARQ. ¿Yo?... (Avalanzándose á la puerta.) ¡Ramon!... ¡Ramon!... (Toca un timbre.)

GENER. (Pasando al lado donde está Buitrago.) ¡Ave María Purísima!

BUIT. (Á la Generala.) ¿Qué pasa?

MARQ. (Al criado que se presenta en escena.) Pronto... avise usted al señorito Ramon. (Váse el criado.)

GENERAL. No se apure usted; no ha tenido tiempo de ponerse el abrigo.

MARQ. Sí, pero no viene... no viene.

GENER. (Á Luisito.) (Y todo por usted.)

LUISITO. ¿Po mí?... (¿Pue qué hecho yo ahora?)

MARQ. ¡Ah, sí... ya llega... ya está aquí...

Amato
FD

ESCENA XVII.

LOS MISMOS, RAMON.

RAMON. (En la puerta del fondo.) Me llamaba usted, señora?

MARQ. (Confusa.) Sí... le llamaba á usted... para decirle (Suplicante.) ¡Ramon!

RAMON. ¡Ah!... Por fin.

GENER. (Al público.) (No podría ser otra cosa. Siempre nos pasa lo mismo.)

GENERAL. El Vizconde de Andora firmará un acta que parece imposible que haya hombre que la firme. Creo que se dará usted por satisfecho.

RAMON. ¡Qué mayor venganza que su cobardía!
(Ramon abraza á Buitrago.)

GENERAL. (Á la Marquesa.) Y ahora con permiso de usted voy á mi casa á arreglar tambien cierto asunto...

MARQ. Un momento. (Tengo que dar á usted una enhorabuena.)
(Colocándose á la derecha del General.)

GENER. Y yo tambien. (Colocándose á la izquierda.)

MARQ. Luisito está enamorado de Gloria.

GENERAL. ¡Señora!

GENER. ¿Y se va á casar con ella?

GENERAL. ¿Mi hija, casarse con ese títere?...

LUISITO. (Me padece que están hablando de mí.)

MARQ. Es un muchacho rico...

GENERAL. ¿Y eso qué?

GENER. ¿Luisito es blanda cera, y de él podrás hacer un hombre que honre á su familia y su patria?

GENERAL. ¿Qué sabes tú?...

GENER. (Con calma.) Soy madre; tú no eres más que padre.

GENERAL. ¡Padre!... Como si dijeramos cualquier cosa.

MARQ. Todo el mundo sabe esas relaciones, habla de ciertas citas clandestinas en proyecto...

GENERAL. ¡Cómo!

GENER. Que tu régimen militar no hubiera evitado nunca.

MARQ. General, no hay remedio.

GENER. Sí, no hay remedio... Me debes una satisfaccion... Tú habías creido que Luisito estaba siempre á mi lado por... ¡Já, já, já!... (De guerra entenderás mucho; pero de mundo... ni pizca.)

GENERAL. Pues señor, he perdido la última batalla.

MARQ. (Con regocijo á la Generala.) (Ya hemos triunfado.)

GENER. (¡Si es un niño!... Ahora verás.) Luisito.

LUISITO. Señora.

GENER. Acompañe usted á mi marido.

LUISITO. (Espantado.) ¡Señora!... ¿Á su marido de usted?

GENERAL. Yo no necesito...

MARQ. Vamos... préstele usted su apoyo y será un excelente yerno... Dele usted el brazo en señal de eterna union.

GENERAL. (Luchando con su carácter.) ¡Por vida de Luisito!... (Ofreciéndole el brazo.) ¿Quiere usted?

LUISITO. Yo... sí señor, con mucho gusto. (¿Qué va á hacer ete hombe conmigo?)

GENERAL. (Bruscamente.) Pues vamos. (Vánse por el fondo.)

ESCENA XIX.

MARQUESA, GENERALA, BUITRAGO, RAMON.

TODOS. ¡Já, já, já!... (Rápido y animado.)

MARQ. ¡Pobre Luisito!

BUIT. Vá con el alma en un hilo.

GENER. Corramos en su ayuda. (Cogiendo del brazo á Buitrago: á la Marquesa.) Adios, hija mia; te felicito... que descanses... ¡Ay, qué noche!... ¡Qué noche! (Á Ramon.) Adios, Otelo pacífico... Buena leccion ha llevado usted.

RAMON. Sí señora.

GENER. (Á Buitrago.) Nosotros inseparables tresillistas. Mañana continuaremos la partida:

BUIT. Oh, sí señora. (Mañana estoy en Estella.)

GENER. Adios, Enriqueta, adios. (Á Ramon.) Vamos á proteger á Luisito. Já, já; já. (Vánse por el fondo.)

ESCENA ÚLTIMA.

RAMON, MARQUESA.

(Suena el cotillon.)

RAMON. ¡El cotillon!

MARQ. Cuántos habrá ahí que tengan todavía la evidencia de mi culpa.

RAMON. ¿Qué importa, si yo tengo la evidencia de tu virtud?

MARQ. ¡Ramon!... Bendita sea la bondad de Dios!

FIN DE LA COMEDIA.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

MODESTIA Y VANIDAD. . . . . Comedia en tres actos y en verso.
UNA VÍCTIMA DE AMOR.. . . . Comedia en un acto y en verso.
DON TOMÁS II.. . . . . Comedia (hasta cierto punto) en un acto y en verso.
OTRO DIABLO COJUELO [1]. . . . Revista en un acto y en verso.
LOS CELOS DE UNA VIEJA.. . . Comedia en un acto y en verso. (Segunda edicion.)
LAS QUINTAS. . . . . Drama en dos actos y en verso. (Segunda edicion.)
EL CENTRO DE GRAVEDAD. . . Comedia en tres actos y en verso.
LOS AGUINALDOS.. . . . . Comedia en un acto y en verso.
ENTRE PINTO Y VALDEMORO. . Comedia en un acto y en prosa.
LA BELTRANEJA [2].. . . . . Drama en tres actos y en verso. (Segunda edicion.)
EL MIOPE.. . . . . Juguete en un acto y en prosa.
LAS COLEGIALAS DE PUERTO REAL [2]. . . . . Opera cómica en tres actos y en verso.
DOÑA MARÍA CORONEL [2].. , . Drama en tres actos y en verso.
VETURIA.. . . . . Tragedia en un acto y en verso.
EL MOTIN CONTRA ESQUILACHE [2]. . . , ... Zarzuela en tres actos y en verso.
LA RAZON DE LA FUERZA [2].. . Comedia en tres actos y en verso.
SEGISMUNDO [2]. . . . . Drama en tres actos y en verso.
PALABRAS SUELTAS.. . . . . Comedia en tres actos y en verso.
¡LA POBRECITA HORTENSIA!. . Comedia en un acto y en prosa.
EL AMOR QUE PASA. . . . . Idilio en dos escenas y en verso.
L'HEREU. [2]. . . . . Drama en tres actos y en verso.
LA FORNARINA. [2]. . . . . Drama en tres actos y en verso.
UNA BODA EN PALACIO. [3]. . . Comedia en tres actos y en verso.
LOS GRANDES TÍTULOS.. . . . . Comedia en tres actos y en verso.
LUCHAS HERÓICAS [3]. . . . . Drama en tres actos y en verso.
EL FRONTERO DE BAEZA [2]. . . Drama en tres actos y en verso.
LA EVIDENCIA. . . . . Comedia en tres actos y en prosa.
EL VIOLIN DE CREMONA [2]. . . Comedia en un acto y en verso.

---

1 En colaboracion con D. Fernando del Pozo y Paluchi.
2 Con el Ilmo. Sr. D. Francisco Luis de Retes.
3 Con D. Arturo Gil de Santivañes.

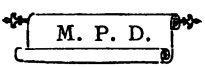
LA
EVOCACION DE LOS ESPÍRITUS

EPISODIO CUASI SOBRENATURAL

EN UN ACTO Y EN PROSA,

DE

M. P. D.



PRECIO: 4 REALES

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. CUESTA,
Calle de la Cava-alta, núm. 5.
1882.

PERSONAS

Don Hemchono.
Doña Bárbara.
Rosa.
Sir X.

La escena en Madrid. Época, la actual.

Esta composicion pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad de su editor *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por suscricion de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y año.

ACTO UNICO

Una sala medianamente amueblada. Puerta al foro y laterales. Un velador. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ROSA y DOÑA BÁRBARA. Al levantarse el telon, se ve á don Homobono atravesar el teatro gesticulando con un libro bajo el brazo.

ROSA. (Señalando á don Homobono.) ¡Chist! Mírele usted, ni siquiera ha reparado en nosotras.

BÁRB. ¡Calle! Pues es verdad.

ROSA. Así se pasa todo el dia.

BÁRB. ¿Oiga?...

ROSA. ¡Y por las noches... por las noches es ella!

BÁRB. ¿Tambien por las noches?

ROSA. ¡Vaya; no me deja pegar los ojos... tiene unas pesadillas!...

BÁRB. Ese es achaque de cesantes.

ROSA. Y da unas voces, que no parece sino que está endemoniado.

BÁRB. ¡Vea usted!... ¿Quién lo habia de decir? ¡Un hombre tan pacífico!...

ROSA. ¡Tan viejo!...

BÁRB. ¿Si se habrá vuelto loco?...

ROSA. No lo crea usted; para eso dicen que se necesita tener mucho talento.

BÁRB. Sin embargo, yo sé de algunos que al recibir el *cese* han perdido el juicio.

ROSA. Pero si esta manía, ó lo que sea, le ha entrado desde que lee esos condenados librotes. Si le hubiera usted visto anoche, pálido, los cabellos erizados, bañado en sudor y llamando á voces... ¡Domingo! ¡Domingo!

BÁRB. ¿Domingo?... Ese es nuestro aguador.

ROSA. Y á todo esto, dormido como un tronco; despues su sonambulismo tomó otro carácter, y empezó á dar puñetazos á diestro y siniestro, que á haberme alcanzado alguno...

BÁRB. Tal vez soñaria con el ministro que le dejó cesante.

ROSA. Yo no sé con quién soñaria; pero si esta noche vuelve á repetirse la escena, me mudo de alcoba.

BÁRB. Eso es; te vienes á la mia.

ROSA. (Suspirando.) Aunque de todos modos, es bien triste...

BÁRB. ¿El qué?

ROSA. ¡Toma, tener un marido así; yo hubiera preferido uno más jóven!

BÁRB. ¡Ya!

ROSA. Más guapo.

BÁRB. ¡¡Ya!!

ROSA. Y que soñara otras cosas...

BÁRB. ¡¡¡Ya!!! Uno como aquel tunantuelo de Angelito.

ROSA. Yo no he dicho...

BÁRB. Un calavera, un perdido, que sobre no tener un real, tenia la desfachatez de contárselo á todo el mundo.

ROSA. Porque no era orgulloso.

BÁRB. Afortunadamente, se marchó á las Américas, ó qué me sé yo á dónde, hace cinco años, y Dios sabe lo que habrá sido de él.

ROSA. Yo sí lo sé.

BÁRB. ¿Tú?

ROSA. Sí, señora; por Casimira, nuestra vecina, que tiene un hermano en el mismo país donde está Angelito.

BÁRB. ¡Mire usted!

ROSA. Y sé que hace tiempo se disponia á regresar á España, dueño ya de una fortuna considerable.

BÁRB. ¿Quién, él? No lo creo.

ROSA. ¡Claro! ¡Como usted le tiene esa tirria!... Pues mire usted, á mí me gustaba mucho, sobre todo porque era rubio; á mí siempre me han gustado los rubios.

BÁRB. ¡Quita allá; ese es color de gatos!

ROSA. No tal.

BÁRB. Sí tal; ¿qué sabes tú?... Ahí tienes á tu marido, que no es rubio, y sin embargo...

ROSA. Sí; mi marido, mi marido no es rubio ni moreno.

BÁRB. ¿Cómo?

ROSA. Porque gasta peluca; y si no fuera más que eso; pero todas las noches se la quita cuando se acuesta, y la cuelga á los piés de la cama.

BÁRB. ¡Qué tontería! ¿No te quitas tú tambien el moño y los tirabuzones?... Pues si ahora las mujeres lo llevamos todo postizo.

ROSA. En fin, usted dirá lo que quiera, pero yo me hubiera casado de mejor gana con Angelito, á quien juré...

BÁRB. A quien juré... (Remedándola.) ¿Y quién te manda á tí jurar nada sin mi permiso?... Las muchachas no deben tener nunca voluntad propia.

ROSA. Calle usted, que viene mi marido.

BÁRB. (Viendo entrar á don Homobono.) Y con el consabido librote al márgen...

ESCENA II.

DICHAS y DON HOMOBONO, que se adelanta al proscenio sin verlas, con el libro debajo del brazo.

HOMOB. Sí, eso es; Lakey tiene razon; el mundo se cae de viejo, y es preciso derribarle... (Tropieza con doña Bárbara, que le da un empellon.)

BÁRB. ¡Eh! Cuidado, hombre... ¿Dónde tiene usted los ojos?...

HOMOB. (Volviéndose.) ¿Que dónde tengo?... Vaya una pregunta... en su sitio... pero cuando uno vá distraido...

ROSA. No ve por dónde anda.

HOMOB. ¡Hola! ¿Estás tú aquí tambien, pimpollo?...

ROSA. Así parece. (Se sienta y se pone á hacer labor.)

BÁRB. Sí, señor; aquí está, dándome quejas de usted.

HOMOB. ¿De mí?...

BÁRB. Sí, señor, de usted; parece que su conducta es sobrado turbia, sobre todo de noche...

HOMOB. ¿Mi conducta? ¿Y qué tiene mi conducta de turbia por la noche, doña Bárbara?

BÁRB. Demasiado lo sabe usted; pero le advierto que como no ponga coto á sus arrebatos nocturnos y dé con todos esos librotes en la calle (Señalando al que tiene debajo del brazo.), el mejor dia, entre su mujer de usted y yo, vamos a parodiar el capítulo VI del Quijote.

HOMOB. Que dice así: «Del donoso y grande escrutinio...»

BÁRB. Eso, eso... un escurrinio hemos de hacer con ellos. ¡Vaya! ¡Pues ni que los libros sirvieran para algo! Mi difunto jamás cogió uno en sus manos...

HOMOB. Lo creo. (Dejando el libro sobre el velador.)

BÁRB. Y no por eso dejó de ser modelo de esposos y de padres; ya ve usted, me dió la friolera de diez y nueve hijos...

HOMOB. ¡Cáspita! Se conoce que su marido de usted era hombre de pelo en pecho. (Distrayéndose.) Pues señor, no paro de pensar en ese demontre de Lakey: cuidado si tiene miga su proyecto de...

BÁRB. (Dándole un pellizco.) ¿Otra vez?...

HOMOB. ¡Canario! Vaya un modo de insinuarse.

BÁRB. Siempre está usted con el lacre á vueltas. Más le valiera que en lugar de pensar en esas tonterías, procurase usted salir de esta situacion alomana...

HOMOB. (Corrigiéndola.) ¡Alemana!

BÁRB. Y asegurar el porvenir de sus hijos, si llega usted á tenerlos...

HOMOB. Se tendrán, señora mia, se tendrán.

BÁRB. Yo no sé cómo no le da á usted vergüenza estar cesante.

HOMOB. ¿Vergüenza? A mí lo que me da vergüenza es no cobrar el sueldo.

BÁRB. ¿Y por qué no pretende usted su destino de administrador de Loterías?

HOMOB. ¿Mi destino?... Sí, échale un galgo; lo desempeña actualmente un herrador, y seria machacar en hierro frio.

BÁRB. Pues, hijo mio, no se pescan truchas...

HOMOB. No se moleste usted, conozco el proverbio.

BÁRB. Y á Dios rogando y con el mazo dando; es decir, que si usted no se mueve...

HOMOB. (Paseándose arriba y abajo.) ¿Pues no me he de mover?... Vea usted.

BÁRB. Me parece que al fin y al cabo, Rosita y yo tendremos que tocar...

HOMOB. (Parándose y mirándola de hito en hito.) ¿El qué?...

BÁRB. Todos los resortes...

HOMOB. ¡Ah! ¡Si sólo se trata de resortes!...

BÁRB. Apuradamente soy yo capaz...

HOMOB. Eso sí, usted es capaz de cualquier cosa.

BÁRB. ¡Vaya! En terciándome la mantilla, me atrevo á subir hasta el ministro.

HOMOB. Por mí puede usted subir aunque sea al Paraiso, con tal de que mi mujer se quede aquí abajo.

BÁRB. ¡Quiá!... ¡No, señor!... Su mujer de usted vendrá conmigo; las buenas caras nunca están demás.

HOMOB. Doña Bárbara, no diga usted barbaridades. (Alzando la voz.)

BÁRB. ¡Hola! ¿Gallea usted?...

HOMOB. Sí, señora; galleo y cacareo... Como si no supiera yo que los memoriales con faldas se decretan casi siempre al márgen.

BÁRB. Usted es el perro del hortelano.

HOMOB. Se equivoca usted; yo no soy ningun perro.

BÁRB. Y se conoce que se ha propuesto usted sitiarnos por hambre.

HOMOB. ¿Tengo yo cara de prusiano, señora?

BÁRB. De lo que tiene usted cara es de morir en San Bernardino, si Dios no lo remedia.

HOMOB. (Con satisfaccion.) ¿Pues no lo ha de remediar? Precisamente esta noche espero á una persona cuya visita ha de proporcionarme...

ROSA. (Levantándose.) ¿Quién es?...

HOMOB. No puedo decírtelo...

ROSA. ¡Vaya!

HOMOB. Es decir, puedo decírtelo, pero tú no puedes saberlo.

ROSA. ¡Ya! ¡Es lo mismo! ¡Qué lástima! ¡Yo que soy tan curiosa!

HOMOB. Lo siento mucho, paloma, pero no puedes saber más sino que esa persona me ha sido recomendada desde Cádiz por mi amigo Ternoseco, exadministrador de Loterías como yo, y que esta noche debe venir á consultarme.

BÁRB. ¿Qué? ¿Se ha echado usted ahora á médico?

HOMOB. (Gravemente.) No, señora.

BÁRB. Creí si se habria usted dedicado á eso de los anises... ¿Cómo se llama?... La melopatía.

HOMOB. Va usted errada, señora; es á otra ciencia más vasta, más filosófica y más trascendental á la que consagro mis estudios: es al espiritismo.

BÁRB. ¿Pirritismo? Jesus que cosa tan fea debe ser esa.

ROSA. ¿Dí, y eso del esperitismo, se come?

HOMOB. ¡Jé! ¡jé!... Nada de eso, simplecilla; el espiritismo es una cosa que no tiene malicia, y todo ello se reduce á entablar relaciones con las ánimas del otro mundo por medio de los *mediums*.

ROSA. Pues como no eches mano de otros medios...

BÁRB. ¡El dulcísimo nombre!... ¡Este hombre tiene pacto!... Mira, Rosita, lo mejor que podemos hacer es subirnos con la labor al cuarto segundo;

porque si no, vamos á caer en pecado mortal.

HOMOB. Sí, sí; váyanse ustedes á casa de doña Transverberacion.

ROSA. (Cogiendo la labor.) Nos llevaremos el picaporte para que no tengas que salir á abrir.

HOMOB. Como tú quieras.

ROSA. Hasta luego.

HOMOB. Anda con Dios, pichona... (Haciendo una cortesía á doña Bárbara.) Vaya usted con Dios, respetable doña Bárbara.

BÁRB. (Al salir.) ¡Hum! ¡Sepulturero!... (Vánse las dos por la puerta del foro.)

ESCENA III.

DON HOMOBONO.

HOMOB. Gracias á Dios que se fueron: héme aquí dueño del campo. ¡Qué hora será! ¡Cáspita! (Sacando el reloj.) Las ocho menos cuarto; ya no debe tardar el recomendado del amigo Ternoseco, porque en su carta me decia que á las ocho vendria... á ver... (Buscando en los bolsillos.) ¿Si la habré perdido?... (Sacándola.) No, aquí está. (Saca unos anteojos, se los pone y lee.) ¡Hem! «Querido Homobono: Me alegraré... ¡Hem! ¡Ah! esto es; «*el miércoles* 20, *á las ocho de la noche*...» Ya decia yo que era á las ocho. (Sigue leyendo.) «*Te se presentará* Sir X...» Y aquí le ha puesto tres estrellas... ¡Será capitan!... ¡Sir X, Sir X! (Reflexionando.) No sé yo que en el Almanaque haya ningun San X... ¡Ah! ¡Bruto de mí! ¡Si es inglés! Ya decia yo... es claro, como los ingleses son herejes, cuando les bautizan les ponen por nombre las letras del alfabeto, y á este le ha tocado la antepenúltima. (Leyendo.) «Sir X, un lord inglés que pasa la vida viajando y coleccionando cajas de fósforos...» ¡Bonita ocupacion!... (Guardando la carta.) En fin.. venga en buena hora, aunque sea inglés, con

tal que su dinero sea español... Ahora veremos si el espiritismo sirve para algo, y si yo soy ó no un medium de primera fuerza, como en son de rechifla me dice mi correligionario el zapatero del portal. (Se oyen dar las ocho, y á la última campanada suena un fuerte campanillazo.) Las ocho... y llaman; este es milord, que acude á la cita con una exactitud enteramente británica. Corramos á abrir. (Váse por la puerta del foro.)

ESCENA IV.

DON HOMOBONO y SIR X. Este último lleva colgado el estuche de los gemelos, gorra escocesa, lente en el ojo derecho y un manual de conversacion en la mano.

HOMOB. (Haciendo grandes cortesías.) Pase usted adelante, milord, milord X.

SIR X. (Entrando.) Gut nait.

HOMOB. (Volviéndose á mirar á todos lados:) ¿Que quién hay?... No hay nadie, puede usted hablar sin miedo.

SIR X. (Sentándose.) Mí no tenerr miedo jamás. (Indicándole una silla.) Osté sienta.

HOMOB. (Sentándose.) Mil gracias... (Para ser inglés parece muy amable.)

SIR X. Osté estarr Mono...

HOMOB. ¿Eh?...

SIR X. (Recordando.) ¡Mono!...

HOMOB. (Amostazado.) No, señor; yo no estoy Mono, yo estoy Homobono... Espiritutuo...

SIR X. Yes... yes... Osté tiene á Cádis uno amico que llamar Pantalon...

HOMOB. ¡Pantaleon querrá usted decir, hombre! (¡Qué atrasados están estos ingleses! Ni aun saben el español, siendo una cosa tan fácil.)

SIR X. Yes... esto amico decir mí, osté poder serficiarme...

HOMOB. Con efecto; he recibido una carta suya, en la que me anuncia su visita de usted, que segun dice

tiene por objeto averiguar el paradero de cierta persona... (Sonriendo.)

SIR X. ¿Por qué rreirr osté...? (Gravemente.)

HOMOB. ¿Yo?... Por nada.

SIR X. Entonces... osté estarr mocho... (Abre el manual, busca en él la palabra, y lo cierra diciendo:) Tonto.

HOMOB. Muchas gracias... (Es francote...)

SIR X. Esto amico de osté que llama Pantalon, estarr un pequeño (Abre otra vez el manual, y se repite el mismo juego.) estupído...

HOMOB. ¿Cómo?...

SIR X. Yes; decirr migo que osté saferr por el (Se repite el juego.) espirritisma dónde estarr el persona que fusca...

HOMOB. Sí, señor; le ha dicho á usted la verdad, y yo le explicaré á usted...

SIR X. Osté calla... mí no crrerr... espirritisma...

HOMOB. ¡Oh! ¡Pues!...

SIR X. Osté calla... mí no crrerr espirritisma, perro mí donnar osté cien lifras... esterlinas si osté encontra el perrsona...

HOMOB. (¡Cien libras! ¡Quinientos duros! ¡Oh, isleño encantador!)

SIR X. Perro si osté furrlar de migo solamenta, mí tener que rromper cabeca de osté simplamenta.

HOMOB. (Retirando su silla.) ¡Ya! ¡Simplemente! (¡Qué bárbaro!)

SIR X. Yes; así, sinior Dominus Vobiscum...

HOMOB. Espiritutuo, milord.

SIR X. Osté safer porr qué soy fenido...

HOMOB. Ciertamente, sir X...

SIR X. ¿Porr qué llamar osté mí sir X?...

HOMOB. Porque ese es el nombre que le da á usted en su carta mi amigo Ternoseco.

SIR X. ¡Oh! Amico de usted estarr mocho estupído.

HOMOB. ¿Cree usted?...

SIR X. Yes...

HOMOB. Pues como iba diciendo, sólo me permitiré hacer observar á usted, sin detenerme á probarle la

verdad de la ciencia espiritista, que para proceder á la sobrenatural evocacion de los espíritus, necesito saber...

SIR X. ¿Qué?...

HOMOB. Ciertos detalles referentes á la persona en cuestion.

SIR X. Very Well.

HOMOB. *Condicion sine qua non.*

SIR X. Very Well.

HOMOB. (¿Quién será ese verigüel?...)

SIR X. (Acercando su silla á la de don Homobono.) Mí fusca una muguer...

HOMOB. (Riéndose.) ¡Je! ¡je!... Ya me lo presumia yo.

SIR X. (Mirándole de hito en hito.) ¿Por qué reirr osté?...

HOMOB. ¿Yo? Por nada, hombre. (Se conoce que allá en su tierra no se estila reirse.)

SIR X. Osté estarr mocho... (Va á sacar el manual y don Homobono le detiene diciéndole:)

HOMOB. Ya... ya sé lo que me va usted á decir... No se incomode usted en buscarlo en la gramática.

SIR X. ¡Eh! fien... mí fusca una muguerr mocho ponita.

HOMOB. Me alegro; ¿y qué más?...

SIR X. Ocos arrábes, cabellos arrábes, todo ella arrábe.

HOMOB. Oiga usted. ¿Si estará en la Arabia?...

SIR X. ¡Tiene otrros cosas!...

HOMOB. Ya.

SIR X. Que osté no imporrta...

HOMOB. ¡¡Pech!!...

SIR X. Mí no conose...

HOMOB. ¡Toma! ¿Pues cómo sabe usted?...

SIR X. Mí no conose; mí no ha visto jamas; mí estarr enamorramienta de ella por la rretrata. (Sacando el manual.)

HOMOB. ¿Por la retreta?... (Vamos, es algun músico de regimiento.)

SIR X. ¿Osté estarr entendimienta?...

HOMOB. Yés. (Ni esto.)

SIR X. Osté estar mocho... (Va á sacar el manual, y don Homobono le detiene diciéndole:)

HOMOB. ¡Adelante!... Ya lo he cogido.

SIR X. Mí ha estado América, y allí mí ha conosido un gentlemen español que llama Anquel Cabello...

HOMOB. Cabello de Angel querrá usted decir. (Algun confitero.)

SIR X. Los dos emfarcar junto, perro él... ¡Oh! El querrer morrir á la alturra del Cabo de Hornos.

HOMOB. ¡Qué tontería!... ¡Pues para eso no necesitaba haberse embarcado!... ¡Pero qué calor haria en ese Cabo de Hornos!...

SIR X. El conta mí sus amoges con muguer española que no ferr en cinco años, y donnarme su rretrata para defolférselo...

HOMOB. ¿Y consiguió usted?...

SIR X. Mí fusca porr tora parrte... parra donnar la rretrata... y casarr con ella migo...

HOMOB. ¡Ah! ¿Con que usted la busca para?... Eso se llama matar de un tiro dos pájaros.

SIR X. Mí no quierre matarr pajárros, sinior... Mí quierre encontrar parra...

HOMOB. La encontraremos, sir X, la encontraremos... Sólo que seria un demontre... pero al fin y al cabo pudiera suceder...

SIR X. ¿Qué?...

HOMOB. ¡Toma! ¡Que se hubiese casado con otro!... Ya ve usted, en cinco años...

SIR X. (Dando una patada en el suelo y cogiendo un pié á don Hobono.) ¡Casara!... ¡Jamás!

HOMOB. ¡Ay! ¡Canastos!... Me ha deshecho usted un juanete.

SIR X. (Levantándose.) ¡Mí no imporrta!...

HOMOB. (Haciendo lo mismo y cojeando.) ¡Ya! A usted no le importará, ¡pero á mí!... ¡Ay!

SIR X. ¡Casara!... (Esgrimiendo el puño.) ¡Oh! ¡Si fuerra casara!...

HOMOB. Cálmese usted.

SIR X. ¡Mí no tenerr gana! Mí no incomoda jamás, y ahorra mí incómoda... mí estarr contentamienta.

HOMOB. ¡Ah! ¡Le gusta á usted incomodarse!... Pues véngase usted á vivir con mi suegra... En fin; de todos modos si se hubiera casado... ¡Mujeres hay!...

SIR X. (Cogiéndole del brazo y trayéndole al proscenio.) Si hupierra casaro... sinior... Dominus Tecum...

HOMOB. ¡Dale! No me ponga usted motes.

SIR X. (Sacando un rewólver y enseñándosele.) ¿Ve osté esto?...

HOMOB. (Volviendo á otro lado la cabeza.) ¡Eh! Cuidado hombre, que esos chismes se disparan solos.

SIR X. (Guardándose el rewólver y con mucha flema.) Mí matarria marito de ella.

HOMOB. ¡Zape!

SIR X. Y casarria con ella al instanta. Mí jurra osté...

HOMOB. Sí, sí le creo á usted sin que lo jure. (Es un cafre...)

SIR X. Conca... mí estarr prrisa... Osté acafa pronto.

HOMOB. (Como alelado.) Sí, señor.

SIR X. Osté sacar espirrítus...

HOMOB. (Idem.) Sí, señor.

SIR X. ¡Y prreguntar ellos dónde estarr mi mochacha!

HOMOB. (Idem.) Sí, señor.

SIR X. Osté no moferrse y decir sí sinior... osté estarr... tonto...

HOMOB. Sí, señor. (Aparte al irse.) ¡Si yo hubiera sabido que los ingleses gastaban rewólver!... (Váse muy despacio por la puerta lateral izquierda.)

ESCENA V.

SIR X.

SIR X. ¡Oh! ¡Mí piensa el patrron estarr mocho empusterro!... (Quédase mirando al público breves instantes con la inmovilidad y desenfado peculiar á los ingleses.)

ESCENA VI.

DICHO y DON HOMOBONO, que sale muy despacio, con un aguamanil pintado de verde colgado del brazo, llevando además una botella en cada mano.

HOMOB. (¡Si yo hubiera sabido que los ingleses gastaban rewólver!...) (Parándose frente al público.) (¡Ahora comprendo por qué mi vecino el de al lado llama inglés á su casero... irá á pedirle los alquileres rewólver en mano!...)

SIR X. (Acercándosele y tocándole en el hombro.) ¿Isto?... (Señalándole el aguamanil.)

HOMOB. (Asustado.) ¡Eh!... ¡Ah!... Es usted... Ya no me acordaba.

SIR X. (Volviendo á señalárselo.) ¿Isto?...

HOMOB. ¡Isto!... ¿Y qué es isto?... ¡Ah! (Dejando el aguamanil en el suelo.) ¿Preguntaba usted que qué era esto?... ¡Este es el trípode en que, cual otra Pitonisa!...

SIR X. (Dando vueltas á su alrededor y examinándole con el lente.) Esto no estarr tripóde... sinior... esto estarr... (Sacando el manual.) No encontrra el nombre... ¡Ah, mí acorda!... ¡Esto estarr un lapatorrio!...

HOMOB. ¡Ja, ja! Un... ¿cómo ha dicho usted? ¡Un lapatorrio!...

SIR X. (Muy serio.) ¿Osté furrla migo, sinior?...

HOMOB. ¿Quién, yo?... No, señor; me rio nada más... Conque vamos, hágame usted el obsequio de sentarse, porque va á empezar la evocacion. (Se levanta los puños.)

SIR X. (Sentándose.) Very Well.

HOMOB. (Volviéndose á mirar.) Pero señor, ¿quién será ese verigüel?... ¡Ah! ya caigo; algun perro que se habrá dejado á la puerta... Empecemos, para facilitar la operacion, por espiritualizar el ambiente. (Destapa una de las botellas y rocía la habitacion con el líquido que contiene.)

SIR X. ¡Oh! Mi ha quemado un oco...

HOMOB. No haga usted caso, es espíritu de vino...

SIR X. Diaflo... es forte ese fino. (Volviendo á sentarse.)

HOMOB. Sí, es algo fuertecillo. (Dejando la botella.) Bien; ya nos rodea una atmósfera espiritual hasta cierto punto; ahora espiritualicemos interiormente. (Bebe de la otra botella.) ¡Puah! No es malo el anisillo.

SIR X. Perro mí no entienda...

HOMOB. ¡Ah! ¿No entiende usted? Pues es muy fácil: como trato de ponerme en contacto con los espíritus, nada más sencillo para lograrlo que acudir á los espíritus alcohólicos, sus agentes. ¿Lo entiende usted?

SIR X. Yes.

HOMOB. Muy bien; ahora pues, se abre la sesion magnetológica espiritista. (Sitúase de espaldas á la puerta del foro, teniendo el aguamanil delante de sí.) ¡Burrrrm! ¡Estoy nervioso!... Este es un gran síntoma. (Coge el aguamanil con una ó las dos manos, aunque sin levantarlo del suelo, y dice con tono enfático.) ¡Espíritus! ¡Espíritus! Espíritus erráticos é incorpóreos que poblais el mundo de los átomos y de los séres invisibles en vaporoso tropel... ¿dónde estais?... ¿Estais ahí?... (Pausa.) (¡Cómo se hacen el sordo los marrulleros!...) ¿Estais ahí?... (Volviéndose á Sir X.) No se asuste usted si oye algun golpe.

SIR X. Mí no asusta jámas.

HOMOB. (Pues señor, no les da la gana de contestar.) (Ahuecando las dos manos á manera de bocina.) ¿Que si estais ahí?... (Pausa.) (¡Vamos! Es preciso apelar á los grandes recursos.) (Vuélvese de espaldas á Sir X, teniendo siempre agarrado el aguamanil.) Por última vez, ¿estais ahí?... (Levanta el aguamanil y da con él un gran golpe en el suelo.) Ajajá. (Volviéndose á Sir X.) Han contestado. (Saca un pañuelo y se limpia el sudor.)

SIR X. ¡Perro!...

HOMOB. Han contestado yes, milord; ese golpe en español quiere decir yes...

SIR X. ¡Perro!...

HOMOB. ¡Dale! Aquí no hay perro ni gato que valga... Continúo. (Llamando.) Domingo... ¡Domingo!... ¡¡Domingo!!... Este es el espíritu que me hace los recados... un gallego. ¿Me oyes?... (Vuélvese de espaldas á sir X y da otro golpe en el suelo con el aguamanil.) Perfectamente; ¡me ha oido!...

SIR X. ¡Oh! (Dudando.)

HOMOB. ¿No ha oido usted el golpe?... Pues atienda usted al golpe.

SIR X. Yes.

HOMOB. Bueno; ahora continuemos. (Vuelve á hablar como dirigiéndose á los espíritus.) Oye, Domingo... Se trata de descubrir el paradero de cierta encantadora jóven, de la que milord X, aquí presente, está enamorado... ¿Sabrias tú por casualidad dónde se encuentra?... (Vuelve á dar otro golpe, repitiendo el juego anterior.) ¿Oye usted? Lo sabe.—Pues bien, si lo sabes, guía mi brazo, ilumina mi razon, conduce mi pensamiento á través de las tinieblas de lo desconocido, y rompe el velo... (A este tiempo se abre la puerta del foro y aparecen Rosa y doña Bárbara.)

ESCENA VII.

SIR X, DON HOMOBONO, ROSA y DOÑA BÁRBARA.

SIR X. (Viendo á Rosa.) ¡Oh! ¡Ella, ella! (Levantándose.)

HOMOB. (Que como está de espaldas á la puerta no ha visto á Rosa.) ¿Quién?...

SIR X. Ella, amico... Espirritu... Ella, la muguer que adorro... ¡la de la retrrata!... (Sacando un retrato del bolsillo y comparando.)

HOMOB. (Volviéndose y viendo á Rosa.) ¡Cielos! ¡Mi mujer!...

SIR X. Su muguer... ¡Oh! (Diríjese hácia él, y este da la vuelta al velador y apaga la vela que habrá sobre él.)

HOMOB. ¡Ah mónstruo! (Queda la escena á oscuras.)

BÁRB. ¡Calle! ¡Han apagado la luz!

ROSA. ¡Aquí habia un hombre!... Será el que esperaba mi marido; ¿pero por qué habrán apagado la luz? Si pudiera encontrar mi cuarto, allí tengo fósforos... (Diríjese tentando en direccion de la puerta lateral de la derecha, por la que sale. Esta escena debe ser muy rápida.)

ESCENA VIII.

DICHOS, menos ROSA.

BÁRB. (Tentando.) Pero señor, ¿qué significa esto?...

SIR X. (¡Toro está oscurro!...) (Tropezando.)

HOMOB. ¡Si pudiera tomar la puerta!...
(Estos tres párrafos deben ser casi simultáneos.)

SIR X. (Dirigiéndose en direccion de doña Bárbara, con la que tropieza y cuya mano toma.) (¡Uno mano!... ¡De ella!)

BÁRB. (¡Me han cogido una mano!... ¡Ay, Dios mio!... ¿Si será algun ladron?...)

SIR X. (Besándosela.) (¡Qué aspérra!...)

BÁRB. (¿Me la besan?... ¡Pues no es un ladron!...)

HOMOB. ¡Un beso!... ¡He oido un beso!... ¡Ah, perra, te dejas besar la mano por ese herejel... (Se dirije tentando y encuentra la otra mano de doña Bárbara, de la cual tira, diciendo:) ¡Venga usté aquí!...

SIR X. (Tirando hácia sí.) ¡Oh! ¡Mí no suelta!...

BÁRB. ¡Ay! ¡¡Que me desuellan!!...

HOMOB. (¡La voz de mi suegra! (Soltándola.) ¡Ja, ja! ¡Es gracioso!)

SIR X. ¡Ah, herrmosa! ¡Mí estrr enamoramienta tigo!

BÁRB. ¡Hablan en latin!... ¡Aquí hay duendes! ¡Favor! ¡Socorro! (Suéltase de Sir X, que persiguiéndola, tropieza con don Homobono, cogiéndole una mano.)

SIR X. ¡Oh! ¡Ahorra no escaparr tú, herrmosa!

HOMOB. (¡Adios, me atrapó!) (Fingiendo voz de mujer.) Suelte usted, suelte usted. (Daria 50 céntimos por estar en el Cerrillo de San Blas.)

SIR X. (Arrodillándose y besándole la mano.) ¡Mí jamo! ¡Mí adorro!...

ESCENA IX.

DICHOS y ROSA, con una luz.

ROSA. ¡Cielos! ¡Un hombre á los piés de mi marido!

SIR X. (Levantándose rápidamente.) ¡Oh! ¡Mí besa mano de este espirrítu!... ¡Puf! (Sacando un pañuelo y limpiándose.)

HOMOB. (Escondiéndose detrás de su mujer.) ¡Huyamos!

BÁRB. ¿De dónde ha salido este espantajo?... (Por Sir X.)

SIR X. (Extasiado mirando á Rosa.) ¡Estarr grrandemente herrmossa!

BÁRB. ¡Toma! ¡Pues seria este el que hablaba en latin! y me besaba la mano!... (¡No tiene mal físico!...)

SIR X. (Gravemente.) Mí trrompa esta siniora osté... (A Rosa.) ¡Mí estarr pesadumbrro!...

ROSA. (A don Homobono.) ¿Pero qué significa esto?...

HOMOB. (A Rosa.) ¡Chist! ¡Ese es el cliente que esperaba! Un almacenista de cajás de fósforos en inglés, que há jurado dejarte viuda.

SIR X. (Adelantándose á Rosa y quitándose la gorra.) ¡Siniora-Mí quierre casarr... ¡osté!...

BÁRB. (Interponiéndose.) ¿Qué está usted diciendo, hombre de Dios?

SIR X. (Apartándola.) Mí no hapla osté... osté estarr antigúa y aspérra...

BÁRB. Poco á poco, señor mio, que yo no tolero insultos ¡Vaya! El demonio del... ¡Llamarme perra y estantigua!

SIR X. Mí hapla osté... Mí quierre casarr... esta siniora (Señalando á Rosa.)

BÁRB. Este hombre se ha escapado de una jaula...

ROSA. ¡Calle usted, mamá! El señor ignora sin duda que yo soy casada, y por eso...

SIR X. ¡Oh! Mí sape, perro mí no imporrta...

HOMOB. ¿Lo oyes?... Lo sape, perro no le importa.

SIR X. Mí ha... Mí ha jurrado decar osté viuda. (Sacando el rewólver.)

ROSA. (Adelantándose.) ¡Caballero!...

HOMOB. (Que ha quedado al descubierto y á quien Sir X apunta, dice guareciéndose detrás de doña Bárbara.) Tire usted, tire usted.

BÁRB. (Chillando.) ¡Socorro! ¡Que me matan! ¿No hay por ahí alguno de órden público?...

ROSA. (Dirigiéndose á Sir X á quien quita el rewólver.) Tranquilícese usted, mamá; todo esto tiene traza de ser una broma... nada más que una broma... (Mirando á Sir X con coquetería.) ¿Verdad, milord?

SIR X. ¡Oh! ¡Estarr ella grandemente herrmosa!. . (Deja el rewólver sobre el velador.)

HOMOB. (Sacando la cabeza.) (¡Cómo la requiebra el muy tunante! Para eso no necesita la gramática.)

BÁRB. Es claro, porque si no, ¿cuándo se ha enamorado este hombre de mi hija?...

HOMOB. (Saliendo.) Yo se lo explicaré á usted, con permiso del señor, ahora que ya no hay peligro. (Señalando al rewólver, que está sobre la mesa.) Parece ser que este señor ha conocido en América á cierto Cabello de Angel...

SIR X. Anquel Cabello.

ROSA. (¡Cielos!...)

BÁRB. ¡Calle! ¿Angel ha dicho usted?...

SIR X. Yes.

BÁRB. ¿Cabello ha dicho usted?...

SIR X. Yes.

HOMOB. (A Rosa.) Tú le conocerias probablemente, á juzgar por cierto retrato tuyo que obraba en su poder... ¡Eh! ¿Digo algo?...

BÁRB. Hágase usted cuenta que no ha dicho nada; ahora que la fotografía está tan barata, todo el mundo tiene...

HOMOB. A usted no la dan vela en este entierro, doña Bárbara... Ahora bien; este caballero, que conoció en América al susodicho Cabello de Angel, como he dicho antes, recibió su último suspiro... y...

ROSA. (Involuntariamente.) ¡Su último suspiro!

BÁRB. Qué, ¿se murió Angelito?...

HOMOB. Sí, señora; asfixiado en el Cabo de Hornos...

ROSA. (Cayendo sobre una silla.) (¡¡Desgraciado!!)

HOMOB. (Parece que á mi mujer le ha hecho efecto la noticia.)

BÁRB. Pero todo eso no me explica...

HOMOB. Pues si está más claro que el agua... Milord recibió el retrato de manos de ese señor Cabello de Angel, con encargo de buscar el original y devolvérselo; pero á milord, que pasa su vida coleccionando cajas de fósforos...

SIR X. Yes.

HOMOB. Se le antojó coleccionar tambien señoras, y en vez de trabajar por cuenta del difunto, se dedicó á trabajar por la suya, á cuyo fin empezó á buscarla por todas partes.

SIR X. Yes; mí ha estaro América, Asía y Afríca.

HOMOB. Eso es, y ahora estaba recorriendo la Europa, donde gracias á los espíritus, que Dios confunda...

SIR X. ¡Oh!

HOMOB. La ha encontrado; si no, probablemente no hubiera parado hasta la Oceanía... Pues bien; como la ha encontrado, y quiere casarse con ella, necesita antes hacer una pequeña operacion...

BÁRB. ¿Cuál?...

HOMOB. La de escabecharme.

SIR X. (Despues de mirar en el manual.) Yes.

HOMOB. ¿Ve usted? Hasta los autores convienen en lo mismo. Yes en castellano significa amen.

ROSA. (Levantándose.) Basta; esta ridícula escena no puede prolongarse por más tiempo.

HOMOB. Eso digo yo.

ROSA. Y este caballero debe conocer que una mujer bien nacida no puede ni podria amar nunca al asesino de su marido.

HOMOB. ¡Claro! Eso se cae de su peso.

SIR X. ¡Perro!...

ROSA. (Graciosamente.) ¿Me he equivocado, Sir?...

HOMOB. X; se llama X, ¡mira tú qué nombre!...

SIR X. ¡Perro!...

HOMOB. ¡Dale! Siempre está con el perro en la boca; este hombre debia irse á vivir á Terranova.

SIR X. Perro siniora, mí ha jurrado...

HOMOB. ¡Escabecharme! ¡Si cuando yo te digo!...

ROSA. La violacion de un juramento cuando tiene por objeto evitar un crímen, es una virtud, milord.

HOMOB. Exacto; ese es un principio de derecho... natural.

ROSA. Y por último, este caballero será tan galante que no querrá desairar á una señora cuando le pide...

HOMOB. ¿Que se largue con viento fresco?... ¿Pues no faltaba más?

SIR X. (Suspirando tristemente.) Very Well... Siniora... mí parrte parra no folfer jámas.

ROSA. Gracias, milord.

SIR X. (Sacando el retrato.) ¡Aquí está la rretrata!...

HOMOB. (Tú sí que vas ahora á tocar retreta.) (Tomándole.) No se incomode usted, es igual...

SIR X. (Dándole tambien la cartera.) Y ahora, sinior Espirritu, mí cumpla el palabra... aquí son 100 lifras...

HOMOB. (Tomando la cartera y guardándosela.) ¿Cómo? Yo no admito... En fin, puesto que usted se empeña... (Abriéndola y mirando.) ¡Oh, rasgo sublime de generosidad británica!

SIR X. Mí pide un último favor...

HOMOB. ¿Cuál?... (Guardándose la cartera.)

SIR X. Si esta siniora... darr mi besarr...

HOMOB. ¡Eh! ¿Qué es eso de besar?...

SIR X. Uno mano...

ROSA. (Bajando los ojos.) ¡Yo!

HOMOB. ¿Si le diera á usted lo mismo besársela á mi suegra?...

BÁRB. ¿Y qué? No seria ningun disparate.

HOMOB. En fin, no siendo más que la mano... (¡Con tal de que se largue!)

SIR X. (Besando la mano á Rosa.) ¡Grrassias! (Estarr grrandemente herrmosa.) (Coge el rewólver de encima de la mesa y saluda á todos gravemente.) Gud nait. ¡Oh! ¡Mí estarr pesadumbrro!... (Váse por la puerta del foro.)

HOMOB. (Yendo detrás de él.) Vaya usted con Dios; que usted lo pase bien; expresiones en casa... (Bajando al proscenio.) ¡Uh! ¡Qué peso me he quitado de aquí!... (Dándose una palmada en la frente.)

BÁRB. ¡Vaya bendito de Dios!

HOMOB. ¿Y tú, Rosita mia?...

ROSA. ¡Déjame!

HOMOB. ¿Qué tienes? ¿Estás mala?...

ROSA. No me siento bien.

HOMOB. Pues mira, vete á la cama, y toma unas tacitas de calaguala; eso te calmará los nervios.

ROSA. (Aparte.) Me moriria si no llorara. (Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA X.

DON HOMOBONO y DOÑA BÁRBARA.

HOMOB. Parece que la ha hecho efecto la noticia de la muerte de...

BÁRB. ¿De quién?...

HOMOB. ¡Toma! De ese Cabello de Angel, ó lo que sea.

BÁRB. ¡Claro! Como que fué su novio allá en Valencia.

HOMOB. ¡Ya!... Pues mire usted, no sé por qué, pero me alegro mucho que se haya muerto.

BÁRB. (Irónicamente.) ¿De veras?

HOMOB. ¿Y diga usted, esos amores fueron así, cosa séria?...

BÁRB. ¿Cómo?...

HOBOM. ¿Quiero decir, que si fueron románticos ó platónicos?

BÁRB. Vaya usted á los infiernos. (Váse por la puerta que ha salido Rosa.)

ESCENA XI.

DON HOMOBONO.

HOMOB. ¡Hum! ¡Qué suave es mi suegra!... ¡Tiene unos arranques!... Pues señor, no se ha perdido del todo la noche. (Abriendo la cartera, que saca del bolsillo.) Uno, dos, cuatro, seis, ocho... ¡cabalitos!... Aquí hay diez billetes del Banco de España de á mil reales cada uno, y estos no son invisibles ni apócrifos como los espíritus, sino palpables real y efectivamente. (Guardándoselos.) ¡Qué ricos son todos estos ingleses... y qué espléndidos... y qué tontos!... (Tropieza con el aguamanil.) ¿Qué es esto?... ¡Ah! el trípode, ó mejor dicho, el lapatorrio. (Dándole un puntapié.) Vaya al diablo él y todos los... y en adelante, aunque el señor Lakey diga que el mundo se cae de viejo, no seré yo quien le ayude á derribarle. (Cae el telon.)

FIN DEL EPISODIO.

FABIÁN

ó

EL DOCTOR NEGRO

OBRAS DRAMÁTICAS

TRADUCIDAS, ARREGLOS Y REFUNDICIONES POR
DON LUIS VALDÉS.

DEMI-MONDE, comedia en 5 actos.
EL AMIGO FRITZ, id. 3 id.
AMALIO CRINOLINA, id. 1 id.
QUINCE DIAS EN ITALIA, id. 3 id.
LA DONACION DEL COLONO, (*mademoiselle de la Seiglière*) id. 3 id.
HUYENDO DE LA POLICIA, id. 1 id.
LA DAMA DE LAS CAMELIAS, id. 5 id.
EL DIPUTADO POR BOMBIGNAC, id. 3 id.
MENTIR CON PROVECHO, id. 1 id.
EN CINCO MINUTOS. (*En colaboración con A. Gallardo.*) id. 1 id.
EL DOCTOR VENTURA, id. 1 id.
LOS BURGUESES DE PONTARCY, id. 5 id.
LOS ESTACIONARIOS, id. 4 id.
LAS BODAS DE FIGARO, id. 5 id.
FABIAN O EL DOCTOR NEGRO, melodrama en 7 actos.

FABIÁN

ó

EL DOCTOR NEGRO

MELODRAMA FRANCÉS, EN SIETE ACTOS Y EN PROSA,

de los señores

BOURGEOIS Y DUMANOIR,

reformado y escrito en castellano por

DON LUIS VALDÉS

Estrenado en el Teatro de NOVEDADES
el 6 de Diciembre de 1889.

MADRID
IMPRENTA DE M. P. MONTOYA
San Cipriano, núm. 1
1889

AL DOCTOR EN MEDICINA Y ELEGANTE ESCRITOR

D. JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

Dedica este trabajo, como insignificante muestra del cariño que le profesa su entrañable amigo

Luis Valdés.

ADVERTENCIA

Si esta obra mereció unánime aplauso, lo debe á la perfecta interpretación de los protagonistas, desempeñados por Don José Mata, Doña Dolores Estrada y D. Juan Mela, y á que de igual modo representaron sus papeles cuantos figuran en el reparto; y tengo la satisfacción inmensa de hacer público mi agradecimiento á los actores y dependencias del teatro que han contribuido con sus buenos oficios al mejor éxito alcanzado por esta obra, y especialmente á la primera actriz Doña Clotilde Lombía, que se prestó á representar al personaje de *La Marquesa*; á las actrices Doña Victoria Díez, Doña Olvido Muñoz y Doña Matilde Bueno, las cuales no titubearon en salir de acompañamiento; á Don Nicolás Catalán, antiguo y bien reputado primer actor cómico, quien voluntariamente y para dar realce á las escenas en que intervienen comparsas, se convirtió en uno de tantos; al pintor escenógrafo Don Francisco Candelbac, que á no gozar justa fama, la hubiera logrado con las decoraciones pintadas para Fabián ó El Doctor Negro; al Ingeniero electricista Don Ramón Cases, por su desinterés y acierto; á mis queridos amigos Don Pantaleón Moreno Gil y Don Diego Luque, por sus leales y atinados consejos, y también merece La Empresa que haga constar en este sitio lo gustosa que se mostró en facilitar cuanto estuvo á su alcance, para que la obra se presentase con propiedad y lucimiento.

LUIS VALDÉS.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La Marquesa de la Reimer.	Doña Clotilde Lombía.
Paulina (su hija).....	" Dolores Estrada.
Aurelia.....	" Carmen García.
Lia (cuarterona).....	" María Mantilla.
Fabián.....	Don José Mata.
El Conde.....	" Juan Mela.
Barbantano.....	" Manuel Díaz.
Andrés.....	" Felipe Vaz.
Briquet.....	" Ramón Bello.
Cristián.....	" Serafín G. Marín.
Roger.....	" Valentín Escosura.
Un Notario.....	" Julio Verdier.
Un Mayordomo.....	" Nicolás Catalán.
Juan.....	" Luis Mazoli.
Un Guardia francés..... / **Un hombre del pueblo**.....	" Francisco Mejía.
Domingo..... / **Un Celador**..... / **Pedro**.....	" Hilario Fernández.
Un Calabocero.....	" Manuel Mañas.
Un lacayo.....	" Rafael Pérez Veuto.
Un criado.....	" Arturo Martinflor.

Oficiales de Marina, negros, negras, marineros, mulatos y mulatas, acompañamiento de nobles de ambos sexos, criados, Guardias franceses y gentes de pueblo, aldeanos bretones, etcétera, etcétera.

La época en fines del siglo XVIII, desde 1789 á 1793.

El primero, segundo, tercero y cuarto acto pasan en la isla de Borbón; el quinto y sexto en París, y el séptimo en Bretaña.

NOTA.

Le Docteur Noir, se representó por primera vez en el *Teatro de la Porte Saint-Martin*, de París, el 30 de Julio de 1846.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

Gran sala con tres arcos en el foro, que dan á un terrado desde el cual se descubre el jardín. Puertas laterales á derecha e izquierda del primer término. En el segundo, á la izquierda, un balcón. Muebles de bambú: cerca de la puerta del primer término derecha, un termómetro pequeño y antiguo. Algunas plantas tropicales.

ESCENA PRIMERA

AURELIA.—EL CONDE.—CRIADOS y NEGROS.

AUR. (A los criados y negros que estarán agrupados en el foro.) Ejecutad pronto y con acierto lo que os he mandado, para que vuestra ama quede contenta de vosotros y de mí, que estoy encargada, por ella, de disponer la fiesta. ¡Andad con Dios! (Vanse. A su hermano.) ¡Hermanito, tienes un modo de ayudarme, que da gusto! ¿Vas á pasarte la vida tendido á la bartola?

CONDE. (Que está reclinado con dejadez sobre un canapé.) ¿Cómo quieres que la pase? Tengo calor y me abanico.

AUR. ¡Bonita y digna ocupación para un teniente de fragata de la marina real francesa!

CONDE. Pues mira, es la única tarea que soy capaz de emprender, y bastante trabajo tengo con los seis meses que llevo de respirar, ó más bien de no respirar en este país del trópico... de la zona tó-

rrida... del infierno... en este horno que se llama la isla de Borbón, á donde Su Majestad tuvo por conveniente desterrarme, y que debería llamarse la isla de San Lorenzo. Aun cuando creo que calor igual no lo sintió el santo en las parrillas. ¡Ay, hermana, moriré asado! Debe hacer por lo menos 150° en esta chicharra.

AUR. (Riéndose.) Pues el termómetro de nuestro sabio compatriota Réaumur, solo señala 40° (Después de mirar el termómetro.)

CONDE. (Que se ha levantado.) Como es pequeño no podrá señalar más.

AUR. (Riéndose.) ¡Ea! Domina tu pereza: ten presente, si quiera por hoy, que celebramos el santo de nuestra prima Paulina, la perla de la colonia... una perla engarzada en diamantes. Piensa en esta régia morada, en sus mil descientos esclavos, casi tantos en número como el de los acreedores que te dejaste por Francia. (Riéndose.) Acuérdate de que, aun estando arruinado, puedes utilizar las ventajas que te dan en sociedad tu educación, tu título y tus prendas personales... ¡Decídete, hombre!

CONDE. La boda no me disgusta: ni cuando quiera decidirme llegaré tarde, porque afortunadamente no hay en toda la isla rivales á quien temer. Nunca vi hombres tan ridículos... (Viendo llegar á Barbantano.) Mira, en nombrando al ruin de Roma... mira una muestra de los rivales que aquí se usan.

AUR. ¡Barbantano! (Riéndose.)

ESCENA II.

Barbantano dentro de una silla de manos que conducen cuatro negros que aparecen por el foro. Estos paran en el arco del centro: otros dos negros que venían tras la silla, y trae cada uno un enorme ramo de flores, se colocan á derecha é izquierda de la silla de la cual sale entonces Barbantano.

BARB. (A los negros.) ¡Quietos ahí, presentando los ramos, y cuidado con atreveros á oler la más insignificante de sus flores!

AUR. (Riéndose é imitando el tono imperioso de Barbantano.) ¡Así lo ordena y manda vuestro dueño el señor de Barbantano!

BARB. (Entrando.) ¡Ah, señora condesa! ¡Qué encuentro tan agradable! Adiós, señor Conde. (Aparte.) Mi rival se adelantó. (A Aurelia.) ¿Y el señor gobernador?

AUR. Mi marido tiene grandes ocupaciones y se ha quedado en el palacio; pero no falta gente distinguida, que ya hace rato pasea por el jardin con la marquesa y con su hija Paulina.

BARB. Que es la diosa de la fiesta, á quien vengo á rendir homenaje. (Señalando los ramos.)

CONDE. Es un homenaje de dimensiones colosales.

BARB Son flores de mi ingenio.

CONDE. (Con extrañeza.) ¿De su ingenio? Ah, vamos, de su ingenio de cañas; porque usted no tiene otro.

BARB. (Con énfasis.) ¡Pero es muy grande! Todas las flores se han cogido hace poco, y así están de frescas y lozanas.

AUR. ¡Como ella! (Con intención.)

BARB. (Con presunción.) ¡Justo! Ustedes ven que no peco de tacaño, cuando he pelado todas las matas para lograr unos ramos tan...

CONDE. (Interrumpiéndole.) Tan voluminosos como usted.

BARB. (Ofendido.) Voluminosos como mi bolsillo, señor Conde. Puede que yo no sea tan elegante como otros que presumen de serlo; pero poseo ochocientos esclavos, y si voy de visita al Palacio del señor Gobernador, al lacayo que me anuncia, á modo de propina, le regalo un negrito.

CONDE. Usa usted una moneda muy oscura.

AUR. (Colocándose entre los dos.) Señor Barbantano, los hombres de talento, como usted, no fundan su orgullo en hablar del dinero que atesoran: vanagloríese usted de haber nacido en este hermoso país, que me enloquece.

BARB. ¿De veras?

AUR. Cuando nombraron Gobernador á mi marido, creí morirme, suponiendo que iba á vivir entre hotentotes y caníbales, en una escarpada roca, habitada por salvajes.

BARB. (Con disgusto y ofendido.) ¡Oh!

AUR. Pero, vine, ví, y quedé enamorada. ¡Era todo tan nnevo para mí, y tan distinto de París y Versalles! Quizás no sea mejor esto que aquello; pero... yo gozo cambiando; me encanta variar. (Va al foro y examina los ramos.)

BARB. (Aparte) Pues ne le arriendo la ganancia al señor Gobernador. (Alto.) ¿Y á usted caballero, que le parece mi país?

CONDE. ¡Caliente! ¡Un áscua ardiendo!

BARB. ¿Y por qué ha venido usted?

CONDE. ¡Mil bombas! No he venido, me han traído, que es muy distinto. (Riéndose.) Dicen que cierto señor trató de sorprendernos á su cara esposa y á mí, acompañado de la policía, y añaden que hubo de atravesar mi espada el cuerpo de un comisario, por lo cual Luis XVI, halló motivo bastante para desterrarme, y con destino á esta Isla recibí un pasaporte en calidad de teniente de fragata.

BARB. ¿Es usted marino?

CONDE. No señor: pero en mi familia tenemos el privilegio de nacer almirantes, aun cuando el primer individuo de ella que ha visto el mar soy yo. Ya hubiese pedido el cambio de residencia, si una dulce afección no me tuviera encadenado y cautivo en estos lugares.

BARB. (Aparte.) Claro, Paulina! (Alto) ¿Piensa usted en el matrimonio? Pues yo también, y tengo el propósito de regalar á ustedes en esta misma casa, con una fiesta, más expléndida que la de hoy.

CONDE. ¿Aquí?

AUR. (Volviendo á escena) ¿Aspira usted á Paulina?

BARB. Sí, señora, porque la adoro, y dejaré á los pretendientes, mis rivales, con un palmo de narices. ¡Yo no temo á nadie!

CONDE. (Burlándose.) ¡Es usted un hombre terrible! (Haciendo que se aparta, temeroso.)

AUR. Amigo Barbantano, ¿no tiene usted en cuenta la diferencia de edades?

BARB. (Con presunción.) ¡Señora, voy acercándome á los cuarenta!

CONDE. ¿Sí? ¡Me deja usted asombrado! Creia que iba usted alejándose de los cincuenta.

BARB. (Con altanería.) ¡Caballero!

AUR. Por Dios, señores, van ustedes á disputar por cosa tan nimia... Silencio, que viene la Marquesa.

ESCENA III.

DICHOS, la MARQUESA, PAULINA, OFICIALES de la ARMADA, MARINEROS, etc. etc. Algunos marineros vienen por la derecha, se colocan en el foro y en el terrado y ofrecen flores á PAULINA, que llega por la izquierda con la MARQUESA y varios oficiales.

MARQ. (A los oficiales después que entran en la sala.) Caballeros, doy á ustedes gracias, por el recuerdo con que han obsequiado á mi hija.

PAUL. (En el foro y á los Marineros) ¡Gracias, amigos míos! (Entra en la sala la última y por el lado derecho.)

BARB. (Que ha tomado el ramo de mano de un negro y ofreciéndoselo.) Señorita, dígnese usted aceptar...

PAUL. (Sin reparar en el ramo.) ¡Caballero! (Saludando — Barbantano queda en ridículo: no sabe qué hacer con el ramo y se le tira al negro; vanse los negros.)

AUR. (Entre la Marquesa y Paulina.) Parece, Paulina, que estás distraída, más aún, triste, y celebrándose tus dias con tanta pompa, resulta extraño.

MARQ. Dice bien Aurelia.

PAUL. Por lo mismo que se trata de fiestas, no tiene nada de extraño lo que me sucede, al considerar que mientras aquí procuramos divertirnos, á pocas leguas de nosotros, al otro lado de la isla, sufren las gentes terrible azote y mueren á centenares.

MARQ. (Con impaciencia.) ¡Aparta tan lúgubres ideas de tu imaginación!

CONDE. No hay motivo para lamentarse de ese modo. (Bajo á Barbantano.) La muchacha no exajera... mueren muchos.

BARB (Idem al Conde.) ¡Mueren como chinches! (Paulina y Aurelia se sientan á la izquierda.)

MARQ. (Siguiéndolas, pero en pié) Tranquilízate, hija mía.

Adios gracias, la epidemia, esa enfermedad desconocida, que desde hace un mes diezma la colonia... no ha penetrado en estos lugares hasta la hora presente.

BARB. Ni penetrará jamás. (Aparte.) ¡Y si penetra, que no me toque á mí ni á mis 800 negros!

AUR. Nada hay que temer: los partes que recibe mi marido son cada vez más tranquilizadores.

BARB. Cierto... quedan algunos rezagados que se mueren aún... por culpa de los médicos que recetan á ciegas, y no acaban de conocer el mal.

CONDE. ¡Y qué diablos pueden los médicos con una enfermedad, que ataca, postra al enfermo y le mata, sin dejarles tiempo para el remedio!

AUR. Sin embargo, hay un médico que suele curar á cuantos atacados asiste... (Con entusiasmo.) Es un hombre que nació para médico. El genio de la ciencia de curar está encarnado en él, y dicen que tambien estudia con afan, que trabaja sin descanso...

MARQ. (Con desdén.) ¡Ah! Sí; lo sabia; es el mulato Fabián...

PAUL. ¡Fabián!

BARB. Le llaman el Médico negro.

MARQ. (En el centro de la escena.) Fué esclavo de mi esposo, á quien tuvo la fortuna de salvar la vida.

PAUL. (En el canapé.) Muchos años han pasado, y sin embargo no se borra de mi memoria el más pequeño incidente de aquel suceso. Oh, nunca, nunca olvidaré el arrojo y la abnegación con que el pobre Fabián se lanzó á sujetar el caballo desbocado que montaba mi buen padre. Iba éste á perecer despeñado, cuando Fabián, con seguro riesgo de su vida, poniéndose delante del caballo, ya en el borde de una profunda sima, detuvo al animal, á cuyos piés rodó, faltando poco para que el infeliz se hundiera en el abismo. Mi padre le declaró libre enseguida.

MARQ. Yo le ofrecí una bolsa llena de oro.

PAUL. ¡Que él no quiso aceptar, madre mía!... no por orgullo, sino porque es desinteresado y se consideró feliz con estrechar y cubrir de besos la

mano que mi padre le tendía, mano generosa que le hizo adquirir los derechos de hombre libre.

MARQ. De mucho sirve á esa gente la libertad. ¿Saben acaso qué hacer de ella? Como Fabián había nacido para esclavo, necesitaba un nuevo dueño y entró al servicio de cierto médico antiguo del país.

AUR. (Levantándose.) Se equivoca usted, tía; ese hombre no fué buscando dueño, ni amo, sino maestro. Tenía indudablemente vocación por la medicina y aprovechó la oportunidad para estudiarla. Tales cosas me han contado de Fabián, que le admiro y le estimo sin conocerle. (Paulina se levanta y une con Aurelia.)

BARB. ¡Por Dios, señora, tenga usted presente que se trata de un hombre de color!

AUR. Lo sé. (Con jovialidad.) Es mulato. Mejor que mejor; por lo mismo le encuentro más interesante.

MARQ. (Con severidad.) Hablas con sobrada ligereza de asuntos que, entre nosotros, son muy serios. Has nacido en Francia, llevas poco tiempo en Africa, y no te das cuenta ni de nuestras costumbres, ni de nuestros sentimientos. Existe aquí la diferencia de castas, y los blancos miramos con desprecio las razas de color. Así lo establece la ley de la costumbre, que es inflexible, y no admite raciocinios ni discusiones en este punto. ¡El orgullo de raza vive en nosotros y morirá con nosotros! Sabe, por último, sobrina, que no hará cincuenta años, en una ciudad de esta isla, la hija del conde de Soliñi, murió á manos de su padre por haberse enamorado de un esclavo.

AUR. (Aterrorizada.) ¡Qué horror!

MARQ. (Con ironía.) Tú que vienes de Francia... ¿Conociste allí muchas señoritas nobles que se casaran con sus lacayos?

AUR. (Con desprecio.) ¡Por Dios tía!

MARQ. Pues ahí tienes cómo también en el Continente,

existen diferencias entre los blancos. (Vase hacia el foro, con Paulina y Aurelia.)

BARB. Dice bien la Marquesa, y en prueba de ello, Fabián, apesar de esas curas maravillosas, sólo asiste á sus prójimos... á las negros más ó menos subidos de color. ¿Pues no se atrevió el majadero á jurar que era capaz de poner buena á mi prima, que se estaba muriendo? Mi prima no quiso la asistencia de semejante médico; prefirió morirse á consentirlo. ¡Fué un rasgo de energía y de heroísmo! (Al Conde.) Sí, señor Conde, mi prima se murió. ¡Yo apruebo su conducta!

CONDE. ¿Le dejaría á usted por heredero?

BARB. (Yéndose hacia la izquierda.) Sí, señor, de toda su hacienda. ¡Pobrecita!

ESCENA IV.

DICHOS y LIA.

LIA. (Entra corriendo por el foro izquierda.) ¡Niña Paulina! (Conteniéndose al ver á la Marquesa.) ¡Perdone su excelencia!...

CONDE. Oye, morenita, ¿conoces tú al Médico negro?

LIA. Sí, mi amo.

PAUL. (Con cariño cogiendo á Lia de la mano.) Es hija de mi ama de cría; y somos hermanas de leche.

LIA. Conozco á Fabián. El sólo lleva curados más pobrecitos enfermos, que todos los médicos de la isla juntos. Le queremos mucho, porque es guapo y bueno.

CONDE. (Con viveza.) ¿Estás enamorada de Fabián?

LIA. No, y eso que sabe hablar como su merced; vamos, que se explica como los señores; pero no me gustan los mulatos. ¡Si fuese blanco!

CONDE. (Riéndose á carcajadas.) ¡Anda! ¡Anda!

BARB. (Idem, id.) ¡Hasta los gatos quieren zapatos!

MARQ. (Incomodada y cortando la conversación.) ¿Para qué has entrado aquí?

LIA. Para decir á niña Paulina, que la música de marineros ha llegado y espera la orden de ella para tocar.

BARB. Pide permiso porque así se lo previne al músico mayor cuando contraté con él el precio de este obsequio que yo hago á usted, señorita. (Con presunción.)

PAUL. Gracias. (A Lia.) Diles que empiecen. (Se asoma Lia al balcón, flamea un pañuelo y á poco suena la música. Todos se acercan hacia el foro para oir la música y Aurelia detiene á la Marquesa, con la cual se queda en el proscenio. Barbantano escuchando cerca de ellas.)

AUR. ¡Tía!

MARQ. ¿Qué quieres?

AUR. Me ha dicho usted tales cosas, que estoy asustada, y temo haber hecho un disparate.

MARQ. ¡Explícate!

AUR. Usted ya conoce mi caracter, algo dado á la novelaría.

MARQ. ¿Bueno y qué?

AUR. Que entusiasmada con la fama de ese Médico negro, ardía en deseos de conocerle; no estoy enferma; necesitaba un pretexto para llamarle, y como me encargó usted de hacer las invitaciones he mandado una papeleta de convite á Fabián.

MARQ. ¡Qué escucho!

BARB. (Acercándose) ¡Qué locura!

MARQ. ¡Dios mío! ¡Convidar á un mulato, que ha sido esclavo nuestro! (A Barbantano.) Tranquilícese usted, amigo mio: yo no consentiré escándalo semejante... Aunque estoy segura de que Fabián no se atreverá á venir.

AUR. (Que está cerca del balcón, lanza un grito y la música cesa de repente.) ¡Ah!

PAUL. (Muy angustiada.) ¿No han visto ustedes á ese pobre músico, palidecer de repente, perder el equilibrio y caer al suelo como herido por un rayo? ¿Qué le habrá dado al infeliz?

CONDE. Algun vaido, á causa del calor.

BARB. (Que está muy inquieto.) Seguramente... ¡Seguramente! La epidemia no iba á escojer este momento para trastornar una fiesta tan agradable. (Aparte.) ¿Y si fuese eso señora? ¡No me llega la camisa al cuerpo!

LAC. Señora Marquesa, el capitán de la fragata que acaba de llegar de Francia, dice que trae un asunto importante que comunicar á V. E.

MARQ. ¿Dónde está ese caballero?

LAC. Le hice entrar en el despacho del difunto señor Marqués. (Vase.)

CONDE. (Acompañando á la Marquesa hasta la puerta.) Despida usted pronto al importuno, querida tía. (Después que ésta se va, dice á los oficiales que estarán á la derecha.) Caballeros, pronto irán llegando las preciosas criollas que están convidadas, y debemos ser corteses. Vamos á ofrecerles nuestros brazos.

BARB. Muy bien pensado. Yo daré el ejemplo. (El Conde cambia un signo de inteligencia con su hermana y vase con los hombres.)

ESCENA V.

PAULINA, y AURELIA

AUR. (Tomando de la mano á Paulina, la dice con tono cariñoso.) Prima del alma: ningun dia tan apropósito como el de hoy, que todo es fiesta y regocijo, para cumplimentar un encargo del cual quisiera salir airosa. Me han nombrado embajador acerca de tí.

PAUL. (Con extrañeza y jovialidad.) ¿Sí? Pues hable la diplomática.

AUR. Empiezo. ¿Amas á algun hombre?

PAUL. Pocos preámbulos usas para ser embajadora. No amo á ningun hombre.

AUR. ¿Estás segura de que no existe alguno, cuya presencia te conmueva y agrade y cuya ausencia te deje pensativa y triste?

PAUL. Segurísima.

AUR. Lo celebro con todo mi corazón; pues no causaré perjuicio de tercero si te propongo para marido á un joven de ilustre cuna, con buena figura, valiente; en una palabra, á un perfecto caballero, que solo carece de... de eso que constituye el único mérito de tu pretendiente Barbantano.

PAUL. Yo seguiré en tan delicado asunto el consejo de mi madre.

AUR. Nada más natural; pero tú eres quien debe elegir esposo

PAUL. No, Aurelia, no; mi madre dispone de mi voluntad, de mi porvenir, de mi corazón... todo, todo le pertenece. Veo que te asombras al escucharme... Pues yo encuentro este modo de pensar el más natural y recto. Es mi madre: á ella debo la vida, tiernos cuidados, cariño entrañable y la educación que he recibido. Correspondería indignamente no siendo hija sumisa y respetuosa. Así me he criado, y por nada del mundo contrariaría las opiniones de mi madre, á quien venero ciegamente.

ESCENA VI.

DICHOS y la MARQUESA.

MARQ. (Entrando por la izquierda con una carta abierta en la mano.) ¡Paulina! (Algo agitada.) Mañana dejaremos la Isla.

PAUL. ¿Cómo?

AUR. ¿A dónde van ustedes?

MARQ. A Francia.

PAUL. ¿Qué pasa?

MARQ. En esta carta me anuncian nuestros parientes de allí, que la honra de tu padre anda escarnecida de boca en boca por la corte.

PAUL. ¿Quién se atreve á profanar la memoria de mi padre?

MARQ. Hace algunos años que varios traidores intentaron declararse independientes con la Isla, para vendérsela después á los ingleses. Uno de los traidores entró en Francia y se presentó á tu tío con el propósito de estafarle una fuerte suma, manifestándole que, de no obtenerla, entregaría á los tribunales documentos que acreditaban ser tu padre el iniciador de aquella indigna conspiración. Tu tío puso en manos de la policía al canalla que, una vez en la cárcel, presentó un tratado, hecho por los conspirado-

res con Inglaterra, en el cual aparece la firma de tu padre perfectamente imitada..

PAUL. ¡Dios mío!

AUR. ¡Es una infamia!

MARQ. Fácil me será confundir tan vil calumnia, presentándome al rey con pruebas suficientes que demuestren la falsedad y dejen incólume la buena fama de que siempre gozó mi difunto esposo.

PAUL. ¡Sí, madre mía, iremos á Francia!

ESCENA VII.

DICHOS.—BARBANTANO y LIA.

BARB. (Entrando por el foro con indignación cómica.) ¡Acabo de ver á Fabián montado á caballo, y parece que se dirige hacia aquí!

MARQ. ¡Se atreve!... ¿Ves Aurelia á lo que pueden conducir tus locuras?

AUR. Yo me encargo de deshacer lo hecho.

MARQ. Sí, le dirás que se vaya con muchos rodeos y cumplimiento. Tu no sirves para el caso y te rebajarías dando satisfacciones. (Con entereza.) Señor Barbantano, usted que conoce perfectamente nuestras costumbres, me hará la merced de entenderse con ese desgraciado si llega á entrar en los salones. (Lia aparece en el foro y escucha asustada.)

PAUL. ¡Por Dios, madre! (Esta la mira severamente.)

MARQ. (A Barbantano.) Nosotros nos retiramos. ¡Si Fabián olvida que há sido esclavo, recuérdeselo usted! (Vase llevándose con ademanes á Paulina y Aurelia.)

PAUL. (Aparte.) ¡Infeliz Fabián!

MARQ. (Volviéndose hacia su hija.) ¡Paulina!

BARB. ¡Vaya usted sin cuidado, que cumpliré como un caballero!

ESCENA VIII.

LIA.—BARBANTANO, después FABIÁN.

BARB. (Viendo á Lia en el foro.) ¿Sabes si ha entrado en la casa Fabián?

LIA. En el jardín está.

BARB. ¡Pues dile que me espere! (Con tono cómico de valentón y yéndose por el lado contrario que se fueron las señoras. Fabián entra por el foro izquierda, trae la papeleta de convite en la mano, que lee y vuelve á leer hasta que ve á Lia y se dirije á ella presentándosela.)

FAB. (Con dulzura.) Dí, hija mía. .

LIA. (Turbada.) Señor Fabián...

FAB. ¿No te parece que esta papeleta de convite debe estar equivocada?

LIA. (Turbada) No sé...

FAB. Yo no acabo de explicarme cómo la noble Marquesa de la Renier, se digna convidar á Fabián el mulato, hijo de esclavos y esclavo que fué de esta casa. Estoy seguro de que hay error; pero como no quisiera faltar si tanta honra...

LIA. (Despues de una pausa.) Pues mire su merced, señor Fabián, ya que lo adivinó...

FAB. (Con dulzura y pena reconcentrada.) ¡No me asombra haber acertado; pero me aflije!

LIA. ¡Váyase, señor... (Con ademán suplicante.) Váyase por Dios!

FAB. (Observándola con desconfianza) ¿Por qué, Lía, pides de ese modo que me aleje?

LIA. (Después de hacer un esfuerzo.) Por... (Viendo que alguien se acerca.) ¡Dios mio, ya vienen! ¡Fabián váyase... si quiere evitar que le echen!

FAB. ¡Echarme!... (En este final aparecen Paulina y Aurelia por la derecha.)

ESCENA IX.

DICHOS.—PAULINA y AURELIA.

PAUL. (Desde lejos y con viveza.) ¡No, Fabián, no! Lía se equivoca... Nadie ha mandado eso... ¡Nadie! ¿Lo oye usted? (Mas calmada y en tono de súplica.) Y si usted no desea permanecer en esta fiesta, á que ha sido convidado, bastará para explicar su ausencia que le haya hecho salir la necesidad de socorrer á un enfermo. Cerca de esta hacienda

se encuentra, creo que muy grave, un desdichado marinero que hace poco retiraron de nuestro jardín. Préstele usted los cuidados de su ciencia... y... (Marcando la frase.) conste que su calidad de Médico es la que impide á usted disfrutar de nuestra invitación. (Bajando los ojos.) Conste que nadie le echa.

AUR. (Bajo.) ¡Muy bien, prima!

FAB. (Conmovido.) ¡Gracias, señorita, gracias!

AUR. (Mirándole á hurtadillas.) ¡Digo, que es un hombre muy simpático!

(Fabian saluda y se aleja lentamente con la mirada fija en Paulina, y cuando va á trasponer la puerta se encuentra frente á frente de Barbantano, que viene por el foro con una fusta en la mano.)

ESCENA X.

DICHOS y BARBANTANO.

BARB. (Aparte.) ¡Aquí está mi hombre! (Hace indicación á Fabian de que avance hacia la escena y los dos van hacia el centro.)

FAB. (Con dulzura.) ¿En qué puedo servir al caballero?

BARB. (Algo desconcertado.) Yo... no... es decir... eso es. . me han encargado de... (Aparte.) ¡La cosa es muy difícil de pronunciar! (Alto.) Pues bien, me han encargado de...

FAB. (Después de haber lanzado á Paulina una mirada que la tranquiliza.) Comprendo; le han encargado á usted de confirmar en nombre de la señora Marquesa el convite con que dicha señora se dignó favorecerme. Pues haga usted presente á la señora Marquesa mi profundo agradecimiento.

BARB. ¿Cómo? (Aparte.) ¿Qué diablos dice este majadero? (Alto.) Pero si... no...

FAB. Perdone usted que ni le escuche más tiempo, ni me quede. (Mirando á Paulina y con cierto orgullo.) Me han llamado para asistir á un pobre marinero enfermo, pues como usted sabe soy Médico, Médico de los pobres y de los esclavos; hago falta á los pacientes y me voy. Adios caballero. (A

Paulina conmovido.) Adiós, señorita... (En tono más bajo.) ¡Repito á usted las gracias! (Vase.)

ESCENA XI.

BARBANTANO.—PAULINA.—AURELIA; luego el CONDE, la MARQUESA y los CONVIDADOS.

AUR. (Aparte.) Pues ya no solo me parece simpático; creo que ese color de bronce realza su figura. ¡Sería una lástima que fuese blanco!

BARB. (Confundido.) ¡Ese hombre ha tomado el rábano por las hojas!

AUR. ¡Por fin conocí al celebrado Doctor, y me alegro!

PAUL. (Para sí.) ¡Qué dicha haber podido evitar el sonrojo de Fabián!

MARQ. (Entrando por la derecha.) ¿Qué hay, señor Barbantano?

BARB. (Ufano.) He cumplido como yo sé cumplir. Esté usted tranquila. (Entran oficiales de la Armada con el Conde. Este representando á Paulina y Aurelia. Varios negros, negras, mulatos y mulatas traen refrescos, que sirven.)

CONDE. ¿Baila usted, amigo Barbantano? (Con jovialidad.)

BARB. (Con fatuidad.) Si señor, bailé mucho en otros tiempos.

CONDE. ¡Ah! Pues yo bailo mucho en estos. Y aprovecharé la ventaja que tengo sobre usted. (Se dispone á invitar á Paulina para el baile.)

AUR. (A Paulina mientras llega el Conde. Están sentadas.) ¿Estás mala?

PAUL. No... pero experimento una cosa tan especial... á veces se me oscurece la vista...

AUR. Te has puesto pálida. (Varios oficiales se disponen también á bailar con las parejas que han escojido.)

CONDE. (A Paulina.) ¿Primita, quieres honrarme bailando conmigo?

PAUL. (Levantándose.) Con mucho gusto...

AUR. No consentiré que bailes hasta que te sientas mejor.

PAUL. (Con viveza.) ¡Cállate! ¿Vas á poner en cuidado á

mi madre? (Intenta andar para seguir al Conde; pierde el equilibrio y lanza un grito.) ¡Ah!

CONDE. ¡Cielos!

MARQ. ¡Mi hija!

TODOS. (Rodean á Paulina.) ¿Qué la sucede?

PAUL. ¡Siento un ardor... aquí... y... me abraso... me muero! (Pierde la palabra y las fuerzas; cae en brazos del Conde, que la coloca sobre el canapé de la izquierda. Lía, que estaba presente, sale corriendo por el foro cuando acaba de hablar Paulina.)

BARB. (Aterrorizado.) ¡Así ataca la epidemia!

CONVID. (Id.) ¡La epidemia! (Asustados retroceden de repente, y luego se van marchando por las puertas que encuentran cada uno más inmediata. Vase con ellos Barbantano.)

MARQ. (De rodillas ante su hija.) ¡Socorro! ¡Mi hija, mi hija se muere! ¡Socorro! ¡Un médico, por Dios!

CONDE. ¡Sí! Voy á traerle. (Vase precipitadamente por la derecha.)

AUR. ¡Dios quiera que lo encuentre enseguida!

MARQ. (Desesperada.) ¿Llegará á tiempo? (Viendo que todos se han ido.) ¡Todos me abandonan! ¡Hija de mi alma, huyen de tí! ¡Ah, Señor, Señor! ¿Quién la socorrerá?

LIA. (Que aparece con Fabián por el foro.) ¡El!

MARQ. ¡Fabián! (Asombrada.)

AUR. ¡Su corazón no late!

LIA. (Que tiene cojidas las manos de Paulina.) ¡Está fría!

MARQ. ¡Hija de mis entrañas! (Rechazando á Fabián que se habrá acercado.) ¡No!

FAB. (Interponiéndose entre la Marquesa y Paulina, cuya mano coje. Con dulzura y energía.) Permita usted, señora, permita que salve hoy á su hija... mañana podrá usted arrojarme de esta casa.

CAE EL TELÓN.

ACTO SEGUNDO

Ocupa los dos tercios de la escena, á la derecha la cabaña de Fabián que está construida de bambú; tiene dos aberturas sin puerta; una comunica por la izquierda con el otro tercio de la escena ocupado por un jardín, que tendrá su banco de madera frente al público, y una salida en el foro. La otra abertura está en el fondo de la cabaña hacia el extremo derecho. Por ambas aberturas se ven bosques y montes en último término, con vejetación tropical. Hay en la cabaña una taquilla, arcón ú otro mueble tosco con algunos libros viejos, asientos de madera, un camastro, un hacha colgada sobre él y una puertecita que va á otras habitaciones interiores y que estará en el primer término derecha.

ESCENA PRIMERA

AURELIA, luego BARBANTANO.

AUR. (Entrando por la derecha con una sombrilla que cierra.) ¡Por fin lleguél... (Desde la puerta.) ¿Qué es eso, señor Barbantano, se enreda usted con los bejucos? ¿Quiere usted que le ayude?

BARB. (Dentro.) ¡Gracias señora Condesa; ya no hace falta! (Entra y trae en la mano un látigo.) ¡Uf! Aquí estoy!

AUR. ¡Já, já, já! (Después mira al interior de la cabaña.)

BARB. ¡Uf! Es usted digna de admiración; atreverse á venir por estos sitios, quien solo pisó en su vida mullidas alfombras!..

AUR. Me he portado bien. Nada me arredra; ni los torrentes, ni los peñascos, ni el sol; en fin, soy valiente como mi hermano. Y apropósito, ¿qué ha sido de él?

BARB. Se quedó bajo un enorme plátano, con el pretexto de acechar los animales dañinos.

AUR. (Riéndose.) Pero con el propósito de sentarse á la sombra.

BARB. Le dejé disponiéndose...

AUR. ¿A cargar la escopeta?

BARB. No, señora, á ejercitar el abanico. (Enjugándose el sudor.) Lo cierto es que se suda. ¡Vaya un sol y vaya un paseo!... ¿Y todo para qué? ¡Para conocer la choza de un mulato!

AUR. (Sentándose á la izquierda.) Ahora que ya hemos llegado, y que logré mi deseo, puede hacer usted cuantas preguntas dejé sin contestación por el camino.

BARB. (Sentándose.) Sí, preguntaré .. No hago otra cosa desde que volví de Calcuta, donde he permanecido quince meses; ¡quince meses sin ver mi ingenio!; aunque Roger, mi mayordomo, lo ha cuidado muy bien ¿Cómo fué lo de la Marquesa?

AUR. ¡Oh, una desgracia para todos, y principalmente para la pobre Paulina! Mi tía recibió una carta de Francia, que le obligaba á marchar allí, para defender el buen nombre de su difunto esposo... precisamente ocurrió esto cuando atacó la epidemia á Paulina, como usted recordará.

BARB. Me entró un miedo... (Conteniéndose.) No: me conmoví de tal modo. . que abandoné la colonia sin pérdida de momento.

AUR. (Después de reirse.) Bueno, pues el Médico curó á mi prima; mas estando convaleciente y muy debil, era demasiado atrevimiento exponerla á un viaje tan largo; su madre necesitaba imprescindiblemente ir á Francia; y tranquila por el parecer de los facultativos acerca de su hija, me la confió, embarcándose en una fragata. ¡Cinco meses después supimos con espanto que la fragata se había perdido con tripulación y pasajeros! Ya supondrá usted el profundo dolor que esperimen-

taría Paulina con la muerte de su madre. La pobre niña volvió á enfermar gravemente, y Fabián tuvo nueva ocasión de mostrarnos el poder de su ciencia.

BARB. Ya, ¿conque el Médico negro tiene la desfachatez de curar á los blancos?

AUR. (Levantándose y pasando á la derecha.) Debería recurrir á él todo el mundo! Fabián permaneció al lado de Paulina, prodigándole sus auxilios hasta dejarla completamente bien, y entonces se fué de la casa, y ya van pasados seis meses sin que, ni por casualidad, le hayamos vuelto á ver la cara.

BARB. (Levantándose con muestras de estar molido.) Como la tiene tan bonita!

AUR. (Riéndose.) Pues yo deseo vérsela. Algunos negros me han dicho que vaga errante por los sitios más escarpados y solitarios, huyendo de las gentes. Y como esta circunstancia excitó otra vez mi curiosidad...

BARB. ¡Me ha hecho usted dar este paseito!

AUR. Ya está usted al corriente de todo, y para completar la historia le diré, que hemos respetado el luto de Paulina durante un año; pero ahora pensamos, amigos y parientes, en proporcionarla marido. Creo que usted tenía ciertos proyectos...

BARB. He variado de propósito. Me hace cucamonas la dueña de los cinco ingenios mejores de la Isla.

AUR. Lo celebro: mi hermano no tendrá que luchar con un rival tan terrible como usted.

BARB. Pues no teman ustedes. (Cambiando de tono.) ¿Señora, vamos á estarnos toda la vida bajo este tinglado? (Llamando.) ¡Eh! ¿No hay nadie?

ESCENA II.

DICHOS.—CRISTIÁN.

CRIST. (Apareciendo por la puertecilla de la derecha.) ¡Voy mi amo! (Deteniéndose.) ¡No es él!

AUR. ¡Por fin salió un sér humano!

BARB. ¿Esto es un sér humano? (Se ríe.) ¡Acércate! (Le indica que se acerque.)

AUR. Quién es usted, amigo mío?

CRIST. (Con temor.) ¡Cristián!... un pobre negro viejo. Cristián no podía trabajar ya más, le daban muchos latigazos; pero no le devolvían con ellos ni la juventud, ni la fuerza. Un día le castigaron tanto y estaba casi muertecito, cuando apareció Fabián, le curó las heridas al pobre negro, le compró al amo mío y desde entonces soy todito de Fabián en cuerpo y alma.

BARB. (Mirándole y riéndose.) Fabián quiso tener esclavo, y ha comprado uno de lance, que no vale un pito.

CRIST. Su merced. ¡Fabián no quiere esclavo á nadie!

AUR. ¡Pobrecillo! ¿Dónde está Fabián? ¿Qué horas tiene de venir?

CRIST. (Señalando hacia fuera.) ¡Dios lo sabe! Anda de monte en monte, solo, triste; pasa días y noches enteras sin entrar aquí; pero Cristián le aguarda siempre.

BARB. (Adelantándose.) Supongo que no tendrá usted la paciencia de este negro y que nos iremos pronto.

AUR. Si no temiese que llegara la noche... en fin, otra vez será; cuando menos he visto la casa del Médico. Adiós Cristián. (Se dispone á marchar.)

CRIST. Vaya con él su merced.

BARB. (A Cristián.) ¡Oye, negrito; dile á tu amo que hemos honrado su madriguera la esposa del Gobernador y un amigo del Gobernador!

AUR. (En la puerta con la sombrilla y volviéndose.) Vamos, hombre...

BARB. Voy, señora mía! (Vanse.)

ESCENA III.

CRISTIÁN, solo.

CRIST. (Viéndolos marchar.) Mucho le importará á Fabián saber que estuvo aquí un amigo del señor Gobernador... (Mirando á la salida del foro.) ¡Es Fabián! ¡Siempre tan triste! Vamos á prepararle la comida, que no probará, como de costumbre... (Vase.)

ESCENA IV.

FABIÁN, solo

FAB. (Entra despacio: trae escopeta, y colgada del cuello una cadenita, de la que pende una cruz pequeñita, la cual tiene cojida con la mano y contempla. Deja la escopeta arrimada á la pared, y el sombrero sobre el arca.) ¡Cruz adorada! Cruz que llevó mi pobre madre toda su vida; cruz sobre la cual estampó un beso al tiempo de morir, y que del helado pecho de aquella santa yo recogí lleno de veneración! Cuántas veces tuve pensamiento de obrar mal; te contemplé así, en mi mano, como ahora, y después de besarte, conjurabas mis ímpetus y mi cólera haciéndome derramar lágrimas de tierna mansedumbre. ¿Tú, que eres tan poderosa contra las malas pasiones, no alcanzas nada contra el dolor? En vano te coloco sobre este corazón que se abrasa. ¡No logras extinguir su llama! Y sin embargo, mi amor es un crímen: imploro tu ayuda. ¡Y no lo evitas! ¡Oh, madre mía! Solo á tí he confesado que la amo. ¡Sí, este hombre de piel bronceada, este hombre que fué esclavo, tiene la osadía de amar á una mujer blanca, á la hija de sus dueños! Este hombre es un desdichado. ¡Ruega por él, madre de mi alma! (Se sienta en un asiento cerca del camastro y queda ensimismado.)

ESCENA V.

FABIAN.—PAULINA.—LIA.—UN NEGRO.—Aparece el negro por la abertura de la derecha, ve á FABIAN y hace señas al exterior de que entren, y lo verifican PAULINA y LIA que viene macilenta y apoyada en el brazo de su ama. Da Paulina su sombrilla al negro, indicándole que se vaya, lo cual ejecuta, y obliga á Lia á que se siente en el banco del jardín; después entra sola en la cabaña.

PAUL. (Después de hacer un esfuerzo para hablar.) ¡Fabián!

FAB. (Volviéndose.) ¡Cielo santo! (Se levanta.)

PAUL. (Avanzando.) ¡Fabián!

FAB. ¿No sueño? ¿Es usted, señorita, quien está aquí?

PAUL. (Con dulzura.) Usted acude presuroso á la cabecera del enfermo, y se aleja del sano, como si temiese recibir de él, por recompensa, el olvido y la ingratitud. Ese asombro dice bien claro que no me equivoco. Dos veces me encontré á las puertas de la muerte; dos veces debí á usted la salud y la vida... ¿Cree usted á Paulina capaz de no recordar los infinitos sacrificios y desvelos de Fabián? ¡No es posible!... ¿Usted me esperaba, verdad?... Sí, no puede usted juzgar de ese modo, á quien le ha de guardar eterno reconocimiento. (Le quiere entregar una bolsa.)

FAB. (Señalando el bolsillo y con amargura.) ¿Ha venido usted para ofrecerme eso? ¡Señorita, yo pensaba que era usted más generosa!

PAUL. (Con viveza.) Vengo á depositar este oro en sus manos, para que lo reparta entre los enfermos pobres.

FAB. (Tomando la bolsa.) ¡Es usted un angel! (Mirándola satisfecho.) ¡Bendito sea Dios, que secundó mis esfuerzos, permitiéndome librarla de la muerte! Al contemplar á usted viva, mi alma se inunda de placer, de orgullo infinito. ¡El cielo colme á usted de dichas!

PAUL. ¡Gracias, Fabián! ¡La pérdida de mi querida madre aniquiló mi espíritu; no puedo ser feliz; todo me preocupa y entristece!
Al mismo tiempo que á darle gracias, vengo á traer una enferma.

FAB. ¿Una enferma?

PAUL. Sí, Lía, mi hermana de leche.

FAB. ¿Qué padece?

PAUL. Lo ignoro. Solo observo que la pobrecita está más triste y abatida cada día; debe sufrir mucho... (Indica á Lía que entre.) Vamos Lía, anímate, que Fabián te curará.

FAB. (Después de hacerla sentar, la coje una mano y la mira con fijeza.) ¿Qué sientes, hija mía?

LÍA. (Sin levantar la cabeza.) ¡Nada!

PAUL. ¡Lía, por Dios díle á Fabián lo que sientes!

LIA. ¡No siento nada!

PAUL. (A Fabian.) Nunca responde otra cosa... (Desesperada.) Usted no podrá curarla si se niega á explicar su padecimiento; considera que vas á morir sin que te prestemos los auxilios necerarios para combatir tu enfermedad, por desconocerla.

FAB. Yo la conozco, señorita.

LIA. (Asustada.) ¿Cómo?

FAB. ¡Conozco esa enfermedad! ¡Oh, la conozco mucho! (Soltando la mano de Lía.) Pero no puedo curarla.

PAUL. (Asustada.) ¿No?

FAB. ¡El mal que te devora, desdichada Lía... está aquí, en el corazón!

LIA. (Levantándose con terror.) ¡Cállese por Dios! (Cae sentada.)

PAUL. (Aparte.) ¡Hay un misterio!

FAB. (Animandose.) ¡Tú amas!

LIA. (Con debilidad.) ¡No .. yo no puedo amar!

FAB. No lograrás engañarme... Leí ese amor en tus ojos, cuando tu ama convalecía de su enfermedad: ya veo que desde entonces la pasión ha crecido, aunque intentas ahogarla...

LIA. (Ocultando la cara entre las manos) ¡Oh, por favor! ¡Tenga su merced piedad de mí!

FAB. Es un amor casto y puro; y no obstante tratas de ocultarlo, llena de vergüenza, porque no tienes derecho para amar al preferido de tu alma... ¡porque ese hombre te despreciaría!

PAUL. ¡Oh! ¿Despreciarla?

FAB. ¡Tú perteneces á la raza maldita... y él... es blanco! Amas á Roger.

PAUL. (Con viveza.) ¡Ah! El Mayordomo de Barbantano.

FAB. Sí, señorita; Roger es hombre de bien y de muy humanos sentimientos; mas no pertenece á nuestra raza... (A Lia.) Tú eres hija de negro... como yo, y no hay remedio para tu mal. (Animándose.) Cuántas veces por la noche, rendido el cuerpo con el martirio constante de su espíritu, ya sin aliento para exhalar quejas amargas, secos los ojos de tanto llorar... ¡Cuántas veces en el silen-

cio de la noche estarías á punto de maldecir al Dios que te dió un alma, bajo esa piel negra y un corazón que no tiene libertad para latir! ¡Cuántas veces estarías á punto de maldecir á la madre que dió á luz tal como eres... tal como soy yo!... (Llorando.) ¡Sufre, pobre hermana mia, sufre y desespérate, porque padeces una cruel enfermedad... una enfermedad que no tiene remedio!

PAUL. (Aparte.) ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué escucho!

LIA. (Llorando.) Moriré: lo deseo.

PAUL. (Con cariñoso afan.) ¡Desdichada! ¡No será; quiero que vivas, y te salvaré! (Mirando á Fabián con ánimo resuelto.) ¡Nada me importa la diferencia de raza! ¿No se muere de amor por ese hombre? ¡Lia es digna de que él la ame! ¿Lo oye usted, Fabián? ¡Es preciso que viva, y que viva feliz, siendo esposa de Roger!

LIA. (Con alegría.) ¡Su esposa!

FAB. (Asombrado.) ¡Imposible!

PAUL. Realizar tu boda, será la obra más humanitaria que yo haya hecho en mi vida... ¿Acaso no te ama ese hombre?

LIA. Siempre fué amable...

PAUL. Si te distinguió con su amistad, ¿por qué no ha de quererte?

LIA. ¡Casándose conmigo todos le despreciarán!

FAB. Dices bien; el amo á quien hoy presta honrados servicios le arrojará de su casa, y en ninguna de la isla querrán utilizarlos.

PAUL. ¿Y qué, esta preocupación ha de impedir la boda? ¿No soy rica? Hoy recuerdo, por primera vez en mi vida, que tengo bienes de fortuna, y lo recuerdo con orgullo, porque me servirán para labrar tu dicha. (A Fabián.) No sé qué poder oculto me comunica ánimos y fuerzas que nunca tuve; y que sabré aprovechar... Iremos esta tarde á la hacienda de Barbantano, para ver á Roger, y todo quedará resuelto. (Deteniéndose.) En el estado de postración y debilidad que te consume, no podrás acompañarme... y yo no quiero

confiar el secreto de tu corazón á otras personas... (Con energía.) ¡Iré sola!

FAB. (Con tristeza.) ¡Sola! No es prudente: se expondría usted á infinitos peligros, en medio de esos bosques, que desconoce. Yo, si usted lo consiente, la escoltaré de lejos, de muy lejos, sin que lo note nadie.

PAUL. (Con dulzura.) No, Fabián, irá usted á mi lado. Cuando suenen las tres en el reloj de San Luis, procure usted encontrarse al final de la senda grande. (A Lía.) Vamos, hermana... (Acariciándola.) Ya no te morirás de melancolía. (Lía se levanta.) (A Fabián.) ¡Cobra nuevos ánimos! ¡Hasta su mirada es más brillante! Gracias á usted que supo descubrir su mal, ahora tiene esperanzas... y la esperanza... es la vida.

(Lía besa las manos á Fabian, y vase con Paulina, á quien ayudará también el negro que sale en este punto y vase con ellas.)

ESCENA VI.

FABIAN, solo.

FAB. ¡Nada me importa la diferencia de raza! ¿No se muere de amor por ese hombre? ¡Lía es digna de que él la ame!... ¡Sí, eso dijo, eso me dijo á mí... que muero por ella!... ¡Oh, gracias, madre del alma, gracias! Te invoqué; has rogado por tu hijo y Dios le envía un rayo de consuelo.

ESCENA VII.

FABIÁN.—CRISTIÁN.—EL CONDE. Suena un tiro dentro y luego la voz de el Conde.

CONDE. ¡A mí! Socorro!

CRIST. (Sale por la puertecita. Se asoma al foro y señalando la izquierda, corre.) Amo... un cazador... una serpiente. (Descuelga el hacha.)

FAB. (Quitándole el hacha.) Dame el hacha, Cristián. Te faltarían las fuerzas. (Se lanza fuera.)

CRIST. (Desde la puerta.) ¡Qué vale mi vida!... Yo no

sirve para nada, mientras su merced hace mucha falta... (Se dispone á salir y se detiene.) ¡Fabián llegó á tiempo! (Entra Fabián conduciendo del brazo al Conde.)

FAB. ¡Apóyese usted sin reparo!

CONDE. ¡Gracias, Doctor, no soy ninguna damisela! (Cristián toma el sombrero y la escopeta del Conde que coloca en un rincón.)

FAB. (Entregando el hacha á Cristián que la pone en su sitio.) ¡Toma y trae agua! (Cristán entra por la puertecita y Fabián ofrece un asiento al Conde.)

CONDE. (Reponiéndose.) Muchas veces he visto de cerca á la muerte; pero nunca había tratado con tanta intimidad á las serpientes. ¡Y esta era un buen ejemplar! ¡Qué pedazo de culebra! Es un producto natural de la isla, que les honra á ustedes poco! (Vuelve Cristián trayendo agua en la corteza de un coco que entrega á Fabián y éste al Conde.)

CONDE. (Después de beber.) ¡Gracias! (Devuelve el coco á Cristián.)

FAB (Reparando en la mano izquierda del Conde.) ¿Está usted herido?

CONDE. (Extrañándolo.) ¿Sí? Oh, no es nada, algún chispazo de la piedra de mi escopeta.

FAB. (Sacando del arca una venda, trapos y algún medicamento.) En este país son peligrosas las heridas, sobre todo para los europeos, y por leves que parezcan, deben cuidarse. (Vuelve Fabián con trapos, etc., etc., y le hace la cura al Conde, sentándose á su lado) ¿Qué le trajo á usted por sitio tan extraviado?

CONDE. (Apoyándose en otro asiento y quedando medio echado.) El deseo de recostarme á la sombra para esperar á mi hermana que iba escoltada por el señor de Barbantano. Deben haberse vuelto á San Luis por otro camino. En fin, el caso es que yo dormitaba dulcemente, soñando que estábamos de caza en mi país: oigo el crujir de una mata, y medio adormilado, creo que pasa un conejo, hago fuego á tenazón, cuando en vez del desdichado cuadrúpedo se alza la cenicienta cabeza de una serpiente enorme, á

la que sin duda había molestado mi saludo intempestivo. Se aproxima silbando la condenada; no me quedaba otra arma que el abanico, y ¡canastos! me decidí por pedir auxilio. Mi buena estrella le trajo á usted con su hacha, y vive Dios, que es usted un gran cirujano, amigo Fabián. Ha hecho usted la amputación más notable de su carrera. ¡Chás! Dividida en dos partes la columna vertebral.

FAB. Señor Conde, si necesita usted descansar, mi humilde morada está á su disposición; si desea usted volverse á San Luis le proporcionaré un guía. (Se levanta.)

CONDE. (Levantándose.) Gracias por la hospitalidad que me ofrece; aceptaré el guia, no haga el diablo que me pierda, y se alborote mi hermana temiendo alguna desgracia.

FAB. (A Cristián.) Acompaña á este caballero por la senda de Santa María.

CONDE. Doctor, es usted el angel custodio de toda nuestra familia... Sin la intervención de usted volverían á llorar los hermosos ojos de mi prima, teniendo además que vestir nuevo luto en lugar de ceñirse la corona de desposada.

FAB. (Que estará colocando algun trapo sobrante sobre el arca y volviendose.) ¡Corona de desposada! ¿Quien?

CONDE. Mi prima Paulina.

FAB. ¿Se casa?

CONDE. Sí.

FAB. ¡Imposible! (Con viveza.)

CONDE. ¿Por qué?

FAB. (Turbado.) Porque no conozco en la Isla de Borbón, persona digna de poseer ese tesoro.

CONDE. Dice usted bien; pero yo no soy de la Isla de Borbón.

FAB. ¡Luego usted!...

CONDE. Sí, señor; estoy enamorado de mi prima; y formalmente. ¿Se asombra usté? Tampoco en Francia me creerían capáz de ello; pero es verdad: amo á Paulina y será mi esposa. Así lo acordó su madre para cuando volviese del viaje. Pasado el

luto, ya es ocasión de ir disponiendo nuestra boda, á la cual no se opuso.

FAB. ¡No se opuso! (Como despidiéndose.)

CONDE. Amigo Fabián: sé que la aristocracia de la Isla, me censurará muchísimo; pero quiero que usted, la persona á quien tanto debemos, asista á nuestro casamiento. ¡Adios, pues, y hasta la vista! (A Cristian que le entrega la escopeta y el sombrero.) Anda tu delante, y que Dios nos libre de las serpientes y de los rayos del sol. (Vanse.)

ESCENA VIII.

FABIAN, solo.

FAB. (Estallando de celos y de ira.) ¡No se opuso! ¡Ella le ama! ¡Ese hombre será su marido, y yo le acabo de salvar la existencia! ¡Oh, y le he dejado salir vivo de aquí! (Coje la escopeta, se dispone á salir y se detiene.) ¡Matarlo... Un asesinato!... ¿Y qué conseguiría? A falta del Conde habrá otros veinte que la pretendan y... se casará. Oh, no, no es él quien debe morir... es... ¡Ah!... ¡Me ahogo! (Cae sobre el camastro, lleva su mano al pecho y tropieza con la cruz.) ¡Otra vez me asaltó terrible pensamiento, y la cruz, sin que yo intentase cojerla, toca en mi mano! ¡Madre! ¿Eres tú quien me hablas? ¿Qué me ordenas?... Sí... te comprendo; no quieres verme criminal... prefieres que sea desgraciado, que continúe soportando mi desdicha... (Suenan á lo lejos las tres.) ¡Las tres! ¡Ella me aguarda! ¡Ella, la prometida del Conde! (Levantándose furioso.) ¡Pues bien, no moriré solo!... ¡Muertos uno y otro, no se interpondrá el recuerdo de mi madre, ni temeré á Dios... ¡Sí, nada me detiene! Prefiero el infierno con ella, á verla esposa de otro. (Coje el sombrero y sale desesperado.)

CAE EL TELÓN.

ACTO TERCERO

La escena representa una rada que principia en el primer término derecha con acantilados enormes: va dando vuelta por todo el escenario y concluye en tercer término del mismo modo. En línea oblicua al proscenio, y haciendo posible el paso de un estremo de la tierra á otro, habrá varios peñascos que detienen las aguas del mar, cuyas olas tranquilas al comenzar el acto chocan en ellos y en los acantilados, que determinan la ensenada. El acantilado de la derecha tendrá una escalera toscamente tallada en la piedra, y el de la izquierda otra escalera que con dificultad conduce á una senda que bordea el acantilado. Tras de las peñas que forman la línea oblicua, hay una playa, que se inunda á su tiempo. De dichas peñas habrá dos más grandes que las restantes: una podrá servir de asiento por el lado del público: la otra figura una gruta. El mar que al principio ocupa el espacio que hay entre el primer término derecha y el tercero izquierda, va subiendo despacio hasta que después de cubrir todos los peñascos, abarca toda la escena y rompe hasta en el fondo. El horizonte que estaba brillante de luz se nubla, y las nubes corren con el viento cuando empieza la tormenta y el mar se embravece.

ESCENA PRIMERA

DOMINGO y JUAN.

(JUAN aparece sentado en la roca del centro. DOMINGO viene del fondo, con los avíos de pescar al hombro.

DOM. ¡Juan! ¿Qué haces ahí?

JUAN. Descansar. Vine á buscarte costeando y estoy

rendido con la caminata. Esta bahía es preciosa y la playa parece buena para bañarse.

DOM. ¡Sí, para bañarse el diablo! La orilla tiene muchos peñascos con más puntas que un erizo, donde se estrellaría el mejor nadador. Toma tus avíos y anda, que la marea está subiendo y no es prudente detenerse por estos bajos. (Vanse por el sendero que bordea los acantilados y desaparecen a lo lejos.)

ESCENA II.

FABIÁN y PAULINA.

(Aparecen en lo alto de la roca del lado derecho.)

PAUL. (Con sombrilla.) ¿Por qué hemos tomado este camino?

FAB. Es un atajo, y por él llegaremos antes á la hacienda.

PAUL. Me parece bien. (Recorriendo la escena con la vista.) Nunca anduve por este lado de la Isla. ¿Dónde estamos?

FAB. En una ensenada, que casi nadie frecuenta. La gente llama á este sitio La Gruta del Mulato, nombre que se relaciona con una leyenda muy popular.

PAUL. Una leyenda... ya me la contará usted... continuemos marchando. (Fabian baja, ella le sigue y se apoya en él.)

FAB. (Abajo en la playa.) El sol calienta demasiado; está usted muy cansada de tanto andar, y le será conveniente el reposo.

PAUL. ¿Llegaremos á mi hacienda primero que Roger? Deseo ver á Lia, antes que él vaya, para contarle el feliz resultado de mi empresa.

FAB. Roger dijo que iría por mar, y aun cuando bogase con mucho brío, le llevamos bastante delantera. Tiene usted lugar sobrado para tomar aliento.

PAUL. (Sentándose en el banco de la roca que está en el centro.) Obedezco al Doctor, porque, después de todo, me hace falta la medicina. (Contemplando el sitio.) ¡Qué sitio tan agreste! ¡Parece desierto!

FAB. (De pie, cerca de ella, y á la derecha.) Usted me dijo que la llevase por los caminos más solitarios... (Con alguna amarga reticencia.) La señorita no quería que la viesen acompañada de Fabián, y mucho menos cuando en algunos momentos tuvo la bondad de honrarle, apoyándose en este brazo... ¡Oh, nada tiene usted que temer: he sabido encontrar camino á su gusto!...

PAUL. (Después de un instante de silencio, y como buscando otro giro á la conversación.) Me parece que usted recogió mi abanico...

FAB. (Sacándolo del pecho, se lo entrega con respeto.) Sí, señora. Tómelo usted.

PAUL. (Tomándolo.) También usted, Fabián, necesitará descanso...

FAB. (Alejándose, como por respeto.) No: estoy bien.

PAUL. Tenía usted razón, aconsejándome el reposo... el aire es fresco y reanima... siéntese usted aquí, Fabián. (Le indica el sitio.)

FAB. (Aparte.) ¡A su lado! (Da un paso y se detiene.)

PAUL. Por fin sabrá Lía que ningún obstáculo la separa de Roger. También podré decirla: «Dentro de un mes saldrás de la Colonia con tu esposo... (Suspira.) Iréis á vivir en otro país, donde las preocupaciones de las gentes no condenarán vuestra unión, y tú serás dichosa.»

FAB. Será dichosa porque Roger la ama. Sin el amor de éste ¿de qué habrían servido mi ciencia y su generosidad de usted?

PAUL. ¡Oh! Roger tiene un corazón hermoso.

FAB. No bastaría, si no amase.

PAUL. Tampoco nació bajo este cielo, que á ser criollo, las circunstancias le obligarían á esconder su amor en lo más recóndito del pecho.

FAB. De modo que siendo criollo Roger, aunque Lía muriese de pena, no se hubiera atrevido ni á derramar una lágrima por la memoria de aquella infeliz, ¿verdad?

PAUL. (Se levanta con calma y se dirige hacia la izquierda.) Creo que debemos continuar hacia casa... Quizás me aguarden en ella Aurelia y su hermano...

FAB. ¡El Conde!

PAUL. (Volviéndose y con frialdad.) ¡El mismo!

FAB. (Conteniéndose.) El Conde ama á usted, señorita.

PAUL. (Turbada.) Eso dice...

FAB. ¿Será usted su esposa?

PAUL. Así lo deseaba mi madre... (Fabián pierde el equilibrio; se apoya en una roca. Paulina da algunos pasos y luego se vuelve.) Fabián... le estoy esperando... ¿qué le detiene á usted? (Fabian se pasa la mano por la frente y después mira con atención dos cruces que habrá grabadas en una de las piedras de la gruta.) ¿Qué mira usted con tanta fijeza?

FAB. (Con calma.) Esas dos cruces esculpidas en la roca, me recuerdan la leyenda de que antes hablé á usted.

PAUL. ¿Si?

FAB. ¿Quiere usted que se la refiera?

PAUL. Temo...

FAB. (Casi sin poderse contener.) ¡Teme usted que el señor Conde se impaciente!

PAUL. (Después de un momento de silencio, y acercándose más á Fabián.) Dijo usted que llevábamos mucho camino de ventaja á Roger... (Yendo á sentarse donde antes estuvo.) Bueno, pues refiérame usted esa historia, que ya le escucho.

FAB. (Después de mirar al mar, que continúa subiendo, vuelve al lado de Paulina. Vivía y penaba en San Luis un desgraciado mulato, que en pago de no sé cual servicio hecho á sus dueños, obtuvo la libertad; pero este generoso dón, que debiera haberle colmado de alegría, contribuyó á su mayor desgracia, pues tenía que abandonar la casa de sus amos, y como en ella habitaba un angel que Dios le había enviado para su consuelo, el pobre mulato se alejó de aquella morada más triste con la libertad, que lo fué en la esclavitud; porque aquel infeliz estaba loco... ¡Loco de amor!

PAUL. Se va haciendo tarde...

FAB. (Sin escucharla.) Dispuesto y resuelto tenía que ocultar siempre su abrasadora pasión... cuando la noble señorita le fué á ver, y algunas caritativas frases que ella le dijo, concluyeron por ofuscar

su razón... y llegó á creerse correspondido. (Movimiento de zozobra de Paulina.) ¡Ya he dicho á usted que aquel hombre estaba loco!... Supuso que la joven había adivinado sus pensamientos, y que al considerar imposible la unión con el mulato, por respetos al orgullo de su raza blanca, formó el propósito de permanecer soltera .. ¡El insensato daba gracias á Dios, olvidando los tormentos pasados!... Soñaba y despertó al oir... ¿Se casa?... ¿Casarse ella? Imposible. ¡Le había engañado!... ¡Su amor era objeto de mofa y escarnio!... ¡Pobre loco!... Entonces, él, que hubiese sacrificado por aquella mujer hasta la vida y la salvación... juró... unirse á la prenda adorada de su alma con el lazo solemne... terrible... de la muerte!

PAUL. (De pie y viendo el agua que sube.) ¡Fabián! ¡Fabián! ¡El agua cubre las peñas! ¡Vámonos, Fabián!

FAB. (Deteniéndola.) ¡Irnos! (Después de sonreir amargamente.) ¡Oh, el mulato vino con la joven á este sitio, y aquí, en el mismo punto que nosotros nos hallamos, estuvieron ellos. Subía la marea, no quedaba más que un camino libre... y el mar avanzaba... (Cogiendo á Paulina de las manos.) Ella pedía al mulato que huyesen para salvarse; pero él sin piedad á temor, ruegos y lágrimas, la sujetaba fuertemente con sus manos de hierro... Por fin, él exclamó: ¡te amo!... La mar seguía subiendo y había cubierto el camino... la muerte era irremediable... y la muerte arredraba menos á la joven que el amor del mulato...

PAUL. (Con terror.) ¡Fabián, por favor, sálveme usted!

FAB. (Estallando.) ¡Salvarte! ¿No has comprendido... que yo te adoro? (Relámpago y trueno lejano; las nubes del fondo que están iluminadas por el sol poniente reflejan mayor luz y quedan oscurecidas.)

PAUL. ¡Usted!

FAB. ¡Oh, no me equivoqué: te arredra más mi amor que la muerte!

PAUL. ¡No, usted me engaña! ¡Usted no tendrá valor para matarme!

FAB. (Mostrándole el mar, que ese agita y continúa invadiendo la roca.) Mira, Paulina, primero que logremos llegar nadando á la roca por donde bajamos, nos estrellarán las olas contra la costa... ¡Oh! tuve miedo de ser débil y he aguardado á que se cierren todas las salidas, para que no me dominasen ni el arrepentimiento, ni la piedad. ¡La muerte nos espera sin remisión! ¿Cómo? ¿No tiemblas? ¿No maldices á tu matador?

PAUL. (Con solemnidad.) Fabián, júreme usted solemnemente, júreme usted por la sagrada memoria de su madre que nuestra salvación es imposible. (Brilla el segundo relámpago y trueno lejano.)

FAB. (Indicándola el agua.) ¡Lo juro! Ya toca el agua nuestros piés, y dentro de poco ahogará nuestros gritos.

PAUL. (Hincándose de rodillas sobre el banco.) Entonces voy á implorar el perdón de mi madre y á rezar por usted.

FAB. ¡Por mí!

PAUL. Mi muerte se acerca y puedo decir sin vergüenza ni remordimientos... ¡Te comprendo y te perdono, Fabián, por que yo también te amo!

FAB. ¡Me amas! ¡Ah, Señor, Señor, no consientas que muera, mátame á mí, pero salva la vida de Paulina! (Aumenta la agitación del mar, brilla un relámpago y suena un trueno muy fuerte. Coje en brazos á Paulina, que ha perdido el conocimiento, gana una roca que habrá aún descubierta en parte, pero al fin la invaden las olas, y después de quitarse la prenda que lleva en el cuerpo, se lanza á ellas y figura que nada con un brazo mientras con el otro llevará cogida á Paulina. Se le ve luchar con las olas. La música de la orquesta, que empezó á preludiar una melodía, muy piano, en cuanto se inicia la tempestad, toca fuerte desde que terminan de hablar los actores hasta que acaba de bajar el telón.

CAE EL TELÓN.

ACTO CUARTO

Habitación en casa de Paulina: puerta al fondo que da á un jardín; otras laterales. Velador á la izquierda con recado de escribir: á su lado un sillón; otro á la derecha; las sillas y demas muebles propios de la época y del país.

ESCENA PRIMERA

LIA y ROGER

(Aparece LIA sentada á la derecha y ROGER en pie á su lado.)

LIA. (Estrechando las manos á Rojer.) ¡Qué bueno eres, y cuánto te debo! (Levantándose.) ¡Cuando hace un mes aguardaba yo ansiosa la vuelta de mi señora, cómo había de imaginar que la pobrecita hubiera perecido ahogada entre las olas aquella tarde, si tú al oir gritos de angustía no acudes y logras salvarla de la muerte! Grande fué mi asombro viendo llegar en tu barca á mi ama; pero mi alegría fué inmensa al enterarme de lo ocurrido, y de que también accedías á llamarme tu esposa. ¡Mucho, mucho, te debemos yo y mi ama.

ROG. ¿Cómo se encuentra hoy?

LIA. Sigue melancólica y silenciosa. La población entera acudió á felicitarla por haber salido con bien de aquel peligro; mas ni entonces ni ahora quiere recibir á nadie: ni á su prima la Condesa

Aurelia. Solo entra en esta casa el Abate Landry, que viene todos los dias. Ayer, sin embargo, mandó llamar al Notario Morand, que vino: hoy ha vuelto, y hace una hora larga que está hablando con ella.

ROG. ¿Y Fabián?

LIA. Tampoco viene.

ROG. Pues ayer le escribió tu ama.
En su cabaña me encontraba cuando le llevaron la carta. Al despedirnos puso un jesto tan sombrío y me estrechó la mano de un modo que parecía como si quisiera darme un adios eterno. Esto me inquieta, y voy á verle. (Vase hacia el foro.)

LIA. Sí; vela por él; yo le quiero mucho: es bueno y le debo mi dicha, que eres tú.

ROG. ¡Hasta luego, Lía! (Se abrazan y vanse por el foro.)

ESCENA II.

PAULINA y NOTARIO.—Entran, izquierda.

PAUL. (Con un papel en la mano.) La tasación que ha hecho usted de mis bienes, es justa y razonable. Vea usted si Barbantano se conforma con el precio y firma la escritura. Si pone algún obstáculo, rebaje usted cuanto quiera; lo importante es terminar el asunto hoy mismo.

NOT. No se quejará usted de mí, que desde ayer acá he cumplido todos sus encargos con la reserva que me indicó. No obstante, permítame usted que, como antiguo amigo de la casa, me atreva á decirle que esta resolución de vender su patrimonio, parece hija de un arrebato.

PAUL. No, señor; está meditada. Soy huérfana mayor de edad, y dispongo de mis bienes con perfecto conocimiento. (Llamando con una campanilla que habrá sobre el velador. Entra un negro. Al negro.) ¡Dile á Lía que venga! (Vase el negro.)

NOT. Está usted inquieta... Si le ocurre algo grave,

¿por qué no me demuestra usted la confianza de otras veces? ¿Acaso no la merezco ya?

PAUL. Usted es digno de ella, como siempre; mas le suplico que me perdone si en este momento la pongo toda en Dios... ¿Vendrá usted á la noche?

NOT. Vendré. Voy á llevar la escritura á Barbantano; pero crea usted que siento ver en manos extrañas un caudal adquirido por su padre de usted, en fuerza de honradez y de trabajo. (Vase y al mismo tiempo aparece Lía en la puerta; Paulina, que se había quedado en el proscenio, se sienta al lado del velador.)

ESCENA III.

PAULINA, LÍA.

Entra LÍA y viendo á su ama pensativa se acerca á ella y se arrodilla á sus pies, cogiéndole una mano, que besa.

PAUL. Vas á llevar esta carta al abate Landry, (Se la da.) que se vendrá contigo y lo conduces al oratorio, á donde iré yo en cuanto me avises que está allí. (Lía baja la cabeza.) ¿Qué te pasa? ¿Lloras?

LÍA. ¡Lloro de alegría!

PAUL. ¡Oh! ¡Cuánto celebro verte así!

LÍA. ¡Estoy loca de contento; pero no me atrevo á demostrar mi dicha en tu presencia!

PAUL. ¿Por qué?

LÍA. Porque mientras yo gozo, tú padeces y callas tus penas; lloras y ocultas tus lágrimas. Desde que Roger te sacó del agua aquella tarde y te trajo aquí .. parece que el mal salió de mi alma para ocupar la tuya... ¡Oh! ama mia, querida... ¿Sufres quizás los secretos tormentos que mataban á tu hermana? (En este momento llaman á la puerta de la derecha.)

PAUL. (Aparte y turbada.) ¡Es él!

LÍA. ¿Llaman?

PAUL. (Con viveza.) ¡Déjame sola y corre á casa del abate Landry... díle que venga enseguida!

LIA. Voy... (A parte y asombrada.) ¿Quién estará ahí?... ¿Qué le sucede á mi ama? (Vase por la izquierda.)

ESCENA IV.

PAULINA; luego FABIÁN.

PAUL. (Turbada.) ¡Allí está! (Señalando la puerta de la derecha.) ¡Yo le he llamado! ¡Madre adorada, sé indulgente como Dios, y perdona á tu hija! (Va á la puerta dudando y vacilando; la abre: se aparta y se sienta á la izquierda.)

FAB. (Con respeto y avanzando silenciosamente.) Señorita, desde que el Señor fué piadoso conmigo, permitiendo la milagrosa salvación de usted... vivo encerrado en mi cabaña guardando con avaricia en mi pecho un tesoro... tesoro misterioso... que el mundo ignora... porque el viento y la tempestad se encargaron de ocultar el secreto... Usted me hizo felíz, y sin quejarme de que haya olvidado aquel instante, yo la bendecía con toda mi alma... Mas la criolla está indignada con su debilidad de mujer... teme que el azar... una imprudencia... la coloquen frente á Fabián, obligándola á sonrojarse, y le llama hoy, quizás para suplicarle que se aleje y emigre de la Isla... creo que ni aún expatriándome conseguirá la criolla el sosiego que busca y si acudo á su casa es para decirla: «Nada tema usted... del pobre mulato... que si no puede olvidar, sabrá morir.»

PAUL. (Con ternura.) ¡Oh! ¡no! He mandado vender todos mis bienes: esta noche ya no poseo nada aquí; y mañana abandonaré la colonia.

FAB. (Asombrado.) ¿Se marcha usted? ¡Oh, imposible! No he de consentirlo. La patria es también una madre cariñosa para usted: la única que le queda, y no debe abandonarla. En cambio, para mí es madrastra, que me desprecia y escarnece. Si usted lo manda, viviré; y lejos de aquí, llevando en mi corazón, como depósito sagrado, el inefable consuelo que un día depositó en él Paulina.

Donde quiera que la suerte me envíe, habrá desgraciados á quienes socorrer; y á cuantos logre arrancar de la muerte, les diré: «¡Rogad por ella... ella os ha salvado!»

PAUL. (Levantándose.) Usted no partirá solo, Fabián.

FAB. ¿Cómo no?

PAUL. Al encontrarme en casa, arrodillada á los piés del retrato de mi madre, que parecía resucitar, amenazadora y terrible, tuve vergüenza: sentí no haber muerto aquella tarde... y pensé en el sutil veneno que suelen usar los negros...

FAB. ¡Oh!

PAUL. Fabián, no tema usted. El deseo de enterarse de mi salud, trajo al abate Landry; me atreví á confesárselo todo, y escuché de sus labios palabras de piadoso consuelo. El abate viene desde entonces, diariamente, para fortificar mi fe: lo ha conseguido, y hoy me encuentro completamente dispuesta á demostrarlo. Por eso he llamado á usted. Yo dije á Fabián: «¡te amo!» y desde aquel punto era suya. ¡Muerta hubiera sido su esposa, ante Dios... Viva, debo ser su mujer ante los hombres!

FAB. (Sorprendido.) ¡Mi esposa! ¡La Condesa de la Renier esposa de Fabián!

PAUL. Sí, de Fabián, á quien dijo te amo.

FAB. ¡No... no puede ser! ¡Yo su marido! ¿Cómo he de aceptar ese sacrificio, si aún ve usted levantarse airada la sombra de su madre, fulminando anatemas espantosos?

PAUL. ¡Madre mia!

FAB. Las paredes que nos oyen contemplaron en usted á la niña candorosa y luego á la mujer de altiva y noble estirpe; en mi á Fabián, el miserable esclavo. Nada importa, que bajo mi pecho lata un corazon digno de usted. Este pecho es de otra raza: la mano que la ciencia y la práctica hizo hábil, esta mano que cura y sana... mírela usted; esta mano, es la mano de un mulato. (Lia aparece por la derecha, á su vista procura Paulina contener la turbacion.)

LIA. El abate Landry espera.

PAUL. Está bien. (Indica á Lia que se vaya.)

FAB. ¿El abate? (Asombrado.)

PAUL. Ese santo varón está en mi oratorio, rogando por nosotros. Ahora nos bendecirá y seré tu esposa... Fabián, cuanto amaba en el mundo ya no vive; el único ser querido que existe hoy para mí eres tú, y tuya seré, con todo mi corazón.

FAB. Dios mio, desde que nací vivo padeciendo; pero todos los tormentos imaginables no bastan á pagar la dicha que me envias. Tú, sin duda, permites que la acepte cuando me dejas sin ánimos para rechazarla...

PAUL. Ven Fabián; el sacerdote nos aguarda.

FAB. (Cayendo de rodillas.) ¡Eres un ángel! ¿Crees que mi amor puede elevarme hasta tí? ¡Oh! Paulina, dueño mio; yo te juro que este amor ha de ser un culto, una idolatría. ¡El infeliz mulato siempre te querrá... pero adorándote como el marino adora á la Vírgen... como el huérfano el recuerdo de sus padres! (Paulina levanta á Fabian, cuyas manos estrecha bondadosa; le indica la puerta de la derecha y cogidos de las manos, salen por ella, dando Fabian muestras de respetuoso cariño.)

ESCENA V.

EL CONDE, un criado; después BARBANTANO.

CONDE. (Hablando muy alto al criado en el foro.) Las puertas de esta casa no han de estar cerradas más tiempo para mí. Si la Marquesa no puede recibirme ahora, aguardaré; pero díle á mi prima que vengo resuelto á no salir de aquí sin verla. (Se oye hablar también alto y dentro á Barbantano.) Ves, ya debe recibir visitas, cuando suena por ahí el señor de Barbantano, que seguramente no habrá entrado por el ojo de la llave.

BARB. (Entrando por la izquierda.) Claro que no: yo entro en todas partes por la puerta principal.

CONDE (Riéndose.) Justo, por la puerta más grande.

CRIADO. Perdonen los señores, si he tratado de cumplir órdenes terminantes de la señorita.

CONDE. ¿Querrá V. creer que llevo un mes de no ver á mi prima? Hoy no le vale ocultarse; salgo esta noche para Francia en un buque de guerra, que acaba de llegar, y vengo á despedirme de mi hermosa invisible.

BARB. (Que no hace gran caso de lo que dice el Conde, examina con mirada escudriñadora cuanto le rodea y dice al criado.) Por mí no molestes á la señora... que yo me entretendré en continuar mi examen hasta que se presente. (Vase el criado Aparte.) ¡He visitado las dependencias de esta hacienda y el negocio es magnífico! (Al Conde.) ¿Con que se marcha V.?

CONDE. Sí, ya hace ocho días que recibí noticia oficial de mi indulto; parece que el esposo de marras, convencido por su mujer de que vió visiones, me perdonó, y espera á que yo vaya para darme cumplida satisfacción de los agravios que me hizo y destierro que padezco.

BARB. Eso se llama tener suerte. ¿Estará V. entusiasmado con dejar la colonia?

CONDE. No tanto como debía, pues me separo de Paulina á quien amo... con todas la fuerzas que pueden dejar á un individuo el insoportable calor de este país. Pronto tendrán ustedes otro Gobernador, pues con mi indulto vino también la orden relevando á mi cuñado; y yéndose Aurelia, queda sola Paulina, lo cual siento mucho.

BARB. Quién sabe lo que hará Paulina; me parece que no piensa dejar los huesos aquí.

CONDE. ¿Qué dice usted?

BARB. Nada... no he dicho nada. (Queriendo recojer velas.)

CONDE. ¿Sabría Paulina mi marcha?

BARB. ¡Es posible!

CONDE. Ah, entonces ya comprendo su aislamiento; trata de ocultar el dolor que le causa mi ausencia y por eso se esconde.

BARB. (A media voz.) Podría sacar á usted de dudas, pero me recomendaron el secreto hasta la noche, y...

CONDE. ¿El secreto? ¡Hombre, dígame usted lo que sepa!

BARB. ¡Lo sé todo!...

CONDE. ¿Sí? ¡Pues hable usted! (Con viveza.)

BARB. No: he prometido ser mudo al notario...

CONDE. ¿Al notario? ..

BARB. Claro, al notario, ante quien he de firmar la escritura de venta... y entonces podré decir lo que sé.

CONDE. Ya estoy al cabo; Paulina lo vende todo, porque no puede soportar la marcha de sus parientes y va á establecerse en Francia. ¿Verdad que acerté, mi querido Barbantano?

BARB. (Muy hueco de que le trate así el Conde.) ¡Amigo Conde; veo que tiene usted mucha penetración!

CONDE. (Alegre.)Soy el más dichoso de los hombres.

BARB. (Idem.) Y yo el más afortunado de los colonos.

CONDE. (Idem.) ¡Paulina me ama!

BARB. ¡Seré riquísimo!

CONDE. Tiene mi prima muchos encantos.

BARB. 1.297 negros y negras, sin contar las fracciones. (Señala la altura de niños pequeños, é indica con algún disimulo que hay negras embarazadas.)

CONDE. ¡Parece un sueño!

BARB. ¡Es un negocio redondo!

CONDE. ¡Corro en busca de mi hermana á decirle que Paulina se embarca con nosotros! (Va á salir y aparece Lia por el foro.)

ESCENA VI.

DICHOS —LIA, después AURELIA.

LIA. La señorita Aurelia.

CONDE. (A su hermana que entra.) ¡Bravo, así no tengo que buscarte!

AUR. (Entra muy contenta con un papel en la mano.) ¡Paulina! ¿Dónde está Paulina?

LIA. En el oratorio con el Abate Landry.

AUR. ¡Mejor! Así tendremos lugar para ponernos de acuerdo. ¡Pobre Paulina! ¡Cómo gozo pensando la alegría que va á recibir!

CONDE. ¿Qué pasa?

AUR. ¡Un suceso increible! Casi inverosímil, y á no haber leido y releido esta carta, creería que soñaba.

CONDE. ¿De dónde es la carta?

AUR. De Francia. Aunque dirigida á Paulina, venía abierta, y para mayor seguridad dentro de unos despachos oficiales que acaba de entregar á mi marido el capitán del barco de guerra.

BARB. ¿Del que llegó hará dos horas?

CONDE. ¡Sí, no hay otro de guerra en el puerto! (A su hermana.) Bueno, y ¿quién escribe á mi prima?

AUR. Su madre.

TODOS. ¡La Marquesa de la Reiner!

BARB. ¿La escribiría antes de morir?

AUR. Mi tía vive.

CONDE. ¿Qué dices?

LIA. ¡Dios mío! (Con alegría.)

BARB. ¡No puede ser! (Mal humorado.)

AUR. La fragata se fué á pique en efecto, pero se salvaron en dos botes mi tía y varias personas. Las tomó á bordo un buque inglés y tuvieron que navegar en este barco por la América del Sur, que era su derrotero, hasta que al fin los dejó en Francia, hace cuatro meses.

BARB. ¡Pobre señora! (Aparte.) ¡Adiós mi compra!

AUR. Mi tía dice que el rey la hizo justicia completa, y que para mayor orgullo de nuestra familia no le permite volver y la ha nombrado dama de la reina. Envía á mi esposo un documento, por el cual autoriza á Paulina para vender cuanto poseen, y encargo de que se vaya á Francia con nosotros.

BARB. (Aparte.) Por fin, haré mi negocio. (Alto.) ¡Qué felicidad tan inesperada!

AUR. La alegría de mi prima será inmensa: debemos darle la noticia con precaución, y espero que ustedes me ayuden á prepararla.

BARB. ¡Sí, que las resurrecciones, no son cosa frecuente!

LIA. ¡Qué dicha para mi ama! (Mirando á la puerta.) ¡Me parece que viene!

AUR. ¡Y no hemos pensado nada!

BARB. Creo que tengo una idea. (Con misterio.)

AUR. ¡Dígala usted!

CONDE. ¡Cuidado que no se le escape! (Se retiran hablando bajo, hacia el foro izquierda.)

ESCENA VII.

DICHOS y PAULINA.

PAUL. (Abre por completo la puerta de la derecha y entra andando hacia el proscenio sin reparar en los otros.) ¡Casada! ¡Ya estoy casada con Fabián! Pobrecillo; cuánta felicidad revelaba su rostro al recibir del Abate copia de la partida de casamiento, que acredita para siempre nuestra unión!

CONDE. (En el fondo á Barbantano.) ¡La idea de usted no tiene sentido común!

BARB. Eso mismo creo yo...

PAUL. (Volviéndose.) ¿Cómo? ¿Estaban ustedes ahí?

CONDE. Perdona primita, que sin respetar tus órdenes, hayamos entrado hasta aquí; pero cuando viene uno á comunicar la dicha...

LIA. ¡Sí, ama mía!

PAUL. (Mirándole.) No os comprendo.

AUR. Querida Paulina, tú eres buena hija, y has soportado durante diez y ocho meses con resignacion cristiana la pérdida de tu madre.

BARB. (Bajo.) ¡No se precipite usted!

CONDE. (A Aurelia) ¿A qué traer ese recuerdo á la memoria de Paulina?

PAUL. Oh, ese recuerdo no se aparta de mi memoria, ni se apartará jamás. Habladme, Aurelia, de mi madre cuanto quieras, que yo la recuerdo despierta y sueño con ella dormida. Los seres que tanto se amaron no se olvidan nunca.

LIA. (Con intención.) ¡Los sueños suelen ser, revelaciones del cielo!

CONDE. (Bajo.) Bien dicho.

BARB. (Id. y aprobando.) También yo lo hubiera dicho así.

AUR. A veces, lo que consideramos como una desgracia real, puede ser una prueba á que Dios nos somete.. ¿No viste á tu madre, en sueños, lle-

gar á tierra extraña... y puesta de rodillas dar gracias al Señor, por no haber permitido que su hija quedara huérfana?

PAUL. (Llorando.) No: siempre la contemplé moribunda y extendiendo los brazos hacia mí!

AUR. ¿No soñaste nunca, que estaba en Francia, y que te escribia diciendo: «Me he salvado; vente conmigo.»

PAUL. ¡De haber soñado eso el despertar hubiese sido terrible!

AUR. Pero si el sueño fuese una realidad...

PAUL. ¿Qué dices?

AUR. ¡Calma, prima, calma!

PAUL. ¡Dí, Aurelia, acaba por favor! ¿Supones que mi madre!...

AUR. No lo supogo, sé que tu madre vive.

PAUL. (Cayendo de rodillas.) ¡Vive! ¡Dios bondadoso! (Llora de alegria.)

AUR. Toma, y lee su carta.

PAUL. (La examina y besa la firma.) ¡Suya es! ¡Ah, madre mía! ¡Dios no consentirá que yo muera de contento, antes de abrazarte! (Levantándose.) Lía, llama á todos los servidores, que vengan á disfrutar conmigo dicha tan inesperada; juntos daremos gracias á Dios por su infinita misericordia. (Vase Lia por el foro.)

PAUL. Tú, Aurelia y todos ustedes muéstrenme su alegría, para asegurarme de que ni sueño, ni estoy loca. (Abraza á Aurelia, da las manos á el Conde y á Barbantano llena de contento. Entra Lia y tras ella gran número de servidores y esclavos de ambos sexos.)

ESCENA VIII.

DICHOS.—CRIADOS.—NEGROS.—Después FABIÁN.

PAUL. (A todos.) Amigos míos, ya no tenemos luto en esta casa: y para solemnizar el inmenso júbilo, declaro libres á cuantos esclavos tengan hijos y vivan separados de ellos. Dios me devuelve á mi madre, y yo devuelvo sus madres á esos hijos abandonados.

TODOS. ¡Viva niña Paulina!

BARB. (Aparte.) ¡Y yo voy á perder lo menos 200 madres!

PAUL. Esta carta es de vuestra señora, que me escribe desde Francia. (Va enseñando la carta á los servidores.)

FAB. (Que entró cuando Paulina esta enseñando la carta. Aparte.) ¡Cuánta gente! ¿Qué ocurrirá?

PAUL. (Viendo a Fabian) Fabián, soy dichosa! Mi madre existe!

FAB. (Con espanto.) Existe la Marquesa! (Fabian arruga la fé de casamiento que trae en las manos. Paulina se asombra primero de los movimientos de Fabian: y después, como recordando súbitamente, retrocede aterrorizada).

PAUL. ¡Ah!

TODOS. ¡Qué le sucede!

PAUL. (Aparte y con la expresión necesaria). ¡Me había olvidado de todo! (Queda abatidísima.)

CAE EL TELÓN.

ACTO QUINTO

Sala pequeña. Palacio de la Marquesa de la Reiner, en París, ricamente amueblado. En el foro, puerta grande que da á una galería. A derecha é izquierda de esta puerta una ventana. Puertas laterales, y en el costado que más convenga, un armarito guarda joyas, elegante. En el otro costado consola y espejo. Sobre la consola una campanilla, cordón de otra en la puerta del foro. Sofá grande á la derecha. A la izquierda sillón; otros en diferentes sitios.

ESCENA PRIMERA.

MAYORDOMO.—CRIADO; luego ANDRÉS, después FABIÁN.

Entran por la izquierda el Mayordomo y el Criado.

MAY. No me gusta la gente perezosa; con que á cumplir con tu obligación, que la señora Marquesa y su hija volverán pronto de Versalles.

CRIADO. La señorita Paulina es muy simpática.

MAY. Ya lo creo. Hoy se presenta por primera vez en la corte de Luis XVI.

CRIADO. Parecerá una reina al lado de tanta señorona orgullosa...

MAY. Anda á trabajar.

CRIADO. Voy. (Se dispone á salir y encuentra á Andrés, que está en la puerta del foro.) ¿Qué se le ofrece?

AND. ¿Podré ver al Doctor?

MAY. Este es el palacio de la Marquesa de Reiner. Ha equivocado usted la puerta, amigo. (Vase el

(Criado que deja la puerta abierta y Andrés entra.)

AND. No señor, vive aquí.

MAY. ¿Quién?

AND. El Doctor: un hombre muy cariñoso... y más bueno que el pan... Vengo á darle las gracias, porque ha curado á mi madre. Mire usted, caballero, días pasados atropelló á mi pobrecita vieja el coche de un gran señor: la llevaron al Hospital; los médicos de servicio decían que no tenía remedio; la abandonaron como cosa perdida; y hubiera bajado al hoyo, si el Doctor, que no cobra sueldo ninguno en aquel establecimiento, y va sólo para estudiar, no la socorre. En mi barrio no quieren otro médico que él; acude enseguida á los enfermos, y cuanto más pobres son, más los atiende. ¡Si viera usted las bendiciones que de todos recibe ese Médico negro!

MAY. (Riéndose.) ¡Echan bendiciones á Fabián!

AND. ¡Ah! ¿Se llama Fabián?

MAY. (Con desdén.) Sí, ese es el nombre del mulato que se trajo la señorita, para enseñarlo como una curiosidad africana. (Aparece Fabián en el foro, vestido á la francesa, con espadín, y deja el sombrero en un sillón, á la derecha.)

AND. ¡No consiento que delante de mí se burle nadie del señor Fabián! ¡Porque lo mismo mato, que me dejo matar por él!

FAB. (Tendiendo la mano á Andrés.) ¡Tienes un corazón hermoso!

AND. (Yendo hacia Fabián.) ¡Ah! ¿Es usted? (Le besa la mano.)

MAY. (Con ironía y yéndose.) Verás la que le espera á Fabián cuando la policía averigüe que se mete á curandero. (Vase.)

ESCENA II.

FABIÁN.—ANDRES.

AND. (Amenazando al Mayordomo.) ¡Señor Doctor! ¿Per-

mite usted que hable así esa momia empolvada?

FAB. (Con calma.) ¿Y tu madre?

AND. Buena del todo... me manda que vea á usted... ella no se atreve... le da vergüenza...

FAB. ¿Vergüenza?

AND. Sí, señor, porque como todos vivimos de nuestro oficio... y no estudia un hombre medicina para ejercerla siempre por caridad... nos da reparo no poder pagar á usted lo que se merece... y trabajando mucho, sólo he llegado á reunir este poco dinero... (Muy avergonzado se lo ofrece.)

FAB. Yo lo acepto; pero consérvalo en depósito, para utilizarlo en vosotros, si os hace falta, ó para socorrer á otros pobres más necesitados que vosotros.

AND. Lo repartiré entre los pobres en nombre de usted.

FAB. O en nombre de tu madre.

AND. Así lo haré. Adiós, señor Fabián... no olvide usted nunca á Andrés. Dentro de unos meses vuelvo con mi madre á Bretaña, donde nacimos. Allá tengo un hermano y quiere que vayamos á vivir con él.

FAB. Dicen que la costa de Bretaña es muy bonita.

AND. Pues en aquella costa tenemos una casa humilde; pero la mejor habitación, y toda nuestra pobreza, se la ofrezco con el alma; si algún día pasase usted por allí, nos honraremos en servirle. (Estrecha y besa la mano de Fabián.) ¡Adiós, señor Fabián! (Vase.)

ESCENA III.

FABIÁN, solo.

FAB. (Se sienta á la izquierda y concluye de leer una carta que traía abierta en la mano.) «Sí, Fabián, soy dichosa al lado de Roger, de mi marido, cuya familia me acoje con tanto cariño como él. Contésteme usted pronto, para decirnos que también usted es feliz.» (Doblando el papel, que guarda, dice con ironía:) ¡Sí, Lía, sí! habito en sun-

tuosa morada. Soy un huesped extraño; un lacayo de la señora marquesa de la Reiner. ¡Qué honor tan grande! ¡Me sirve en mi cuarto otro lacayo como yo! ¿Qué más quiero? ¡Ciertamente, también yo soy muy dichoso! (Cambiando de tono y levantándose.) ¡Dios de misericordia! ¿quién me da ánimos para vivir con tanta paciencia y resignación? Seis meses llevo de este modo, y mi energía no se ha desatado aún para gritar al mundo entero. ¡Esa mujer que rodeais de atenciones y de galantes agasajos... me pertenece!... Callo y sufro... y paso la mayor parte del día entregado á mis estudios, buscando olvidar mi horrible situación. Unicamente veo á mi esposa y cambio con ella alguna palabra cuando sale en coche con su madre... si se presenta un extraño, tengo que alejarme, llevando en premio de mi resignación una sonrisa de Paulina, ó una lágrima... ¡Soy un cobarde! ¡Soy un miserable! (Se oye el ruido de un coche y corre á la ventana de la derecha, que abre.) ¡Ella es! (Con alegría.) ¡Voy á verla! ¡Voy á verla! ¡Hé aquí el secreto de mi resignación!

ESCENA IV.

FABIAN, PAULINA y EL CONDE.

(Abre un lacayo la puerta del foro de par en par, y entra El Conde, dando la mano á Paulina. Ambos vienen en traje de corte; y ninguno de los dos repara en Fabian, que está apartado.

FAB. (Aparte.) ¡Siempre este hombre con ella! (Pasa á la izquierda y permanece en el foro.)

COND. (En el proscenio.) ¿Es posible prima, que no hayamos logrado ver la sonrisa en tus labios, ni con el recibimiento cariñoso que acaban de hacerte nuestros monarcas? Pues tu madre y yo venimos entusiasmados... ¿No reparaste cómo nos miraba la reina á tí y á mí?... Sin duda comprendió algo que no sé disimular estando á tu lado y...

PAU. Mi madre dijo que te esperaba en sus habitaciones...

CONDE. Me olvido de todo cuando estoy cerca de tí. (Aparte.) Sigue fría y desdeñosa... ella que emprendrió el viaje por mí... ¡No acabo de entenderla! (Alto.) Hasta luego, querida prima... y ten presente que solo pienso en Paulina. (Intenta besarle la mano; ella lo evita; él hace un gesto de disgusto, se vuelve para salir y ve á Fabian.) ¡Ah! ya... ¡estaba usted aquí!

PAU. (Sorprendida.) ¡Fabián!

COND. ¡Nada menos que en las habitaciones de la señorita! Cómo se conoce que no está usted en la Isla de Borbón, y que vamos camino de la igualdad, según pretenden las gentes del tercer estado... (Aparte.) ¡Me preocupa este hombre! (Alto.) Supongo que vendrá usted á recibir algún recado de la señorita; otra vez pida usted permiso para entrar, amigo mío; que si en Francia no se estilan los esclavos, tenemos aún lacayos. (Vase.)

ESCENA VIII.

FABIÁN y PAULINA.

FAB. ¡Dice bien; sí, es esclavo aquí; allí lacayo!

PAUL. (A media voz y en ademán suplicante.) ¡Pero el esclavo y el lacayo es mi marido y mi amante! Para Dios que lo sabe y para mí que le adoro, es un alma grande y noble. ¡Tienes derecho para mostrarte orgulloso! ¿Pues qué, no guardas la partida de casamiento firmada por un ministro del Señor, donde se prueba que el esclavo y el lacayo es mi legítimo dueño?

FAB. Tu madre creerá que ese matrimonio, contraído secretamente, puede romperse de un abanicazo. (Bruscamente y sacando la fe del bolsillo.) ¡Pero si este papel no labra nuestra verdadera dicha, servirá para vengarme de tanta humillación!

PAUL. (Con calma.) Busca enhorabuena á mi madre, enséñale el documento y díle: múerase usted de vergüenza, señora; porque Paulina ha cambiado

su apellido por el de Fabián. ¡Hazlo; yo te perdono desde luego; pero mi madre maldeciría la memoria de su hija!

FAB. (Turbado.) ¿Qué dices?

PAUL. En aquel mueble conservo el veneno que el abate Landry apartó de mis labios. Pues bien; estoy dispuesta á no sufrir más. La diferencia de castas y las de clase tienen para mi madre más poder que la religión. Revélale nuestro matrimonio y así toda angustia terminará con mi muerte.

FAB. (Asustado.) ¡Oh, Paulina! ¡Perdóname! Sufro tanto... Soy tan desgraciado... Nada temas; continuaré soportando con resignacion la desventurada suerte, los agudos dolores que destrozan mi alma y hasta los celos que me devoran.

PAUL. (Con bondadosa reconvención.) ¡Oh, Fabián, tienes celos!...

FAB. ¡Estoy loco! ¡Nunca entró la duda en mi corazón!... ¡Si dudase de tí, ya me hubiera muerto! Te prometo tener calma y confianza; veré que asistes uno y otro día á las fiestas y saraos donde tantas seducciones te rodean... Si tu madre me dirige mayores insultos, si me ultraja... no verás desplegarse mis labios. Consiento que te acompañe el Conde, ese hombre que nunca se aparta de tí y que te ama. Hasta le veré, como hace poco, aproximar su boca á esa mano que es mía... todo... todo eso soportaré tranquilo en la apariencia... pero el veneno que encierra ese mueble me lo vas á entregar.

PAUL. (Con firmeza.) No.

FAB. ¡Dame la llave! (Va al mueble é intenta hasta romperlo.) Yo tendré el veneno, aunque necesite hacer pedazos ese mueble!

PAUL. (Corriendo á la puerta del foro, cuyo cerrojo echa.) ¡Alguien viene! ¡Calla, ó me pierdes para siempre!

MARQ. (Dentro.) ¡Soy yo, Paulina! ¡Abre!

PAUL. ¡Mi madre! ¡Te encontrará encerrado en mi habitación!

FAB. Me arrojaré por la ventana.

PAUL. ¡No! (Deteniéndole.) ¡Entra allí y sal por la puerta de escape!

FAB. (Yéndose por la puerta de la derecha.) ¡Te obedezco! (Vase.)

PAUL. (Abriendo.) ¿Eres tú, madre mia?

ESCENA VI.

PAULINA y la MARQUESA.

MARQ. (Mirando á su alrededor.) ¿Estás sola?

PAUL. (Turbada.) ¡Sí... sola!

MARQ. Tu primo me dijo que había dejado á Fabián aquí.

PAUL. Cierto... (Titubeando.) Vino á enterarme del estado de un enfermo pobre, á quien visita por encargo mío.

MARQ. (Con altivez.) Veo que hasta te turbas, procurando justificar la estancia de Fabián en tu habitación... y quiero evitar que en lo sucesivo te veas obligada á darme semejantes explicaciones. Mañana abandonará Fabián esta casa.

PAUL. ¿Le arrojas?

MARQ. Le envio á la colonia de donde no debió salir nunca. Allí encontrará su porvenir asegurado; pues trato de recompensar largamente los buenos servicios que nos prestó. Y ahora hablemos de lo que nos interesa. (Con júbilo.) Aurelia está en mi cuarto: se quedó en Palacio cuando nosotras salimos, autorizada por mí para enterar á los reyes de mis proyectos acerca de tu boda con el Conde, y viene á decirme que Sus Majestades aprueban el matrimonio y se prestan á ser vuestros padrinos.

PAUL. ¡Esos proyectos no pueden realizarse!

MARQ. (Asombrada.) ¿Cómo?

PAUL. ¡Sea cual fuere el marido que me destines, no he de casarme!

MARQ. (Con firmeza.) Hija mía, no puedo ceder á tus caprichos, ni á una loca é inexplicable resolución. Quiero morir segura de que dejo á mi hija el amparo de esposo digno de ella, y que sabrá de-

fenderla contra la varia fortuna que pueda caberse enmedio de los disturbios y trastornos populares que amenazan diariamente á la aristocracia. Ningún hombre, sino tu primo, merece mi confianza, y serás su esposa. (Viendo que Paulina permanece inmóvil, con mayor firmeza.) ¡Repito que serás su esposa! ¡Lo juro por la memoria de tu padre! (Va á la consola donde está la campanilla, y llama.)

PAUL. (Aparte.) ¡Ah, Dios mío, tú quieres que yo muera!

MARQ. (Al Mayordomo que entra.) A Fabián que venga. (El Mayordomo se dispone á salir y la Marquesa le detiene diciéndole.) Diga usted á la condesa Aurelia y á su hermano, que les aguardamos aquí, y si vienen visitas que entren en esta sala. (Vase el Mayordomo. La Marquesa se sienta y dice á su hija.) Ya sabes que desde ahora has de recibir al Conde como futuro esposo. (Paulina se arrodilla ante su madre, llora y le besa las manos.) No intentes hacerme cambiar de resolución, pues tu resistencia y tus lágrimas serán inútiles.

PAUL. (Llorando.) Madre mía, el cielo es testigo de que mi único deseo fué consagrarte mi vida entera. Solo pedía vivir en tu corazón y siempre á tu lado... pero me rechazas ..

MARQ. Te entrego en brazos de un esposo.

PAUL. (Llorando.) Antes que tu voluntad nos separe te suplico que me mires como cuando era niña y buscaba en tu regazo y en tus ojos mi dicha y mi alegría .. ¡Bendíceme, madre adorada, como entonces!

MARQ. ¡Te bendeciré cuando estés al pie del altar con tu marido!

PAUL. (Aparte y con resolución.) ¡Mañana no tendrás hija!

(Abre la puerta el mayordomo.)

MARQ. Serénate: viene gente.

ESCENA VII.

DICHOS, AURELIA, EL CONDE, nobles de ambos sexos.

MAY. (Anunciando desde la puerta del foro.) La condesa

de Mesnil, el marqués de Frenay, la duquesa de Villers! (Van entrando los personajes nombrados y algunos más, con Aurelia y el Conde. La Marquesa saluda á todos, que van tomando asiento, y Paulina también los saluda, conteniendo su emoción.)

AUR. Por fin se verán realizados nuestros proyectos. (A Paulina.) Por fin tendré el gusto de llamarte hermana. (Se acerca á las damas, que estarán sentadas á la derecha.)

PAUL. (Aparte.) ¡Dios mío, dame valor!

CONDE. ¡Soy el hombre más feliz de la tierra! Gracias tía, por la distinción que le merezco... Juro ser digno del tesoro que me confían. (Besa la mano de la marquesa y se acerca á Paulina, que permanece inmovil.) (Aparte.) ¡Ni siquiera me mira!

MAY. (Entrando.) Señora marquesa, Fabián está ahí, esperando las órdenes de V. E.

PAUL. ¡Fabián!

CONDE. (Aparte.) ¡Se altera al escuchar su nombre! (Está de pié, cerca de la marquesa y á la izquierda.)

MARQ. Que espere.

AUR. (A la Marquesa.) Diga usted á Fabián que entre. Desde que vinimos apenas le he visto, y estas señoras, á quien he hablado mucho del médico negro, desean conocerle.

MARQ. No me parece bien un hombre de su raza en nuestros salones.

AUR. (Riéndose.) Descuide usted, que nadie lo sabrá en la isla de Borbón; y tampoco está presente el señor de Barbantano. (Insiste por lo bajo.)

PAUL. (Aparte.) ¡Si le humillan en público no podrá contenerse!

CONDE. (Aparte.) Continúa sobresaltada... como antes... y como siempre que se trata de Fabián... ¡Yo sabré hasta dónde llega su interés por ese hombre! (Alto.) Tía, uno mis ruegos á los de Aurelia, y no por capricho, pues recuerdo una deuda que tengo con Fabián...

MARQ. ¿Tú?

CONDE. ¡Sí, una deuda de honor!

MARQ. Ya que mostrais tanto empeño... (Al Mayordomo.) Diga usted á Fabián que entre.

PAUL. (Aparte.) ¡Oh! (Aurelia se sienta al lado de Paulina.)

CONDE. (Riéndose.) ¡Cualquiera diría que nos van á presentar un embajador!

ESCENA VIII.

DICHOS y FABIAN.

FAB. (Entra, y al ver tanta gente, se para, titubea y avanza por fin obedeciendo á una señal de la Marquesa.) El Mayordomo dice que la señora Marquesa me ha llamado...

AUR. (A las damas por lo bajo.) ¿Qué les parece á ustedes?... Bien, ¿verdad?

MARQ. Fabián, vas á partir...

AUR. (Asombrada.) ¡Sí! ¿Dónde vá?

MARQ. A la isla de Borbón.

FAB. (Con viveza.) ¡Yo!... (Una mirada de Paulina le contiene.)

CONDE. (Por Paulina aparte.) ¡Cómo le mira!

FAB. (Con resignación.) ¿Y cuándo he de marchar, señora?

MARQ. Mañana: mi administrador tiene orden de entregarte lo necesario para que vivas en la isla con holgura. Puedes retirarte.

CONDE. Aún no, tía; y suplico á usted que detenga la partida de Fabián. (Indica á Fabián que avance hasta su lado.) Ya no estamos en Africa; soy agradecido y quiero reconocer en público lo que hizo usted por mí, repitiéndole el convite de entonces. Deseo que no se vaya usted sin asistir á mi boda con Paulina. (Mira á Fabián y Paulina con intención.) Retardaré poco su viaje, porque nos casamos dentro de tres días. (Fabián hace un movimiento. Paulina se levanta al punto, y sin dejarle de mirar se aproxima al armarito donde tiene el veneno, apoyando la mano sobre el mueble que abre. Fabián reconcentra todas sus fuerzas y se calla. Aparte y sin dejar de mirarlos.) ¡Oh, yo os obligaré á descubrir el significado de este enigma!

AUR. (Desde su asiento á la Marquesa.) Tía, usted con-

cederá permiso á Fabián... (A Fabián.) Doctor, ¿no da usted las gracias á mi hermano?

CONDE. (Con irónica sonrisa.) ¡Ah, comprendo la actitud de Fabián! .. Se declara mal profeta... Siente haberse equivocado, porque un día aseguró que era imposible todo matrimonio de Paulina.

MARQ. ¡Fabián!

CONDE. Sí, tía. Habló así temiendo perder el apoyo de Paulina, que, sin duda, consideraría manantial inagotable de fortuna y distinciones nunca merecidas por él entre gentes de nuestra raza. (Con intención y mirando á Paulina.) Supongo que no haya otro motivo... mas temo que la irreflexiva y quizás exajerada protección de Paulina, sea fatal para el doctor.

AUR. ¿Por qué?

CONDE. (Con insolencia.) Como se vuelve á la isla de Borbón, tendrá que despojarse de ese disfraz de caballero, que, si entre nosotros parece extraño, constituiría en aquel país un insulto á la raza blanca, digno de castigo... Tendrá, sobre todo, que renunciar á la espada, prenda que no servirá al pobre mulato ni para defenderse del látigo de un negrero.

PAUL. (Siempre mirando á Fabián, lanzando un grito de angustia.) ¡Ah!

CONDE. (Aparte y colérico.) ¡Ya no dudo: ella le ama!

AUR. ¿A qué viene esa crueldad con Fabián?

CONDE. (Con altanería.) La crueldad no es mía, es de la suerte que coloca á cada hombre en su puesto. Fabián está pagando muy caro las ilusiones que alguien con imprudente benevolencia hizo brotar en su cerebro... Sufre porque ni puede olvidar lo que fué ni lo que es ahora mismo... Repara si no como busca el puño de la espada, con esa mano marcada, aun por la cadena de la esclavitud, y que solo sabría esgrimir el puñal alevoso!

FAB. (Estallando de rabia.) ¡Ah! (Lleva la mano á su espada: la saca y rompe con las manos arrojando con rabia los pedazos: despues de esta accion que no pudo reprimir, pierde el equilibrio: lleva las manos

al rostro, que se inunda de lágrimas. Movimiento de ansiosa espectación por parte de todos.)

CONDE. (Viéndole llorar y con desprecio.) ¡Bah!

AUR. (Que se levantó y está colocada entre Fabián y su hermano.) ¡Pobre Fabián! ¡El desdichado llora!

PAUL. (Levantándose, arroja con fuerza su abanico al suelo.) ¡Oh! soy infame y cobarde. Lanzándose al lado de su madre, le dice con voz ahogada por la cólera y las lágrimas.) ¡Qué todos se vayan! ¡Tengo que hablarte!

MARQ. (Levantándose.) ¡Qué agitación!

PAUL. (Bajo.) ¡Por piedad: que se vayan!

MARQ. (Bajo.) ¡Me asustas! (Alto y apartándose de Paulina.) Perdonen ustedes, amigos míos; pero mi hija se ha puesto mala...

CONDE. (A Paulina.) ¿Qué tienes? (Se vuelve asombrado del aspecto y silencio de Paulina.) (Todos se disponen á marchar.)

MARQ. ¡Adiós señores! (Al Conde.) Vuelve mañana. (Vanse todos.)

CONDE. (Aparte y colérico.) ¡Si me has rebajado prefiriendo ese indigno rival, te devuelvo insulto por insulto, querida prima! (Alto.) ¡Vamos Aurelia! (Da la mano á su hermana y sale lanzando al trasponer la puerta una despreciativa mirada á Fabián, que se dispone á seguirle.)

ESCENA IX.

MARQUESA, PAULINA y FABIÁN.

PAUL. (Deteniendo á Fabián y cerca de él.) ¡Detente!

PAUL. (A su madre que demostrará asombro.) ¡Arrojando á Fabián de esta casa, me arrojas á mí, porque tengo el deber de seguirle!

MARQ. ¿A Fabián?

PAUL. (Con energía.) ¡Sí!... ¡amo á Fabián!

MARQ. ¡Oh!

PAUL. (Muy resuelta.) ¡Soy su mujer!

MARQ. (Anonadada cae sentada en un sillón.) ¡Mi hija esposa de Fabián!

PAUL. (A Fabián.) ¡Levanta esa frente, pobre mártir! Dios que te concedió la resignación, me ha dado al fin valor para arrostrarlo todo!

MARQ. ¡Imposible, Paulina, tú me engañas!

PAUL. ¡Madre mía, estoy resuelta á no consentir que agravien de nuevo á mi marido!

MARQ. (Levantándose airada con actitud de maldecirla.) ¡Tu marido! ¡Desdichada! (Paulina se hinca de rodillas.)

FAB. (Colocándose entre ellas.) Deténgase usted, señora... ¡Dios no escuchará su maldición, que sería un sacrilegio! Esta mujer que se humilla y llora es pura como los ángeles. Me ama aunque soy un mísero esclavo, porque expuse mi vida al salvar la de su padre. Tenía vergüenza de amarme porque somos de distinta raza, y fué preciso que llegara el instante supremo de la muerte para declararme su secreto.

MARQ. ¡Anularé ese matrimonio!

FAB. (Con energía.) ¡Anularlo! ¡Nadie tiene poder para ello! ¡Y ahora llame usted á sus criados, que yo les obligaré á que abran paso al marido de Paulina! Que venga también el Conde á escarnecerme; ya no necesito romper espadas y le haré pedazos entre mis manos, diciéndole al mismo tiempo: ¡Muere de celos y de rabia, tu prometida es mi esposa!

MARQ. ¡Recurriré al rey y á los tribunales!

FAB. En Francia no hay esclavos. Soy libre, y la ley que ampara y proteje, se hizo lo mismo para mí que para usted.

MARQ. (A su hija.) ¡Oyes á este hombre decidido á proclamar nuestra vergüenza! ¡Eres una infame, y si tu padre viviese, te querría antes muerta que deshonrada!

PAUL. (Corre al mueble que dejó antes abierto y coje un tarrito que habrá dentro.) ¡Pues que mi padre me juzgue! ¡Voy á reunirme con él!

FAB. (Se lanza tras Paulina, le quita el tarro y lo tira por la ventana.) ¡Paulina!

PAUL. (Cayendo de rodillas ante Fabian.) ¡Oh, no podré vivir maldita por mi madre!

MARQ. ¡Qué dices!

FAB Paulina intentaba envenenarse, para no escuchar la maldición de usted.

MARQ. ¡Oh! (Vuelve á caer sentada y se cubre la cara con las manos.)

FAB. (Mirando con amor á Paulina, que permanece de rodillas.) Te has sacrificado por mí, y yo completaré tu obra, rompiendo nuestro indisoluble lazo.

MARQ. ¿Cómo?

FAB. Señora (Levantando á Paulina y entregándosela á la Marquesa.) Devuelvo á usted su hija. (A ella.) Quisiste morir por mí, y te ordeno que vivas para tu madre. (Paulina llora apoyada en la Marquesa.) Yo no podía llamarme tu esposo más que en el cielo. (Cerca de la puerta y ahogando sus lágrimas.) ¡No serás mía!... Pero no seas jamás de otro, Paulina! ¡Adiós! (Vase.)

PAUL. (Yendo hacia la puerta.) ¡Fabián! ¡Fabián!

MARQ. (Cerrandola el paso, tira del cordón de la campanilla con violencia.) No le seguirás!

PAUL. ¡Va á matarse!

MARQ. (Al mayordomo.) ¡Corran ustedes tras Fabián, y deténganlo aunque sea á viva fuerza!

PAUL. (Mirando á su madre con alegría.) ¿Quieres evitar la muerte á Fabián? ¡Gracias, madre mía! (Cae de rodillas.)

MARQ. ¡Quiero salvar del aprobio á nuestra casa!

CAE EL TELÓN.

ACTO SEXTO

Representa el corte vertical de una torre en La Bastilla. La escena aparece dividida horizontalmente en dos partes. La superior lo está á su vez en sentido vertical en otras dos, formando al lado derecho una habitacion clara y con muebles usados, pero limpios. En el segundo término izquierda de ésta, mesa con espejo manuable colgado encima; á la derecha, frente de la mesa, una ventana con barrotes de hierro; un velador en el centro de la escena y dos sillones. En medio del foro, puerta de una alcoba; en primer término izquierda, puerta que sale á la otra mitad superior de la escena, que se compone de un espacio llano, terminado al foro por muro almenado. A la izquierda, segundo término, escalera de piedra con cuatro ó seis peldaños que sube á una puerta de entrada á otro torreón, cuyo frente al público tiene una ventana circular, bastante alta, con barrotes de hierro. Al pie de esta torre, hacia la izquierda, una losa muy grande con argolla para levantarla. Por el hueco que deja esta losa cuando se levanta, se supone que baja una escalera practicada en el muro al calabozo inferior, que constituye la parte baja de la decoración. Este calabozo es una bóveda subterránea, húmeda y sombría; ocupa dos tercios de la escena en su parte central y tiene la entrada por una puertecita con tres peldaños dentro de la bóveda, que deberán parecer la terminación de la escalera interior del muro. Esta puerta estará en el lado izquierdo y corresponderá con la losa de arriba. En medio del fondo, y á mayor altura que la de un hombre, una reja de medio punto muy oscura que da á una galería subterránea. A la derecha un monton de paja; cerca y delante de él un poyo de piedra; otro bajo la reja. La parte superior izquierda de la decoración, recibe luz del dia; la de la derecha, también por la ventana, y el calabozo inferior no recibe ninguna y aparece débilmente alumbrado por un farolillo que hay sobre el poyo anterior al montón. Un centinela pasea á lo largo del muro almenado.

ESCENA PRIMERA.

BRIQUET, arriba: FABIÁN en el calabozo y echado en la paja.

BRIQ. (Sentado.) ¿Por qué me obliga V. E. á vivir en esta prisión? Eso pregunté á mi amo el señor Conde, y contestó: amigo Briquet, eres mi ayuda de cámara; te pago bien para que me afeites, vistas y empolves la peluca, en cualquier punto de Francia donde estemos. El rey me envía á la Bastilla, y en la Bastilla me tienes que afeitar, vestir y empolvar la peluca. (Levantándose.) Hoy, catorce de Julio de mil setecientos ochenta y nueve, llevamos setenta días justos y cabales de habitar en esta torre de la Capilla; tres pisos por bajo del entresuelo y al nivel de los fosos. ¡Cuidado si hay piedra encima de mi cabeza! (Mirando á su alrededor.) El alojamiento no es malo, gracias á la categoría del señor Conde, y á su amistad con el Gobernador de la fortaleza, pero es una prisión. (Se oye dentro tocar á generala.) ¿Qué significará ese toque? Es la primera vez que le oigo desde que nos tienen aquí. Puede que venga el rey á visitar los presos. ¿Si pusiese en libertad á mi amo! (El toque de generala se aleja y termina.)

CONDE. (Dentro.) ¡Briquet!

BRIQ. Ya se ha levantado el Conde... que duerme, come y canta, como un jilguero (Suspira.) ¡en la jaula!

ESCENA II.

CONDE.—BRIQUET.

CONDE. (Saliendo.) ¡Briquet! ¡Gandul! ¿no me has oido?

BRIQ. (Muy servicial.) ¿Mando enganchar el coche?

CONDE. ¿Qué dices?

BRIQ. ¡Ah, me había olvidado de que estamos presos!

CONDE. (Riéndose.) Pues vete acostumbrando á la idea, amigo Briquet. (Se sienta en un sillón que éste coloca en el centro.) Arréglame,

BRIQ. (Da el espejo al Conde; va tomando de la mesa lo que necesita para el tocador de su amo.) Señor, ¿no piensa vuecencia en procurarse la libertad?

CONDE. (Que tiene en la mano el espejo mientras dura su tocado.) Yo no pido gracia. Defendí los derechos de la Corona. El Rey me castigó; peor para el Rey.

BRIQ. Vamos, vuecencia dice como los chicos cuando los castigan en la escuela: «¡Que se fastidie el maestro!»

CONDE. (Incomodado.) ¿Estás de buen humor?

BRIQ. ¡Perdone vuecencia!

CONDE. Colócame la peluca.

BRIQ. (Se dispone á peinar y á empolvarle la peluca, poniendo un paño sobre los hombros á su amo.) La verdad es que vuecencia armó en Palacio una trapaticsta regular cuando se retiraba la Asamblea de los Estados Generales.

CONDE. ¡Y el Rey que debiera haberme premiado, mira el pago que da á la defensa que hice de su poder... ¡Empolva por igual la peluca!... ¿Cómo ha de mirar con buenos ojos ningun noble, que al Ministro Necker se le haya ocurrido contribuir á que intervengan en el gobierno de Francia el clero y á los burgueses. Uno de estos censuraba en alta voz que en la presentación del día 3, estuvo de par en par la puerta de la cámara mientras entraban las primeras diputaciones, y que cuando le tocó entrar á la del pueblo cerraron media puerta. Grité: «¡Pues yo la hubiera cerrado toda! ¡Ni el clero, ni el estado llano merecen pisar estas salas!» (Riéndose.) Un cura me increpó; le contesté ágriamente, y el burgués me dió un bastonazo; saqué la espada, y á las pocas horas me encerraban en la Bastilla. ¡Ni transijo con Necker, ni estoy conforme con el estado llano!

BRIQ. ¡Ni yo con el estado á que hemos venido!

CONDE. ¿Tan mal lo pasas aquí? ¡Badulaque!

BRIQ. (Empolvando la peluca, y con adulacion cómica.) No señor, lo paso muy bien con V. E. pero como V. E. no ha dejado su corazón fuera de la Basti-

lla, no comprende las angustias que pasa el pobre Briquet... Ya sabe el señor, que el día 5 de Mayo tenia cita con mi Juana, al anochecer, en el Paseo de la Reina, junto al cuarto arbol, á mano derecha, según se entra...

CONDE. (Riéndose.) Me has contado esa historia quinientas veces.

BRIQ. Me ahogo de pena, cuando pienso el desconsuelo y la impaciencia que tendrá Juanita esperándome desde hace setenta dias en el paseo de la Reina, junto al cuarto árbol á mano derecha.

CONDE. (Interrumpiéndole y riéndose.) Segun se entra. Tranquilízate, Briquet, que Juanita estará consolada; no en vano pasean por allí tantos soldados de caballería. (Termina el tocado.)

BRIQ. (Muy compungido.) Si eso fuese cierto, era yo capaz de prender fuego á este endiablado castillo.

CONDE. Anda y arregla esas habitaciones, que no tardarán en traernos el almuerzo.

BRIQ. Voy á poner la mesa. (Vase.)

CONDE. ¡Pobre Briquet; me rio de sus celos!... Yo también los tuve y con razón; Paulina amaba á Fabián. Así debió confesárselo á su madre, porque al día siguiente fué al palacio de la Reiner; supe por el mayordomo que Fabián habia vuelto á la isla de Borbón, y por carta de mi tía, que ella y su hija se marcharon de París la noche anterior para que Paulina entrase en un convento. La verdad es que fuí muy cruel con el desdichado Fabián, pero... ¡Vive Dios! Haber sido yo juguete de un mulato... Si lo averiguan en la corte no hubiera encontrado donde ocultar mi vergüenza. (Riéndose.) Todavía voy á tener que agradecerle á Su Majestad que me haya encerrado en la Bastilla. (Vuelve á sonar la generala más cerca.) ¿Otra vez? ¿Qué diablos pasa hoy? (Llamando.) ¡Briquet!

BRIQ. (Dentro) ¡Voy! (Entrando) ¡Señor!

CONDE. ¿Sabes por qué tocan generala?

BRIQ. ¡Sera día de fiesta! (Se oye sonar una campana grande y luego un repique de varias chicas con la grande. ¡Echan á vuelo la campanas de San Pa-

blo! (Miran por la ventana) (Mientras miran por la reja se ve bajar por la escalera al Celador y al Calabocero. Este trae una banasta cubierta con una servilleta. Se acerca á la puerta del Conde: el Celador toma la banasta después de abrir cerrojos y candados: el Calabocero vuelve á subir la escalera y desaparece mientras el Celador, entra en la habitación: Cesan las campanas en este momento.)

ESCENA III.

DICHOS y el CELADOR.

CONDE. (Oyendo el ruido de las llaves.) ¡Ya está aquí el almuerzo! (Al celador que entra, cierra la puerta.) ¿Qué me traes?

CEL. (Que entrega la banasta á Briquet y curiosea lo que contiene.) Lo mejor que han podido encontrar, señor Conde, y como de costumbre, una botella de vino, de parte del Gobernador.

CONDE. El señor de Launay es un carcelero muy atento. (Mirando el contenido de la banasta.) ¡Y el hielo!

CEL. No lo ha traído.

CONDE. Pues venga enseguida.

BRIQ. (Con énfasis cómico.) No podemos pasar el vino sin hielo.

CEL. (Al Conde.) La culpa no es mía... envié esta mañana un criado á buscarlo, y aun le estoy esperando. Sin duda, ó no encuentra tienda abierta, ó no ha podido atravesar las calles de los alrededores.

BRIQ. Haberme mandado á mí, y vería usted á un hombre correr. (Vase adentro con la banasta.)

CEL. (Aparte.) ¡O á un hombre muerto! (Se acerca á la ventana y mira por ella.)

CONDE. ¿Qué miras?

CEL. (Sin querer demostrar lo que siente.) Nada.. (Se aleja de la ventana.)

CONDE. (Mirando también.) ¿Por qué colocan en batería esos cañones... allí hacia la izquierda de la muralla?

CEL. Colocan cañones... pues no sabía...

CONDE. ¡Oh, se trata por lo visto de algún motín que nos preparan los caballeros del estado llano! (Se oyen cornetas lejanas.) Tocan llamada... ¡Ah, si yo estuviese libre, y me entregaran cien mosqueteros, me atrevia á no dejar un alborotador con ganas de chillar.

BRIQ. (Desde la puerta.) ¡Señor, cuando V. E. quiera almorzar!...

CONDE. Ya quiero, y brindaré conmigo mismo, porque las tropas del Rey trituren á los revoltosos. (Entra.)

BRIQ. (Disponiéndose á entrar, dice al celador:) ¡Mire usted que dejar á un señor como mi amo sin hielo para el vino!

CEL. (Abriendo la puerta y marchándose.) Calla, mastuerzo. (Sale al lado izquierdo.)

BRIQ. (Entrando.) ¿Estará mi Juanita esperándome junto al cuarto árbol? (Desaparece. Al tiempo que el Celador echa la llave á la puerta del Conde, asoma el Calabocero en lo alto de la escalera y baja precipitadamente.)

CALAB. El asunto anda malo... el pueblo no espera más que los cañones de los inválidos para atacar á la Bastilla... Parece que el señor gobernador teme que haya inteligencia entre los sublevados y algunos presos... y manda que suba usted enseguida. (Suben los dos y desaparecen.)

ESCENA IV.

FABIÁN, luego el CELADOR. Fabián se incorpora, queda sentado un momento, se levanta con alguna dificultad, y denotando en su rostro las huellas de tanto padecer. Toma la luz que está sobre el poyo cercano á la paja, y dando muestras de sentir débil la cabeza, va al fondo, se sube en el poyo que hay bajo la reja y mira por ella alumbrando hacia su interior; escucha, desciende por fin con desaliento, y deja la luz sobre el poyo.

FAB. (Sacudiendo la cabeza, dice en tono triste:) ¡Nada! ¡Nada! (Tirita de frío.) Estoy traspasado de frío, y la humedad me penetra hasta en los huesos. Esa paja que me sirve de lecho está podrida, y

se niegan á traer otra nueva diciendo que cuesta mucho... ¡Ah, señora Marquesa, bien secundan tu ódio y tu venganza! ¡Mejor hubiera sido dejarme morir, que enterrarme vivo en este calabozo! Quise lograr que perdonaras á Paulina sacrificándome para conseguirlo, y tu orgullo me arroja en una tumba. Pero no debo quejarme... de este modo se puede vivir poco... y muriendo dejaré de padecer. ¡Paulina! ¿Qué habrá sido de tí? (Calentándose las manos en la luz.) Estoy helado; la sangre acude á la cabeza y arde mi cerebro. ¡Dios piadoso, no consientas que mi razón sucumba bajo el peso de tantas desgracias, antes que Andrés vuelva! Lo que yo juzgo realidad, ¿no será un sueño? ¡Oh, dudo de mi memoria y hasta de si existo! Ayer estaba yo allí sentado, y Andrés trabajando en esa oscura galería con otros operarios. (Indica la reja.) ¡Sí, recuerdo aquella voz, grité: ¡Andrés! y acercándose á la reja me reconoció, y el pobrecillo lloraba al verme en esta situación! (Escucha.) ¡Nada se oye! ¡Oh, son quimeras, extravíos de la mente! (Se sienta agobiado en el poyo cercano de la paja.) ¡Andrés no vendrá! (Cae á la escena una piedra envuelta con un papel que ha pasado por entre la reja.) ¡Algo ha sonado! (Busca, ve la piedra y la recoje.) ¡Un papel! ¡Oh, Andrés me escribe! (Coje la luz, desenvuelve el papel y se sienta en el poyo bajo la reja.) ¡Gracias, amigo mío! ¡Gracias, Señor! (Se dispone á leer después de abrir la carta tembloroso, etc., etc., y al mismo tiempo baja el Celador por la escalera del piso de encima: trae un pan, un cantarillo y una linterna. Levanta la losa é introduciéndose por ella desaparece.)

FAB (Leyendo.) «Mi querido bienhechor. París está sublevado, y los centinelas disparan contra cualquiera que se aproxima á los fosos de la Bastilla; pero, ó me matan, ó esta carta llega á manos de usted»... (Hablando.) ¡Qué bueno es! (Leyendo.) «Cumpliendo su encargo, fuí al Palacio de la Reiner... la calle estaba llena de señores vestidos de luto, y por una ventana dél Palacio

ví una cama imperial con escudos bordados en el paño: (Con voz entrecortada.) encima un ataud rodeado de hachones y á un sacerdote rezando... Pregunté quién había muerto en la casa, y me»... (La puertecilla del calabozo se abre, y aparece el Celador y Fabián procura ocultar la carta.)

ESCENA V.

FABIAN y el CALABOCERO.

CALAB. (Deja el pan y el cántaro sobre el poyo donde está la luz.) ¡Toma!

FAB. ¡Gracias!

CALAB. (Severamente.) Ayer hubo trabajadores en esa galería: (La señala.) te aproximaste á la reja, y el centinela dió parte de que hiciste señas con la luz. (Cogiendo la lámpara.) ¡Y esto no volverá á suceder más!

FAB. (Aterrorizado.) ¿Qué hace usted?

CALAB. (Abriendo la puerta.) ¡Llevarme la lámpara por orden del Gobernador!

FAB. (Hincándose de rodillas.) ¡Oh, no! ¡Déjemela usted un momento! ¡Por piedad! ¡Sólo un momento!

CALAB. (Apaga la luz.) ¡Cumplo con mi deber! (Vase y cierra la puerta. El calabozo queda completamente oscuro. Fabián continúa arrodillado.)

FAB. ¡Dios misericordioso! ¡No veo esta carta! (Recorre frenético la escena buscando cerca de la reja un rayo de luz que no encuentra.) ¡Oh, imposible! ¡Que espantosa oscuridad! ¡Aquellos blandones! ¡el ataud! ¡Quién, quién era el cadáver! (Lanza un grito de dolorosa desesperación.) ¡Sí, Paulina, Paulina ha muerto! (Cae sin sentido sobre el montón.) (Se oyen cañonazos acompasados.) (El calabocero aparece saliendo por el hueco de la losa.)

CALAB. ¡El ataque ha empezado... Felizmente es inexpugnable la Bastilla (Sube la escalera y desaparece. El cañon sigue sonando en unión de algunas descargas poco nutridas, de fusilería.)

ESCENA VI.

EL CONDE Y BRIQUET

BRIQ. (Saliendo y con miedo.) ¡Ya se armó! ¡Cuánto cañonazo! ¡Ay Dios mio!

CONDE. (Asomándose á la reja.) Bien se porta la artillería nuestra...dispara sobre la plaza de San Antonio ¡pero desde allí contestan con cañones!

BRIQ. ¿Estaremos seguros? (Se oyen gritos dentro y lejanos.)

CONDE. No sé qué pensar... esos gritos suenan cerca de las murallas.

BRIQ. (Asomado á la ventana.) Ya lo creo, mire V. E. cómo trepan por ellas... y no son las tropas... ¡es el pueblo, que entra en la Bastilla (Gritos y clamores más cercanos. Gritos dentro.) ¡Victoria! ¡Victoria!

CONDE. ¡No es posible que el pueblo tome la Bastilla! (Gritos dentro.) ¡Abajo la Bastilla! (Idem.) ¡Abajo! (Se oye una descarga de fusilería, cesa el fuego. Suenan hachazos por dentro y otros que derriban la puerta de la escalera. Algunos guardias franceses y mayor número de hombres del pueblo entran en tropel, unos con fusiles, otros con hachas, otros con espadas y un par de ellos con antorchas encendidas. Todos se precipitan escalera abajo. Otros asaltan el muro almenado; desarman al centinela, que procura defenderse, vienen armados de igual modo que los que entran por la puerta.)

ESCENA VII.

DICHOS.—LOS SUBLEVADOS.

TODOS. (Gritando.) ¡Victoria!

GUARD. (Que los capitanea.) ¡Abajo la Bastilla!

TODOS. ¡Abajo!

CONDE. (Escuchando.) ¡Vienen hacia aquí! (Abren los amotinados la puerta del Conde á golpes y culatazos y entran en la habitación con el Guardia á la cabeza.)

CONDE. ¡Qué veo!

GUARD. ¡Libertad, libertad!

TODOS. ¡Sí, sí!

GUARD. ¡Mañana será la Bastilla un montón de escombros... ¡*Ciudadano eres libre*!

CONDE. (Con disgusto.) ¡Ah!

BRIQ. (Con viveza.) ¿Yo también? ¿El pueblo ha vencido? ¡Viva el pueblo!

TODOS. ¡Viva! (Sale la turba al otro lado de la escena.)

CONDE. Salgamos, pues. Dame el sombrero.

BRIQ. (Entra y sale con el sombrero.) Tome V. E. (Baja Andrés la escalera y mira con afán á su alrededor.)

AND. No tengo duda; es en esta torre.

GUARD. ¿Qué buscas?

AND. A un preso...

GUARD. Ya no queda ninguno aquí, que es la parte más baja... Subamos...

TODOS. ¡Arriba!

AND. No: esperad: estoy seguro de que bajo nuestros pies gime un desgraciado, por quien hace poco expuse mi vida...

GUARD. No veo dónde pueda estar... (Todos buscan.)

AND. (Después de indagar se fija en la losa.) ¡Ah! Por aquí debe ser... Ayudadme á levantar esta piedra (Todos ayudan y apalancando con hachas y fusiles, logran levantar la losa.)

GUARD. ¿Dices que ahí dentro vive un sér humano?

AND. El mejor de los hombres. (Se introduce el primero y tras él los demás.)

CONDE. (A Briquet.) ¡Dame la espada!

BRIQ. ¡Si desarmaron á V. E. cuando entramos en esta bendita casa!

CONDE. ¡Corro á Versalles, y no me faltará otra para defender las instituciones! (Sale y desaparece por la escalera.)

BRIQ. (Siguiéndole un poco retrasado.) ¡Yo voy á consolar á Juanita! ¡Viva el pueblo! (Vase. En este punto cae en fuerza de golpes la puerta del calabozo y Andrés entra seguido del Guardia y los otros.)

ESCENA VIII.

ANDRÉS.—EL PUEBLO.—FABIÁN. Fabián continúa sin conocimiento.

AND. (Incorporándole.) ¡Fabián!... ¡Fabián! ¡Soy yo, Andrés!

FAB. (Volviendo en sí y mirándole.) ¡Ah, tú, preso también!

AND. No: vengo á libertar á usted.

FAB. (Con alegría.) ¡A libertarme! (Se levanta y dispone á salir: luego se para, recapacita y dice con dolorosa aflicción.) ¡Oh, me ponen en libertad, porque Paulina ha muerto!

AND. La muerta no se llamaba Paulina!

FAB. (Con entusiasmo.) ¡Vive! ¡Y soy libre!

TODOS. Sí, sí! (Fabian se precipita hacia los escalones, se para de repente, mira extraviado á Andrés y demás circunstantes. Todos le observan con afanoso interés; lanza carcajadas extrepitosas; por fin le faltan las fuerzas y cae de espaldas en brazos de Andrés y del Guardia. Acordes de la «La Marsellesa» mientras baja el telón.)

CAE EL TELÓN.

NOTA. Si *La Marsellesa* no pareciese bien por ser un himno posterior al 89, (1792), puede tocar la orquesta otro de la época que sea conocido. Pero *La Marsellesa*, aunque resultase un anacronisno, impresionaría más al espectador, recordándole que luego fué el himno de la revolución empezada el 14 de Julio de 1789.

OTRA. El director de escena procurará organizar algunos cuadros de lucha que contribuyan á dar color y vida al final del acto.

ACTO SÉPTIMO

Sala gótica de un castillo en Bretaña; en el fondo derecha chimenea alta y grande: un poco más hacia la izquierda, ventana con cristales de colores: casi en el fondo izquierda, puerta que abre á una inmensa galería en perspectiva, también con cristales de colores. Puerta á derecha é izquierda en primer término. Muebles adecuados: un taburete y otro asiento cerca de la chimenea, que está encendida; una mesita en el proscenio izquierda; sillón á su lado y otro en el proscenio derecha.

ESCENA PRIMERA.

PAULINA.—AURELIA.—EL CONDE y BRIQUET. Aparecen sentadas á la chimenea Paulina y Aurelia; El Conde en pie junto á ellas, y Briquet asomado á la ventana, por la cual se ve nevar con fuerza.

CONDE. (A Briquet.) ¿Ves algo sospechoso en las cercanías del castillo?

BRIQ. No señor; solo veo mucha nieve. ¿Cierro la ventana?

CONDE. Sí.

BRIQ. (Cerrándola.) ¡Vaya un país y vaya un invierno que tenemos en este año de 1793! (Aparte.) Aquí, en Bretaña, no faltará á mi amo hielo con que refrescar el vino.

CONDE. (Suenan las dos en un reloj antigno que hay en la habitación.) Las dos. Dí al pescador que se ha

comprometido á pasarnos á Inglaterra, que ya es hora de preparar el barco.

BRIQ Voy, señor. (Vase por el foro.)

ESCENA II.

EL CONDE.—AURELIA y PAULINA.

AUR. (Levantándose.) ¿Por qué te empeñas en hacernos abandonar estos lugares, donde la lealtad de mis colonos nos pone á cubierto de toda persecución?

CONDE. Mientras se trataba de tí podíamos vivir confiados en el mucho cariño y respeto que nos conservan nuestros servidores; pero ahora que está aquí Paulina, víctima condenada á muerte por los satélites del sanguinario Carrier, han cambiado las circunstancias. Si notan los de la junta revolucionaria la falta de Paulina, y el carcelero que me ayudó esta mañana á sacarla de la prisión, cuenta la verdad, no tardarán en presentarse las turbas, y entonces no habrá recurso salvador para ninguno de nosotros. (Mas bajo.) Temo que á pesar de mis precauciones, un grupo de hombres armados nos viese salir de Nantes.

AUR. ¡Ah!...

CONDE. Antes de una hora averiguarán dónde se encuentra Paulina, y el terrible proconsul rescatará su presa, para llevarla al patíbulo.

AUR. ¡Sí, dices bien: (A Paulina.) Es preciso huir!

PAUL. (Levantándose.) ¿A qué exponer vuestras vidas por salvarme? ¡Dios hará un beneficio llevándome á su seno!

AUR. Está bien que se conforme una forzosamente á morir en su cama, lo más tarde posible, por supuesto; pero eso de irse al otro mundo vestida y calzada, encima de un tablado, oyendo las burlas, los gritos é improperios del público, y que por añadidura te sujete el verdugo con sus atroces manazas para cortarte la cabeza... ¡Oh, me horrorizo de pensar en la guillotina!

PAUL. El suplicio en el cadalso dura un instante, mien-

tras que mis penas no tienen fin. Muerta mi madre sin que yo la asistiese, por hallarme de orden suya encerrada en el convento; y habiendo desaparecido Fabián, de quien ignoro si vive, ó ha dejado esta tierra donde tanto padecía el infeliz, ansío descansar para siempre.

CONDE. Cuando supe por mi hermana tu secreto, traté de indagar el paradero de Fabián, con el cual fuí injusto y cruel, instigado por el ciego orgullo. Escribí á la isla de Borbón, y me contestaron que nadie le había visto allál

AUR. ¡Oh, si Fabián viviese, podría salvarte de nuevo revelando vuestro secreto matrimonio.

CONDE. Bastaría con que Paulina tuviera en su poder la partida de casamiento.

ESCENA III.

DICHOS y BRIQUET.

BRIQ. Señor: el pescador no estaba; pero un hermano suyo viene conmigo.

CONDE. (A las señoras.) Hasta que podamos estar seguros de la discreción de ese hombre, bueno será que Paulina se oculte. (A Briquet.) Dí al marinero, que entre. (Vase Briquet.)

AUR. En esa habitación aguardamos. (Vanse Aurelia y Paulina por la derecha.)

ESCENA IV.

CONDE.—ANDRÉS y BRIQUET.

BRIQ. (Introduciendo á Andrés.) Aquí está, señor.

CONDE. (Que arregla algunos papeles sentado á la mesita. A Briquet.) Continúa vigilando. (Vase.) ¿Por qué no viene tu hermano?

AND. Porque es jurado en Nantes, y ha ido al tribunal; pero me dejó encargo de poner á la disposición de usted nuestra barca.

CONDE. ¿Sabrás manejarla?

AND. Aunque estuve en París trabajando algún tiem-

po, me he criado en el mar: y hace ya cerca de tres años que volví á emprender mi antiguo oficio.

CONDE. ¿Cuántos tripulantes tienes?

AND. Dos buenos remeros.

CONDE. ¿Son fieles?

AND. El uno es primo mío; merece entera confianza, y está abajo en la barca. El otro, que he dejado en la puerta, por si necesito su ayuda para llevar equipaje, es el hombre más bondadoso y más desgraciado del mundo. ¡El infeliz tiene algo trastornada la cabeza!

CONDE. ¡Un tripulante así...

AND. Nada hay que temer por su parte; con nadie se mete, ni en nadie repara. Solo habla conmigo, y cuando desvaría, todo se reduce á nombrar las personas que le hicieron daño: otras veces saca un papel que lleva escondido en el pecho como reliquia: llora, lo mira, y si conoce que lo observan, lo guarda inmediatamente. Descuide el señor; de este hombre respondo más que de mí propio.

CONDE. Mucha confianza te inspira.

AND. Tanta, como usted la tendría en su padre. Como si fuese el mío le quiero; y detesto á los que le hicieron desgraciado!

CONDE. Pues sígueme y te daré la cantidad convenida con tu hermano. (Vanse por la izquierda.)

ESCENA V.

FABIAN, solo. Cuando El Conde y Andrés entran, aparece Fabian en la galería, mirando extraviadamente á su alrededor y por fin avanza presuroso á la escena.

FAB. (Desde la puerta. (Se repite la melodía del tercer acto.) ¡Andrés!... ¡Andrés!... La marea sube y debemos aprovecharla. ¡Vamos pronto! (Creyéndose en medio delas olas) ¡Ves cómo sube la marea!... ¡Oh, ya no hay remedio! ¡Señor... no permitas que ella muera! ¡Roger, sálvala... y déjame perecer! (Se sienta á la izquierda agobiado por la lucha que

pretende haber tenido. Fijándose en otro orden de ideas.) ¡El Abate Laudry! (Después de mirarse la mano, se hinca de rodillas muy despacio, casi en el proscenio.) ¡El pobre mulato te amará toda la vida, pero como el marino adora á la vírgen! (Creyendo ver á la Marquesa.) ¡Oh, la marquesa!... (Con energía y suplicando.) ¡No... no la maldiga usted... yo marcho, me alejo para siempre!... El calabozo es oscuro... suena el cañón... (Levantándose de repente.) ¿Soy libre? (Se lleva la mano á la cabeza, después abrochándose la chaqueta, tirita.) ¡Tengo frío! ¡Mucho frío! (Viendo la chimenea.) Allí podré calentarme. (Va á la chimenea con alegría.) ¡Buen fuego! (Se sienta de espaldas al público. Cesa la música.)

ESCENA VI.

FABIÁN.—EL CONDE.—AURELIA. — PAULINA.—ANDRÉS. Luego BRIQUET.

CONDE. (A Andrés, con quien sale.) ¡Fío en tu palabra! Voy á llamar á las señoras. (Entra por la derecha.)

AND. Y yo diré á mi primo que atraque la barca á espaldas del castillo. (Se dirige hacia la galería, y ve á Fabián calentándose en la chimenea.) ¡Anda, también ha entrado hasta aquí Fabián! ¡Pobrecillo, tendría frío!... (Acercándose á él le dice con dulzura:) ¡Vamos á embarcarnos! ¡No me escucha!... ¡Fabián!

AUR. (Saliendo con Paulina.) ¡Animo, Paulina!

CONDE. (Saliendo tras ellas.) ¡Dentro de muy poco, nada tendrás que temer!

BRIQ. (Apareciendo por el foro muy asustado.) ¡Señor! ¡Señor!

CONDE. Qué pasa?

BRIQ. Una porción de hombres armados que venían por el camino de Nantes, acaban de pararse en la puerta del parque, y dan voces para que les abran.

CONDE.
AUR.
PAUL. } ¡Oh!

BRIQ. El que los manda tiene una cara feróz, y no cabe duda que buscan á la Marquesa de la Reiner.

AND. (Que estaba convenciendo á Fabián con cariñosos ademanes, al oir este nombre avanza y exclama:) ¡La Marquesa de la Reiner! ¿Es á esa señora á quien yo iba á salvar?

CONDE. ¡Sí!

AND. (Devolviéndole una bolsa de dinero.) ¡Pues tome usted su dinero, que yo recojo mi palabra!

CONDE. ¿Qué significa?

AND. (Tirando la bolsa.) ¡Que ni por un millón sale mi barca de la costa!

AUR. ¿Cómo? (Paulina manifiesta también asombro.)

AND. (Con energía.) ¡Yo no salvo á la Marquesa de la Reiner, porque la he denunciado al comité de salud pública!

CONDE. Tú, (Colérico.) ¡Miserable!

AUR. ¿Qué mal te hice para que procures mi muerte?

AND. A mí ninguno. Si fuera usted enemiga mía, puede que la perdonase; pero á la mujer que condenó á morir en un calabozo al mejor de los hombres, á mi bienhechor, á esa, no la perdono!

CONDE. ¡Calumnias infamemente á esta señora!

AND. (Con energía.) ¡Yo no calumnio! Tuve en mis manos el registro de presos de la Bastilla, y arranqué de él una hoja en que ví escrito: «Por »recomendación del señor Ministro y á ruego de »la Marquesa de la Reiner, incomuníquese á »este hombre hasta nuevo aviso.»

CONDE. (Tirando de la espada.) ¡Eres un canalla!

AND. (Se ofende primero y luego dice muy tranquilo.) Hiera usted, mas no salvaré á la Marquesa.

AUR. Mi prima es inocente, hay un error. ¡Ten piedad de ella.

AND. ¿La tuvo ella para su victima que está presente? (Mostrando á Fabian.)

TODOS. ¿Presente?

AND. ¡Sí, miradla!

PAUL. (Con energía á Fabian, que está vuelto de espaldas á ella y cerca del cual ha vuelto Andrés para llamarle la atención hacia Paulina.) ¿Por qué me acusa ese hombre? ¡Juro ante Dios, no haberle causado ningún daño jamás! (Fabian mira extraviado á Paulina y ésta cree reconocerle.) ¡Ah! ¿Qué veo?

COND. AUR. ¿Fabián?

AND. ¡Fabián, que perdió la razón en la Bastilla!

COND. AUR. ¡Oh!

PAUL. (Con amarga reconvención.) ¡Madre mía! ¡Madre mía! (Viendo que Fabian avanza y sin reparar en ella se sienta en el proscenio derecha.) ¡Loco! ¡Oh, pero me reconocerá! (Acercándose algo á él.) ¿No te acuerdas de Paulina? ¡Fabián, esposo mío! (Se acerca más á él.)

AND. ¿Su esposo? (Con extrañeza.)

CONDE. ¡Sí!

AND. (A Andrés.) El registro decía bien; pero aquella Marquesa era la madre de Paulina, que no pudo transigir con el matrimonio de su hija.

AND. ¡Ah, comprendo! (Viendo que Paulina se arrodilla á los pies de Fabian.) Ciertos sentimientos no se fingen... Es imposible que pretendan ustedes engañarme, y cuando quieran la barca está á sus órdenes. Perdonen si creyendo vengar á Fabián hice que condenaran á su esposa.

CONDE. ¡Partamos!

BRIQ. (Temblando y desde la ventana que abrió poco antes.) ¡Ya es tarde! ¡Los hombres han echado abajo la puerta!

AND. Queda una esperanza. Mi hermano debe venir con esa gente. Salgo á su encuentro y trataré de remediar lo hecho. (Vase por el foro. El Conde se asoma á la puerta. Briquet á la ventana y Aurelia queda en segundo término. Los tres dan muestras de ansiedad. Paulina continúa de rodillas á los pies de Fabian.)

PAUL. ¡Fabián! ¡Oh, ni con caricias, ni con lágrimas consigo que se fije en mí!

FAB. (Mirándola.) ¡Pobre Lía... sufre y llora!

PAUL. ¿Recuerdas á Lía? ¡No es posible que hayas olvidado á Paulina!

FAB. ¡Paulina... sí... la prometida del Conde! (Suenan las tres en el reloj.) ¡Las tres! ¡Ella me aguarda! (Se levanta.)

PAUL. (Idem.) ¿Dónde vas?

FAB. (Con misterio.) ¡A la gruta del mulato, para que muramos los dos! (Se oyen rumores dentro.)

PAUL. ¡Se acercan mis verdugos!

FAB. Supe escojer el camino... A las cinco está muy alta la marea... (Se oyen gritos más inmediatos.)

AUR. ¡Dios mío!

PAUL. Fabián, hoy como entonces, la tempestad nos cerca; pero más terrible que en el Océano, es el pueblo que ruge y llega para sacrificar á tu Paulina. Moriré; pero mi último aliento será para gritar ¡Fabián, te amo!

FAB. ¡Ah, me amas y vas á morir! ¡No, imposible! ¡No será! (Recobra un tanto la razón.)

PAUL. ¿Me reconoces?

FAB. ¡Sí, eres Paulina! (Va á estrechar entre sus brazos á Paulina y se detiene al ver tanta gente.)

AUR. (Con alegría por el reconocimiento.) ¡Ah!

ESCENA VII.

DICHOS.—ANDRÉS.—PEDRO.—UN HOMBRE DEL PUEBLO, acompañamiento de pueblo vestidos de republicanos.

AUR. (A Andrés, muy contenta.) ¡Ha reconocido á Paulina!

AND. ¿Ves Pedro y veis vosotros cómo digo la verdad?

FAB. (Preocupado y con algún extravío dice á Andrés.) ¿Qué quieren esos hombres?

AND. ¡Fabián... dígales usted que esta señorita no fué la Marquesa de la Renier que le encerró en La Bastilla!

FAB. (Como antes.) ¡La Bastilla! ¡Sí, la Marquesa!... (Rumores.)

CONDE. (Al pueblo.) ¡Esta señora es digna de todo respeto; para vosotros no es una aristócrata, pues está unida en matrimonio á un hijo del pueblo,

á un hombre de color! (Quedan suspensos con lo que oyen y Aurelia aprovecha la ocasión para decirlas.)

AUR. Ciudadanos: ¿vais á sacrificar á una heroína que, despreciando antiguas preocupaciones, se une al pueblo? ¡Vosotros, que debéis venerarla, no podéis ser sus verdugos! (Asombro del pueblo.)

AND. (A Fabián que escucha extraviado.) ¡Dígales usted que esta señorita es su esposa!

FAB. (Apartando á Paulina y diciéndole.) ¡No; tu madre te mataría!... (A los circunstantes.) ¡No lo creais! (Rumores de indignación; Andrés y el Conde procuran contenerlos.)

PAUL. ¡Fabián: así me pierdes!

FAB. (Bajo.) ¡Así te salvo... que ignore nuestro secreto la Marquesa! (Al pueblo.) ¡No soy su esposo!

PAUL. ¡Oh, aún delira!

PEDRO. ¿Oís? ¡Mi hermano y estos señores nos engañan! (Andrés, el Conde y Aurelia tratan de hablar y contener al pueblo.)

UNO. ¡Muera la aristócrata!

TODOS. ¡Muera!

PAUL. (Abrazando á Fabián) ¡Sálvame, Fabián!

UN HOMBRE DEL PUEBLO¡ A Nantes con ella! (Se dispone á dar un culatazo con el fusil á Paulina, y otros tratando de rodearla con gritos y algazara.)

PAUL. (Retrocediendo) ¡Ah!

FAB. (Interponiéndose, desarma al hombre y hace frente á todos los demas, furioso.) ¡Infames, asesinos! ¡Moriréis todos antes que tocar un cabello de mi esposa!

AND. ¡Ah; ya lo declara! (Contento)

PEDRO. (Con desconfianza.) ¿Dónde está la prueba de ese matrimonio? (Ansiedad general.)

FAB. (Procurando reunir todos sus sentidos.) ¡La prueba!..

UN HOMBRE DEL PUEBLO. (Con desconfianza.) Sí, la pueba!

FAB. (Recobrando por completo la inteligencia) ¡Ah !(Saca el papel del pecho) ¡Aquí teneis la partida de casamiento! (Todos se agrupan y leen el papel, que pasa de mano en mano y tranquiliza los ánimos por completo.

AND. ¡Viva la ciudadana Marquesa de la Reiner

TODOS. ¡Viva!

PAUL. ¡Por fin permite el cielo que nos veamos reunidos sobre la tierra, pudiendo declararnos nuestro amor.

FAB. ¡Benditos sean mis sufrimientos, porque es mucho mayor la recompensa que Dios guardaba para mí!

CAE EL TELÓN.

FABIO EL NOVICIO,

Ó LA PREDICCION.

DRAMA EN CUATRO ACTOS, PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO,

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1842.

PERSONAS.	ACTORES.
EL CONDE LUDOVICO MANZONI.	*Don José Garcia Luna.*
CONSTANZA.	*Doña Matilde Diez.*
EL CONDE DE MONTFORT. .	*Don José Perez Pío.*
POLICASTRO.	*Don Pedro Sobrado.*
EL PRIOR DE LOS AGUSTINOS.	*Don Lázaro Perez.*

SOLDADOS FRANCESES, CRIADOS, PUEBLO.

La escena es en Milan á principios del siglo XVI.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

PLÓLOGO.

El teatro representa una modesta habitacion. Puertas laterales y otra en el foro. A un lado una ventana.

ESCENA PRIMERA.

CONSTANZA. *Luego* LUDOVICO.

Constanza. (*Oyendo llamar á la puerta del foro.*) Será él? (*Abre.*) Ludovico!

Ludovico. (*Saliendo.*) Constanza!

Constanza. Ah! gracias á Dios! qué noche he pasado! al menor ruido corria á la puerta creyendo que eras tú...

Ludovico. Pobre Constanza!

Constanza. Al fin rendida y ya sin esperanzas, me quedé dormida junto á la cuna de nuestro hijo... pero qué sueño tan agitado! Ya veía delante de mí el rostro de mi padre, pálido y amenazador, ya oía los gritos de un hombre á quien asesinaban... y prestando atencion se me figuraban tuyas las voces, y me arrojaba como loca... Pero ya estás aqui... no ha sido mas que un sueño.

Ludovico. Y nuestro Fernando ha pasado mejor noche que tú?

Constanza. Angel mio...! ni una sola vez ha dispertado. Quieres verle?

Ludovico. No; porque me sería imposible dejar de abrazarlo, y le despertaría.

Constanza. Pues dime, dime cuál ha sido el motivo que te obligó á ausentarte. Me traes alguna buena noticia?

Ludovico. Ya te la hubiera dicho.

Constanza. Ha descubierto mi padre nuestro retiro?

Ludovico. No, gracias al cielo!

Constanza. Pues qué traes...? me haces temblar!

Ludovico. Constanza, tú eres francesa y yo soy milanés... Dios nos habia formado el uno para el otro, y la enemistad que reina entre ambos paises no ha sido parte á impedir que esta union se verificara. Aunque oculta

en este retiro, no puedes ignorar la opresion que hace pesar la Francia sobre nosotros...

Constanza. Cómo he de ignorarlo, cuando mi esposo es una de las víctimas?

Ludovico. Pues bien, sabe que la persècucion de los invasores empieza de nuevo á encarnizarse...

Constanza. Contra tí?

Ludovico. Todavía no; pero lo mismo que si fuera contra mí: contra Octavio Manzoni, mi querido hermano! — Ayer, saliendo con su esposa de rezar el oficio divino en la iglesia de San Esteban, se vieron separados por la multitud: mi hermano se dirigió á su casa, creyendo que su esposa por su parte habria hecho lo mismo... y á pocos pasos la ve forcejeando entre los brazos de un oficial francés...

Constanza. Gran Dios!

Ludovico. Te estremeces, no es cierto? Mira en qué estado se halla mi pobre patria! — Octavio se arrojó sobre el infame raptor: el francés sacó la espada, y en aquel duelo de un instante, Dios protegió al que llevaba la justicia, y el criminal cayó muerto á sus pies. El suceso habia irritado al pueblo, que ya en numerosos grupos gritaba venganza: un destacamento de tropas francesas, de los tercios que acaban de entrar, acudió al sitio; y aunque mi hermano queria esperarlo, fiado en su inocencia, algunos de sus amigos, que saben lo que puede esperarse de la justicia de los invasores, le hicieron buscar asilo en el convento de los agustinos. Qué me dices ahora, Constanza...? tú que siempre me aconsejas paciencia y resignacion, qué me dices ahora? — No les basta haber destruido nuestra independencia en su sed de conquista...! no les basta quitarnos la existencia...! quieren tambien quitarnos el honor!

Constanza. Ludovico...! esposo...! si te aconsejo resignacion es porque ante todas cosas te amo y tiemblo por tu vida. Pero gracias al cielo, tu hermano está ya en salvo: el convento de los agustinos es un asilo sagrado, y el prior es amigo nuestro.

Ludovico. Sí; pero el conde de Montfort, tu padre, es gobernador de Milan, y ya concibes cuál debe ser su odio á toda nuestra familia. Mucho temo que por astucia ó por fuerza arranquen á mi hermano de ese asilo...!

Constanza. Ah! Ludovico...!

Ludovico. Te afligen mis palabras! — Pero ya lo he previsto todo. (*Oyese cantar dentro.*) Oyes? Es la voz de Policastro, ese estatuario de quien ya te he hablado... le avisé que le esperaba aqui al amanecer. Voy á abrir: aguárdame.

Constanza. (*Aparte.*) Policastro...! el gefe de todos los motines...! Y Ludovico va á confiarle nuestro secreto...!

ESCENA II.

LUDOVICO. POLICASTRO. CONSTANZA, *retirada.*

Policastro. Señor conde, á qué casa me traeis?

Ludovico. A la mia.

Policastro. A la vuestra? Pues hace dos dias que viviais en la plaza del mercado.

Ludovico. Sí, en casa de Juan Simonetta; pero has de saber que tengo dos casas, una secreta y otra pública.

Policastro. Buena precaucion para un conspirador.

Ludovico. Esta precaucion no tiene el motivo que supones, sino otro que vas á saber. — Constanza, te presento á un amigo de quien muchas veces te he hablado; Policastro el estatuario.

Policastro. Vuestra esposa! — Os doy el parabien, señor conde.

Constanza. Tiempo hace que sé el afecto que teneis á la familia de mi esposo, y espero desde hoy merecerlo tambien.

Policastro. Señora, podeis contar con mi fidelidad y mi respeto...

Ludovico. Está bien: Constanza, déjanos.

ESCENA III.

LUDOVICO. POLICASTRO.

Policastro. Aun no he vuelto de mi sorpresa! Vos estais casado, señor conde? Antes que vuestro hermano, ó despues?

Ludovico. Antes.

Policastro. Y por qué tenerlo secreto? — Pero perdonad mi

curiosidad: hablemos de vuestro hermano, que será sin duda para lo que me habeis llamado. Sé lo que le ha pasado: no he perdido tiempo, y mis amigos estan dispuestos...

Ludovico. Tus amigos...

Policastro. No me ha costado mucho el decidirlos á salvar á Octavio Manzoni. Todos saben que su accion fue justa y honrosa... y ademas se trata de un Manzoni, y vuestro nombre es muy popular: sois descendientes de una familia ilustre que en todos tiempos ha prodigado sus bienes y su sangre por defender la independencia de la patria. Sí...! vuestra sangre ha corrido en los cadalsos, en los campos de batalla, y siempre pura y con honor! el pueblo no lo ha olvidado... Con que yo aconsejo á los señores franceses que respeten el asilo donde se ha ocultado... y si le tocan á un cabello... infelices de ellos...! la mina está preparada, y una chispa la hará reventar.

Ludovico. Con riesgo de tu vida...!

Policastro. Ba...! qué importa mi vida? á nadie le sirve mas que á mi buena madre; y si yo la falto... ya sabrá la pobre vieja ir á ponerse á las puertas de la catedral, y yo fio de la gratitud de mis compatricios que no dejarán mendigar el sustento á la madre de Policastro.

Ludovico. Conozco tu decision y tu arrojo... Pero quizá, antes de obrár, hubieras debido consultarme... quizá has comprometido á mi hermano, pensando favorecerle.

Policastro. Cómo es eso?

Ludovico. Amigo mio, Milan no cuenta todavía muchas almas como la tuya... Aun no es tiempo: esperemos.

Policastro. Siempre esperando! Pero, y vuestro hermano? No veis que de un momento á otro pueden arrancarle del asilo en que está?

Ludovico. Esta noche marcho con él á Alemania.

Policastro. Eso habeis resuelto...! Bien: yo os acompañaré.

Ludovico. No; porque no tengo pase mas que para dos personas, y tú debes quedarte en Milan, donde puedes hacerme un señalado servicio.

Policastro. Hablad: cuál es?

Ludovico. El verdadero motivo que me ha obligado á ocultar mi matrimonio es que el padre de Constanza no queria concederme su hija, y he tenido que quitársela.

Policastro. Es posible?

Ludovico. Asi que nos casamos, fue preciso huir de sus pesquisas; pero si durante mi ausencia la descubriera, qué sería de mí?—Tú eres mi mejor amigo: á tí te confio la custodia de mi esposa y de mi hijo: contigo vivirán hasta que yo vuelva.

Policastro. Podeis fiar de mí, y marchar tranquilo.

ESCENA IV.

DICHOS. EL PRIOR. *Luego* CONSTANZA.

Prior. (*Azorado.*) Aqui estais, señor conde...! Loado sea Dios!

Ludovico. Padre...! qué agitacion...!

Policastro. Vos sois el prior del convento de agustinos...? el que ha dado asilo al noble marques Octavio...? Bien, padre, bien...! Dejadme besar vuestra mano.

Prior. En eso no hice mas que cumplir un deber que la religion me impone; y si el asilo de nuestro convento ha sido violado por manos impías, gracia á Dios no cae sobre mí la culpa!

Policastro. Cómo?

Ludovico. Qué decís?

Prior. Fuí llamado anoche á la cabecera de un moribundo que imploraba de mí los últimos consuelos de la religion, y tuve que pasar la noche fuera del convento. Juzgad de mi dolor y de mi indignacion cuando á mi vuelta sé que los emisarios del conde de Montfort, gobernador de Milan, se habian presentado á reclamar á vuestro hermano!

Ludovico. Gran Dios!

Prior. El que hacia mis veces, débil, ó impedido por la edad y los achaques, se intimidó á las amenazas, y el infeliz Octavio, arrancado de aquel asilo inviolable, va á ser juzgado por un consejo de guerra.

Ludovico. Ah! desgraciado! desgraciado!—Y sabeis cuándo debe comparecer?

Prior. Temo que sea hoy mismo. Pasando, poco há, por la plaza del Domo he visto un gran gentío delante de la casa de justicia, y alli corria la voz de que el consejo estaba reunido desde las cinco de la mañana.

Ludovico. Ah! no hay que perder un momento! Octavio

es milanés, y su enemigo era francés: esto basta para temerlo todo. Voy corriendo á interesar á mis amigos.

Prior. Prudencia, hijo mio!

Ludovico. Padre, yo apuraré todos los medios de conciliacion; pero si los jueces de Octavio son inflexibles... entonces, Policastro, soy enteramente tuyo.

Constanza. (*Saliendo.*) Ludovico...!

Ludovico. No puedo detenerme... El prior te contará lo que ha ocurrido. A Dios! (*Se va.*)

Constanza. Ah! acompañadle...! cuidad de él...! no le abandoneis!

Policastro. Voy, señora. Él cuenta con el empeño de sus amigos para salvar á su hermano: yo los conozco, y no cuento mas que con el pueblo: ese dará remedio. (*Se va.*)

ESCENA V.

CONSTANZA. EL PRIOR.

Constanza. Dios mio! Dios mio!

Prior. Vos, hija mia, ignorais lo que pasa?

Constanza. No: cuando entrásteis me acerqué á esa puerta, y todo lo he oido. Ya han llegado, padre, los infortunios que me habíais pronosticado! Octavio es perdido, y Ludovico querrá vengarlo!

Prior. Octavio no es perdido: hay una persona que puede salvarlo.

Constanza. Quién?

Prior. Vos. El conde de Montfort vuestro padre es presidente del consejo: id á echaros á sus pies, y pedidle el perdon del hermano de vuestro esposo.

Constanza. Ah! no conoceis á mi padre? no sabeis que es el mas justo, pero tambien el mas severo de los hombres? Ya os he contado mil veces en qué circunstancias abandoné la casa paterna: cuando estaba ajustado mi casamiento con el marques de Versac... Cuatro años han pasado desde aquel dia terrible; pero no creais que mi padre ha pensado en concederme el perdon. Y yo me he de poner en su presencia...? he de oir su maldicion...? Ah! esta idea me estremece...! Aunque me viera arrodillada á sus pies, no tendria fuerzas para hablarle!

Prior. Pues yo os digo que vuestro deber os manda acercaros á él. Consentireis en que muera sin haberle ofrecido una ocasion de que os perdone? Si no lo haceis como cristiana, como hija y como esposa... no lo hareis al menos como madre?

Constanza. Cielos!

Prior. Sí; porque vuestro hijo debe acompañaros en ese acto... y asi le asegurais con el perdon de vuestra culpa, sus bienes, su porvenir!

Constanza. Me resigno, padre...! Mi hijo irá conmigo; y si los remordimientos me hacen espirar á los pies de mi padre, él le estenderá sus inocentes manos, y acaso logrará enternecerle. Ah! sí: vuestro consejo es bueno: voy á seguirlo. (*Va por su hijo y se detiene.*) Pero no oís un rumor confuso?

Prior. (*Llegando á la ventana.*) El pueblo está conmovido: no lo estraño. Daos prisa.

Constanza. No correrá peligro mi hijo?

Prior. El hábito que visto os protejerá.

Constanza. Voy á buscarle. (*Se va.*)

Prior. Andad. — Yo espero que este paso tenga buenos resultados: tiempo hace que le hubiera dado, si el orgullo de su esposo no lo hubiese impedido.

ESCENA VI.

EL PRIOR. EL CONDE DE MONTFORT.

Montfort. (*Saliendo apresurado.*) Asilo... Ah! quien quiera que seais, dadme asilo!

Prior. Quién os persigue?

Montfort. El furor de ese populacho desenfrenado! Al salir del consejo, me he visto insultado, acometido... y ya próximo á perecer, pude tomar una calle estraviada y llegar hasta aqui, donde he visto una puerta abierta... Ya creo que han perdido mis huellas.

Prior. En efecto, en la calle no hay nadie; pero se oye rumor lejano...

Montfort. Es el pueblo que pide mi cabeza. El pueblo de Milan, valiente contra un hombre solo, y cobarde contra un solo tercio de soldados; pero yo le haré entrar en su deber! — A qué regla perteneceis, padre?

Prior. Soy prior de los religiosos agustinos.

Montfort. Ah! vuestro convento es el que sirvió de asilo á Octavio Manzoni...? á ese rebelde homicida? Bien, padre: el rey de Francia sabrá que habeis sido leál entregando al reo. (*Se sienta.*)

Prior. No tiene por qué agradecérmelo: yo estaba ausente del convento cuando se ha violado su recinto en nombre del rey cristianísimo. Si yo hubiera estado alli, primero le hubiesen demolido, piedra por piedra, que arrancar al infeliz del asilo sagrado!

Montfort. (*Levantándose.*) Ese lenguaje...

Prior. Debe tranquilizaros; porque os prueba que no soy capaz de entregar á nadie que se vea perseguido.

ESCENA VII.

DICHOS. CONSTANZA.

Constanza. Mi hijo espera: cuando gusteis, padre, podémos marchar...

Montfort. Mi hija!

Constanza. Mi padre! (*Cae á sus pies.*)

Montfort. Con que solo el acaso es quien podia hacerte venir á mis pies? Hé aqui la hija en que yo fundaba mi orgullo y depositaba todo mi amor! El cielo se ha encargado de vengarme...! ya veo que eres desgraciada.

Constanza. Ah! sí, lo era mientras he vivido lejos de vos...! Pero ahora que os veo, ahora que abrazo vuestras rodillas... si os dignais volver los ojos... no hácia mí, sino hácia ese inocente, cuyas caricias os moverán acaso mas que mi arrepentimiento, ah! entonces seré la mas dichosa de las mugeres...! (*Volviendo la cara á la puerta.*) Leonor... Leonor... trae á mi hijo..

Montfort. No, no...! alejad ese niño...! ese niño debió ser mi alegría y mi orgullo, y es mi vergüenza y mi oprobio! No le presentes á mi vista: yo no puedo ver en él sino el fruto de un crimen, el hijo de un infame raptor!

Prior. Caridad, señor conde!

Montfort. Padre, vos no sabeis cuán grande es su culpa.

Constanza. Sí la sabe: todo se lo he confesado; pero si conoce mi culpa, tambien ve correr mis lágrimas! Tam-

bien sabe que yo nunca hubiera abandonado la casa paterna si me hubiéseis concedido, no unirme al hombre que queria, sino acabar mi vida en un claustro. Esta sola gracia os pedí, y vuestra negativa me desesperó y me arrojó á una culpa... grande, muy grande, lo conozco! Pero, señor, si yo olvidé un momento que era hija vuestra, olvidareis vos por eso que sois mi padre? Ah! en memoria del cariño con que me habeis criado... en memoria de mi madre... de aquélla santa que nos está mirando desde el cielo, retractad esa maldicion que habeis dado por única respuesta á cuantas cartas os he escrito...! Sí, padre mio...! perdonadme...! perdonadme...!

Montfort. Y qué respuesta habia de dar á unas cartas en que ni siquiera me descubrias el nombre de tu seductor? No sé mas sino que es milanés, y que se ha arruinado fomentando rebeliones. Asi la sangre de Montfort, la mas noble de Francia, se ha mezclado á la de una familia de rebeldes vencidos. Tú misma... tú misma te estás avergonzando de ese enlace: qué mas prueba que la obstinacion con que callas el nombre de tu esposo!

Constanza. Hoy mismo os lo iba á descubrir.

Montfort. Cómo?

Constanza. Sí, señor: el prior iba á acompañarme á vuestro palacio á implorar vuestra justicia, á pediros gracia para otro antes que para mí.

Montfort. No te entiendo.

Constanza. Ayer, un milanés, que mató en duelo á un oficial francés en venganza de su honor ofendido, ha sido preso en el convento de agustinos...

Montfort. Octavio Manzoni...!

Constanza. El mismo.

Montfort. Infeliz...! es ese tu esposo?

Constanza. No; pero es su hermano, y vos sois su juez. Ah! no pronuncien vuestros labios su sentencia de muerte...! en ello va mi felicidad, mi vida! Yo me engañé cuando os dije que iba á pediros gracia para otro... no, padre mio, no es la vida de Octavio, es la mia, la mia la que vengo á pediros.

Montfort. La vida de Octavio...? Ignoras que la razon de estado impone obligaciones terribles...? Octavio Manzoni ha sido causa de un tumulto, y el interes de la Francia reclama su muerte...

Prior. (*A la ventana.*) Silencio!

Montfort. Qué hay?

Prior. La calle se llena de gente. — Un grupo, en que diviso á vuestro esposo, se ha parado á esta puerta. (*Murmullos dentro.*) Oís los gritos?

Constanza. Qué vienen buscando?

Montfort. Mi cabeza...! y voy á arrostrar el furor de la turba. No se dirá que el raptor de mi hija me ha hecho retroceder.

Constanza. Deteneos!

Prior. Aqui vienen...! Señor conde, ocultaos por Dios!

Constanza. Alli... alli!

Montfort. No: aqui espero á tu seductor!

Constanza. Ah! el pueblo os va á asesinar...! Entrad, entrad...! no me condeneis á ver derramar vuestra sangre! (*Ayudada del prior, lo hace entrar.*)

ESCENA VIII.

CONSTANZA. LUDOVICO. *Luego* POLICASTRO *y* PUEBLO.

Constanza. Ludovico...! eres tú...! que sucede?

Ludovico. Qué sucede? No lo adivinas en la palidez de mi rostro...? en lo trémulo de mi voz...? en los sollozos que me ahogan...? Qué sucede, Constanza...? Que mi hermano acaba de espirar en el cadalso! — Sí...! lo han muerto secretamente, como cobardes que son, en el patio interior de palacio...! Ah! hermano mio...! venganza...!

El pueblo. Venganza...!

Policastro. (*Saliendo con un arcabuz.*) Sí...! venganza! — Amigos, el tirano que le ha dado muerte, el infame Montfort se entró por esta calle... quizá se oculta en esta casa... Señora, habeis visto á ese hombre?

Constanza. No... yo no le he visto... os lo juro...! Ese que buscais no está aqui.

Policastro. Permitid que nos cercioremos. (*Dirígese á lo interior. — Preséntase el conde y el prior.*)

Todos. El conde!

ESCENA IX.

DICHOS. EL CONDE. EL PRIOR.

Montfort. Aqui estoy. Qué me quereis?

Policastro. Miserable! La sentencia de muerte que firmaste esta mañana es la tuya! (*Apuntándole.*)

Constanza. (*Poniéndose delante.*) No le mateis, que es mi padre!

Policastro y *el pueblo.* Su padre!

Constanza. Sí...! yo soy su hija!

Ludovico. Policastro, no incurramos en el crimen que queremos castigar. — Señor conde, tenemos cuentas terribles que ajustar; pero ahora sois mi huésped, y os debo amparo y proteccion. — Milaneses, retirad las armas.

Constanza. Lo veis, padre mio?

Montfort. No me obliga conservándome una vida que él me ha hecho aborrecible. (*Ruido dentro.*) Y ademas, ya vienen á mi socorro: ahora soy yo el que manda!

Un oficial. (*Dentro.*) Adentro, soldados!

El pueblo. Los franceses...!

Policastro. Compañeros...! quereis que empiece en este momento la independencia de la patria...?

Ludovico. Calla, infeliz, que te pierdes! (*Sale un oficial con soldados.*)

Oficial. Señor conde, el general nos envía en socorro vuestro: aqui teneis el decreto que ha dado contra él que se supone ser gefe de este motin.

Montfort. Bien está. Haced salir á esos hombres, y estad prontos á mi voz. Conde Manzoni, y vos, padre, quedaos.

Policastro. (*Aparte á Ludovico:*) Con que os empeñais...

Ludovico. Obedece.

ESCENA X.

LUDOVICO. EL CONDE. CONSTANZA. EL PRIOR.

Montfort. Este decreto os destierra de Milan y de todo el territorio ocupado por las armas del rey de Francia.

Prior. Señor conde...!

Constanza. Padre mio...!

Montfort. Constanza... yo debia olvidarte; pero eres desgraciada... y yo bastante débil para perdonarte.

Constanza. Cielos...!

Montfort. Pero con una condicion: que has de seguirme y firmar una súplica que enviaré á Roma, á fin de obtener la anulacion de tu casamiento. A este precio tu hijo

lo será mio... y por lo que hace al infeliz que te sedujo... haré revocar su destierro y el secuestro de sus bienes.

Constanza. Ludovico, á tí te toca responder... Qué prefieres? tus bienes y tu patria... ó tu esposa?

Ludovico. Ah...! (*La abre los brazos: Constanza se arroja en ellos.*) Conde de Montfort, mis bienes son mi esposa y mi hijo... estos, ya lo ves, no puede quitármelos la Francia.

Prior. Obrais como cristiano y caballero!

Montfort. Bien: esto acaba de romper los débiles lazos que aun me unian á ella... Bendito sea el cielo...! ya he dejado de ser padre!

Constanza. Ah...! no me dejeis esa horrible despedida...! padre mio...!

Montfort. Otra quieres? pues óyela. — Constanza! la familia á que te has unido está animada de un espíritu de rebelion que le será funesto. Tu esposo será víctima, como lo ha sido su hermano, y como lo será tambien tu hijo! Acuérdate de esta profecía. Criado en esos principios sediciosos, alimentado con el veneno de las conspiraciones, seguirá el destino de su raza, y le verás perecer en un motin popular, ó en un afrentoso cadalso!

Ludovico. Conde de Monfort...!

Constanza. Oh! qué horrible prediccion...! Perdon, padre mio...!

Conde. No hay perdon para los rebeldes! Tu hijo te hará conocer los tormentos que tú has causado á tu padre. Esta es la venganza que le pido al cielo! (*Se va.*)

ESCENA XI.

LUDOVICO. CONSTANZA. EL PRIOR.

Constanza. En un motin popular... ó en un afrentoso cadalso!

Prior. (*Haciéndola sentar.*) Hija mia... Dios no puede aceptar esa injusta maldicion...! tranquilizaos...!

Ludovico. Constanza...! esposa mia...! por segunda vez has sacrificado á mi amor los bienes de la tierra... Dios bendecirá tu noble sacrificio! Contigo, aun puedo esperar dias serenos en mi triste destierro. Ten valor! Mañana partiremos á España: la viuda de mi hermano y su po-

bre hija Julia nos acompañarán: voy á escribirla. Ea, enjuga esas lágrimas... piensa en tu hijo! (*Se sienta á escribir.*)

Constanza. (*Aparte.*) Mi hijo...! ya no puedo pensar en él sin estremecerme!

Prior. Mi deber me llama al convento: permitid que os deje.

Constanza. (*A media voz con misterio.*) No, padre, no... quedaos... sabeis que esa prediccion de mi padre...! ah! es una idea aterradora que muchas veces me habia ocurrido!—Quedaos... tengo que pediros un consejo... (*Mirando con recelo á su esposo.*) un favor quizá que vos solo podeis hacerme.

Prior. Me quedo, señora.

Ludovico. (*Levantándose con la carta.*) Genaro...! (*Sale un criado.*) Toma: lleva esta carta á la viuda de mi hermano. Pronto! (*Vase el criado.*)

Constanza. (*Entre sí.*) Hijo mio!

ESCENA XII.

DICHOS. POLICASTRO.

Policastro. (*Tirando el arcabuz.*) Ah! cobardes...! cobardes...!

Ludovico. Qué es eso?

Policastro. Bien decíais, señor conde...! los milaneses no merecen la independencia...! ninguno me ha seguido...! los soldados franceses se los llevan por delante como vil rebaño!

Ludovico. Y por eso desesperas del porvenir?

Policastro. Yo...? si asi pensara, me hubiera hecho matar. (*Oyese á lo lejos una música fúnebre que se va acercando, y vuelve luego á alejarse.*)

Ludovico. Oyes...? ese es un cántico funeral!

Palicastro. Sí, señor; os lo venia á decir: es el cadáver del martir que la nobleza de Milan conduce al sepulcro de sus antepasados.

Ludovico. Octavio...! mi hermano...! (*Asomándose á la ventana.*)

Prior. (*Arrodillándose delante de la ventana.*) Pidamos á Dios por él, hija mia!

Constanza. (*Imitándole.*) Señor...! recíbele en tu seno!

Ludovico. Oh! hermano mio...! Dios te dará en el cielo la palma de los mártires! Yo juro sobre tu sepulcro odio eterno á tus asesinos...! Juro vivir para vengar tu muerte!

Constanza. Gran Dios!

Policastro. Sí...! la vengaremos!

Ludovico. (*Volviéndose hácia la puerta interior.*) Y tú, Fernando, hijo mio...! desde esa cuna en que reposas mira este espectáculo y grábalo en tu memoria...! Mira esos religiosos, mira esos blandones...! ese paño negro y esa cruz blanca...! ahí llevan el cadáver de Octavio... de tu tio que tanto te amaba...! y que ha muerto asesinado por los franceses. No olvides este crimen...! y si yo sucumbo en la demanda, tú, aleccionado con mi ejemplo, crece, hijo mio, crece para vengarlo!

Constanza. (*Aparte.*) Ah! no! mi hijo no será martir de ninguna venganza...!

FIN DEL PRÓLOGO.

Acto primero.

PERSONAS.	ACTORES.
EL CONDE LUDOVICO MANZONI.	*Don José Garcia Luna.*
CONSTANZA.	*Doña Matilde Diez.*
FABIO.	*Don Julian Romea.*
POLICASTRO.	*Don Pedro Sobrado.*
JULIA.	*Doña Teodora Lamadrid.*
GASTON.	*Don José Diez.*
JUAN SIMONETTA.	*D. Luis Fabiani.*
EL PRIOR.	*Don Lázaro Perez.*
GREGORIO.	*Don Antonio de Guzman.*
UN OFICIAL.	*Don Juan Fernandez.*

NOBLES, PUEBLO, SOLDADOS.

Milan, 1525.

Jardines del palacio de Manzoni.

ESCENA PRIMERA.

JULIA. DOS LACAYOS. VARIOS PEREGRINOS.

Julia. (*Distribuyendo limosna.*) Tomad, hermanos: el conde Manzoni os da este socorro para que continueis vuestro viaje á Roma. Ea, andad, y el Señor vaya con vosotros. (*Los lacayos los despiden.*) Ahora que he cumplido este deber, voy á pensar en componerme un poco para el baile... Y con poca gana! — La persona á

quien yo quisiera parecer bien no estará en la fiesta...! pero en fin, tampoco es cosa de espantar á los demas. (*Al volverse se halla con uno de los peregrinos, que no se ha marchado: es Policastro.*) Ah...! qué susto me ha dado! — Hermano, no seguís á vuestros compañeros? no teneis bastante con el socorro que habeis recibido?

Policastro. Al contrario, señora: á mí me alcanzan mas que á ningun otro las liberalidades del señor conde: por eso quisiera verle para darle las gracias... No podreis hacer que le hable?

Julia. Cómo os llamais?

Policastro. No me conoce por mi nombre: nunca se lo pregunta al infeliz á quien socorre.

Julia. Es que por hoy...

Policastro. Ya me hago cargo de vuestra repugnancia: el señor conde tiene motivos para mostrarse receloso: su preciosa vida está continuamente amenazada por enemigos ocultos: antenoche, tres asesinos le acometieron al pasar por el puente nuevo...

Julia. Es verdad; y un desconocido se puso á su lado y lo salvó. Fuísteis vos acaso?

Policastro. No, señora; no tuve esa dicha; pero estoy pronto á dar mi vida por él, como la hubiera dado hace diez y seis años por salvar al conde Octavio vuestro padre.

Julia. Mi padre...! Cielos...! vos le conocísteis?

Policastro. Sí, señora!

Julia. Ah! quién pudiera decir lo mismo! cuando murió, yo no tenia mas que algunos meses.

Policastro. No os aflijais. Os he recordado ese triste suceso para probaros que debeis tener confianza en mí, y que podeis sin recelo decir á vuestro tio...

Julia. Aqui viene con el señor Juan Simonetta.

Policastro. Me permitís que le espere?

Julia. Aunque quisiera evitarlo... ya estan aqui. (*Policastro se retira al fondo.*)

ESCENA II.

DICHOS. LUDOVICO. SIMONETTA.

Ludovico. Y bien, Julia, has cumplido ya con la obra de caridad que te encomendé? (*Abrazándola.*)

Julia. Sí, tio; pero...

Simonetta. La noble sobrina del señor conde Manzoni se dignará recibir el homenage de su mas humilde siervo y proveedor.

Julia. Gracias, señor Juan.—Tio, uno de los peregrinos deseaba hablaros...

Ludovico. Esta noche...? no tengo tiempo. (*A Policastro.*) Hermano, otra vez será: volved mañana.

Policastro. (*Descubriéndose.*) Es que lo que tenia que deciros es cosa urgente.

Ludovico. (*Sorprendido.*) Gran Dios!

Julia. Qué es eso?

Ludovico. Nada... nada...

Policastro. (*Alargando la mano á Simonetta.*) Señor Juan Simonetta...

Simonetta. Qué...? (*Despues de mirarlo.*) Ah...!

Policastro. Una lismona, si sois servido.

Ludovico. Julia, hija mia, déjanos.

Julia. (*Aparte.*) Qué misterios...!

ESCENA III.

LUDOVICO. SIMONETTA. POLICASTRO.

Ludovico. Eres tú, Policastro?

Policastro. Yo, señor conde, yo.... y siempre el mismo. Os asombra el verme...? no lo estraño. Entrar en Milan, á pesar del decreto de proscricion que ha hecho subir á mil ducados el valor de mi cabeza...! Aqui se la traigo al que la busque.... y vengo dispuesto á entenderme con los chalanes.

Ludovico. Imprudente! Cuando yo tengo pedido tu indulto, y estoy á punto de conseguirlo, vas á hacer con tu temeridad...

Policastro. Mi vuelta era oportuna, y ahora os diré por qué.—Dejad que primero bendiga al acaso feliz que, en

el momento de poner el pié en Milan, nos reune á los tres en parage seguro. Podemos aqui entendernos, y llevar adelante el negocio.

Simonetta. Policastro... cuidado con lo que hablas...! Tú eres como el pájaro en la rama, que no teme ni debe, porque de un vuelo... pif...! se larga; pero nosotros...

Policastro. Hola! vosotros...!—Pues no eras tú, Juan Simonetta, quien ponias el grito en el cielo porque los franceses habian arruinado tu comercio? Ya no te parecen tan tiranos, desde que te has hecho rico, y será cosa de que no contemos contigo, eh?

Simonetta. No digo eso, hombre! pero...

Policastro. Y vos tambien, señor conde, con ese silencio me dais muy mala espina. Tambien vuestra suerte ha cambiado. El conde de Montfort, á la hora de la muerte, tuvo un acceso de ternura paternal, y obtuvo del rey de Francia que os restituyese á Milan, y os devolviera vuestros estados. Fatal indulto, y fatal restitucion, si por ello os han ganado nuestros tiranos, si habeis olvidado la sangre de Octavio que no cesa de pedir venganza, y en fin, si creeis que la patria es libre, porque vos sois feliz!

Ludovico. Feliz...! puedo serlo con semejante recuerdo...? puedo serlo al considerar que perdí mi hijo, y que mi nombre morirá conmigo? Ah! tú no sabes lo que yo pienso, y lo que padezco!

Policastro. Perdonad; vos pensareis como es debido; pero vuestra esposa es francesa, y no tiene el mismo interes que nosotros en la libertad de la Lombardía.

Ludovico. Policastro, no hables asi de mi esposa: á ella debo la escasa dicha que disfruto en la tierra... Si quieres que seamos amigos, empieza por respetarla. (*Se sienta.*) En cuanto á las causas que me hacen observar esta conducta, júzgalas tú mismo. Las contínuas sediciones, siempre ahogadas y vencidas, han hecho derramar á la patria harta sangre generosa. De cinco años á esta parte... desde tu ausencia, Milan está tranquilo: no trates, pues, de suscitar estériles revueltas... Los franceses no desean mas que un pretesto para levantar nuevos cadalsos.

Policastro. Con que renunciais á vengar á vuestro hermano?

Ludovico. No! pero antepongo la tranquilidad de mi pa-

tria á mis odios personales, y espero con paciencia una ocasion favorable: Dios es justo: la ocasion se presentará.

Simonetta. Soy de la opinion del señor conde: en presentándose la ocasion favorable, yo seré el primero...

Policastro. Sí...? pues alegraos, porque la noticia que traigo debe alentar los ánimos: jamas se presentará mas favorable ocasion!

Simonetta. Cómo?

Ludovico. Qué dices?

Policastro. En mis peregrinaciones he visitado la España: alli he tenido ocasion de ver al monarca mayor de la tierra, al grande emperador Carlos V, y he sabido que unido en santa liga con el Papa Leon X para libertarnos del yugo de la Francia, nos ha enviado un poderoso ejército, y ha resuelto poner en el trono de Milan á Francisco Esforcia, descendiente de nuestros antiguos soberanos.

Ludovico. Qué dices...? Será cierto...?

Policastro. Yo he seguido al ejército español... yo le he visto campar en Lombardía...

Ludovico. Será posible que el gobernador lo ignore...?

Policastro. En todo caso, lo sabrá al mismo tiempo que vos, porque yo he hecho tanta diligencia como el mejor correo.

Ludovico. Él me ha ofrecido asistir á la fiesta que doy esta noche... será por disimular.

Policastro. Sin duda alguna, porque tambien sé que gran parte de los tercios que guarnecen á Milan han marchado ya, llamados al campamento del rey de Francia Francisco I.—No puede ofrecerse mejor ocasion: aprovechemos el espanto en que debe haberlos puesto la noticia, y demos el golpe: en tan bella coyuntura, dudar sería un crimen!

Ludovico. Dices bien, Policastro! ya no es tiempo de titubear. (*Dándole la mano.*) Sí, te lo juro, obraremos de acuerdo.—Pero ya oigo ruido... mis convidados empiezan á llegar. Simonetta, llevad adentro al nuevo huésped... haced que se ponga otro vestido... y cuidado! prudencia!

Simonetta. (*Aparte.*) Buena comision me da!—Vamos, mi querido Policastro?

Policastro. Cuándo nos veremos?

Ludovico. Pronto... ponto... Anda!

Policastro. A Dios, noble conde...! Siempre conté con vos!

Ludovico. Anda... anda. (*Policastro y Simonetta se van por lo interior.*)

ESCENA IV.

LUDOVICO. CONSTANZA. JULIA.

Constanza. Te buscaba, Ludovico; porque Julia me dijo que habia aqui un peregrino...

Ludovico. Ahora acabo de despacharlo.

Constanza. Y qué queria ese hombre, que tanto afan tenia por verte?

Ludovico. Iba á marchar á Alemania, y queria que le diese recomendacion y socorros: nada mas.

Constanza. Nada mas?

Ludovico. Dudas de mí?

Constanza. No dudo; pero recelo!

Ludovico. Siempre has de estar soñando peligros...!

Constanza. En tu mano tienes el tranquilizarme.

Ludovico. Y qué he de hacer para ello?

Constanza. Proponer á tu sobrina el casamiento de que te he hablado.

Ludovico. Y por qué no se lo propones tú?

Constanza. Porque tú ejerces sobre ella mas ascendiente que yo.

Ludovico. Casar á la hija de Octavio Manzoni con un francés!—En fin, puesto que lo quieres...

Julia: (*Que ha estado cogiendo flores.*) Tia, mirad qué ramillete os estoy haciendo!

Constanza. Gracias, Julia.

Ludovico. Quédate... estamos hablando de tí.

Julia. Bien ó mal?

Ludovico. Julia, es preciso que pensemos en casarte.

Julia. A mí...!

Ludovico. Sí. Si te ofreciese su mano un caballero noble, jóven, rico... como si dijéramos Gaston de Foix, el sobrino del gobernador...

Julia. (*Aparte.*) Cielos!

Ludovico. Qué dirias?

Julia. Hablais con formalidad?

Ludovico. Sin duda.

Julia. Pues bien, tio, diria que los franceses asesinaron á mi padre y mataron de pesadumbre á mi madre; y que Gaston es francés. No tengo mas respuesta que daros.

Ludovico. (*Aparte.*) Ya me la esperaba yo.

Constanza. Julia...!

Julia. Querida tia, perdonad que hable asi de vuestros compatricios... Esto no puede entenderse con vos, que sois un angel de bondad... y ademas, vuestra patria es ya la de vuestro esposo.

Constanza. Julia...! quién volverá la paz al mundo si las mugeres hablan tambien de odios y venganzas...? El casamiento que te proponemos lograria tal vez cicatrizar dolorosas heridas... tal vez te destinaba el cielo á ser angel de reconciliacion entre dos paises enemigos... Pero aun no creo que sea esa tu resolucion definitiva... mucha pena me causaria!

Ludovico. Vamos, vamos, no la riñas... Ya creo que llegan gentes, y conviene presentarnos: ven, Constanza, ya hablaremos de esto en otra ocasion.

Julia. En concluyendo de haceros el ramillete voy corriendo.

Constanza. Olvidar y perdonar, Julia...! ese es el deber de las mugeres!

ESCENA V.

JULIA. *Luego* FABIO.

Julia. Mi pobre tia...! Cuánto me cuesta tener secretos para con ella...! porque la verdad es que yo no la he dicho mas que la mitad de los motivos que tengo para negarme... Y cómo la he de descubrir la otra mitad? Un jóven que apenas conozco... que aun no hace un mes que le vi por primera vez en la iglesia de Santa María... y sin embargo, le amo ya, y creo que le amaré toda mi vida. (*Aparece Fabio, cubierto el rostro con una máscara.*) Tiene un modo de espresarse tan noble, tan franco... un aire tan magestuoso... imposible que no sea caballero! (*Viéndole.*) Ay...!

Fabio. (*Quitándose la máscara.*) No os asusteis, Julia.

Julia. (*Aparte.*) Él es!

Fabio. Cúanto no debo bendecir al acaso que me ha guiado hácia esta parte de los jardines!

Julia. Vos aqui...! pero estais convidado?

Fabio. No, por cierto! Aqui me he entrado por mi linda cara.

Julia. Cómo! no estais convidado, y me lo decís asi, con esa frescura? No conoceis que es una temeridad?

Fabio. Sí lo conozco; pero pensais qué hay algo en el mundo que me hubiera hecho desperdiciar esta ocasion de veros y hablaros? Vaya, vos no me conoceis!

Julia. Es verdad: hasta ahora no me habia creido con derecho ni aun para preguntaros vuestro nombre; pero ya...

Fabio. Quereis que os lo diga?

Julia. O de lo contrario, tendré que retirarme...

Fabio. No, quedaos.—La pregunta que me haceis está muy puesta en el orden, y quiero apresurarme á responderos. Yo me llamo Fabio.

Julia. Fabio...?

Fabio. No os parece bonito el nombre?

Julia. Pero lo que me interesa saber es el apellido de vuestra familia.

Fabio. En lo tocante á ese capítulo, me es absolutamente imposible satisfacer vuestros deseos.

Julia. Cómo?

Fabio. No hay mas!—Yo tengo algo en mi corazon que me dice que soy noble, que soy caballero... y alguno me lo ha dicho tambien; pero no conozco ni á mi padre ni á mi madre.—Fabio, á secas: asi me llaman... y asi firmo.

Julia. Pero algun cargo, alguna categoría tendreis en el mundo...

Fabio. Oh! eso sí!—Soy novicio del convento de agustinos.

Julia. Cielos...! qué decís?

Fabio. Habeis apelado á mi franqueza, y no debeis enfadaros, porque os he dicho la verdad.

Julia. Con que vivís en un convento?

Fabio. Os causa estrañeza...? Pues digo, y á mi?—Me destinaban para fraile; pero desde que he cumplido los veinte años, me ha entrado una aversion al coro y al claustro... y por remate de fiesta he dado en amaros

con tanto estremo, que primero me daria á todos los demonios...

Julia. Qué decís...?

Fabio. Perdonad...! ya veis qué vocacion de fraile! Pero en todas partes se puede servir á Dios; y yo estoy seguro de que á vuestro lado le serviria á las mil maravillas.

Julia. Y segun veo, la regla de vuestro convento no es muy estrecha.

Fabio. Uf...! estrechísima! Pero un amigo, que fue novicio, y volvió á salir al mundo, por muerte de su hermano mayor, me da dinero y me presta sus vestidos... bajo la promesa que le he hecho de portarme con juicio y prudencia... No...! y le cumplo la palabra!

Julia. Ya se conoce!

Fabio. El dinero me sirve para seducir á Gregorio, portero del convento; y los vestidos... ya los veis: y muy ricos...! me hallo mejor con ellos que con el hábito de estameña. Luego que anochece me escapo del convento, y recorro la ciudad respirando aire libre y gozando de libertad! Asi fue como os conocí, Julia mia! — Esta noche, no hallándoos en la iglesia, segun costumbre, me dirigí á este palacio, supe que vuestro tio daba un baile... y ahora bendigo mil y mil veces la ocurrencia que tuve de entrarme por los jardines!

Julia. Y no teneis esperanza de conocer á vuestros padres?

Fabio. Qué sé yo! Me han dicho que ellos tienen poderosas razones para ocultar su existencia; que de mi retiro depende la tranquilidad de mi madre... Pobre madre! cuánto padece!

Julia. De dónde lo sabeis?

Fabio. De mi nodriza; una buena muger, que me inspira mucho amor y respeto... pues lo que es yo, aunque dicen que mis primeros años los pasé al lado de mis padres, no me acuerdo de nada, de nada absolutamente! Mi buena nodriza viene á verme todas las semanas: algunas veces me trae cartas de mi madre, que me exhortan á la resignacion... y yo me resigno, como veis.

Julia. Y no podeis calcular en qué tiempo mudará vuestra suerte?

Fabio. No, Julia!

Julia. Qué desgracia...! Habeis de saber que solicitan mi mano...

Fabio. Es posible?

Julia. Y pronto tendré que decidirme. Qué he de hacer...? cómo he de confesar... que ya mi corazon...

Fabio. Es verdad...! Un novicio del convento de agustinos, no es el partido mas ventajoso... Vamos, mi situacion es desesperada, y es preciso salir de ella. Mañana por la mañana debo ver á mi nodriza; yo la obligaré á que se esplique... y para poder participaros su respuesta, prometedme que mañana á la noche me esperais aqui...

Julia. Estais en vos?

Fabio. Es indispensable... y ya tengo el medio de entrar: ese cercado da al paseo; yo le escalaré fácilmente... y vos vendreis, no es verdad...? Esta cita os la doy en interes vuestro, porque á vuestro honor, á vuestra tranquilidad importa saber cuanto antes si el hombre que amais es digno de vos... Ah! no me negueis esta súplica...! de rodillas os lo pido! (*Aparece Gaston.*)

Julia. Por Dios, Fabio...! levantaos...! si viene alguno... Cielos...! (*Se va apresurada.*)

ESCENA VI.

GASTON. FABIO.

Gaston. Me gusta!

Fabio. (*Poniéndose la máscara.*) Maldito importuno!

Gaston. No os molesteis: seguid asi: estais muy airoso en esa postura.

Fabio. Creo que se burla!—Caballero, vuestra llegada ha sido inoportuna, y vuestra observacion es necia: mejor hubierais hecho en seguir vuestro camino y callar.

Gaston. Los jardines estan abiertos á todos los convidados.

Fabio. Es cierto; pero un caballero cortés se hubiera alejado primero que avergonzar á una muger.

Gaston. Es que á mí me interesaba saber quién era la muger.

Fabio. Y qué derechos juzgais tener sobre ella?

Gaston. Y quién sois vos para preguntármelo?

Fabio. Quién soy? Esa es pregunta á que no me acomoda responder; y que por mi parte escuso de haceros, porque ya conozco en la arrogancia que sois francés.

Gaston. Pues no olvideis que los franceses son vuestros amos.

Fabio. Nuestros amos...? Eso falta probarlo.

Gaston. Por última vez te mando que me digas tu nombre, ó te arranco la máscara.

Fabio. Te desafio á averiguar lo primero... ó á tocar á lo segundo!

Gaston. Pues en guardia!

Fabio. Ya estoy!

Constanza. (*Que ha salido un momento antes.*) Cielos...! esa voz...! (*Llamando.*) Socorro...! socorro...!

Gaston. Temerario...!

Fabio. (*Riñendo.*) Ya se alborotó la casa...! dónde diablos me he metido!

ESCENA VII.

DICHOS. LUDOVICO. JULIA. CABALLEROS. *Luego* POLICASTRO *y* SIMONETTA. CONSTANZA *se pone la máscara.*

Ludovico. Qué voces son estas...? Un duelo...!

Fabio. (*Aparte.*) Este es el conde Manzoni...?

Julia. (*Aparte.*) Qué habrá hecho...?

Ludovico. Cómo...! Sois vos, señor Gaston?

Gaston. Yo, querido conde, que trataba de castigar á un insolente.

Ludovico. Y quién...?

Gaston. Uno, cuyo nombre me direis vos, porque él no ha querido declararlo.

Fabio. (*Aparte.*) Que lo diga: yo me alegraré mucho de saberlo!

Ludovico. No acabo de conocer...

Gaston. Obligadle á que se descubra, porque ese empeño en permanecer oculto empieza á darme que sospechar; y este misterioso personage pudiera muy bien ser alguno de los parciales de ese infatigable fautor de motines, ese famoso Policastro, de cuya llegada tiene ya noticia el gobernador.

Policastro. (*Apareciendo ricamente vestido.— Aparte.*) Tan pronto!

Constanza. (*Aparte.*) Cielos...! Policastro en Milan!

Ludovico. (*Acercándose á Fabio.*) Caballero, en cualquiera otra ocasion hubiera respetado vuestra máscara; pero ya veis las sospechas que habeis inspirado... Quién sois?

Fabio. (*Aparte.*) Otra pregunta...? Y van tres.—(*Llevándo al conde á un lado.*) Antenoche, en el puente, viéndoos acometido de tres asesinos, hallásteis un hombre que os defendió, y á quien disteis este anillo.

Ludovico. Cielos!

Fabio. Ese hombre desea que no le pregunteis su nombre, porque no puede decirlo. (*Aparte.*) Y tanto que no puede!

Ludovico. Señor Gaston, yo respondo de este jóven: no hay necesidad de que declare su nombre.

Gaston. Por mediar vos, consiento en ello.

Julia. (*Aparte.*) Ah! se ha salvado!

Constanza (*Aparte.*) Qué le habrá dicho?

Fabio (*Yéndose.*) Vámonos al convento. Pero yo confirmaré mis sospechas, orgulloso francés, y nos veremos las caras! (*Se va.*)

Constanza. (*Al conde.*) Policastro está en Milan... y era aquel peregrino... no es cierto?

Ludovico. No, Constanza...

Constanza. (*Viendo á Policastro, que se ha acercado.*) Ah...! miradlo!

Policastro. (*Saludándola.*) Señora...!

Ludovico. Al baile, señores, al baile.

Constanza. (*Quedándose sola.*) Otra conjuracion se trama...! y él estaba aqui...! Ah! mañana veré al prior!

Acto segundo.

Interior del convento de agustinos.

ESCENA PRIMERA.

FABIO. *Luego.* GREGORIO.

(*Óyese una campana: los frailes van pasando por la escena: Fabio, que va el último, se queda.*)

Fabio. Ya se fueron: bueno: Si estará mi hombre en la bodega echando algun trago? (*Llamando á una puerta.*) Gregorio...!

Gregorio. (*Saliendo.*) Quién me llama? Ah! que es el hermano Fabio.

Fabio. Pues quién diablos ha de ser?

Gregorio. No diga esas cosas...! Ave María Purísima...!

Fabio. Vamos, no te escandalices y escúchame con atencion. Tú querrás echar un trago...?

Gregorio. Y á qué viene esa pregunta?—Algun pecado gordo me vais á hacer cometer. Vos sereis causa de que yo me condene.

Fabio. Para eso no necesitas tú de nadie. Entérate bien de lo que voy á decirte.

Gregorio. Veamos. Pero mirad que no doy palabra...

Fabio. Vas á la iglesia de Santa María...

Gregorio. Cómo es eso...! á la iglesia...

Fabio. Sí: junto al tercer confesonario de la derecha hallarás una vieja que está siempre allí: se llama Catalina, lleva manto negro; la verás de rodillas, que te edificará.

Gregorio. Es alguna santa...?

Fabio. Asi asi. Le darás esta carta y este ducado.

Gregorio. Las dos cosas son para ella?

Fabio. No: el ducado no mas. La dirás que vaya inmediatamente al palacio del conde Manzoni, ya sabes dónde está.

Gregorio. Ya lo sé; pero...

Fabio. Déjame acabar. Que pregunte por la doncella Leonor, que le dé la carta y aguarde respuesta: tú la recoges y me la traes.

Gregorio. Ba, ba...! Guardad vuestra carta: ya entiendo el negocio: yo no me encargo de semejante comision.

Fabio. Con que no quieres?

Gregorio. No.

Fabio. No alcanzo el motivo.

Gregorio. Vaya...! Me tomais por algun... y la moral...! Sabeis que si el padre prior lo llega á saber...

Fabio. Y quién se lo ha de decir?

Gregorio. Ya; pero mi conciencia...

Fabio. (*Dándole unas monedas.*) Déjate de escrúpulos...! Qué demonios...

Gregorio. Ay Vírgen Santa...! no nombreis al enemigo.

Fabio. Vamos, te decides, no es cierto?

Gregorio. Y qué he de hacer...? pero me meteis en unos laberintos.

Fabio. Si prefieres dejarme salir...

Gregorio. En mitad del dia...! no faltaba mas. Vaya, dadme la carta... Ahi viene el padre prior.

Fabio. (*Dándole la carta.*) Dios me favorezca! sermon tenemos... Yo me escapo. (*Yéndose.*) Acuérdate bien... la vieja que está junto al tercer confesonario... la doncella Leonor... y vuelve pronto.

Gregorio. Bien, bien, marchaos.

ESCENA II.

GREGORIO. EL PRIOR.

Prior. Gregorio, aguardad un instante; tengo que hablaros.

Gregorio. (*Con humildad.*) Aqui estoy, padre prior.

Prior. Hay en el convento algunos novicios que aun no han desechado enteramente las tentaciones del mundo; y es necesario, para que esta santa casa no se convierta en lugar de escándalo, tener con ellos la mayor vigilancia. Las funciones que vos desempeñais...

Gregorio. En cuanto á eso, padre, no tengais el menor cuidado: como encargado de la portería, ya sé mi obligacion.

Prior. Pues sin embargo tenia que deciros que ayer noche un novicio salió clandestinamente del convento.

Gregorio. (*Aparte.*) Ya lo ha olido.

Prior. Y si he de dar crédito á ciertos informes, la cosa se ha repetido varias veces.

Gregorio. (*Fingiendo sorpresa.*) Con unas paredes de 25 pies de altura...! mucho me temo, padre nuestro, que os han inducido en error.

Prior. No me han engañado, Gregorio; y vos lo sabeis mejor que nadie, porque sois quien le ha abierto la puerta.

Gregorio. Yo?

Prior. Y el novicio es Fabio.

Gregorio. (*Aparte.*) Me perdí. — Ah...! El hermano Fabio...? Ah...! sí, señor, padre, sí, señor, es verdad, le dejé salir... porque me dijo... yo no me acuerdo lo que me dijo... pero lo que me dijo me pareció tan puesto en el orden y... vamos, que no tenia respuesta, y como sé que vos le quereis mucho, me dejé ir... digo, le dejé ir... yo que no abro la puerta á una mosca...! y bien pensado, hice mal: verdad que hice mal...?

Prior. Muy mal...! Vos no sabeis cuánto interesa la conservacion de ese jóven.

Gregorio. Perdonad, padre prior: yo no sabia... (*Suena la campana de la portería.*)

Prior. Id á ver quién llama. (*Vase Gregorio.*) — No conviene que esto se trasluzca; y con la reprension que le he dado al portero, ya creo que no se atreverá... Quién llamaba...?

Gregorio. Una muger.

Prior. Ya sé quién es. Hacedla entrar.

Gregorio. Voy.

Prior. Por esta vez, Gregorio, quédese asi la cosa, pero si volveis en adelante...

Gregorio. No saldrá mas, padre prior. No tengais cuidado.

Prior. Bien: id á abrir.

Gregorio. (*Aparte.*) Y en cuanto á recados, este de la carta será el último; y eso porque se lo he ofrecido, y cuando un hombre ofrece... (*Se va.*)

Prior. Pobre condesa...! nada quiero decirla; mas vale que lo ignore.

ESCEÑA III.

EL PRIOR. CONSTANZA.

Prior. Qué agitacion, señora! qué ha ocurrido...?

Constanza. Y vos me lo preguntais...! Dónde está Fabio...? Ayer y muchas otras veces se ha escapado del convento... no me digais que no: yo le he visto. Decidme, ha vuelto?

Prior. Sí señora.

Constanza. Bendito sea Dios...! pero á qué saldrá...? Si se encuentra conmigo y me reconoce...! Ay padre...! es esto lo que me habiais ofrecido...! acordaos en qué circunstancia os lo entregué: cuando mi esposo, mostrándole el cadáver ensangrentado de su hermano, queria consagrar la vida de aquel angel inocente al odio y á la venganza, en tanto que resonaba en mis oidos aquella tremenda despedida de mi padre... "Tu hijo morirá en algun motin popular ó en un afrentoso cadalso." Yo juré que aquella prediccion no se cumpliria, y vos repetísteis mi juramento: lo habeis olvidado...? Será en vano que me haya separado de mi hijo, que haya hecho creer á mi esposo que nos lo robaron, acusando á mi padre de ese crimen...? Bien lo sabeis: yo tuve valor para calumniar á mi padre, para firgir lágrimas... Ah...! era madre, y hubiera engañado al mismo cielo por salvar á mi hijo...! Marché al destierro sin temer por él. A vuestro lado y con el nombre de Fabio esperaba yo que se criase en el amor del estudio y de la virtud, á fin de poder presentársele á su padre en tiempos mas felices. Engañosa ilusion...! Nuestro destierro ha acabado; pero los odios viven, y mi hijo, mi hijo...! ese bien que yo escondia como el avaro esconde su tesoro, veo que estoy próxima á perderle... veo que un solo dia va á

destruir el fruto de 18 años de afanes...! Mirad si es justa mi desesperacion...! Desde anoche las lágrimas me ahogan! y apenas me he visto libre, he venido á derramarlas en vuestro seno y á daros amargas quejas. Padre mio, qué habeis hecho, qué habeis hecho de mi hijo...?

Prior. Tranquilizoas, señora, tranquilizaos. Salió efectivamente anoche por una condescendencia del portero, á quien ya he reprendido; pero su ausencia fue corta, y le conozco bastante para poder afirmaros que ese paso, aunque imprudente, no os debe inquietar.

Constanza. Padre mio, las discordias civiles, aplacadas un momento, estan á punto de estallar otra vez. El emperador Carlos V ha enviado un ejército contra los franceses, y Policastro está en Milan!

Prior. Es posible!

Constanza. Sí: las revueltas van á empezar, y el corazon me dice que mi hijo ha de perecer en ellas.

Prior. Creis que tomará parte?

Constanza. Juzgadlo por lo que os voy á decir. Le he encontrado en una casa que es el foco de las conspiraciones, y á punto de batirse con un oficial francés.

Prior. Fabio...?

Constanza. Sí: la sangre de Manzoni empieza á hervir en sus venas.

Prior. Yo le interrogaré ahora mismo. Lo que acabais de contarme trastorna todos mis planes y mis esperanzas. Voy á poner en práctica un proyecto que debe desengañar á uno de los dos: ocultaos aqui dentro, y escuchad. (*Éntrase un momento.*)

Constanza. Os obedezco.

Prior. Voy á hacerle llamar.

Constanza. (*Aparte.*) Ah! sea cual fuere el resultado de esta entrevista, llevaré adelante lo que me he propuesto: es un sacrificio cruel; pero no hay otro remedio!

Prior. Aqui viene; entrad, y espero que cesarán vuestros temores.

Constanza. (*Entrando.*) Dios lo quiera!

ESCENA IV.

EL PRIOR. FABIO.

Fabio. Sin duda me llaman al refectorio. — Qué veo! el prior...! No me escapo del sermoncito!

Prior. Acércate, hijo mio.

Fabio. (*Aparte.*) Qué gesto! si habrá averiguado...?

Prior. Tengo que hablarte de cosas que te interesan.

Fabio. (*Aparte.*) Dicho y hecho!

Prior. Dias pasados, Fabio, cumpliste los 20 años, y pronto acabará tu noviciado. Quisiera saber á qué estado te sientes inclinado: ya es tiempo de que te decidas.

Fabio. Lo mismo estaba yo pensando, padre: ya es tiempo de tomar un partido, y que sepa á qué atenerme. Y una vez que se trata de que manifieste mi voluntad, empezaré por deciros lisa y llanamente que no tengo maldita la aficion á los conventos.

Prior. Cielos...! es posible...!

Fabio. Maldita.

Prior. Piensas ser mas feliz en la vida del siglo...?

Fabio. Yo no sé: pero probaremos.

Prior. El hombre debe vivir con el sudor de su rostro. A qué profesion quieres dedicarte? á las artes...?

Fabio. No, señor: para eso se necesita genio, y yo no me siento inspirado.

Prior. A las ciencias...?

Fabio. No, señor, tampoco: me hacen dormir.

Prior. Ya entiendo. Antes de resolverte quieres observar el mundo, y deseas sin duda viajar?

Fabio. Tampoco, tampoco, no, señor: me encuentro muy bien en Milan.

Prior. Y por qué causa...?

Fabio. (*Aparte.*) Eso no se lo digo. Si le descubriese mi amor, sería capaz de excomulgarme.

Prior. No me respondes...?

Fabio. Que por qué me gusta Milan? Porque es mi patria, y la patria de mi madre. Madre mia...! en qué otra ciudad tendria esperanza de encontrarla...?

Prior. Pero en fin, cuál es la profesion á que mas te inclinas?

Fabio. Yo? á la de las armas...!

Prior. Qué oigo...! y contra quién has de pelear?

Fabio. No tengais miedo, padre, que no será contra vos.

Prior. Pero quién te ha infundido esas ideas...? Aqui no hay guerra... todo está tranquilo... la Italia duerme en paz.

Fabio. Y pensais que no puede dispertarse...? pensais que la Lombardía se ha de resignar eternamente á la dominacion estrangera...? No, padre, no: los franceses han concitado contra sí el odio de todo el pais... Yo mismo anoche pillé uno entre manos, y por poco le...

Prior. Qué estás diciendo...?

Fabio. Nada, padre: digo solamente que dia vendrá, y acaso no está lejos, en que para arrojarlos al otro lado de las fronteras, llame la patria á sus valientes defensores... Que me den entonces una espada... una bandera... y al combate! Asi verán los franceses que hasta los mismos claustros brotan soldados contra ellos!

Prior. Hijo mio! qué lenguaje es ese...! asi pagas mis desvelos? No reflexionas las angustias que vas á causar á tu madre? (*Constanza se asoma.*)

Fabio. Mi madre...? creeis que se cuida tanto de mi existencia? Ah...! yo he muerto ya para ella!

Prior. Silencio! Aqui viene tu nodriza: procura contenerte en su presencia.

ESCENA V.

CONSTANZA. FABIO. EL PRIOR.

Fabio. Mi nodriza...! (*Abrazándola.*) Ah! cuánto me alegro de veros! Qué tarde venís hoy!

Constanza. Es que hoy tengo que darte muy tristes noticias, Fabio!

Fabio. Dios mio...! qué ha pasado...? Estais llorando...! hablad, hablad!

Constanza. Pues bien, sabe, hijo mio, que desde ayer tu madre está desolada!

Fabio. Cielos! qué decís...? qué nueva desgracia...?

Constanza. En esta carta lo verás.

Fabio. Dadme, dadme. (*Besándola.*) Oh! madre mia!

Constanza. (*Aparte al prior.*) Ayudadme vos.

Fabio. (*Lee.*) "Hijo mio: un grave peligro amenaza en

este momento tu vida y la mia. Ahora mas que nunca conviene que seas prudente y que te ocultes á los ojos del mundo y de los que quierén tu perdicion. Fabio, hijo mio, si me amas y quieres verme algun dia, es preciso que mañana, sin mas tardar, salgas de Milan y de Italia..." — Salir de Milan...? Y Julia...? Ah! jamas! jamas! — "Irás á España, donde te seguirá mi amor y mi bendicion. El prior te facilitará los medios de hacer el viaje. A Dios: el corazon se me parte! ten presente que muero si mañana no emprendes tu marcha." — Oh! madre mia! qué sacrificio exiges de un hijo que, ni siquiera te ha visto una vez! —

Constanza. Y qué respondes?

Fabio. Que partiré!

Constanza. (*Aparte.*) Oh felicidad!

Fabio. Pero con una condicion.

Constanza. Cuál?

Fabio. Estoy harto de no entender los misterios que me rodean. Si no se me declara el secreto de mi familia, no salgo de este convento.

Constanza. Ah! Fabio...! eso que pides es imposible!

Fabio. Imposible...! y por qué...? quién puede impedir que una madre se declare á su hijo...? Que la mia recele de todo el mundo, ya lo entiendo; pero de mí, que me ha llevado en su seno, de mí, que la amo con idolatría, teme que sea capaz de venderla...? Oh! vos misma no lo creeis, y si fuerais mi madre, estoy seguro de que no habria nada en el mundo que os estorbase acercaros á vuestro hijo y decirle al oido: ante los hombres no soy nada para tí; pero ante Dios soy tu madre...!

Constanza. Ah! no es de tu corazon de quien ella desconfia...! lo que teme es tu juventud, tu inesperiencia, y los estímulos de esa sangre que corre en tus venas, y cuyo ardor no ha sido bastante á calmar la educacion del claustro. Quieres saber el secreto de tu nacimiento...? y si esta revelacion atragera sobre tí todos los males que ella quiere alejar, cuándo se consolaria tu madre...?

Fabio. Pero qué males son esos de que todos me hablan y que yo ni sospecho siquiera...? me salvan la vida, pero me la hacen insoportable... esto no puede seguir asi. Vos, que seguramente me amais mas que ella, tened compasion de mí...! Decidme, decidme ese secreto que ella se

niega á revelarme...! su nombre solamente, el nombre de mi madre...! y os juro, á fé de hombre de honor, que le guardaré en lo mas hondo de mi pecho, que nadie en el mundo, ni aun mi madre misma, sabrá que me lo habeis revelado.

Constanza. Calla, hijo mio, calla: qué es lo que me pides...! puedo yo descubrirte un secreto que no es mio...? sería una mala accion, sería un crimen, y no debes abusar del imperio que tienes en mí para hacerme culpada.

Prior. Oye la voz de la razon, hijo mio...! no exijas la revelacion de un secreto cuyas fatales resultas no puedes calcular. Siempre me has dado pruebas de resignacion...

Fabio. Es verdad, padre; pero la paciencia se me ha acabado. No sabeis vos lo que me costaría esta partida... Y en fin, mi resolucion es irrevocable.

Prior. Infeliz madre...!

Constanza. La mia tambien, Fabio; y puesto que nada te convence, puesto que eres insensible á las lágrimas de tu madre, puesto que hasta mis súplicas desoyes... á Dios, pero á Dios para siempre...!

Fabio. Qué decís?

Constanza. Que no te volveré á ver.

Fabio. (*Deteniéndola.*) Ah! eso no...! eso no...! yo partiré...!

Constanza. Te doy gracias, Dios mio. Ah Fabio! el sacrificio que haces á tu madre la consolará de todas sus penas.

Fabio. Se lo haré completo, señora: idos ya, id á tranquilizar á mi madre: decidla que me someto á su voluntad.

Constanza. (*Abrazándole.*) Bien, hijo mio...! A Dios! volveré á verte.

Fabio. Sí, sí, volved. (*Se va acompañado del Prior.*)

ESCENA VI.

FABIO.

Partir...! partir...! y Julia, á quien he prometido... qué haré...? pero yo cuento el verla como seguro, y acaso me engaño. Sin embargo si ha leido mi carta, en ella la

digo una cosa que quizá la obligue á escucharme... La ofrezco esplicar los motivos que tuve para enredar el lance de anoche... pero acaso me enviará á su tio ó á su tia... ah! eso no: yo conozco su corazon; no querrá irritar al conde, ni causar una pesadumbre á la condesa... Y este diablo de Gregorio que no vuelve...!

ESCENA VII.

FABIO, GREGORIO.

Gregorio. (*Algo alegre.*) Aqui estoy yo.

Fabio. Gracias á Dios.—La encontraste?

Gregorio. A la vieja? vaya...! al momento. Y qué lista, y qué arrugadita es.

Fabio. Bien, bien: al grano.

Gregorio. El grano es que fue, y yo fuí tambien á esperarla junto á la puerta nueva... allí á la taberna de San Ambrosio.

Fabio. A la taberna, eh...? no necesitabas decirlo.

Gregorio. Pues, y como San Ambrosio es patron de Milan, me puse bajo su proteccion, y el Santo bendito para que no me atormentase tanto el pecado que estaba cometiendo, dispuso que me marease un poco...

Fabio. Eh...! no me cuentes eso: vamos al caso.

Gregorio. Vamos allá. Pues señor, al cabo de tres cuartos de legua... digo de tres cuartos de hora, cata la vieja que vuelve... y tan arrugadita, y tan...

Fabio. Dale! acabas hoy...?

Gregorio. Pues señor, parece que no estaban de humor de responderos; pero...

Fabio. No traes carta?

Gregorio. Sí, señor, gracias á la doncella, que...

Fabio. Vamos, dámela.

Gregorio. Ya podeis ponerla dos luces á la tal doncella... digo, segun me dijo la vieja.

Fabio. La carta, la carta...!

Gregorio. Dejad que la busque.

Fabio. (*Aparte.*) Me ha escrito...! Julia mia...!

Gregorio. Tengo los bolsillos como el arca de Noé... (*Sacando varias cosas.*) Calla...! esto es pan... este es el

rosario... la llave de la puerta... Vaya un padazo de llave...! para llevarla todo el dia encima.

Fabio. Aqui tengo yo la de mi celda, que tampoco es floja.

Gregorio. Ahi va la carta.

Fabio. Gracias á Dios...! al fin voy á saber... (*Desdoblándola.*) Qué garabatos son estos? (*Lee.*) "Cuenta del tabernero..."

Gregorio. Venga acá: si es esta otra.

Fabio. Ah! veamos. (*Despues de leer.*) Consiente...! Bien me lo daba el corazon...! asi podré despedirme de ella, y saber antes de partir el nombre de mi rival. Ah! voy á verla, á verla por la última vez.

Gregorio. Eh...! poco á poco.

Fabio. Eh? qué dices...?

Gregorio. Digo que poco á poco.

Fabio. Y qué quiere decir poco á poco?

Gregorio. Quiere decir, que me han mandado que no os deje salir.

Fabio. Cómo...! han averiguado...!

Gregorio. Todito.

Fabio. Qué oigo...!

Gregorio. Y me han echado una buena filipita por causa vuestra: andando...!

Fabio. Cuándo? quién? habla, esplícate.

Gregorio. El padre prior, hace un rato.

Fabio. Ah! todo se ha perdido. (*Suena una campana.*)

Gregorio. La oracion...! vamos á vísperas: luego os contaré...

Fabio. Fatal contratiempo...! verme encerrado en estos momentos! ah...! me moriré de rabia.

Gregorio. Silencio...!

ESCENA VIII.

DICHOS. EL PRIOR *y* LOS FRAILES.

Prior. (*Aparte.*) Los dos juntos...! vamos, es preciso poner remedio. (*Adelantándose.*) Gregorio, desde hoy quedais relevado de la portería.

Gregorio. (*Aparte.*) Santo Angel de la Guarda!

Prior. Entregadme al instante la llave.

Gregorio. (*Aparte.*) Esto se llama ser víctima...!

Prior. (*A un lego.*) Hermano Antonio, conozco vuestro celo, y á vos la confio. (*Gregorio, sacando varias cosas del bolsillo, deja caer la llave. Fabio se baja á recogerla y la trueca con la suya, que le da á Gregorio.*)

Gregorio. Tomadla, padre prior.

Fabio. (*Aparte.*) La de mi celda: pero la de la puerta... aqui está...

Acto tercero.

Un salon del palacio de Manzoni. Puerta grande de entrada en el foro: otras dos á la izquierda, una que da á la habitacion de la condesa, y otra á la de Julia; y á la derecha un balcon. Una mesa, y en ella una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA.

CONSTANZA. JULIA. *Luego* LUDOVICO.

(*Ambas estan sentadas: Julia tiene un libro abierto.*)

Constanza. No sigues leyendo, Julia?
Julia. Creí que no me oíais: estais tan triste!
Constanza. Sí te oigo, hija mia: lee, lee.
Ludovico. (*Aparte saliendo.*) Aun estan aqui!
Julia. Mi tio!
Ludovico. Tan tarde, y sin recogeros!
Julia. Es verdad; pero mi tia quiere que lea. Yo bien la he dicho...
Ludovico. Constanza, no te atormentes asi! vamos, entra en tu habitacion: necesitas descansar.
Constanza. No tal, si no tengo nada...
Ludovico. La alteracion de tu rostro desmiente esas palabras.
Constanza. Y ademas no es el sueño el que ha de dar paz á mi alma.
Julia. (*Levantándose.*) Pues yo, si quereis, me retiraré.
Ludovico. Sí, hija mia, anda y descansa.

Constanza. Y consulta contigo misma, Julia, acerca del casamiento que te he propuesto: mira que mañana te has de resolver.

Julia. Lo haré como lo ofrecí, tia: mañana os responderé.

Ludovico. (*Aparte.*) Mañana ya será tarde!

Julia. (*Aparte.*) Son las doce: ya es la hora! (*Éntrase en su cuarto.*)

Constanza. Y tú, Ludovico, no te recoges?

Ludovico. Sí; dentro de un rato...

Constanza. Esperas á alguno...? A Policastro quizá...?

Ludovico. Vamos, Constanza, no seas cavilosa! — Ya sabes que siempre visito la casa antes de recogerme.

Constanza. Lo que tú quieras! A mí qué me has de decir...! Pero Policastro está en Milan, y esto basta para que yo no sosiegue. — En fin, á Dios!

Ludovico. Hasta luego. (*Vase la condesa.*) Ya estoy solo: creí que no se marchaba en toda la noche! (*Vase por el foro cerrando la puerta.*)

ESCENA II.

JULIA.

(*Vuelve á salir con precaucion.*) Ya se marcharon. Ay! yo tiemblo! Dios mio, tú que ves mi intencion, dame valor! Bajemos pronto, antes que vuelva mi tio. (*Va á la puerta del foro.*) Cielos! la puerta está cerrada! qué fatalidad es esta? Si será que sospechen... No es posible: en qué pueden haberlo conocido? — Qué haré, Dios mio...? qué haré...? Y estoy segura de que él ha venido puntual á la hora...! Sí! ya me estará esperando! — Qué pensará...? cómo podria avisarle...? (*Llega á la ventana.*) Ah! por aqui: veré si ha entrado en el jardin. — Sí, sí: alli está: él es! (*Hablando con él.*) Me han encerrado en esta sala: no puedo hablaros por hoy; es imposible. — Decís que no hay nada imposible? Sois muy temerario! Pero si estoy encerrada, cómo quereis que baje? Mañana á la noche nos veremos en Santa María. A Dios: marchaos pronto! (*Retírase del balcon.*) Tendré paciencia por hoy: y me hubiera alegrado de hablarle, para que me contase lo que me ha ofrecido. Cómo ha de ser. Pobre jóven! qué desconsolado se habrá ido!

ESCENA III.

JULIA. FABIO.

Fabio. (*Entrando por el balcon.*) Por aqui me cuelo.

Julia. Dios mio...! qué es eso...! por el balcon...? cómo os atreveis...?

Fabio. La altura no es gran cosa: no me lo agradezcais.

Julia. Pero es mucha osadía entrar asi por un balcon...

Fabio. Y cuando la puerta está cerrada, por dónde quereis que entre?

Julia. Pero yo os habia dicho ya...

Fabio. Me habiais dicho que no podíais bajar... y por eso he subido yo.

Julia. Mañana nos hubieramos visto en Santa María...

Fabio. Mañana, Julia...? Ah! mañana sería ya tarde!

Julia. Cómo?

Fabio. Vengo á daros el último á Dios!

Julia. Vais á partir?

Fabio. Sí, á España: mi madre lo manda, y debo obedecer.

Julia. Cielos! con que habeis visto á vuestra madre?

Fabio. No; pero me ha escrito, segun acostumbra, una carta llena de amor y de ternura, en que me pide que parta, si quiero asegurar su tranquilidad y verla algun dia... porque hasta ahora no la conozco!

Julia. Cómo...? con que no habeis adelantado nada desde ayer?

Fabio. Nada, Julia!

Julia. Con que no hay esperanza...? Ah! infeliz!

Fabio. Ninguna; pero si teneis un poco de paciencia, y me quereis esperar, yo os ofrezco volver con un título, con un grado... porque habeis de saber... y esto no se lo he dicho á mi nodriza, que voy á sentar plaza en el ejército del emperador Carlos V, y alli me han de matar, ó he de hacer carrera.

Julia. Ah! qué horror!

Fabio. Y qué remedio? Mis padres me niegan su nombre, y es preciso que me busque uno yo mismo.

Julia. Pues no señor! debeis renunciar á ese proyecto por vuestro propio interes, por el interes de las personas que os quieren. Para eso os envía vuestra madre á Es-

paña...? para ir á esponer vuestra vida? No señor, os envía para protejeros, para salvaros. Por lo que hace á mí, ya estoy resuelta: si no me obligan por la fuerza, esperaré en un convento á que volvais.

Fabio. En un convento!

Julia. No hablemos mas de esto... Me habeis dicho que queriais verme para descubrirme cierto misterio acerca del lance en que mi tio estuvo para ser víctima de tres asesinos: contádmelo, pues, ó creeré que solo ha sido un pretesto para que os recibiera.

Fabio. Y cuando eso fuera, no me justifica bastante mi amor?

Julia. Con que me habeis engañado?

Fabio. No, Julia; gracias á Dios, yo no sé mentir.—Escuchad, puesto que lo quereis. Cuando los tres asesinos huyeron ante el hombre desconocido que socorrió á vuestro tio, el defensor misterioso los siguió á lo lejos, y observó que se entraron en el palacio del gobernador. Cabe duda de que allí se fraguó el atentado?

Julia. Cielos! qué me decís? Es imposible: si ahora precisamente trata el gobernador de enlazarse con nuestra familia, y ha pedido mi mano para su sobrino Gaston de Foix...

Fabio. Gaston...? el insolente que tuve yo ayer bajo mi espada?

Julia. Ah! qué es lo que he dicho!

Fabio. Ese es mi rival...! y mañana parto sin haberme vengado!

Julia. Me haceis temblar!

Fabio. Julia, en nombre del cielo, no deis la mano á ese hombre: ya os afirmo que los asesinos que acometieron á vuestro tio eran pagados por el gobernador, ó quizá por el mismo Gaston.

Julia. Pero qué objeto pueden llevar...?

Fabio. Claro está: que se aumenten vuestros bienes con los de vuestro tio, de quien sois única heredera... Lo entendeis ahora?

Julia. Ah! qué horror! una trama tan inicua... Pero yo no acabo de creerlo: no entrarian en el palacio del gobernador: el que lo ha dicho no podrá probarlo...

Fabio. Quereis mas prueba que esta? Yo los vi.

Julia. Vos...? Luego fuísteis vos quien le defendió?

Fabio. A qué ocultarlo...? Sí, señora, yo fuí. No os lo queria decir...

Julia. Y por qué me lo habeis ocultado?

Fabio. Vamos, no me riñais otra vez. Y ya que os lo he descubierto, aprovechad la noticia. Decidle á vuestro tio que desconfie del gobernador. Sin ir mas lejos, esta misma noche he visto unos hombres de facha siniestra rondando esta casa.

Julia. Que tal vez os habrán visto?

Fabio. Oh! ya he tenido cuidado de ocultarme; pero noté que se hacian señas de inteligencia, y...

Julia. Callad...! (*Indicando el foro.*) Por alli... me parece que he oido...

Fabio. En efecto... se oyen pasos... vienen hácia aqui...

Julia. Será sin duda mi tio...

Fabio. A Dios, Julia... no quiero que nos halle juntos. Acordaos alguna vez de Fabio!

Julia. Ah! siempre! siempre...! Pero idos, y cuidad de que no os vean!

Fabio. No temais. (*Al saltar el balcon, se detiene.*) Cielos...! Hay al pie del balcon unos hombres que parecen estar como de centinela.

Julia. Dios mio! Qué querrá decir esto...? Y qué haremos...? Por dónde os escapareis?

Fabio. Ese cuarto...

Julia. Es la habitacion de mi tia...! qué haceis...! Aguardad, yo me iré con ella... entrad vos alli, que es mi cuarto.

Fabio. Vuestro cuarto...! No, Julia, no...! Si me hallaran en él, pensarian... No, no: antes morir que comprometer vuestro honor! — Me quedaré en este balcon... aqui estaré oculto. Ya vienen... no temais por mí... marchaos...! marchaos...!

Julia. (*Entrándose.*) Dios mio! defendedle!

ESCENA IV.

LUDOVICO. SIMONETTA. CONJURADOS. *Luego* POLIGASTRO.

Simonetta. Habeis tomado todas las precauciones necesarias, señor conde?

Ludovico. Sí, sí: fiad en mi prudencia.

Simonetta. Es que me habeis metido en un laberinto de

consecuencias... de graves consecuencias...! y en semejantes casos no me fio yo mas que de mí solo... y aun asi, no sé yo si puede uno responder de sí propio! — Adónde dan estas puertas?

Ludovico. Esa al cuarto de mi muger, y esa al de mi sobrina.

Simonetta. Malo...! las mugeres suelen tener un oido...! mejor será echar los respectivos cerrojos.

Ludovico. Señores, estamos todos?

Los conjurados. Todos!

Policastro. (*Saliendo.*) Todos, escepto los que quedan abajo de centinela.

Ludovico. Bien está. Escuso deciros, señores, el objeto de nuestra reunion: la empresa no puede ser mas santa y legítima, y los mas sufridos de entre nosotros estan ya persuadidos de que es llegado el momento de obrar. Harto tiempo llevamos de sufrir el yugo de los estrangeros, de ver robadas por ellos nuestras fortunas, mancillado nuestro honor! Por dicha, el valor no se ha estinguido en el pecho milanés; y ya es hora de dispertarlo. No se trata de un motin parcial, que sirva solo para remachar mas nuestros grillos, no! Se trata de un alzamiento grande, poderoso! El gran monarca español, el invicto emperador Carlos V, dolido de nuestros males, envía á socorrernos un numeroso ejército: el pontífice Leon X nos proteje tambien. La mayor parte de las tropas francesas que guarnecian esta ciudad han marchado, de orden del rey Francisco I, á hacer frente á los españoles, que tienen sus reales en Pavía. Este es el momento! demos el golpe: pero démosle con buena direccion y consejo. — Policastro, tú dirigirás el ataque del arsenal: tú, Juan Simonetta, el del palacio del gobernador: yo cuidaré de derramar el oro á manos llenas, proveer de armas y municiones, y recoger los heridos... Quedamos en esto?

Todos. Sí, sí!

Policastro. Apruebo el plan; pero cuál será la señal del alzamiento?

Ludovico. Recorred las calles gritando: Milan y libertad: á las armas!

Policastro. Eso no basta. La voz de algunos hombres asi esparcidos puede ser facilmente sofocada por los franceses. Yo, con vuestro permiso, tengo otra señal mejor.—

Para esparcir el terror entre los franceses, para levantar á la vez á los habitantes de Milan y á los de la campiña vecina, puedo disponer de una voz poderosa, atronadora, que parecerá que viene del cielo á dispertarnos! Al rayar el dia haré que lance su sonido fúnebre la campana mayor del Domo, que no se toca sino en solemnes ocasiones... Cuál mas solemne que esta en que va á anunciar al mundo nuestra independencia!

Ludovico. Y tú puedes...?

Policastro. Sí: he ganado al campanero de la catedral: solo falta hallar ahora dos hombres arrojados que se resuelvan á subir, encerrarse en el Domo, y hacerla sonar sin descanso... hasta morir allí; porque los franceses irán ante todas cosas á impedir que continúe sonando. Uno de esos hombres soy yo: quién quiere ser el otro?

Todos. Yo...! yo...!

Ludovico. Bien, amigos...! Bien, Policastro...!

Policastro. Y á quién elegimos ahora entre tantos valientes? Yo no quiero postergar á ninguno: la suerte decidirá. Escríbanse los nombres de todos en sendas papeletas, y échense... aqui... en mi sombrero.

Todos. Sí, sí! (*Todos escriben en papeles que habrá en la mesa.*)

Un conjurado. (*A Simonetta.*) Y tú no escribes?

Simonetta. Vaya...! Sí señor! (*Aparte.*) Quién le meterá á este á advertirme... cuando nadie habia notado:...—Pues ya que es tan valiente, en lugar de mi nombre voy á poner el suyo. (*Escribe.*)

Ludovico. (*A Policastro.*) Tienes tú confianza en ese hombre que te ha de franquear la subida al Domo?

Policastro. Es conocido antiguo... y buen milanés: ademas no puede sospechar de qué se trata, porque yo no os he nombrado.

Simonetta. (*Aparte.*) Ay! Dios! lo que me ocurre! si á algun otro se le ha antojado hacer con mi nombre lo que yo he hecho con el de ese quidam...! Dios me favorezca...! si sale mi nombre soy muerto!

Policastro. Amigos, la suerte va á decidir. (*Óyese cantar dentro.*) Silencio: es un aviso de los centinelas: qué habrán visto? (*Abre el balcon.*) Traicion! un hombre aqui escondido.

ESCENA V.

DICHOS. FABIO.

(*Policastro saca con violencia á Fabio, cuya capa se cae al suelo.*)

Fabio. A Dios...! me cogieron entre dos fuegos!

Conjurados. Que muera! que muera...!

Fabio. Mas bajo, señores, que pueden oiros.

Conjurados. Que muera...!

Ludovico. Deteneos... esta voz...!

Fabio. Ayer noche, señor conde, me tomaron por un conspirador; hoy me toman por un espía: tengo mala estrella.

Ludovico. Señores, tres dias há que este jóven me salvó la vida...

Policastro. Este...?

Ludovico. Yo le tomo bajo mi proteccion; pero esta es la segunda vez que le encuentro en mi casa, sin poder esplicarme el objeto. Qué venís á hacer aqui...?

Fabio. Ya que es necesario esplicarme, diré que la misma razon que me trajo ayer, me ha traido hoy. Lo que mas siento, y no me lo perdonaré jamas, es haber comprometido con mi conducta á una jóven que no lo merecia.

Ludovico. A una jóven?

Fabio. A una de las camareras de la señora condesa.

Ludovico. Su nombre, caballero, su nombre...?

Fabio. Podeis matarme, pero jamas lo diré.

Ludovico. Vuestra conducta es atrevida; pero sé que sois valiente y os creo hombre de honor. Retiraos, pues, jurándonos antes...

Fabio. Sí, señor conde, yo os juro...

Policastro. Poco á poco: esto no puede quedarse asi; yo por mi parte no lo consiento. Si vuestra generosidad no comprometiese á nadie mas que á vos mismo, en hora buena; pero del silencio de este jóven depende la vida de cada uno de nosotros, y la suerte de la patria: él lo ha oido todo...

Fabio. Sin perder una sílaba, y voto á brios, camarada, que la idea de la campana es escelente y os doy por ella el parabien.

Policastro. Se está burlando...!

Fabio. No tal...! digo que la apruebo, y apruebo todo, el plan, el objeto, todo: porque habeis de saber que aborrezco á los franceses tanto como vosotros; que se me enciende el rostro de vergüenza cuando contemplo el miserable estado á que esos estrangeros han reducido el glorioso ducado de los Esforcia y los Visconti. En fin, qué quereis que os diga? Soy vuestro con el alma y el brazo...! Miradme bien: tengo yo cara de traidor?

Policastro. Amigo mio, no hay que fiarse en las caras; y para tenerte seguro, no me separaré de tí. Si efectivamente piensas como nosotros, no te negarás á servirnos. Amigos, no hay que sacar ningun nombre á la suerte; este jóven subirá conmigo al Domo, y yo os respondo de que tocará con alma!

Fabio. Yo?

Policastro. Tienes miedo?

Ludovico. Eso no, que es valiente.

Fabio. A qué hora me soltareis?

Policastro. Dos horas despues de salir el sol estarás libre, ó muerto.

Fabio. (*Aparte.*) Corramos el albur, y en seguida cumpliré la orden de mi madre.—Estoy pronto. (*Golpes á la puerta lateral.*)

Ludovico. Es la condesa...! marchad...! marchad...! pronto os seguiré.

Policastro. (*Llevándose á Fabio.*) Ven conmigo.

Fabio. A la mano de Dios... (*Se van.*)

Constanza. (*Dentro.*) Soy yo, Ludovico: abre... estás ahí?

Ludovico. No quiero que me vea. (*Abriendo la otra puerta.*) Dejaré salir á Julia, y ella la abrirá. (*Se va por el foro.*)

ESCENA VI.

JULIA. *Luego* CONSTANZA.

Julia. Quién da golpes? Quién llama? Dios mio, qué ha pasado aqui?

Constanza. (*Dando golpes.*) Abrid en nombre del cielo, abrid...!

Julia. (*Abriendo.*) Qué oigo...! mi tia...!

Constanza. Eres tú? tú estabas aqui? Tanto mejor: asi po-

drás decirme... Esta sala estaba llena de gente, no es verdad...? Tú has oido como yo pisadas, voces confusas...

Julia. Sí...

Constanza. Y qué mas?

Julia. No he podido entender lo que hablaban; pero he conocido la voz de algunos: la de mi tio, la de aquel peregrino...

Constanza. Policastro! bien lo dije yo...! Acaba.

Julia. Todos ellos lanzaban gritos de muerte...

Constanza. Contra quién?

Julia. No sé: el miedo nubló mis ojos, y casi me hizo caer en tierra.

Constanza. (*Aparte.*) Ah! no me engañaba yo...

Julia. (*Aparte.*) Si habrá podido escaparse...? cómo lo averiguaria? (*Viéndo la capa de Fabio.*) Una capa...! es la suya...! ah! le descubrieron al fin...! y le han muerto...! le han muerto...!

Constanza. A quién? á tu tio?

Julia. No, no es á él...!

Constanza. Pues á quién, infeliz...? esplícate.

Julia. Sí! os lo diré todo! Cuando ellos vinieron, habia aqui un jóven...

Constanza. Contigo...?

Julia. Al oir el ruido se ocultó en ese balcon, y yo me retiré á mi cuarto; pero esta capa es la suya... Sí! le han descubierto: no hay duda... y aquellos gritos de muerte eran cóntra él! Sí; le han muerto, os digo que le han muerto!

Constanza. Gran Dios! un crimen semejante...! Pero no, el conde no lo hubiera consentido. Ah! pobre Julia, te veo tan afligida que no tengo valor para reprenderte, aunque tu culpa es grande.

Julia. Ah! perdonadme, este amor no me atrevía á confesarlo ni aun á mí misma... la condicion de este jóven era tan equívoca...! solo en el mundo, sin padres, sin carrera, y lo que es mas estraño, criado en un convento de agustinos, de donde algunas noches solia escaparse...

Constanza. Julia...! qué estas diciendo...? tú deliras... y á mí tambien quieres volverme loca...! dices que ese jóven... su nombre...! pronto, dime su nombre!

Julia. Fabio.

Constanza. Fabio...! ah...! maldita seas, que le has traido á la muerte!

Julia. Señora...!

Constanza. Ah...! estaba de Dios que la prediccion de mi padre se habia de cumplir...! sí, dices bien... se escondió en ese balcon... le encontraron... y esos gritos de muerte... ah! Policastro estaba aqui, y ese infame es capaz de todo...! Vamos, volemos en su socorro... qué hacemos aqui...?

Julia. En su socorro...! y adónde...?

Constanza. Qué sé yo adónde...? Dios me guiará. (*Corren hácia el foro: aparece el conde.*)

ESCENA VII.

LUDOVICO. CONSTANZA. JULIA.

Constanza. Ludovico...! de dónde vienes...? le habeis muerto...

Ludovico. A quién?

Julia. Señora...

Constanza. Tú has recibido aqui á los conjurados... no me lo niegues, lo sé: he oido los gritos de muerte que habeis lanzado contra un jóven... contra un... qué sé yo...! contra uno de los vuestros. Dime, dime, esas amenazas... se han cumplido? Respóndeme, Ludovico...! Para que estos sitios no me causen horror, dime que ese infeliz no ha muerto!

Ludovico. Vive, Constanza; y te juro que hubieran derramado toda mi sangre antes que una gota de la suya.

Julia. (*Aparte.*) Se ha salvado!

Constanza. Ah! Dios te bendiga por esas palabras! No sabes el peso que me quitas del corazon!

Ludovico. Pues qué interes...?

Constanza. Ninguno...! la humanidad... el interes de vuestra propia gloria... no es esto bastante?—Pero hablemos de tí, Ludovico, hablemos ahora de tí. Te digo que corres á tu perdicion. Os habeis figurado que la ocasion es favorable, y que el éxito de la revolucion está asegurado. Pues bien, yo os digo que ahora, como antes, los franceses la ahogarán en la sangre de los conjurados. Ah! Ludovico, si me amas como dices, renuncia en nombre de nuestro amor á ese sue-

ño generoso que tantas lágrimas nos ha costado, y que esta vez te costará la vida! Tú estás en gracia de los vencedores: implora su clemencia en favor de tus conciudadanos oprimidos; ruega, solicita, importuna... pero nada de rebelion... mira que has de perecer en ella!—Julia, échate como yo á los pies de tu tio, ven á rogarle que conserve una vida que solo á nosotras nos pertenece!

Ludovido. Primero pertenece á la patria, que yo he jurado libertar!—Julia, has olvidado que los franceses asesinaron á tu padre...? Constanza, has olvidado tú que nos robaron nuestro hijo? Los viles han querido estinguir mi familia: yo les probaré que no lo han logrado, dejándome á mí con vida!

Constanza. Y quién sabe si algun dia le llegaremos á recobrar? Mi hijo no ha muerto: te lo he dicho mil veces, y te lo repito ahora. Jura que no le harás nunca instrumento de tus venganzas, y quién sabe? Dios puede hacer un milagro y volverlo á tus brazos!

Ludovico. Constanza, no delires! Esa esperanza que estás alimentando...—Ah! ya viene el dia...! ya va á salir el sol!—Constanza... Julia... La campana del Domo va á sonar, dando al pueblo la señal del combate. Ya veis que no es hora de retroceder.

Constanza. (*Aparte.*) Ah! no le descubro el secreto.

Ludovico. Que silencio...! ya ha amanecido... y nada se oye...! Habrá hallado Policastro algun obstáculo...?

ESCENA VIII.

DICHOS. POLICASTRO.

Policastro. Alerta, señor conde, que estamos vendidos!

Constanza. Cielos!

Ludovico. Vendidos...! Cómo? por quién?

Policastro. Por ese infame que debia franquearnos la subida del Domo... Traidor...! un amigo de veinte años...! Fiaos en los amigos...! Pero yo le juro que si alguna vez le encuentro... Por fin, yo pude escaparme, pero el pobre mozo que fue conmigo ha quedado en las uñas de los franceses: yo le tengo por hombre de corazon; pero si lo aplican al tormento...

en fin, señor conde, conviene que nos pongamos en seguridad.

Constanza. Desgraciado...! hé aqui tu obra!

Policastro. A la orilla derecha del Adda, junto á la embocadura del canal grande, tenemos un amigo, un pescador llamado Cristóbal, fiel á toda prueba: en su cabaña estareis seguro. Venid, y os llevaré; pero será por poco: la empresa va bien, muy bien...! Y ademas, puede que el preso tenga tal firmeza que no declare nada.

Ludovico. Infeliz jóven! Bien á su pesar os acompañó!

Policastro. Y qué remedio...? Él habia oido nuestro plan...

Constanza. Aguardad...! Decidme...! ese jóven que han preso... y que decís que aplicarán al tormento... dónde... dónde le hallásteis...? No fue aqui... en ese balcon?

Ludovico. Sí.

Constanza. Ah! Dios Eterno! (*Cae desmayada.*)

Julia. Fabio...! Fabio...! (*Abrazándose á la condesa.*)

Ludovico. Se ha desmayado...! Cielos...! Pues ese jóven... cómo sabia ella...? Quién pudo decirle...? Qué sospecha...

Policastro. Ya vienen á prenderos...! huyamos...!

Ludovico. Déjame apurar...

Policastro. (*Llevándosele por una puerta lateral.*) Ya no hay tiempo...! Venid...! venid...! (*Desaparecen por un lado, á tiempo que los soldados franceses derriban la puerta del foro y aparecen por ella.*)

Acto cuarto.

Interior del castillo de Milan. Un vestibulo con ventana á un lado, y en el fondo una galería que comunica por una parte á la habitacion del gobernador, y por otra á lo esterior. Mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

FABIO. GUARDIAS.

(*Fabio está sentado junto á la mesa: los guardias se pasean por el foro. Dan las cuatro.*)

Fabio. Las cuatro...! Qué diablo! ya empiezo á cansarme de esperar... Y luego me han tocado esos dos sayones tan poco sociables... (*Se levanta.*) Pero á qué demonio me traen aqui...? Querrá volverme á interrogar el gobernador...? Ó será tal vez para enviarme á morir? En ese caso, podian dispensarme de hacer antesala. Morir...! quién me hubiera dicho que mi última escapatoria del convento habia de tener tan fatales consecuencias...? Y qué será de mi pobre madre cuando lo sepa...! Ahora veo cuán fundados eran sus temores...! yo debí obedecerla y salir de Milan en el momento.—Pero cómo es que estos hombres, tan avezados á conspiraciones, van á fiarse del primero que se les presenta? Alli caimos en el lazo como dos pajaritos.—Alguien viene... vamos á ver qué hacen de mí.

ESCENA II.

FABIO. GASTON. GUARDIAS.

Gaston. (*A los guardias.*) Cuidad que nadie se acerque.

Fabio. (*Aparte.*) Es Gaston... lo esperaba!

Gaston. (*Sentándose despues de haber mirado á Fabio.*) Acusado, vengo con comision del gobernador á interrogaros por última vez.

Fabio. Pues yo creí que en este momento los negocios del Estado no os dejarian perder el tiempo en preguntar á quien sabeis que no ha de responder.

Gaston. (*Aparte.*) Dónde he oido yo esta voz? (*Mirándole con atencion.*) Ya os convencereis de que no perdemos tiempo, cuando veais que, á pesar de vuestro silencio, sabemos quién sois.

Fabio. De veras?

Gaston. Vuestro nombre es Fabio, y perteneceis al convento de agustinos.

Fabio. Es verdad...! veo que teneis buenas noticias... Pero os juro que ningun individuo de la comunidad ha tenido que ver...

Gaston. No defendais á nadie: harto hareis en defenderos vos mismo.

Fabio. Ese cuidado lo dejo á mi conciencia; y el de absolverme, á Dios. Me figuro ya cuál es mi sentencia; y la única gracia que os pido es ver un instante al prior del convento donde me he criado: me la negareis?

Gaston. Otra gracia vengo ó ofreceros.

Fabio. Cuál?

Gaston. La vida.

Fabio. La vida?

Gaston. Con una condicion.

Fabio. Cuál es?

Gaston. Que nos digais el nombre de vuestros cómplices.

Fabio. Con esa condicion no aceptaria ni aun el ver á mi madre... y habeis de saber que no la he visto en mi vida.

Gaston. Con que os negais?

Fabio. Id á proponérselo al cobarde que me ha vendido: ese puede que os responda.

Gaston. Ese, que asi llamais, es un fiel servidor del rey cristianísimo, y no conoce mas que á Policastro.

Fabio. Pues en eso estamos iguales; porque tampoco yo sé los nombres de los demas... si es que hay otros.

Gaston. Sí los hay. Hasta aqui no he tenido mas que sospechas; pero ahora estoy plenamente convencido.

Fabio. Por qué?

Gaston. Porque ya caigo en quién sois, mocito, el de las aventuras nocturnas...! Negarás que antenoche te encontré en casa del conde Manzoni?

Fabio. Y esa es prueba suficiente para acusarlo?

Gaston. No te lo parece á tí?

Fabio. Pues qué, no sabes el motivo que alli me conducia?

Gaston. El amor de su sobrina...? Pretesto con que á mí no me deslumbras. Ademas, que no es esa la única prueba; y hoy, al amanecer, se ha dado la orden de prenderlo: no se nos escapará.

Fabio. Es posible...! Ah! sus virtudes son las que os incitan á la venganza!—Con que, segun eso, renuncias á la mano de Julia?

Gaston. Qué error! Yo no soy quien ha mandado hacer esa prision: la responsabilidad no cae sobre mí... ademas, la condesa Manzoni es francesa, y... En fin, de todos modos, Julia será mia.

Fabio. Nunca...! no lo esperes...! porque has de saber que Julia te aborrece... y á quien ama es á mí... no lo dudes!

Gaston. A tí?

Fabio. A mí... á mí...! aunque sin fortuna y sin nombre, me prefiere... Porque tú eres un hombre sin corazon...! Sí...! porque si corriera por tus venas sangre noble, despues de lo que ha pasado entre nosotros procurarias vengarte, no con el hacha del verdugo, sino con la espada de caballero!

Gaston. No teneis mas que decir?

Fabio. No te he dicho bastante?

Gaston. Guardias! (*Se acercan.*) volved al preso á la torre.

Fabio. Y cuál es la hora de ir al cadalso?

Gaston. El gobernador la fijará.

Fabio. Corriente. (*Aparte.*) Oh! madre mia...! Oh! Julia...! vuestro será mi último suspiro! (*A los guardias.*) Vamos. (*Al dirigirse al foro se encuentra con Juan Simonetta, que viene entre soldados.*)

Simonetta. (*Conociéndole.*) Ay! (*Fabio se aleja, haciendo que no repara en él.*)

ESCENA III.

GASTON. SIMONETTA. GUARDIAS.

Gaston. Conoceis á ese hombre?

Simonetta. Quién? yo...? no, señor?

Gaston. Bien está. (*Sentándose.*) Escuchadme.

Simonetta. Hablad, señor, porque estoy con suma curiosidad de saber la causa de este arresto... que á la verdad... no sé á qué...

Gaston. No sabeis, eh?

Simonetta. Absolutamente nada! Y lo siento... porque siempre le gusta á uno enterarse...

Gaston. La aproximacion de las tropas españolas y el suceso de la noche pasada, han producido alguna conmocion en el pueblo: eso ya lo sabreis?

Simonetta. Sí, señor... es decir, no... yo no sé nada; pero cuando vos lo decís, lo creo.

Gaston. Podria suceder que la gente acomodada tratase de unirse á la plebe para intentar una revolucion, y como vos sois uno de los principales comerciantes, hemos asegurado vuestra persona para tenerla como en rehenes. No es mas que una medida de precaucion, ya entendeis?

Simonetta. Pero, y si á pesar de todo se les ocurriera alborotarse?

Gaston. Entonces vos respondeis per ellos, y sereis probablemente ahorcado.

Simonetta. (*Aparte.*) Anda...! para meterse á gefe de nada!

Gaston. Pero aun hay mas.

Simonetta. Mas? Pues yo creí que no podia pasarse de ahí.

Gaston. Hemos ofrecido 20000 ducados al que entregue al conde Manzoni, acusado del crimen de alta traicion; y el gobernador, juzgando con razon que esta captura interesa á la seguridad general, ha resuelto que los 20000 ducados se repartan entre los negociantes de Milan, á título de impuesto estraordinario...

Simonetta. (*Aparte.*) Sí! estraordinario, efectivamente!

Gaston. Pero como la suma se necesita hoy mismo, el

gobernador ha puesto los ojos en vos para realizarla por el pronto.

Simonetta. (*Aparte.*) Qué gracia de ojos!—Pero señor...! 20000 ducados es una cantidad enorme! Cómo quereis que yo tenga disponible tanto dinero...? Corre poco metálico...

Gaston. Sí?

Simonetta. Las libranzas sobre España no se pagan...

Gaston. (*Levantándose.*) Esa no es cuenta nuestra. Apelad á vuestros camaradas... En fin, arreglaos como podais: la cantidad nos hace falta: la necesitamos hoy, entendeis? 20000 ducados, ó un calabozo: escoged.

Simonetta. Calabozo?

Gaston. Sí: aqui en el castillo... arriba... los hay muy buenos... Pero vos, como hombre prudente, preferireis andar al aire libre... (*A un oficial que sale.*) Qué hay? Se ha fijado el edicto en que se ofrecen 20000 ducados al que entregue al conde Manzoni?

Oficial. Sí, señor; pero el pueblo en todos los puntos lo rasga, y por nuestra parte no hemos adquirido ningun indicio...

Gaston. Bien.—(*Aparte.*) Es preciso á toda costa apoderarnos de ese hombre: es el único modo de contener la revolucion. Voy á avisar al gobernador.—Señor Simonetta, os doy un cuarto de hora para reflexionar. Ya estais enterado, eh? no necesito repetiros...

Simonetta. No, señor, no os tomeis ese trabajo.

Gaston. (*Yéndose.*) Guardias, vigiladle bien hasta que yo vuelva. (*Se va con el oficial. Durante el principio de la escena siguiente relevan los centinelas.*)

ESCENA IV.

SIMONETTA. POLICASTRO.

(*Policastro es uno de los centinelas que vienen á relevar.*)

Simonetta. Con que 20000 ducados, ó al calabozo. Y si entro en él, se acabó...! no salgo mas: alli me dejan, segun es costumbre de estos señores, hasta el dia del juicio. Por otra parte, si suelto los 20000 ducados, ya no

los vuelvo á ver...; segun es tambien costumbre de los mismos señores, y me arruino...! Qué haré, Vírgen Santa, qué haré? (*Policastro, paseándose como de centinela, se va acercando á Simonetta.*)

Policastro. No dar el dinero!

Simonetta. Qué...? (*Viéndole.*) Dios mio...! Polic,..

Policastro. Chit! (*Siempre paseándose.*)

Simonetta. Cómo estais aqui?

Policastro. Os admira?

Simonetta. No: de vos no me admira nada.

Policastro. Habia escasez de tropas... reclutaban soldados... y yo me he enganchado... Asi estoy á la mira... y puedo aprovechar la ocasion... Entendeis...?

Simonetta. Sí, sí... perfectamente...

Policastro. (*Siempre yendo y viniendo.*) Ya no vuelvo á fiarme de nadie... mas que de mí solo... y como yo pueda acercarme al gobernador... y agarrarlo... Yo buscaré la ocasion... estoy con cien ojos!

Simonetta. Este hombre es el mismo demonio!

Policastro. Y supongo que os negareis á dar el dinero...? No porque yo tema que pillen al conde... está en parage seguro... Pero vos no ireis á ayudar á nuestros tiranos...? Eso sería dar armas contra nosotros.

Simonetta. La misma reflexion me he hecho yo...! Pero ya habeis oido que si no lo doy, me condenan á morir en un calabozo.

Policastro. Mejor...! será otra víctima mas...! eso acabará de irritar al pueblo... y hace triunfar nuestra causa!

Simonetta. Sí; pero es que yo quisiera tambien ver el triunfo... que debe ser cosa magnífica! Y luego... mi muger...

Policastro. Todo debe ceder ante el bien de la patria! Pero no temais... la cosa va bien... el pueblo está agitado...

Simonetta. Sin embargo... puede dilatarse... y bien mirado, prefiero dar los 20000 ducados.

Policastro. Cómo es eso! Asi cumplís vuestro deber...? Pues aunque me pierda, si delante de mí respondeis que sí, este arcabuz hará justicia de un traidor!

Simonetta. (*Aterrado.*) Dios me favorezca...! y es hombre de hacerlo como lo dice! (*Aparecen la condesa, Julia y el prior.*)

Policastro. Gente viene...! Silencio...! Es la condesa...! no

me descubrais, que está alli el otro centinela. (*Se pasea, evitando que le conozcan los que salen.*)

ESCENA V.

DICHOS. CONSTANZA. JULIA. EL PRIOR.

Constanza. Ay! padre! las fuerzas me van abandonando!
Prior. Valor, hija mia! este es el momento de tenerlo.
Constanza. (*Viendo á Simonetta.*) Cómo...! vos tambien habeis venido...!
Simonetta. Sí, señora... es decir, he venido, porque me han traido.
Constanza y *Julia.* Preso?
Simonetta. Sí, señoras, preso!
Constanza. Dios mio! y por qué?
Simonetta. Por dos motivos: el primero por via de precaucion... porque me temen...! y el segundo...
Constanza. Por qué? (*Aparecen Gaston y el oficial.*)
Simonetta. Chit...! aqui vienen... Separémonos. (*Se aleja de ellas.*)

ESCENA VI.

DICHOS. GASTON.

Gaston. Que se publique este segundo edicto á son de trompa. Andad. (*Vase el oficial.*)
Constanza y *Julia.* Gaston!
Gaston. (*Viéndolas.*) Qué veo!
Constanza. (*Saliendo á su encuentro.*) Ah! señor! vos sereis quien nos salve! Dignaos escucharnos...
Gaston. De aqui á un instante, señoras... esperad.
Julia. (*Aparte.*) Dios mio! qué sequedad!
Gaston. (*A Simonetta.*) Y bien, amigo, habeis reflexionado?
Simonetta. Creeis que ha pasado ya el cuarto de hora?
Gaston. Qué sé yo...! Tiempo habeis tenido: vamos, qué decís?
Simonetta. Qué digo...?
Gaston. Resolved pronto, voto á brios!
Simonetta. Pues señor... digo.... (*Policastro da un golpe en su arcabuz, y lo hace sonar.*) Ay! — Digo que no!

Gaston. Con que no temeis ni los calabozos, ni la muerte?

Simonetta. Sí, señor...! mucho...! (*Policastro dá otro golpe.*) Digo, no, señor...! nada...! nada...! aqui teneis mi cabeza!

Gaston. Pues en nombre del gobernador, daos á prision.— Guardias, aseguradlo.

Policastro. (*Llevándoselo á empellones.*) Vamos pronto...! por aqui...!

ESCENA VII.

GASTON. CONSTANZA. JULIA. EL PRIOR.

Constanza. (*A Gaston.*) Ahora, Gaston, podreis escucharme.

Gaston. Conozco lo que me vais á pedir, señora; pero no está en mi mano revocar las pesquisas dirigidas contra vuestro esposo.

Constanza. Ah señor...! no es por él por quien mas tiemblo.

Gaston. Pues por quién?

Constanza. Oid: está noche en la catedral ha sido preso un jóven...

Gaston. Le conoceis...?

Constanza. Ah! sí: le conocemos desde niño... hemos tratado á su familia.

Prior. Es discípulo mio, y estoy seguro de que le han hecho entrar bien á su pesar en esa conspiracion.

Gaston. Que lo pruebe, diciendo los nombres de los que le han seducido.

Constanza. Esa es una vileza, que él no cometerá jamas.

Julia. Salvadle, señor, salvadle.

Gaston. Vos tambien, señorita...? El gobernador está muy irritado.

Constanza. Entonces, llevadnos á su presencia. Venid yo le hablaré.

Gaston. Es imposible, señora.

Constanza y *Julia.* Imposible...!

Gaston. Ha dado orden terminante de que no se deje entrar á nadie.

Constanza. (*Aparte.*) Y hemos de marcharnos sin verle...! Ah...! no, no, yo le esperaré. (*Se sienta. Julia se acerca á ella.*)

Gaston. (*Llevando aparte al prior.*) Padre, alejadlas de aqui, si no quereis que presencien el suplicio de ese jóven.

Prior. Qué oigo...!

Gaston. (*Aparte yéndose.*) Ah! le ama...!

ESCENA VIII.

CONSTANZA. JULIA. EL PRIOR. *Luego* POLICASTRO.

Prior. (*Aparte.*) Cielos! morir tan jóven...!

Constanza. Dios mio...! Dios mio...! inspiradme un medio de salvarle.

Policastro. (*Saliendo.*) Ya está libre...!

Constanza. (*Viéndolo.*) Ah...! siempre, siempre este hombre...!

Policastro. Qué venís á hacer aqui?

Constanza. Me lo preguntas tú, que nos has perdido á todos...?

Policastro. Eh...! dejaos ahora de sermones, que maldito si vienen á cuento... Sin duda venís á interceder por vuestro esposo: es inútil, creedme: está en la cabaña de Cristóbal, que es parage seguro. A Cristóbal ya le conoceis, no es capaz de entregar al conde aunque el gobernador le ofreciera todo el dinero que nos ha robado... que no es poco decir! Asi pues, á pesar del nuevo edicto...

Los tres. Qué nuevo edicto?

Policastro. No sabeis? Viendo que no ha producido resultados la oferta de los 20000 ducados, el gobernador ofrece un salvo conducto en blanco al que presente al conde: es decir, cualquier recompensa que se le antoje pedir.

Julia y *Prior.* Cielos...!

Constanza. Eso ha ofrecido?

Policastro. Sí, señora, en nombre del rey de Francia; pero de aqui á mañana ya habremos triunfado. No temais por vuestro esposo... qué diablo! solamente vos y yo sabemos dónde está, y ni vos ni yo lo hemos de vender.

Constanza. (*Aparte.*) Un salvo conducto...! es decir, la vida de un hombre...! (*Ruido dentro.*)

Policastro. A Dios: ya se reune gente y aqui no hago falta. (*Se va.*)

ESCENA IX.

CONSTANZA. JULIA. EL PRIOR.

Constanza. Dice que se reune gente...! á qué? (*Asomándose á la ventana.*) qué es lo que les llama la atencion...?

Prior. (*Deteniéndola.*) Señora...!

Constanza. Dejadme ver, padre, dejadme ver. Cielos...! un cadalso...!

Julia. Ah! para Fabio!

Constanza. (*Aparte.*) Para mi hijo...! no, no morirá! (*Siéntase junto á la mesa y escribe.*)

Julia. (*Aparte.*) Me sacrificaré...! no hay otro medio. (*Al prior.*) Acompañadme, padre: el cielo me inspira y voy á salvarle.

Prior. Vos...! cómo...?

Julia. Sacrificándole mi amor. Venid, venid.

ESCENA X.

CONSTANZA.

(*Acabando de escribir y mirando al rededor.*) Dónde estan...? se han marchado...? ah! tanto mejor. (*Toca una campanilla: sale el oficial.*) Este papel al gobernador... pronto, andad. (*Vase el oficial.*) Fabio...! mi Fabio..! maldíceme, Dios mio...! pero que viva mi hijo...! bien sabeis que yo daria mi vida por él...! De aqui á mañana, tiempo hay de ver... y ademas, Policastro lo ha dicho, ya habrá triunfado la revolucion. Pero mi hijo es ahora, en este momento, cuando va á morir. (*Mirando á la ventana.*) Alli está, alli está el cadalso, y en derredor suyo esa muchedumbre inmóvil, silenciosa... bárbaros! qué haceis ahí...? qüé esperais...? á mi hijo...? no, no le vereis... está aqui su madre que le defiende.

ESCENA XI.

CONSTANZA. EL OFICIAL, *con un papel.*

Constanza. (*Corriendo á él.*) Ah! es para mí... dádmelo,

dádmelo. (*Despues de leer.*) Se salvó...! mi Fabio! mi hijo...! (*Al oficial.*) Escuchad: haced que preparen dos caballos ahora mismo, y traed la escolta que ha de dejarlo fuera de la ciudad. Andad, andad pronto.

Oficial. Quereis algo mas?

Constanza. Cuando esté todo, venid por él, aqui le hallareis. (*Vase el oficial.*)

ESCENA XII.

CONSTANZA. *Luego* FABIO.

Constanza. El gobernador exige que salga de Milan: sí, sí, yo tambien lo deseo. Y voy á decirle á Dios para siempre...! se irá sin conocerme...! sin darme una sola vez el dulce nombre de madre...!

Fabio. (*Saliendo.*) Que estoy libre? yo sueño...! qué prodigio es este! quién está aqui? mi nodriza...! ah! ya lo adivino todo.

Constanza. Fabio!

Fabio. Es á vos á quien debo la vida, es verdad? sois vos quien me ha salvado...! pero ese rico vestido... eh! ya caigo...! os lo habeis puesto para poder penetrar hasta aqui... los pobres no tienen entrada en este palacio...! pero cómo es que el gobernador ha consentido en perdonarme? qué le habeis dicho? qué habeis hecho? hablad.

Constanza. Déjame gozar ahora del placer de verte... luego lo sabrás. Ah Fabio...! mira á qué estremo me has reducido...! mira los resultados de tu ligereza...! Pero no es ocasion de reprenderte: harto funesta ha podido ser para tí... y harto caro me cuesta tu rescate...!

Fabio. Qué quereis decir?

Constanza. No me lo pregunteis. Ya estás libre, qué mas quieres...? Lo demas... lo demas es para mí sola! pero es preciso que huyas de esta fatal ciudad... que huyas al momento. Dentro de poco vendrán á buscarte.

Fabio. Ah...!

Constanza. Es asi como recibes la libertad, la vida...? qué puede detenerte en Milan? Ah! sí, ya me olvidaba... pero vé tranquilo... ella te seguirá.

Fabio. Cómo...! de quién hablais? no os entiendo.

Constanza. Sí, sí me entiendes... y ojalá hubieras tenido

mas confianza en mí...! algunas desgracias se hubieran evitado! — En fin, tú ahora no tienes mas que motivos de alegría...!

Fabio. Y vos...?

Constanza. (*Forzándose á reir.*) Yo...? yo tambien... Fabio... no veś cómo me río...? Haz como yó... alégrate... y sé feliz!

Fabio. Aun cuando creyera en esa esperanza que me haceis concebir, cómo he de partir feliz, cuando me destierran, cuando veo á mi patria amenazada de nuevos desastres, cuando el mas digno, el mas noble de sus hijos va tal vez á reemplazarme en el cadalso.

Constanza. Cómo?

Fabio. Sí: los que me han abierto el calabozo, no queriendo que mi gozo fuese completo, se han apresurado á desgarrarme el corazon, dándome esa fatal noticia... el arresto del conde Manzoni.

Constanza. Tú te interesas por él...? tú le conoces?

Fabio. Hace unos dias que en el puente nuevo le salvé la vida.

Constanza. Tú...? Oh providencia!

Fabio. Y despues le he visto lo bastante para apreciar en él al mas generoso de los hombres! Aquí... aquí mismo, no hace mucho, me ofrecieron la vida, con tal que lo delatase... Pero yo... yo habia de venderlo! — Algun miserable, seducido sin duda por el ansia del dinero, ha descubierto su retiro al gobernador. Ah! sea quien fuere ese infame, caiga sobre él la maldicion de Dios!

Constanza. (*Dando un grito.*) Fabio...! Tú no sabes á quién acusas...! ni puedes leer en el corazon del culpado...! calla...! calla...!

Fabio. Que calle...? Ah! si el delator está en este palacio, que mi voz atraviese las paredes y llegue á sus oidos! Maldicion sobre ese amigo pérfido en quien el conde se fiaba, y que le ha dado el beso de Judas! Si tiene hijos, que sus hijos le desprecien, que el cielo le robe lo que mas quiera... que su nombre se haga público, y cargue con la execracion de la Italia y de la posteridad!

Constanza. No mas...! no mas...! No puedo oir esas horribles palabras...! El corazon se me desgarra...! yo me muero...!

Fabio. Nodriza, qué teneis...?

Constanza. Yo soy... yo soy quien ha entregado al conde!

Fabio. Tú...? No te creo...! estás loca!

Constanza. Mátame...! te he dicho la verdad!

Fabio. Dios mio...! qué horror...!

Constanza. Mi delito es horrendo...! sí! lo sé mejor que tú! tú no puedes comprender aun todo lo horrendo que es! Pero aunque Dios y los hombres deban mil y mil veces condenarme... tú, Fabio, tú me debes perdonar, porque si he entregado al conde, ha sido por salvarte! Sabes que el cadalso estaba ya levantado...? mira... alli... en aquella plaza... y no habia otro medio de derribarlo. Tú no tienes amigos en Milan... tú ibas á morir sin que nadie tomase tu defensa... y el conde... tenemos delante veinticuatro horas... y es mas que suficiente para salvarlo!

Fabio. Y con esa débil esperanza habeis entregado su cabeza? Oh! tentacion infernal...! por qué no la desechasteis?

Constanza. Y podia yo acaso desecharla, triste de mí? podia yo dejarte morir...? Fabio... mírame... el secreto se escapa de mis labios... Un crimen como el que yo he cometido no puede inspirarlo sino la naturaleza...! su voz se alzó en mi corazon...! No la sientes en el tuyo...? no la oyes decirte que soy tu madre?

Fabio. Mi madre...! vos mi madre... Ah! Dios será quien os juzgue... yo no debo hacer mas que compadeceros... y abrazaros! (*Se abrazan.*)

Constanza. Ah...! Con que me perdonas...? Con que no te causo horror?

Fabio. (*Llevándola á un sillon.*) Qué decís? vos sois quien ha de perdonarme aquellas crueles palabras. Vos mi madre...! y yo no lo adivinaba...! Quién sino una madre me hubiera mostrado tanto amor! Pero hablad... esplicadme el misterio de vuestra vida y de la mia...

ESCENA XIII.

DICHOS. POLICASTRO. *Luego* EL OFICIAL.

Policastro. (*Aparte.*) Qué veo...! ahora lo sabré todo. (*Se esconde, y aparece el oficial con soldados.*)

Constanza. Ah! qué pronto han venido!

Fabio. Qué es esto?

Oficial. Vengo á buscaros: la escolta está esperando en el patio: vamos.

Fabio. Partir...! no, yo no parto, yo me quedo aqui.

Constanza. Desgraciado! qué dices...?

Fabio. Podiais figuraros que aceptaria la libertad, ahora que todo lo sé...? Lo que habeis hecho, madre mia; Dios, que pesa las acciones humanas, sabrá si debe perdonarlo; pero ya que por desgracia no lo he podido estorbar, sería un vil, un cobarde si de ello me aprovechase... Y vuestro hijo no quiere la vida con la deshonra! (*A los guardias.*) Guardias, volvedme al calabozo.

Constanza. Justo cielo!

Oficial. La orden del gobernador es terminante: si no venís, os llevaremos por fuerza.

Fabio. Ah, miserable de mí!

Oficial. Mi deber es sacaros de Milan: soldados, llevadle. (*Los soldados se apoderan de él y lo sacan.*)

Fabio. A Dios, madre! sed feliz...! Yo no quiero ya mas que la muerte!

ESCENA XIV.

CONSTANZA. POLICASTRO.

Constanza. Fabio...! mi Fabio!

Policastro. (*Saliendo.*) Detenecos!

Constanza. Policastro!

Policastro. Sí; Policastro, que iba á maldeciros, y que os perdona! — Vos erais su madre...? Su madre...! esta palabra lo disculpa todo! Pero ya que la madre ha cumplido su deber, la esposa quiere cumplir el suyo?

Constanza. Oh! aunque sepa morir mil veces! — Aconséjame...! qué debo hacer?

Policastro. Librar al conde, ó morir con él. Todo está pronto para alzar el grito esta noche; pero el pueblo no se levanta sino á la voz de Manzoni, y como él está preso, vos que sois su esposa, presentaos en la plaza á las doce, tomad una bandera y poneos al frente... No temais: yo me encargo de esplicar vuestro delito á todas las madres, y ellas alzarán la voz para justificaros. Dudais, señora?

Constanza. Estoy pronta...! á las doce me vereis...!

Policastro. Pues á las armas...! á las armas! (*Se va apresurado.*)

ESCENA XV.

CONSTANZA.

Dios, que ves mi corazon...! Dios, que has coronado los proyectos de la madre...! no abandones los esfuerzos de la esposa! No me dejes una vida de eternos remordimientos...! Sosten mi valor, para que pueda salvarlo!

ESCENA XVI.

CONSTANZA. LUDOVICO. GUARDIAS.

(*Los soldados traen á Ludovico, y se quedan en el foro.*)

Constanza. Qué veo...! (*Corriendo hácia él.*) Ludovico...! Ludovico...!

Ludovico. Eres tú! yo te juzgaba ya lejos de Milan!

Constanza. Ah! no me hables con ese tono...! Me he quedado para libertarte! para darte la vida! — Escucha: á las doce acudirá el pueblo á la plaza: yo me presentaré, me pondré á su cabeza... y al nombre de Manzoni, al grito de independencia, se alzará... y los franceses caerán... y tú serás libre!

Ludovico. Constanza...! yo no quiero la libertad, ni la vida, desde que sé cuán indignamente me has vendido!

Constanza. Yo, Ludovico...!

Ludovico. Mis enemigos se han gozado en amargar mis últimos momentos! Mira, infeliz...! (*Dándole un papel.*) Conoces la letra de esa delacion que el gobernador acaba de poner en mis manos?

Constanza. Mi carta...! Ah! infame!

Ludovico. Quién es ese Fabio por quien has entregado á tu esposo? Mis sospechas de anoche se han confirmado...! Ese Fabio que estaba alli oculto en el balcon... es vuestro amante, señora!

Constanza. Ah! Dios te lo perdone...! Es mi hijo.

Ludovico. Tu hijo...?

Constanza. El nuestro...! el que desapareció hace diez y seis años... el que yo misma te robé.

Ludovico. Qué oigo...! será verdad...?

Constanza. Sí...! perdóname...! yo era madre, y quise sus-

traerlo á los odios políticos: quise criarlo como un estraño, y no como el hijo y el vengador de los Manzoni. Vana precaucion! La sangre de sus abuelos hirvió en sus venas, y al ver que iba á subir al cadalso... mi cabeza se trastornó... no hallé mas que un medio de rescatar su vida...

Ludovico. Qué era entregar la mia...? (*Constanza cae á sus pies: él la abre los brazos.*) Ah! ven á mis brazos...! hiciste bien!

Constanza. Ludovico...!

Ludovico. Sí...! ya puedo arrostrar la muerte con frente serena! Tu traicion habia debilitado mi valor; pero esta alegría inmensa me arranca lágrimas de gozo, y me vuelve entera mi energía!—Mi hijo vive...! Bendita seas, muger!

Constanza. Tú me perdonas?

Ludovico. Te admiro, y te amo...! Ah! si le hubieras dejado morir, entonces te maldeciria. Hijo mio...! y no podré abrazarlo...!

Constanza. Ya partió; pero esta noche triunfamos, y volverá á nuestros brazos. (*Óyese rumor lejano.*)

Ludovico. Qué es eso...?

Constanza. Tumulto lejano...! Cielos...! Si aun no ha dado la hora...!

Ludovico. Dios mio...! ahora quiero vivir...! Déjame vivir para verlo!

Constanza. El tumulto crece...! Se habrá alzado el pueblo antes de la hora convenida...? Dios mio! haz que se salve mi esposo! (*Yendo á la ventana.*)

Ludovico. Dios mio, haz que se salve mi patria! (*El tumulto se acerca: óyese ruido sordo de combate: las campanas tocan á rebato.*)

Constanza. Él es...! el pueblo...! voy á ponerme á su frente...! voy á animarlo...!

ESCENA XVII.

DICHOS. GASTON. JULIA. SOLDADOS.

Julia. Gaston! por piedad!

Gaston. (*Agitado.*) Dejadme, Julia! ya es tarde! Atrás, señora...! Seguidme los dos.

Ludovico. Adónde?

Gaston. A la ciudadela, por el subterráneo que comunica con este palacio. Vamos!

Ludovico. Pues yo os declaro que no os seguiremos, y que primero moriremos aqui! (*Abrazando á la condesa.*) Al menos moriremos juntos!

Julia. Y yo con vosotros!

Oficial. (*Saliendo.*) Señor, el pueblo ha forzado la primera puerta.

Gaston. El gobernador ha huido por el subterráneo: soldados, llevaos por él á estos rebeldes!—(*Los soldados quieren llevárselos.*)

Ludovico. (*Resistiéndose.*) Infames!

Constanza. Socorro...! Socorro...!

Gaston. Si dais otro grito, sois muertos! (*Al llevárselos aparece Policastro al frente de una parte del pueblo.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS. POLICASTRO. PUEBLO.

Policastro. Alto ahí, canalla! (*Hiere á Gaston, que cae muerto.*)

Todos. Policastro!

Policastro. Señor conde, la ciudadela se ha rendido...!

Ludovico. Y quién ha levantado al pueblo?

Policastro. Vuestro hijo!

Ludovico, Constanza y *Julia.* Fabio...?

Policastro. Jóven heróico...! rompió por medio de la escolta que le llevaba, y dió la señal de alzarse! El pueblo dudaba; pero al revelarle yo que era el hijo de Manzoni, todos le siguieron...! su ardor ha anticipado el golpe; peró lo ha asegurado. Miradle...! miradle vencedor..! (*Gran ruido de derribar puertas: gritos de "Milan y libertad!"—Aparece Fabio, espada en mano, á la cabeza del pueblo, que trae teas encendidas.*)

ESCENA XIX.

DICHOS. FABIO. PUEBLO.

Pueblo. Victoria...! Victoria...!